



P. JUAN SOLA.

ÉNERI ESPAÑOL.

2

BV85  
.S4  
S6  
v. 2  
1904

008512



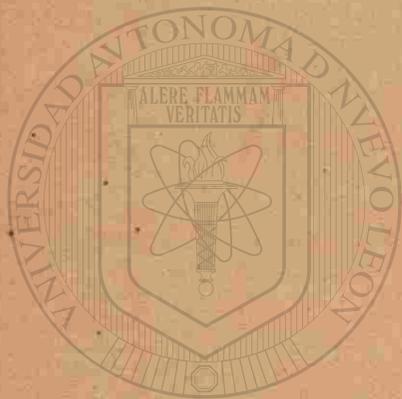
EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080015176



SÉÑERI ESPAÑOL

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

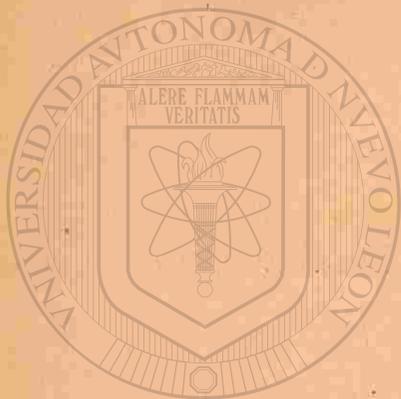
®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

✦ Miguel Echeverría. ✦

✦ Conciliar. ✦

Méx.



ESTUDIOS DE ELOCUCIÓN

# SÉÑERI ESPAÑOL

POR EL

P. JUAN MARÍA SOLÁ

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CONTIENE LOS DISCURSOS ORATORIALES DEL P. PABLO SÉÑERI, S.J.,  
BREVEMENTE EXAMINADOS Y ACOMPAÑADOS DE NOTAS MARGINALES  
ASÍ COMO ORACIONES Y OBSERVACIONES CRÍTICAS

SEGUNDA EDICIÓN  
(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS)



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TOMO II

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Álvarez y Tolosa

MADRID  
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO  
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6.

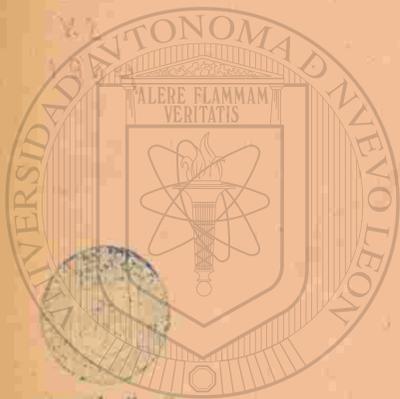
1904

45152

BV 85

.S4

S6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



## DISCURSO VEINTIDOS

### DE LA LIMOSNA

*Colligite quae superaverunt fragmenta, ne pereant.*

Recoged los pedazos que sobran, para que no se pierdan.

(JOAN., VI, 12.)

### EXORDIO

Por imitación oratoria.

**A**CATO profundamente las acciones todas que nuestro adorable Redentor hizo en este mundo, mientras vivió en carne mortal; pero todavía, atajado hoy mi corto entendimiento con la lectura del sagrado Evangelio, oso preguntar con la más profunda reverencia: ¿Cómo su Majestad obra de esta suerte? ¿Por qué, si quería manifestar á la hambrienta muchedumbre, no ya su providencia y entrañable misericordia, sino los tesoros de su grandeza y magnificencia, socorriéndola tan abundantemente, es tan escaso tratándose de unos mendrugos de pan, temiendo que no se pierdan? ¿Por qué no deja que los lleven consigo? ¿por qué no permite que los coman en su casa? ¿por qué manda que se recojan todos cuidadosamente, hasta las migajuelas y pedazos más pequeños, dándolos de otra manera por perdidos? *Colligite quae superaverunt fragmenta, ne pereant.* ¿Por qué, repito, tanta solicitud? No os embaracéis con la respuesta, que á la mano está. Quiere acostumbrar á las turbas, ya hartas, y enseñarlas con esto á no retener lo superfluo, sino á darlo con generosidad y buena gana á otros hambrientos y necesitados.

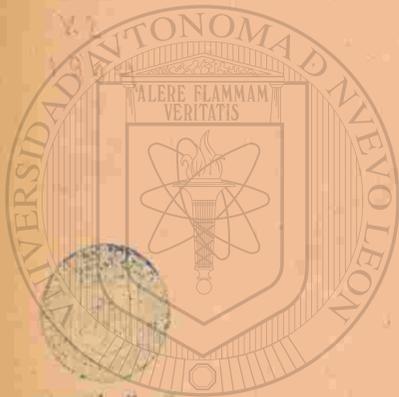
Todo que sobra á no retener lo superfluo.

El ejemplo de J. C. por la gracia.

BV 85

.S4

SO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



## DISCURSO VEINTIDOS

### DE LA LIMOSNA

*Colligite quae superaverunt fragmenta, ne pereant.*

Recoged los pedazos que sobran, para que no se pierdan.

(JOAN., VI, 12.)

#### EXORDIO

Por imitación oratoria.

**A**CATO profundamente las acciones todas que nuestro adorable Redentor hizo en este mundo, mientras vivió en carne mortal; pero todavía, atajado hoy mi corto entendimiento con la lectura del sagrado Evangelio, oso preguntar con la más profunda reverencia: ¿Cómo su Majestad obra de esta suerte? ¿Por qué, si quería manifestar á la hambrienta muchedumbre, no ya su providencia y entrañable misericordia, sino los tesoros de su grandeza y magnificencia, socorriéndola tan abundantemente, es tan escaso tratándose de unos mendrugos de pan, temiendo que no se pierdan? ¿Por qué no deja que los lleven consigo? ¿por qué no permite que los coman en su casa? ¿por qué manda que se recojan todos cuidadosamente, hasta las migajuelas y pedazos más pequeños, dándolos de otra manera por perdidos? *Colligite quae superaverunt fragmenta, ne pereant.* ¿Por qué, repito, tanta solicitud? No os embaracéis con la respuesta, que á la mano está. Quiere acostumbrar á las turbas, ya hartas, y enseñarlas con esto á no retener lo superfluo, sino á darlo con generosidad y buena gana á otros hambrientos y necesitados.

Todo que sobra á no retener lo superfluo.

El ejemplo de J. C. por la gracia.

f) La naturaleza universal,

por distribución

de la tierra y frutos de ella;

de la atmósfera y los vientos.

Conclusión.

Proposición del discurso por interposición enunciativa.

Precauciones oratorias, por enunciativa y final alabanza.

Semilla de los afectos y argumentos por alegoría.

Ésta es, si reparáis en ello, la ley bienhechora establecida por Dios en el gobierno de todas las criaturas. Si llueve el cielo copiosas aguas sobre la tierra árida, la tierra sólo empapa lo necesario para reparar sus quiebras, y deja correr lo restante para provecho de los demás. Si un sarmiento tiene bastante savia, no chupa más, sino que la deja para otros vástagos menos gruesos y lozanos. Si la fruta de un árbol tiene suficiente jugo, no atrae más substancia, sino que la deja para otras más flacas y desmedradas. Lo mismo vemos en las flores, en las mieses, en las hierbas y legumbres, las cuales comunican liberalmente á su vecina todo cuanto sobra á su propio mantenimiento. Así las nubes, en sobrecargándose de vapores, luego los derraman; así la atmósfera, cuando se calienta demasiado en el estío, luego lanza el excesivo calor y se equilibra; y universalmente toda la naturaleza nos exhorta, con su mudo lenguaje, á no retener lo superfluo. ¿Qué maravilla, pues, que nuestro divino Salvador quisiese asimismo que guardasen esta ley las turbas, tan milagrosa y abundantemente alimentadas?

Mas vosotros, ¿qué decís, amadísimos hermanos en Jesucristo? ¿Guardáis esta ley de la divina providencia en todo lo que os cumple, ó retenéis por codicia insaciable ó vil tacañería lo que deberíais repartir entre los pobres? Veisme, pues, aquí, que vengo á reclamarlo en nombre de ellos, comoquiera que más es suyo que no vuestro, según declararé. Mas ¿qué dije á reclamarlo? ¿Así me olvidé que diriji la palabra á un pueblo dechado de cristiandad y devoción, á un auditorio tan dado á obras de caridad y misericordia, que en ninguna manera tiene necesidad de quien le arranque por fuerza el oro de las manos? No temáis, de consiguiente, que use para con vosotros de maneras ásperas, de lenguaje violento, de tono menos respetuoso, é indigno, por tanto, de vuestra nobleza y generosidad.

No; guardaré esas formas para cuando Dios me enviare á ciudades menos dadasivas y cristianas que la vuestra. Contentaréme, pues, con representaros llanamente vuestra obligación respecto de los bienes superfluos, seguro de que esto bastará á vuestro hidalgo corazón; porque pro-

pio es de árboles silvestres y plantas degeneradas no soltar de ordinario el fruto sino á fuerza de sacudimientos y golpes, pero de los generosos y bien cultivados el dejárselo tomar fácilmente con la mano.

## PRIMERA PARTE

### II

Arg. 1.º Afecto.

Uno de los errores más perjudiciales, que en el mundo prevalecen, es, en mi sentir, la opinión torcida que muchos tienen acerca del dominio de los bienes temporales, creyéndose dueños y señores absolutos de todo lo que poseen, por manera que lo puedan gastar y malgastar y hacer de ello cuanto se les antojare, aunque sea arrojarlo, como el otro filósofo, en el profundo del mar, por mera ostentación. No hay tal, católicos; son dueños, pero no absolutos; son poseedores, pero no árbitros, de sus haciendas; hay en este señorío su reserva, hay coto y restricción. ¿Y cuál es?, me preguntaréis. La obligación, de que antes hablábamos, de repartir con los pobres cuanto sobrare de la honesta y decorosa sustentación del propio estado.

Doctrina es ésta, no lo ignoro, oyentes míos, poco lisonjera á nuestros oídos de carne, y sé también que muchos teólogos trataron de suavizarla y templar su rigor, reduciéndola á los casos en que la necesidad de los pobres es la que llaman *grave*. Pero el torrente de los santos y doctores de la Iglesia es tan contrario, que pone admiración. Oid al glorioso San Agustín cuán encarecidamente y cuán sin límites declara esta doctrina: «Todo lo que sobrare, dice, del alimento y vestido decoroso, no se ha de guardar para el lujo, mas debe colocarse por mano de los pobres en las arcas celestiales: si no lo hiciéremos así, usurpadores somos, que metemos la hoz en mies ajena»: *Quidquid, excepto victu et vestitu rationabili, superfluit, non luxu reservetur; sed in thesauro coelesti per eleemosynas reponatur. Quod si non fe-*

No solo dueños absolutos de las riquezas.

Luego debéis repartir lo superfluo.

Prehase a) Por autoridad de San SS. PP.

San Agustín.

San Crisóstomo,  
etc.

*cerimus, res alienas invasimus*<sup>1</sup>. Esto es puntualmente lo que enseñan con expresas palabras los bienaventurados San Crisóstomo en infinitos lugares; San Basilio Magno, el venerable Beda y Teofilacto; y con gallarda elocuencia San Gaudencio, escribiendo á Germinio, dice así: «Nada nuestro tenemos en este mundo».—Pues ¿eso que poseemos?—«Háenos entregado la administración de la hacienda del Señor, ó para usar de ella en las cosas necesarias y suficientes, ó para distribuirla á nuestros hermanos y consieruos».—¿Y qué concluye el Santo?—«Luego no nos es lícito desperdiciarla en gastos superfluos, pues hemos de dar razón al dueño, cuando venga, del repartimiento que hiciéremos»<sup>2</sup>.

San Ambrosio, et  
ótera.

En esta conformidad, y sin discrepar un punto, hablan San Ambrosio, San Gregorio, San Jerónimo, Santo Tomás de Aquino, el cual, á cada paso demuestra, con su acostumbrada lucidez, que dos son las raíces de esta rigurosa obligación de la limosna, cada una de las cuales basta por sí sola á obligar sin el arrimo y fuerza de la otra. La primera por parte del pobre, la segunda por parte del rico. Por parte del pobre, la necesidad; por parte del rico, la superfluidad ó redundancia. Donde por parte del pobre existe necesidad muy grave, hay obligación de socorrerle, aunque en el rico no haya superfluo ni demasiado. Donde hay sobreabundancia ó superfluidad por parte del rico, hay obligación de hacer limosna, aunque en el pobre no se vea necesidad muy grave<sup>3</sup>.

Doctrina de San  
Tomás y raíz  
de esta obliga-  
ción:

por parte del po-  
bre.

por parte del rico.

3) Por razón con-  
gruente de la Pro-  
videncia.

Y no es de maravillar, porque ¿cuál fuera el orden y disposición de nuestro Dios y Señor, si vistiendo los lirios de los campos de tanta lindeza, y dando de comer á los hijos de los cuervos, y proveyendo á todos los animales, aun á

<sup>1</sup> Serm. 219. De Temp.

<sup>2</sup> Nihil nostrum esse in hoc saeculo; sed nobis creditum esse dispensationem facultatum Domini nostri, vel ad utendum eis sufficienter, vel ad distribuendum conservis. Idcirco non licere nobis eas in expensis usurpare superfluas, cum sit erogationis ratio Domino venienti reddenda. Serm. de vill. iniq.

<sup>3</sup> 2. 2. q. 32. a. 4. 2. 2. q. 66. a. 7 in corp.; 2. 2. q. 118. a. 4. ad 2. Vid. Cajet. in opusc., tom. 2. tr. 6. c. 2. etc.

los gusarapillos más viles y despreciables, también en sus necesidades comunes y ordinarias, sólo al pobrecito no hubiese proveído, ni acordádose de él? ¿No es Dios padre común de todos? ¿Cómo, pues, un mismo padre provee á sus hijos con tanta desigualdad, que el uno no tenga con que matar el hambre, y al otro le sobre para derrochar y banquetear; el uno no tenga un andrajó con que cubrir sus carnes, y vista el otro con desmedido lujo? ¿Es por ventura injusto Dios nuestro Señor, dice San Ambrosio, que reparta tan desigualmente los socorros de esta vida, que tú estés muy sobrado y abundante, y á otros falte el sustento y padezcan necesidad? *Numquid injustus est Deus ut nobis non aequaliter distribuatur vitae subsidia; ut tu quidem esses affluens et abundans, alius vero desset et egeret?*<sup>1</sup>. ¿Es injusto, digo? ¿es parcial? ¿es ciego? ¿es aceptador de personas, ó es impotente que no pueda disponer lo que santamente determinó? Blasfemia horrible, cristianos. Luego fuerza es decir que también á los pobrecitos, que no alcanzan con su trabajo á mantenerse, ha señalado la Providencia una renta ó patrimonio con que atender á sus necesidades, no sólo gravísimas y extremas, pero comunes y ordinarias; renta fundada en lo que sobra á los ricos y abastados. *Quod superest, date eleemosynam*<sup>2</sup>, dice el Salvador del mundo: lo que os sobrare, dadlo á los pobres. Lo que os sobrare, conviene á saber, todo lo que os sobrare, sea en comida, sea en ropa ó vestido, sea lo que se fuere, débese á los pobres de Cristo. Todo lo superfluo, concluye Santo Tomás acerca de este punto, todo lo superfluo, manda el Señor que se parta con los pobres: *Omnia superflua Dominus jubet pauperibus exhiberi*<sup>3</sup>. Y notad que no dice exhorta ó aconseja, sino ordena y manda.

Concilio, con-  
firmada

por autoridad de  
vina

humana

Y siendo tan averiguada esta doctrina, ¿qué hacéis, mis amados hermanos? ¿Cómo el lujo tiene lugar en vuestras casas? ¿Cuándo comenzaréis de veras á satisfacer esta deuda y obligación al dueño del cielo en los pobres de la tierra? Despertad, reconoced, ¡oh hijos regalados por Dios tan magníficamente para que pudieseis remediar á sus otros

Ampliación y  
autorización prác-  
tica.

<sup>1</sup> Serm. 81. —<sup>2</sup> Luc., xi, 41. —<sup>3</sup> 2. 2. q. 87. art. 1. ad 4.

hijos menesterosos!, no os parezca pequeña culpa gastarlo todo en provecho vuestro, como si fueseis dueños, no ya directos, pero independientes y absolutos. Si así lo hacéis (lo diré, aunque me lastima el alma), si así lo hacéis, no podéis en manera alguna salvaros; es imposible. Iréis irremisiblemente á los infiernos.

Transcrito.

Arg. 2.<sup>o</sup>  
 Ab ejemplo. Si  
 no repartiésteis lo su-  
 perfluo, os condena-  
 ríais.

El rico Epulón  
 narración com-  
 puesta.

Prófetas ó la  
 muerte del Avaro?

por anticlinal y

protopopeya.

Aplicación á ilu-  
 stración por can-  
 sas:

sustentación arti-  
 ficiosa:

niega la 1.<sup>a</sup> causa

## III

¿Quién no recuerda la historia del otro rico, descrita por San Lucas? Habiale el cielo favorecido con muchos bienes y abundantísima cosecha. Y ¿qué hizo? Durante la noche, en lugar de dormir tranquilamente, comenzó, como suele suceder á los tales, á pensar dentro de sí con gran cuidado: ¿Qué haré, pues no tengo dónde recoger la cosecha de este año? *Quid faciam, quia non habeo, quo congregem fructus meos?*<sup>1</sup> Ea, no hay que turbarse; ya sé lo que me haré: *Scio quid faciam*. Derribaré mis graneros y los haré más anchos: *Destruam horrea mea et majora faciam*; y diré entonces á mi alma: Alma mía, ya tenemos para muchos años; huelga, pues, come, bebe y banquetea: *Anima, habes multa posita in annos plurimos; requiesce, comede, bibe, epulare*. Mas ¿qué sucedió al infeliz? Que aun no había pronunciado estas palabras y hecho su determinación, no ejecutádola, cuando oyó que, desde lo alto, una voz espantosa le gritaba: ¡Oh necio, necio!, esta misma noche te arrancarán el alma, y todos esos montones que has allegado, ¿de quién serán? *Dixit autem illi Deus: Stulte, hac nocte animam repetent a te: et quae parasti, cuius erunt?*

En verdad os digo, hermanos míos, que, al considerar este caso, la sangre se me hiela en las venas. Porque ¿qué cosa hizo ó propuso este ricazo, que os diese á vosotros el menor escrúpulo de pecado grave? Dijo lo primero, que iba á destruir los graneros y á ensancharlos: *Destruam horrea mea et majora faciam*. Mas ¿quién de vosotros escrupulizara en hacer eso mismo? Por el contrario, ¡cuántos hay que, nacidos en suntuosos palacios, no sosiegan jamás,

<sup>1</sup> Luc., XII, 17.

sino que siempre andan edificando y destruyendo, destruyendo y edificando! Dijo después que quería holgar y descansar: *Dicam animae meae: requiesce*. Y ese holgar ¿es culpa tan grave? Si dijera que iba á mover pleitos, á tomar venganza de sus émulos, á derramar sangre, á desfogar su lascivia y desenfadada pasión, lo entendería; pero ¿qué pecado hay en pasar la mañana durmiendo sobre blandas plumas ó arrellanado en muelles almohadones? Dijo que en adelante pensaba aderezarse muy buena mesa: *Comede, bibe, epulare*. Mas ¿no es notorio cuánto cuesta á los teólogos morales hallar pecado grave en materia de gula, si bien es cierto que estraga á tantos la salud y acelera la muerte? ¿Cómo, pues, si esto es así, le cuenta Dios en el número de los necios, á saber, de los condenados del infierno? Oído de los labios del mismo Señor: porque, dando en la abundancia, queríalo guardar todo para sí. Que por esta causa concluyó su Majestad con aquellas espantosas palabras: *Sic est qui sibi thesaurizat, et non est in Deum dicens*. Así sucederá al que atesora para sí y no es largo y generoso con Dios.

¡Oh qué odioso es aquel que atesora para sí! Tragarlo todo, absorberlo todo, consumirlo todo. ¡Oh qué avaricia! ¡qué hambre! ¡qué voracidad!, y de ahí ¡cuánto daño para los pobres de Cristo desamparados inhumanamente! Y por esto repararéis que del rico Epulón del Evangelio no se dice que fuese condenado y sepultado en los infiernos por incestuoso ó perjuero, ni por blasfemador ó sanguinario, sino porque, hinchendo el su vientre de manjares regalados y superfluos, negábalos desapiadadamente al hambre ajena; y si por ventura daba algo, como presume San Agustín, no daba bastante ni dignamente apacentaba á los necesitados: *Non digne pascebat*<sup>1</sup>; que no se dice que el pobrecito Lázaro deseaba comer las migajas de pan que caían de la mesa del glotón, lo cual acaso le era permitido, sino que deseaba verse harto de ellas: *Cupiebant saturari de micis, quae cadebant de mensa divitis*, lo cual se le negaba con rigor.

niega la 2.<sup>a</sup>niega la 3.<sup>a</sup>

niega la única razón:

porque no repa-  
ría lo superfluo.CONSUMIRSE por  
autocidad y mis-  
cuno de afectos;

(convertido)

(hipótesis)

si daba, no daba  
lo bastante.<sup>1</sup> Serm. 19 de verb. Ap.

Por ficción con-  
fessural y dialogis-  
mo.

Figúraseme, oyentes míos, que, á vivir en nuestros días el rico Epulón, no le faltara algún teólogo más condescendiente y blando, que le excusase con estas ó semejantes razones: ¿Qué necesidad tiene este pobre de estarse todo el día en el zaguán de vuestro palacio? ¿Faltan en Jerusalén otros ricos á quien pedir limosna? Váyase á otras puertas y remediése como alcance; que aunque está, es cierto, muy llagado, pero no tan baldado que no pueda moverse.—Pues aquel rico, hermanos míos, pues aquel rico está en el infierno, y no dondequiera, sino sepultado en sus senos más profundos: *sepultus est in inferno*. Y ¿por qué se condenó? No sé la causa; pero, en mi sentir, no fué otra sino que, viviendo tan sobrado, no hacía limosna, al menos proporcionada á su estado y riquezas: *Non digne pascebat*.

que no se trata  
de necesidades  
extremas.

Averiguación  
por definición.

La ley, por consiguiente, es que, á quien sobra, reparta. Vuestra abundancia supla las menguas de ellos, encomendaba el Apóstol á los corintios: *Vestra abundantia illorum inopiam suppleat*<sup>1</sup>. Y notad bien ¡qué mengua!, el equivalente del latín *inopia* trae algún linaje de necesidad, no cabe duda, pero no extrema, ni menos gravísima, y vale tanto como escasez, no suma miseria y mendicidad. Si el mandamiento de hacer limosna se cife á los casos de necesidad extrema ó muy urgente, sería rarísima esta obligación, ni las Sagradas Escrituras estarían llenas de quejas, de vivos clamores, de espantosas amenazas contra los ricos de este mundo, si tan pocas veces quebrantaban la ley de la misericordia. Y ¿qué necesidad más común que la de aquellos infelices que andan continuamente tras nosotros por las calles públicas, demandando caridad con voces lastimeras? Y, sin embargo de esto, oíd la terrible protestación de Dios fulminada en el Eclesiástico: *Ne relinquis quaerentibus, tibi retro maledicere. Maledicentis enim tibi in amaritudine, animae, exaudietur deprecatio illius*<sup>2</sup>. No sufras que los mendigos, que andan tras tí pidiéndote limosna, te maldigan, porque será oída la plegaria de los que te maldicen en la amargura de su corazón. Por donde, á mi entender, la obliga-

por congerias,

por hipocritas.

Conclusión.

<sup>1</sup> Cor., VIII, 14.

<sup>2</sup> Eclii., iv, 5-6.

ción más rigurosa, ó cuando menos la más frecuente, nace, no de la necesidad por parte del pobre, sino de la abundancia por parte del rico.

## IV

Arg. 3.<sup>a</sup> Res-  
tución. Pero no  
hay del superior:

por enumeración.

—Muy bien, estamos en ello, me diréis; pero aquí está la dificultad, que vivamos tan holgados que nos sobre. Porque ¿quién hoy día no hace harto con vivir según su estado? Son tantas las exigencias de este siglo, hase adelantado tanto en variedad de trajes, en magnificencia de galas, en esplendor de joyas, en grandeza de edificios, en lujo de coches y caballos, en vajillas primorosas, en muebles y aderezos, en servidumbre y en todo lo demás, que, aunque poseyéramos doblada renta, apenas sería bastante á mantenernos con el decoro conveniente á nuestra honra y autoridad.—¿Qué queréis que os responda, oyentes míos muy amados? Si por norma de vuestro vivir tomáis lo que en el mundo se acostumbra, y en mundo tan viciado y corrompido como el nuestro, he concluido. Que Jesucristo nuestro divino Maestro baje del monte donde por primera vez abrió sus celestiales labios, y emudezca ó enseñe otra doctrina, que no vede á los cristianos la demasiada solitud en la comida y vestido, porque la que enseñó su Majestad es en nuestro siglo impracticable...

Resp. 2.<sup>a</sup> por in-  
dignación, que  
muestra regla en  
el mundo.

also J. C.

retención.

La norma, pues, del verdadero cristiano no debe buscarse en el mundo ciego y mentiroso, porque declarado está por Santiago que el que quiere ser amigo de este siglo, hácese por el mismo caso enemigo de Dios: *Quicumque voluerit amicus esse saeculi huius, inimicus Dei constituitur*<sup>1</sup>. Pues ¿de quién ó dónde? Del mundo cuerdo, del mundo sensato, ó, por mejor decir, del Salvador y reformador del mundo, nuestro Señor Jesucristo, el cual manda á todos sus discípulos y seguidores que renuncien en el bautismo á las pompas mundanales, que no son otra cosa que el fausto vano, y el lujo innecesario, y las diversiones y desahogos del sentido. Y ajustando vuestras costumbres á esta regla, que es

Regla general  
acreta de lo su-  
perfluo el Santo  
Evangelio.

<sup>1</sup> Jacob., iv, 4.

el peso del santuario y el arancel por donde Dios os juzgará, ¿qué de superfluo hallaremos, si no en todos, en muchos de vosotros! Y si yo no acierto á explicaros cuál sea y en qué consiste esta regla y medida de lo superfluo, es porque, si bien puede determinarse en particular mirando y cercenando lo sobrante, como en el campo se ven y cortan las hierbas inútiles, pero no así en general.

Regla particular:

Respuesta  
por corrección  
comparativa  
parl.

lo superfluo  
pcto á Dios.

Aunque, en realidad de verdad, ¿qué necesidad tenéis de que yo lo determine? ¿No sabéis determinar puntualmente lo superfluo ó de supererogación en vuestras obligaciones para con Dios, conforme á vuestro estado, no alargándoos á hacer en su obsequio y reverencia lo que hacen por servirle, no digo los ermitaños y religiosos, pero muchísimos de vuestra condición y categoría, los cuales acostumbra confesarse y comulgar cada ocho días, frecuentar las iglesias, asistir á las congregaciones y practicar otros ejercicios de piedad, que vosotros calificáis de superfluos é innecesarios? ¿Cómo, pues, no sabéis determinar con la misma medida lo superfluo en las obligaciones, que os atan con el mundo, sino que, en viendo á otro de vuestra esfera demandarse en gastos superfluos, de trajes ó vivienda, de coches ó otra vanidad, al punto juzgáis por una necesidad el seguir su ejemplo? Ignorancia es, pero afectada; *Latet hoc volentes*, exclamaré con el bienaventurado San Pedro <sup>1</sup>: no lo sabéis porque no queréis; porque, si en un caso fijáis los lindes de lo superfluo, también en el otro sabrías determinarlos. Digoos, pues, en conclusión que os es lícito mantener decorosamente vuestro estado (y en él concordamos todos), pero no según los usos y costumbres de los mandatos, que, si bien lo consideráis, son más bien abusos.

Conclusión.

Arg. 4.ª Respon-  
ta 71.

¿Por qué no tenéis superfluo?  
Por el afán de  
medida de me-  
dida.

Empero, si desapasionadamente lo miráis, lo que os hace andar siempre escasos y menesterosos no es la necesidad de mantener el propio estado, sino el afán de medrar y mejo-

<sup>1</sup> 2 Petr., III, 5.

rarlo. Nadie se contenta ya con el santo Job de morir en el nido ó rincón donde nació: *In nidulo meo moriar*. <sup>1</sup> El rústico quiere ser ciudadano, el ciudadano aspira á caballero, el caballero ambiciona títulos, y el que los tiene fija sus ojos en el cetro ó señorío; y éstos ¿cuándo poseerán tantos caudales que basten á satisfacer su codicia y ambición? *Absorbebit fluvium et non mirabitur*. <sup>2</sup> Sorberá un río de oro, como quien bebe un vaso de agua, y tras el oro profano abrirá sus fauces para tragarse, si puede, los bienes de la Iglesia, consagrados al Altísimo: *Et habet fiduciam quod influat Jordanis in os ejus*: Confianza tiene de que todo el Jordán, el sagrado río del Jordán, desaguará en su boca. Por donde, si os forjáis esta ley, que os es lícito guardar todo lo que habéis menester, no solamente para la honesta conservación de vuestro estado, mas para crecer y encumbrarlo sin medida, muy bien comprendo que no os sobre una blanca siquiera para hacer limosna.

A contrario;

Por el afán de  
medida.

Directamente por  
ambiciones des-  
tas y superfluos  
alegrías.

Conclusión.

## VI

Católicos y hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo: nadie tan cordialmente como yo desea vuestros acrecentamientos, y así os exhorto á que procuréis mejorar vuestro estado cada día; pero ¿cómo y por qué caminos? Por los caminos únicos que llevan á la verdadera gloria y maciza estimación de los hombres. Aventajaos en virtud, creed en piedad y cristiana honradez, adelantaos en sabiduría, hacед raya en la caridad y compasión con los pobres de Jesucristo; y yo os certifico que llegaréis á la gloria y os granjearéis la universal estimación. ¿Os figuráis que seréis famosos y estimados con lucir un traje más espléndido, con tener la mejor caballeriza, con trocar el portal de vuestra casa en un verdadero Capitolio? Muy al contrario, porque antes servirán estos monumentos para inmortalizar la ignominia de vuestro nombre. Cuantos vean más tarde aquellas demasías y gastos tan exorbitantes ¿qué han de decir? Re-

Arg. y 14.ª A-  
cción el glorioso.

¿Queréis gloria?  
¿Queréis honra?

A contrario del  
ambicioso.

por síelta prosa-  
popeya.

<sup>1</sup> Job, XXXI, 18. — <sup>2</sup> Job, XL, 18.

cordarán la ambición de sus autores, tal vez sus hurtos, su rapacidad, su dureza y escasez con los pobres de Jesucristo. Y así vendrá á suceder lo que á aquellos soberbios que, deseosos de inmortalizar su nombre entre las gentes, alzaron la famosa torre de Babel, diciéndose á porfía: venid y eternicemos nuestros nombres: *Venite, celebremus nomen nostrum*<sup>1</sup>; y, tras esto, donde esperaron celebridad, hallaron afrenta y confusión. ¿Queréis gloria maciza, segura y duradera? Sed grandes limosneros. Esta es, entre todas las virtudes, la que tiene asegurada por promesa de Dios fama eterna é inmortal renombre; porque dicho está: *Eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum*<sup>2</sup>. Sus limosnas de él las celebrará toda la congregación de los juntos.

A ensalzar otra virtud ó prerrogativa, por maravilla se aúna un pueblo entero. Lo que éste llama justicia, aquel lo tiene por rigor; lo que uno alaba de prudencia, júzgalo otro por astucia; lo que éste celebra por mansedumbre y sufrimiento, vitupéralo aquel por cobardía y pusilanimidad, y así en las demás virtudes. Sólo en la caridad nadie tiene que tergiversar, porque es una virtud á todos muy provechosa, hermosísima, celestial. Y así, no dice que alabarán al varón justo, ni al prudente, ni al sufrido y magnánimo, sino al derramador y limosnero: *Eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum*. En tanto grado subyuga los corazones esta soberana virtud, que hasta aquel deslenguado,

que no se afrentaba de mofar y escarnecer las maravillosas obras que hacía San Carlos Borromeo, visto después que renunciaba abadías y daba sus alhajas, y por socorrer al pobrecito pueblo se despojaba de sus bienes, enmudeció el maligno, ó, por mejor decir, se retractó en público, diciendo: Ahora sí que os creo. ¡Tanta es la fuerza de la caridad, que así avasalla á los más procaces y murmuradores! El hombre limosnero y misericordioso, dice Salomón, será de todos loado y bendecido: *Qui promus est ad misericordiam, benedicetur*<sup>3</sup>. Esta es la gloria verdadera, adonde todos desean que aspiréis, no á esa fugitiva y mentirosa, que os pro-

<sup>1</sup> Gen., xi, 4.

<sup>2</sup> Eccli., xxxi, 11. — <sup>3</sup> Prov., xxi, 9.

metéis de vuestras demasías. Y, si así lo hicieréis, nada os sobraré, es cierto; mas ¿por qué? Porque todo lo derramaréis por Dios nuestro Señor.

## VII

Y si la gloria no satisface vuestro corazón, y queréis á toda costa asegurar el capital, acrecentar las rentas, mejorar los intereses, de manera que ande sobrada vuestra casa y familia, seguid este mismo camino: derramad por Dios muy largamente. Vosotros decís que no hacéis limosna por falta de dinero; yo os digo que os falta dinero, porque no hacéis limosna. Quien reparte con los pobres, no empobrecerá; dice Dios: *Qui dat pauperi, non indigebit*<sup>1</sup>. Mas ¿por qué digo *no empobrecerá*? El misericordioso y limosnero, no solamente no padecerá hambre; pero, á semejanza de los pozos, que nada pierden con ofrecer sus aguas, con el mismo empobrecer enriquecerá. Oid, si no, al Sabio, que en otro lugar de los Proverbios dice así: Honra al Señor con tu hacienda; y ¿qué sucederá? Que tus trojes se enchararán de hartura, y tus lagares rebosarán de vino: *Honora Deum de tua substantia, et implebuntur horrea tua sativitate, et vino torcularia tua redundabunt*<sup>2</sup>. ¡Oh ricos! ¡oh interesados! ¡oh avarientos y codiciosos! ¿Adónde vais? ¿Por qué os desenterráis de vuestra patria para aumentar vuestros caudales y amontonar más y más oro? ¿Por qué traspasáis los montes y cruzáis los mares? Deteneos, que voy á enseñaros un camino más llano para la consecución de vuestros propósitos. Volved la proa, y no féis en adelante vuestra vida á un frágil leño. ¿Qué otra cosa ambicionáis sino llenar las arcas, henchir vuestros graneros, y que rebosen de mosto vuestros lagares? Pues veis aquí la traza que os da el cielo. Honrad con vuestras cotidianas limosnas y reverencia á Dios. *Honora Dominum de tua substantia*, y veréis cómo, por medios muy comunes é industriales las más sencillas, prosperarán vuestros negocios, y vuestra hacienda se multiplicará.

Arg. 6.ª Ab úti-  
li.  
(Queris mediam?)  
Pues así grandes  
limosneros.

Transición perfecta.

Propos. paradójica.

Pruebas por autoridad y semejanza.

Confirma por divina promesa y

apoteosis vivificante.  
allegoría.

Conclusión.

<sup>1</sup> Prov., xxviii, 27. — <sup>2</sup> Prov., iii, 9-10.

*Implebuntur horrea tua saturitate, et vino torcularia tua redundabunt.*

¿Qué decir á palabras tan manifestas? ¿Creéis por ventura que no son de Dios? Fuera gran herejía, porque escritas están en los libros revelados. Y si son de Dios, ¿de qué dudáis? ¿qué teméis?, decidme, hermanos míos. ¿Que no pueda cumplirlas? Es tenerle por flaco y menguado. ¿Que no quiera? Es tacharle de falso y engañador. Probad, haec experiencia y veréis la fidelidad y magnificencia de vuestro Dios en el cumplimiento de su palabra. Probadme en este punto, dice el Señor por Malaquías, animando á los ricos á la misericordia, tentadme en este punto, y veréis si os abro las cataratas del cielo y derramo sobre vosotros mis bendiciones; y ¿hasta dónde? Hasta la abundancia. *Probate me super hoc, si non aperuerit vobis cataractas caeli, et effuderit vobis benedictionem, usque ad abundantiam*<sup>1</sup>; que es puntualmente lo que os prometí.

## VIII

Diréisme acaso que, á ser esto tan cierto, los mayores avarientos del mundo serían los más derramadores y limosneros, con el afán de acrecentar por este camino sus haciendas. Decís verdad, si comenzasen una vez á fiarse de Dios nuestro Señor. Pero aquí estriba lo dificultoso de este negocio, en que comiencen de verdad. También los carnales y lascivos, todos se harían castos, si comenzasen á gustar los deleites del corazón limpio; y los seculares todos haríanse religiosos, si comenzasen á gustar el sosiego y libertad del divino servicio. Mas no haya miedo que jamás acontezca; porque no hay miedo que se resuelvan todos á romper con las primeras dificultades, que en toda empresa son las más arduas de vencer. Por lo demás, creedme, hermanos míos, ésta es, generalmente hablando, la mejor traza y el camino verdadero para asegurar vuestros acrecentamientos temporales y multiplicar la hacienda: la limosna; porque es la industria más fácil y, al propio tiempo, la más segura. La

<sup>1</sup> Malach., III, 10.

más fácil, porque dais á lo que es interés exorbitante; la más segura, porque ponéis vuestros caudales en banco que no quiebra; que escrito está: A Dios presta con usura, quien es misericordioso con el pobre: *Foenervatur Domino, qui miseretur pauperis*<sup>1</sup>. Pero, en cambio, la dureza y desabrimiento con el pobre ¿sabéis qué os acarreará? La miseria y mala ventura: *Qui despicit deprecantem, sustinobit penuriam*<sup>2</sup>. El que menosprecia al pobrecito y pordiosero, sufrirá mengua, por testimonio y

Leed al Turonense, y veréis cómo á una señora principal, por nombre Tarasia, fuélele á pique una nave cargada de trigo, en el momento mismo en que ella negó á un miserable un pedazo de pan. Leed á Metafraste, y hallaréis que un mercader, llamado Faustiniario, perdió tres bajeles cargados de mercancías, en la hora y punto en que rehusaba dar limosna á un pobrecito. Leed otros escritores fuera de los antiguos, y hallaréis que á un rico de Suecia, por nombre Quigero, se le comieron todo el grano una manada de toros bravos, poseídos de los infernales espíritus, porque en tiempo de carestía tuvo cerrados sus graneros á los necesitados. Muy necio es, por tanto, y harto frívola vuestra excusa, que no repartis largamente con los pobres por no arriesgar vuestro patrimonio y estado. Sea verdad como decís. Mas ¿queréis no menoscabar vuestro patrimonio? Dad á los pobres, y así no sólo vendréis á sustentarlo, pero aún lo mejoraréis en tercio y quinto, merced al crédito que con Dios ganáis. Porque, como discretamente dijo San Zenón, ¿quién más rico y acudado que el que tiene á Dios mismo por deudor? *Quid enim esse potest ditius homine, cuius proficitur Deus se esse debitorem?*<sup>3</sup>.

## IX

Pero guardaos, católicos, de pretender y contentaros en premio de vuestras limosnas con ventajas temporales y peccedera recompensa. No, hermanos míos muy amados; en este mundo y mientras vivimos somos huéspedes, ó, por

<sup>1</sup> Prov., XIX, 17. —<sup>2</sup> Prov., XXVIII, 27. —<sup>3</sup> Serm. 2 de avar.

Aplicación por anticipaciones rápidas.

Exhortación

y conclusión final.

Arg. 7.ª Conclusión de anterior.

Transición por vía de prelección.

Satisfacción por la dificultad de comenzar.

Riqueza del limosnero, porque juega al seguro.

Miseria del caso.

por testimonio y

ejemplos

antiguos

y modernos.

Conclusión y

epilogo.

Arg. 8.ª A for.

Habría repartido de lo conveniente y necesario. Luego mucho más de lo superfluo.

Ventaja del premio celestial sobre el temporal,

mejor decir, somos peregrinos, somos caminantes; y así la balumba de bienes terrenales más sirve de carga y embaraço que de alivio. El cielo querría que os acostumbraseis á pedir á Dios en galardón, el cielo, el cielo, y que no os fatigaseis demasidamente en ser ricos y adinerados, mientras camináis por este valle de lágrimas lejos de vuestra patria.

por semejanza del caminante:

Decidme: si uno os debiera crecida cantidad y encontrándose solos en países extranjeros, poníara en pagaros allí mismo, entre selvas y despoblados, en las tinieblas de la noche, en suma, en tierra de ladrones, ¿no le rogaríais que esperase á pagaros en llegando á vuestra patria? Haced, pues, lo mismo con Dios nuestro Señor: supplicadle que espere un poco y os enriquezca allá en el cielo. Y si por ventura el mucho dar limosna menoscabare vuestra hacienda y probaseis alguna vez los frutos de la santa pobreza, alegaos y sed pobres, mas sed pobres por amor de aquel Señor, que antes se hizo pobre por vosotros: *Perde pecuniam propter fratrem tuum*<sup>1</sup>; pierde tu dinero por el bien de tus hermanos; piérdelo, dice el Eclesiástico, porque en esto se conoce el verdadero limosnero. Mientras no se resiente el capital, ni mengua el patrimonio, no es gran hazaña dar limosna; es imitar unas fuentes caudalosas, que parecen muy liberales y largas, mas no lo son, porque recogen tanto como vierten.

por necesidad

y símil de las fuentes.

Obligación de ser rico, de repartir con el pobre.

Hasta aquí he demostrado la obligación que os urge de repartir con los pobres lo superfluo conforme al propio estado, y lo repito, mas no quisiera que mis palabras os indujesen á error. Porque una cosa es que, de ley ordinaria, estéis obligados á repartir solamente lo superfluo y demasíado, y otra muy distinta que no debáis también alargaros algo más. ¿Qué animal hay, perdonadme que os lo diga, aun de los más bravos y comedores, que, en estando ellos hartos, no permitan á otras bestias aprovecharse de sus sobras? A más debemos aspirar los hijos del Padre celestial, hasta poder decir con el Santo Job: ¿Acaso comí á solas mi bocado, y no comió de él el pobre y el pupilo? *Si comedi buccellam meam*

por contrario símil de los animales.

y ejemplo de Job.

<sup>1</sup> Eccli., xxix, 13.

*solus, et non comedit pupillus ex ea*<sup>1</sup>. Aun puesto caso que no tuvierais más que un mendrugo que comer, ése habíais de partirlo con los pobres. Entonces si que verdaderamente daréis de lo vuestro; que mientras repartís las sobras y demasías, daisles no lo vuestro, sino lo de ellos, conforme al famoso dicho del gran Padre San Agustín: Lo superfluo de los ricos, dice, es lo necesario para el pobre: *posseñse bienes ajenos, cuando se poseen los superfluos: Superflua divitum, necessaria sunt pauperum. Possidentur aliena, cum possidentur superflua*<sup>2</sup>.

Conclusión por analogía de la sentencia de S. Agustín.

## X

No se me esconde la duda que se os puede ofrecer en esta materia, y es ésta: que si todos tenéis obligación de hacer limosna y repartir con los pobres de Jesucristo todo lo que sobrare del decoroso mantenimiento y conservación de vuestro estado, no habrá diferencia entre vosotros, que poseéis bienes patrimoniales, bienes de abolengo, bienes, en suma, profanos, y los que poseen bienes eclesiásticos. Os equivocáis, porque es grandísima la diferencia. Los ricos y sobradamente abastados de bienes, digamos mundanales, basta que hagan limosna á los menesterosos que encuentren. Y así, atendid cómo declara este mandamiento el Evangelista San Juan: Si alguno tuviere de los bienes de este mundo, y viere á su hermano padecer necesidad, y no abriese sus entrañas para remediarle, ¿cómo diremos que la caridad de Dios está en él? *Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo, quomodo charitas Dei manet in eo?*<sup>3</sup>. Por tanto, quien, por el contrario, no viese, es decir, no supiese, tal necesidad, no está obligado, como inhiere Santo Tomás, á buscarla, á averiguar, á informarse cuidadosamente. Pero los poseedores de bienes eclesiásticos lo están en razón de su oficio y ministerio. Cuanto tienen los clérigos, dice San Jerónimo, es de los pobres de Jesucristo, y han de velar y atender al hospedaje y alivio de los pupilos, de los pe-

Arg. 2.<sup>a</sup> A compararse con los que poseen bienes eclesiásticos.

Artificiosa transición por tropología.

Diferencia. 1.<sup>a</sup> El seguir hasta que ocurre á los pobres que encuentran.

<sup>1</sup> Job, xxxi, 17.—<sup>2</sup> In ps. 147.—<sup>3</sup> Joan., iv, 17.  
SEÑERÍ ESPAÑOL.—T. II.

reginos y de todos los pobres y necesitados: *Quidquid habent clerici, pauperum est; et susceptioni pupillarum, peregrinorum et pauperum debent invigilare*<sup>1</sup>.

La razón de esta diferencia es porque á los legos, mayormente particulares, bástales haberse con el pobre como con hermano, acudiéndole cuando le pide; pero á los eclesiásticos demándaseles mucho más. Es menester que se hayan con el pobre como padres, y como á tales cumple, no sólo dar oídos á las súplicas de sus hijos, sino prevenirlos con amorosa solicitud. Por otra parte, los eclesiásticos es verdad que han de proveer al decoroso sustento de su estado, pero todavía es generalmente más fácil encontrar en su estado cosas superfluas y demasiadas; y esto procede de dos principios. Lo primero, porque pertenecen á la tribu de Levi, y por tanto han de vivir más desembarazados, ya del cuidado de sucesores y descendientes, ya de la servidumbre y esclavitud de carne y sangre, diciendo á todos sus deudos con grande ánimo: *Nescio vos*<sup>2</sup>; No os conozco, no sé quién sois. Lo segundo, porque, según dispone el Santo Concilio Tridentino, no sólo han de menospreciar sobre el común de los fieles las pompas y vanidades del siglo, pero han de profesar que las huelan de corazón: *In toto vitæ generis nihil in eis debet apparere, quod vanitatum contemptum non præseferat*. Ya veis, de consiguiente, si es notable la diferencia.

Mas ¿qué importa, mis amados oyentes, á nuestro principal propósito? Básteos saber que si los eclesiásticos cometen sacrilegio siempre que niegan al pobre lo superfluo de su congrua sustentación, vosotros cometéis rapiña. Y así, ¿qué debéis hacer en adelante? Refrenar esa codicia desampoderada de interés que os ciega y precipita, desarraigarla, arrancarla de cuajo de vuestro corazón, teniendo presente que, en conclusión, dos son y no más las puertas del cielo: la una padecer, compadecer la otra. Vosotros dificultosamente entraréis por la de los padecimientos y trabajos, según el grande amor que tenéis á vuestra comodidad y regalo; fuerza es que entréis en la gloria por la puerta de la

<sup>1</sup> Ad Damascum. —<sup>2</sup> Deut., xxxiii, 6.

misericordia y compasión. Y ¿no veis al ojo la ganancia? ¿No reparáis que es locura y desperdicio extraño no comprar la salvación eterna á precio tan vil como el dinero depositado en mano de los pobres?

Hay quienes compran mucho á poca costa, dice el Eclesiástico: *Est qui multa redimat modico pretio*<sup>1</sup>. Y ¿quién son? Los ricos piadosos y limosneros: porque, puesto caso que sean merecedores de muchos castigos, no están obligados á cubrirse de cilicio, á macerar su cuerpo, á ceñirse de cadenas de hierro y derramar la sangre de sus venas; bástale á Dios, por toda satisfacción, que en lugar de sangre den dinero, porque la limosna tiene una virtud maravillosa en orden á satisfacer. Ella es la que limpia los pecados; así dijo el ángel al viejo Tobías, y hace que encontremos misericordia delante del Señor: *Ipsa est quæ purgat peccata, et facit invenire misericordiam*<sup>2</sup>. Limpia los pecados en cuanto á la pena, hace encontrar misericordia en cuanto á la culpa. No la encuentra como la contrición y confesión, que de suyo la consiguen; pero hace que la encontremos en cuanto dispone el alma del pecador á recibirla, conforme al infalible dicho del arcángel: Gran confianza infunde la limosna, ante el acatamiento del sumo Dios, para todos los que la hacen: *Fiducia magna erit coram summo Deo elemosyna, omnibus facientibus eam*<sup>3</sup>.

Y si me preguntaseis la razón de ello, confeséos, hermanos, que lo ignoro. No sé otra cosa, sino que plugo á la divina bondad honrar esta virtud y galardónarla más, si no me engaño, de lo que ella merece, á fin de atraer con este cebo á los ricos y hacendados, y proveer así á tantos miserables; que habiendo, para el buen gobierno, de haber pobres en el mundo, sujetos á infinitos trabajos y necesidades, corrian sumo riesgo esos pobrecitos que no se perdiesen por la escasez y olvido de los ricos inhumanos.

Ved ahora por qué Jesucristo, soberano juez de vivos y muertos, no contará en el juicio universal las obras extraordinarias de otras virtudes que hubiésemos ejercitado en este mundo, sino las de piedad y misericordia. Que Abel

<sup>1</sup> Eccl., xx, 12. —<sup>2</sup> Tob, xii, 9. —<sup>3</sup> Tob, iv, 12.

Razón de esta diferencia.

el saglar es hermano.

el sacerdote es padre de los pobres.

Diferencia de las necesidades ó de los servicios son muy cortas.

su estado es de perfección y pobreza.

El Tridentino.

Condenación

por corrupción y simonía: el sacramento y la rapiña.

Peroración por dilección.

ó penitencia ó limosna.

Frrogativas de esta:

¿ paga las deudas de los pecados;

¿ perdona las culpas;

¿ precavación teológica.

Razón fundada en la Providencia:

¿ porque no sufran los pobres.

¿ Será honrada entre todas las virtudes en el juicio universal;

padeció, que Noé salvó el linaje humano del diluvio, que Abraham recibió la fe, y, si queréis aún más, que Pedro murió en cruz por amor de su Señor, nada de esto dice; solamente pregoná, delante de aquel inmenso teatro (así exclama, no sin pasmo, San Pedro Crisólogo), que el pobrecito tuvo hambre y le dieron de comer: *Quod Abel passus sit, quod servavit mundum Noe, quod Abraham fidem suscepit, quod Petrus crucem respiciens ascendit, Deus tacet, et hoc clamat solum: quod comedit pauper* <sup>1</sup>. Y vosotros ¿aún no os resolvéis á derramarlo todo, según vuestra posibilidad, para lograr tanto bien y ganancia tan inestimable? Dadlo, distribuido con los pobres, que, si no, puede que llegue un día en que maldigáis, pero en vano, vuestro loco desvario. Quiero concluir con un pasaje de los Salmos, bellissimo sobremanera, el cual, si bien lo tenemos continuamente en la boca, á caso nunca lo hemos rumiado ni sacado el jugo que en sí encierran sus palabras.

## XI

*Dispersit, dedit pauperibus* <sup>2</sup>. Veis aquí el dechado del limosnero, el cual no vende su hacienda como los avaros, no contrata, no cambia, no negocia, mas da sus bienes y da á los pobrecitos y menesterosos, de quien nada puede esperar en este mundo; y da copiosa y abundantemente, y da á muchos, y con tal largueza y liberalidad á todos los que encuentra en necesidades, aunque sean comunes y ordinarias, que parece que derrama y desperdicia: *Dispersit, dedit pauperibus*. Pero no desperdicia ni derrama, si no queremos decir que el que siembra malgasta las simientes. No lo pierde, porque la justicia y mérito de esta obra permanecerá en los siglos de los siglos: *Justitia ejus manet in saeculum saeculi*. Justicia llama á la limosna, que este glorioso nombre dan comúnmente las Escrituras á este acto de misericordia, por la semejanza que tiene con las obras de justicia; justicia, que durará eternamente en el merecimiento y en el galardón: *Cornu ejus exaltabitur in gloria*.

<sup>1</sup> Serm. 14.—<sup>2</sup> Ps. cxi, 9.

Ya sabéis, mis amados oyentes, cómo este vocablo *CORNU* <sup>por definición del cornu, trompeta:</sup> significa fortaleza, y otras veces furor, y otras dignidad y preeminencia; pero, entre otras significaciones, vale trompeta; y con la trompeta, según el sapientísimo Lira, solían los judíos convocar á los pobres de la ciudad para repartirles las limosnas; costumbre que, degenerando en hipocresía ó jactancia, fué prohibida por nuestro adorable Redentor en aquellas palabras: Cuando hicieris limosna, guarda, no toques la trompeta delante de ti: *Cum facis elemosynam, noli tuba canere ante te* <sup>1</sup>. Cuando empero se hacía con espíritu de caridad, era muy loable, y, por tanto, bien pudo decir entonces el Salmista: Su trompeta será ensalzada en el día de la gloria: *Cornu ejus exaltabitur in gloria*; porque, en el juicio y consumación del mundo, será esa trompeta levantada con incomparables alabanzas. Todos los pobrecitos bendecirán á aquel rico limosnero que los llamó del hambre y miseria á la participación de sus bienes por amor de Dios; le bendecirán los ángeles, le bendecirán los arcángeles y todos los cortesanos del ciclo, y le bendecirá el mismo Jesucristo, á quien hizo propiamente la limosna, recibiendo en recompensa á la participación de su reino eterno.

Mas el pecador, el inhumano, el rico sin entrañas, verá <sup>á su parte. Habrá en envidia del avariento.</sup> esa glorificación del limosnero y se irritará: *Peccator videbit, et irascetur*. Figuraos que se pone en venta pública una posesión riquísima, preciosísima y en extremo fecunda, la <sup>por actividad,</sup> cual se tasa, no obstante, en precio sumamente moderado. Presentase un postor avariento, y refirase después, por no soltar unos pocos escudos más que el vendedor exige. Presentase un segundo, ajustan el precio, compra la <sup>ejemplo de una subasta.</sup> posesión, que saca al breve tiempo inmensa é inexplicable ganancia. En viéndolo el infeliz avaro, juzgad si se morirá de envidia; se atormenta, se congoja, se carcome y rechina los dientes, y se para cárdeno con la ponzoña de la rabia y desesperación. *Peccator videbit, et irascetur: dentibus suis fremet, et labescet*. Mas ¿de qué le aprovecha tanto atormentarse? Por mucho

<sup>1</sup> Matth., vi, 2.

Escritura del Crisólogo

Exhortación y transición.

Arg. 10.º. Glorificación del limosnero, y repugnancia del avariento. 1.ª parte. Retrato del limosnero.

por distribución é inmensidad.

á su parte. Habrá en envidia del avariento.

por actividad,

ejemplo de una subasta.

por hipocresía.

que desee comprar la tal hacienda á cualquier precio, ya no es tiempo, pasóse la ocasión: *Desiderium peccatorum peribit.*

Católicos, no es menester que yo haga la aplicación: hacéda vosotros mismos. Solamente os preguntaré por mi parte, ¿qué sería de vosotros si en el día solemne del juicio os tocase rugir y rechinar los dientes por el desordenado amor que tuvisteis al dinero? ¿Dios mío, no permitáis tamaña ceguedad! Y vosotros, mientras dura tan preciosa venta, venid, apresuraos y comprad con tierra cielo, con bienes rateros y caducos bienes perdurables é inmensos, con una miseria y verdadera nonada la eternidad y al mismo Dios. Ajustad los precios, no os arrebatan otros el reino de Jesucristo; porque, entonces, ¡oh qué rabia y frenesí el vuestro, pero rabia y frenesí vanos y sin provecho! No miréis á esos avarientos que estiman el vil metal más que sus almas y el bien de sus hermanos. Dejadles que se tengan noramala su dinero y los bienes superfluos y demasados contra el mandamiento de Cristo en el sagrado Evangelio de este día; que escandan su oro y plata, que lo cierran con cien llaves, que lo guarden para sí. Pero ¡ay de ellos!, porque, como dice el Profeta, nunca jamás les aprovecharán sus riquezas: *Qui custodiunt vanitates frustra* <sup>1</sup>.

## SEGUNDA PARTE

### XII

MI intento hasta aquí ha sido, cristianos, animaros á socorrer liberalmente á los pobres y necesitados. Mas ¡oh dolor!, que algunos hay tan apretados y crueles, que no harían poco sí, en lugar de socorrerlos, no los vejasen y oprimiesen. ¿Acaso no podemos decir de muchos cristianos lo que dijo el Eclesiástico, es á saber, que la hacienda de donde se mantienen los ricos son los pobres? *Pascua divitum sunt pauperes* <sup>2</sup>. Ricos hay y acaudalados del mundo que hallan

<sup>1</sup> Jon., II, 9. — <sup>2</sup> Eclli., XIII, 23.

en los sudores del pobre una mina riquísima, un campo fértil y abundante, de donde sacan para comer, para vestir, para regalarse, para todo. Hácenlos sudar y trabajar, y luego no les pagan ó les pagan muy cercenado su salario. ¿Qué digo, no les pagan sus salarios? Ríñenlos, injúrianlos, maltrátanlos, y no temen despedirlos con sacudimiento y grosería. ¿Pareceos que, si alguno es reo de tal inhumanidad, deberá dar poca cuenta al Señor de todos? ¿Tenéis osadía para denostar al criado, al oficial, al jornalero, á otros semejantes acreedores vuestros, porque os parecen importunos en demandaros lo suyo? ¿Este es el amor y entrañable caridad que mostráis á los pobrecitos, que Jesucristo ha encomendado tan encarecidamente á vuestra solicitud? ¿Este es el cariño que tenéis á vuestro hermano?

Abraham mismo, cuando tuvo que negar á un condenado una gota de agua, usó á lo menos de buenos términos. No le respondió: Calla, glotón; anda, hombre sin entrañas; ¿á qué vienes á pedir socorro? Abrásate, atormentate, muere de rabia, tu merecido te tienes. — Díjole más bien: *Fili*, hijo mío; y sólo le recordó que no tenía por qué se quejar si padecía, pues harto había gozado en este mundo. *Fili*, *recepisti bona in vita tua* <sup>1</sup>. ¿Cómo, pues, vosotros usáis de tanta inhumanidad con quienes por ventura estarán después en el cielo más encumbrados que vosotros? Puesto caso que no pudieseis satisfacer á su justa petición, deberíais á lo menos responder cortésmente á sus instancias, recibirlos con dulzura, agasajarlos con afabilidad y enviarlos, cuando no otra cosa, pagados y prendados de vuestros modales y acogimiento; y no imitar á las nubes de otoño, las cuales de ordinario, cuando la tierra seca abre sus senos en demanda de agua saludable, danle en respuesta un recio pedrisco ó fuerte granizada.

Pero, si en realidad de verdad podéis pagarles, ¿por qué los tratáis tan desabridamente? ¡Oh qué juicio tan tremendo os esperará! ¡qué condenación! ¡qué infierno tan horroroso! Porque, si ha de hacersele juicio sin misericordia al que no hizo misericordia, deo á vuestra consideración es-

<sup>1</sup> Luc., XVI, 25.

Aplicación por  
peribitibus;

efecto de temor  
y confianza,

por acitencia,

peribitibus

consecración.

A contrario.  
Abraham no tra-  
tó tan duramente  
á su condenado.

por dialogismo;

conclusión por sí-  
mil de las nubes  
de otoño.

Segundo párra-  
fo. Lo que de-  
mandan al jornalero.

Afectos de temor  
por las justime-  
rias.

timar con San Anselmo, con el bienaventurado San Jerónimo, con San Gregorio Magno y otros infinitos, qué juicio se le hará á aquel que cometió rapiña. *Si enim iudicium sine misericordia fiet illi, qui non fecit misericordiam*<sup>1</sup>, *quale iudicium fiet illi, qui fecerit et rapinam*? Y ¿qué hurto ni rapiña más cruel puede cometerse? Porque si el dinero de que defraudáis al jornalero, al criado ó trabajador, se le debiera por título de herencia, ó testamento, sin haberles costado fatiga ni cansancio, fuera el hurtárselo una injuria más llevadera. Mas no es así; es dinero que se han ganado con sus manos encallecidas de trabajar, con sus vigilias largas y pesadas, con sus caminos y viajes; en suma, con el sudor de su frente. ¿Cómo, pues, tenéis atrevimiento y descaro para negárselo, y esto en razón de mantener un lujo desmedido á costa de tantos hambrientos y desamparados?

San Francisco de Paula, como reprendiéndose en cierta ocasión con apostólica entereza al rey de Nápoles D. Alfonso por los tributos exorbitantes con que vejaba á sus vasallos, tomó unas monedas que á la sazón acababan de recabar los ministros de justicia y, rompiéndolas en presencia del monarca, hizole ver que chorreaban sangre. ¡Oh, si yo tuviese la virtud del Santo, qué espectáculo tan aterrador os hiciera ver con vuestros mismos ojos! ¡Cuánta sangre por ventura, si, cuánta sangre veríamos correr por este sagrado pavimento! Cierto que no puedo hacer pedazos esas monedas que muchos retienen contra toda justicia; pero ¿qué importa? Bastaría que me llegase á algunos que me escuchan, y con justa indignación rasgase las sedas finísimas que visten, las telas y brocados con que se envanece; ¡oh qué sangre tan viva, hermanos míos! ¡Oh qué sangre destilarían acaso esas vestiduras, esos pomposos trajes ó libreas, antes rotas que pagadas á sus dueños! Y si saliendo de este templo fuésemos y rasgásemos aquellas tapicerías, que lucen en su casa ó palacio, veríais sangre; si despedazáramos aquellas alfombras y alcáfitas, aquellos cortinajes y damascos, veríais sangre; si horrádsenos y rompíésemos aquellos muebles riquísimos, aquellas camas y colchas pre-

<sup>1</sup> Jac., II, 13.

ciosísimas, aquel ajuar, aquellos aderezos y tocadores, aquellas sillas de terciopelo color de púrpura, plegue á Dios que no destilasen sangre, como enseñándonos hasta con el color de fuera que se compraron con la sangre de los pobres; por donde se descubre bien ser muy cierta la semejanza entre el homicidio y la defraudación ó hurto del salario.

El derramador de sangre, oíd de boca del Eclesiástico la hermandad de estos dos abominables pecados, el derramador de sangre, dice, y el que defrauda de su salario al jornalero, hermanos son: *Qui effundit sanguinem, et qui fraudem facit mercenario, fratres sunt*<sup>1</sup>. Pero yo soy grandísimo pecador, y no tengo virtud para moveros á compasión de vuestros infelices acreedores por medio tan estupendo. Pareceme, pues, que esos desventurados, no teniendo en la tierra adónde volver los ojos, ni á quién demandar justicia, tórnanse, desconsolados y rasgado casi el pecho, al Dios del cielo, pidiéndole que justifique su causa; y si lo piden, ¿creéis que no lo conseguirán?

## XIII

Veis aquí que el salario de los jornaleros, que no pagasteis, está dando voces contra vosotros (así protesta el apóstol Santiago á los ricos injustos y avarientos), y el clamor de ellos penetró en los oídos del Señor Dios de Sabaoth: *Ecce merces operariorum, quae fraudata est a vobis, clamat, et clamor eorum in aures Domini Sabaoth introivit*<sup>2</sup>. Mas ¿qué significa el Señor Dios de Sabaoth, sino el Señor de los ángeles, Señor de los rayos y tempestades, de los torbellinos y granizos, de las bestias más feroces, de las enfermedades y dolencias, Señor de la vida y de la muerte; en una palabra, Dios y Señor de los ejércitos, *Domini exercituum*? Para denotar que, á la voz de los pobrecitos y jornaleros injustamente maltratados, ábranse las cataratas del cielo y las armerías del Rey omnipotente, y como que les da facultad para vengar sus agravios del modo y con el rigor que les plazca. Y ¿quién dudará de ello?

<sup>1</sup> Ecci., XXXIV, 27. —<sup>2</sup> Jac., V, 4.

confirmarse á los  
fiere - por sus di-  
cero ganando con  
sudores.

Amplificación  
por ejemplo de  
San Francisco  
de Paula, y Al-  
fonso V.

las monedas de  
sangre

Aplicación ve-  
hemente, por pre-  
terición.

Amplificación  
hipotética.

efectos de terror  
y conmiseración.

resaltado por  
comparación con  
el homicidio.

Transición.

Amplificación de  
terror. Temed mil  
das astres, si  
presto no resti-  
tuta.

Por autoridad y  
definición orato-  
ria de Sabaoth.

la armería de  
Dios.

Por ejemplo las trad. Transición por congresos.

1.ª parte, o la extorsión de los egipcios.

2.ª parte, o la sequía divina.

por incremento hipotético.

3.ª parte, o referir de la intervención.

Si en algún tiempo se mostró Dios verdadero caudillo y sumo general de los ejércitos, fué ciertamente cuando peleó con los egipcios y dió con ellos en el mar con toda su pujanza. Contra ellos sacó á campaña y en alarde aterrador todo linaje de fuerzas; rayos, truenos y tempestades, tinieblas horrorosas, moscas, muchedumbre de ranas, cñifes, pestilencias, universal naufragio. Pero ¿á favor de quienes usó su Majestad de tanto aparato, sino á favor y en defensa de unos pobres jornaleros no pagados? Por largo tiempo habiause valido los egipcios de los brazos del pueblo hebreo para edificar dos insignes ciudades; y por ello, no sólo no les dieron estipendio ni recompensa, pero los forzaron á poner de su cuenta y á grandísima costa la piedra, la paja y otros materiales necesarios para la fábrica. Esta sinrazón trajo al Dios de Israel á grande saña; pues, apiadado del trabajo y lágrimas de los oprimidos, mandó primeramente á los hebreos que se indemnizasen ellos mismos con astucia del menoscabo de su salario, y que arrebatasen cuantos vasos y alhajas de valor pudiesen haber á las manos de sus bárbaros deudores. Matóles luego los baños, descepo las viñas, destruyó los sembrados, taló los bosques, pasó á cuchillo todos sus primogénitos, y á la postre, arrojándose furiosamente los egipcios tras el pueblo israelítico, les atajó Dios los pasos y los anegó en las ondas del mar Bermejo; dando los despojos de sus cadáveres á los fugitivos, en compensación abundantísima de los hurtos y defraudados estipendios.

Y no imaginéis, católicos, que es interpretación de mi cabeza: léase al divino escritor de la Sabiduría, donde se refieren los favores y prodigios obrados por Dios con los hebreos; y si halláis que Dios llevó á su pueblo por el mar Bermejo, y los traspasó por agua copiosísima y á sus enemigos los sumergió en el mar: *Transtulit illos per mare rubrum, et transvexit illos per aquam nimiam, inimicos autem illorum demersit in mare*<sup>1</sup>, con las otras maravillas que allí cuenta, también hallaréis á continuación que con esto devolvio á los justos la paga y jornal de sus trabajos: *Reddi-*

<sup>1</sup> Sap., x, 18-19.

*dit justis mercedem laborum suorum*; conviene á saber (según glosa literal del famoso Lira), recompensó á los jornaleros su salario, indemnizó á los trabajadores de sus perjuicios, y, en una palabra, restituyoles el sueldo que les hablan robado los egipcios. *Recompensationem laborum, qua injuste defraudaverant eos Aegyptii*.

¿Cómo, pues, no nos aterran, hermanos míos, los clamores de los pobrecitos criados ó jornaleros, que tanto pueden en el tribunal divino y cabe el poderoso Rey de los ejércitos? ¿Ignoráis acaso que se trata de restituciones gravísimas, rigurosísimas, que no sufren dispensa ni dilación, porque se deben á título oneroso de justicia? ¿Qué esperáis, ó cuándo pagaréis? ¿Esperáis pagar por ventura á la hora de la muerte? Pues aperciбíos; que Dios nuestro Señor, para satisfacer á la urgente necesidad de vuestros infelices acreedores, os enviará quizás la muerte más pronto de lo que quisierais. No dudéis en ello; ya en el tribunal de Dios se habrá dado la sentencia de ejecución contra vuestra vida; ya se habrá mandado á los ministros y ejecutores, á las enfermedades y calenturas, á las congojas y agonías, que procedan luego al punto al cumplimiento de la soberana voluntad. Y ¿aún queréis nuevos plazos? ¿y así burláis las esperanzas de los pobres?

Constitución final por interrogación.

anticipación y

terminación acelerada.

## XIV

¡Ah!, que es tiempo de ajustar las cuentas con el prójimo y con Dios, cortando de raíz todo pretexto. ¿A qué tantas excusas? ¿á qué tantos aplazamientos? Oigo que alguien me responde que, si hasta ahora no pagó, fué porque no pudo. Mas ¿por qué no pudo, de ordinario? Porque no quiso. *Docuerunt linguam suam loqui mendacium*<sup>1</sup>. Enseñaron á sus lenguas á hablar mentiras. Y entre los pocos que el Señor dice por el Eclesiástico que aborrece en su corazón, es el rico mentiroso: *Divitem mendacem*<sup>2</sup>; esto es, si creemos á San Agustín, al rico mal pagador, que para no satis-

Renovación por vía de refutación: No pando pagar ahora.

Resp. 2) Mentira no puedes, porque no quieres.

Reprobato por asertividad.

<sup>1</sup> Jer., ix, 5.—<sup>2</sup> Eccl., xxv, 4.

facer sus salarios á los pobres jornaleros y criados trae mil excusas, y siempre se sacude diciendo: *Non possum*: No puedo. Mentira, falso de toda falsedad, le responde el mismo santo doctor; puede lo que quiere, y lo que no quiere no lo puede: *Potest in iis quae vult, et in iis quae non vult non potest*. Cuando se trata de banquetes y comilonas, entonces puede; pero si se trata de pagar sus diezmos á la Iglesia, ¡ah!, entonces no puede! Cuando se trata de diversiones y teatros, bien puede; mas si se habla de ejecutar los legados y testamentos en beneficio de un hospital ó casa religiosa, ¡oh!, entonces no puede! Trátase de viajes excusados, de perros y cacerías, de pasatiempos costosísimos, todo lo puede y nada le embaraza; trátase empero de pagar su jornal al mercenario, al criado su sueldo, harto atrasado en verdad, eso no puede. Puede, torno á decir, lo que quiere y se le antoja; y lo que no quiere y debiera querer, eso no puede: *Potest in iis quae vult, et in iis quae non vult non potest*. Libreos Dios, mis amados oyentes, de pertenecer á este número. Ricos embusteros, ricos mentirosos y falsarios, ¡oh!, cuán aborrecibles sois á su divina Majestad!

Y así, pídoos muy de veras que, no contentos con dar prestamente lo suyo á los necesitados y acreedores, deis también de lo vuestro, como tierras descansadas que pagan con la abundancia de los frutos el daño de la tardanza. Cuando no se alargue á tanto vuestra liberalidad, avergonzaos al menos de quitar á los mismos, á quien os manda que deis nuestro Señor Jesucristo, os diré con el sabio Casiodoro: *Pudeat illis tollere, quibus jubemur offerre*<sup>1</sup>. ¿Qué pretendéis de esos infelices? ¿que os perdonen la deuda de sus salarios? ¿que cedan de su derecho? ¿ó, á lo menos, que aguarden todo el tiempo que á vosotros pluguiere? Mas, decidme, por reverencia del Señor: si á vosotros, tanto más acomodados, se os hace tan duro restituir lo ajeno, ¿cuánto más á ellos no recibir lo propio? Poneos, os suplico, poneos un momento en su lugar, y considerad despacio qué haríais si Dios os dejara en aprieto semejante. ¿No reclamaríais de los ricos lo que fuese vuestro siendo pobres, lo

<sup>1</sup> Epist., 1, 9.

que ahora arrebataís á los pobres siendo ricos? Lejos de mí, ni lo permita Dios, que, en castigo de vuestra dureza, pida al cielo que os ponga en este caso. Gozad enhorabuena, y con la bendición del Señor, de la hacienda que os ha dado, que ésta nadie os la disputa, ni los mismos pobres por vosotros tan desamparados y oprimidos, porque saben resignarse y besar la mano de Dios en el repartimiento de estos bienes temporales y caducos. Gozad, digo, y vivid más holgadamente que ellos, con más regalo, con más ventura y esplendor. Yo os doy mil parabienes; el Señor os ha levantado y prosperado; sea él bendito para siempre. Su providencia amorosa os guarde y acreciente más y más vuestra casa y familia, vuestra persona y descendencia. Pero no queráis medrar á costa ajena; pues, como dijo muy sabiamente aquel Casiodoro, de quien poco ha hice mención, no hay ni puede haber crueldad más detestable que querer engordar con la substancia de los pobres: *Ultra omnes crudelitates est, divitem velle fieri de exiguitate mendici*.

Conclusión

sentenciosa.

por experiencia y  
compleción etc.  
sima.

por afán de  
suavidad.

de amor y bene-  
volencia.

que compara-  
ción y trasua-  
do de acredores en  
deudores.



®

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VEINTIDÓS<sup>1</sup>

¿Que no se ha dicho contra este discurso? Que es superflua la introducción á la primera prueba; que se vale más de las palabras de los hombres que de las de Dios; que hace mal en recordar á los oyentes la contraria opinión de algunos teólogos; que no aplica bien el ejemplo del rico Eplulón, pues no se condenó por solo este pecado, y la necesidad de Lázaro era extrema; que trae pocos argumentos, y éstos en un orden extraño y poco natural; que se contradice afirmando en una parte que el varón limosnero será rico, y suponiendo por otra que puede empobrecer dando limosna;

<sup>1</sup> No olvide el lector lo que dicho queda en el Discurso preliminar, conviene á saber: que el fin de estas Observaciones, y aun el de toda la obra, según indica su mismo título, no es estudiar teología ó filosofía, exegética ó historia, sino elocuencia; ni aquilatar á SÉNeca como teólogo ó filósofo, ni como historiador ó exégeta, en que fué sin duda eminente, sino como orador, en que fué eminentísimo. De donde, no tanto nos fijamos en la MATERIA, por cierto abundante; macha y muy católica, cuanto en la FORMA del decir, esto es, en el ARTIFICIO ORATORIO que guarda en la invención, disposición y elocución, en que se aventaja de suerte, que se granjeó el glorioso renombre de CICERÓN CRISTIANO. Para esto sirven las notas marginales; á esto se encaminan estas Observaciones ó Análisis retóricos; á revelar los secretos de la PERSUASION, arte de las artes, difícilísima y casi desconocida en nuestros días; á estudiar ELOCUCION PRÁCTICA en modelos, si no perfectísimos, porque es imposible hallarlos, pero los más á propósito de lo que ahora pretendo, que es ir mostrando, ejecutados con primor, los altos principios de la escuela clásica, representada en Atenas por Aristóteles, en Roma por Cicerón, y entre los españoles por Quintiliano, el Ven. Granada, el ilustré Arias Montano, Luis Vives, Alfonso Matamoros y otros varones sapientísimos y elocuentísimos. Ni siempre alabo, ni siempre condeno; porque no es éste mi principal oficio, sino el DESCUBRIR EL ARTE maravilloso, que se oculta en una extraña naturalidad, y aficionar á los lectores á la verdadera y sólida elocuencia. Si de mis Estudios resulta, sin querer, un panegirico de SÉNeca, no me pesa, y confiadamente le presento á la ilustración de los españoles como decado de pulcritud y de toda elocuencia en general. Si no tuviera esta convicción, ¿cómo hubiera yo acometido el trabajo no pequeño de trasladarlo á nuestra lengua con el mayor esmero que he podido, y cómo españolizarlo, y después acompañarlo de notas marginales, y desentrañarlo finalmente en las Observaciones y Análisis, hasta hacer ver y sentir todas sus bellezas? Al decir que SÉNeca es un modelo en el arte de persuadir, no

que se propone muchos fines y no consigue perfectamente ninguno; que no es á propósito lo que trae de los eclesiásticos; que está mal dispuesta la peroración; que la explicación del *dispersit dedit pauperibus* es propia de un intérprete erudito, mas no de un orador elocuente; que la segunda parte está destrabada de la primera, pues se propone un argumento y fin diversos, el cual no desarrolla ni alcanza cumplidamente por su nimia brevedad...<sup>1</sup> ¿Es verdad que adolece de todas esas tachas? Estudiémoslo.

**Estado de la cuestión.** Gran valentía es del pensamiento señeriano y primor de este discurso la traza con que está dispuesta la cuestión, que es simplicísima: conviene á saber, **que se dé á los pobres lo que es suyo.** Suyo por título de misericordia (1.ª parte); y suyo por título de justicia (2.ª parte). Por el primero, tienen cierta manera de derecho á todo lo superfluo de los ricos; por el segundo, derecho rigoroso á lo que ganaron con el sudor de sus frentes. He aquí al **abogado de los pobres** que se levanta enérgico y vigoroso, reivindicando estos derechos en nombre de la justicia conciliada, en nombre de la misericordia despreciada, y en nombre de la providencia de Dios, padre no menos del pobre que del rico. Siempre es grande la elocuencia; mas, cuando se emplea en hacer bien al menesteroso, es divina; pues con ninguna cosa se acerca tanto el hombre á Dios como con ésta de hacer bien al pobrecito y socorrer al necesitado. Un orador que defiende la causa del pobre contra las vejaciones del rico, me representa al Hijo de Dios, que tomó sobre sí la defensa del pobre linaje humano con-

afirmo, sino que pruebo, examinando sus discursos en el contraste de principios fijos y que no perecerán jamás. Los fundamentos de la elocuencia, ya corra el siglo de Pericles ó el de Augusto, ya el siglo xvii ó el siglo xix, siempre son los mismos. No apartándonos de ellos seremos elocuentes, como lo fué SÉNeca. Sólo ruego al que leyere que no juzgue de él hasta haberle estudiado profundamente y repasado la Retórica; y estoy cierto que, aunque vea algunas tachas, y se indigne de vez en cuando,

Si nota qui dormita el gran Homero,

pero le perdonará, y dirá con el preceptista de los Pisones, v. 351-353.

*Veram ubi plura nitent in carmine, non ego paucis  
Offendar maculis, quas aut incuria fudit,  
Aut humanae varum caecitas notavit.*

Que es decir:

Si esmaltan un escrito mil primores,  
Las levisimas manchas no me ofenden,  
Que al descuido cayeron, ó que nunca  
Evitar puede la flaqueza humana.

<sup>1</sup> Léase al P. Serra, en los Análisis del Doctor Malmusi.

tra la opresión y tiranía del demonio. De tres armas se vale sucesivamente: primero, de **razones** que convienen; segundo, de **afectos** suaves que ablandan el corazón; tercero, de **pasiones** fuertes que lo rinden y doblegan al amor y compasión del pobre.

**Razones.** En el **exordio**, que es por **insinuación**, indica ya algunas como de paso, pero que disponen maravillosamente. Fuera del ejemplo de Jesucristo en el Evangelio, ¿qué son las semejanzas que trae de la tierra empapada en agua, del sarmiento ya grueso, de la fruta jugosa, de las nubes sobrecargadas de vapores, de la atmósfera abrasada en el estío, sino voces mudas que enseñan á los ricos á despedir de sí todo lo superfluo?

Pero más persuaden las que aduce en su propio lugar, que es la **Confirmación**, donde se advierte cuán **pocas** son, pero cuán sólidas y **mucizas**, y qué bien graduadas y unidas entre sí. Porque en suma dicen:

Razón 1.ª, por silogismo oratorio.

*Creéis vosotros que sois dueños absolutos de vuestras riquezas, y por esto no dais lo superfluo, antes disponéis de ellas como se os antoja:*

*Pero no sois sino simples dispensadores y usufructuarios de ellas, puestos por Dios para que deis lo sobrante á los demás: Luego pecáis si no lo hacéis, aunque el pobre no se halle en necesidad extrema (§ II).*

Razón 2.ª, por silogismo oratorio, de la providencia divina.

*Dios es padre igualmente de todos, justísimo, piadosísimo, providentísimo:*

*Mas fuera injusto, ciego y aceptador de personas, si no señalara á los pobres alguna línea ó patrimonio, con que atender á sus necesidades ordinarias:*

*Luego existe esa renta, y la constituyen lo que vosotros ¡oh ricos! no necesitáis.*

Razón 3.ª, por entimema *ad exemplo* (§ II).

*El rico avariento se condenó por no repartir lo superfluo.*

*Luego también os condenaréis vosotros, si retenéis lo que os sobra (§ III).*

Estas tres razones son, en rigor, las únicas que emplea; pero ¡con qué maestría desenvuelve lo que, dicho con esta crudeza y desapiadada lógica de silogismos y entimemas, daría asco al auditorio! Así la armazón del esqueleto humano causa horror al vulgo, con ser verdad que ella sustenta toda la fábrica del hombre.

**Refutación.** Hasta aquí probó que deben dar lo sobrante á los pobres; ahora que existe ese sobrante, que es pasar de la cuestión **quid sit** á la cuestión **an sit**, y equivale á

desalojar á los ricos de sus últimas trincheras. Porque ¿quién de ellos no diría en sus adentros, al oír las anteriores razones: Aquí está el punto de la dificultad; á mí nada me sobra; no reza, pues, conmigo esto que vos decís?

Luego la refutación era aquí de todo punto **necesaria**, y debía traerse en este lugar de la oración, y no antes ni después. No **antes**, porque, tengan ó no tengan superfluo, siempre queda en pie la doctrina expuesta; no **después**, porque esta idea—no tengo que dar,—fija en el ánimo de los oyentes, desvirtuaría toda la eficacia de los argumentos que siguen, encaminados á mover la voluntad. Y ¿cómo deshace este grave prejuicio?

De cuatro maneras puede el orador rebatir á su adversario. La primera, **negando** que sea así, ó probando que es absurdo y no creíble. La segunda, no negando el hecho, mas **excusándolo** con demostrar que está bien hecho, y según justicia. La tercera, **oponiendo** al contrario cargos iguales ó mayores. La cuarta, por generosa **indignación**, con que, fiados en la bondad de nuestra causa, nos desdafiarnos de responder directamente.

SÉNENI responde, lo primero **distinguiendo**. Si tomáis por regla para medir lo que falta ó sobra á la decente sustentación de vuestro estado, las leyes del mundo y sus antojos vanos, es cierto, nada os sobrará. Mas, si os ajustáis á las leyes de Cristo, veréis cuánto os quedará para los pobres (§ IV).

Lo segundo, **dándoles una regla** por analogía para determinar lo superfluo, y es el criterio que siguen para calificar de superfluos varios ejercicios de piedad, que no reputan por necesarios para salvarse. ¡Con Dios una medida tan estrecha! ¡con el mundo tan ancha! (§ IV).

Lo tercero, **negando** la razón en que se apoyan, de la necesidad de sustentar el propio estado; pues no tratan de mantenerlo, sino de acrecentarlo ilimitadamente. Y con esta regla ¿qué les ha de sobrar para los pobres? (§ V).

**Afectos suaves** (*suavia*). Así como las razones dichas van como empapadas en afectos, así los afectos que siguen se sustentan de razones, sin las cuales pararía todo en impertinente clamoreo y verbosidad redundante. Bien dijo Fabio: *Huc igitur incumbat orator, hoc opus ejus, hic labor est: sine quo caetera nuda, jejuna, infirma atque ingrata sunt. Adeo ut, velut spiritus operis hujus atque animus est in affectibus commoventis*<sup>1</sup>. ¿Qué más se puede decir para encarecer la moción de los afectos en la elocuencia? •A esto se aplique

<sup>1</sup> Instit. Orat., lib. VI.  
SÉNENI ESPAÑOL.—T. II.

el orador con gran ahinco, éste sea su mayor empeño, ésta su tarea principal: inclinar las voluntades de los oyentes. Sin ello, todo lo demás es frío, desvirtuado, flojo, desapaible. De suerte que este conmover lo afectos ha de ser como el espíritu y alma de toda oración. Eso exige Quintiliano al **orador forense**. Pues ¿qué será razón pidamos nosotros al **orador sagrado**, que trata de plantar virtudes y desarraigat vicios, lo cual no halla menos dificultad en la **corrupción del corazón** que en la **ignorancia del entendimiento**?

He aquí por qué SENECA emplea tan pocos argumentos para enseñar y tantos para mover. ¿Qué se propone desde el párrafo sexto hasta la conclusión del discurso? Que instruidos en la obligación de hacer limosna, la hagan en realidad; y, ciertos de que al jornalero hásele de pagar su jornal, se lo paguen inmediatamente. Comienza por lo primero, y despierta los sentimientos suaves, que llaman los retóricos.

Y ¿con qué artificio tan natural! **Dos pasiones** señorean principalmente el ánimo de la gente rica, el deseo de **honra** y el de **hacienda**, por otros nombres, avaricia y ambición. Pues de ellas se vale y en ellas estriba el orador para conseguir su intento. ¿Queréis honra?, les dice—Sed grandes limosneros (§ VI).—¿Queréis más riquezas, y que rebosen las arcas de dinero y los lagares de vino?—Haced muchas limosnas (§ VII). Por el contrario, lo que más temen los ricos es la **pobreza**: pues de ahí saca otro argumento.—Si dais al pobre, poneis vuestro dinero á interés en banco que jamás puede quebrar, Dios nuestro Señor; si no le dais, estad ciertos que empobreceréis (§ VIII); y termina alentándolos á dar hasta lo conveniente y necesario para merecer el reino eterno (§ IX).

Ya aparecía agotada la materia, mas hállala muy abundante en la comparación que entabla entre los seglares y los eclesiásticos respecto de la obligación de la limosna (§ X). Este cotejo sirve, lo **primero**, de deshacer una tácita objeción. Lo **segundo**, de ensanchar los horizontes de la elocuencia, hablando á todos los estados y condiciones, por que todos se aprovechen. Lo **tercero**, de justificar más la divina providencia, descubriendo al pobre una mina fecunda en la obligación que de socorrerle tienen los eclesiásticos. Lo **cuarto**, de apretar más á los seglares, pues si aquellos hacen un **sacrilegio** reteniendo lo superfluo, éstos cometen **rapina** si no reparten todo lo que no han menester.

¿Cuán suavemente se abre camino á la **peroración**, exponiendo otros bienes de más subidos quilates, que acarrea la limosna! Es la única puerta que tienen los ricos para en-

trar en el cielo, perdona las culpas, salda las penas de los pecados, y será honrada sobre todas las virtudes en el día postrero (§ XI). De aquí pasa naturalmente á la glorificación del varón misericordioso y á la reprobación solemne del avaro y sin entrañas, amplificando los efectos suaves y preparando los vehementes, que desarrolla más en la segunda parte.

**Pasiones vehementes** (παθητικόν). Persuadió hasta aquí á hacer bien á los pobres; ahora quiere que, á lo menos, no se les haga mal, ni se les veje con la defraudación de su paga. ¿Qué cosa más justa? Por esto, no trae **argumentos** que convengan, sino **ponderaciones** gravísimas que confunden, atemorizan, anodadan.

La primera consiste en encarecer la **fealdad** de esa negra extorsión y avivar el sentimiento de la **vergüenza**, por medio de etopeyas, interrogaciones, comparaciones (§ XII). La segunda, en traer á la memoria el juicio y el infierno, para despertar el **terror** y la **comiseración**, en orden á lo cual sirve á maravilla el **ejemplo** de San Francisco de Paula, que rompiendo una moneda la hizo manar sangre, y su viva aplicación á los oyentes llegando á compararlos con los homicidas (§ XII). La tercera, en hacerles oír los **clamores** de los pobres que piden su jornal en el acatamiento del Dios de Sabaot, y les **amenaza** con mil **desventuras** si no restituyen presto, medio eficazísimo para infundir **temor** y **terror**. A esto se encamina la descripción de las plagas de Egipto, justo castigo contra los defraudadores de los hebreos (§ XIII). La cuarta, finalmente, **perorando** en favor de los pobres, **facilitando** la restitución, pues pueden hacerla desde luego, **mezclando** sentimientos duros con otros más suaves y **suplicando** amorosamente y aun **halagando** á los ricos, como una madre que pide pan para sus hijitos hambrientos.

¿Qué falta aquí, en el fondo ó en la forma, para un perfecto discurso en el género deliberativo? Mas, quien gustare de oír mil loores de la limosna y misericordia, lea el tratado tercero del V. Granada acerca de esta virtud, pondere sus diez excelencias y, cotejando aquel rol de elocuencia que sale de madre con esta oración del P. SENECA, estudie el arte de sacar un **sermón breve** de un **tratado largo**, ora citando, ora ampliando las ideas, ya escogiendo las más prácticas, ya desechando las sutiles y especulativas, y sobre todo disponiendo los argumentos en continua progresión y avivando el lenguaje con lumbres y figuras, para asestar la artillería del bien decir contra los ricos escasos, hasta desmantelar y derrocar los muros de la miserable codicia. «Si esto se mirare con atención, diré con el mismo

Venerable Granada, bastará, no digo yo para usar como quiera de misericordia, sino para andar los hombres buscando y sacando los pobres debajo de la tierra para usar con ellos de misericordia, por no carecer de una ocasión de tan grande bien<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Tratado tercero. De la limosna y misericordia. Introducción.



## DISCURSO VEINTITRÉS

### IRREVERENCIA EN LOS TEMPLOS

*Et cum fecisset quasi flagellum de hyssopis, et omnes eiecit de templo, etc.*

Y haciendo un azote de ciertos cordales, á todos los echó del templo.

(Joan., II, 13.)

#### EXORDIO

Por instancia  
ción oratoria.

**D**ELITO atroz y desacato muy grande debe de ser, cuando el rey ó príncipe en persona determina hacer justicia por sí mismo y castigarlo con sus propias manos. Lanzó Dios, como es sabido, á nuestros primeros padres del paraíso terrenal, donde los había colocado; mas para ello se valió de un ángel, como de ministro é inmediato ejecutor de la fatal sentencia, el cual los arrojó de allí, no sin vergüenza y dolor de los nobles desterrados<sup>1</sup>. Lanzó á los Cananeos de sus tierras y provincias, mas sirvióse para ello de enjambres de mosquitos. Echó á los Amorreos de su amada patria, pero valióse de falanges de vilísimos insectos. Y en ningún lugar de las santas Escrituras se lee que Dios nuestro Señor, ni antes ni después de su encarnación, viniese á azotar por su misma mano á los delincuentes, sino cuando vió desacatado su santo templo. Por mano de un ángel hirió á los Egipcios y á todos sus primogénitos; por mano de un ángel desbarató y pasó á cuchillo el ejército de los Asirios; el mismo Herodes, que ambicionaba honores debidos á solo Dios, fué de Dios herido, pero por mano de un ángel. So-

Escribe la atención.

por la novedad de la protesta: Dios no castiga por su propia mano.

Indicación bíblica.

®  
y consagración.

<sup>1</sup> Abul. et Alap. in c. 3. Gen.

Venerable Granada, bastará, no digo yo para usar como quiera de misericordia, sino para andar los hombres buscando y sacando los pobres debajo de la tierra para usar con ellos de misericordia, por no carecer de una ocasión de tan grande bien<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Tratado tercero. De la limosna y misericordia. Introducción.



## DISCURSO VEINTITRÉS

### IRREVERENCIA EN LOS TEMPLOS

*Et cum fecisset quasi flagellum de hyssopis, et omnes eiecit de templo, etc.*

Y haciendo un azote de ciertos cordales, á todos los echó del templo.

(Joan., II, 13.)

#### EXORDIO

Por instancia  
ción oratoria.

**D**ELITO atroz y desacato muy grande debe de ser, cuando el rey ó príncipe en persona determina hacer justicia por sí mismo y castigarlo con sus propias manos. Lanzó Dios, como es sabido, á nuestros primeros padres del paraíso terrenal, donde los había colocado; mas para ello se valió de un ángel, como de ministro é inmediato ejecutor de la fatal sentencia, el cual los arrojó de allí, no sin vergüenza y dolor de los nobles desterrados<sup>1</sup>. Lanzó á los Cananeos de sus tierras y provincias, mas sirvióse para ello de enjambres de mosquitos. Echó á los Amorreos de su amada patria, pero valióse de falanges de vilísimos insectos. Y en ningún lugar de las santas Escrituras se lee que Dios nuestro Señor, ni antes ni después de su encarnación, viniese á azotar por su misma mano á los delincuentes, sino cuando vió desacatado su santo templo. Por mano de un ángel hirió á los Egipcios y á todos sus primogénitos; por mano de un ángel desbarató y pasó á cuchillo el ejército de los Asirios; el mismo Herodes, que ambicionaba honores debidos á solo Dios, fué de Dios herido, pero por mano de un ángel. So-

Escribe la atención.

por la novedad de la protesta: Dios no castiga por su propia mano.

Indicación bíblica.

®  
y consagración.

<sup>1</sup> Abul. et Alap. in c. 3. Gen.

lamente cuando se trata de castigar á los profanadores de los templos y lugares sagrados, veo á Jesucristo, dechado de mansedumbre y benignidad, de modestia y sufrimiento, empuñar el azote con grande severidad é indignación. ¡Oh qué pecado tan enorme! ¡qué intolerable desvergüenza! ¡qué monstruosidad y malicia debe de traer consigo esta falta de respeto!

y protopopeya

¿Qué será de ti, ¡oh ciudad mía muy amada!, si así castiga su Majestad los desacatos de sus templos? ¿Serás por ventura compañera de la ingrata Jerusalén en el castigo? No, si con Jerusalén no eres cómplice de tamaño delito. Pero ¿cómo, dime, son respetadas tus iglesias? ¿Son acaso, como desgraciadamente en muchas partes, asilo y lugar diputado á la parlería, á la distracción y quizás á la licencia? No puedo creerlo; antes bien, por cuanto he visto aquí, ya que de tus costumbres, fuera de este sitio, poco ó nada sé, me ha edificado siempre tu devoción y compostura. Aquí compareces en los ojos recogida, en los trajes modesta, en el porte exterior y atención á la palabra divina modelo de cristiandad y religión: por manera que, si en todas partes es igual tu piedad y reverencia (y ¿por qué no he de creerlo de tu acendrado catolicismo?), no habla contigo el espantoso ejemplo y amenaza terrible de nuestro adorable Redentor en este día, á saber, de ir él mismo en persona á derramar el torrente de su indignación en los impíos despreciadores del culto y santidad de sus iglesias.

y persecución  
injusta.Constitución de  
la casa:

propiedad y

fin de todo si  
acaso lento.

Pero, comoquiera que no hay virtud en este mundo tan alta y encumbrada que no pueda vacilar y aun despenarse, á fin más principalmente de prevenir el mal posible y venidero que de remediar el presente, quiero demostraros, amados hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, **la injuria grande que contra Dios cometen aquellos malos cristianos que, muy lejos de vuestro ejemplar comportamiento, profanan las iglesias al venir á ellas, y ofenden á su divina Majestad en vez de reverenciarle; para que por una parte os animéis á seguir vuestras loables costumbres, y veáis por otra con cuánta justicia castigó el Señor por sí mismo y con tanta severidad á los que tan osada é irrespetuosamente le ultrajaban.**

## PARTE PRIMERA

## II

Y, en verdad, decidme, mis amados oyentes: ¿cómo no se ha de enojar Dios nuestro Señor con grande extremo, viendo que ni siquiera en los templos le damos las muestras de reverencia con que debiéramos honrarle en todas partes? Porque no debéis creer que solamente en las iglesias mora y tiene asiento la majestad de Dios. No, católicos: *Plena est omnis terra gloria ejus*<sup>1</sup>: llena está toda la tierra de su gloria. Así está en el campo como en las ciudades, en las plazas públicas como en el rincón de vuestras viviendas; todo lo hinchó su inmensidad, y lo alto y lo bajo, lo sagrado y lo profano, los lugares nobles y los viles y despreciables, todo lo llena nuestro gran Dios. Por donde sabiamente se burló Heráclito de ciertos personajes harto presuntuosos, que se desdenaban de entrar en su choza ó cañañuela, diciéndoles con donaire: Entrad, no tengáis miedo, que también están aquí los dioses inmortales<sup>2</sup>.

Arg. De los dif-  
funtos de lugar  
argumentación a  
univer).1.º prop. En to-  
das partes mora  
junto reverenciar  
á Dios. Le digo  
mucho más en los  
templos.Autocredite. por  
enumeración, an-  
ticipada.

y autoridad.

Mas, aunque esto sea así, no quiso Dios obligarnos á reconocer su divina presencia de igual modo y con el mismo acatamiento en todo el mundo; porque fuera esta obligación, si no imposible de guardar, á lo menos muy pesada, vista la muchedumbre de negocios, variedad de quehaceres, distracción y derramamiento del espíritu, á que está sujeta la vida y sociedad humana. Basta que en todo lugar nos abstengamos de ofenderle, sin que sea preciso que en todo lugar nos desvelemos en honrarle con particulares obsequios, como hacía aquel piadosísimo rey que, dondequiera que estuviese, despertaba su corazón á bendecir á Dios con aquellas palabras: *Benedic, anima mea, Domino in omni loco*

2.º prop. Mas  
Dios no lo exige  
por congruencia á  
su grandeza.por autoridad á  
centrarse.

1 Is., vi, 3.

2 Ingressi fidentes eos jussit, nam et hic quoque, inquit, Dñi habitant immortales. Arist. de part. an., l. 2, c. 5.

*dominationis ejus.*<sup>1</sup> ¡Alaba, oh alma mía á tu Señor, en toda la redondez de sus dominios!

Advertid, empero, que si no demanda estos tributos positivos de alabanza y veneración en todo lugar, los demanda y exige en algunos. ¿En dónde? En los sagrados templos, en los cuales siempre ha protestado que moraba su divina Majestad como en su propia casa: *Elegi locum istum mihi in domum.*<sup>2</sup> Escogí este lugar para mi casa; no porque en los demás no esté por esencia, por presencia y por potencia; sino por el reconocimiento especial que en ellos pide de la humana criatura. Y en razón de esto, ¿qué no hizo y dispuso nuestro Dios? Determinó primeramente que estos sitios, donde mora como en su palacio, fuesen lo más soberbio, magnífico y suntuoso de la tierra, para que nosotros, tan groseros y terrenos, maravillados de su exterior magnificencia, nos levántásemos á colegir de la majestad de la morada la infinita de su excelso morador, y fuese así más fácil acartarle y reverenciarle. Tras esto, para convidarnos más y que vengamos con frecuencia, ha declarado que aquí oye nuestras plegarias con mayor complacencia, y las despacha con mayor liberalidad, y derrama desde aquí más copiosamente las riquezas de su gracia. Llama á sus templos lugar de paz y propiciación, y ha querido que gocen por humanas leyes de fueros y privilegios especiales, de inmunidad, de exención, de asilo ó refugio, de seguridad y otras mercedes y prerrogativas, para mayor veneración y acrecentamiento de su gloria: Yo glorificaré, dice por Isaías, la casa de mi majestad: *Domum majestatis meae glorificabo.*<sup>3</sup> Cuanto acabo de decir es cosa muy averiguada, y en ello concuerdan los doctores, los cuales, mayormente Santo Tomás, demuestran su razón y conveniencia.<sup>4</sup>

Esto presupuesto, filosofemos, cristianos, en la siguiente forma: Si de tantos lugares como hinche con su inmensidad, sólo ha reservado Dios algunos pocos para su culto, y todo lo restante de la tierra ha dejado para servicio nuestro, ¿no es gran descomedimiento y grosería no quererle ni

3.º prop. Pero si en las iglesias porque son sagradas.

por su magnitud y suntuosidad.

por sus privilegios y exenciones.

y temporales.

Consecuencia y argumentación.

<sup>1</sup> Ps. cii, 22.—<sup>2</sup> 2 Par., vii, 12.

<sup>3</sup> Is., lx, 7.—<sup>4</sup> 2-2, q. 81, a. 7, et q. 84, a. 5.

aun en éstos respetar? ¡Cuánto espacio y dilatada redondez permite á nuestros usos, ya para negociar, ya para hablar y platicar de nuestras cosas, ya para reír y holgar y entretenernos honestamente á la medida de nuestro gusto! ¿Por qué, pues, no perdonaremos los templos del Señor? Esto inflamaba el pecho del Apóstol, y le hacía clamar contra los corintios: *Nunquid domos non habetis? aut ecclesiam Dei contemnitis?*<sup>1</sup> ¿Por ventura no tenéis vuestras casas, que venís á deshonrar la iglesia y casa de Dios? Como si en persona de ellos nos dijese á todos nosotros.—¡Oh mal acostumbrados cristianos!, ¿qué osadía es la vuestra? Si queréis holganza y pasatiempo, ¿no hay teatros? Si queréis hablar de noticias y sucesos, ¿no hay casinos y tertulias? Si queréis ajustar negocios y contratos, ¿no hay lonjas? Si queréis distraeros con la vista de mucha gente, ¿no hay plazas y paseos? ¿Qué más? Si queréis satisfacer vuestra liviandad, ¿no hay otros sitios de ruin fama? *Nunquid domos non habetis? aut ecclesiam Dei contemnitis?* Ciertamente, esto es señal de corazones ingratos, desconocidos, descorteses, dice el Apóstol, pues no contentos con lo restante de la tierra que os ha otorgado Dios para vuestra utilidad y divertimento, os alzáis con el uso de esto poquito que para honra de su nombre ha reservado.

Ausuricación vehementes de sancta ira.

por adobarte á grado.

y sublección cratoria.

Conclusión y epilogo.

### III

Imposible es que el sentimiento de esta injuria no crezca en el pecho de Dios, pero muy mucho, al verse pospuesto al mismo demonio en la veneración y estima de los hombres. Escuchadme. Sabemos por las santas Escrituras que es Dios celosísimo, esto es, que se resiente muy fácil y amargamente, si alguna criatura pretende usurpar su gloria y entronizarse en la alteza de su majestad. *Deus aemulator Dominus*, Dios celosísimo es el Señor, dícese en el Deuteronomio; Dios celosísimo llámasele en el libro de Josué; Dios celosísimo, tal es el sobrenombre que le da Nahum.<sup>2</sup>

Arg. 2.º Por consecuencia. Dios es pospuesto á los demonios. Luego fuerza es que se enoje grandemente.

Consecuencia: porque Dios es celosísimo de su honor.

<sup>1</sup> 1 Cor., xi, 22.—<sup>2</sup> Deut., vi, 15. Josué, xxiv, 19. Nahum, x, 1-2.

Ahora bien, ¿qué ha de sentir su celosísimo Corazón, cuando coteje los obsequios y reverencia con que muchos gentiles adoraban al demonio engañador, y la poca con que muchos cristianos le adoran á él, Dios único y verdadero?

Recuerda su divina Majestad (si así puede decirse de aquel Señor, para quien nada pasó y todo está presente, cuyo entendimiento infinito abarca de una ojeada las generaciones de los siglos, según la bellísima expresión del Eclesiástico: *Conspector est saeculorum*<sup>1</sup>), recuerda, digo, su divina Majestad la profunda sumisión con que los adoradores del demonio estaban en sus templos. Registradas están, para perpetua memoria y confusión nuestra, las palabras de un filósofo. Entramos, dice Séneca, en los templos con grande compostura; habiendo de llegarnos al sacrificio, derribamos nuestras frentes hasta el suelo, ceñimos la toga y nos presentamos con todas las muestras de recogimiento y veneración: *Intantum templa compositi, ad sacrificium accessuri, vultum submittimus, togam adducimus, in omne argumentum modestiae fingimur*<sup>2</sup>. ¿Y no contemplaba nuestro Señor á los germanos, que nunca penetraban en los bosques consagrados á sus falsas divinidades sino cargados de cadenas, ó ceñidos con fuertes nudos y cordeles, para testificar con esto sus obligaciones ó la servidumbre que les profesaban? Pues así lo refiere Tácito. ¿No veía á los antiguos sarracenos, que jamás pisaban el suelo de sus mezquitas sino descalzos ó las piernas desnudas, para denotar la limpieza extremada ó la suma humillación con que adoraban á su mentida deidad? Pues así lo afirma Lira. ¿No veía á los primitivos griegos, que mientras estaban presentes á los sacrificios de sus dioses nadie osaba ni escupir, ni toser, ni limpiarse las narices, por no distraer la atención universal y el silencio escrupuloso con que se practicaba aquella superstición? Pues así lo trae Ariano.

Y si Dios veía todo esto, como verdaderamente lo veía, y coteja luego este culto y respeto con el nuestro, ¿qué celos, qué indignación, qué saña no concebirá, católicos, si es aquel Dios celosísimo, de que tanto se precia en las san-

<sup>1</sup> Conocencia y afectos de indignación y risón.

conclusión por el escrito.

Antecedente por las proposiciones ya á indicio.

Reverencia á los filósofos en Roma.

entre los germanos.

entre los sarracenos.

entre los griegos.

tas Escrituras? ¿No ha de tener por grave desacato, dice San Ambrosio, que los sacramentos y tremendas ceremonias se hagan entre el bullicio y confusas voces de los cristianos, viendo á los gentiles adorar á sus ídolos con gran silencio y reverencia? *Circumsonare sacramenta confusis vocibus, cum gentiles idolis suis reverentiam tacendo detulerint*?<sup>1</sup> Harta vergüenza y sentimiento es que tenga Dios que envidiar á las divinidades gentílicas, á las cuales los paganos, sus necios adoradores, guardaban más respeto cuando se degollaban toros ó carneros, que no ahora cuando se sacri-

por autoridad

y antiterribiliter,

## IV

Y considerad, mis amados oyentes, que no nos compele nuestro Dios á reverencias y demostraciones tan rigurosas como algunos de aquellos desventurados practicaban en sus templos. No manda ni permite que nos arranquemos la lengua de las fauces, ni los ojos de la cara, como hacen en la Meca los ilusos mahometanos. Mas ¿cómo no nos avergonzamos de hablar nosotros y levantar la voz delante de su divino acatamiento? ¿Cómo nos atrevemos á derramar los ojos con tanta libertad, y plegue á Dios que no sea con harta desenvoltura? ¿Qué gran cosa y riguroso mandamiento que nos prohiba en este sitio aquellas señas y saludos, aquellas risas y donaires, que por ventura en otro cualquier lugar serían reprehensibles? Y si aun esta mortificación y ligera obediencia no puede conseguir de sus cristianos, ¿qué podrá esperar de ellos en otros sitios de menos recogimiento y devoción? ¿Reverenciarán la majestad de Dios en las plazas y corrillos los que tan poco la reverencian dentro del santuario?

Aquí, á lo menos, se les entran por los ojos muchos ejemplos de piedad, de compunción, de humildad y penitencia. Quién llora los pecados, qué saña no concebirá, católicos, si es aquel Dios celosísimo, de que tanto se precia en las san-

Fig. 3.<sup>a</sup>  
De los consiguientes,

Transición y confirmación del anterior:

(argumentación a suyo y afectos de vergüenza)

Quien peca en las iglesias, más peca fuera. ¿Cómo Dios se escogata penitencia?

Antes. En el templo todo conviende á piedad:

<sup>1</sup> Eccl., xxxvi, 19.—<sup>2</sup> Seneca, Natur. Quaest., l. vii, c. 30.

<sup>1</sup> L. 3 de vel. virgin.

por hipotiposis distributiva.

Conclusión por autoridad aléctica.

Confirmase por comparación de adjuntos.

y viva contraposición.

Conclusión final y amplificación.

misa, allí cantan los oficios; quiénes rezan el santo rosario, quiénes dan limosna; éstos hiérense los pechos, aquéllos besan humildemente la tierra. Pues ¿qué juicio formaremos del que nada se conmueve á la vista de tales ejemplos, sino que mientras otros lloran, él ríe; mientras otros hacen oración, él hace ofensas contra Dios? Si dentro de la iglesia nos manciállamos con tantas culpas (quiere argumentar con las palabras del Crisóstomo), ¿qué esperanza hay de ser mejores en salido que hubiéremos de la casa de Dios? Si tantos y tan recios embates padecemos en el puerto, ¿qué impetu de olas dará contra nosotros, engolfados en aquel piélago de males, en el foro, digo en los negocios mundanos, en los cuidados de la casa y familia? <sup>1</sup>. Quien no sabe recogerse á orar un poco con devoción, ni aun en el templo, donde tantos le convidan con su fervor y compostura, ¿qué hará en su casa, donde tantos le distraen? ¿Procurará recogimiento interior entre el bullicio de la gente quien en la misma iglesia no lo procura? ¿Abstendráse de murmurar en los corrillos y tertulias quien á los ojos de la soberana Majestad no se refrena? ¿Evitará las acciones y palabras livianas quien en el templo no las evita? ¿Con qué modestia y gravedad se asentará en la mesa ó en el lugar de las representaciones quien oye las palabras de Dios con tanta descompostura? Si no se corre de ser atrevido y descarado, donde el descaró y el atrevimiento se reprenden, ¿qué hará donde son alabados? Si piensa en hacer pecados, donde ve que se confiesan otros y arrepienten de ellos, ¿qué hará donde oiga que se jactan de cometerlos? En una palabra, si osa ofender á Dios donde otros le honran, ¿qué hará donde los demás le ofenden?

¡Ah cristianos! Concluyamos, pues, que el que desacata á Dios en su mismo templo demuestra claramente que no le reverenciará mucho fuera de él, ni respetará su nombre, ni adorará la majestad de su presencia. La fe le dice que

<sup>1</sup> Si in ecclesia constituti tantorum efficiamur malorum rei, quales tandem nos futuros putamus cum hinc fuerimus egressi? Tantos fluctus patimur in porta, quid ergo cum exierimus in pelagus illud malorum, forum, dico, et urbana negotia et domesticae curas?

mora el Señor en su santo templo: *Dominus in templo sancto suo* <sup>1</sup>. ¿Porqué no guarda lo que el Profeta añade, á saber, que ante su acatamiento la tierra toda ha de enmudecer: *Sileat a facie ejus omnis terra?* La fe le dice que Dios está aquí como asentado en su trono real y el cetro del mundo en su omnipotente mano; ¿por qué no le venera y rinde v. <sup>rey</sup>, ¿sallaje? La fe le dice que Dios tiene aquí su residencia y juez, tribunal; ¿por qué á lo menos no le teme como á soberano juez, que puede, dejando aparte el cetro, desenvainar la espada de su justicia? ¿Cómo no ha de aborrecer su divina Majestad á los cristianos que tan poco le honran en sus templos, antes allí mismo, con increíble descomedimiento, le injurian? Y si allí los aborrece, ¿adónde irán á pedirle mercedes? ¿adónde que los perdone misericordiosamente y libre de los castigos merecidos?

Transición por fuerza apasocada

Art. 4.<sup>o</sup>  
De la causa final de los templos.

Porque, si bien lo consideramos, mis amados oyentes, Dios ha querido templos en la tierra, no tanto para su gloria, como principalmente para nuestro provecho y utilidad. En nada, cierto, se acrecienta la grandeza de su Majestad con aquellas moles de mármol ó de bien labrada sillería, con aquellas cúpulas de oro resplandecientes, con aquellos altares de plata, con aquellos ricos candelabros, que deslumbran los ojos con sus raudales de luz; ni fuera menos bienaventurado sin templos, sin culto, sin altares, de lo que eternamente lo fué sin mundo y sin adoradores. Dios, Hacedor de todo lo criado, así decía el Apóstol á los Atenienses, no habita en templos hechos de mano, ni es más glorificado y engrandecido por las obras de los hombres, porque de nadie tiene necesidad: *Deus qui fecit omnia, non in manu factis templis habitat, nec manibus humanis coilitur, indigens aliquo* <sup>2</sup>.

Su intento y voluntad ha sido principalmente tener en la tierra algún lugar de propiciación donde, fijando sus ojos

Dios no los quiere para su provecho.

por enumeración

y autoridad.

la sino para nuestro bien; por razón.

<sup>1</sup> Habac., II, 20.—<sup>2</sup> Act., XVII, 24-25.

de misericordia, se moviese á piedad de los miserables mortales. Porque, como viese las ofensas que en casi todas partes recibía, quiso su infinita bondad tener ocasión de aplacarse y enternecerse y suspender los castigos que merecíamos, con volver los ojos á los templos; según lo significó á Salomón en la fábrica de aquella maravilla del mundo: Mis ojos siempre estarán abiertos, díjole el Señor, y los oídos atentos á la oración de los que aquí rogaren; yo les perdonaré propicio sus pecados: *Oculi mei erunt aperti, et aures meae erectae ad orationem ejus, qui in loco isto oraverit; et propitius ero peccatis eorum*<sup>1</sup>. Pues si, mirando Dios á las iglesias, en lugar de ocasiones de aplacarse encuentra motivos de ofenderse, ¿dónde esperamos piedad? ¿adónde mirarán sus ojos para amansar su ira y suspender el tremendo azote?

Reflexionad, oyentes míos, y responded á la pregunta. ¿A qué otra parte mirarán sus ojos? ¿Por ventura á las calles donde reina el bullicio y la licencia? ¿ó las plazas y mercados donde son tantos los embustes y trapacerías? Si miran sus ojos las casas y palacios de los ricos, ¿no ven en el umbral de ellos desamparados á los mendigos, para mantener más troncos en las caballerizas? En los talleres y obradores de los artesanos y menestrales ¿no ven albergadas las mentiras y los fraudes, en las chozas de los pobres la envidia y la impaciencia, en las cabañas de los aldeanos la grosería y rapacidad? ¿Volverá sus ojos á las audiencias y tribunales? ¡Oh, y cuánta mala fe verá en las acusaciones! ¡cuánta falsedad en los procesos! ¡cuántos engaños en las defensas! ¡cuánta saña y encubierto rencor en las sentencias! Verá prolongarse los pleitos á propósito para agotar el dinero al pleiteante, desoído el que no tiene, bien acogido el que lo trae, favorecido quien da esperanzas, servido y adulado quien se hace temer y respetar. Si fija su mirada en los comercios y casas de contratación, ¡qué enormes injusticias! si en los bancos donde se ponen intereses, ó en los cambios donde se permuta la moneda, ¡qué usuras tan manifiestas! si en las aduanas y almotacenazgos, ¡qué

<sup>1</sup> 2 Paral., VII, 15.

extorsiones tan vergonzosas! No pueden mirar sus limpios y penetrantes ojos las cortes y palacios de los grandes, sin que vean en el lugar más público el juego y la ociosidad en compañía de criados y lacayos; en los salones y antecámaras, la calumnia y la maledicencia pasear con los cortesanos; en las estancias más interiores, retiradas y secretas, asentado el fausto y la presunción cabe la silla del magnate. Aquí verán envidia en los pechos, fingimientos en los semblantes, dulcedumbre en las palabras, veneno en los deseos del corazón; aquí vilipendiada la sencillez y celebrada la astucia; aquí perseguida la inocencia y temida la arrogancia y la maldad; aquí sublimado el favor y deprimido el verdadero mérito.

¡Ay de nosotros si mira nuestros teatros, donde los conceptos son tan obscenos como las representaciones indecentes! ¡Ay de nosotros, si vuelve la vista á nuestras granjas y alquerías, donde tan frecuentes son la destemplanza y glotonería! ¿Y si mira el mar? Verá el robo navegar en barajales y navios. ¿Y si mira los montes y espesuras? Verá ocultarse en sus horrores multitud de bandoleros y asesinos. ¿Y si mira los campos y praderas? Verá pasearse la liviandad más ó menos disfrazada por la amenidad de las florestas y verjeles. ¡Malaventurados de nosotros! A doquiera que miren los ojos del Señor, sentirá inflamársele el pecho en ira santa y escapársele los rayos de su mano justiciera. ¡Tanto ha crecido la iniquidad, que señorea ya toda la tierra! No hay verdad, no hay misericordia, no hay conocimiento de Dios en ninguna parte, podemos justamente concluir con el profeta Oseas: *Non est veritas, non est misericordia, non est scientia Dei in terra*<sup>1</sup>. Y ¿hasta qué punto? Dícelo el mismo profeta: de tal suerte, que la murmuración, y la mentira, y el homicidio, y el hurto y el adulterio, todo lo han inundado, como un diluvio de pecados: *Maledictum, et mendacium, et furtum, et adulterium inundaverunt*<sup>2</sup>. ¡Oh qué cieno y hediondez por doquiera! ¡cuánta inmundicia y podredumbre! Baste decir que las olas de sangre chocan entre sí, *sanguis sanguinem tetigit*, y ya los hombres no temen

<sup>1</sup> Os., IV, 1.—<sup>2</sup> *Ibid.*, 2.

(plantara de la corte por prolepsis y repetición.

Fuera de la ciudad por excitación, congección.

vañeros de dolor,

por incremento bíblico: las olas de sangre y el diluvio de vicio.

®

Conclusión amar-guísima. Luego no hay lugar de misericordia en la tierra.

mezclarse con los de su sangre y parentela. ¿Qué sucederá, pues, si se enoja nuestro Señor aun mirando nuestros templos? *Super quo propitius tibi esse potero?*<sup>1</sup> ¿En qué otro sitio impetremos perdón y misericordia? ¿Qué otro asilo nos defenderá de la ira de Dios?

Confirmase a consecuencia de los castigos que padecemos

por completo.

realizada por actividad.

Resumen de la argumentación.

Veis aquí, amados hermanos míos, la verdadera causa de tantos desastres que hoy arruinan miserablemente nuestras ciudades más ricas. *Ultio Domini est, ultio templi sui*<sup>2</sup>, diré en alta voz con el profeta Jeremías: ¿Veis prolongarse y encruelcerse las guerras? Venganza de Dios es, venganza de su santo templo. ¿Veis recrudescerse los contagios y las pestilencias? Venganza de Dios es, venganza de su santo templo. ¿Veis temblar tan á menudo nuestro suelo con espantosos terremotos? Venganza de Dios es, venganza de su santo templo, violado y profanado por los fieles. No hay que escudriñar otras causas de tantos infortunios; ésta es la principal, grita el Crisóstomo: que siendo los templos para aplacar á su divina Majestad, ni siquiera aquí nos abstenemos de ofenderle, donde debiéramos desarmar su enojo. De aquí nace que todo ande revuelto, de aquí que todo haya perecido ó menoscabádose; porque, cuando era razón aplacar á Dios, nos salimos del templo, dejándole más irritado<sup>3</sup>. ¿Y es posible que no veamos una verdad tan manifiesta? Si en otros parajes no pecásemos, y por lo mismo no tuviésemos tanta necesidad de compensar al Señor en un lugar las muchas injurias que en otros cometemos, aún fuera más tolerable nuestro error; mas pecándose en otras partes tanto y tan desatadamente, que en realidad de verdad la tierra está corrompida en el acatamiento del Señor: *Corrupta est terra coram Domino*<sup>4</sup>; ¿qué linaje, no digo de imprudencia, sino de locura y frenesí, no es portarse en los templos con la desenfrenada libertad que hoy se acostumbra?

<sup>1</sup> Jer., v. 7. — <sup>2</sup> Jer., LI, 11.

<sup>3</sup> Hinc subversa sunt omnia, hinc perierunt omnia; quoniam eo tempore, quo maxime Deus erat placandus, eo magis irritato discedimus.

<sup>4</sup> Gen., vi, 11.

## VI

¡Ah, hermanos míos en nuestro señor Jesucristo, cuán de otra manera solían venir al templo y aplacar á Dios nuestros padres y mayores! Sabían aquellos primitivos y fervorosos cristianos que las iglesias son principalmente para en ellas apagar con lágrimas la cólera divina, que por ventura en otras partes habían encendido con sus culpas. Y así, ¡con qué actitud tan reverente comparecían en la presencia del Señor! Venían unos vestidos de luto y cubiertos de ceniza; otros con saco y ceñidos con sogas ó cilicio. Postrábanse humildes y confusos á los pies del sacerdote, bañábanlos con copiosas lágrimas, besábanlos con profunda reverencia, y no omitían ningún acto de sumisión que diese á entender, ó el dolor entrañable de sus culpas ó el ardiente deseo del perdón. Y estas demostraciones no las practicaban solamente la gente popular y plebeya, sino también los príncipes y reyes, mayormente cuando les dictaba su conciencia que debían reparar el agravio público con público arrepentimiento.

Arg. Por cora- no de los antiguos cristianos.

Narraciones pen- dorosas y ad sacra- riam.

Inducción general por distribucio e hipotesis.

(transición)

Vióse al emperador Teodosio entrar en la basílica de Milán con hábito grosero y penitente, y en tocando el sagrado umbral derribarse, no sólo de rodillas, pero con el rostro hasta la tierra, y, allí parado un buen rato, repetir con sollozos de sus entrañas: *Adhaesit pavimento anima mea, vivifica me secundum verbum tuum*<sup>1</sup>. Mi alma pegóse con el polvo; vivifícame, según tu palabra; é hirióndose la frente y mesándose los cabellos con gran rigor y muestras de profundo sentimiento, viósele regar con lágrimas el suelo, y durante todo el tiempo del agosto sacrificio permanecer inmóvil y encorvado entre la muchedumbre, en vez de subir al sitial entre los nobles y magnates.

Inducción parti- cular de puntos gran- des.

El emperador Teodosio, siem- pre de peniten- cia.

®

¿Qué diré de Ludovico I y de Enrique II, rey de Inglaterra? Vistiendo sus desnudas carnes aquél de un áspero cilicio, éste de un saco vil, entraron en la iglesia de Aquisgrán el uno, y el otro en la de Cantorbery; y permanecien-

Los reyes Luis I y Enrique II, por paralelo.

<sup>1</sup> Ps. CXVIII, 25.

do de pie en la puerta del templo Ludovico, y de rodillas, junto al altar, el rey Enrique, pedían perdón y misericordia á todos los fieles que entraban para orar; y no contento aún el piadoso Enrique, y desnudando las reales espaldas ante la presencia del pueblo, quiso recibir tres azotes de cada uno de los ochenta monjes que moraban en aquel santo monasterio.

El rey Enrique.

Aun fué más señalado el ejemplo de Suenón, rey de Dinamarca. Mandó éste, con arrebatada sentencia, ajusticiar á unos vasallos suyos muy principales, porque, como es costumbre, habían murmurado y puesto tacha en su gobierno. Súpolo el santísimo obispo de Roschild, Guillermo, y sintió amargamente aquella tropelia; y, aunque quiso al principio disimular su justo enojo, no pudo luego contenerse más. Así que, de allí á pocos días, estando para cantar misa solemne, como viese al iracundo monarca que venía á oírle con magníficas vestiduras y lucido acompañamiento, turbóse á tal vista, y saliéndole al encuentro, le detuvo con su báculo y le dijo: —¿ Con qué pecho y disposición vienes, rey homicida, al templo del Señor? Si estás obstinado, no es éste lugar para pecadores contumaces; si arrepentido, no es éste traje y actitud de penitente. Y así, comoquiera que vengas, apártate, que no eres digno de tan santo lugar. —

Exposición al príncipe.

Señor, ¿ por qué azotes de indignación.

¿ parte la humildad del príncipe.

¿ parte, la beignidad del obispo.

Á esta no pensada intimación, ¿ qué os figuráis que hizo el monarca? Ni una palabra dijo de indignación, ni de queja, ni de disculpa; pero, inclinando sólo la cabeza, tornóse á palacio. Desnudóse sus regias vestiduras, y volviendo en traje vil y despreciable, los pies descalzos y la cabeza descubierta, hincóse de rodillas en el pórtico del templo. El obispo, en tanto, que había subido al altar y llegaba de la misa al terminar de los *Kyries*, avisado de la vuelta del monarca, hizo suspender el canto y adelantóse á la puerta, donde, con devotísimas lágrimas, pidióle el Rey perdón de su pecado. Enternecióse el santo obispo á tal vista y á tales voces y gemidos, y, abrazando al regio penitente, hizole trocar aquel vestido por otro menos ruin, y, precediéndole á su mano derecha, introdujóle en el templo. Subido el Rey en lugar alto, mandó por su pregonero que hiciesen silencio, y él en seguida confesó en alta voz y delante del pueblo todo

Desenfuce.

su delito, y engrandeció la benignidad de Guillermo en perdonárselo; y, en señal de reconocimiento á tanta merced, dió á aquella santa iglesia, no un cálix, no una alhaja cualquiera, sino la mitad de la provincia Stéfica.

## VII

Arg. 6.º  
Segundo miembro del cortejo.

Irreverencias exteriores.

Por comparación á mujeres, y afectos de vergüenza.

¡ Oh ejemplos dignos de inmortal recordación! ¡ oh libertad insigne! ¡ oh espíritu de penitencia! No, católicos, lo digo con toda verdad, no exijo tanto de vosotros. Hase menoscabado la antigua piedad, se ha resfriado aquel tan crecido fervor en el pueblo cristiano; y así, no os enojéis conmigo, como si pretendiera de vosotros esas demostraciones de extraordinaria compunción. Pero no puedo contenerme que no exclame: Si no tenemos aliento para imitar la devoción extraña de tan nobles y calificados personajes al venir á la iglesia en demanda de perdón, ¿ por qué, á lo menos, no procuramos suplirlo con el recogimiento de la vista, con el silencio y freno de la lengua, con la mesura y edificación de todo el continente?

Permitase enhorabuena á los caballeros y militares traer por distribución, concejales, ceñida la espada, y á los gobernantes y magistrados entrar con sus cruces al pecho y los blasones de su nobleza ó dignidad, puesto que no imiten la devoción del emperador Teodosio, el cual se quitaba fuera la corona de su frente, y del cinto las militares insignias; mas ¿ por qué, al menos, no hincar ambas rodillas, con adoración entera, no á medias; profunda, no desdeñosa, cual se debe al altísimo Señor? Y á las señoras, permitataseles asimismo que entren con modestos atavíos, ya que no se animen á la humildad de la augusta emperatriz Inés, la cual nunca venía al templo sino vestida de sayal y ropa de estameña; mas ¿ por qué razón no han de cubrirse recatadamente espaldas y cabeza, conforme á la ordenación del Apóstol, por respeto á la muchedumbre de ángeles que aquí asisten: *propter angelos*; ahora entendamos por ángeles los que lo son en la verdad de su naturaleza, ya en su vida é inmaculado corazón, ya en la alteza y sublimidad del oficio sacerdotal? ¿ Tiene excusa quien no

antidada.

Cochabán de re-  
bar, por testimo-  
nio.

condesciendo con tan razonable demanda? ¿Qué puede alegar en su defensa? *Ecce iste coopertus est auro et argento, et omnis spiritus non est in visceribus ejus*<sup>1</sup>. Veis aquí que vienen ataviados y cubiertos de oro y plata, podemos afirmar de algunos al verlos entrar en ciertas solemnidades; veislos cubiertos de oro y plata, pero vacíos de todo espíritu, menos del espíritu de soberbia; pues en nada resplandece en ellos, ni el espíritu de piedad, ni el espíritu de prudencia cristiana, ni el espíritu de temor de Dios.

CONFIRMAR  
por indigne pro-  
prios.

Y estatimien-  
to de ma-  
nifesta y lla-  
ma.

¿Qué dirían aquellos santísimos varones y nobilísimos personajes, de que hablamos poco ha, si por casualidad entrasen en nuestros templos y viesen á personas tanto más humildes de condición y tan vanamente ataviadas? — ¿Son éstos por ventura, exclamarían, el traje y exterior de suplicantes? ¿Así osan presentarse á aplacar á su divina Majestad, tras tantas injurias y pecados? ¿Así vienen á pedir perdón? ¡Ah, ciegos y malaventurados cristianos!, no veis, dirían con las palabras de San Cipriano, que no son buenos intercesores y patronos los menospreciadores del Señor, ni se llegan con ademán á propósito para inclinar su misericordia, sino para irritar su justicia? *Non sunt idonei intercessores, Domini contemptores, nec convenienter ad placandum accedunt, nec conestiant quem offendunt*<sup>2</sup>. Es imposible que los tales piensen en por qué entran en la casa de Dios, ó que los detiene en ella. Oyen la santa misa, es cierto, mas por costumbre; arrodillanse para rezar, mas sin espíritu; lleganse á confesar, pero sin preparación ni sentimiento de penitencia. No piensan los infelices ni saben lo que hacen. — Así dirían, y acertarían en verdad, aquellos nobles y fervorosos cristianos; como quiera que tengo para mí que, cuantas culpas se cometen en el templo, provienen de ser muy pocos los que, al encaminarse ó quedarse en el templo, piensan de veras que van y están allí para aplacar á Dios.

Irreverencias in-  
formas, á tres  
torción.

Muchos van por curiosidad, otros por costumbre, otros por pasatiempo; pocos, muy pocos van, al menos principalmente, para pedir perdón de sus pecados. Si acuden á

<sup>1</sup> Hab., II, 19. — <sup>2</sup> De jejun. et tent. Christi.

los oficios, es para deleitar sus oídos con la suavidad de la música, no para levantar su espíritu con la consideración de los misterios. Si á la predicación de la palabra de Dios, es para apacentar su entendimiento con los primores de la elocuencia, no para edificar su voluntad con provechosas enseñanzas. Si á las procesiones públicas, es para dar pasto á sus ojos, derramándolos en la variedad y concurso de la gente, no para acompañar con el corazón los grandes misterios que allí se representan. Si á las fiestas y solemnidades, es para satisfacer su curiosidad con el aparato y exterior magnificencia, no para honrar la gloriosa memoria de los santos. ¿Qué maravilla, pues, que no actuándonos en el fin por que venimos principalmente á las iglesias, estemos en ellas más con espíritu de mundo que de Dios? Dije principalmente, porque no se veda que gocemos del deleite que las magnificencias de la religión traen consigo; no, católicos; mas ¿por qué no nos elevamos al cielo, sino que nos quedamos acá abajo, como si el fin de las sagradas solemnidades fuese más bien nuestro deleite y recreación que la gloria y culto del Señor?

Y ¿creeremos luego que Dios se agrada en ellas, y se complace en ellas, y como se saborea en ellas? Muy al contrario, hermanos míos muy amados; y aquí tiemblo y temo en gran manera que dentro de poco no nos diga Dios lo que á los profanadores de su antiguo culto y venerandas fiestas de la Ley: Heme aquí, que yo extenderé mi brazo, y os arrojaré en la cara el estiércol de vuestras solemnidades: *Ecce ego projiciam vobis straculum, et dispergam super vultum vestrum sterces solemnitarum vestrarum*<sup>1</sup>.

¡Oh qué voz tan temerosa! ¡Oh qué palabra, oyentes míos! ¿Podríaís creer si Dios no lo dijera? Vosotros, dice el Señor, me celebráis fiestas, organizáis músicas, hermo-seáis el templo con todo aparato y magnificencia: quedaos con ellas, no las quiero, pues me deshonráis con vuestras irreverencias, con vuestra parlería y libertades en mi mismo acatamiento, como si estuvierais en la plaza. Yo os arrojaré en la cara el estiércol de vuestras solemnidades.

<sup>1</sup> Malach., II, 3.

Probase por e-  
numera-  
ción de epi-  
sodios religio-  
sos, y

destru-  
cións in-  
ter-  
ciones.

su principal y ar-  
candario.

Aplicación  
a concupiscentia.

presentimien-  
to bí-  
blico; aque-  
da tales abue-  
cos.

hipótesis, etc.  
cuenta-propo-  
sita.

Si, tenedlo bien entendido: os arrojaré en la cara el estiércol de vuestras fiestas y solemnidades. Porque vuestras son, no mías, pues no vais á ellas por mi respeto, sino por vuestro contentamiento; no á hablar con mi Corazón, sino á desahogar el vuestro, y á hablar y á divertiros, y á tomar mi casa como sitio de pasatiempo y de placer.— Así, mis amados hermanos, con tan amargas quejas temo que nos amenace Dios, si ya no lo ha hecho con tremenda indignación.

oprobio.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

Vienen algunos  
á insultar las al-  
mas:

por debilidad y  
afloración!

por inclinación  
al mal.

por vista persami-  
ficada de la ju-  
reza.

Y ¡pluguese al cielo que muchos se contentasen con ir al templo por mero solaz y curiosidad! Lo que más lastima y quebranta el corazón es que algunos van de propósito á perder sus propias almas, y, lo que es mayor atrevimiento, á perder y matar las almas de sus prójimos. ¿Cómo á matar almas? Si, cristianos, á perder y matar las almas de sus prójimos van algunas personas á los templos. Porque, ¿no vemos acaso que para los hombres desalmados y sin ley se han trocado las iglesias en otros tantos parajes muy seguros, donde poner asechanzas á la honestidad y armar lazos al pudor, y abrir ocultos resbaladeros en que se despena la virtud? ¡Oh desdicha de los tiempos! A punto hemos llegado, que bien podemos, sin mentira, exclamar con el Profeta: Pónense tropiezos en la casa donde es invocado el nombre del Señor, á fin de que sea profanada: *Posuerunt offendicula sua in domo, in qua invocatum est nomen Domini, ut polluerent eam*<sup>1</sup>. ¡Perversidad enorme! ¡desacatamiento horrible! ¡increíble malicia de los hijos de los hombres! ¡Que ni siquiera en el templo estés segura, oh pureza santa! Pues ¿dónde lo estarás, si en la casa de Dios vives con sobresalto? Tú huyes, con razón, de los balcones y ventanas, para que las miradas de curiosos y vecinos no te ofendan; huyes de las calles, para que no te mancille el encuentro y tropel de la vagabunda multitud; huyes de los teatros y saeas, para no empañar tu limpieza con la vista de

<sup>1</sup> Jer., vii, 30.

representaciones impúdicas ó espectáculos mundanales. ¡Desventurada! ¿De qué te aprovecha tanto recato si, venida á la iglesia, encuentras los mismos escollos que huías tan cuidadosamente, y te fuerzan, para mayor oprobio, á naufragar dentro del puerto? ¡Oh dolor, que en un pueblo católico, si no se buscan catacumbas, sea peligroso ir á misa, oír el sermón, acompañar las santas procesiones; frecuentar los divinos sacramentos! ¿Por qué no tengo hoy el celo, como llevo el nombre, del apóstol San Pablo, para tronar indignado contra tamaña disolución?

á la izquierda de do-  
nar.

## IX

Está tan arraigado en el corazón del hombre el respeto á los sagrados templos, que en los días más revueltos y calamitosos, en las invasiones de los feroces bárbaros, no tenían los cristianos asilo más seguro donde guarecerse y poner á cobro todos sus haberes. Testigo fué la ciudad de Roma cuando el iracundo Alarico vino sobre ella y, poniéndole el cuchillo godo en su vieja garganta, derramó ríos de sangre ó hizo en ella estragos infinitos. Tanta veneración tuvo empero el invasor á las iglesias consagradas al culto divino, que vedó con rigurosísimo mandamiento á todas sus huestes no tocasen en ellas ni violasen su santidad. Era cosa de gran maravilla ver á los romanos, sabedores del edicto, cómo corrían á los templos en vez de encerrarse en los baluartes y fortalezas. A los templos se encaminaban, cargados los hombros con sus alhajas más preciosas; en los templos vivieron el espacio de tres mortales días que duró el saqueo; allí comían, allí dormían seguros, y allí gozaban á puertas abiertas de la inmunidad que á otros dentro de fuertes murallas se negaba. Discurrían entre tanto los enfurecidos bárbaros por la ciudad despavorida, señoreaban las colinas, asaltaban los fuertes, saqueaban codiciosamente las moradas de los cónsules y los palacios de los emperadores; no perdonaban en su vivienda al decrepito anciano, ni en la cuna al tierno niño, ni en su encerramiento á la virgen, ni en su lecho al miserable enfermo; por todas

Arg. 2.<sup>a</sup>  
DECLARACIÓN  
mín. cri., contra  
este esclandalo:

por semejanza del  
saqueo de Roma.

Próximo: 1.<sup>a</sup>  
parte. Los roma-  
nos en los tem-  
plos.

por repetición en-  
fática y amplexo.

2.<sup>a</sup> parte. El fo-  
ro bárbaro; por  
hipótesis de ce-  
rrar, incremento.

partes derramaban asolamiento, horrores, muerte; henchían las calles y plazas de feroces aullidos, de sollozos profundos, de confusión creciente, de infernal gritería; sólo en las iglesias gozábese, entre tanto estrépito y tumulto, de suma paz y tranquilidad. Llegaban hasta el umbral de ellas los furibundos bárbaros, y al punto retrocedían, como, en tocando las arenas de la playa, retira el mar sus embravecidas olas. Hasta aquí se encruceleía el sangriento enemigo, así lo explica con valiente pincel San Agustín; mas aquí todo su ensañamiento se enfriaba, y su ansia de robar y cautivar se quebrantaba de repente: *Hucusque cruentus saeviebat inimicus, ibi tota ferendi refronabatur immanitas et captivandi cupiditas frangebatur*<sup>1</sup>. Hombres y mujeres, niños y ancianos, mancebos y vírgenes, cristianos y gentiles, todos estaban igualmente seguros, entrados en el templo; seguras sus preseas, seguras sus ropas y vestidos, seguro el oro y la plata que allí tenían, y seguros también los vasos preciosos, sagrados y profanos, conforme lo certifican unánimes San Agustín, San Jerónimo, Orosio y otros insignes escritores de aquella edad.

Siendo esto así, filosofemos, si os place, católicos, en esta forma. Si tanta es la reverencia debida á los templos del Señor, que un bárbaro tuvo remordimiento de herir ni hacer daño á los cuerpos de los allí refugiados, ¿cómo un cristiano no se avergonzará de herir en ellos y matar las almas? No tengáis la comparación por desproporcionada, pues no hay encarecimiento, ni aun llega á la verdad. Porque sin duda es un mal incomparablemente mayor perder la gracia de Dios, que no perder todos los bienes temporales, ora sean hijos, ora riquezas, ora crédito y reputación, ora la misma vida corporal y cuanto florece en el mundo, comoquiera que es mejor ser justo que no hombre, según la bella expresión de San Agustín: *Melius est esse justum, de quam esse hominem*. ¿Conque un bárbaro no se atrevió en el templo á tocar á un cristiano en lo que tiene de hombre, á saber, en su cuerpo y en sus cosas, y nosotros nos atreveremos á dañarle en lo que tiene de justo, á saber, en su

<sup>1</sup> De civ. Dei. L. 1, c. 2.

alma y en su conciencia? ¿Intentaremos con infernal osadía y loca desvergüenza robarle la castidad, provocando su torpe codicia á feos consentimientos, y que pierda en un lance alma, gracia, paraíso y al mismo Dios? ¿Y arrastradas de este frenesí, no faltarán personas entre nosotros que vengan muy aderezadas y vistosas para enlazar más fácilmente á los incautos en las redes de sus afeites y atavios, ó para tener más sujetos á los ya ganados? ¿Cómo no se conmueven las paredes del sagrado templo? ¿cómo no hablan las piedras al ver ultraje tan maldito? ¿cómo no hacen sentimiento los mármoles y estatuas insensibles, y no vengan tal injuria? ¿cómo los ángeles, al menos, no bajan á porfía á desagraviar con nuestra pena á su Dios y Señor?

De ángeles, dice San Pedro Damián que está invisiblemente llena la iglesia, mayormente en la hora del sacrificio, y que no pueden contener la indignación que les abrasa el pecho siempre que reparan que alguno se sienta con poco respeto, ó ríe con inmodestia, ó habla con libertad en el acatamiento de aquella infinita Majestad, ante la cual tiemblan ellos y se estremecen. Oíd sus palabras: *Quantum, pulamus, adversum nos celo moveatur angeli, dum in conspectu illius nos irreverenter sedere, immo et ridere, et sermones inutiliter miscere conspiciunt, cui scilicet ipsi tremantes assistunt*<sup>1</sup>. Pues si estas irreverencias tanto les enojan, ¿cómo se indignarán cuando vean que en la presencia del mismo Dios y eterno Señor procuramos arrastrar á otros al pecado, y convertimos sus templos en cuevas de ladrones? Mas ¿qué linaje de ladrones? De la peor ralea del mundo y verdaderamente infernal; de ladrones de almas, que roban á Jesu-  
cristo las que rescató con su sangre preciosísima. ¿No se irritarán? ¿no arderán en santo celo? ¿no se abrasarán en deseos de venganza?

## X

Plugiuese á Dios que hubieras venido hoy á escuchar mis palabras, ¡oh incauta juventud, que tan desvergonzada-

<sup>1</sup> Lib. 1, ep. 8.

y contraposición.

3.ª parte. La ferocidad quebrantada: por similitud del mar.

similitud y

repetición.

Apéndice y argumentación elegante.

pero más vale un alma, que todos los bienes temporales. Lugo.

Amplificación de ejemplo divino.

por escalamiento.

propocopa de atombro.

apoyada en autoridad de S. Pedro Damián.

y argumento á rebufo.

ini ladrones de almas.

Arg. 9.ª. Péñora por irreverencia.

mente te presentas en los templos, con tanta ofensa de Dios y perdición de las almas! Piensa por caridad, piensa unos instantes, ¡oh desventurada!, le diría, la horrible condenación que te espera. No te forjes la ilusión de que ha de quedar sin castigo tu desalmamiento, aunque Dios parezca que disimula por ahora. *Dominus quasi vir pugnator*; el Señor viene como hombre que pelea, es cierto, no lo ignora; combate contigo á guisa de guerrero que por ventura vese feamente á los pies del vencedor; mas oíd lo que sigue: *Omnipotens nomen eius*<sup>1</sup>; su nombre el Omnipotente, y como tal sabrá alcanzarte, cuando menos lo pienses; sabrá confundir tu altanería, sabrá humillar tu orgullo y enfreñar tu libertad. ¿Qué haces, pues, qué miras ó qué esperas? ¿Acaso que nuestro Señor Jesucristo venga armado de rayos, como otra vez de rigurosos azotes, y te arroje de este templo profanado por ti y desacatado con tus miradas impuras, con tu sonrisa maliciosa y torpe? Sigue mi voz; escucha mi consejo, sal de aquí antes que él te arroje con indignación, y no vuelvas á entrar ni á poner los pies, si no tornares mejorada y arrepentida. ¿Tú osas pisar este sagrado pavimento? ¿tú llegarte á los altares? ¿tú mirar esas imágenes y santos, como si todos ellos no fuesen testigos de tu licencia y juvenil disolución? No estás segura, te lo advierto, en este santuario, porque ningún lugar, por sagrado que fuese, sirvió jamás de impunidad ó refugio á los mismos que lo violaron. El cielo empujó no salvó á los ángeles que prevaricaron en el cielo; el paraíso terrenal no defendió á los primeros padres que pecaron en el paraíso; y tú en la iglesia ¿esperas impunidad de los pecados que cometes en la iglesia? No fies en esperanzas mentirosas, te diré con el profeta Jeremías, ni pienses en tu corazón: Segura estoy; el templo del Señor es templo del Señor: *Nolite confidere in verbis mendacii*, dicientes: *Templum Domini, templum Domini est*<sup>2</sup>; porque puede Dios, con temblores de tierra semejantes á los de Ragusa y Rimini, desplomar sobre tu cabeza la techumbre, si no sales apresuradamente. Créeme, no estás aquí segura, ni es para ti tan sagrado lu-

<sup>1</sup> Exod., xv, 3.—<sup>2</sup> Jer., vi, 4.

gar. Así, que deja para otros el venir en adelante á oír la divina palabra, el asistir á los oficios, el acompañar las procesiones y el concurrir á otras festividades y piadosos ejercicios; y tú, si quieres entre tanto apacentar tu liviandad y soltar la rienda á tus desenfadados apetitos, desvíate del religioso concurso, sal afuera, busca los escondrijos donde pecando lastimarás menos el corazón de Dios. Ni te maravilles que insista tanto en que no te llegues á los templos; porque si á otros grandes pecadores hubiera aconsejado lo mismo, estoy cierto que los cadáveres de tantos santos y siervos de Dios, que yacen debajo de estas losas sepulcrales, se hubieran levantado de sus tumbas y alzado su voz contra mi loco atrevimiento, pues intentaba quitarles sus devotos y adoradores. Ya que callan y no atajan mi discurso, señal es que aprueban lo que digo; señal es que no te pueden ver, que no te quieren en su casa, que te desprecian, que te odian, que te aborrecen, y con su mudo silencio protestan todos, ángeles y santos, que prefieren mil veces que no vengas á que te acerques con tan abominables pensamientos.

Así y con esta indignación hubiera querido hablar en este día, á haber venido para oírme aquella liviana juventud, de quien parece dicho por el Señor lo de Isaías: Pueblo es éste que siempre me provoca á ira en mi misma faz: *Populus, qui ad iracundiam provocat me ante faciem meam semper*<sup>1</sup>. Pero gran desdicha es que no vinieron; y entré tanto témome si habré faltado al respeto y consideración que os debo ¡oh católicos y piadosísimos oyentes! reprendiendo ó lastimando por ventura á los que menos lo merecen. Mas todavía no me arrepiento: ¡tanto importa que nos penetremos bien de la profunda reverencia con que todos, vilísimos gusanos, hemos de comparecer delante de la majestad altísima de Dios y en el templo de la divinidad y su casa bienaventurada, á la cual, según está escrito, se le debe no sólo respeto, no sólo honra y veneración, mas grande santidad: *Domum tuam decet sanctitudo*<sup>2</sup>. Y si en la iglesia damos asilo y seguridad completa á los que en ella se refugian, á los la-

<sup>1</sup> Isa., lxxv, 3.—<sup>2</sup> Ps. xcii, 5.

Exordio por pretensión.

Prop. Ay de ti, juventud flojísima!

2) Dios vencedor

3) Dios vencedor y vencedor.

4) Le amezara del cielo, por afectos de impiedad.

de asombro,

de pavor.

Confirmase con ejemplos a parte, en el cielo, en el paraíso.

en otras partes.

Petición y conclusión amarga.

ampliación de la ira de los muertos, pues no se alzan contra mí.

incremento

Peroración directa por artificiosa corrección.

corrección seguida y apilado ilustrado por

comparación a drones, á los facinerosos, á los homicidas, ¿por qué no se lo daremos á la honestidad, á la modestia, á la penitencia y compunción, sino que forzaremos á que salgan de las iglesias, como hemos conseguido que huyan de las cortes y del bullicio del mundo? Ved ahora si tuvo razón nuestro Señor de castigar con su propia mano abuso tan intolerable.

## SEGUNDA PARTE

XI

CONFIRMACIÓN

Arg. 10. Refutación de la lista: 2.ª p. 6. la dificultad

por dialogismo.

3.ª p. La solución por ejemplo del Salvador y

filosofía.

Arg. 11. Confirmación primera:

(transición de benevolencia y de ternos)

Paréceme que alguno de mis oyentes me replica, no con agudeza y oportunidad: —¿Qué hacéis, Padre? ¿No veis el grave daño que con este discurso y tan agrias reprensiones os habéis acarreado? Si echáis el auditorio de la iglesia, ¿quién vendrá á oiros? Creedme; harto mejor partido es para un predicador temporizar en algo y dejar que entren y salgan como gusten. —Agradezco la atención, y admiro vuestro consejo. Pero ¿por qué no representabais eso mismo á Jesucristo, el cual, antes que yo, hizo en el templo lo que tacháis en mí? Entró en el templo nuestro adorable Salvador, si por ventura lo ignoráis, á enseñar y predicar al pueblo su celestial y maravillosa doctrina; mas, como viese la poca reverencia de algunos en aquel sagrado recinto, tomó un azote y dió con toda la gente fuera de los pórticos: *Omnēs eiecit de templo* <sup>1</sup>. ¡Mal camino para granjear auditorio! Perdonadme, pues, si me he dejado arrastrar de este ejemplo, desusado sí, pero divino.

XII

Mas, viniendo á nuestro propósito, es constante para mí que vosotros, amadísimos hermanos míos en Jesucristo, no vais á los templos con intención dañada, y por lo mismo he

<sup>1</sup> Joan., II, 5.

hablado con tanta mayor libertad, cuanto que sé dónde y á quiénes me dirijo. Sin embargo de esto, si el demonio tentador pudiese en vuestro corazón pensamientos tan ruines y no conformes á la santidad de la casa del Señor, ruégoos ahora para entonces que no entréis en ella, que os desviéis de aquí, porque tan grave injuria no quedaría largo tiempo sin castigo del cielo, si no miente la palabra del Apóstol á los fieles de Corinto: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus* <sup>1</sup>. Si alguno violare el templo del Señor, Dios le castigará. Oíd lo que pasó en Crotona, noble ciudad de la Calabria, á fines del pasado siglo, y horrorizaos.

Había en ella una señora muy principal, quien, no desconociendo la rara hermosura, donaire y extraordinarias prendas, con que el Señor la había enriquecido, se desvaneció y usaba de ellas en desacato de su mismo dador, especialmente en los templos, adonde no parece que iba sino á ser mirada é idolatrada de las gentes. Repetidas veces la avisaron que se reportase, pero siempre en vano; y así, escuchad con atención el castigo de su desenvoltura y vanidad. Hallábase cierta noche en un sarao, que daba un noble de aquella ciudad, cuando le acometieron de repentinos dolores, tan insoportables y violentos, que la obligaron á gritar con horrosas voces, y á retorcerse y á revolcarse como á energúmena en el suelo, en términos que se agotó la fiesta, y á la infeliz, más muerta que viva, la llevaron en brazos á casa de sus padres. Llamaron á gran prisa á los médicos, aplicáronse medicinas, agotáronse los recursos del arte, pero sin mejoría ni asomo de esperanza; y en trance tan extremo no quedó más arbitrio que enviar por algún religioso, último refugio de los mismos que en la prosperidad y cabal salud por ventura los desprecian y aun escarnecen.

Acude un religioso muy siervo de Dios y muy prudente, y comenzando á disponer á la enferma á una buena confesión, la exhorta á detestar de veras sus pasados extravíos, sus vanos amores, su lujo y demasías, por las cuales acaso nuestro Señor le enviaba aquella tribulación y paternal avi-

el castigo del cielo; por autoridad

ejemplo terribleísimo.

Narración histórica, del sucesivo.

Exposición de la vanidad de una mujer de Crotona

¿Qué es el castigo de Dios, 1.ª p. La debilidad sobita y mortua.

por adjuntos

<sup>1</sup> 1 Cor., III, 17.

y la contumacia del réprobo;

so. Miróle la mujer con torvos ojos, y, tomando la defensa de sus pecados y antigua vanidad, ninguna muestra dejaba entrever de arrepentimiento ni de la más ligera compunción, de manera que tuvo por necesario el sacerdote, á fin de despertarla de su mortal letargo, el declararle vivamente la gravedad de sus pecados y el desorden de su pasada vida, con que tanto había ofendido á su Criador y Señor. Estúvose un rato escuchando con paciencia la doliente; mas, trocándose de improviso en una furia, y con voz ronca y los ojos encarnizados y el semblante demudado y lívido, prorrumpió en estas arrogantes palabras: Si Dios me quiere como ahora estoy, que me lleve; si no, que me deje; y volviendo las espaldas al sacerdote, daba bramidos de coraje, pero no articular más palabra. Horrorizóse el sacerdote al oír respuesta no menos desesperada que soberbia; y ya podéis conjeturar los artificios de que se valió para curarla de su loco frenesí. Mas viendo con gran dolor que ni los medios ásperos eran parte á conmovérle, ni los suaves á ablandarla, vióse compelido á abandonar á la infeliz, presa de su delirio, y partió de allí con el corazón lastimado.

por hipóstasis y dialogamo;

la parte del religioso.

3.ª p. La construcción por afectos de asombro y terror;

Entre tanto, el padre de la joven, visto el largo espacio que había platicado á solas con el confesor, se persuadió que su hija había hecho una plena y perfectísima confesión, y descargado completamente su conciencia; y así pasó recado á la parroquia, donde nada se sabía, que trajesen sin demora, según costumbre, el sagrado Viático. Y he aquí que, al rayar el alba, vióse el diligente párroco con numeroso acompañamiento de gente, espantada y atónita del caso. Y, llegado á este punto, quisiera tener, mis amados oyentes, fuerza y aliento proporcionados á la terribilidad de lo que voy á contar. Porque, no bien el sacerdote comparció con el Señor Sacramentado ante el aposento de la enferma, cuando un recio y repentino viento cerró de golpe las puertas de la habitación. Corrieron los criados á abrir las, mas retrocedieron al punto atemorizados, porque de repente oyóse dentro de la estancia ruido tan espantoso de cadenas arrastrando, de pisadas y manotadas horribles, de voces confusas y tenebrosas, que parecía un infierno. Huyó despavorida la gente, y el mismo sacerdote, tras un rato

el inferno es la tierra;

de espera y deliberación, acordó volver á la iglesia con el Santísimo Sacramento, que apretaba fuertemente entre sus manos. Huida la gente y partido el sacerdote, luego al poco espacio cesó el estrépido de dentro y mitigóse el espanto en los de fuera, y así pudieron por fin abrir las misteriosas puertas.

Mas ¡qué espectáculo tan horroroso! Vieron la estancia como entrada á saco; la cama hecha pedazos, revuelto el cobertor, destrozado el rico pabellón, trastornada la cómoda, volcado el tocador, y rodando por el suelo trajes, anillos, redomas, collares y brazaletes. Pero lo que causaba mayor espanto era la desgraciada mujer, que desnuda yacía en medio del aposento, yerta y sin vida, mas con rostro tan desenajado y tan feroz, que bien se podía leer escrita en aquella frente su eterna condenación. Ponderad vosotros, si podéis, el quebranto del padre á la vista de su difunta hija. Suplicó y conjuró á los circunstantes que por caridad y su buen nombre no dijesen nada del suceso, y así, celebradas privadamente las exequias, hizo que de noche la enterrasen en el sagrado de la iglesia.

la horrenda escena por hipóstasis de la estancia,

de la mujer difunta.

Mas ¿creéis que la iglesia quisiese guardar en su seno el cadáver de aquella mujer, de quien tantos ultrajes había recibido? No, por ninguna manera. A la mañana siguiente, veis aquí al infortunado padre, á quien dan aviso que el cadáver de su hija está insepulto. Hízolo enterrar en diversos lugares, pero en vano; de todas partes lo arrojaba la tierra. Probó si en el campo hallaría pacífica sepultura, debajo de un montón de piedras, y también fue lanzado de allí. Después en la orilla del mar, soterrado entre la arena, y de allí también lo vomitó la tierra. Avergonzado el padre, y viendo que no podía arrojar de sí aquel misero y afrentoso cuerpo, se enojó é irritó tan vivamente, que exclamó despechado:— Si así es, que vengan los demonios y arrebaten hacia el infierno el cuerpo, como se llevaron el alma de mi hija. — Agradecieron el don los malignos espíritus, y apareció de súbito una legión de demonios, cual bandada de buitres carníceros, y, según voz y fama en dicha ciudad, lleváronse con infernal fiesta y algazara el infeliz cadáver de la hija, que no se ha visto más en adelante, si ya alguno no ha ba-

3.ª p. El cadáver insepulto; por distribución de lugares y sucesos de vergüenza,

y despreciamiento.

Desolación final;

jado á los infiernos, donde está ardiendo sin jamás consumirse en medio de las hogueras sempiternas.

¿Habéis visto, hermanos míos muy amados, si tuvo razón el Apóstol cuando dijo que el que profanare el templo de Dios, Dios le castigará: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus?* ¡Oh qué mano tan pesada tiene Dios, cuando quiere castigar, y cómo sabe dar el alcance al más astuto enemigo y menospreciador de su gloria! Y ¿no tememos, y no temblamos, miserables criaturas, como si solamente de nosotros no pudiera tomar venganza cuando y como plazca á su divina Majestad?

y aplicación a  
pari por afectos

de temor y escar-  
miento.

Arg. 12. Confir-  
mación segunda.  
En las iglesias  
han de repotar  
vuestrós huesos.  
Luego debéis res-  
petarlas: a dispo-  
nitis.

directamente por  
autoridad

Conocimiento y  
ampliación por  
conjetura proba-  
ble, ad exordium.

los dos sepulcros

eclesiástica.

### XIII

Advertid, hermanos, que estos templos, donde ofendéis por ventura á nuestro Señor, han de ser vuestra casa y vivienda hasta la consumación de los siglos. Aquellos soberbios palacios en que ahora vivís, os albergan por un tiempo, y tiempo harto breve. Apenas hayáis muerto, los mismos hermanos, los deudos más cercanos, los parientes más amigos, os lanzarán fuera, para que no les inficionéis con vuestro mal olor. A la iglesia vendréis, por fin, á buscar descanso y paz. Los sepulcros de ellos, oído de boca del Salmista, serán su casa para siempre: *Sepulcra eorum, domus illorum in aeternum* <sup>1</sup>. Y ¿qué descanso queréis que os dé aquí su Majestad, donde tan poco le honrateis? ¿qué acogimiento? ¿qué paz ni qué reposo? ¡Ay desventurados!,

que si visitásemos las sepulturas de muchos templos, creo en mi corazón, lo diré, mas que me duela, que más de una le encontraríamos vacía, merced á la licencia otorgada por Dios á los demonios de arrancar de allí sus cadáveres indignos y arrebatarlos consigo, trasladando sus mortales restos. ¡oh traslación funesta é irreparable!, á los infiernos más profundos, sepulcro anchísimo cavado por Dios en el centro de la tierra, pero sepulcro no de paz y de quietud, sino de inquietud, de desasosiego, de crujiir de dientes, de

<sup>1</sup> Ps. XLVIII, 12.

rabia y congoja perdurables: *In locum tormentorum* <sup>1</sup>. ¿Quién habrá tan loco que se exponga á tanto riesgo?

Cristianos: mis razones enérgicas, mis palabras desnudas de los atavíos de la elocuencia, pueden no haber agradado á algunos de mis oyentes; harto lo conozco, y en verdad lo siento; mas torno á repetir que me perdonéis si no he podido complaceros. En este punto es menester, á imitación de Jesucristo, ardiente celador de la casa y honra de Dios, valerse del látigo, lastime á quien lastime. ¿Hay quien pretenda de mí que adule ó lisonjee sus desórdenes? Si el mundo está contaminado con vicios, ¿qué he de hacer sino reprenderlos en alta voz, ahora agrade, ahora deje de agradar? De otra suerte, ¡Dios mío!, ¿qué sería de mí en el tremendo y espantable juicio? ¡Oh qué horror! ¡qué congoja al comparecer en vuestra presencia! ¿No tendríais razón de darme en rostro con las reprensiones que dejé de hacer, por tener más cuenta con el contentamiento del mundo que no con el vuestro? *Vae mihi quia tacui* <sup>2</sup>. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! porque callé, tendría que exclamar muy apenado, pero sin provecho, con el profeta Isaías, que fué demasiado tímido en reprender los vicios de su pueblo. No permitáis, Dios y Señor mío, que en ningún tiempo olvide vuestra causa por atender á los viles respetos de los hombres. Desde el primer día, abiertamente dije en vuestro acatamiento que no quiero aplausos, no pido vanas aclamaciones; sólo quiero y deseo agradaros á Vos, por los siglos de los siglos.

Frases oratorias. Dehíende ser apostófica estricta.

a) por el ejemplo de J. C.

b) por los desórdenes del mundo.

c) por el juicio de Dios.

d) Deprecación de temor y

e) protestación de santo celo.

<sup>1</sup> Luc., XVII, 28. — <sup>2</sup> Is., VI, 5.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO VEINTITRÉS

¡Con qué valentía esgrime SENECA el látigo de su fogosa elocuencia contra los profanadores de las iglesias! Parece oír el chasquido del azote, con que arrojó el Señor á los que vendían y compraban en el templo. Inflamado el pecho del orador y comido del celo de la casa de Dios, ve sobre sí la Majestad divina, en cuyo acatamiento tiemblan y se estremecen las potestades del cielo; delante de sí, las imágenes de los santos y la Santísima Eucaristía; debajo de sus pies, los sepulcros de los muertos, cuyas lápidas cubren el sagrado pavimento; en derredor, una apiñada muchedumbre, que se cobija bajo las bóvedas de majestuosa basílica; fuera de ella, una ciudad populosa, engolfada en intereses y negocios de mundo; fuera de la ciudad, granjas, huertas, montes, tierra, mar, todo contaminado con mil culpas: sólo queda la iglesia para expiar tantos crímenes. Y al contemplar que también en la iglesia es deshonrado Dios y desacatado su santo nombre, hierve el fuego del amor, estalla la indignación, y la comunica y pega á los que oyen. Esta es la sólida elocuencia, de que habla **Arias Montano** (Rhetor., Lib. II).

*occupa ipsam  
Dicentem atque suo versat pro jure loquentem,  
Et faciem et vultus fingit, vocemque sonoram.  
Temperat, ut morem in similem trahat usque theatrum.*

Y cómo arrastra á su auditorio á estos sentimientos de horror y abominación? Por medio de dos armas poderosísimas que le presta el arte de bien decir: llámense en latín **dissuasio** y **dehortatio**. La primera combate el entendimiento; la segunda hiere el corazón. La primera enseña, y tiene más de argumentación; la segunda inflama, y tiene más de afecto. La primera muestra lo que no debemos hacer, la segunda nos retrae de ello, y casi nos coge de la mano y nos retira. La primera tiene más lugar en la confirmación; la segunda en la conclusión del discurso.

**Dissuasio.** Abraza desde el comienzo hasta el párrafo nono. El fin es disuadir esas irreverencias en el templo, á lo cual se introduce con un **exordio** naturalísimo, donde deja caer las semillas de la **dissuasio** y **dehortatio**. De aquella, cuando dice: «Delito atroz y desacato muy grande debe de ser, cuando el rey ó príncipe en persona determina hacer justicia por sí mismo y castigarlo con sus propias manos. Lanzó Dios...» De ésta, al exclamar desde la segunda mitad del exordio: «¡Oh qué pecado tan enorme! ¡qué intolerable desvergüenza! ¡que monstruosidad y malicia debe de traer consigo esta falta de respeto! ¡Qué será de ti, oh ciudad mía muy amada?...» Y por no lastimar á su auditorio, mezcla el rigor con la blandura, y, más que atajar y corregir escándalos presentes, parece que se encamina á prevenir los venideros.

Las mismas fuentes que nos suministran argumentos para persuadir, nos los dan abundantes para disuadir y desviar los ánimos. **Persuaden** y convidan la voluntad los tres géneros de bienes que ponen los filósofos: bien **honesto**, bien **útil**, bien **deleitabile**, en que se cifran y casi concuerdan los demás que llaman los retóricos **honesto**, **útil**, **seguro**, **placentero**, **facil**, **necesario** ó casi forzoso, á los cuales añaden el bien **loable**, cuando aquella virtud que se encarece granjea particular alabanza; tales como la magnanimidad, la magnificencia, la liberalidad, la fortaleza, la prudencia exquisita. **Disuade** y aparta todo lo contrario, á saber: lo **feo** ó **ignominioso**, lo **dañoso** y **perjudicial**, lo **peligroso**, lo **ingrato** y **desapacible**, lo **difícultoso** y **muy arduo**, y más lo que se aprende como **imposible**. He aquí las cabezas á que reduce SENECA toda la argumentación contra los profanadores del templo:

**Respecto de Dios**, cometéis una **injuria** muy fea y abominable, por tres razones. La **primera**, porque, «no contentos con lo restante de la tierra que os ha otorgado Dios para vuestra utilidad y divertimento, os alzáis con el uso de esto poquito que para honra de su nombre ha reservado.» (§ I.)

La **segunda** (y véase cómo se acrecienta el interés con la constante progresión), porque es imposible «que el sentimiento de esta injuria no crezca en el pecho de Dios, pero muy mucho, al verse pospuesto al mismo demonio en la veneración y estima de los hombres», pues tal acatamiento hacían los gentiles á los ídolos; que es harta confusión para los cristianos. (§ II.)

La **tercera**, porque muestran más su perversa voluntad, y lo que harán fuera del templo los que en él osan ofender á Dios. «Quien no sabe recogerse á orar un poco... donde

tantos le convidan con su fervor y compostura, ¿qué hará en su casa, donde tantos le distraen?... Si osa ofender á Dios donde otros le honran, ¿qué hará en donde los demás le ofenden? (§ IV.)

**Respecto de vosotros mismos**, son esas irreverencias en el templo muy **perniciosas**, porque os priváis por ellas del único asilo que os podría defender de la ira de Dios, del único y más seguro propiciatorio donde pedirle mercedes y recabar el perdón de vuestros pecados, que es la iglesia. Esta es «la verdadera causa de tantos desastres que hoy arruinan miserablemente vuestras ciudades más ricas: *Ultio Domini est, ultio templi sui.*» (§ V.)

Son además **vergonzosas**, comparadas con el respeto de los antiguos cristianos. A fin de despertar este sentimiento de **confusión** y vergüenza,

a) Describe, primero en **general** y luego en **particular**, la veneración de nuestros padres y mayores, porque «sabían que las iglesias son principalmente para en ellas apagar con lágrimas la cólera divina, que por ventura en otras partes habían encendido con sus culpas». No hay cosa más eficaz para sacar los colores al rostro que la **comparación**, la cual adquiere tanta mayor fuerza cuanto los términos de ella mejor se corresponden. He aquí por qué trae ejemplos de príncipes, cuya reverencia en los templos hace campar más el desacato de los simples ciudadanos. (§ VI.)

b) Pinta, primero en **general** y después en **particular**, las **faltas** de respeto que hoy suelen cometerse, introduciéndose con aquel sentido apóstrofe: «No, católicos, lo digo con toda verdad, no exijo tanto de vosotros. Hase menoscabado la antigua piedad, se ha resfriado aquel tan crecido fervor en el pueblo cristiano...» (§ VII.)

c) **Hace hablar** á «aquellos santísimos varones y nobilísimos personajes» que, entrando en nuestros templos y viniendo á personas tanto más humildes de condición y tan vanamente ataviadas, «Son éstos por ventura, exclaman, el traje y exterior de suplicantes? ¿así osan presentarse...? ¡Ah ciegos y malaventurados...!» Es artificio muy natural y de efecto maravilloso. (§ VII.)

d) Después de particularizar algunas de las intenciones torcidas, con que muchos vienen á la iglesia, **hace hablar al mismo Dios** indignado, y, arrojándonos en la cara el estércol de nuestras solemnidades, «Quedaos con ellas, no las quiero, pues me deshonráis con vuestras irreverencias...» (§ VII.)

**Respecto de los demás**, sois **crueles**, porque esos desacatos tienden á matar almas. «Y ¡plugiésete á Dios que muchos se contentasen con ir al templo por mero solaz y

curiosidad! Lo que más lastima... es que algunos van de propósito á perder sus propias almas y... á matar las almas de sus prójimos.» ¡Cómo crece el fuego de la persuasión oratoria con este encarecimiento, y con la insigne personificación de la honestidad, que huyendo de las calles y plazas se refugia en la iglesia, y la obligan, para mayor oprobio, á naufragar dentro del puerto! (§ VIII.)

Sube de punto este raciocinio cotejando el saqueo de Roma por los bárbaros con el saqueo de almas que algunos hacen dentro de las iglesias. Contiene dos partes: en la primera pone á la vista el furor godo quebrantándose, como las olas hinchadas, en los dinteles de los templos; en la segunda la liviandad de los malos cristianos, que en el mismo santuario enlazan y pierden á muchos incautos. Trábalas con aquella transición tan natural: «Siendo esto así, filosofemos, católicos, en esta forma. Si tanta es la reverencia debida á los templos del Señor, que un bárbaro tuvo remordimiento de herir ó hacer daño á los cuerpos de los allí refugiados, ¿cómo un cristiano no se avergonzará de herir en ellos y matar las almas?» (§ IX.)

**Dehortatio.** Ya están los entendimientos convencidos de que es un crimen detestable la irreverencia en las iglesias, crimen á Dios injuriosísimo, á los autores de ella muy afrentoso y perjudicial, y al prójimo dañoso por extremo, porque equivale á matanza y homicidio de almas. Ya el muro está cuarteado y el árbol removido en sus raíces; sólo falta un viento vehemente, cual es la gracia vencedora que se enviste en la elocuencia, y el muro enemigo vendrá á tierra, y el árbol descajuado caerá. Esto hace por maravillosa manera nuestro orador desde el párrafo décimo hasta la conclusión, excitando los afectos de **espanto** y **temor**, por medio de un discurso muy patético.

**Exordio ex abrupto.** Preparados los ánimos con la pintura de los ángeles que llenan la iglesia, y despertados con aquellos gritos: «¿No se irritarán? ¿No arderán en santo celo? ¿No se abrasarán en deseos de venganza?», se dirige más particularmente á la juventud liviana de uno y otro sexo, y prorrumpe en aquella exclamación: «¡Plugiésete á Dios que hubieras venido hoy á escuchar mis palabras, oh incauta juventud, que tan desvergonzadamente te presentas en los templos!...»; y le intima sin más preámbulo la terrible sentencia con la siguiente

**Proposición.** «Piensa por caridad, piensa unos instantes, ¡oh desventurada!, la horrible condenación que te espera. No te forjes la ilusión de que ha de quedar sin castigo tu desalmamiento, aunque Dios parece que disimula por ahora.» Y pasa luego á la

**Confirmación**, donde prueba que serán castigados, si no salen pronto de la iglesia:

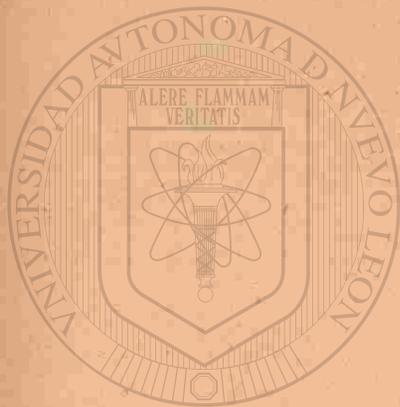
- a) Porque Dios es Dios vengador.
  - b) Porque los santos, testigos de tanta licencia, no los pueden sufrir.
  - c) Porque el cielo arrojó á los que pecaron en él, y el paraíso terrenal á los que prevaricaron en sus verjeles.
  - d) Porque, si no salis presto, puede venir un terremoto que desplome la techumbre sobre vuestras cabezas.
  - e) Porque los muertos que aquí están enterrados aprueban mi invectiva, pues no se levantan á defensores. Mas ¡con cuánta viveza, calor y espíritu lo dice! (§ X.)
- Tras de algunas cláusulas, que pertenecen á los **costumbres oratorias** y que pone discretamente al terminar la primera parte y al comenzar la segunda, torna á su tema de los castigos temporales y eternos de los profanadores de las iglesias; para lo cual se sirve de lo que aconteció á una desventurada mujer en la ciudad de Crotona. (§ XI y XII.)

Larga es y minuciosa esta relación, pero muy **natural** en la parte **narrativa**, **luminosa** en la **descriptiva**, **propia** en la **pintura** de los **caracteres**, **enérgica** y **bien graduada** en los **afectos** que va produciendo, que se encaminan finalmente á **aterrar** á los escandalosos con la viva representación del próximo castigo.

Por esta causa, termina amenazándolos con que sus cenizas no hallarán descanso en la iglesia, de donde por ventura las sacarán los demonios y las arrebatarán á los profundos infiernos. (§ XIII.) Cierra con el

**Epilogo**, que tiene por **fin indirecto** dar fuerza y corroborar lo que ha dicho; y **directo**, sincerarse de su dureza en el hablar con el ejemplo del Salvador, que echó con el látigo á los que deshonraban la casa de su Padre. La **deprecación** ó coloquio último con Dios nos descubre el **móvil secreto** de tanta valentía en combatir los vicios, que es un ánimo despreciador del mundo y superior á los juicios de los hombres, con que se nos presenta como trompeta del cielo y embajador del Verbo eterno. ¡Oh, si tuviera Cristo muchos embajadores de este espíritu y elocuencia, que hiciesen rostro á los profanadores de nuestras iglesias y á los poseedores injustos de sus bienes! ¡Con qué facilidad podría conservarse la **forma** de este discurso, cambiada la **materia**! ¡Y qué materia tan tristemente fecunda! ¿Qué comparación tiene con la de SÉNTERI? Vería, sin salir de nuestra España ni pasar de este siglo, templos sin número derribados y quemados, ó convertidos en almacenes ó caballerizas. Vería tantos monasterios saqueados y asolados, ó convertidos en teatros y cuarteles. Vería tantos sagrados or-

namientos y cálices robados, ultrajados y hollados con increíble desacato, escarnio y vilipendio. Vería tantas imágenes y cruces y crucifijos, y lienzos muy devotos de la Bienaventurada Virgen Maria, ó profanados ó despedazados. Vería las santas reliquias que descansaban en las iglesias, disipadas y derramadas al viento con furia infernal. Vería, no sólo á los muertos vilipendiados, sino á tantos religiosos y sacerdotes vivos que han sido atormentados, baldonados y finalmente degollados y hechos cuartos, porque no adoraban en las modernas libertades. **Hallada** esta materia, ¡cuán sin dificultad se podría **disponer** y demostrar que estos profanadores han sido **respecto de Dios** y de la Iglesia santa **injuriosísimos**; **respecto de los fieles**, **escandalosísimos**; y que se han cubierto de **ignominia** y han acreado sobre España toda la ira de Dios. Si quisiera traer ejemplos del fin desastroso de esos sacrilegos profanadores de la Iglesia, ó injustos detentores de sus bienes, no una ciudad como Crotona, sino todos los pueblos de la península, se los contarían muy terribles, con que podría, como SÉNTERI, causar **espanto** y **terror** de los juicios divinos, freno el más poderoso y único para detener en su fatal carrera á los que desoyen las blandas voces del amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## DISCURSO VEINTICUATRO

### LA MALA CONCIENCIA

*Nolle iudicare secundum faciem, sed  
iustum iudicium iudicate.*

*No juzguéis por el semblante de fuera,  
sino juzgad con recto y verdadero juicio.*

(JOAN., VII, 24.)

#### EXORDIO

Por inspiración.

**N**OTORIA es, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, y harto maliciosa por cierto, la traza de que se valen los cazadores en cogiendo algún pájaro de reclamo ó ave de rapiña. Porque, aunque es verdad que lo encierran bien encerrado para que no se huya, pero es increíble el buen tratamiento que en su prisión le hacen, en el comer y beber, en limpiarle la casa, en renovarle el aire á sus tiempos; finalmente, procuran que se aficiona y regocije y cante en la cárcel, con el mismo primor y alborozo que en el campo alegre de su pasada libertad. ¿Cómo así? ¿No son esos hombres, por ventura, los que suelen perseguir de muerte á los inocentes pajarillos, y tienen sus delicias en desbandarlos con el estruendo y humo de sus armas, y hacer en ellos estrago miserable? ¿Cómo para el cautivo tanto amor? No os maravilléis, mis amados oyentes, que es notorio y muy viejo el artificio. Trátanle con ese regalo, para que el pobre animalito, contento con sus prisiones, cante y sirva de reclamo á las otras aves, y caigan en las mismas redes donde él se enlazó, imaginándose que allí todo es holganza y buen comer y felicidad no interrumpida. Y así

*Prop. remota,  
con que excita la  
atención, por sí  
mism del cazador.*

*Expositio, ó la  
traza más astuta.*

*Nada, ó el por  
qué: disertación  
y antitesis.*

*Dispositio, ó la  
casa verdadera,  
para que sirvan de  
reclamo.*

les suele acontecer que, con un pájaro que mantienen con vida placentera, son innumerables los que prenden y sin piedad destrozan.

Prop. próxima con que se concluye la *discreción* por aplicación de símil.

apoyada en testimonio divino y

efopeya de los fariseos.

Céptase la discreción:

fin del trasmutamiento y

proposición universal.

Pues éstas son las mañas que con los pecadores usa el enemigo del linaje humano. Todo su empeño consiste en hacerles creer que con él vivirán contentos, que los tratará muy bien y colmará de dicha y bienandanza; por donde no es de maravillar que á algunos infelices, de quienes teme no se le escapen de su bando, les facilite alguna sombra de prosperidad mundana, por ejemplo, riquezas, estimación de los hombres, aura popular, como la que gozaban en tiempo de Jesucristo los escribas y fariseos. Mas en este punto hay que abrir los ojos del alma y seguir el mandamiento de nuestro adorable Redentor, que nos avisa que no queramos juzgar por las apariencias y semblante de fuera: *Nolite iudicare secundum faciem, sed justum iudicium iudicate*. No os dejéis engañar de esa sombra de alegría que acaso algún pecador muestra en el semblante, al parecer sereno y tranquilo. Serenidad engañosa, tranquilidad falsa es, que toda pára en lo exterior y en la sobrehaz; no concuerdan ni dicen lo mismo la cara y el corazón. ¿Creéis que los fariseos, tan al vivo pintados por San Juan en el Evangelio de este día, eran tales interiormente cuales exteriormente aparentaban? En el semblante y muestras exteriores, todo bienestar, alegría, jactancia y vana ostentación; mas dentro se carcomían de rabia y de despecho.

¿Quién, pues, os dijo que dieseis crédito al enemigo de vuestras almas, cuando os persuade que, si os dejáis enredar en sus malignas sugerencias, os irá bien y viviréis contentos? No, no le creáis; despreciad sus voces, burlaos de sus promesas, porque os quiere prender y matar á traición. Esto vengo á demostraros con el favor de la divina gracia, es á saber: que puesto caso que no tuviésemos más freno para desviarnos de los caminos de la maldad, debería bastarnos la consideración de **cuán mal y congojado vive el corazón de todo pecador.**

## PRIMERA PARTE

## II

Arg. 1.º ó *intención oratoria*: por símil á sufrir.

El Salvador del mundo encarece, y con razón, los dolores y tristezas de la mujer al dar á luz la criatura; y el mismo Salvador pondera su alegría y júbilo después del peli-groso trance, de tal manera, dice, que al ver que ha nacido un hombre en el mundo, luego se olvida de su pasada angustia: *Fam non meministi pressuræ propter gaudium* 1. No imaginéis, mis amados oyentes, que lo mismo pasa cuando el alma pecadora pare el monstruo del pecado. Porque, muy al revés, en la hora del parto goza un poco; pero, en pasándose aquel momento, es tan grande la amargura, la hiel, la pesadumbre y la congoja, que borran y desvanecen el primer deleite, pudiéndose decir: *Fam non meministi gaudii propter pressuram*. Ya no se acuerda del pasado gozo por la pena presente.

No pretendo para mí la gloria de tan hermoso pensamiento; sea de aquel á quien debo, sobre los demás Padres de la Iglesia, eso poquito que soy ó valgo, si alguna cosa valgo, al bienaventurado San Juan Crisóstomo. Antes del parto pasa la mujer grandes congojas, dice el santo doctor; mas, después del dichoso alumbramiento, siente inexplicable gozo; pero, en el parir del pecado, no es lo mismo: mientras damos á luz los depravados afectos, nos deleitamos y gozamos; pero, echada la maldita criatura, entonces, viendo la fealdad del engendro, nos congojamos y apesadumbramos más que las mujeres en su trance congojoso 2. Y, ciertamente, no creo que haya verdad en que tan á una con-

2.ª parte. El júbilo tras los dolores del parto, por ausencia y ausencia divina.

2.ª parte. Lo dolencia tras el júbilo: ó el remordimiento tras el pecado.

Lo y pasamos del Crisóstomo.

1 Juan., xvi, 21.

2 *Mulieribus ante partum labor est ingens, post partum vero relaxatio. Verum hic non item. Sed dum parturimus corruptos affectus, delectamur gaudemusque: cæterum, ubi fuerimus enisi malum illum puerum, peccatum, tunc conspecta foeditate partus, discruciamur gravis quam mulieres parturientes. De Laz., conc. 4.*

Proposición par-  
ticular.

vengan los escritores todos, cristianos y gentiles, sagrados y profanos, como en ésta que decimos, conviene á saber: que no hay tormento semejante al de la mala conciencia.

Arg. 2.º Tor-  
mento de la ma-  
la conciencia, por  
AUTORIDADES.

## III

ya gentilibus,

por patetibus  
directamente.

Citas

(que imágenes y  
repetición.)

Plutarco, etc.

(por sententia)

Autoridad de  
cristianos por co-  
rrectiva y congre-  
gativa.

San Gregorio,

Pasando, pues, en silencio los testigos de los poetas y oradores, así griegos como romanos, quienes retrataron, ora con inmortales versos, ora con vivas y elocuentes cláusulas, los vauenes de la mala conciencia y su gusano roedor; y dejando á Plauto, que pronunció aquella magnífica sentencia: *Nihil est miserius quam animus criminis conscius*, no hay cosa más desdichada que la conciencia criminal; Marco Tulio es de sentir que las furias tan horribles que solían aparecer en la escena, ya con semblantes de fuego y azufre ardiendo, ya con áspides y serpientes enroscadas, no eran sino un símbolo de los remordimientos, que, á guisa de horrendas furias, atormentan sin cesar el pecho del malvado: *Hae sunt assidue domesticaeque furiae* <sup>1</sup>. Esto significaban, según el romano orador, las tres furias Alecto, Tesífone y Megera; esto los buitres que roían el corazón de Ticio; esto las águilas que despedazaban las entrañas siempre renacientes de Prometeo. ¿Qué diré de Plutarco, de Séneca y de Platón, filósofos gravísimos de la antigüedad? ¿No es cosa manifiesta á los que están versados en la lectura de sus obras, que creen no haber mayor castigo del pecado que el pecado mismo? La mayor pena que se puede dar á una culpa es haberla cometido, dicen á una voz: *Prima et maxima peccatorum est poena, peccasse* <sup>2</sup>.

Mas ¿á qué alegar testimonios de fuera, teniendo entre nosotros tales y tantos en abono de esta verdad? ¿Qué escribió el glorioso San Gregorio Magno? Oíidle con atención. Entre la muchedumbre de tribulaciones é innumerables congojas de nuestro espíritu, no hay otra mayor que la conciencia pecadora: *Inter multiplices animae tribulationes, et innumerabiles afflictionum molestias, nulla major est, quam con-*

<sup>1</sup> Pro Roic.—<sup>2</sup> Sen., epist. 9, c. 7.

*scientia delictorum* <sup>1</sup>. ¿Qué siente el gran Isidoro? Que no hay castigo más recio que la mala conciencia: *Nulla poena grauior mala conscientia*. ¿Qué los bienaventurados San Bernardo y San Ambrosio? La pena más horrible es una mala conciencia, dice el doctor melifluido; las llagas del corazón del pecador son las más acerbas, protesta el santo obispo de Milán: *Nulla poena maior mala conscientia* <sup>2</sup>. *Quae poena grauior, quam interioris vulnus conscientiae?* <sup>3</sup>. ¿Qué dicen todos los Padres?...

San Isidoro,

San Bernardo y  
San Ambrosio.

Transición por  
retención.

Pero no hay por qué mendigar autoridades de hombres, cuando tenemos la del mismo Dios en las Santas Escrituras, en las cuales se retrata vivamente el atroz y desastroso estado del impío, ya en Adán, que tiembla al blando susurrar del viento que suena por el frondoso paraíso <sup>4</sup>; ya en un Caín, que se estremece despavorido al moverse las hojas de las selvas <sup>5</sup>; ya en un Lamech, que, impulsado de su conciencia, confiesa de su propia voluntad un secreto homicidio que había perpetrado, sin que hombre mortal le cite ni procese, ni aun por ventura lo sepa <sup>6</sup>. ¿Desdichado David! David: David, aquel valiente que supo contrastar y derribar por tierra la pujanza del Gigante; aquel que desquijaró osos y despedazó leones, después del adulterio con Bersabé se amilanó de suerte, que tuvo miedo de un pobre soldado como Urias. ¿Cómo!, le dice San Crisóstomo <sup>7</sup>. ¿No eres acaso rey? ¿No tienes ejércitos que acatan y esperan tus órdenes? ¿No hay armas? ¿No ciñes espada y sabes blandir la lanza? *Nonne tu imperator? nonne gladii potestatem habes?* ¿Por qué has de temer y sobresaltarte, aunque Urias llegue á barruntar la sinrazón que le has hecho? ¡Oh hermanos y oyentes muy amados! Efectos son éstos, é inevitables, de una conciencia revuelta, tempestuosa y afanosa. Ved, carísimos, ponderad y maravillaos (prosigue el Santo) de cuán terrible cosa sea ofender á Dios. El rey teme al soldado y se azora á la vista del vasallo: *Videte, fratres, et admiramini, quantum mali sit delictis obnoxium feri. Rex timet militem, et formidat subditum*.

Por ejemplos de  
ellos: rápida a  
plumas en Adán,

Caín,

Lamech,

David:

explicación paté-  
tica por interroga-  
ciones de

maravilla y con-  
traste;

el rey teme al sol-  
dado.

<sup>1</sup> In Ps. 7. Poenit.—<sup>2</sup> Lib. 2. Soli.—<sup>3</sup> Lib. 3. offic., c. 4.

<sup>4</sup> Gen., iii.—<sup>5</sup> Gen., iv.—<sup>6</sup> Gen., iv, 23.—<sup>7</sup> In Ps. 10, hom. 1.

Transición, y más ejemplos conglobados;

Mas ¿qué digo y en qué me paro, si son infinitos los ejemplos de las Sagradas Letras, que nos declaran la atroz carnicería que hace de mil maneras el pecado en el corazón del pecador? ¿Qué otra cosa nos significan el enfurecimiento de Saúl, los desmayos del rey Acab, los temblores de Baltasar, y aquella ansiedad y congoja que tan hermosamente describe Job en persona del impío: Un sonido de terror zumbaba día y noche en sus oídos; y, en medio de la paz, teme celadas de enemigos: *Sonitus terroris in auribus illius semper; et cum pax sit, ille semper insidias suspicatur*?<sup>1</sup> ¡Ojalá pudiese aquí dilatarme á mi placer! ¿Cómo os mostraría comprobada esta verdad con la historia de todas las naciones del mundo!

confiérase por pintura de Job:

Por ejemplos profetas. Hijos de Poeta de Flaco.

por incremento

y en lo que de congoja.

De Flaco, próconsul de Egipto, escribe el gravísimo historiador Filón<sup>2</sup> que, desterrado por sus crímenes á una isleta que se hace en el mar Andro, estremecíase todo el cuerpo de manera que, á deshora de la noche, saltaba repentinamente de la cama, como si viese á algún asesino que le ponía el puñal en la garganta; y saliendo de su cámara, jadeando y casi sin huelgo, y huyendo como frenético por la campiña, alzaba de cuando en cuando sus espantados ojos á las estrellas que centelleaban en el cielo, y —¿con que Dios está allá arriba?, — exclamaba. Luego, contando uno por uno sus delitos, —harto lo sé, harto lo sé, repetía, que he de ser muy reciamente castigado: *Horum facinorum poena me manet, satis scio*; y, desplomándose en tierra medio muerto, agitaba los brazos, sacudía las piernas, hasta que, rompiendo en un sudor muy frío, desvaneciáse, perdidos los sentidos. Tereo, rey de Tracia, y Papiro, senador romano, ambos se dieron la muerte con sus propias manos. Y ¿por qué causa sino porque, como escriben Pausanjas y Plutarco, no podían sufrir los agujeros de su conciencia, el uno por un adulterio, el otro por un incesto abominable?<sup>3</sup> Del emperador Tiberio sabemos por cosa averiguada, que ni las magnificencias de Roma, ni las delicias de Caprea, ni las sombras más ocultas de sus bos-

Tiberio, por ecomeración.

<sup>1</sup> Job, xv, 21. —<sup>2</sup> Lib. 2 in Flaccum.

<sup>3</sup> Paus. in Atticis; Plat. in Parallel.

quecillos y alamedas, eran parte á mitigar su pena, atestiguando con frecuentes sollozos las inconsolables angustias que desgarraban su impuro corazón. Al emperador Tiberio, ni la grandeza de su fortuna, ni la soledad de los bosques estorbaban, son palabras del mismo Tácito, que no se declarase á gritos los tormentos de su pecho y las penas que le roían el alma.<sup>1</sup> Asimismo corren, en boca de todos, los sueños y horribles pesadillas que atormentaban á los Teodoricos, á los Constancias, á los Anastasios, á los Domicianos, las cuales sería prolijo enumerar.<sup>2</sup> El emperador Pértinax no podía mirar sus pesqueras ó lagunas, sin que le pareciese ver sobre las aguas una sombra funesta, que en ademán feroz y sañuda mirada le estaba amenazando con la espada desnuda, Caligula y Nerón acostumbraban pasar las más de las noches voceando como locos por los anchos salones de palacio, y pidiendo á las tinieblas que no se dispasen tan lentamente, y al sol que acelerase su carrera. Así lo trae Suetonio; y Plutarco añade de un cierto Apolodoro, que le parecía cada noche como si le descuartizasen vivo, y tras esto que le metían en una caldera de aceite hirviendo, donde sus carnes se consumían y derretían, y que entre tanto le decía el corazón con amargo despecho: *Ego tibi horum sum, causa*. Yo, á saber, tu conciencia criminal, soy tu verdugo y tu tirano.<sup>3</sup>

testimonio.

Teodorico, etc.

Pértinax.

Caligula,

Apolodoro.

(visiones terribles)

## IV

Pues siendo esto así, y confirmada esta verdad con tantos argumentos y tanta muchedumbre de testigos: *tantam habentes impositam nubem testium*<sup>4</sup>, como escribió el Apóstol á otro intento; filosofemos así, si no os descontenta, hermanos míos. Cuando no tuviera nuestro corazón otro freno que le desviase del pecado, de suyo feísimo y abominable, sino entender que tras el vienen tales congojas y agonias, ¿no sería razón poderosísima para no pecar? ¡Qué desatino y

Arg. 1.<sup>a</sup> Conciencia del erador. Luego es locura peccar.

Amplificábase por contraste (el lecho de flores y el potro)

<sup>1</sup> Tiberium non fortuna, non solitudines protegebat, quin tormenta peccatoris, suasque ipse poenas fateretur. Annal. L. 6.

<sup>2</sup> Sabellicus. L. 1, c. 4. —<sup>3</sup> Plat. De sera num. vind. —<sup>4</sup> Hebr. xii, 1.

necedad tan grande! ¡Poder dormir descansado y suavísimo sueño en mullido lecho de plumas y de holandas, de rosas y azucenas, como llamó San Bernardo á la buena conciencia: *Lectulus respersus floribus bona conscientia est* <sup>1</sup>; y querer desvelarse y estar tendido en un potro, estirado y descoyuntado cada momento con dolores de muerte! ¿Qué decís? ¿qué respondéis? ¿cómo, oh pecadores, paliaréis tan extraña locura y estupidez? ¿Sois por ventura del número y condición de aquellos que, adormecidos en el sueño del pecado y aletargados con infernal modorra, gozaban, como escribe el Santo Job, de apacibilísimo reposo entre abrojos y punzantes espinas? *Esse sub sentibus delicias computabant* <sup>2</sup>. Pero ya creo dar fácilmente con la respuesta. Decís que, aunque otros aseguran ser tan atroces los tormentos que el pecado causa en el corazón del delincuente, á vosotros, sin embargo, no os parece tal; comoquiera que seguís con toda serenidad, comiendo con apetito, durmiendo á vuestro sabor, holgando y platicando con deleite y alegría; por manera que ni la venganza llevada á cabo, ni siquiera el incesto ó adulterio cometido, fueron nunca bastantes á haceros desear la muerte, mucho menos, como á algunos despedazados de sus remordimientos, á tomarla por vuestras propias manos.

Mas ¡ay desventurado de mí! que si tal me respondéis, no sé qué me diga ni qué camino tome, sino confesar avergonzado que me equivoqué al dirigir á vosotros la palabra. Pensé que predicaba á un pueblo fiel, que creía firmemente que hay Dios en el cielo, que hay infierno perdurable, que hay paraíso y bienaventuranza eterna, y que el hombre, reo de culpa mortal, es abominable á Dios, desheredado del cielo y merecedor del infierno para siempre. Y tantos males, si verdaderamente lo creéis, ¿no bastan á haceros prorrumpir tras el pecado en sollozos profundos, no bastan á acibararos la comida, no bastan á quitaros todo gusto en las conversaciones de los hombres? Y ¿qué abismo es éste donde habéis caído, sino el de aquellas tinieblas y lamentable insensibilidad con que reprenden las Escrituras divinas

y comunicación  
finestra.

Reprocha des-  
filiada de los  
ayentes. — Para  
nosotros senti-  
mos grado por

por exposición  
tranquila.

Reflexiva 2  
por debilitación y  
corrección pací-  
fica.

por congrua de  
argumentos en-  
tínicos.

3) por coloraci-  
ón de esta in-  
sensibilidad.

comparación con  
Esaú.

al malaventurado Esaú cuando, tomado el plato de lentejas, comió, bebió, fuese no haciendo caso de haber vendido el mayorazgo? *Accepto lentis edulia, comedit at bibit et abiit, parvipendens quod primogenita vendidisset* <sup>1</sup>.

¡Oh ciegos hombres! ¡oh desatentados pecadores! ¿no veis que esto mismo habla de acrecer infinitamente el tormento de vuestra mala conciencia, conocer que habéis llegado al extremo de no sentirlo ni daros cuenta? Estas son aquellas hondas llagas sin dolor, que San Agustín dice que son las más peligrosas y pestilenciales; éstas aquellas fiebres sin congoja ni trasudores, que San Crisóstomo calificó por las más malignas; ésta aquella calma, mucho peor que todas las tempestades, de la cual el bienaventurado San Jerónimo, á grandes voces grita y exhorta á todos los que navegamos por el golfo de este mundo, que apartemos nuestras velas. Desatad las jarcias, dice, desplegad las velas, porque esta tranquilidad es la tempestad más brava: *Expedite rudentes, vela suspendite; tranquillitas ista tempestas est* <sup>2</sup>. Yo no puedo imaginar que tal os suceda, no creo que experimentéis tanta calma y serenidad, como decís, en los pecados contra vuestro Dios y Señor. Porque ¿quién jamás (enseña Job por clarísima y enérgica interrogación), quién jamás resistió á Dios y tuvo paz? *Quis resistit ei, et pacem habuit* <sup>3</sup>.

Pero, puesto caso que la experimentaseis, creedme, pecadores, esa bonanza durará muy poco. Durará por ventura mientras tanto que, imaginándoos, ó por razón de la edad ó el vigor de las fuerzas corporales, lejos de la muerte, no fijéis el pensamiento de propósito ni en la severidad del juicio, ni en la terribilidad de los castigos que os aguardan; mas, cuando os veáis cerca sin poderlo remediar, ¡oh qué trueque y lastimosa mudanza! no sólo sentiréis entonces los remordimientos todos, que os parecen ó embotados ó reprimidos en vuestro pecho, pero los experimentaréis más ferros y atormentadores, á semejanza de los tigres ó pante-ras que, atados largo tiempo con cadenas, si logran final-

testimonios gra-  
vísimo.

las llagas sin dor-  
dor.

la fiebre sin con-  
goja.

la calma peor que  
la tempestad.

4) por negación  
comprobada.

5) por concreción  
y constitución de  
la causa.

6) Cuánto tien-  
po durará esta  
paz?

Remordimien-  
tos en la mu-  
erte.

por similitud de las  
bestias salvajes.

<sup>1</sup> Gen., xxv, 34. — <sup>2</sup> Epist. 1 ad Heliod.

<sup>3</sup> Job, ix, 4.

<sup>1</sup> Serm. 47 in Cant. — <sup>2</sup> Job, xxx, 7.



Diciencia.

dijo, y los temores y sobresaltos han derribado y desmayado mi corazón; y dije en mi angustia: ¡Oh qué tribulación tan grande vino sobre mí! ¡Oh qué olas de tristeza y amargura me embisten por todas partes, y me anegan, á mi que vivía tan dichoso y amado de todos mis reinos y señorios! <sup>1</sup>.

Amplificación por argumentos cito a mejor:

Si un hombre, pues, tan incrédulo, tan encallecido en el mal, tan arrogante menospreciador de toda ley humana y divina, no pudo con todo acallar los lamentos de la conciencia, ni dejar de congojarse y temer, ¿qué harán esos gritos del alma en hombres menos feroces, en cristianos, en nosotros, que creemos en un Dios, juez y castigador de los malos, y en un infierno para siempre jamás? ¡Oh qué espinas nos punzarán y desasosegarán en aquel trance! No sólo los sacrilegios y pecados más enormes; pero las culpas livianas, los fraudes y mentiras más ligeras se nos presentarán con un aspecto formidable, que nos haga estremecer las carnes y se hiela la sangre en nuestras venas.

amplificada por el aumento del mar en calma,

Si miráis el mar en leche, lo veréis tan limpio, tan cristalino y hermoso, que juraríais sin duda no encubrir en su fondo ninguna suciedad. Pero tornad á mirarlo cuando está borrascoso, ¡oh qué inmundicias arroja! ¡cuántas heces, ¡cuánta podredumbre! Entonces suben y sobrenadan las impurezas que sus senos escondían; entonces se muestra tal cual es, todo sucio y cenagoso. Ahora decidme, hermanos míos, ¿cómo se llama en las Escrituras la muerte del pecador? ¿no se llama tempestad? Si, exclama el santo Job: *Anima eorum in tempestate morietur* <sup>2</sup>. El alma de ellos morirá en deshecha borrasca. ¿Quién duda, pues, si no que subirán á flor de agua y se mostrarán las inmundicias todas del corazón, á saber: que revolverán á la memoria todas las abominaciones de su vida, todos los odios, todos los embustes y marañas, todas sus envidias, todas las obscenidades y torpezas que hayan cometido? Y en lance tan apreta-

y del mar revuelto.

Primer miembro.

Segundo miembro.

<sup>1</sup> *Recessit somnus ab oculis meis, et concidi, et corruí corde prae sollicitudine, et dixi in corde meo: In quantum tribulationem deveni, et in quous fluctus tristitiae, in qua nunc sum, qui jucundus eram et dilectus in potestate mea! I Mach., vi, 10-11.*

<sup>2</sup> Job, xxxvi, 14.

do, juzgad qué será de los miserables. ¡Oh, con cuánta ira se enseñarán contra sí mismos, con cordial tedio y aborrecimiento de sus almas!

Cuentan las divinas Escrituras que, derrotado el rey Saúl por las huestes filisteas en la última batalla que les presentó, estaba en medio del camino traspasado y herido de muerte con la propia espada, que él mismo se clavó en el pecho en el delirio de su desesperación. Cuando, no pudiendo lanzar el alma, vió pasar por allí cerca á un joven amalectita, y con desmayada voz, vuelto hacia él, le suplicó que por piedad le acabase de matar, porque padezco, dice, terribles agonías y congojas de muerte: *Sia super me, et interfice me, quoniam tenent me angustiae* <sup>1</sup>. Y ¿quién de vosotros me dirá qué congojas fueron éstas? ¿del cuerpo ó del alma? ¿de los hombres ó de los espíritus infernales? Para cabal conocimiento del asunto, conviene recurrir con el Abulense al texto hebreo, manantial muchas veces de secretas y bellísimas interpretaciones. Es, pues, de saber que en el original, en lugar de aquella cláusula *tenent me angustiae*, abrumante las congojas, leen muchos de la manera siguiente: *tenent me orae vestimentis sacerdotalis* <sup>2</sup>, sujetánme las orlas ó fimbrias de las vestiduras sacerdotales; y que lo que en estas palabras quiere significar es, que en aquel trance le parecía al rey Saúl como que veía á todos los sacerdotes de Nobe, por él mandados injustísimamente degollar, los cuales le acongojaban y despedazaban el alma con las voces que daban ante el juicio de Dios, pidiendo venganza: *Videbatur sibi Saul, propinquus morti, videre sacerdotes Domini, accusantes eum in judicio coram Domino*.

El suceso y sangrienta mortandad, digna por cierto de saberse, pasó de esta manera. A la sazón que David, perseguido por Saúl, andaba fugitivo, llegó un día fatigado y hambriento á la ciudad de Nobe, y, acogido por su gran sacerdote Aquimelec, le proveyó éste con mucha cantidad de armas y mantenimiento. No lo hizo con tanto secreto que no lo viese un soldado de Saúl, hombre pérfido y ejercitado en aquella arte tan aborrecida y tan usada en todo el mundo,

<sup>1</sup> El rey Saúl, en acción de compasión.

<sup>1</sup> Parte. Su desastrado fin, por descripción.

<sup>2</sup> Parte. Inquietudines de causa, por conminación oratoria.

<sup>2</sup> Parte. Los sacerdotes de Nobe.

Exposición.

por atropello del soldado.

<sup>1</sup> 2 Reg., i, 9.—<sup>2</sup> Abul. in Reg.

como tan á propósito para granjear el favor de príncipes tímidos y suspicaces, á saber, la de llevar y traer chismes á sus amos y señores, el cual, á la primera ocasión, se lo contó al monarca. No se puede imaginar la cólera del rey cuando lo supo. Llama al instante á Aquimelec y á todos los sacerdotes menores de su jurisdicción, que eran ochenta y cinco, presentánselo y, clavando en ellos sus ojos encarnizados, — Conque ¿vos sois, le dice, el que hospedasteis á mi enemigo David? — A vuestro yerno, le responde prontamente Aquimelec. Y ¿quién hay entre todos los siervos de vuestra Majestad más fiel que David, más cuerdo en la paz, más temido en la guerra? No quiera Dios que nunca le cierre las puertas de mi casa. Le he hospedado, y le hospedaré siempre que venga; y yo y mi familia tendremos á mucha honra poderle agasajar — ¡Ah traidor! (replica más irritado Saúl), ¿también vos os habéis conjurado contra mí, y queréis arrebatar el reino? Vos y vuestra casa vais á pagar esta felonía. — Ea, soldados, que mueran al punto y perezcan todos al filo de vuestra espada.

Nada, por desgracia

y contraposición de sentimientos entre Aquimelec y Saúl.

los soldados israelitas;

el perdido Doeg.

Detestable feroz, realizado por los infantes.

el parte. La visión fatídica.

¿Qué hacéis? ¿á qué aguardáis? Desnudad los aceros, y prended á todos los sacerdotes, y mueran ahora mismo todos los traidores. *Convertimini et interficite sacerdotes Domini* <sup>1</sup>. — ¿Lo creeréis? Ningún soldado se atrevió á poner las manos en los ungidos del Señor, por donde el rey, vuelto al pérfido acusador y mal soldado, que se llamaba Doeg, le ordenó que supliese su espada la de todos en la sangrienta ejecución. No se hizo mucho de rogar aquel sacrilego, más como jactándose del feliz suceso de su maldita empresa, no vaciló en tomar el oficio de verdugo para congraciarse con su rey; y por este camino logró Saúl ver degollados á sus pies en corto espacio á ochenta y cinco sacerdotes con sus vestiduras de lino, sin querer dar oídos á descargos, ni menos acoger las súplicas, ni ablandarse con el llanto de las víctimas. — Tal es la historia lamentable de los sacerdotes de Nobe.

Pues volviendo á nuestro propósito, puesto en el trance postrimero, parecía al rey, dice el Abulense, ver á estos

<sup>1</sup> 1 Reg., xxii, 17.

infelices que con el mismo traje y sagradas vestiduras, pálidos los rostros y corriendo sangre sus heridas, le echaban en cara su ferocidad y tiranía, y detenían su desapiadado espíritu en el pecho para que fuese la salida, cuanto más lenta, más horrible y congojosa: *Videbatur sibi Saul, propinquus mortis, videre sacerdotes Domini, accusantes eum in iudicio coram Domino*.

Pues lo que sucedió al desventurado Saúl sucederá, no lo dudéis, mis amados oyentes, á todos los pecadores de la tierra. ¡Oh qué escenas! ¡qué visiones tan espantables se representarán al moribundo pecador, solo y desamparado, con la vida puesta á las espaldas y la muerte y la eternidad ante los ojos! Se ofrecerán á su vista horriblemente, como á Saúl los sacerdotes degollados, á unos los jornaleros defraudados de su salario, á otros los pobres abandonados en su miseria y hambre, á éstos los amigos seducidos con sus perniciosos consejos, á aquellos las vírgenes violadas ó los cómplices de sus torpezas, á otros los inocentes injuriosamente calumniados, á otros, en fin, los sacerdotes ó religiosos de que se burló y escarneció con pública irrisión; y, á tal vista, conjeturad vosotros si gritarán con Saúl: Abrímanme las congojas: *Tenent me angustiae*. ¿Que si gritarán y rugirán en su corazón? ¿quién lo duda? — exclama el Crisóstomo. Aunque es verdad que el torcedor de nuestra conciencia siempre nos punza y lastima, entonces hiere más agudamente cuando se llega la hora de ser arrancada de esta vida. El hurto que hizo, el jornal que no pagó, el testimonio que levantó y los pecados todos de la vida pasada, se presentan en funesto alarde á los ojos de la mente y atormentan y despedazan el alma <sup>1</sup>.

Y, para mayor declaración, afirma que pasa en esto como al reo ó malhechor que está en la cárcel. ¿Le veis? Siempre, es verdad, solloco y congojoso; pero ¿cuándo mayormente? Sin duda la vigilia de la última sentencia. Otros

<sup>1</sup> Cum enim semper nos stimulat peccatorum conscientia, tum vero maxime illa hora, quam hinc sumus adducendi. Tunc enim sive quis rapuit, sive fraudavit, sive contumelia affecti, universus illic peccatorum cumulus renovatur, oculisque exhibetur, mentemque stimulat. De Laz., conc. 2.

Aplicación constante por esta metáfora.

(hipótesis)

y distribución de lector.

condemna por autoridad del Crisóstomo.

por comparación del encarcelado.

días le veréis tal vez regocijarse con sus compañeros, jugar, reír y entretener su carcelaje. Mas, cuando al miserable se le notifica que á la mañana siguiente ha de comparecer ante el juez y oír del tribunal inapelable el fallo decisivo, ni un momento puede pegar los ojos, siempre volviendo y revolviendo en su agitada fantasía el delito ó delitos, los jueces, el tribunal, el verdugo, la muchedumbre, el cadalso, la horca. No de otra manera, dice este Santo, sucede al pecador viendo que toca ya el artículo inevitable de la cuenta y de la divina venganza: *Quoniam modum qui tenentur in carcere, semper quidem deieci sunt ac moerentes, maxime tamen sub illum diem, quo sunt educendi et ad ipsas pertrahendi iudicii fores; sic anima*<sup>1</sup>.

Y que esto sea así no lo confirman las espantosas visiones y temerosos fantasmas que mil veces habréis oído contar, que fatigan al cristiano moribundo en las postrimeras agonías; como la de aquel desventurado que recuerda Pedro Cluniacense, á quien le parecía ver dos leones que con sus garras iban á despedazarle; ó la del otro que veía un lobo carnicero dando vueltas á la cama con pavorosos aullidos; ó la de aquel que se imaginaba ver con sus ojos un río de fuego que, cayendo del techo, inundaba la habitación? No ignoro, mis oyentes, que á veces son ilusiones del demonio para atemorizar al pobre agonizante, ó también síntomas de la enfermedad, cuya violencia altera fácilmente la fantasía del doliente; pero ¡cuántas veces son tales imaginaciones efectos de un corazón horrorizado, que se cree por sus culpas entregado por Dios á las criaturas más fieras, como ejecutores de la divina justicia!

¿Qué importa, pues (tornando á mi primer intento), qué importa, digo, haberse trabajado tanto para encadenar aquellos monstruos y acallar sus bramidos por algún tiempo, si más hambrientos y feroces se abalanzarán por fin á la codiciada presa, y la despedazarán con mayor ensañamiento? Anden y desanden, hagan y deshagan los pecadores ahora tan serenos y alegres, al parecer, que tarde ó temprano, en vida ó en el trance de la muerte, oirán los

<sup>1</sup> Ibid.

gritos de la conciencia acusadora y sentirán sus ponzoñosas mordeduras. Y si nos privamos de tantos placeres por no padecer los achaques que acarcean, parálisis, convulsiones, gota, calenturas y otras perniciosas enfermedades, ¿por qué no nos abstenemos de pecar, á fin de no incurrir en los tormentos de la mala conciencia, los cuales, en sentir de todo el mundo y de todos los escritores cristianos y gentiles, sagrados y profanos, son los más intolerables que imaginarse pueden?

## VI

Arg. 3.ª Pharisaeo etiacialma.

Quando la prudentísima Abigail quiso desarmar la cólera de David y disuadirle la venganza que iba á tomar de su ofensor Nabal, muchas súplicas, es verdad, y muy encarecidas le dirigió, muchas excusas presentó, muchas razones alegó en su demanda; mas ¿cuál fué la que obtuvo en conclusión desenojarle y ablandarle, aunque tan duro? Veisla aquí: Cuando mi Dios, le dijo, cumpliere á mi señor todos sus deseos y le colmare de sus bendiciones, no tendrá mi señor que arrepentirse de haber satisfecho una venganza: *Cum fecerit Dominus tibi, domino meo, omnia, quae locutus est bona de te, non erit tibi hoc in singultum domino meo, quod ipse te ultus fueris*<sup>1</sup>. Como si dijera: Señor mio y Rey mio, harto veo que mi marido merece cualquier pena; si, empero, os dignáis en vuestra clemencia perdonarle, no tendréis un día por qué doleros en el divino acatamiento de haber con una acción tan ruin ofendido su bondad, ni sentireis en vuestro corazón este pesar, este desabrimiento, este agudo torcedor de una venganza satisfecha y una ira desgogada: *Non erit tibi hoc in singultum*.

Así y con este agrado quisiera hablaros hoy, amadísimos oyentes míos, cuyo favor y benevolencia en escucharme me confunde. Si por ventura hubiere entre vosotros quien trame una venganza, quien aceche una castidad, quien revuelva un proyecto ambicioso, quien de cualquier forma piense ofender á Dios, por un vil interés ó por un sucio y bestial

<sup>1</sup> Reg., xxv, 31.

es la venganza de la venganza.

comogojas de miser.

por ejemplos y vísimas horrendas.

los dos leones.

el lobo carnicero.

el río de fuego.

Amplificación y conclusión final.

Intervención por ejemplo ilustrado de Abigail, con que

se capta la benevolencia.

3.ª parte. El tes.

2.ª parte. La in.

3.ª parte. La aplicación por el sermón para no más pecar.

deleite, guárdate, cristiano, le quiero decir con todas las veras de mi cariño; guárdate, no pases adelante, arrebatado de tu ciega pasión, sin prever lo que te espera. *Respice finem*: mira el fin y remate de tu vida, cuando seas arrancado de esta carne. Ese deleite que piensas gozar pecando, presto pasará, como un sueño volador que se desvanece y no deja rastro de sí, puedo decirte con el santo Job: *Velut somnium avolans, non invenitur* <sup>1</sup>.

Mas, después, ¡qué angustias! ¡qué remordimientos! ¡qué sollozos te sobrevendrán tan hondos y acaso irremediables! Pero si te vences y te abstienes de pecar por reverencia á la majestad de tu Dios y Señor, ¡oh qué paz sentirás tan entrañable! Vendrá, vendrá sin duda aquella hora postrimera, día de los acabamientos, como lo llamó el Eclesiástico <sup>2</sup>, *dies finitionis*, en el cual, acabados los placeres, acabadas las riquezas, acabadas y fenecidas las honras, comparecerás desnudo ante la presencia de tu juez; y entonces, ¡qué consuelo tan grande, qué parabienes te darás de haber cumplido hoy los divinos mandamientos! No, no tendrás que arrepentirte de haber antepuesto la sensualidad á la razón, el cuerpo al espíritu, una criatura vilísima á tu soberano Hacedor; no tendrás que arrepentirte de la hacienda malgastada en profanidades del mundo; no tendrás que arrepentirte de haber engrandecido tu casa por vías no justas; no tendrás que arrepentirte de haber malogrado tu ingenio en negociaciones criminales; no te amargará la memoria de tu autoridad y señorío empleados en obras contra la ley de Dios; no te congojará la salud menoscabada con ilícitos placeres, ni te pesará el tiempo miserablemente perdido en todo, menos en lo que te cumple, que es tu eterna salvación.

Entonces te acordarás por ventura de este sermón, y no acabarás de dar gracias á Dios de haberlo oído, quizá por una casualidad. Alzarás las manos al cielo de pura devoción, llorarás dulces lágrimas, gemirás blandos gemidos de tu corazón agradecido, y, bendito sea Dios, exclamarás, sea Dios bendito, que no permitió que me arrastrase aquella fea

<sup>1</sup> Job, xj, 8.—<sup>2</sup> Eccli., xl, 2.

pasión que atizaba Satanás para que ofendiera á mi Dios. <sup>de hazimiento de gracias.</sup> ¡Oh qué congojas pasaría mi alma en este trance, donde á la luz de tus juicios veo y palpo la gravedad de un pecado hecho contra tan alta é infinita Majestad! Vos solo, vos, Dios mío, añadiendo misericordias á misericordias, me disteis la mano por que no me despeñase: *Posuisti super manum tuam* <sup>1</sup>. ¡Oh bondad! ¡oh clemencia! ¡oh merced incomparable! ¿cuándo podré loaros dignamente?

Mas no se me esconde que muchos no querrán aún ren- <sup>Conclusión de la</sup> dirse como David al consejo de Abigail, con la falsa persuasión que podrán gozar siempre de mentirosa paz y tranquilidad en medio de sus vicios. Pues dejémoslos en su obstinación, que día vendrá en que, vecinos al tremendo tribunal, os alegréis y regocijéis vosotros en compañía de los justos, á quienes, como está escrito, no tocará el tormento de la muerte, *Non tanget illos tormentum mortis*, y se consuman ellos de remordimiento y desesperación. <sup>por contraposición.</sup>

## PARTE SEGUNDA

### VII

Veo lo que, harto sutilmente por cierto, inferen los pecadores de lo que poco ha discurríamos en último lugar; conviene á saber, que si los remordimientos de la mala conciencia al partir de este mundo son tan fieros, esto no amengua su tranquilidad presente, antes la acrecienta y confirma, como quiera que, dicen, de este mismo remordimiento nacerá tanto más fácilmente su conversión, cuanto mayor sea su horror al pecado en aquella hora; y así arrepentidos se salvarán.—Vano asidero: no los creáis, engañanse lastimosamente; si no, escuchadme con atención.

¿Qué remordimientos más agudos puede sentir un pecador agonizante que los que congojaron el alma de aquellos dos reyes, que arriba tan largamente recordamos, Antíoco <sup>2</sup>

<sup>1</sup> Psal. cxxviii, 5.

Prolepsis.—Esos mismos remordimientos serán causa de mi conversión postrera.

Responde negando.

<sup>2</sup> por ejemplo a Antioch y Saur;

comunicación y  
subyugación.

Instancia he-  
ta: Tengo há-  
bito de confiar  
en Dios.

Responde en  
el testimonio de  
Dios:

3) Por una pro-  
piedad personal  
de la confianza  
en la muerte.

confirmación por  
el testimonio de  
San Javier:

y Saúl? ¿Y se convirtieron por esto? No; que uno y otro, conforme al común opinar de los doctores, se condenaron. Pero ¿cómo? ¿No se les representó el pecado como objeto de abominación? ¿no vieron su fealdad horrible? ¿no sintieron pena? ¿no les atravesaba el corazón recordar los yerros y ceguedades de su vida? Sí, católicos; y tanto se dolieron, que vinieron á desesperar. Parecióles el pecado tan fea cosa y agravio tan enorme á su Hacedor, que no creyeron los miserables poder alcanzar misericordia; y así, pesados á un tiempo y descorazonados, lloraban y desconfiaban; lloraban sus yerros y maldades, y desconfiaban de la clemencia divina. ¿A qué pues replicar, oyentes míos: Si aquellos remordimientos que sentiré en mi muerte serán tan agudos, y el torcedor de mi conciencia tan penetrante, más fácilmente me convertiré? Engañaste, hermano mio, que más fácilmente te desesperarás. No miréis al hábito ó costumbre tan arraigada que tenéis de confiar, ó más bien presumir de la misericordia divina, diciendo que es inmensa, infinita, inagotable, y que así podéis dormir tranquilamente en su regazo como en brazos de la madre; no miréis, torno á decir, á este hábito de vuestro rebelde corazón; porque en la hora de la muerte, no sólo no os ayudará, mas os dañará grandemente, y enflaquecerá vuestra confianza y la amortiguará cuando más la necesitéis.

Extraña cosa en verdad, mis amados oyentes, pero cierta y por desgracia muy experimentada. Quien tiene uso y ejercicio de pintar, de tañer, de esgrimir la espada, de navegar, adquiere con la práctica mayor facilidad. Mas en nuestro caso sucede lo contrario; quien está acostumbrado á confiar presuntamente en la divina misericordia, siente después mayor trabajo en este ejercicio. ¿A quién habéis de dar crédito? ¿A mi palabra? No, que nada vale; á San Francisco Javier. Y ¿no creeréis en materia semejante á un hombre como Javier, al Apóstol de Jesucristo, que abrazando con su celo y ardiente caridad ambos mundos, empleó sus días en socorrer á los pecadores de todas edades y condiciones, de todo sexo y categoría, de todas las lenguas y provincias? Escribiendo, pues, desde la India á sus compañeros en Roma, diceles el Santo que, por la larga experiencia que

tenía de ayudar á bien morir, podía libremente asegurar que ningún pecador siente menos confianza en aquel trance que los más confiados y animosos en vida. Oid sus mismas palabras, que cierto son gravísimas: Visitaba á los enfermos, fortalecía á los moribundos para que partiesen de este destierro con aliento y buen ánimo, lo cual, en verdad, es mucho más arduo á los que no cumplieron los santos Man-  
damientos; porque (notadlo bien) con tanta menor confianza en Dios y esperanza de su misericordia mueren, cuanto más desenfrenadamente se derramaron antes por todos los vicios <sup>1</sup>. ¿Puede decirse más expresamente? En balde, pues, os prometéis para la muerte la extremada confianza que sentís en vida, antes sabed que será menor, por lo mismo que ahora la sentís tan grande.

Y si deseáis saber la raíz y fundamento de esta aparente contradicción, yo os lo diré. ¿De dónde imagináis vosotros que procede que os sea tan fácil presumir ahora de la divina clemencia? Porque el pecado os parece una cosa baladí, una fragilidad, y aun por ventura lo tomáis por una gracia y gentileza. Mas allí os parecerá lo que es en realidad, un monstruo horrendo, un desacato enorme, un mal peor que el mismo infierno. Y así, trocadas las circunstancias, ¿qué maravilla que entonces no sintáis esa confianza que sentís ahora? *Circumciderunt me dolores mortis, torrentes iniquitatis conturbaverunt me* <sup>2</sup>. Hanme cercado dolores de muerte (¿ois la voz del profeta rey cómo se lamenta en persona del pecador moribundo?), hanme cercado dolores de muerte, y torrentes de maldades me conturban. Y ahora ¿qué os parece la iniquidad y la culpa? Un vaso de agua, conforme al dicho de los mismos pecadores. Bebemos como agua los pecados: *Bibimus quasi aquam iniquitatem* <sup>3</sup>. Mas ¿en la hora de la partida? Un torrente y muchos torrentes,

cita indirecta.

cita directa.

conclusión.

3) Por razón natural: ahora no es la gravedad de la culpa; entonces la veáis.

ilustración por semejanzas bíblicas.

los torrentes de iniquidad.

el vaso de agua.

<sup>1</sup> Visitabam aegrotos, et morientes confirmabam ut aequo fidetique animo a vita discederent. Quod quidem longe difficillimum est his, qui divinis legibus minime paraverunt. Quippe qui minori divinae clementiae spe ac fiducia moriuntur, quo majori ante aeternam in sceleribus ac flagitiis volabantur. L. 2, epist. 2.

<sup>2</sup> Ps. xvi, 5.—<sup>3</sup> Job, xv, 16.

dice David, que son lo mismo que aguas impetuosas que arrebatadamente se despeñan, y causan pavor, y esparcen la ruina, y siembran el asolamiento, y arrastran cuanto encuentran sin que se les pueda resistir.

## VIII

¿Y acaso no acudirán los demonios, y se valdrán de todas sus artimañas y embustes para haceros bien entender la gravedad de yerros y demasías que á vosotros os parecían niñerías, y aun quizás ignorabais? Mas ¿qué digo el príncipe de las tinieblas? Jesucristo, él mismo Jesucristo se os presentará delante de los ojos y á vuestro turbado entendimiento, echándoos en cara vuestra ingratitud á su sangre y redención; y en este trance, ¿qué confianza podréis tener en el Señor que lleva cuenta exactísima, no sólo de las murmuraciones, de los juramentos, de las injusticias y blasfemias, mas de toda palabrilla ociosa? *De omni verbo otioso* <sup>1</sup>.

Paréceme ver al Redentor del mundo que se os presenta en vuestra agonía y paso postrimero, desnudo, llagado, despedazado y manando sangre su cuerpo sacratísimo. A

derecha e izquierda le acompañarán ángeles, armados de vengadores rayos, y, abriendo entonces el gran libro de vuestra vida, empezarán á leer en él todos vuestros pecados uno á uno, vibrando en el oído de vuestra conciencia, allí muy despierto, los ecos de aquella espantosa voz: *Haec fecisti, et tacui* <sup>2</sup>. Tú, dirá el Señor, desde que asomé en ti la lumbré de la razón, comenzaste á conocermé y juntamente á ofenderme. Aprendiste mi santo nombre para blasfemarle, y mis mandamientos para quebrantarlos y escupirlos; y yo callaba. Pronto te entregaste á malas compañías, de quienes te dejaste arrastrar á mil excesos; sus dictámenes fueron tus dictámenes, sus ejemplos tu norma, sus costumbres tu evangelio; y yo callaba. Huías de las iglesias, y frecuentabas los sitios más profanos; la santa misa no la oías, y pasabas el tiempo en diversiones; despreciabas mis

y adiciones con-  
teridas: distribu-  
ción y sacramen-  
to; la Eucaristía.

<sup>1</sup> Matth., xii, 36.—<sup>2</sup> Ps. XLIX, 21.

sacramentos, y dábaste á comidas y bebidas; te enojaban y daban hastio los sermones, y holgabas de conversaciones torpes ó harto libres; y yo callaba: *Haec fecisti, et tacui*. Pasada la mocedad, no hubo infamia que no quisieses cometer en tu edad viril; ni perdonaste sexo, ni distinguiste grado, ni respetaste condición, esclavo en todo de tus desenfrenados apetitos; y yo callaba. Con estos ejemplos criaste á los hijos que te di, sin temor de Dios, sin obediencia á mis mandamientos, sin ningún respeto á las cosas santas; y yo lo sufría y callaba. Pasaste del fuego de la lujuria al fuego de la ira rencorosa; no quisiste nunca paz con tu enemigo, le aborreciste, le perseguiste sin tregua, y te mancillaste por ventura con la sangre de tu hermano; y yo callaba y enmudecía: *Haec fecisti, et tacui*. Llegado á la vejez, todo tu corazón y tus cuidados pusiste en el dinero; para atesorar dinero te valiste de mil trazas; no mantuviste fe, no pagaste las deudas, no guardaste justicia con el prójimo; antes bien echaste mano del fraude, de la traición, de la mentira, de la doblez y fingimiento; y yo en tanto callaba y nada dije. No diste al jornalero su salario, y fuiste granceptor de personas; para abatir y perjudicar á unos empleaste artes perversas, y para levantar y favorecer á otros practicaste acciones harto ruines. No santificaste los domingos ni fiestas, de guardar, no fuiste á los templos, no acudiste á sus solemnidades, no hiciste oración, ni una vez pensaste de veras en tu alma, ni entraste en el retrete de tu conciencia; y yo todo lo veía y á todo callaba: *Haec fecisti, et tacui*. ¡Infeliz! ¿Qué te diste á imaginar con mi silencio? ¿Que sería como tú? ¿que siempre callaría? ¿que nunca me quejaría ni saldría á la defensa de mi honor? *Existimasti, inique, quod ero tui similis* <sup>3</sup>. Hasta ahora he callado, hasta ahora he enmudecido; fui manso, fui paciente; mas hoy hablaré y derrearé mi enojo, como mujer de parto: *Tacui, semper silui, patiens fui; ut parturiens loquar* <sup>2</sup>. Y puesto que en vida no has hecho estimación de mi sangre, mas como lodo vil la has arrojado y hollado villanamente con tus pies, esta misma sangre que te habla de redimir, ahora te condenará.

enpeya de la mo-  
ciedad.

de la ciudad vare-  
nil.

de la sucesión.

de pecados de comi-  
sion.

de omisión.

Parte 3.<sup>a</sup> La ju-  
sticia de Dios.

por compulsión  
y afectos de rubor  
y enojo.

<sup>1</sup> Ps. XLIX, 21.—<sup>2</sup> Is., XLII, 14.

imprecación de  
divina cólera.

Así dirá Cristo nuestro Redentor, y quizá, como se lee haberlo usado con nuestros pecadores, él mismo, metiendo su mano en el costado abierto y sacándola llena de su divina sangre: Ten, malaventurado, le dirá, arrojándose la al rostro: quien de esta sangre no quiere la vida, tome la muerte.—Y en el mismo punto, desapareciéndose Jesucristo, os parecerá que os asaltan súbitamente los malignos espíritus, que os cercan, que os oprimen, que á porfía os atan y encadenan, con rabiosa sed de arrebatáros, como cautivo y prisionero, á las mazmorras infernales. Y allí, combatidos de tantos enemigos, y acosados tan fieramente de todas partes, ¿tendréis pecho, tendréis longanimidad y firmeza para confiar en Dios? ¡Oh locura, prometerse tanto de tan flaco y mezquino corazón! Pues si no podemos prometérnoslo, volvamos á nuestro propósito y preguntémos: Esas congojas, esos remordimientos y perplejidades en el trance postrimero, ¿de qué servirán? ¿De despertadores y estímulos para encaminarnos á la contrición verdadera? No, sino de pesadumbre que nos agobiará, de espinas que nos punzarán, de torcedores que nos atormentarán y conducirán tal vez á la última desesperación.

a.ª parte. La oje  
aplican por las es  
pinitas malignas

por hipóstasis.

Consejo en esta  
energía por con  
municación orato  
ria, y epílogo.

Arg. 8.ª  
Feneción susci  
ta por artificiosa  
resumen.

## IX

Siendo, pues, así, ¿qué nos cumple hacer mientras tenemos tiempo? Penitencia, hermanos míos, penitencia; si, tornare á repetirlo, penitencia. Sólo ésta tendrá virtud y fuerza celestial para sosegar nuestro corazón en la vida y al rematar de la vida, y sosegarlo de manera, que goce de cabal tranquilidad: *Ut tranquillam vitam agamus*<sup>1</sup>, conforme al Apóstol. Mas ¿cómo? ¿En qué estado lograremos tanto bien? Mediante el cumplimiento de nuestras obligaciones: *In omni pietate*. Todos los arbitrios, todas las otras invenciones, son por demás. ¿Qué aprovecha al corazón humano darse tan rotamente á juegos y diversiones, á espectáculos y comedias, á bailes y saraos, á músicas y ban-

La penitencia,  
remedio ob ca y  
único del malicia  
tar del alma:

<sup>1</sup> 1.ª Tim., II, 2.

quetes y á todo linaje de engañosos pasatiempos? ¡Ah! Mientras permanezca hincada en el corazón la punzante espina del pecado, son vanos todos los remedios y lenitivos en orden á mitigar su dolor. Hay que arrancar la espina del lastimado pecho; y pronto, hermanos míos, porque, si la dejamos largo tiempo, se entrará más y se encarnará de manera, que por ventura nos dé que llorar y que gemir y que rechinar, y desesperarnos por toda la eternidad de los siglos, mientras Dios fuere Dios: *Conversus sum in aerumna mea, dum configitur spina*<sup>1</sup>.

afectos de temor  
por

metáfora y goli  
simboliza.

<sup>1</sup> Ps. XXXI, 4.



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO VEINTICUATRO

**Gracioso** y risueño en el exordio, es terrible en la peroración. Comienza riendo y acaba llorando. ¡Qué artificio para llevar al auditorio desde la pintura del pajarillo que, aprisionado

*En el metal de las doradas rejas,*

canta «con el mismo primer y aborozo que en el campo alegre de su pasada libertad,» hasta la última visión de Jesucristo, que da en rostro al moribundo con su ingratitud y le arroja á la cara su divina sangre! Es gloria de SENECA, común á los grandes ingenios, comenzar humilde y esconderse más allá de las nubes; y de él podemos decir lo que Horacio del cantor de Ulises:

*Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem  
Cogitat, ut speciosa dehinc miracula promat!*

esto, que no saca humo de la luz, ni discursos frívolos de comienzos deslumbradores,

*Antes el humo en resplandor convierte  
Para mostrar prodigios estupendos.*

¿Y qué mayor prodigio que sacar á luz los tormentos que padece la mala conciencia y desasosigar al pecador y despertarle de su mortal letargo?

Porque el fin que se propone es turbar, revolver, inquietar provechosamente las conciencias y llevarlas al aborrecimiento del pecado por la verdadera contrición. «Hay que arrancar la espina del lastimado pecho; y pronto, hermanos míos, porque, si la dejamos largo tiempo, se entrará más y se encarnará de manera, que por ventura nos dé que llorar y que gemir y que rechinar, y desesperarnos por toda la eternidad de los siglos, mientras Dios fuere Dios.» (§ IX.) A este blanco encamina magistralmente toda la batería de la invención, disposición y elocución.

Ej. 1.º al P. 1.º: S. V. 743-144.

**Invencción.** Escasa es, pero feliz. Digo escasa, porque trae muy pocos argumentos, y aun éstos no los saca de los lugares intrínsecos, sino de las fuentes extrínsecas; y quien haya leído á nuestros autores sobre este punto, por ejemplo al V. Granada<sup>1</sup>, echará, por ventura, de menos aquella alta y soberana teología, que rebosa de sus páginas cuando descubren la guerra cruel y desasosiego interior de los malos y su miserable y congojosa muerte.

Digo también que es feliz, porque, sin olvidar las razones más sólidas, amplifica prodigiosamente las más populares y más acomodadas á su intento. No olvida las primeras, cuando dice: «Mas ¡ay, desventurado de mí!... Pensé que predicaba á un pueblo fiel, que creía firmemente que hay Dios en el cielo, que hay infierno perdurable, que hay paraíso y bienaventuranza eterna, y que el hombre, reo de pecado mortal, es abominable á Dios, desheredado del cielo y merecedor del infierno para siempre. Y más abajo: «¡Oh ciegos hombres! ¡oh desatentados pecadores! ¿No veis que esto mismo había de acrecer infinitamente el tormento de vuestra mala conciencia, conocer que habéis llegado al extremo de no sentirlo ni daros cuenta? Estas son aquellas hondas llagas sin dolor... éstas aquellas fiebres sin congoja... ésta aquella calma, mucho peor que todas las tempestades... Donde toca las pruebas, ya directas, ya indirectas, de más peso que se pueden dar en la materia.

Pero amplifica las más populares y más acomodadas á su intento. Porque ¿cuál es éste? Que no pequen más, si quiera por librarse de las congojas de la mala conciencia. Y ¿cómo persuadirá y hará ver una cosa tan espiritual y apartada de los sentidos? Por el dicho y consentimiento del género humano, y, sobre todo, con el ejemplo y la semejanza. La autoridad subyuga el juicio del pueblo y lo avasalla; la semejanza le alumbrá la inteligencia; pero el ejemplo es la razón que más entiende, el objeto que más le deleita y lo que más hondamente le conmueve y arrebatá. He aquí por qué los oradores populares, como Demóstenes y Tulio entre los profanos, el Crisóstomo y Seneña entre los sagrados, apenas dan un paso sin el ejemplo, y nuestro adorable Redentor nos enseñó lo mismo con el uso continuado de las parábolas.

Pero háse de advertir que el ejemplo, como la semejanza, se emplea para diversos fines y con modos distintos. Unas veces para dar hermosura y dignidad á la oración, á manera de galas ó preseas, como acontece en los panegíricos. Otras para aclarar lo obscuro y explicar lo dificultoso,

<sup>1</sup> Guía de pecadores, lib. I, cap. xx y xxiv.

con la luz que brota de las nuevas relaciones que se descubren. Lo tercero, para **probar**, cuando el ejemplo hace más creíble y verosímil aquello de que se trata. Lo cuarto, para ponerlo **ante los ojos**, de suerte que casi pueda tocarse con la mano. Lo quinto, principalmente, para **mover**. Y mueven, sobre todo, los ejemplos de varones antiguos é ilustres, como los que se toman de las divinas Escrituras, los de nuestra patria y linaje; y también los que se traen de objetos muy flacos, como de la mujer, del niño, del esclavo.

Por lo que mira al **arte de explicarlos**, puede hacerse por tres vías: ó por vía de semejanza, ó por desemejanza, ó por contrariedad. Asimismo pueden traerse como mayores, ó menores, ó iguales; y en todos estos casos la desemejanza ó desigualdad debe estudiarse en el género, en el modo, en el tiempo, en el lugar y en todas las demás circunstancias, según lo vemos en nuestro orador.

El cual trata los ejemplos en **tres formas**: la una, **sucintamente**, como al pintar los remordimientos de Adán, de Caín y de David; la otra, con alguna **mayor extensión**, cuando la historia no es conocida, como al cantarnos las agonias de aquel procónsul de Egipto, por nombre Flaco, ó las angustias que desgarraban el corazón de Tiberio, ó las visiones terroríficas del emperador Pértinax; la tercera forma, **más dilatada** y oratoria, consiste en desleir todas las circunstancias del hecho, y sirve entonces de prueba y de amplificación. Son dechados magníficos de esta tercera forma la muerte de Antíoco y de Saúl. (§ V.) Ruego al estudioso de la elocuencia que se fije en estas dos narraciones, que, si parecen largas como ejemplos, no lo son como argumentos, y están escritas con tal arte, variedad y progresión para mover los afectos, que pueden sin mengua ponerse al lado de las de Cicerón en las Verrinas, ó del Crisóstomo en los libros de Providencia.

**Disposición.** Aquí se ve que lo más subido del arte es que el arte no se vea. ¿Quién lo descubre en el **exordio**, que parece brotar espontáneamente de la semejanza del pajarillo y del ejemplo de los Fariseos? Y, con todo, está lleno de artificio el modo de excitar la atención, de conciliarse la docilidad, de captarse el favor y la benevolencia de sus oyentes; la traza con que dispone la proposición remota, la proposición próxima, la universal; y hay narración con su exposición, su nudo y su desenlace; y hay descripción y etopeya del Fariseo y del pecador; y hay las semillas de las razones y de los afectos; y hay su peroración insinuada en aquellas palabras: «No, no le creáis; despreciad

sus voces, burlaos de sus promesas, porque os quiere prender y matar á traición».

En la **Confirmación** todo parece naturalísimo, y se reduce á un entimema y dos objeciones.

**Entimema.**—No hay tormento igual al de la mala conciencia. Luego no pequéis.

**Objeción 1.<sup>a</sup>** «Yo tengo mala conciencia, y no experimento tales congojas, antes suma paz.»

Responde por cuatro maneras (véase § IV), y la última, que es la más poderosa, se refiere al tiempo, y les afirma que, si ahora no sienten esas congojas, las sentirán, y atrocísimas, en el trance de la muerte. Pruébalo con los ejemplos de Antíoco y de Saúl y del condenado á la pena capital en la víspera de la ejecución, y acaba perorando con movimientos de **temor** y de **esperanza**. (§ VI.)

**Objeción 2.<sup>a</sup>** «Esas congojas, cuanto mayores sean en mi muerte, más me moverán á convertirme». Responde por tres vías que no; que quien más confía ahora, menos confiará entonces (véase el § VII y VIII); y concluye perorando sencillamente: «Siendo esto así, ¿qué nos cumple hacer mientras tenemos tiempo? Penitencia, hermanos míos, penitencia...» (§ IX.)

Pero ¡cuánto artificio en tanta naturalidad! Artificiosa es la **introducción** por la semejanza de la mujer que dió á luz un hijo, de la cual arguye por los contrarios. Artificiosa la **enumeración** de testimonios, subiendo de los profanos á los sagrados, de los sagrados á los divinos. Más artificiosa la **exposición** de tantos ejemplos, abreviándolos ó dilatándolos según su interés y el efecto que pretende. Muy más artificiosa me parece la traza de **refutar**, más bien que probar directamente, con que derripara la atención y da calor y vida y movimiento á esta parte, la más árida y desmayada del discurso. Y aquel no insistir en los remordimientos de ahora, sino trasladar á sus oyentes á las postreras agonias, ¿carece de artificio? ¿Y qué mayor arte que la suavidad con que se abre camino á la **peroración** por medio de las palabras de la discreta Abigail? (§ VI.)

Mas diré lo que siento. En este, como en otros discursos, el dividirlo en dos partes amengua notablemente, y á veces mata el efecto y enerva la pasión. No culpo al orador, sino á la costumbre de su tierra, de pasar á medio sermón á recoger la limosna. Costumbre funestísima para la elocuencia, porque rompe el hilo del discurso y enfría el sentimiento cuando estaba más encendido. No hay cosa más libre que la elocuencia, ni más quebradiza que el afecto; y es tiranía insostenible obligar al orador á que se pare siempre á los dos tercios de su plática. Estos moldes empeque-

necen el arte, y la reina de todas ellas, la elocuencia, mal los puede sufrir. Cierta no los sufriera ni Cicerón ni San Juan Crisóstomo.

**Elocución.** Como el discurso en general pertenece al género **templado**, la elocución es **tranquila**, aunque abundan más las figuras que **mueven** que las que **deleitan**. Campea sobre todo la **interrogación**, la **antítesis**, la **obtestación**, el **apóstrofe**, la **comunicación** y más aún el **dialogismo** y la **prosopopeya**, según los sentimientos que quiere despertar. Los principales son **pesar** y **arrepentimiento**, **temor** y **vergüenza**.

Predomina el **pesar** en la narración de Antíoco y de Saúl; y para esto se ayuda en la primera de la memoria de los pasados triunfos, contrapuesta á las presentes amarguras; y en la de Saúl, de la circunstanciada relación de la matanza en Noé de los ochenta y cinco sacerdotes.

Prevalece el **temor** en lo que sigue hasta la conclusión de la primera parte, llena de visiones espantables, de monstruos horribles, voces de la mala conciencia, que nos despedazará horrorosamente á la hora de nuestra partida. Suaviza estos rigores y amenazas con apóstrofes de gran blandura, que son ecos de la buena conciencia.

Señorea la **vergüenza** ó rubor en la segunda parte, mayormente en la aparición de Jesucristo, «desnudo, llagado, despedazado y manando sangre su cuerpo sacratísimo», el cual, «abiriendo el gran libro de vuestra vida, empezará á leer en él todos vuestros pecados uno á uno, vibrando en el oído de vuestra conciencia, allí muy despierto, los ecos de aquella espantosa voz: *Hæc fecisti, et lacrima*».

Poco dijo quien dijo que las figuras son, en el discurso, lo que las flores en el jardín, las estrellas en el cielo y en los dedos el anillo. Yo las compararía al filo de la espada ó al volter de la honda, que va á clavar la piedra en la frente del gigante. Despójese este discurso de figuras, y ¿qué queda?



## DISCURSO VEINTICINCO

### CRIANZA DE LOS HIJOS

*Respiciamus parentes ejus, et dicunt. Scimus quia hic est filius noster, et quia cæcus natus est: quomodo autem nunc videt, nescimus; nisi quis aperuit oculos, non scimus.*

Respiciamus sus padres y dijeron: Sabemos que éste es hijo nuestro, y que nació ciego; más como ahora ve, no lo sabemos, ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos.

[Juan, ix, 20-21.]

### EXORDIO

*Ex obsecris cæcæ.*

**D**EFIENDAN otros y excusen á los padres del ciego del Evangelio, tan milagrosamente curado por nuestro adorable Redentor; yo ni los excuso ni defiendo. ¡Declarar que no saben cómo ni quién ha abierto los ojos de su hijo! Sabemos, dicen, que nació ciego; mas quién le abrió los ojos, ignorámoslo: *Scimus quia cæcus natus est, quomodo autem nunc videt, nos nescimus*. ¿Este es cuidado y solicitud de padres? ¿Esta es vigilancia de los hijos? Pero dichosos padres, y más dichoso el hijo ciego, pues quien le abrió los ojos fué el piadosísimo Jesús, que no podía abríselos sino al bien y á la virtud.

La lástima es que, á muchos hijos, quien les abre los ojos es el diablo; y entonces ¿quiénes serán los culpables? ¡Dejar los padres de familia que sus hijos salgan traviesos, desobedientes, embusteros y de malas mañas, y luego excusarse con decir que verdaderamente no saben dónde ni

1.ª parte. Historia evangélica.

Los padres del ciego.

Epítoma de transición.

2.ª parte. Apéndice a magovi.

ñecen el arte, y la reina de todas ellas, la elocuencia, mal los puede sufrir. Cierta no los sufriera ni Cicerón ni San Juan Crisóstomo.

**Elocución.** Como el discurso en general pertenece al género **templado**, la elocución es **tranquila**, aunque abundan más las figuras que **mueven** que las que **deleitan**. Campea sobre todo la **interrogación**, la **antítesis**, la **obtestación**, el **apóstrofe**, la **comunicación** y más aún el **dialogismo** y la **prosopopeya**, según los sentimientos que quiere despertar. Los principales son **pesar** y **arrepentimiento**, **temor** y **vergüenza**.

Predomina el **pesar** en la narración de Antíoco y de Saúl; y para esto se ayuda en la primera de la memoria de los pasados triunfos, contrapuesta á las presentes amarguras; y en la de Saúl, de la circunstanciada relación de la matanza en Noé de los ochenta y cinco sacerdotes.

Prevalece el **temor** en lo que sigue hasta la conclusión de la primera parte, llena de visiones espantables, de monstruos horribles, voces de la mala conciencia, que nos despedazará horrorosamente á la hora de nuestra partida. Suaviza estos rigores y amenazas con apóstrofes de gran blandura, que son ecos de la buena conciencia.

Señorea la **vergüenza** ó rubor en la segunda parte, mayormente en la aparición de Jesucristo, «desnudo, llagado, despedazado y manando sangre su cuerpo sacratísimo», el cual, «abiendo el gran libro de vuestra vida, empezará á leer en él todos vuestros pecados uno á uno, vibrando en el oído de vuestra conciencia, allí muy despierto, los ecos de aquella espantosa voz: *Hæc fecisti, et lacrima*».

Poco dijo quien dijo que las figuras son, en el discurso, lo que las flores en el jardín, las estrellas en el cielo y en los dedos el anillo. Yo las compararía al filo de la espada ó al volter de la honda, que va á clavar la piedra en la frente del gigante. Despójese este discurso de figuras, y ¿qué queda?



## DISCURSO VEINTICINCO

### CRIANZA DE LOS HIJOS

*Respenderunt parentes ejus, et dixerunt. Scimus quia hic est filius noster, et quia cæcus natus est: quomodo autem nunc videt, nescimus; nisi quis aperuit oculos, non scimus.*

Respenderun sus padres y dijeron: Sabemos que éste es hijo nuestro, y que nació ciego; más como ahora ve, no lo sabemos, ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos.

[Joan., ix, 20-21.]

### EXORDIO

*Ex obsecris cæcæ.*

**D**EFIENDAN otros y excusen á los padres del ciego del Evangelio, tan milagrosamente curado por nuestro adorable Redentor; yo ni los excuso ni defiendo. ¡Declarar que no saben cómo ni quién ha abierto los ojos de su hijo! Sabemos, dicen, que nació ciego; mas quién le abrió los ojos, ignorámoslo: *Scimus quia cæcus natus est, quomodo autem nunc videt, nos nescimus*. ¿Este es cuidado y solicitud de padres? ¿Esta es vigilancia de los hijos? Pero dichosos padres, y más dichoso el hijo ciego, pues quien le abrió los ojos fué el piadosísimo Jesús, que no podía abríselos sino al bien y á la virtud.

La lástima es que, á muchos hijos, quien les abre los ojos es el diablo; y entonces ¿quiénes serán los culpables? ¡Dejar los padres de familia que sus hijos salgan traviesos, desobedientes, embusteros y de malas mañas, y luego excusarse con decir que verdaderamente no saben dónde ni

1.ª parte. Historia evangélica.

Los padres del ciego.

Epítomina de transición.

2.ª parte. Apéndice a magoví.

después de los  
pasos.

semillas de los or-  
gumescos y afec-  
tos.

Prolepsis ó an-  
ticipación; es el  
año de tres hi-  
jos.

por símil de árbo-  
les infructuosos

y árboles malos.

Constitución de  
la causa

y prelación ora-  
toria.

Arg. 1.º Grave-  
dad de esta obli-  
gación á necer-  
rio.

Fúndase en la  
misma natura-  
za. Luego es im-  
portante y no es  
insubstancial.

cómo han aprendido la malicia: *Quis ejus aperuit oculos, nos nescimus!* Porque ¿qué es ser padres, y cuál su obligación, sino procurar que los hijos continúen ciegos, como ciegos se nacieron, es decir, en la santa simplicidad de la inocencia, en la hermosa ignorancia de la niñez, que no que les abran los ojos otras manos muy diferentes de las que alumbraron al cieguecito del Evangelio?

Mas ¡cuán pocos conocen ésta su gravísima obligación, y cuántos menos la cumplen perfectamente! Los más no piensan ni se congojan sino en tener hijos; á este fin endezezan sus plegarias, á éste sus votos y romerías, y cuando alcanzaron del Señor el fruto de bendición, no tienen cuenta con la crianza de él, como si no fuera mal, incomparablemente menor, carecer de hijos que tenerlos malos y ruines. Árboles hay infructuosos y estériles, que merecen cultivarse en los jardines y son las delicias de los verjeles reales. El laurel y el pino, la encina, la yedra, el mirto y el enebro tienen su estimación, y á veces son antepuestos á otras plantas muy fructíferas. Pero el árbol malo y de frutos venenosos y dañinos nadie lo quiere, ni el rústico labrador lo sufrirá en su campo.

Entiendan, pues, y hagan todos cabal concepto de la grave obligación que trae tener hijos. Yo, ciertamente, estimaré por ligero y de gran fruto mi trabajo, si llegare á demostrar **qué tan grande sea esta obligación** á los que, ó no la conocen, ó nunca reflexionaron bien en ello; por donde incurran en los abusos que voy á manifestar con el auxilio de la divina gracia, no porque suponga que existen entre vosotros, mas á fin de prevenirlos con vuestra diligencia y constanté solicitud.

## PRIMERA PARTE

### II

Y para comenzar de la grandeza de esta obligación, cuya importancia hace resaltar más vivamente la gravedad de los abusos, sé muy bien, mis amados oyentes, que muchos

otros tendrán que dar cuenta á Dios del alma de vuestros hijos: tales son, verbigracia, los maestros que los ejercitan en las letras, los ayos encargados de su educación, los confesores que dirigen sus conciencias, los predicadores que los exhortan á bien vivir; los principes también, así eclesiásticos como seculares, los cuales, con leyes y constituciones públicas, deben mirar sobre todos sus cuidados por la flaca juventud, como el jardinero por las plantas más tiernas y necesitadas. Mas, si lo consideráis atentamente, los más obligados veréis que sois vosotros, y esto con grandísimas ventajas. La razón de ello, y fundamental, es que los demás tienen, por decirlo así, obligación política, vosotros natural. Porque ¿quién ignora que á la causa toca de derecho perfeccionar su efecto, en cuanto sus fuerzas alcancen?

Y ya que la materia parece requerirlo, escuchad con atención una maravillosa doctrina de Santo Tomás en su prodigioso libro contra los gentiles <sup>1</sup>. Dos suertes de efectos podemos considerar, dice el santo doctor: unos que luego que nacen tienen toda la perfección de que es capaz su naturaleza; otros que no se nacen tan perfectos y han menester adquirirla con el transcurso del tiempo y poco á poco. Del primer orden son los seres inanimados; y así la causa de ellos, que es como su madre, después de haberlos engendrado ó producido, no los retiene cabe sí con maternal cariño, ni los cria, ni los fomenta y acaricia, sino al instante los deja y abandona. Pongamos ejemplo en dos cosas que tenemos á la mano, el agua y el fuego. ¿Veis la fuente manantial cuando ha engendrado ó despedido el agua? ¿Veis el pedernal en produciendo la centella? Ninguno de ellos retiene junto á sí su efecto, mas la fuente deja que se deslicen sus aguas hacia el río, y el pedernal que salte y pegue fuego la chispa desprendida; como quiera que ni el pedernal ni la fuente podrían, con retener su fruto cerca de sí, darles mayor cumplimiento y perfección.

Mas en los vivientes acontece lo contrario. Nacen éstos menguados é imperfectos, y así largo tiempo continúan

Transición por  
comparación.

Antic. por ra-  
zón natural.

y anterior

estilo delictivo  
mezclado con hom-  
línea oratoria.

Teoría de San-  
to Tomás:

coro inanimado,  
poco a nacido,  
ya perfectos;

por infracción y  
prolepsis.

Seres vivientes  
nacen imperfectos;

<sup>1</sup> Lib. 7, cap. XII, etc.

bajo el cuidado, y como en el regazo de sus madres, para ser de ellas nutridos y perfeccionados en el ser que recibieron. Vese clarísimamente en primer lugar en los árboles frutales, en las flores, en el racimo de la vid, en las espigas del trigo y en todos los frutos de la tierra. Nacen pequeños, descoloridos, acedos, ásperos y muy desmedrados, y así necesitan de mucha nutrición y substancia; por lo mismo, mirad cuán largo tiempo permanecen agarrados y asidos la manzana á su árbol, la espiga á su caña, las flores á su rástago, á su sarmiento el racimo, y todos los frutos á los pechos y en el regazo de sus madres. Por donde, si lo habéis probado, sin duda habréis experimentado que se requiere mayor fuerza para arrancar la fruta verde y desabrída que la madura y sazónada; como dando á entender el hijo que mal de su grado le arrancan de la madre, y la madre que mal de su grado suelta el fruto antes de haber acabado, aquel de recibir su perfección y ésta de comunicársela.

Pero aun mejor se descubre esta maravillosa providencia en los animales, que nacen también muy imperfectos. Pues, entre ellos, sólo del buitre cuentan las Escrituras divinas que abandona desapiadadamente los huevos después de puestos: *Develinquit ova sua in terra*<sup>1</sup>; y por esto lo pone Dios como ejemplar de estupidez y dureza de entrañas, diciendo de él, por grande encarecimiento y desdén, que se muestra duro con sus pequeñuelos, como si fuesen extraños; porque Dios le privó de sabiduría y no le dió rastro de inteligencia: *Duratur ad filios suos, quasi non sint sui; privavit enim eam Deus sapientia, nec dedit illi intelligentiam*<sup>2</sup>. Pero en los otros animales veréis un cuidado y ternísimas entrañas, que pone maravilla, con esta única diferencia: que á algunos los cria la madre, y á otros la madre y el padre juntamente. La hembra sola, en los caballos, en los corderos, en los becerros y en otros mamíferos, y para la crianza de ellos básta la madre con la provisión de sus ubres, y así el padre, como no es necesario, apenas cuida ni los conoce. Lo contrario pasa con las aves: á ninguna proveyó nuestro Señor de pe-

por distribución

de vegetales

de las madres y los hijos

de animales

excepto el buitre

Ley maravillosa en los mamíferos.

chos ni de leche, y fué la causa porque, teniendo que volar, fuéles tal carga de notable impedimento. Deben vivir, por consiguiente, en cierto modo, de rapiña, y buscar aquí y allí con qué alimentarse, no sólo á sí, pero también á su tierna familia, que suelen ser no menos comedores que numerosos. Pero ¿cómo una débil avecilla acudirá á tantas necesidades? Por esta razón: á la crianza de las palomas, tortolillas y otras menos bravas, ayuda el macho por su cuenta. Y no se contentan los brutos irracionales, por crudos y fieros que sean, con criar lo que producen hasta que los pequeñuelos se lo ganen, cobradas ya las fuerzas y la debida perfección, pero sirvenles de ayuda y de amaestramiento según los ejercicios que han de hacer conforme á su naturaleza. Así el gavilán es de ver cómo enseña á sus hijos á volar, el delfín á atravesar los mares, la leona á sus cachorrillos á embestir, la gallina á sus polluelos á escarbar, y el águila á levantar el vuelo despreciando las tempestades: *Provocans ad volandum pullos suos*<sup>3</sup>. Con ser así que no esperan de ordinario ningún reconocimiento ni de obra ni de corazon; antes, terminada la formación y crianza, ni el que engendró reconoce al engendrado, ni éste á su padre ó engendrador, mas se separan y va cada cual á do le lleva su natural instinto.

Pues, si no obstante ese desvío, cuidan de sus pequeñuelos con tanta solicitud, y los crían, y los proveen, y no comen por que ellos coman, y los defienden con tanto coraje, y, en una palabra, se desjugan y desviven piadosamente por que vivan y medren ellos, ¿quién no ve que la ley de perfeccionar la prole y rematar lo que se comenzó no es ley humana, ni institución política, ni estatuto civil, sino ley estampada por Dios en todos los corazones, por manera que debe concluirse que la misma naturaleza exige de los hombres su observancia y cumplimiento? Antes en éstos lo exige más imperiosamente; porque el hombre nace por una parte menos perfecto y abastado, como Plinio considera; que los brutos animales nacen vestidos, el hombre desnudo; los animales calzados, descalzo el hombre; ellos arma-

no las aves.

Extensión de esta crianza: los animales conformes á su naturaleza.

Transición y asombramiento á seguir.

al porque el hombre es capaz de agradecimiento.

Si porque nace más desnudo y descalzo.

<sup>1</sup> Job, xxxix, 14. — <sup>2</sup> Job, xxxix, 16-17.<sup>3</sup> Deut., xxxii, 11.

Y porque es más perfectible.

Concluido y resumido,

por período.

Arg. 2.ª  
Gravedad de esta obligación a facultad.

Transición por simplificación de anterior.

tema que se demuestra á los padres, por comparación con los ayos, etc.

dos y apercebidos, el hombre desprovisto y desarmado; y, por otra parte, nacen con mayor capacidad y perfectibilidad, la cual perfección, porque no pueden conseguirla sino por sus pasos contados lentamente, la crianza y educación del hombre no es negocio de pocos días, sino de muchos años, y aun, en sentir del Angélico Doctor, de toda la vida, lo cual hace que el matrimonio sea por su naturaleza indisoluble.

Concluyamos ya de esta celestial doctrina del Angel de las escuelas, como de premisas infalibles, nuestro principal intento, es á saber: si la obligación de los padres respecto de la crianza de sus hijos no es ley positiva, sino natural; no escrita, sino impresa en nuestros pechos; no humana, sino divina, ¿quién no ve que os fuerza más rigurosamente á vosotros que á los príncipes y prelados, que á los maestros y confesores, que á los ayos y cualesquiera otros, ora eclesiásticos, ora seculares, encargados de encaminar á vuestros hijos por la senda de la virtud, como quiera que á ellos les obliga una ley meramente política, la cual es de suyo menos apremiante, pero á vosotros una institución natural que encierra siempre un mandamiento rigurosísimo?

### III

Si esto es así, como lo es, Dios mío, ¡qué remordimientos y temores habéis de tener, oh padres de familia, siempre que descuidáis esta crianza! Porque, si tan estrecha cuenta se pedirá al príncipe, si tanta al preceptor ó maestro por cuya culpa ó negligencia vengan á perderse vuestros hijos, ¿qué será de vosotros, ¡oh padres!, qué de vosotras, ¡oh madres!, si por vuestra culpa se condenan? ¿Esperáis alegar descargos, donde no los admitirán de los extraños? ¿Esperáis perdón, donde no se perdona á los más desobligados? De aquí que el glorioso y bienaventurado San Juan Crisóstomo, tan versado en esta materia, protestase con toda la gallardía de su elocuencia: Padres, educad á vuestros hijos en la ley y corrección del Señor, como os manda el Apóstol. Porque, si también á nosotros se nos or-

dena velar por ellos, como quienes hemos de dar cuenta de sus almas, ¿cuánto más al padre que los engendró? *Patres, confirmada por educate filios vestros in disciplina et in correptione Domini* 1. Si enim nos ipsi quoque vigilare jubemur, tamquam pro animabus illorum rationem reddiduri, quanto magis ergo pater, qui genuit? 2. ¿Habéislo entendido, padres y madres cristianas? ¿Cuánto más los padres que los engendraron? Vosotros les disteis el ser; vosotros, pues, debéis darles la perfección del ser, criándolos en toda disciplina, es decir, inclinándolos al bien; y en la corrección del Señor, es decir, apartándolos del mal; ó bien, según la más ajustada interpretación de Santo Tomás, valiéndoos unas veces de la disciplina y azote, otras de la amarga reprensión: *In disciplina verberum, et in correptione verborum*.

Fuera de que esta educación y perfeccionamiento os es más fácil á vosotros dárselo que á las personas extrañas; porque, como sea á los hijos tan propio y natural amar y reverenciar á sus padres, venís, por el consiguiente, á tener sobre ellos grandísima autoridad. ¿Y quién no sabe que un consejo oportuno, una reprensión á tiempo, y muchas veces media palabra, un gesto, un ademán, una mirada del padre ó de la madre, pueden más con ellos que los otros con largos discursos y clamorosos gritos? ¿Jamás oísteis lo del célebre San Andrés Corsino? Era en la flor de su juventud mozo demasíadamente libre, de sueltas y desarraygadas costumbres, y en balde se habían empeñado algunos religiosos y parientes pios en enfrenar con su celo tanta desenvoltura. Mas lo que no recabaron las muchas instancias del sacerdote, pudo recabar una palabra de la madre. Peregrina (tal era su nombre) le llamó aparte, aféole su proceder, y, tocándole Dios su corazón, de lobo sangriento y caballo desbocado, convirtióle en mansísimo cordero, y le hizo un santo. ¿Cómo, pues, no se os demandará cuenta muy estrecha si no os valéis de tanta autoridad?

Añádese á lo dicho, que de vosotros dependen y están colgados en el comer, de vosotros en el vestir, de vosotros en el gastar, y de vosotros, finalmente, en heredar la parte

1. Eph., vi, 4. — 2. Lib. 3. Contra vituper. Vitae mon.

confirmada por síloquente autoridad.

planteo de la buena crianza.

Os es más fácil, porque tenéis más autoridad.

por razón natural.

por experiencia.

por ejemplo de San Andrés Corsino: narración simple.

el hijo trocado en cordero.

Porque en todo dependen de vosotros.

de la hacienda; por donde, ¿con cuánta facilidad podéis gobernarlos á vuestro querer, ora animándolos y galardonándolos, si proceden bien, ora amenazándolos y castigándolos, si mal? Pues si no respondéis á las obligaciones de vuestro oficio, ni hacéis cosa tan hacendera, ¿qué color de disculpa alegaréis?

Demás de esto, es de considerar, padres y madres cristianas, que á vuestros hijos los ha puesto nuestro Señor á vuestra sombra, desde pequeñuelos, como pajarillos en el nido; tiempo precioso y la mejor sazón del mundo, cuando sus tiernos corazones, á guisa de blanda cera, están maravillosamente dispuestos á recibir cualquier figura ó impresión. Si los criáis, de consiguiente, mal y dejáis que vayan cobrando malos siniestros, ya no serán, en su mocedad y adolescencia, capaces de mejor enseñanza, aunque los tomen y doctrinen sabios directores; y entonces ¿sobre quién recaerá la principal culpa? Sobre vosotros, padres y madres de familia; sí, sobre vosotros. Porque los padres, como San Crisóstomo dice, habiendo recibido á sus hijuelos todavía blandos y pequeñitos, y estando ellos solos y más que todos enriquecidos de Dios con aptitud para educarlos, pueden admirablemente y con poquísima costa imbuirlos en el temor del Señor y encaminar sus pasos hacia el cielo <sup>1</sup>. A vosotros, pues, se achacarán sus viciosas costumbres, á vosotros sus incorregibles defectos, si no tenéis ahora mano fuerte; y en vano trabajarán todos los demás en su ayuda y adelantamiento, si vosotros descuidáis de vuestro oficio.

Porque ¿qué monta que para la enseñanza y educación religiosa de la juventud hayan la Iglesia y los príncipes cristianos proveído sus estados de universidades insignes, de academias ilustres, de escuelas y colegios renombrados, si vosotros no los enviáis á ellos? Y los maestros y preceptores ¿cómo aficionarán los niños al estudio, si vosotros no de la Iglesia y los príncipes.

<sup>1</sup> Pater enim cum tenerum acceperit filium, primusque ac solus omnem ejusque instruendi facultatem nactus sit, et bellissime illam, et facillime imbuerre poterit, et moderari. Lib. 3. Contr. vitup. vitae monast.

sus costumbres y corregirán sus siniestros, si vosotros no los apoyáis con vuestro brazo y autoridad? Y los predicadores y confesores ¿cómo infuirán en ellos, ó serán de provecho á sus almas ni las exhortaciones públicas de aquellos, ni las amonestaciones privadas de éstos, si vosotros no los apremiáis á que oigan la palabra de Dios y frecuenten los santos Sacramentos? Ya veis, por tanto, cómo las obligaciones todas, que están como derramadas y esparcidas en los demás, se juntan y reunen en vosotros en toda su plenitud y fuerza. De donde se concluye que á vosotros atañe vigilarlos con cien ojos y seguir sus pasos; á vosotros estudiar todas sus palabras; á vosotros mirar todos sus gestos y ademanes; á vosotros certificaros y daros cuenta de todos sus movimientos y respiraciones. Diligencias que á nadie más incumben, al menos con tanta exactitud.

Ni basta que los doctrinéis con sabios y oportunos avisos; es menester que los encaminéis y llevéis de la mano en su práctica y ejercicio; y esto no solamente en un lugar, pero en todos; en la ciudad y fuera de ella, en público y en secreto, en común y en particular. Debéis observar adónde van, de dónde vienen, con quién hablan, de qué gustan, á qué se inclinan; y como, según el Espíritu Santo, por las aficiones se conoce al niño: *ex studiis suis intelligitur puer* <sup>1</sup>, habéis de procurar, en cuanto sea posible, penetrar en su interior y espiar qué piensa su entendimiento, qué siente y cómo palpita su corazón. Y no lo toméis á encarecimiento, antes sabed que el mayor cuidado del santo Job en el gobierno de sus hijos era siempre averiguar y escudriñar qué deseos brotaban en sus pechos y qué pensamientos se forjaban en su mente. De aquí que madrugase muy de mañana, como refiere la divina Escritura, á ofrecer á Dios oraciones y sacrificios en satisfacción de sus culpas interiores; porque decía el buen padre: No sea que mis hijos hayan pecado y ofendido á Dios en su corazón: *Dicebat enim, ne forte peccaverint filii mei, et maledixerint Deo in cordibus suis* <sup>2</sup>. ¡Mirad qué vigilancia de padre! No dice si por ventura han ofendido á su Majestad de palabra, no de obra, sino de co-

<sup>1</sup> Prov., xx, 11.—<sup>2</sup> Job, 1, 5.

Largo.

1) Porque son tiernos, y están en sazón muy oportuna.

Confirmación de consiguientes.

Luego, si salen ruins, á vosotros os es demandada.

por testimonio y repetición.

Luego en tanto se añaden los demás, si se desciende vosotros:

por distribución

de la Iglesia y los príncipes.

de los confesores y predicadores.

Consecuencia 1.ª

Consecuencia 2.ª

AMPLICACIÓN: Largo debéis mirar y temer sus actos.

por conmemoración

por ejemplo bíblico.

Job archadú de buenos padres.

razón; como quien estudiaba todas sus palpitaciones y temblaba de cualquier culpa de ellos, no sólo manifiesta, pero disimulada; no sólo pública, pero secreta; no sólo cierta y averiguada, pero incierta y dudosa.

Arg. 2.<sup>a</sup>  
Por qué covierte  
la misma crianza.

## IV

¿Qué decís? ¿hacéislo así, padres de familia? ¿cumplís con puntualidad y esmero la obligación gravísima de vuestro cargo? ¿sois tan cuidadosos, como ello se merece y Dios os manda, de la inocencia de vuestros hijos, de su virtud y espiritual aprovechamiento? ¡Ay dolor, que en todo por ventura pensáis, menos en esto!, dice el Crisóstomo. ¿Cuál es, pues, vuestro cuidado? Que sean ricos, que sean respetados, que sean más poderosos y bien quistos; pero que sean más buenos y virtuosos, no os importa. Unos, dice, proveen á sus hijos la carrera de las armas, otros honores, otros dignidades, otros riquezas y bienestar, pero nadie ¡oh lamentable ceguedad, digna de llorarse con sangrientas lágrimas!, nadie provee á sus hijos de Dios y de su bendita gracia: *Alii militiam filiis suis provident, alii honores, alii dignitates, alii divitias, et nemo filiis suis providet Deum*<sup>1</sup>. Y, con todo, de esto solamente se os pedirá cuenta, cristianos; no de si los dejasteis más ricos y con más grueso patrimonio, no de cuánto los adelantasteis en cargos honoríficos; no de los parentescos y nobles casamientos, sino de las virtudes que por vuestra diligencia consiguieron. A esto tendréis que satisfacer en aquel espantable juicio y rigurosísimo tribunal.

Y ¿qué responderéis al juez de vivos y muertos los que por una nadería de interés no os importa aventurar su eterna salvación? ¡Cuántas veces, con gastar un poco más, podríais proveerles de ayo más virtuoso, de educación más esmerada, de enseñanza más provechosa; sino que, por ahorrar una nada, les ocasionáis tan notable perjuicio! ¡Oh vergüenza! (exclama San Crisóstomo, á quien he tomado por guía y

Intención por  
interrogación vir-  
tutina.

Abono negativo  
a desistiendo en  
cuidado de su edu-  
cación).

y de la nadería que  
habéis de dar á  
Dios.

á cobard. La  
falta de este abono  
es la codicia de  
interés, que os  
arruina.

1) á no gastar en  
hijo de los hijos

<sup>1</sup> Hom. 55 in Math.

maestro en esta materia, maravillosamente tratada por el Santo), ¡oh vergüenza! No se perdona gasto para hacer más fértiles los campos, más cómoda la habitación, más regalada la mesa, más grande la caballeriza, la carroza más lujosa y brillante; y para hacer al hijo más virtuoso y más disciplinado, se regatean los maravedís. Y aun sería menos lastimero si no aconteciese otra cosa más deplorable; porque esa misma avaricia y escasez es causa muchas veces que, si tenéis dos criados, uno fiel y diligente, otro vicioso y de torpe entendimiento, daréis al mejor el cuidado de la hacienda, y al más ruin la guarda de vuestros hijos. ¿Hay excusa para tal desconcierto? ¿hay sombra de juicio? ¿hay asomo de cordura? No os atreveríais á fiar vuestros caballos de un mozo inexperto, ni vuestros rebaños de un pastor no muy fiel, ni vuestras yuntas de un gañán perezoso y descuidado, y ¿no os corréis de entregar vuestros hijos á un criado vicioso ó á un ignorante pedagogo? No hay razón, mis amados oyentes, no hay excusa que abone ni defienda tal desatino: porque, si el vil interés es el que os mueve y agujonea á preferir la ganancia á vuestro hijo, y el pedazo de oro al provecho y perfección de él, ¿qué puede imaginarse de más impío, de más disparatado, de más infame y vergonzoso?

¡Oh!, si yo me persuadiese ser así, que ésta es la causa del desconcierto de nuestra juventud, no vacilara, con el otro filósofo, de levantar mi voz desde el punto más alto y torre más encumbrada de la ciudad, clamando: —¿Adónde vais? ¿Adónde os encamináis con tanta prisa, que tan solícitos sois en los intereses temporales, y en criar á vuestros hijos, á quienes dejaréis esas riquezas, tan remisos y descuidados? ¿Qué es tanto apresuramiento, oh ciudadanos? Unos, creo que os encamináis á las audiencias á despachar vuestros pleitos, otros á las plazas y mercados á comprar, otros á los palacios por favores, otros á la oficina ó banco á negociar, otros á otros quehaceres en busca de más oro y acrecentamientos; y, entre tanto, ¿dónde están vuestros hi-

(por contraposi-  
ción).

¿A entregados  
á un cualquiera.

Ampliación de  
julgación y ver-  
güenza).

(por sustitución)

por hecho orato-  
ria.

aprovecho y prove-  
cho para asignar  
(distribución)

®

1.ª parte.

<sup>1</sup> Quo tenditis, homines, quo tenditis, qui rei faciendae omne impenditis studium; filii instituentis, quibus opes vestras relinquitis, exiguum ac plane nullum?

jos? Si en manos de criados fieles y ayos de conciencia, os doy el parabién, seguid vuestro camino; mas si por ventura se encuentran en alguna reunión de muchachos desmandados, aprendiendo sus vicios, ó en una casa de juego entre fulleros y tahures, ó en algún teatro de torpes representaciones, ó en lugares más ocasionados á manchar su pureza, y, cuando no fuere otra cosa, en los paseos públicos malgastando miserablemente el tiempo y la vida; si andan por semejantes sitios y precipicios, volveos atrás, les diria, volveos ¡oh padres inhumanos!; proveed primero á vuestros hijos, y luego después proveed y pensad en vuestra hacienda. ¿No la procuráis por su bien de ellos? Pues ¿qué mayor desatino que ocuparse en la hacienda, que ha de servir para los hijos, y descuidar los hijos, á cuyo bien la hacienda ha de servir?

Así creo que les hablaría con todas las fuerzas de mi celo, á imitación de aquel filósofo que refiere Plutarco<sup>1</sup>; ni me faltaria la autoridad del mismo San Crisóstomo, el cual testifica que el desvario de estos padres es semejante al del hortelano ó labrador, que procurase solamente acopiar gran cantidad de agua con que regar las plantas, y no mirase qué plantas son, si grandes, si pequeñas, si hermosas, si desmedradas, si de buena calidad ó degeneradas y bastardas. Esta razón, pues, de que habéis de atender á vuestros intereses, aunque lícitos, no os disculpará en el acatamiento de Dios, porque ningún interés debe pesar tanto en vuestra conciencia como la perfecta y cristiana educación de los hijos que el Señor os ha dado. Y si ello es así, ¿qué otro descargo alegaréis á su divina Majestad? ¿No quedaréis inexcusablemente convencidos de crimen gravísimo, de felonía, de perfidia, de traición? ¿Qué sería de vosotros si comparáseis reos de haberles negado leche y pechos, donde amamantarse cuando niños, ó comida para sustentarse cuando adultos, ó vestido con que cubrirse desnudos, ó cama ó abrigo donde descansar sus fatigados miembros? ¿No quedarais feamente confundidos y sin palabra? Y, embargo, solamente los hubierais descuidado en la parte

2.ª parte.

Cobalación:

Por autoridad

y similitud del hortelano

(consecuencia)

y comparación á miembros del cuerpo

y el alma.

más baja, que es el cuerpo; pues ¿qué será dejando de atender á su parte más noble y divina, que es el alma? ¿Qué será si dejáis de proveerlos, sufriendolo vuestra posibilidad, de buenos maestros, de criados fieles, de acreditados confesores, de libros piadosos, de dirección oportuna, de compañeros virtuosos, de consejo, de estímulos eficaces, de freno poderoso y demás ayudas necesarias para vivir según el Evangelio? *Fili tibi sunt, erudi illos*<sup>1</sup>. ¿Tienes hijos?, clama el Eclesiástico, pues doctrinalos. No dice *enriquecelos, adelántalos, súbelos á la cumbre del poder y de la honra, sino doctrinalos*; porque ésta es vuestra principal obligación; hacerlos santos y cabales cristianos.

Conclusión y epílogo

por autoridad de Dios,

V

Arg. 4.º Abuso de la autoridad. Procede á la continuación de vuestros hijos.

¿Y aun pluguiera á Dios que éste fuese vuestro único pecado, no procurar la salvación de vuestros hijos? ¿Hay, acaso, otro mayor? Si, cristianos, incomparablemente mayor y verdaderamente diabólico. ¿Cuál es? El procurar su ruina y perdición eterna.—¿Es posible? ¿Procurar su ruina y perdición sus mismos padres!—Si, sus mismos padres procuran á veces la ruina y condenación de sus hijos. ¡Oh!, si algún cristiano fuera reo de tamaño crimen, ¿cómo justificaría su conducta? Quisiera pecho de bronce y voz de trueno para detestar, si por ventura existiese, tan abominable exceso. Pero ¿qué dudo? ¿No vemos con frecuencia esos padres crueles y desnaturalizados? ¡Infelices criaturas, mejor os fuera que recién nacidos os hubiesen abandonado, como á Moisés en el cestillo de mimbrés, en brazos de la Providencia, á la orilla de un río, ó en la espesura de una selva! ¡Tan perversas son las doctrinas que les infunden, tan reprobados los sentimientos que destilan en sus vírgenes razones! ¡Ojalá que no tuvierais los padres otra culpa (prosigo discuriendo con la autoridad de mi elocuente maestro, el divino Crisóstomo), ojalá que no tuvierais los padres otra culpa sino el no aprovechar á vuestros hijos, ni

Transición de otro.

por exclamación,

hipérbole y

efectos de compasión.

Primer argumento. Por autoridad del Crisóstomo.

Arg. 5.º

<sup>1</sup> De Educ. Liber.<sup>1</sup> Eclli. vii, 25.

(Apóstrofe)

enseñarles el camino de la salvación! Pudiera, aunque sea tan lastimoso, sufrirse en paciencia. Mas ahora llega á tanta vuestra maldad, que los impeléis á cosas del todo contrarias á la salud de sus almas, y como si de industria quisieseis arruinar á vuestros hijos, así les ordenáis que hagan y deseen lo que, si hicieren y desearan, no conseguirán la bienaventuranza de la gloria <sup>1</sup>.

a 2º argumenta.  
Por inducción  
crisostoma.

Los costales má-  
ximas cobardías  
al Evangelio.  
Larga.

Atroc. respec-  
to de las pipre-  
zas.

gr. enumeración  
& diálogo.

Consecuencia

¿Queréis verlo con vuestros ojos? Pues estad atentos. La ley de Jesuista, promulgada en su Evangelio, ley que deberían mamar con la leche vuestros hijos, truena contra los ricos de este mundo y los condena al infierno, si no despegan su corazón de las riquezas: *Vae divitibus* <sup>2</sup>. Y vosotros, por el contrario, comenzáis desde sus primeros años á despertar en sus corazones deseos de acrecentamientos, y que es menester guardar la hacienda, y aumentar el caudal, y que la felicidad y buena dicha de los hombres consiste en tener las arcas llenas, y colmados los graneros, y henchidas las bodegas. Y por ventura, hablando á solas y mano á mano con vuestro hijo, — Mira, le decís, á Fulano y á Zutano: éste, comerciante rico; aquél, caballero acomodado; porque supieron granjear y allegar mucho dinero, vinieron, el uno á levantar aquel edificio y comprar aquellas posesiones, y el otro al empleo y á emparentar con la primera nobleza. ¿Puedo esperar tanto de tu industria? — Lo que hacéis con esto es entenebrer su flaco entendimiento, y que se forme tan levantada idea del dinero, que se imagine no haber otro Dios sobre la tierra que el oro.

Repeto de la  
humildad cristia-  
na.

Más: la ley de Dios nos predica que nos sentemos en el postrer lugar: *Recumbe in novissimo loco* <sup>3</sup>; y vosotros, contradiciendo al Evangelio, enseñáis continuamente á vuestros hijos que no hay que contentarse con el estado en que uno nace; que es menester, como los ricos, enriquecerse, y medrar y aventajarse, y escalar los puestos más honrosos. Más

<sup>1</sup> Utinam hoc tantum culpa esset, nihil utile parentes liberis consuleret: posset id, quamquam gravissimum sit, aliquatenus tolerari. Nunc vero illos ad ea, quae salutis suae sunt adversissima, impellit, et ac si debita opera liberis vestros perdere omni studio curetis, ita universa illos iubebis facere, quae qui faciunt, salvi esse non possunt. L. 3 contra vitup. vitae mon.

<sup>2</sup> Luc. vi, 24.—<sup>3</sup> Luc. xiv, 10.

la ley de Dios nos manda severísimamente que perdonemos del amor de los  
á nuestros enemigos y hagamos bien al ofensor: *Diligite ini-*  
*micos vestros* <sup>1</sup>; y vosotros inculcáis perpetuamente á vues-  
tros hijos qué jamás hay que olvidar el agravio recibido,  
ni sufrir mancilla en vuestro nombre, sino que, á imitación  
de los rabiosos perros, es preciso responder, desquitarse,  
indemnizarse á toda costa. ¡Oh cuántos padres dicen á sus  
hijos, algo lastimados: Mirad, hijos, nuestra casa siempre  
ha sido temida y respetada, como la que más. Cuenta en su  
linaje tantos capitanes, tantos ilustres varones que, en paz  
y en guerra, fueron honra y prez de la nación. No seréis  
dignos del nombre que lleváis, si no defendéis siempre vuestro  
derecho y mostráis en esos lances vuestra hidalguía y  
pundonor. — Y así mostráis más contentamiento cuando ma-  
nejan por curiosidad un arma y saben esgrimir la espada,  
que cuando toman la pluma ó el cartapacio, y aplaudís  
comó proeza y valentía cualquier travesura que tiene resabios  
de venganza.

Y algunas madres, ¡válgame Dios!, ¿con qué doctrinas y enseñanzas crían á sus hijas? ¿Por ventura con las del Evangelio, que nos manda cercenar las demasías del lujo y desterrar de vuestras casas las mundanas pompas? *Ne solliciti sitis corpori vestro quid induamini* <sup>2</sup>. Muy al revés. Anda, hija mía, les dicen: ve y di á tu padre que quieres vestir como las demás: que saque del cofre los pendientes, les manillas y brazaletes, el tocado y todo el aderezo; que de otro modo no has de salir conmigo, ni aun á acompañarme á la iglesia. — Y así, engalanándolas hoy con este atavío, mañana con el otro, las enseñan desde niñas á endurecer contra el frío y contra la modestia sus espaldas, excusándose con que en la hechura del vestido hay que seguir la moda y no singularizarse, aunque más griten y declamen los predicadores del Evangelio.

Veis aquí, mis amados oyentes, los documentos y dictámenes con que muchos padres y muchas madres crían á sus hijos. Y de tal crianza ¿qué se sigue? Siguese un daño casi irreparable; que aquellos tiernos corazones, recibida tan

del amor de los  
enemigos.

per. sarcinosa-  
ción.

y propoerea.

En orden á las  
madres: vanidad  
en el vestir.

por enumeración.

A multiplicación

a consecuencia:  
dnd

<sup>1</sup> Luc. vi, 27.—<sup>2</sup> Luc. xii, 23.

perversa semilla, comienzan poco á poco á echar tan profundos raíces de vanidad y fausto, de audacia y procacidad, de codicia y de interés, y de toda afición desordenada, cobrando fuerzas con los años, no hay después mano de hombre capaz de arrancar sus venenosos y malditos ramos. *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*<sup>1</sup>. El mancebo, según el camino que emprendiere desde niño, ora sea el camino del vicio, ora el de la virtud, aun cuando sea viejo, no se apartará de él. ¿Y parécenos culpa liviana vuestra culpa?

<sup>1</sup> Por autoridad divina.

<sup>2</sup> Por ejemplo a Heli.

<sup>3</sup> Parte. El sacerdote Heli, castigado temporalmente por su iniquidad.

Creo, ciertamente, que habéis oído más de una vez la desastrosa muerte del gran sacerdote Heli, el cual vino á ser tan aborrecido del Señor, que le privó para siempre del sacerdocio, y del templo, y de la hacienda, y de la misma vida, y hasta de sus hijos; y fué juzgado con tal severidad, que, si bien hay probable conjetura que se salvó por sus muchos y singulares merecimientos, mas todavía Filón, judío, San Gregorio Nazianceno, San Isidoro Pelusiota, San Cirilo Alejandrino, San Juan Crisóstomo, San Pedro Damiano y otros muchos inclinanse á creer que se condenó; y San Cesáreo, obispo arlatense, y San Efrén Siro, lo sienten así terminantemente. Pues pregunto: ¿cómo ó por qué pecado incurrió Heli en juicio tan tremendo? Complázcome en que lo oigáis de boca del mismo Dios: Porque sabiendo, dice, que sus hijos vivían desbaratadamente, él no los reprendió; por tanto, he jurado á la casa de Heli que la maldad de ella no se expiará con víctimas ni con dones y presentes, por todos los siglos: *Et quod noverat indigne agere filios suos, et non corripuit eos, idcirco juravi domui Heli, quod non expietur iniquitas domus ejus victimis et muneribus, usque in aeternum*<sup>2</sup>. La sobrada indulgencia de Heli para con sus hijos le acarreó tantas calamidades y encendió tal saña en el corazón de Dios, que protestó su divina Majestad que no se aplacaría nunca ni con sacrificios, ni con holocaustos, ni con ruegos y plegarias, ó bien en cuanto á la pena eterna, ó respecto de la satisfacción temporal.

Y ¿esto es verdad, Dios mío? Pues venid acá, padres de

<sup>1</sup> Prov. xxii, 6.—<sup>2</sup> Reg. iii, 13-14.

familia, y temblad y estremeceos. Si este desventurado fué juzgado con tal rigor, sólo por no haber atajado con eficacia ó castigado con entereza y severidad á sus hijos cuando se desmandaban, *eo quod non corripuit eos*, ¿qué no deberán temer aquellos padres que, no solamente no retraen á sus hijos de pecar, pero los incitan á ello con máximas y enseñanzas tan perniciosas? Si desagradó tanto á su divina Majestad el no castigar sus demasías y pecados, ¿qué será alabarlos? ¿qué el promoverlos? ¿qué persuadirlos? ¿qué entrar á la parte y hacerse sus perversísimos cómplices? ¿Puede quedar á estos infelices esperanza ninguna de salvación? No lo sé; pregunto solamente: Si diecis estos consejos y enseñanzas esas pestilenciales máximas, que habemos dicho, á un niño ó mancebo extraño, que por ningún parentesco ni título os tocase; á un judío, por ejemplo; á un gentil ó mahometano, ¡qué juicio, no obstante, tan severo se haría de vosotros en el divino tribunal!

¡Corruptores de la juventud! ¡venenadores de las almas inocentes!, sabed que Dios os aborrece y abomina. Que por esta razón, donde nosotros leemos en el libro de los Cánticos: Cogednos las raposas pequeñas, que asuelan las viñas: *Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas*<sup>1</sup>, enseña el glorioso San Jerónimo que puede asimismo leerse en esta forma: Cogednos las raposas, que asuelan las viñas pequeñas y destruyen los majuelos: *Capite nobis vulpes, parvulas quae demoliuntur vineas*<sup>2</sup>; de suerte que la voz *pequeñas*, no tanto se refiera á las vulpejas como á las viñas: *Non tam ad vulpes, quam ad vineas referatur*. Porque, cierto, Dios aborrece este linaje de hombres astutos, maliciosos y encallecidos en el vicio, que saltan atrevidamente los tiernos majuelos de la inocente juventud, descercan la viña, la roban, la destruyen y la esquilman, con llanto de los ángeles y regocijo del demonio. Estas son las raposas que el Señor persigue y manda perseguir, para en el día de las venganzas hacer de ellas espantosa carnicería: *Capite nobis vulpes, parvulas quae demoliuntur vineas*.

Pues concluyamos la razón. Si tan severamente seriáis

<sup>3</sup> Parte. Argumentación á favor de Heli.

<sup>4</sup> Largo con más razón en condenados vosotros.

<sup>5</sup> Por ejemplo a Heli, conjetura.

<sup>6</sup> Porque el Señor os aborrece: por asimismo.

<sup>7</sup> y elegancia de las viñas y las raposas.

<sup>8</sup> afectos de compasión.

<sup>1</sup> Cant. ii, 15.—<sup>2</sup> In Cant. Hom. 4 in fine.

Conclusión y tránsito á la 2.<sup>a</sup> parte.

condenados, si dierais malos consejos á un joven cualquiera en la flor de sus esperanzas, ¿qué será dándolos á vuestro hijo, al cual, en ley de naturaleza y por divino mandamiento, estáis obligados á criar santamente y enseñarle toda cristiandad? Reflexionad en ello y pasemos ya á la segunda parte.

PARTE SEGUNDA

VI

Castro de los padres en los hijos, por ejemplo y narración dramática.

Primer miembro. El profeta Eliseo y los muchachos.

Segundo miembro. La maldición y la cruz carnicería de los osos.

por hipotiposis y polistíndero.

Tercer miembro. Reflexión á la causa.

Volvió el profeta Eliseo, después de ver á su maestro Elias arebataado en un carro de fuego, cuando al comenzar á subir una costezuela ó altozano para pasar á Betel, veis aquí que sale bulliciosamente una turba de muchachos vocingleros, que, al verle caminar no sin alguna pesadumbre, dieron en mofar y escarnecer de él, diciéndole por bafa: Sube, sube, viejo calvo; sube, sube, viejo calvo: *Ascende, salve; ascende, calve*<sup>1</sup>. Atónito Eliseo y pasmado de semejante arrogancia y osadía en tan tierna edad, no pudo contener su enojo, y revolviéndose hacia aquellos rapazuelos insolentes, y mirándolos con fieros y espantosos ojos: Yo, les dijo, yo os maldigo en nombre del Señor: *Maledixit eos in nomine Domini*<sup>2</sup>. ¿Lo creerías? No bien hubo pronunciado estas palabras, que al mismo punto salieron del vecino bosque dos osos terribilísimos, los cuales, lanzándose sobre la turba de chichuelos, como en una manada de asombradas ovejas, y ensangrentando sus garras, hicieron espantable riza, y mataron, y despedazaron y esparcieron los miembros palpitantes con tanta fereza y arrebatada furia, que en poco rato acabaron miserablemente con cuarenta y dos de aquellos infelices: *Egressique sunt duo ursi de saltu, et laceraverunt ex eis quadraginta duos pueros*<sup>3</sup>.

Si preguntáis á los sagrados intérpretes, os dirán, mis amados oyentes, que estas criaturas no eran capaces de

gran malicia, pues afirma de ellos la Escritura que eran pequeñuelos, *pueri parvi*. ¿Qué significa, pues, que los mata- se Dios con tan espantosa muerte? ¿Sabéis qué? Que nuestro Señor quiso castigar en ellos el descuido de sus padres y la mala crianza que les daban: *Uti parentes eorum in ipsis punirentur*, como dice Lira y otros muchos.

Cristianos y hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, vosotros criáis por ventura á vuestros hijos é hijas sin mucho temor de Dios, harto lo sabéis, y ojalá no fuese con mucha libertad y desenvoltura, por miedo que no se hagan mojigatos y escrupulosos, para valerme de vuestro lenguaje, sino que ostenten desembarazo y gentileza. ¡Gentileza desgraciada! ¡desembarazo que labrará vuestra desdicha! ¿Sabéis el castigo que os espera de tal educación, aun acá arriba en este mundo? Que los veáis muertos á vuestros ojos antes de tiempo, y acaso de muerte ignominiosa. Porque escrito está: Del mal padre quejense los hijos, porque por su culpa vense ellos en oprobio y afrenta: *De patre impio queruntur filii, quoniam propter illum sunt in opprobrio*<sup>4</sup>.

Mas, puesto caso que viviesen largos años, ¿no os ocasionarán más tarde disgustos gravísimos, ansiedades, pesadumbres, mortales sobresaltos? ¿Qué dice el Eclesiástico? *Lacta filium, et paventem te faciet; tude cum eo, et contristabit te*<sup>5</sup>. Acacia al hijo, y te llenará de temores y recelos; juega con él, y te contristarás. ¡Qué disgusto el de Agar, cuando, por las travessuras de Ismael, vióse forzada á peregrinar por los desiertos! ¡Qué pesadumbre y dolor el de David al ver su trono inseguro y vacilante por causa de su hijo Absalón, criado con poca severidad y nimia condescendencia! Y el patriarca Jacob ¡qué desabrimientos y congojas no pasó por razón de su hija Dina! Escuchad, os ruego, que es historia de provechosísima enseñanza.

Peregrinando iba el buen anciano, y, llegado con toda su gente y servidumbre á la tierra de Canaán, asentó los reales en una hermosa campiña, comprada expresamente á los moradores de Siquem. Aquí repartió su gente, levantó las tiendas, acomodó los rebaños, para continuar luego la jornada.

los hijos mal criados.

Cuarto miembro. Aplicación á los oyentes.

por antitesis.

suicidia pronto e ignominiosamente.

Castigo de los padres en los hijos.

por autoridad.

por inducción histórica.

El patriarca Jacob.

narración ilustrada.

Exposición: un

<sup>1</sup> 4 Reg., II, 23. — <sup>2</sup> Ibid., 24. — <sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> Eccli., XII, 10. — <sup>5</sup> Eccli., XXX, 9.

Cuando su hija Dina, muchacha de quince años, sabiendo, como afirma Josefo, que allí cerca concurrían á una fiesta las mujeres de Salem, pidió á su padre que le dejase salir un poco á ver aquella novedad, ya que por otra parte se consumía y le enfadaba tanto encerramiento dentro de aquella cárcel ó pabellón, ¡cuán poco le hubiera costado á Jacob reprimir la mujeril curiosidad de su hija, demasíadamente callejera! Mas el padre bonachón no tuvo pecho para decir de no, y así, por no verla más llorar é importunar, —Ve, Dina, le dijo, y vuelve pronto. —¿Ve, Dina? ¡Pobre hija! ¡Desventurado padre! ¡En qué laberinto os enredáis sin saberlo! ¡Pronto pagaréis vuestra blandura y condescendencia! Pero sigamos el relato, que en verdad es funestísimo.

Salió la niña á ver las mujeres extranjeras; mas, por muy recatada y disimulada que andaviese, violó un hombre, y, en viéndola, perdidamente se prendó de ella, y la robó y la deshonró; y por ser sujeto de mucha calidad, como que era el mismo príncipe de los siquemitas, llamado Siquem, rogó con palabras no menos encarecidas que blandas y halagüeñas que se quedase con él, como lo hizo, y se uniesen en legítimo matrimonio. Diríjese con este propósito á Jacob, á quien la nueva del desastrado suceso tenía sobremanera congojado, y dale mil satisfacciones de su parte, cuantas el caso y la veneración de tal extranjero requerían. Propónete el concierto del desposorio, y promete dar en dote copiosas riquezas, regalos preciososimos, tesoros sin cuento; y se obliga á entablar y mantener con el pueblo de Israel, á la sazón no grande, perpetuas y amigables relaciones, y desde luego les ofrece sus mismas tierras, sus posesiones, sus montes y dehesas.

Estaban aún negociando esta alianza, cuando he aquí que los hijos de Jacob vuelven de apacentar sus ganados: saben, antes de llegar, la afrenta y mancilla de su hermana; y habido entre ellos su consejo, hacen allí su acuerdo y deliberación: esconden en el pecho la terrible venganza que meditan, y dicen al príncipe Siquem que aprueban gustosos el partido, pero que había una dificultad, es á saber: que ellos no podían comunicar con gente incircuncisa y por tanto que aceptasen los siquemitas su ley y se circuncidase

todo el pueblo, que después se asentarían los conciertos de alianza y se estrecharían los vínculos de sangre con mutuos casamientos. ¡Qué no puede la locura y frenesí de un pecho desapoderadamente enamorado! Acepta el príncipe tan rigurosa condición; estipúlase, ratifícase por ambas á dos partes, y torna gozoso á la ciudad, donde, con varios pretextos, persuade á sus vasallos que abracen la condición impuesta de común consentimiento. Mas ¿qué? Llegado el tercer día de la circuncisión, á tiempo que el dolor de las heridas suele apretar más, dos hermanos de Dina, Simón y Leví, preséntanse con ademán guerrero en la ciudad; y mientras todos sus moradores sin recelo de ningún engaño, ni apercibidos á la defensa, curaban ó entretenían su dolencia postrados en el lecho, ellos, desenvainadas las espadas, los sorprenden y matan con horrible carnicería; allí mueren niños, y mueren mancebos, y mueren decrepitos ancianos; quienquiera que sea, si es varón, ha de morir; y encaminándose arrebatadamente hacia palacio, asaltan embravecidos al odiado príncipe, lo degüellan, lo hacen cuartos y, tomando á su Dina, se la llevan á las tiendas de Jacob, primero viuda que esposa.

Ni se hartó con esto su coraje. Porque, vueltos á la ciudad con los otros hermanos y el grueso de sus familias, esparricieron el asolamiento y exterminio; entraron á saco las viviendas, derribaron las torres, destruyeron los huertos y jardines y llevaron cautivas á todas las mujeres. De aquí, saliendo á las afueras, pusieron el país á sangre y fuego; ni perdonaron á la hermosura de las vegas, ni á la riqueza de los rebaños, ni al lujo de las casas de placer; todo lo incendiaron y perdieron tan furiosamente que, divulgándose la fama y el rumor de tal estrago por los pueblos convecinos, se levantaron á las voces de: ¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los extranjeros, mueran los incendiarios que asuelan el país! —Y veis al patriarca Jacob con todos los suyos en evidente peligro de perderse. Fué menester que precipitase la marcha, que huyese á más correr de aquella tierra, y, si Dios no le amparara, seguro que muere allí, con todos sus hijos y numerosa familia.

¿Habéis oído, padres y madres cristianas? ¡Oh qué tras-

estejo confesión  
dijo;

por afectos;

y espontánea de  
rabar.

Nada, á la fa-  
tal chispa;

el príncipe hizo:  
dote.

el pacto matrimo-  
nial

y la venganza de  
los hermanos de  
Dina.

el enojo disminu-  
do

y descripción del  
primer asalto en

la ciudad de Si-  
quem.

por hipotípica é  
incremento.

Descripción del  
segundo asalto.

del incendio ge-  
neral.

Desolación, ó la  
fuga.

por reflexión y  
silencio estatis-  
mada.

torno! ¡qué confusión! ¡qué sobresaltos y riesgos de la vida! Y todo ¿por qué? Por la sobrada indulgencia de un padre blando con una hija antojadiza y veleidosa. ¡Cuántas noches de ansiedad y amarga pesadumbre no le costó aquella condescendencia! ¿No fuera mejor dar á su amada hija un breve y pasajero disgusto y dejarla llorar é importunar un poco, que no recibir después otro disgusto tan pesado y sin remedio?

Enlucen y Pe-  
nosación por  
alcanzo de tener  
y de vergüenza:

## VII

Hermanos muy amados, estos lamentables sucesos, registrados están en las Escrituras divinas para nuestro provecho y enseñanza; y no por otra razón los he traído, sino para que, como buenos cristianos, apreciéis el aviso de Dios y escarmentéis en cabeza ajena. Sí, católicos, es verdaderísimo, es infalible el dicho de Salomón en los Proverbios, ó, por mejor decir, del mismo Espíritu Santo: *Puer, qui dimittitur voluntati suae, confundit matrem suam*<sup>1</sup>. El hijo ó hija abandonado á sus antojos, es vergüenza de su madre. Los padres son los primeros en probar los amargos frutos de esa educación floja y desmazalada, y de la libertad con que crían á sus hijos (objeto que me propuse en esta segunda parte); y así, con mejor acuerdo, comencé á dirigir sus pasos desde la niñez, enfrenad sus ímpetus, contradicid y mortificad sus veleidades, acostumbraos á decirles *no*, sin dejaros ablandar por ningún respeto ni enteneros con caricias, cuando os piden que alojéis la mano y deis rienda suelta á sus quererres; porque el niño mimado, como dijo el Eclesiástico, saldrá de condición aviesa y revessada: *Filius remissus evadet praeceps*<sup>2</sup>. Y ¿no es, cierto, gran vergüenza que tan pronto se enseñoreen de vuestra voluntad, y que por sólo no ver en sus mejillas una mentirosa lagrimilla condescendáis con sus devaneos y paséis en que vayan á comedias, aunque muy torpes; á mesas y convites, aunque muy libres; á saraos y reuniones, aunque harto desenvueltas y peligrosas? Quiero que améis á vues-

de tener por

autoridad bíblica

paralucada:

de vergüenza.

<sup>1</sup> Prov., xxix, 15.—<sup>2</sup> Ecci., xxx, 8.

tros hijos; sí, amadlos entrañablemente, que éste es vuestro oficio y Dios os lo manda; pero amadlos con amor provechoso, no con cariño falso y perjudicial.

¡Oh qué bien y cordialísimamente amaba á su querido hijo, el rey Luis, la reina Doña Blanca de Castilla! Y sin embargo de tan ardiente amor:—¡Ah, mi señor é hijo de mis entrañas, le repetía cada día, antes quisiera verte muerto en mis brazos que con un solo pecado mortal! ¿Por qué no los habéis de amar vosotros con este cariño robusto y varonil, comoquiera que os dan ejemplo otras muchas madres y señoras particulares, pero de ánimos generosos y sentimientos levantados de la majestad real? Así sentía y así hablaba, ni tenía otras razones en su boca, la bienaventurada Humiliana, por sobrenombre Cerqui, de Florencia, esclarecida en sangre y en santidad de vida, la cual, en viendo á sus hijos en el trance de la partida, les decía:—Hijos míos, no sé ni puedo llorar vuestra felicísima suerte; idos, idos al cielo; mil veces quiero más que llevéis al paraíso la estola limpia de vuestra inocencia, que no que viváis en este mundo con riesgo de mancillarla.—¡Tanta es la fuerza de la gracia sobre la naturaleza, aun en corazón de mujer y en corazón de madre!

Figúraseme, amados hermanos míos, que habré abusado de vuestra benevolencia con mi largo razonamiento. Perdonadme y concluyo. Sólo deseo que asentéis en vuestro pecho esta vivísima persuasión, á saber, que de vosotros depende comúnmente la salvación de vuestros hijos, más que la del bajel ó navecilla, combatida de las bravas tempestades, del piloto que la gobierna. Y así no temo asegurar, y me afirmo en ello, que vuestros hijos serán tales cuales vosotros queréis. Si viciosos, viciosos; si santos, santos; y no es temeridad ó encarecimiento lo que digo. Sofía, madre del esclarecido San Clemente de Ancira, deseó que su hijo fuese mártir de Jesucristo, y con este intento, y de aficionarle á tan gloriosa muerte, le contaba desde niño las victorias de los mártires más ilustres, hasta que, finalmente, lo consiguió. Moabilia, madre del gran San Edmundo Cantuariense, deseó que su hijo guardase perpetua virginidad, y así, desde pequeñito, le enamoraba de tan celestial vir-

Anticipación.—  
Pues ¿no podrá  
ocurrir á mis hijos!

Resp. Si, mas  
para el bien. De-  
chados de esto  
amor.

Doña Blanca:

(opcación y dialo-  
gismo).

Santa Humiliana.

Conclusión epí-  
táfica.

CONFIRMACIÓN  
Final. Vuestros hi-  
jos serán lo que  
vosotros queráis.

por indicación de  
madres de hijos  
santos.

Sofía y San Cle-  
mente.

la madre de San  
Edmundo.

tud, animándole sin cesar á que maltratase su tierno cuerpecito, y por este camino fácilmente lo alcanzó del cielo. Deseó vivamente la madre de San Bernardo, Aleta, que todos sus hijos varones se consagrasen al servicio de Dios en la sagrada religión, y con esta mira criábalos desde la infancia, no con manjares delicados y propios de nobles caballeros, cuales eran, sino groseros y de religiosos ó ermitaños, cuales ella pedía al Señor que fuesen, y sucedióle el intento. Con el mismo espíritu deseó la reina Valfrida ver santa á su pequeña Edita, y Edita fué santa; deseólo el padre de Hugo, monje, y Hugo fué santo; deseólo la madre del obispo Suiberto, y Suiberto fué santo; deseólo la madre del abad Aicardo, y Aicardo fué santo; deseólo la madre de Lutgarda, virgen, y Lutgarda fué santa; en conclusión, por la poca lectura que tengo de las historias sagradas y vidas de varones señalados, puedo afirmar con toda verdad que casi todos los padres que de veras desearon ver á sus hijos, no sólo buenos, pero santos, y á este fin en derezaron su crianza y educación, casi todos lograron sus deseos.

la de San Bernar-  
do.

la de Santa Edi-  
ta.

Hugo,  
Suiberto,

Lutgarda:

conclusión.

Exortación por  
testimonio bíblico

¿Por qué, pues, no procuráis lo mismo, padres y madres cristianas? ¿qué os detiene? ¿qué os estorba? ¿quién os embaraza que no hagáis también lo que ellos y ellas hicieron á gloria del Señor? Enseña á tu hijo, críalo en el temor de Dios, os diré con el Sabio, y no desesperes de tu empresa: *Erudi filium tuum, ne desperes*.<sup>1</sup> Ea, padres cristianos; ea, señoras y madres cristianas, por amor y reverencia de Jesucristo ruegos que lo probéis, y por ventura os otorgará el Señor tan buena suerte. ¡Oh qué dicha la vuestra ser padre, ser madre de un santo! ¿No envidiáis á la gran madre de los Macabeos sus renombrados hijos, á Ana su Samuel, á Helcias su castísima Susana? Pues todos éstos se los hicieron santos, con la ayuda de Dios, que nunca falta. Hacedlo así, que de seguro, tras algunos años, os envidiarán también á vosotros y bendecirán vuestro nombre con perpetuas alabanzas.

<sup>1</sup> Prov. xv. 18.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO VEINTICINCO

Pertenece al **género deliberativo**, porque quiere demostrar una verdad **práctica** y mover á ella eficazmente. El **estado es de cualidad**, pues no trata de si existe ó no la obligación de criar bien á los hijos, que sería una vulgaridad y ofendería con ello á sus oyentes, sino de **cuán grave** sea esta obligación. La **proposición es sencilla**, á saber: que el deber de educar á los hijos es gravísimo. El **fin** de todo el razonamiento, que en adelante los críen mejor, como cumple á padres cristianos.

Para lo cual se vale de **argumentos** que prueban y de **afectos** que mueven. Aquéllos se sacan de las fuentes generales de la persuasión en el género deliberativo, que son la **importancia**, la **necesidad**, la **facilidad**, los **daños**, los **provechos**. Los afectos que excita se reducen al **amor sincero** de los hijos, al **temor**, á la **vergüenza**, á la **emulación**. Pero ¡con qué maestría levanta estos sentimientos, con qué ímpetu los atiza, cuán diestramente los encamina á la obra!

La mayor dificultad del orador consiste por ventura en saberse aprovechar de las disposiciones de su auditorio, no contrariándolas, sino dirigiéndolas. Ayudábele á **SENTIR** maravillosamente el **amor natural** que los padres tienen á sus hijos; desayudábele el **desorden** de este amor, que nace de querer para los hijos más la vida y prosperidad temporal que la vida del alma y la salvación eterna. Dos amores, uno carnal y otro espiritual, que luchan en el corazón del padre, y la victoria siempre es del más fuerte. ¿Qué le cumple al orador en este combate? Amortiguar por un cabo el amor carnal, y atizar y robustecer por otro el celestial. Para lo primero, no hay rocío que así apague el fuego, como la viva consideración de los castigos y daños extingue el hervor del corazón; y he aquí por qué trae tantos ejemplos desastrosos y amenazas de Dios contra los malos padres. Para lo segundo, de fortalecer el amor espiritual, sirve todo lo demás; y el mismo cerrarles el camino á la afición desordenada es abrirselo al verdadero amor, que, libre de estas trabas y te-

rrenas miras, bulle naturalmente en el corazón de los padres, y labra su felicidad y la de sus hijos en el tiempo y en la eternidad.

**Exordio.** Hanse comparado los exordios á los vestíbulos ó entradas. Yo los compararía á la semilla. Porque al modo que en ésta se hallan, no formalmente, sino en virtud, el tronco, las ramas, las hojas y el mismo fruto, que van brotando de la simiente con el jugo de la tierra, con el calor del sol, con las influencias del aire, así en el exordio, donde incluyo también la proposición, están encerrados, como en germen, los afectos y razones de todo el discurso; germen que se va desarrollando poco á poco, hasta producir los dulces y regalados frutos de la persuasión oratoria.

Tales son los exordios de SENECA, y ¡ojala lo fuesen los de todos los oradores! Entonces serían **propios**, esto es, se acomodarían al discurso y se trabajarían estrechamente con él, porque no hay cosa más unida á la planta que la semilla de donde nace; ni se podrían ajustar á otros discursos, como ni la simiente puede brotar más que el árbol de aquella especie. Serían **trabajados** con esmero, porque ¿qué cosa más artificiosa y trabajada que la semilla? Serían **modestos**, esto es, sin humo de ostentación ni rastro de soberbia, como la simiente, que, en la exterior apariencia, es, si cabe decirse, humildísima. Serían, finalmente, **cortos**, á la manera de la semilla, que encierra tanta preñez de bienes en un granito muy pequeño, con que tendrían las **cuatro virtudes** que exige la Retórica á estas introducciones.

En el exordio, pues, de este discurso enseña nuestro orador, y mueve, y deleita, y en él se hallan en germen las **razones, los afectos y los ornamentos** de todo el sermón. **Enseña** contando la historia del ciego del Evangelio. **Mueve** con la aplicación de ella á sus oyentes, despertando varios afectos, como: «¡Oh excusa baladí! ¡oh desatinada respuesta! Porque ¿qué es ser padres y cuál su obligación?... y aquellos: «Mas ¡cuán pocos conocen ésta su gravísima obligación, y cuántos menos la cumplen perfectamente!» **Deleita** con tanta variedad y con los símiles de los árboles infructuosos, pero de provecho y hermosura, y de los venenosos y dañinos. Y esto es hacer á su auditorio **atento, dócil y benévolo**, que son los **tres oficios** del buen exordio. Veamos cómo se desarrollan estos gérmenes.

**Confirmación. Cómo se desenvuelve la convicción y la enseñanza.** Para ello va á demostrar la **gravedad** de esta obligación con un orden y solidez admirables. Porque,

primeramente, considera esta obligación **en sí misma**, y luego en sus **accidentes**. En sí misma es la más grave, por silogismo oratorio.

*Muchos otros tendrán que dar cuenta á Dios del alma de vuestros hijos.*

*Pero los más obligados sois vosotros, con grandísima ventaja.*

*Luego vuestra obligación es gravísima.*

*Probación de la menor por entimema.*

*Los demás tienen una obligación política, vosotros natural.*

*Luego es gravísima vuestra obligación.*

El antecedente en que estriba el nervio de la argumentación está magistralmente demostrado con la teoría de Santo Tomás, que nace de este axioma. «A la causa toca derechamente perfeccionar su efecto, en cuanto sus fuerzas alcancen». Luego al padre incumbe la crianza de sus hijos. ¡Con qué progresión se declara este antecedente para bajar al hombre! Pondera esta ley providencial:

a) En los seres inanimados que nacen ya perfectos.

b) En los vivientes, no sensitivos, que han menester substancia hasta llegar á sazón.

c) En los animales que nacen muy imperfectos.

d) En el hombre, que por una parte nace más desprovisto y desarmado, y por otra con mayor capacidad y perfectibilidad. (§ II.)

Muy bien concluye, pues: «Si la obligación de los padres respecto de la crianza de sus hijos no es ley positiva, sino natural; no escrita, sino impresa en nuestros pechos; no humana, sino divina, ¿quién no ve que os fuerza más rigurosamente á vosotros que á los príncipes y prelados...?»

Hasta aquí la gravedad de esta obligación en sí misma considerada. Resta ponderarla por sus **accidentes**, que son tres.

a) A vosotros os es **más fácil** educarlos que no á las personas extrañas; ya porque á los hijos les es propio y natural amar y reverenciar á sus padres, ya porque en todo penden de vuestra providencia.

b) Los tenéis en la **mejor sazón** de la vida, y nunca estarán tan bien dispuestos para recibir la forma que quisierais.

c) Siguese de lo dicho, que **en vano** trabajarán los demás si vosotros os descuidáis. (§ III.)

**Cómo se desarrolla la moción de los afectos.** Insinuados en el exordio, sembrados acá y acullá en los dos argumentos anteriores, se desenvuelven desde el párrafo IV con una maestría incomparable. Para ello pondera la **gravedad de los abusos**, consiguiente á la gravedad de la obligación, pasando así de la teórica á la práctica, del entendimiento al

corazón, en el cual despierta principalmente dos afectos: la **vergüenza** y el **temor**, con este orden tan patético.

**Introducción.** Lo es, y muy viva, el comienzo del párrafo IV. «¿Qué decis? ¿hacéislo así, padres de familia?... ¡Ay dolor, que en todo, por ventura, pensáis, menos en esto... A esto tendréis que satisfacer en aquel espantable juicio y figurósimo tribunal!» A lo cual sigue la ampliación para despertar la

**Vergüenza.** a) Vergüenza, porque descuidáis la crianza de vuestros hijos, por no gastar en ella una poquedad, mientras derrocháis en otras cosas.

b) Vergüenza, porque los fiáis á gente viciosa ó inexacta, no fiando vuestros caballos ni el cuidado de la hacienda sino á criados fieles.

c) Vergüenza, porque es un desatino ocuparse tanto en la hacienda, que ha de servir á los hijos, y descuidar los hijos, á cuyo bien la hacienda ha de servir.

d) Vergüenza, porque, si lo fuera dejarlos desnudos y hambrientos, ¡cuánto más no atender á su parte más noble y divina, que es el alma! (§ IV).

e) Vergüenza, sobre todo, porque, no contentos con descuidar la salvación de vuestros hijos, procuráis á todo trance su ruina y eterna condenación.

Aquí triunfa la elocuencia. Más ¡cuánto ha trabajado el orador para traer á sus oyentes á un paso tan sublime! Como el leño verde, antes que prenda el fuego, es menester que se disponga con ciertas cualidades y que pierda la humedad y demás contrarios á la forma ignea, así el corazón de los oyentes ha de prepararse poco á poco; y es contra toda elocuencia querer introducirse en él de golpe y como por asalto. La preparación á los grandes afectos es de dos clases: una remota y otra próxima. Aquí, por ejemplo, la **remota** comienza con el párrafo IV, donde se excitan otros muchos sentimientos, más sencillos de entender y más fáciles de mover. La **próxima** es todo el encabezamiento de este párrafo V, donde rebosa la pasión: «¡Y aun plugiera á Dios que éste fuese vuestro único pecado, no procurar la salvación de vuestros hijos! ¿Hay acaso otro mayor? Si, cristianos, incomparablemente mayor y verdaderamente diabólico. ¿Cuál es? El procurar su ruina y perdición eterna.—¿Es posible?... Y así dispuestos los oyentes, los confunde con la demostración de esta verdad, terribilísima á un pecho de padre, á un corazón de madre, con que los va preparando al otro sentimiento **más activo**, que es el

**Temor.** Anda tan junto y trabado con el anterior, que parecen uno solo. Pero ¿quién no advierte que desde la historia de los hijos de Heli, en el párrafo V, hasta casi la termi-

nación del discurso, todo son castigos ó amenazas de castigos? Y ¿á qué fin este aparato sino con el de **atemorizar** á los incautos padres, haciéndoles ver que, en lugar de la felicidad, labran la desventura temporal y eterna de sus hijos y la suya propia? Mas véase con qué orden y artificio.

Lo **primero**, los conmueve contándoles la muerte de los hijos de Heli y la indignación de Dios, porque su padre no los reprendía. Lo **segundo**, los espanta más, arguyendo contra ellos *a mirari ad majus*. Lo **tercero**, atemorizalos y confúndelos con aquel apóstrofe: «¡Corruptores de la juventud! ¡envenenadores de las almas inocentes! sabed que Dios os aborrece y abomina», que pone en boca de los oyentes hablando al que osare pervertir á un extraño. Lo **cuarto**, crece el temor con la funesta y arrebatada muerte de los cuarenta y dos muchachos mal criados. Lo **quinto**, con la narración de Dina se despierta el temor de disgustos gravísimos para los mismos padres. Pero ¡qué cuidado tiene de saborear estas amarguras con el deleite y el agrado!

**Cómo se perfecciona el deleite oratorio.** Cuanto más crudas y punzantes son las cosas que se dicen, más cuidado debe ponerse en la expresión, huyendo de dos extremos viciosísimos. El uno, de los que **callan la verdad** ó le disminuyen su fuerza, y éstos son desleales á Cristo y traidores á su ministerio: el otro, de los que la dicen tan **sin tiempo** y con **tan mala gracia**, que dejan á sus oyentes amargados, pero no corregidos, y los tales son reos de lesa retórica, y aún más de lesa elocuencia, la cual se define: *Diserte et copiose loquens sapientia, quae in prudentium animos cum suavitate illabitur.*

Ambos extremos evita nuestro orador; el primero, **exponiendo** toda la verdad con toda la hiel de las divinas amenazas; el segundo, **callando** lo que podría perjudicarle y **evitando** la malsonancia de algunos términos propios, y sobre esto, **vistiendo** á la misma verdad con el gracioso ropaje de las figuras, que hacen el estilo animado y pintoresco. ¿Por qué, si no, ya en la proposición, expresa únicamente uno de los miembros, «la gravedad de esta obligación», y calla las demás? ¿Por qué en las reprensiones de mayor aspereza se vale de las mismas palabras de San Juan Crisóstomo? ¿Por qué supone, y así lo repite á menudo, que no hay padres en su auditorio, reos de tamaño crimen? ¿Por qué, cuando más se queja de los padres, muestra más cariño y estima de sus hijos? ¿Por qué aquella exclamación: «Corruptores de la juventud...», una de las más enérgicas, no la dice el orador, sino que la hace proferir á sus mismos oyentes? ¿Qué son tantas descripciones, narraciones y figuras, sino un entretener al enfermo para clavarle

luego la lanceta? Y todo el párrafo VII hasta el remate del discurso, donde exhorta á las madres á que amen á sus hijos, ¿qué es sino avivar la llama del amor más puro y deleitoso que hay sobre la tierra?

Así los gémenes, que sembró en el exordio, de la **convicción**, de la **moción** de efectos y del **deleite** oratorio, han ido creciendo en la confirmación hasta hacerse un árbol perfectísimo, cuyo fruto sazonado es la **buena crianza de los hijos**.



## DISCURSO VEINTISÉIS

### HORROR Á LA MUERTE

*Eccæ definitiva efferebatur, filius unicus  
mátris suae.*

He aquí que llevaban á enterrar á un  
marcebo difunto, hijo único de su madre.  
(Luc., vii, 12.)

#### EXORDIO

ENTRE los afectos que, apoderados del corazón, hacen al hombre más supersticioso, más inepto, más pusilánime en el obrar, y, por decirlo así, más ridículo y extravagante, es sin duda el temor demasiado de la muerte. Veréis algunos que, señoreados de este temor, por nada de este mundo acudirán al santo templo en días y sermones donde se trate de la muerte, más que predicara un Crisóstomo ó un San Agustín, cuánto menos uno tan insuficiente y miserable como yo. Conjeturad de aquí si tendrán los tales en su casa imagen ninguna ó figura de la muerte, ni cosa que refresque su memoria, ó si hablarán de ella platicando familiar y devotamente con sus amigos. Temerían luego el mal agüero de Filipo de Macedonia, el cual, como dijese la noche antes que la muerte más dichosa era la repentina, á la mañana siguiente acabó sus días, logrando muy cumplidamente sus deseos y elección. ¿Hablarles de testamento? Pareceríales que, manifestada su última voluntad, no tenían más que hacer, y así como desaprovechados é inútiles, ó como desocupados y por de más en este mundo, les era forzoso despedirse de él á toda prisa. ¿Qué

*En vísperis ó vís  
causae. Parte 1.<sup>a</sup>  
Conclúase la dis-  
cursión!*

*que hay también  
extrema de este  
temor como de la  
muerte;*

®  
*declárase por los  
electos y señores,*

*enumeración,*

luego la lanceta? Y todo el párrafo VII hasta el remate del discurso, donde exhorta á las madres á que amen á sus hijos, ¿qué es sino avivar la llama del amor más puro y deleitoso que hay sobre la tierra?

Así los gémenes, que sembró en el exordio, de la **convicción**, de la **moción** de efectos y del **deleite** oratorio, han ido creciendo en la confirmación hasta hacerse un árbol perfectísimo, cuyo fruto sazonado es la **buena crianza de los hijos**.



## DISCURSO VEINTISÉIS

### HORROR Á LA MUERTE

*Eccæ definitiva efferebatur, filium unicum  
matris suae.*

He aquí que llevaban á enterrar á un  
marcebo difunto, hijo único de su madre.  
{Luc., vii, 12.}

#### EXORDIO

ENTRE los afectos que, apoderados del corazón, hacen al hombre más supersticioso, más inepto, más pusilánime en el obrar, y, por decirlo así, más ridículo y extravagante, es sin duda el temor demasiado de la muerte. Veréis algunos que, señoreados de este temor, por nada de este mundo acudirán al santo templo en días y sermones donde se trate de la muerte, más que predicara un Crisóstomo ó un San Agustín, cuánto menos uno tan insuficiente y miserable como yo. Conjeturad de aquí si tendrán los tales en su casa imagen ninguna ó figura de la muerte, ni cosa que refresque su memoria, ó si hablarán de ella platicando familiar y devotamente con sus amigos. Temerían luego el mal agüero de Filipo de Macedonia, el cual, como dijese la noche antes que la muerte más dichosa era la repentina, á la mañana siguiente acabó sus días, logrando muy cumplidamente sus deseos y elección. ¿Hablarles de testamento? Pareceríales que, manifestada su última voluntad, no tenían más que hacer, y así como desaprovechados é inútiles, ó como desocupados y por de más en este mundo, les era forzoso despedirse de él á toda prisa. ¿Qué

*En vísperis et  
causae. Parte 1.  
Conclúase la dis-  
cusión.*

*que hay también  
extrema de este  
temor como de la  
muerte.*

®  
*declárase por los  
electos y señores.*

*enumeración.*

diré de la ceguedad y superstición de algunos hombres que tienen, como los gentiles, sus días aciagos ó nefastos, en los cuales nadie los convencerá que emprendan una larga jornada, ni á trueque de conquistar un reino? ¡Qué mesas ni convites! Si por desgracia ven el número de asientos trazados en su fatal creencia y desvariada fantasía, no probarán bocado, mas que se mueran de hambre. ¡Pobres astrólogos, cuánto os cuesta vuestra vana ciencia!—En semejantes locuras, y otras muchas, dan los miserables hombres dominados del temor desmedido de la muerte.

Mas todavía, os confieso, mis amados hermanos, que si esto acabiese tan solamente á impíos, á hombres sin conciencia, á pecadores desalmados, no me maravillara mucho. Razón tienen los infelices de horrorizarse y temblar al pensamiento de aquel punto terrible, puerta y entrada para ellos de los infiernos perdurables. Pero que suceda á personas por otra parte piadosas, y de arregladas costumbres y de conciencia no rasgada, sino temerosa de Dios y aun escrupulosa y delicada; esto, en verdad, me sorprende y maravilla. ¿Parécenos, hermanos míos muy amados, tan horroroso el morir? *Usque adeone mori miserum est*, que á la vista de un mancebo difunto, que llevan á la sepultura, hayáis de huir y volverme las espaldas? No, piadosos oyentes, deteneos: que Dios nuestro Señor me ha inspirado una idea nobilísima, y no desconfío de llevarla á cabo con el favor de su gracia y vuestra singular benevolencia; es á saber: ahuyentar, al menos en parte, y desterrar de los ánimos este horror á la muerte, comoquiera que es lo que más impide aparejaros á ella con verdadera y cristiana santidad.

Vemos que los niños se espantan á la vista de una fea máscara, y pierden el tino, y corren llorando á esconderse en el regazo de sus madres. Y ¿cómo los sosegamos? Ponémosles en la mano el tan temido fantasma. Y de ahí á poco, no sólo no la temen, pero juegan y se entretienen y hablan con ella muy regocijados, y lloran si intentáis arrancársela por fuerza. Esto mismo, amados oyentes, quiero hacer, con vuestra licencia, en este día. Quiero hacer tocar con vuestras manos ese fantasma de la muerte, y con esto que os

epifonema,

Parte 1.ª Grandeza de la lección, por averdad y conversión:

sentido de los aforos y arguméntos:

propos. y fin de todo el razonamiento, la figura de la doctrina maximada:

Parte 2.ª Evacuación de la atención, por similitud del niño y la máscara.

certifiquéis por vuestros ojos si hay razón de temerla tanto, ó más bien de recibirla con los brazos abiertos, cuando sea Dios servido de enviárosla, ya que no tengáis pecho para desealarla ardientemente. Sólo una cosa supongo, según arriba insinué: que hablo á un auditorio pío, ó no completamente descuidado en el negocio de su salvación. Escuchad, por tanto, y comencemos desde luego á recorrer las poderosas razones que, no sin fatiga, á manera de solícita abeja, he podido recoger, para vuestro provecho y mío, en los verjeles amenisimos de la Escritura divina y libros de los santos.

por la grandeza y dificultad de su propósito,

por la diligencia del orador.

## PRIMERA PARTE

## II

¿Quién de vosotros, mis amados hermanos, viajando por ventura en el invierno, no se ha encontrado alguna vez con un camino áspero, quebrado, estrecho y pedregoso? Si veis por allí algún pastor ó campesino apacentando su ganado, ó componiendo el valladar, al punto le preguntáis: Buen hombre, ¿hay otro camino para tal pueblo ó ciudad?—Si os dice que sí, y mucho más llano y seguro, ¿cómo os enojáis con vuestro guía, que os lleva por tales sendas y vericuetos? Mas si entendéis que es el único, el ordinario, el forzoso para todos los viajeros y caminantes, os encogéis de hombros y seguís vuestro camino, aunque escarpado y molesto, con mayor paciencia, si no con más alegría. ¿Qué infiero de aquí? Que si muriendo tuviésemos que andar por sendas no trilladas, nuevas, solitarias, sin huella de hombre, no me pareciera extraño que nos quejásemos de quien por tales descaminos nos llevase; mas si es la vía común y el único sendero por donde pasan todos los mortales, pecho, hermanos míos, gran aliento, y no desmayar ni congojarnos de caminar por él también nosotros, pues entramos en la vía por do entra todo el mundo: *Ingrédior viam universae terrae* <sup>1</sup>.

Arg. 1.ª A. natural. Es fuerza morir: luego no habéis de temer la muerte.

Procha la coherencia por similitud de parábola:

la única senda

(diálogo)

aplicación,

conclusión de aliento.

<sup>1</sup> 3 Reg., II, 2.

f) Por ejemplo bíblicos.

explicación y

autoridad del Idiota:

confirmar por consecuencia a mujeres.

análisis y semejanza del árbol al provecho.

Arg. 2.º De los accid. de esta vida.

Transición por anticipación: ¡por morir tan presto!

Resp. 2) por sentimiento bíblico.

f) directamente, por ejemplo de los israelitas, en Egipto.

Con esta consideración se alentaba el real Profeta para el duro paso de la muerte; con ésta el capitán Josué, con ésta el santo Job, con ésta se esforzaron todos los justos, quienes no temieron aquel trance, ponderando que lo que no puede excusarse es bien llevarlo con paciencia y alegría, según el dicho del sapientísimo Idiota: *Mortem non timent, considerantes, quia, quidquid necessarium est, hilari animo fieri debet*<sup>1</sup>. Y en realidad de verdad, que es gran presunción tener por cosa intolerable que no nos perdone á nosotros la que no perdonó á Abraham, padre de los creyentes; á José, dechado de castidad; á Salomón, prodigio de sabiduría; á Raquel, portento de hermosura; á Judit, tipo de valor y fortaleza. Estas almas, verdaderamente grandes, que parecía que habían de vivir eternamente para bien del mundo, murieron y pasaron el camino; y nosotros temeremos el pasarlo, y tendremos por dura la ley de la mortalidad, siendo, por ventura, según la bella frase de San Judas, árboles infructuosos: *Arbores infructuosae*<sup>2</sup>, y sirviendo á la tierra más de carga y embarazo que de provecho, más de afrenta que de honor y gloria?

### III

Ni répliquéis, con el necio lenguaje del vulgo, que no tanto os pesa y atemoriza el morir, cuanto el tener que morir tan presto, como vemos á la mayor parte de los hombres; y os parece duro y lamentable no encontrarse ya en el mundo edades como la de Noé, Arfaxat, Nacor, Matusalén y otros varones y patriarcas, que pudieron cada uno celebrar varias fiestas seculares. ¡Oh deseos vanos! ¡oh pensamientos ruines! Sólo resta que prorumpáis, como el antiguo Teofrasto, mencionado por Tulio, en exclamaciones de envidia de las cornejas, cuervos y elefantes, á los cuales concedió naturaleza vida más larga que á los mismos hombres. ¡Qué! ¿Tan grande es la felicidad y bienandanza de este siglo, que tan envidiable os parece vivir tanto?

De los israelitas se lee en las Sagradas Letras que lle-

<sup>1</sup> De morte. —<sup>2</sup> Judae, xii.

vaban en Egipto la más penosa vida que puede comportar un pueblo esclavo. Sospechosos desde su entrada, aborrecibles á los ministros del rey, despreciados de la plebe, veíanse en la dura necesidad de pudrirse, por decirlo así, como ranas asquerosas en los charcos y lodazales. Condenados á levantar enormes y eternas fábricas, quienes estaban destinados á recoger paja para hacer adobes, quienes á cortar madera, unos á conducir arena, otros á encender los hornos, otros á acarrear piedra y cascajo, sin más recompensa de sus fatigas que golpes y malos tratamientos. Apaleados cada hora injustamente, no podían demandar justicia á los jueces, que no recibiesen, en lugar de satisfacción y desagravios, nuevos agravios y baldones. Demás de esto, trabajóse con mil artes para exterminar la raza, y á este depravado fin, y como si el nacer fuese un grave crimen, condenaron á todos los varones recién nacidos á ser ahogados en el Nilo ó en la garganta de los hambrientos cocodrilos. Pregunto, pues, ahora, ¿por qué razón Dios nuestro Señor permitió que el pueblo de Israel, su porción entonces tan amada, tan singularmente privilegiada y escogida, padeciese en Egipto tan miserable servidumbre? Responde agudamente San Crisóstomo. Permittedlo el Señor para que los israelitas no se aficionasen ni se prendasen de Egipto, antes bien lo aborreciesen y detestasen, y así desprendidos y desaficionados de aquella tierra de maldición, estuviesen más dispuestos á salir de ella cuando su Majestad los mandase ir á la tierra prometida: *Ut Aegyptium odissent, permisit eos lateritio opere, et huto, et ruderibus laborare*<sup>1</sup>.

Pues de una industria parecida se vale Dios para despegar nuestros corazones de este mundo y desasirnos de esta vida mortal. Nos hizo trabajosa, áspera, desabrida, congojosa; ya fatigada de horribles enfermedades, ya desasosegada con inconsolables pesadumbres, siempre combatida de mil ondas de extraños contratiempos; y quiso su amorosa providencia que, al compás de los años, creciesen los achaques, las miserias y desabrimientos, para que, más

Narración compuesta.

2.ª parte. Horrible esclavitud

por distribución

ó focornento.

3.ª parte. Afección de la casa.

caída del Crisóstomo: para que no se aficionasen al país.

4.ª parte. Afección de esta vida.

<sup>1</sup> Hom. 6 ad pop.

disgustados y descarnados, sintamos menos la salida. Levantaos, parece que nos dice Dios por su profeta Miqueas, levantaos é idos de esta tierra, porque no tenéis en ella descanso ni bonanza: *Surgite, et ite, quia non habetis hic requiem* <sup>1</sup>. Y, ciegos de nosotros, jamás acabamos de resolvernos y decir: Ea, vámonos de este mundo engañoso; antes, apenas barruntamos de lejos las señales del mandamiento que nos dice *sal*, túrbamos el pensamiento, hiélanos la sangre en el corazón, languidecen y desmayan los espíritus, y quisiéramos, por más viejos que seamos, la próroga y dilación de algunos años.

Y ¿qué es esto sino hacernos merecedores de aquella aparga queja con que reprende Dios al desventurado Efraim, cuando le llama paloma sin hiel, paloma necia y desaconsejada? *Factus est Ephraim quasi columba seducta non habens cor* <sup>2</sup>. Pero ¿cuál es la necesidad, me diréis vosotros, y en qué consiste esa su falta de cordura? ¿Sabéis en qué? En su ciego amor al palomar ó casa; pues aunque mil veces la molesten, y roben sus pequeñuelos, ó maten sus compañeras, ó hurten sus huevos, no deja la tonta de volver á su mísera vivienda y hacer en ella su nido como antes. Necesidad que sabe imitar el malaventurado hombre. Cada día vemos aquí fallidos nuestros planes, continuamente nos persiguen los poderosos, nos arman traición nuestros rivales, nos arrebatan lo que más queríamos en este mundo, siempre mana sangre nuestro lastimado corazón, y, con todo, este lastimado corazón pégasenos á esta tierra, y tira de continuo á este miserable palomar, y en él queremos hacer acogida, y en él tener nuestro nido, y en él vivir y holgar y regocijarnos, como si no caminásemos á otra morada, tanto más rica y acomodada que este suelo, cuánta ventaja lleva un espléndido palacio á un estrecho nido de palomas.

## IV

Mas, puesto caso que tuviésemos aquí grandes comodidades y regalos, ¿quién sabe si morir antes traerá más

Amplificación á contrario de nuestro apaciguamiento á la tierra.

por diálogo

y sermónes bíblicos, la palabra al hiel y al dulce.

Primer milagro por contraste.

Segundo milagro por similitud.

y repetición.

Arg. 2.<sup>o</sup> A consecuencia. Sus. Si morir más tarde, por ventura nos condenaría. Luego no debéis temer la muerte.

<sup>1</sup> Mich., II, 10. — <sup>2</sup> Os., VII, 11.

cuenta á nuestra alma que morir después? De Pompéyo el Grande aseguran los escritores que, para ser el más feliz y glorioso capitán del mundo, solamente le faltó morir diez años antes. Esta fortuna y anticipado acabamiento faltó á Nerón para ser uno de los principes más clementes; y la misma faltó al emperador Galba, y hubiera sido uno de los más señalados hombres en el gobierno. Por el contrario, ¿cuál fue la mayor fortuna de Alejandro? ¿vencer á Darío? ¿sojuzgar á Poro? ¿dar su ley á los remotos indios? No, sino el morir tan joven. A vivir muchos años más, tiénese por cierto que perdiera el renombrado título de Grande, porque empezaba á moverse contra él el Occidente. A semejanza, pues, de estos capitanes, ¿cuántos reinarian ahora y estarían muy encumbrados en el cielo, á morir un poco antes, y por vivir unos años más están penando en el profundo infierno de los condenados! ¿Por qué temeremos, de consiguiente, la muerte, siquiera sea prematura, cuando puede acarreamos nuestra eterna salvación?

Veo, hermanos míos, que si conjeturáis cercano un turbión ó tempestad, que va á descargar furiosa en vuestras heredades, os apresuráis á segar las mieses, aunque no bien espigadas y amarillas, y á vendimiar la uva, aunque no esté del todo sazónada, y á coger la fruta y sacar las hortalizas y legumbres, por más que no toquen á su completa madurez. ¿Y llevaremos á mal que Dios nuestro Señor use con vuestras almas del cuidado y providencia que tenemos con los frutos de la tierra, por que del todo no se pierdan y malogren? Su alma era agradable en el divino acatamiento (oid la señal cierta que nos da el inspirado autor de la Sabiduría de un justo y amado de Dios); su alma era agradable en el divino acatamiento, su Majestad la veía cercada de mil peligros, y ¿qué hizo en su misericordia? Dióse prisa á sacarla de este mundo, no en castigo de sus culpas, como á los impíos que viven aferrados en sus vicios, sino para su preservación y seguridad: *Placuit ergo Deo anima illius, propter hoc propevit educere illum de medio iniquitatum* <sup>1</sup>.

Tranquila por sucesos.

Antec. a pari, por enumeración contrapuesta.

primer término.

segundo término.

conclusión.

Confirmado por similitud.

(La similitud entre el granizo).

y testimonio divino.

la muerte antes de la culpa.

<sup>1</sup> Sap., IV, 14.

## V

Arg. 4.<sup>a</sup>  
 Constatación  
 del ant. Micasas  
 vivimos, corra-  
 mos riesgo de  
 cometerlos.  
 Luego.

La conste. por  
 fustil de la nave,  
 avaricia.

El ante. por  
 enumeración de  
 los peligros de  
 esta vida.

si pasibus que  
 nos gorreran

por notable de  
 mar de S. Cipria-  
 no.

Ello, cierto, es así; porque, decidme, carísimos oyentes y hermanos míos en Jesucristo, ¿quién de nosotros, mientras navegamos por el tempestuoso golfo de este siglo, no vive en continuo riesgo de pecar, y sumirse, por consiguiente, en el profundo del infierno? Preguntaron una vez á un filósofo por nombre Stesicoro, qué linaje de barcas ó bajeles era el más seguro; si la galera, por ejemplo, si el navío de alto bordo, si la fusta, si la carabela, ó qué clase de embarcación de las que surcan el mar. Mas él agudamente respondió, que el más seguro le parecía el bien anclado en el puerto; dando á entender que entre las olas y vaivenes de las aguas, para ningún género de embarcaciones hay seguridad, sino continuos riesgos de anegarse. Esto pasa con todos los hombres, que mientras cruzamos este revuelto océano, hay peligro de ir á pique y naufragar. Y así, ¿qué seguridad la nuestra que no deseamos y suspiramos día y noche por aquellas playas celestiales, por aquel puerto seguro de la bienaventurada eternidad? ¡Oh qué ondas y tempestades rugen á nuestro alrededor y combaten aquí nuestra frágil navicilla! Peleamos con la ira, con la deshonestidad, con la avaricia (con esta viveza nos representó el glorioso mártir San Cipriano el embate y porfia de las pasiones); peleamos con la carne sucia, con el mundo halagüeño y deslumbrador. Si derribamos y vencemos la avaricia, levántase contra nosotros la liviandad; si refrenamos la liviandad, vérguese la ambición; si hollamos la ambición, enciéndonos la ira, envanécenos el orgullo, tiranos la embriaguez, consúmenos la envidia, y la emulación rompe todo lazo de amistad. Ora nos levanta el favor, ora nos hunde la tristeza, ya la pereza nos entorpece, ya nos arrebatla la codicia <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cum avaritia nobis, cum impudicitia, cum ira, cum ambitione congressio est, cum carnalibus vitis, cum illecebis secularibus. Si avaritia prostrata est, exurgit libido; si libido compressa est, succedit ambitio; si ambitio contempta est, ira exasperat, inflat superbia, violentia invitat, invidia concordiam rumpit, amicitiam zelus abscindit. De mort.

Y por ventura ¿no debemos añadir á tantos contratiempos los acometimientos de los corsarios infernales, que de continuo infestan nuestro mar? Averiguado es que donde leemos en Job que es una milicia la vida del hombre sobre la tierra, según confirma nuestra Vulgata, el texto griego de Jos Setenta dice, con mayor énfasis, que es una correría de naves de piratas: *Piraterion est vita hominis super terram* <sup>1</sup>; para denotar, que puesto caso que escapemos, con el favor de lo alto, de las olas embravecidas, de las sirtes y bajos arenosos, de los vientos desencadenados, de los ocultos escollos y monstruos espantables, resta aún que escapemos de la astucia y violencia de los corsarios.

Ea, pues, mis amados hermanos, pronto al deseado puerto, y, persuadidos que fuera de él no hay seguridad posible, apresuremos la carrera y abramos nuestras velas al viento que hacia allí más rápidamente nos conduce. ¿Por qué ha de pesarnos dejar este miserable cuerpo donde navega nuestra alma? He visto con mis ojos á algunos marineros que, acosados furiosamente por los bergantines argelinos, no cuidaron sino de salvar la vida. Como lograron desembarcar en tierra, poca cuenta tenían de su nave ó falucho, ni miraban más si quedaba presa de los bárbaros, ó lo destruzaban en la orilla, ó lo sumergían en el mar para escarmiento de los cristianos. Quedese, pues, y tome quien quiera nuestro cuerpo, desfigúrelo, despedácelo á su placer; ¿qué nos importa si, cargada de ricacías e impercederas mercancías, llegará el alma á salvamento y tomará puerto en las playas de la gloria?

## VI

¿A salvamento en las playas de la gloria? Entonces si que moriríamos contentos, me decís; pero ¿quién nos promete tanto? ¿quién nos asegura de ello? Lo que nos hace tan temerosa la muerte es el miedo de lo porvenir, es el saber que para muchos la muerte es pasaje de las miserias temporales á las que nunca se acabarán.— Hermanos míos,

<sup>2</sup> demoles que nos acosan,

Por definición.

Conclusión fervorosa,

realizada por comparación del marinerío y el pirata

permítala.

Arg. 5.<sup>a</sup> BARRU-  
 TACIÓN.— Pero  
 ¿quién sabe?

Resp. 1.<sup>a</sup> por  
 morosa que?

<sup>1</sup> Job, vii, 1.

entendi vuestra congoja, pero perdonadme si os digo que habéis interrumpido sin causa mi razonamiento. Porque /no dije desde el principio que no era mi propósito predicar hoy á pecadores impenitentes, encenagados en vicios, encallecidos en el mal, que parece como que se empeñan en condenarse á toda costa? Lejos, lejos de aquí esos malaventurados: nunca pensé dirigirles la palabra. Bien hacen los infelices en temer, y no sólo en temer, pero en temblar y horrorizarse á la memoria de su partida, fin de sus gozes y comienzo de su interminable padecer. Con aquellos hablo, torno á repetir, que tienen algún cuidado de su salvación; con aquellos que, si caen, se levantan, y, si pecan, todavía se duelen y arrepienten. Tales creo á la mayor parte de vosotros; y así digoos, hermanos, que debéis arrojar el áncora de vuestra esperanza para la hora postrimera en aquel Señor piadosísimo, que se precia de ayudador en el tiempo oportuno: *Ajutor in opportunitatibus* <sup>1</sup>. Confiad en aquella sangre preciosísima que por nosotros derramó; á el encomendad muy afectuosamente cada día el último de vuestra muerte, diciéndole con entrañable devoción aquellas palabras: Señor, no me atemorice tu venida; tú eres mi esperanza en el día de la tribulación: *Non sis tu mihi formidini, spes mea tu in die afflictionis* <sup>2</sup>; ó aquellas otras: Librame á mí, Libertador, de las manos de mis perversos enemigos. *Libera me de manu pessimorum* <sup>3</sup>; ó aquellas otras: Rescátame del poder de los robustos: *Redime me de manu fortium* <sup>4</sup>; ó aquellas: Cuando desfalleciere mi fortaleza, no me desampares, Dios mío: *Cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me* <sup>5</sup>.

Maá si todavía deseáis una práctica muy fácil para que la muerte os traslade al paraíso, os lo dire: haced lo mismo que os estoy persuadiendo con tantas razones, aceptadla con resignación, conformándoos con la voluntad de Dios: ¿Quién no leyó en las sagradas Escrituras aquel pasaje del otro profeta, el cual, enviado con gran diligencia al perverso Jeroboán, quebrantó el divino mandamiento de que no se

y rebemente imprecación

contra los rebeldes pecadores.

Resp. 2.<sup>a</sup> por afectos de petición y confianza.

en el poder de la oración.

Resp. 3.<sup>a</sup> Forsetas de heresia resignación.

pruebase por ejemplo bíblico.

<sup>1</sup> Ps. IX, 10. — <sup>2</sup> Jer., XVII, 17. — <sup>3</sup> Jer., XV, 21.

<sup>4</sup> Ibid. — <sup>5</sup> Ps. LXX, 9.

detuviese en el camino, ni recibiese de hombre alivio alguno, ni agasajo, ni hospedaje? Desobediencia que enojó al Señor, y á la vuelta del profeta permitió que le acometiese un bravo león y le quitase la vida. Pero ved otra más extraña maravilla: ese mismo león no sólo no se atrevió á despedazar sus carnes y comérselas, pero estuvo guardando el cadáver de la voracidad de otras fieras, hasta que se le dió honrosa sepultura. Pregúntaos, pues, ahora: ó este profeta era pecador ó era justo. Si justo, ¿cómo le embistió el león? Si pecador, ¿cómo le defendió después de muerto? La respuesta más oportuna encontréla leyendo al bienaventurado San Gregorio, y es, que el profeta, cuando la bestia le salió al encuentro, verdaderamente era pecador; pero luego, aceptando la muerte inevitable en castigo de su pecado, Dios se lo perdonó y vino á morir justo: *Culpabilis in vita fuerat; puniuit inobediencia, erat jam justus ex morte*; y por esta causa, si primero fué asaltado como desobediente y malo, después fué venerado como varón celestial. El león, pues (éstas son sus palabras), que había quitado la vida al pecador, guardó luego el cadáver del justo: *Leo ergo, qui peccatoris vitam necaverat, custodivit postmodum cadaver justí* <sup>1</sup>.

Ni es de maravillar; porque si es acto tan subido de caridad conformarse con el querer divino en cualquiera tribulación, aunque pequeña, ¿cuán acepta no le será nuestra conformidad en la tribulación de las tribulaciones y más repugnante á nuestra naturaleza? Si queréis, pues, que la muerte os sea principio de la vida y de la eterna felicidad, venced vuestro natural, sobreponeos al sentido y aceptadla de buena voluntad cuando Dios sea servido de enviáosla, estando muy ciertos que es el acto más perfecto que podéis hacer en vida. Oíd cómo os lo certifica el glorioso San Agustín: Hay algunos, dice, que no quisieran morir, para aprovecharse en espíritu, siendo así que su aprovechamiento consiste en este querer morir cuando Dios quiera. Por tanto, fijaos bien en las palabras que el santo doctor añade: lo que no quieren para ser perfectos, quíeránlo, y

Primer mímico: la muerte del profeta.

Segundo mímico: las causas de su honrosa sepultura.

tercer resignación al castigo.

Tercer mímico: aplicación y relación a vuestro.

confirmada por autoridad de San Agustín.

<sup>1</sup> 3 Reg., 13: L. 4 Dialog., c. 4.

desde luego serán santos y perfectos <sup>1</sup>. Por manera que el cristiano que desea vivir para alcanzar la perfección muera gustoso y resignado, y sin duda alcanzó la perfección.

## VII

Art. 6.º

A *consequantibus*,  
la *consequantibus* de  
nuestra *predicatio-*  
*nem*.

La muerte no  
asegura que se  
ma *gratos* a  
Dios. Luego es  
desable.

Consejo por se-  
guir *in* espe-  
jo y la mujer  
mundana.

3.º parte.

por elegante hi-  
poisiva.

2.º parte.

Aplicación: En-  
sias y *conspicua* de  
los justos por  
agradar á Dios:

Y ¿faltan acaso otras razones que nos endulcen la amargura de este trago, no menos eficaces y consoladoras que las arriba dichas? Quisiera, mis amados oyentes, que volviendo á nuestro camino, consideraseis bien la inestimable consolación del alma justa cuando, rotas las ataduras de la carne por beneficio de la muerte, se certifique con certidumbre infalible que está en gracia y es hermosa á los divinos ojos. ¡Oh qué júbilo! ¡qué paz aquella! ¡qué delicia tan soberano, cual jamás hemos probado en este mundo, como que sobrepuja todo criado entendimiento!

La mujer mundana, codiciosa de parecer bien, ninguna alhaja estima tanto, de ninguna se desposee con mayor dolor, que del espejo. ¿Por qué razón? ¿porque reciba de él alguna mayor hermosura, más gracia, más encanto? No, sino porque se asegura y certifica de ello. Ataviase en hora buena, engalánese, y esté, si queréis, radiante de belleza; mas, si su espejo no se lo dice, no se satisface. A éste quiere por juez de su figura, de éste fia, con éste se aconseja principalmente, sin dar gran autoridad al dicho y parecer de los demás. Por donde viene á ser que, hasta haberse mirado y remirado en el cristal, no descansa, no sosiega, no forma juicio cierto de su persona, si anda aseada ó desaseada, si el cabello, si la frente, si el tocado, si el prendido, si todo el aderezo está en su punto y proporción.

Pues ese cuidado que ponen las mujeres vanas en agradar al mundo, y por este respeto en aderezar lo de fuera, ese y mucho más ponen los justos en agradar á Dios, y á

<sup>1</sup> Sunt aliqui, qui dicunt, ideo se nolle mori, ut proficiant; cum tamen profectus eorum in hoc ipso eintus sit, quod mori vellint. Proinde quod nolunt, ut perfecti sint, vellint, et perfecti sunt. Tom. 4.º quaest. in Math. in fine.

este fin en hermosear y ataviar sus almas con los atavíos de las virtudes. Agradar á Dios, parecer cada día más hermosos á los ojos de su divina Majestad, éste es su más ferviente desco, ésta el ansia y único anhelo de su espíritu. Esto sólo quiero, no he menester más, Dios mío, le dicen <sup>repetición</sup>. con las bellísimas palabras de Jacob, sino que parezca bien en tu santo acatamiento: *Hoc uno tantum indigeo, ut inveniam gratiam in conspectu tuo, Domine mi* <sup>1</sup>. En razón de esto, procuran debilitar su carne con ayunos, y palidecer con largas vigiliyas y oraciones, y acardenalár su cuerpo con recias disciplinas, que tales son los aderezos y atavíos con que se hermosean y parecen bien á los divinos ojos.

Mas ¡ay dolor!, que no tienen en este bajo mundo espejo ninguno resplandeciente, que los asegure de lo que tanto anhelan. No les faltan, es verdad, voces lisonjeras ó demasiado compasivas que les dicen lo que las criadas á su señora ó ama, que ya son santos y hermosos, que no se maltraten y lastimen tanto, que ya no tienen fealdad ni mancilla de culpa; que todas sus acciones son santas y buenas, todas sus miradas honestísimas, todos sus pasos con certados, todo su comportamiento ajustado á la ley de Dios y muy edificante: los cuitados no se aquietan ni tranquilizan con los humanos testimonios, antes recíanse continuamente no diga por ellos Isaías: Pueblo mío, los que te llaman bienaventurado, éstos son los que te engañan: *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt* <sup>2</sup>. De aquí nace el recatarse con el santo Job, y tener por sospechosas todas sus obras grandes y pequeñas: *Verebar omnia opera mea* <sup>3</sup>. De aquí el temer con el Profeta Rey de los pensamientos y complacencias más ocultas: *Ab occultis meis munda me* <sup>4</sup>. De aquí el exclamar congojosamente con San Pablo: Aunque mi conciencia de nada me remuerde, no me tengo por seguro y justificado: *Nihil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum* <sup>5</sup>. Pues ¡qué alegría tan entrañable sentirá el alma justa, cuando la muerte le ponga ante los ojos aquel limpiísimo espejo del juicio divino y particu-

autoridad,

enumeración,

diálogo: *ráci-*  
*to*.voz de del amor  
pueblo.voz de la con-  
ciencia.3.º parte. Su je-  
lillo en el juicio  
de Dios, infalible  
y eterno.

<sup>1</sup> Gen., xxxiii, 15.—<sup>2</sup> Is., iii, 12.—<sup>3</sup> Job, ix, 28.

<sup>4</sup> Ps. xviii, 13.—<sup>5</sup> 1.º Cor., iv, 4.

lar de cada hombre, en el cual remirándose podrá exclamar: Limpia estoy, hermosa parezco á los ojos de mi Dios! ¡Oh éxtasis! ¡oh arrobamientos! ¡oh deliquios de amor! ¡oh dulcedumbre inefable! ¡saber de cierto que Dios me ama que Dios me escoge, que Dios me ha salvado y me da asiento incommovible en la mesa de su gloria!

per exclamación.

Arg. 3.<sup>a</sup>  
A conseruar:  
Paz, y posición  
de la verdad.

Per la muerte  
conoceremo  
todas las criaturas:  
luego no hay que  
temerla.

Transición por  
deñeñita de la  
muerte.

Antec. Por an-  
álisis de la lego-  
rancia en que vi-  
vimos

(presuposya)

conseruarla

interrogación

## VIII

Harto sé que todas las demás verdades con que serán alumbrados y enriquecidos sus entendimientos, las tendrán por de poca estima, cotejadas con ésta de su eterna predestinación. Más todavía, quisiera que consideraseis además el deleite del alma cuando, roto el velo y como deshechas las cataratas de sus mortales ojos, se le descubran en un punto cosas tan maravillosas, tan estupeadas y varias, que jamás acertó siquiera á imaginar. Oigo decir que la muerte es un sueño; mas en hecho de verdad no es un sueño, sino un despertar dulcísimo, un conocer clarísimamente que hasta aquella hora habíamos dormido. Será llevado á la sepultura, así dice del hombre el sapientísimo Job, y en el amontonamiento de los muertos velará: *Ad sepulchrum duetur, et in congerie mortuorum vigilabit* <sup>1</sup>. ¡Oh tierra! ¡oh cielo! ¡oh mundo universo, que tan poco sepamos de las maravillas que encerráis, mientras vivimos en esta peregrinación!

Alcemos los ojos á las estrellas: ¿quién acertará á decirnos de qué materia son esas antorchas brillantísimas? ¿quién su grandeza? ¿quién su muchedumbre y variedad? ¿quién sus influencias? ¿quién sus concertados movimientos? Y los cielos ¿cuántos son? ¿cuántos los sistemas planetarios? ¿qué órbitas trazan? ¿hasta dónde se extiende la maravillosa máquina del mundo? ¿Quién dora el sol? ¿quién platea la luna? ¿quién turba y alborota los vientos? ¿quién los desata y vuelve á atar? ¿quién los embravece y amansa con tanto imperio? Las nubes, que están como suspendidas en el aire, ¿quién las dirige y encamina para provecho ó

<sup>1</sup> Job, XXI, 32.

castigo de los vivientes? ¿Qué sabemos de la formación de la nieve ó del granizo, de las leyes que rigen en las tempestades y borrascas y demás fenómenos del cielo, sino conjeturas, sistemas, probabilidades más ó menos envueltas en el fastuoso manto de la ciencia? Y ¿qué diré de tantos milagros de la naturaleza, de los manantiales que brotan en las cumbres más elevadas, del mar encadenado con débil arenilla, de los metales formados en las entrañas de los montes, de los volcanes, de los cuerpos simples y compuestos, de las plantas, de las fieras, del hombre, del demonio, de los ángeles, inteligencias remotísimas y espíritus inaccesibles?

respeto de las  
cosas naturales.

Algo sabemos, es verdad, y alguna partecilla rastreamos del artificio de esta fábrica, conforme á aquello del Apóstol: *Ex parte cognoscimus* <sup>1</sup>; pero veis aquí la raíz de nuestra pena, rastrear algo, conocer en parte. Si nada supiésemos, fuera menos sensible nuestro mal; pero saber solamente lo que basta para avivar el deseo, no para hartarlo, es cierto gran tormento. ¿Quién dirá, pues, el regocijo que experimentará nuestro espíritu cuando, desatados de la cárcel y tinieblas de este cuerpo, abramos los ojos y contemplemos la primorosa hechura del mundo, abarcando de una vista la inmensa creación? ¿Qué sentiremos al vernos instantáneamente sapientísimos, doctísimos, conocedores sobre cuantos han asombrado á las gentes con la profundidad de su doctrina? ¿Qué decis? ¿qué pensáis, mis amados oyentes? ¿Os parece si es tan espantosa la muerte que nos abre la puerta á tanto bien?

la claridad y  
lumbre venidera.

Consecuencias  
del juicio.

realizada por cons-  
trucción á miseri

De un filósofo llamado Cayo Junio cuenta Séneca que, siendo condenado á muerte, se alegró en extremo, porque dentro de poco averiguaría la verdad de aquel punto tan controvertido en las escuelas paganas, de la inmortalidad del alma. Filetas murió de pura pesadumbre de no saber desenredar un sofisma que le propusieron; y de Aristóteles es fama que, no acertando á explicar la naturaleza del mar Euripo, se arrojó desesperadamente en sus furiosas ondas, diciendo: Ya que Aristóteles no abarca el mar Euripo, el

de Cayo Junio,

de Filetas,

de Aristóteles.

<sup>1</sup> 1 Cor., XIII, 9.

mar Euripo abarque y suma á Aristóteles: *Quoniam Aristoteles non capit Euripum, Euripus capit Aristotelem.* ¡Tanto le congojaba una verdad no sabida, que lo tuvo por más intolerable que la muerte! ¿Cómo, pues, nos parece tan amarga esa misma muerte merced á la cual conoceremos no una, sino innumerables, peregrinas, profundas y luminosísimas verdades!

Conclusión.

Arg. 6.<sup>a</sup>  
A consecuencia  
de la visión  
suavísima, y pro-  
funda.

La muerte con-  
duce á gozar de  
Dios. Luego es  
deseable.

Introducción de  
ira y vergüenza,  
por hipocritas.

por ejemplo de  
Moisés

y corrección de  
San Agustín.

## IX

Más yo no quisiera, hermanos muy amados, que el deseo de tales bienes, al fin terrenos y creados, os moviera principalmente á desembarazaros gustosos de esta carga y penosa mortalidad; quisiera que os arrebatara sobre todo el ansia de ver á Dios. ¡Ah cristianos! ¿quién lo imaginara?

Un Dios en el trono de su gloria nos está esperando para descubrirnos su bienaventurada faz, para recibirnos en la parte de sus contentos, para introducirnos en la posesión de sus tesoros; y nosotros, pudiendo luego alcanzar un bien tamaño, pedimos plazos, buscamos excusas y dilaciones. ¡Oh desconocimiento de los hijos de Adán! ¡oh ignorantísimos hombres! ¡oh bajeza y poquedad!

Ardía Moisés en abrasadas ansias de ver la faz de su Señor; y así, convidándole la ocasión de hablar con su divina Majestad, cobró ánimo, y con vergonzoso atrevimiento y afecto de sus entrañas le pedía: *Ostende mihi faciem tuam*<sup>1</sup>. Muéstrame tu divino rostro. Y sin duda le cumpliera Dios su petición, si el buen anciano, viéndolo despachado de su demanda: *Non videtis me homo et vivet*: No me verá ningún hombre y vivirá; no desmayara ó se entibiara su fervor sin osar otra vez abrir sus labios ni presentar nueva instancia. Suspensio: San Agustín y medio escandalizado de esta tibieza y frialdad del siervo de Dios, no puede contenerse y exclama enamorado: ¿Tanto costaba aceptar la condición y decir resueltamente: Señor, pues, moriré? ¡No me verá ningún hombre y vivirá! Poco es esto; ea, Dios mío, muérame ya para veros á Vos, y véante mis ojos para que luego mue-

<sup>1</sup> Exod., xxxiii, 13.

ra! *Eja Domine, moriar, ut te videam, videam ut hic moriar*<sup>1</sup>. Deprecación de  
deseo vehemén-  
tísimo,  
por prosopeya.

Disponed de mí á toda vuestra voluntad; mas si para veros y gozaros, si para embriagarme en el impetuoso río de vuestros deleites no se me pide más que esta delectable vida, desde ahora la resigno y me contento con morir. ¿Qué me importa privarme de este sol, si verá al resplandeciente sol de justicia y me iluminará la lumbre indefectible? Cer-  
raos, pues, ojos míos, y no miréis la bajeza de la tierra. Adiós, montes; adiós, ríos; adiós, campos y forestas; adiós para siempre, mares procelosos. ¿Qué perderé con perderos á vosotras, menguadas criaturas, si gano al Criador? ¿qué gran cosa no ver más vuestros encantos, si voy á ver al dador de ellos y fuente de hermosura? A Vos sólo quiero, y repetición am-  
brosísima.<sup>2</sup>

por Vos únicamente suspiro, fuera de Vos no quiero cosa criada. Con Vos deseo abrazarme, hacia Vos se me arrebató el corazón, y si el único embarazo para volar libremente á Vos son estos lazos mortales, este cuerpo corruptible, ea, Criador mío y bienaventuranza mía, rompe estos lazos, librame de la pesadumbre de este cuerpo. No pido con el Apóstol que se desaten, *cupio dissolvi*, porque la caridad de Cristo, que me consume el alma, no sufre tanta dilación; que se rompan, pido, estas mortales ataduras, pues ninguna amenaza ni castigo temo tanto como el que me intimáis Vos por el profeta: Tened espera, aguardaréis á verme muchos días: *Dies multos expectabitis me*<sup>3</sup>. — Así clamaba el enamorado San Agustín y desfallecía su espíritu á la memoria de la muerte, porque había en parte comprendido qué significa ver á Dios faz á faz y anegarse en el piélago de su bienaventuranza.

Y ¿qué decimos nosotros?, responded ¡oh cristianos! Compañerías por  
comparación  
de rubric.  
¡Abrazaremos gustosísimos el partido del glorioso Santo? Mas ¿qué digo? Vergüenza da lo que acontece, y aun de sólo recordarlo se me cubre la cara de rubor y confusión. Hubo allá un tal Cernidas que deseaba con impaciencia la muerte, ¿sabéis para qué fin? Para conocer de rostro cuanto antes á tres grandes almas: á Hécatas, entre los historiadores; á Homero, entre los poetas; á Pitágoras, entre

<sup>1</sup> Soliloq., II, 2. — <sup>2</sup> Os., III, 3.

2.ª parte.

los filósofos. Y, ¡oh baldón!, para veros á Vos, Dios mio y Trinidad gloriosísima, Padre, Hijo y Espíritu Santísimo, no hay entre nosotros quien desee morir y más bien no lo repugne. Voy á decir una cosa increíble por lo maravillosa, pero harto verdadera. Hombres hay, y por ventura aquí mismo, á quienes si nuestro Señor dejase vivir en este mundo, en este estado, en esta misma lastimosa condición que ahora penan, no les importara mucho renunciar para siempre á la vista y bienaventuranza de Dios. ¡Oh baldón!, toro á decir, ¡oh afrenta del nombre cristiano! ¿Qué linaje es éste, ó de locura ó de infidelidad? ¡Ciegos y desleales!, ¿qué haríamos, á no ser, como somos, pueblo escogido, porción querida, *populus et peculiaris*<sup>1</sup>, asentados por Dios en medio de su Iglesia, alimentados con su Sangre, regalados con su Cuerpo sacratísimo, privilegiados con tantas y tan ricas prendas de su amor y entrañable caridad; sino de aquellos infelices que yacen en sombras de muerte, sin fe, sin Dios, sin esperanza? *Qui spem non habent*<sup>2</sup>. Hemos pecado, es cierto; mas ¿por esto desmayar? ¿No está Dios pronto á perdonarnos? ¿No es padre de las misericordias? ¡Ah, hermanos!, ¿no sabéis que su gloria solamente la quiere para nosotros?

Hijos somos de santos (gran consuelo que daba el santo Tobías), hijos somos de santos, y así aguardamos aquella bienaventurada vida que dará seguramente el Señor á todos los que no desviaren su confianza de él. *Filiis Sanctorum sumus, et vitam illam expectamus, quam Deus daturus est iis; qui fidem suam nunquam mutant ab eo*<sup>3</sup>. ¡Arriba, pues, los corazones; confianza, hermanos míos! Dónde jamás se vió que fuese uno con repugnancia y arrastrando á recibir la corona tras la lucha, el premio después de la carrera, las magnificencias del triunfo tras los horrores del combate? ¿No somos por ventura nosotros los que rogamos al Señor cada día tan instante y fervorosamente: Venga á nós el tu reino: *Adegnat regnum tuum*?<sup>4</sup>. ¿Cómo, pues, amamos tanto las prisiones y cautiverio de este mundo?

<sup>1</sup> Deuter., vii, 6.—<sup>2</sup> 1 Thess., iv, 12.

<sup>3</sup> Tob., ii, 12.—<sup>4</sup> Luc., xi, 2.

Veo que los ríos no se dan paz ni punto de sosiego hasta abrazarse con el mar. Por más que los valles por donde pasan sean frondosísimos, hermosas las vegas, amenos los huertos y jardines, no por esto se detienen en su veloz carrera; antes de continuo parece que repiten murmurando: al mar, al mar. Los vientos no se aquietan hasta explayarse en el espacio; el fuego no para hasta que se levanta victoriosamente; la piedra se despeña con impetu al profundo; todo corre á su centro; y nosotros ¿no corremos con mayor impetu á juntarnos con nuestro fin, nuestro centro, nuestro Dios?

No, cristianos, concluiré con el glorioso mártir San Cipriano; mas, con mente serena, fe firme y fortaleza robusta, estemos aparejados á seguir el divino llamamiento, y, lanzando el temor de la muerte, dispongámonos á vestiros de inmortalidad: *Mente integra, fide firma, virtute robusta, et timore mortis excluso, excautus istinc, non necessitatis vinculo, sed voluntatis obsequio*<sup>1</sup>. Mostrémosnos hijos de nuestros padres en la fe, y no bastardeemos de sus nobles pensamientos; y cuando el Señor sea servido de llamarnos, vayamos tras él, no forzados de la necesidad, sino con pronta y alegre voluntad. No seamos de aquellos ciegos y miserables á quienes nadie osa dar el aviso de su inminente fin y próxima partida, por no congojarlos con la nueva. Vengan presto los santos religiosos á socorrernos con sus oraciones; vengán los sacerdotes á armarnos con los sacramentos de la Iglesia; no nos espantarán, antes nos consolarán con su vista.

Consideremos bien, hermanos míos en Jesucristo, y traigamos á la memoria cómo ya en el santo bautismo renunciamos á este misero mundo, y consiguientemente que no somos sus moradores de asiento, sino huéspedes y peregrinos: *Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus*, como el Apóstol nos recuerda<sup>2</sup>. No tenemos aquí nuestra ciudad permanente, sino que buscamos la venidera. Acojamos con regocijo al divino mensajero, que nos convida cortésmente á que pasemos ya á una morada más

por indicación de todas las criaturas.

Conocencia práctica.

por testimonio

y exhortación.

Aplicación por consueño de argumentos.

hemos renunciado al mundo.

<sup>1</sup> De mortalit.—<sup>2</sup> Hebr., xiii, 14.

estable, al reino de que somos herederos, al cielo para el cual somos criados. Mientras acá vivimos, vamos peregrinando lejos del Señor: *peregrinamur a Domino*<sup>1</sup>. ¿Quién, desterrado, no aguijó hacia su patria? ¿Quién, navegando hacia ella, no desea viento en popa y rápida carrera? Nuestra patria es el cielo. Padres nuestros son aquellos santísimos patriarcas, aquellos esforzados mártires, aquellos gloriosísimos apóstoles. ¿Cómo es posible que no queramos llegar pronto á su bienaventurada presencia? ¡Oh cuántos amigos nuestros nos esperan en la celestial Jerusalén! ¡cuántos deudos y parientes nos están aguardando, seguros de su inmortalidad, pero temerosos aún de nuestra salvación! Luego, pues, hermanos míos, deseemos con fervor que venga el dichoso día en que los abarcemos estrechísimamente y gocemos de su vista, y oigamos su voz, y gocemos de su gloriosa compañía en sempiterna felicidad.

¡Bendita muerte, pues tú sola puedes traernos tanto bien! Dichoso quien te conoce, dichoso quien te estima, mil veces dichoso quien ardentemente te desea! Entre ya en mis huesos la podredumbre, exclamaré con Habacuc, y corran los gusanos por mi cuerpo: *Ingrédíatur pulvėro in ossibus meis, et subter me scateat*<sup>2</sup>. Caigan ya estas paredes, corrompase ya, podrézcanse ya mis carnes, para descansar finalmente en el día de la gran tribulación y hora de mi muerte: *Ut requiescam in die tribulationis, et ascendam ad populum accinctum nostrum*; y, rotos estos lazos, suba libremente... ¡oh dichosa subida! ¡oh día feliz! ¡oh momento bienhadado!... ¿cuándo será, Señor?, y vaya al encuentro de aquel pueblo mío tan querido, que está con los brazos abiertos para recibirme!

## PARTE SEGUNDA

### X

Figúrase me, mis amados oyentes, que con lo dicho hasta aquí habréase en parte disminuído aquel horror que os

causaba el solo nombre de la muerte. ¿Qué resta, pues, en orden á la práctica, sino que me concedáis dos cosas muy conducentes, y que yo os pido con el mayor encarecimiento? Es lo primero que no huyáis, según muchos hacen, de aquellos ejercicios piadosos en que se trata de la muerte, como de devociones tristes, melancólicas, casi funerales; antes querría que los frecuentarais muy á menudo, mayormente aquellos en que se aprende á bien morir, como son los tan conocidos Ejercicios de la Buena Muerte.

Lo segundo, desearía que comenzéis de hoy en adelante á cobrar con la muerte suma familiaridad, que tratéis con ella, que os aconsejéis con ella, en una palabra, que consultéis con ella todos vuestros negocios y resoluciones. ¿Qué significa esto? Que siempre que hayáis de tomar acuerdo en cosa de importancia, penséis un poco si querríais haber deliberado así en el artículo de la muerte; y, si os parece que entonces os alegraréis, hacerlo; y, si no, lo hagáis por nada de este mundo. Hijo mío, no hagas nada sin consejo, dice el Espíritu Santo, y después de hecho no te arrepentirás: *Fili, sine consilio nihil facias, et post factum non poenitebit*<sup>1</sup>. Mas ¿cómo haremos para traer siempre con nosotros un fidelísimo consejo, con quien tratar nuestras deliberaciones? Veíslo aquí, aconsejaos con la muerte. *O mors, bonum est iudicium tuum*: ¡oh muerte!, recto es tu juicio, dice el Eclesiástico. Porque, sin duda, no hay juicio más prudente, ni más acertado, ni más sabio; por donde jamás nos llamaremos á engaño, ni torceremos un punto del verdadero camino, si lo siguiéremos. No, hijos míos, no hagáis nada sin consejo, y después de hecho no os arrepentiréis.

Todos habréis presenciado con dolor y lágrimas la muerte de muchas personas. Quién habrá enterrado la madre, quien sepultado á la esposa, quien cerrado los ojos á su padre ó hermano. Pues bien, ¿no observasteis por ventura sus sentimientos en aquella hora terrible? ¿Habéis notado de qué cosas se alegran ó entristecen? ¿cuáles obras de su vida alaban ó desalaban, aprueban ó detestan? Si advertisteis

Transición perfecta.

Medio 1.º Las Ejercicios de la Buena Muerte.

Medio 2.º Tomar á la muerte por consejero en todo.

por allicorno.

No hemos de hacer nada sin consejo.

pero el de la muerte es el mejor.

luego.

La menor, por inducción cotidiana.

comunicación.

<sup>1</sup> 2 Cor., v, 6. — <sup>2</sup> Hab., iii, 16.

<sup>1</sup> Eclli., xxxv, 24.

anttesis

en ello, sin duda os maravillaría cuán diversamente juzgan de las cosas los moribundos á la luz de la eternidad, que ya reverbera en sus conciencias, de como juzgaran en la flor de su edad y en el vigor de la salud. Porque, cierto, ¿quién no se pasma cuando ve cuán diferentes son allí los juicios de los hombres? ¿cómo se truecan sus gustos, cómo se trastoran los quererés, cómo cambian los pensamientos?

y conmemoración.

Lo que primero agradaba, ahora da amargura; lo que antes daba amargura, entonces alegría y contentamiento. El que primero despreciaba á los mendigos, entonces los socorre; quien antes hacía burla de los sacerdotes, ya los llama; el que primero huía la frecuencia de los sacramentos, entonces los pide con instancia; y el que no podía antes sufrir una plática ó conversacion de Dios, entonces la desea. Todos querrian en lo postrero de la vida haber padecido más por su alma y por su Dios, haber ayunado más, haber llorado y mortificádose más. Veis aquí lo que quiere decir tomar á la muerte por consejera de nuestras acciones; considerar lo que querriamos haber hecho en aquel aprieto y última jornada, y hacerlo mientras Dios nos da fuerzas.

y transito á

Y comoquiera que la mayor parte de mi benévolo auditorio no es menos señalado en piedad y devoción que en la nobleza de su sangre ó de su estado, permitidme que refiera con sus principales por menores la muerte de un personaje ilustre; así la misma grandeza del parangón será un estímulo para que imitéis sus esclarecidas virtudes.

la conmemoración por ejemplo.

La muerte de un rey: arrastrado por la espada á la estrada.

Exposición, ó el pecado.

Visto ó la penitencia en la enfermedad;

Luis VI, por sobrenombre el Craso, rey de Francia, resplandecía en la prudente gobernación de su pueblo, que le amaba y engrandecía justamente; mas después, arrebatado de furor guerrero, ó cegado de interés, dió en perseguir á ciertos dignísimos prelaídos, por lo cual mereció ser ásperamente reprendido del glorioso San Bernardo. Sintiéndose el rey muy acabado y no lejano de su término, quiso dejar un documento de lo que se estiman en aquella hora las grandezas del mundo, aun por sus más favorecidos. Acometido, pues, de recia enfermedad, descó vivamente, como

trae su historiador Sugerio, trocar la púrpura real por el hábito de monje, y aun hizo propósito, si salía de aquel paso, de entrar en la sagrada religión de San Benito, común refugio entonces de príncipes penitentes. Pero es justo castigo de Dios, que el bien que no queremos hacer cuando podemos, no lo podamos cumplir cuando queremos. Así que, como no convalcesiese, antes se agravase la dolencia, apcribióse á sufrir el azote del Señor con cristiana resignación. Larga fué la enfermedad, y en ella su mayor consuelo fué la oración y la confesión de sus pecados.

desos de perfección.

Acercándosele ya el fin, y estando para recibir el santo Viático, aunque tan debilitadas las fuerzas y caído y extendido el cuerpo, levantóse inesperadamente del lecho, vistióse las regias vestiduras y salió al encuentro del Señor, con espanto y maravilla de todos los circunstantes. Estaban allí los principales señores del reino, entre ellos su hijo Ludovico, al cual, volviéndose el monarca, y con semblante no menos grave que devoto,—Ves, hijo mío, le dijo, en qué paran los reyes y emperadores. Muchos años he vivido, muchas batallas he ganado, muchos tesoros y riquezas he allegado; ¿qué me queda de tanta grandeza y majestad? Certificote que más consuelo tuviera en esta hora si, como era mi deseo, dejara yo el reino, mucho antes que el reino me dejara á mí. Aprende pues, hijo mío, y escarmentia; no te deslumbre el brillo de la corona. Yo, desde este día, la cedo

(incremento)

(hipótesis)

palabra de veneno de dragón.

de completa re-  
composición.

y traspaso á tu cabeza, no para honrarte y enriquecerte con su resplandor, sino para descargarne á mí de tan gran peso. Sin embargo, si algún retorno ó muestra de gratitud merece esta mi anticipada renuncia, sólo una cosa desearía, á saber: que procures con la santidad y la justicia de tu gobierno satisfacer por los pecados de tu padre. Protege las iglesias, ama á los pobres, socorre á las viudas y pupillos. Yo, el espacio que el Señor me dé de vida, lo pasaré en lágrimas y penitencia, pidiendo entrañablemente perdón á Dios de mis malos servicios, como hombre; perdón á ti de los malos ejemplos que te he dado, como padre; perdón á todos mis vasallos de lo mal que he gobernado, como rey.

®

de perdón de sus  
pecados.

No pudieron los que presentes se hallaban contener las lágrimas, oyendo estas postreras razones. Sólo el rey, sereno

Obras de real  
misericordia.

y apacible, quitóse el anillo y entrególo á su hijo Ludovico, que estaba tan maravillado y atónito, como lloroso y enterrecido. Hizo luego pública donación de sus propios á las iglesias y sagradas religiones, distribuyendo los vasos y alhajas más preciosas entre ellas; dió al abad Sugerio, allí presente, un jacinto de inestimable precio para adornar con él la sacratísima corona de espinas de nuestro adorable Redentor. Tras esto hizo quitar de sus reales estancias las pinturas, paramentos, tapicerías, cortinajes y demás arreos y alhajas, y mandó que se diesen á los pobres; y no perdonando á sus mismas vestiduras, se despojó de todas ellas por sus manos, con inefable alegría de su espíritu, al verse, finalmente, en el acatamiento de su Dios, pobre y descalzo y casi desnudo. Hincadas luego las rodillas con profundísima humildad, hizo profesión de la santa fe católica, apostólica, romana, después de la cual recibió de manos del sacerdote el sacratísimo Cuerpo de Cristo nuestro Señor.

Pareció revivir con el Pan del cielo, y así tornóse por sus pies á su aposento, donde, desechando toda pompa y regalo y deseoso de imitar á su Señor, se echó sobre una pobre colchilla, como púldera el más edificante religioso. Cuenta el sobredicho Sugerio que al mirar á su Rey, de tan alto, tan bajo y humillado, no podía, de puro sentimiento y ternura, contener las lágrimas. De lo cual, maravillado el piadoso Rey y como reprendiéndole dulcemente: No lloréis, le dijo, mi amigo Sugerio; antes dadme el parabién de mi dicha. Porque ¿qué mayor misericordia podía hacer conmigo su divina Majestad que poder, suelto y desembarazado, salir animosamente al encuentro de la muerte? <sup>1</sup> En esta pobreza y desnudez vivió algún tiempo todavía, aquejado de su dolencia, no menos prolija que penosa, cuando, barrruntando que llegaba su hora, mandó extender una alfombra en el desnudo suelo, y que derramasen sobre ella mucha ceniza en forma de cruz; en la cual acostado, finalmente, entre los gemidos y sollozos de los suyos, entre las de-

<sup>1</sup> Noli, inquit, carissime amice, super me flere: quin potius exultando gaude, quod Dei misericordia praestitit, in ejus occursum, sicut vides, me comparari.

votas plegarias de los sacerdotes, entre los entrañables colloquios del augusto doliente con Cristo crucificado, entregó el espíritu en manos de su Criador y glorificador, á 1.º de Agosto, á los setenta de edad y treinta de su reinado.

## XII

Hermanos míos y carísimos oyentes, no quiero cansaros, y termino. ¿Veis en la persona de este príncipe lo que desearian haber hecho en vida los monarcas de la tierra moribundos? ¿Veis cómo piensan, lo que aman, lo que aprueban y de veras codician en aquella hora? Y ¿qué imagináis que pasará por vosotros? ¿por ventura que no juzgaréis en aquel trance como los demás hombres? ¡Oh, cuánto os consolaría entonces haber ayunado y mortificado vuestros sentidos! ¿Por qué, pues, ahora os derramáis en banquetes y comidas? ¡Oh qué paz os diera haber frecuentado los templos! ¿Por qué, pues, ahora visitáis lugares y juntas ocasionadas? ¡Qué alegría el recogimiento y la oración! ¿Por qué, pues, ahora tanto distraimiento y libertad? Si entonces os gozaríais de haber abrazado la profesión y vida religiosa, ¿por qué ahora llegáis por ventura á escarnecerla? Sabéis muy bien que os afigirá entonces tanta profanidad en el vestido; pues ¿por qué no se cerceña? que os remorderá tanta desenvoltura en los ojos: pues ¿por qué no los refrenáis? que os dolerá tanta presunción y entono; pues ¿por qué no lo abatis? Si os ha de traer gran pesadumbre esta soltura en murmurar, ¿por qué no se ataja con tiempo? Si os han de amargar tanto este rencor y odios enconados, ¿por qué no los desarraigáis ahora? Si os pesará de esas trampas en el comercio, ¿por qué no se cortan y desaparecen? Ea, pues, cristianos, llevaos en vuestra compañía la fiel consejera que os doy en este día, la cual jamás se separe de vosotros; es decir, que cada uno seriamente reflexione qué querría en la muerte haber hecho ó dejado de hacer, y conforme á este dictamen arregle sus costumbres y modo de vivir; porque, en verdad ¡oh muerte! tu juicio es seguro, y tus respuestas de vida sempiternas: *O mors, bonum est judicium tuum!*

PARABOLÓN y aplicación edificativa á las costumbres.

por congojas,

interpretación

interrogación.

Epíteto

epitafio.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO VEINTISEIS

Tres cosas, principalmente, debemos considerar en éste y en los demás discursos. La primera, **de dónde** sale el orador, ó sea la disposición y estado en que supone á sus oyentes. La segunda, el término **adónde** va, conviene á saber, la nueva forma que en ellos quiere introducir. La tercera, **el camino** que está en medio de estos dos términos y andando por él nos desvía del uno y nos acerca al otro. Y como este camino no se anda con otros pies que con el entendimiento y la voluntad, de aquí que los pasos sean **razones** que persuaden y **afectos** que conmueven. Tres puntos capitalísimos, sin los cuales todo es vagar en la elocuencia. Ha de preguntarse el orador: **¿De dónde** voy á sacar á mis oyentes? **¿Adónde** quiero llevarlos? **¿Por dónde** los guiaré mejor y con más seguridad? Y por este criterio, á la balumba y tropel de pensamientos, que se le ofrecieren, torne á preguntarles: Y esto ¿de qué me sirve al deseado fin? ¿De qué estotro para desarraigar tal vicio? ¿A qué viene esa idea para mover tal afecto? Y si lo pensado no sirviere, ó sirviere poco á la consecución del fin, por hermoso, por peregrino que le parezca, rechácelo sin piedad é límite al albañil que no asienta piedra ninguna sin aplicarle la escuadra ó la plomada; ó bien al diestro artillero que no desvía los ojos del blanco para enderezar á él toda la fuerza de su metralla.

**De dónde parte.**—Aunque esto muchas veces se ha de callar y otras se insinúa en el comienzo de la confirmación, su ordinario asiento es el **exordio**. ¡Con qué gracia nos lo descubre el orador desde la primera cláusula! Entre los afectos que, apoderados del corazón, hacen al hombre más supersticioso, más inepto, más pusilánime en el obrar, y, por decirlo así, más ridículo y extravagante, es, sin duda, el **temor demasiado de la muerte**. Y lo pondera y lo encarece, porque así campeará más la elocuencia, como se ve más la virtud de la medicina cuando es muy grave la enfermedad. El punto de partida es, por consiguiente, un auditorio «pio ó no completamente descuidado en el nego-

cio de su salvación», pero espantado, abatido y **horrorizado** con la idea de que ha de morir, y por ventura muy presto.

¿Y qué quiere de este auditorio? **¿Adónde** intenta llevarlo? Lo indica desde luego en la segunda parte del exordio; y no es á otro término sino á que destierren de sus ánimos el horror á la muerte, comoquiera que es lo que más impide el aparejarse bien á ella. Y veremos que no sólo alcanza que le **perdan el miedo** y que la acepten con resignación, sino que ardentemente la **deseen**, que es una distancia inmensa y un triunfo esclarecido del arte.

Pues el **camino** que quiere seguir lo insinúa también en la tercera parte del exordio con el ejemplo de la máscara y del muchacho, que se reduce á hacer tocar á sus oyentes la máscara de la muerte, y que la manoseen, y que jueguen con ella, y hasta que, perdido el miedo, casi le cobren cariño. Recorramos, pues, este camino desde el **horror** hasta el **deseo** de morir, y veamos si, en realidad de verdad, nos guía al término.

**Por dónde los lleva.** El primer argumento de la **Confirmación**, sacado de la **necesidad** de morir, equivale á la **salida**, y es un atropellar valerosamente todas las dificultades. Si es forzoso morir, «si es la vía común y el único sendero por donde pasan todos los mortales, pecho, hermapos míos, gran aliento, y no desmayar ni congojarnos de caminar por él también nosotros». (§ II.) Así los arranca de su casa y los hace ir, si no gustosos, al menos resignados, en pos de Abraham, de José, de Salomón, de Raquel y de Judit; y luego los va desviando de la tierra y acercando al cielo por medio de seis consideraciones poderosísimas, que constituyen otras tantas jornadas.

**Jornada primera.** (§ III.) Dios nuestro Señor, para despegar nuestros corazones de este mundo y desasimos de esta vida mortal, «nos la hizo trabajosa, áspera, desahrida, congojosa». Luego, víamonos de este mundo miserable. ¿Qué son las enfermedades, los reveses de fortuna, todos los trabajos, sino voces que nos gritan: ¡fuera, fuera! ¿qué son sino espuelas ó acicates que nos dan prisa á que salgamos?

**Jornada segunda.** (§ IV.) Aunque todo fueran delicias, pero ¿quién sabe si morir antes traerá más cuenta á nuestra alma que morir después? Si Dios me quiere llevar presto, por que no me pierda, ¿será bien tener la muerte?

**Jornada tercera.** (§ V.) Mientras vivimos corremos mucho riesgo de condenarnos. ¡Son tan fuertes las pasiones que nos guerrean dentro! ¡tantas las ocasiones que nos provocan fuera! ¡tan fieros los demonios que nos cercan por todas partes! ¿Por qué, pues, amamos esta vida?

Con estas **tres jornadas** los ha ido como desviando de la tierra, y toda su argumentación se cifra en este entimema:

**Muriendo, nos libramos de estos y estos males.**

**Lu ego no es tan malo el morir.**

Y ha sido como armar un escuadrón que nos esté aguijoneando por la retaguardia, ayudándose del **horror** que naturalmente nos causa lo que aprendemos como **perjudicial**. Ahora los irá acercando al cielo por otras **tres jornadas** con una argumentación que se resume en este entimema:

**Muriendo, granjeamos tales y tales bienes.**

**Luego bueno es, muy bueno el morir.**

Y será como armar otro escuadrón que nos combata de frente, ó como ponernos delante toda suerte de **bienes**, los cuales nos están convidando y atrayendo con suavisima fuerza, ayudándose de la **inclinación** natural que tenemos á lo bueno.

Antes de emprender la cuarta jornada, detiene á su auditorio en el párrafo VI, á fin de responder á una dificultad: «Si supiera que me he de salvar, poco me importara la muerte; mas ¡ay, que para muchos ha sido el pasaje del infierno!» La respuesta ó respuestas son eficacisimas, mayormente la primera y la postrera, de que aquí habla á gente virtuosa, y que el mejor aparejo para la muerte es morir con resignación... Ya venció la cumbre, ya se ven nuevos horizontes iluminados con nuevo y resplandeciente sol, ya emprende el camino con alientos desacostumbrados, y en breve la muerte, antes horrorosa, nos parecerá deseable.

**Jornada cuarta** (§ VII). Por la muerte nos certificaremos con certidumbre infalible de que somos gratos á Dios y hermosos á sus divinos ojos. Pero esto engendrará unos jubilos, una paz, unos deleites inenarrables. Luego es deseable la muerte.

**Jornada quinta** (§ VIII). La muerte nos abre la puerta á la posesión de todas las verdades del orden natural. Pero esto causará un gozo y una hartura que no se puede con palabras explicar. Luego es deseable la muerte.

**Jornada sexta** (§ IX). La muerte nos lleva á la vista y posesión de Dios. Esto es, nos sumirá en elpielago de su misma bienaventuranza. Luego es deseable, muy deseable la muerte.

Y hemos aquí llegados al **término** de la persuasión oratoria, que es desterrar de los ánimos el **horror** de la muerte y engendrar **deseo** y codicia de ella. Y como este deseo puede considerarse, ya meramente **afectivo**, ya también **efectivo**, y como entrambos sean necesarios, si no ha de parar todo el discurso en sentimientos baldíos y estériles, por esto

SEÑERÍ los abraza entrambos, el uno al final de la primera parte, y el otro por toda la segunda.

**Adónde va, ó término afectivo.** Comienza en el mismo párrafo IX con aquellos apóstrofes: «¿Qué me importa privarme de este sol, si verá al resplandeciente sol de justicia y me iluminará la lumbre indefectible? Cerraos, pues, ojos míos, y no miréis la bajeza de la tierra. Adiós, montes; adiós, ríos; adiós, campos y florestas...» Pero ¡con qué hervor, con qué fuego, con qué llama va subiendo de las criaturas al Criador! «A Vos sólo quiero, por Vos únicamente suspiro, fuera de Vos no quiero cosa criada. Con Vos quiero abrazarme, hacia Vos se me arrebata el corazón.»

Muy encumbrado es el vuelo y los oyentes aun no le siguen. Por eso lo abate y les pregunta: «¿Y qué decimos nosotros?... Vergüenza da lo que acontece, y aun de sólo pensarlo se me cubre la cara de rubor. Y para atizar el sentimiento de **deseo**, despierta y enciende el de **vergüenza**, y exclama: «¡Oh baldón!, torno á decir, ¡oh afrenta del nombre cristiano! ¿Qué linaje es éste de locura ó de infidelidad? Pero como lo que más impide ese vuelo es el pecado, excita la **confianza** del perdón: «Hemos pecado, es cierto; mas ¿por esto desmayar? ¿No está Dios pronto á perdonarnos? ¿no es Padre de las misericordias?... ¡Arriba, pues, los corazones: confianza, hermanos míos!»

Así dispuestos los ánimos, torna á subirlos, como el águila que toma á sus polluelos; y primero los levanta con el **amor de concupiscencia** á buscar «la corona tras la lucha, el premio después de la carrera, las magnificencias del triunfo tras los horrores del combate.» Luego, con el **amor de benevolencia**: «Veo que los ríos... el viento... el fuego... la piedra... todo corre á su centro; y nosotros ¿corremos con menor ímpetu á juntarnos con nuestro fin, nuestro centro, nuestro Dios? En tercer lugar, **mezclando ambos amores** con la pintura del destierro, que dejamos, y de la patria y amigos que hallaremos. Finalmente, **ejercitando** actos de amor á la misma muerte: «Bendita muerte... Dichoso quien te conoce...» y casi **muriendo el mismo**: «Entre ya en mis huesos la podredumbre... Caigan ya estas paredes; y como **subiéndose** en realidad á la gloria: «¡oh dichosa subida! ¡oh día feliz! ¡oh momento bienhadado!, ¿cuándo será, Señor?...» ¡Cuánto artificio en una **peroración** tan natural!

**Término efectivo.** A éste se endereza todo el fuego de la peroración y toda la batería de la confirmación. La elocuencia no es la lógica ó la filosofía que convence, no es la poesía que deleita ó mueve los afectos; es el arte práctico

de la persuasión, y así más excelente que la poesía y la filosofía y que todas las ciencias y artes humanas, porque de todas se sirve para persuadir al hombre. Los oradores que sólo alumbran los entendimientos y mueven los corazones sin descender á la obra, se parecen al labrador, que se afana en cultivar la tierra y abonarla, y nunca siembra la semilla; ó al que enciende gran fuego en la máquina, pero no aplica la fuerza del vapor á la rueda ó hélice del navío. ¡Labor inútil! ¡triste ministerio!

El término **efectivo** es aquí que se dispongan á una buena muerte. ¿Cómo lo consiguen? Encendidos ya en fervorosos deseos de morir bien, les propone como medio seguro que tomen á la **muerte** por **consejera** de todas sus acciones; y para que lo practiquen de hecho, emplea estos tres arbitrios. Lo primero, se lo **explica** y desmenuza (§ X). Lo segundo, los **confirma** en ello con un ejemplo conmovedor (§ XI). Lo tercero, los **impela** ejecutando él mismo lo que desea practiquen sus oyentes (§ XII).

Admírese, no sé si la destreza del orador ó el celo del apóstol. Dijo en el principio que hablaría sólo á gente virtuosa; pero ¿cómo le ha de sufrir el corazón que ningún pecador se pierda? No los pierde él de vista, y sólo decirles que no quiere hablar de ellos es un harpón agudísimo que les debe atravesar el alma. ¡Y qué dardos les va dirigiendo! «Razón tienen, diceles en el exordio, los infelices de horrorizarse y temblar al pensamiento de aquel punto terribleísimo, puerta y entrada para ellos de los infiernos perdurables.» ¡Y en la confirmación? «No dije desde el principio que no era mi propósito predicar hoy á pecadores impenitentes, encenagados en vicios, encallecidos en el mal?... Lejos, lejos de aquí esos malaventurados... Bien hacen los infelices en temer, y no sólo en temer, pero en temblar y horrorizarse á la memoria de su partida, fin de sus goces y comienzo de su interminable padecer.» ¡Y qué es toda la segunda parte sino viva exhortación á salir del pecado? Así, con sabio artificio, supone á sus oyentes todos justos para atraerlos, y al fin les habla como á pecadores para aprovecharlos. Esta es elocuencia apostólica.

*Hanc mihi pervincet demum, hanc oratio palmam  
Erifit, quae clausa gravi sine atque decenti est.*

1 Arias Montanus, Rhetoricorum, lib. III.



## DISCURSO VEINTISIETE

### DE LA TRIBULACIÓN

*Domine, ecce quem amas, confirmatur.*

*Señor, mira que el que amas, está enfermo.*

(JOAN., XI, 3.)

#### EXORDIO

Por figuración  
oratoria.

QUE sea dificultoso, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, encubrir ó disimular los afectos del ánimo cuando son vehementes, no puede negarse; pero ninguno, si no me engaño, más dificultosamente que el amor. ¿Queréis ver debajo de un semblante halagüeño disimulado el odio? Mirad á Cain convidando á su hermano Abel á solazarse en el campo. ¿Queréis ver debajo de frente serena y exterior atractivo escondidos el sobresalto y el temor? Mirad á Jezabel aguardando al capitán Jehú desde los balcones de su casa. ¿Queréis ver encubiertos con capa de religión la envidia, la amargura, el desabrimiento y el despecho? Recordad á Herodes mostrando fingidos deseos de adorar al Salvador del mundo en compañía de los Magos. Mas el amor, decídmelo, ¿quién jamás lo disimuló de manera que pareciese enemigo implacable el amador más fino y enamorado?

Propos. remota,  
el amor no puede  
disimularse.

por comparación  
a disimul. con  
otros afectos ve-  
hementes.

por inducción y  
sublección per-  
fecta.

Ni es de maravillar. El hombre, si quiere huir de la justicia que le persigue, tiene mil trazas para esconderse; sabe trocar el nombre, desfigurar el rostro, contrahacer el talle y continente, como David cuando huía de Saúl; pero un niño pequeño, no así; tan lejos anda de ocultarse, que él mismo saldrá al encuentro de los pesquisadores y ministros.

Confirmae por  
razón natural.

de la persuasión, y así más excelente que la poesía y la filosofía y que todas las ciencias y artes humanas, porque de todas se sirve para persuadir al hombre. Los oradores que sólo alumbran los entendimientos y mueven los corazones sin descender á la obra, se parecen al labrador, que se afana en cultivar la tierra y abonarla, y nunca siembra la semilla; ó al que enciende gran fuego en la máquina, pero no aplica la fuerza del vapor á la rueda ó hélice del navío. ¡Labor inútil! ¡triste ministerio!

El término **efectivo** es aquí que se dispongan á una buena muerte. ¿Cómo lo consiguen? Encendidos ya en fervorosos deseos de morir bien, les propone como medio seguro que tomen á la **muerte** por **consejera** de todas sus acciones; y para que lo practiquen de hecho, emplea estos tres arbitrios. Lo primero, se lo **explica** y desmenuza (§ X). Lo segundo, los **confirma** en ello con un ejemplo conmovedor (§ XI). Lo tercero, los **impela** ejecutando él mismo lo que desea practiquen sus oyentes (§ XII).

Admírese, no sé si la destreza del orador ó el celo del apóstol. Dijo en el principio que hablaría sólo á gente virtuosa; pero ¿cómo le ha de sufrir el corazón que ningún pecador se pierda? No los pierde él de vista, y sólo decirles que no quiere hablar de ellos es un harpón agudísimo que les debe atravesar el alma. ¡Y qué dardos les va dirigiendo! «Razón tienen, diceles en el exordio, los infelices de horrorizarse y temblar al pensamiento de aquel punto terribleísimo, puerta y entrada para ellos de los infiernos perdurables.» ¡Y en la confirmación? «No dije desde el principio que no era mi propósito predicar hoy á pecadores impenitentes, encenagados en vicios, encallecidos en el mal?... Lejos, lejos de aquí esos malaventurados... Bien hacen los infelices en temer, y no sólo en temer, pero en temblar y horrorizarse á la memoria de su partida, fin de sus goces y comienzo de su interminable padecer.» ¡Y qué es toda la segunda parte sino viva exhortación á salir del pecado? Así, con sabio artificio, supone á sus oyentes todos justos para atraerlos, y al fin les habla como á pecadores para aprovecharlos. Esta es elocuencia apostólica.

*Hanc mihi pervincet demum, hanc oratio palmam  
Erifit, quae clausa gravi sine atque decenti est.*

1 Arias Montanus, Rhetoricorum, lib. III.

## DISCURSO VEINTISIETE

### DE LA TRIBULACIÓN

*Domine, esse quem amas, confirmatur.*

*Señor, mira que el que amas, está enfermo.*

(JOAN., XI, 3.)

#### EXORDIO

Por figuración  
oratoria.

QUE sea dificultoso, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, encubrir ó disimular los afectos del ánimo cuando son vehementes, no puede negarse; pero ninguno, si no me engaño, más dificultosamente que el amor. ¿Queréis ver debajo de un semblante halagüeño disimulado el odio? Mirad á Cain convidando á su hermano Abel á solazarse en el campo. ¿Queréis ver debajo de frente serena y exterior atractivo escondidos el sobresalto y el temor? Mirad á Jezabel aguardando al capitán Jehú desde los balcones de su casa. ¿Queréis ver encubiertos con capa de religión la envidia, la amargura, el desabrimiento y el despecho? Recordad á Herodes mostrando fingidos deseos de adorar al Salvador del mundo en compañía de los Magos. Mas el amor, decídmelo, ¿quién jamás lo disimuló de manera que pareciese enemigo implacable el amador más fino y enamorado?

Propter remota,  
el amor no puede  
disimularse.

por comparación  
a disimul. con  
otros afectos ve-  
hementes.

por inducción y  
sublección per-  
fecta.

Ni es de maravillar. El hombre, si quiere huir de la justicia que le persigue, tiene mil trazas para esconderse; sabe trocar el nombre, desfigurar el rostro, contrahacer el talle y continente, como David cuando huía de Saúl; pero un niño pequeño, no así; tan lejos anda de ocultarse, que él mismo saldrá al encuentro de los pesquisadores y ministros.

Confirmas por  
razón natural.

Pues ¿quién ignora que es niño el amor, y, según el lenguaje de los Cantares, va con la antorcha en la mano, pero antorcha, no sólo de fuego, que puede por ventura encubrirse con el rescoldo de la ceniza, sino de llamas pujantes y abrasadoras? *Lam pades ejus, lampades ignis atque flammarum* <sup>1</sup>.

Pero ¿adónde voy y qué pretendo con esta introducción? Oíd. Cristo nuestro bien quiso una vez disimular el extremado cariño que profesaba á su amigo Lázaro; y así permitió que enfermase, que se agravase el mal, y que al fin muriese. Mas ¿creéis vosotros que le sucedió el intento al Salvador? No, por ninguna manera. ¡Ah! ¡qué bien conocían la índole del Corazón de Cristo aquellas dos bienaventuradas hermanas y fervientes amadoras, Marta y María, las cuales ni por pensamiento creyeron que su divino Maestro desamara á Lázaro, porque no le socorria en su dolencia; y con esta persuasión no dudaron de enviar á Cristo este recado: *Domine, ecce quem amas, infirmatur*. Señor, mira que el que tanto amas, está enfermo. Qué no dicen el que tanto amabas ó amaste un tiempo, sino el que amas de presente. Y conforme á esto fué lo que luego aconteció; porque, llegado que hubo el Redentor cerca de la sepultura de su difunto y caro amigo, no fué en su mano detener las lágrimas, y lloró, y turbóse á sí mismo, y sollozó y, según la fuerza del sagrado Evangelio, bramó en su espíritu de tierna compasión: *infirmuit spiritu*; de tal manera que los circunstantes se maravillaban entre sí de tan extremado amor y sentimiento.

¿Qué decís, pues, oh almas atribuladas? ¿qué sentís á vista de este comportamiento del Salvador del mundo con su mayor amigo? ¿Es posible que sólo vosotros no descubráis en las adversidades, que os afligen, el extremado amor que Dios os tiene? ¡Oh hermanos míos!, creedme; no porque os atribula tanto, os ama menos que á los otros Dios nuestro Señor; antes, **porque más os ama, más os atribula y aflige**, aunque no lo sienta así vuestro congojado corazón. Permitidme, pues, que os anime á **sobrellevar con paciencia** los desastres y frecuentes contratiempos que os envía, y

<sup>1</sup> Cant., viii, 6.

aun á darle gracias por ello como á insigne y regalado bienhechor. Escuchad, ¡oh almas atribuladas!, y abrid vuestros corazones al celestial consuelo que os voy á dar, mediante los auxilios de la divina gracia y el favor de vuestra recordada benevolencia.

Excita la atención.

## PRIMERA PARTE

### II

Y para tomar el agua de la consolación de más arriba y en su fuente, puesto caso que las tribulaciones que padecéis no os las enviare Dios por vuestro bien, sino por su gusto y entretenimiento, todavía ¿quién no ve que debía servir de no pequeño alivio considerar que el que os atribula es Dios? *Sicut Domino placuit, ita factum est* <sup>1</sup>. Como al Señor le plugo, así se hizo (decía en su desamparo el pacienteísimo Job); sea el bendito para siempre. ¿Qué linaje de adversidad no será recibida y abrazada, viniendo por tal mano?

Arg. 1.º De la ceniza eficiente. Dios es quien os atribula. Luego la tribulación es obra de amor.

Acacee, y por ventura vosotros mismos lo habéis visto, que pasa un mancebo muy apuesto y gallardo por la calle en días de crudo invierno y de grande festividad y regocijo, y cuando más embebecido anda en sus devaneos, pagado de su garbo y gentileza, de su rico y ajustado traje, de sus rubios cabellos, de su esbelto talle y bizarro continente, sientese de improviso herir la espalda de una pella de nieve, que con risa de los transeúntes le ensucia el vestido, le descompone la cabellera, y le derriba en un punto sus castillos en el aire. ¡Válgame Dios!, ¿quién será capaz de expresar la rabia de nuestro gentil mancebo, viéndose parar de tal manera? ¿Comb ignora quién fué el causador del insulto, inflámase su airado rostro, revuélvese encolerizado, echa mano á la espada, con intención de vengar tan grande injuria. Mas, veis aquí que al levantar los ojos acierta á ver la mano que le hirió, y la autora de esta travesura, y con

La muestra por autoridad.

por simi a fortiori del mancebo y la pella de nieve.

Descripción ilustrada.

1.º parte. La ceniza, por hipóstasis.

<sup>1</sup> Job, i, 21.

esto, no sólo se desenoja y se sosiega la tempestad de su ira, mas, serenando su frente y con apacible sonrisa, la salud y hace una profunda reverencia, y al siguiente día torna á pasar por el mismo sitio, codicioso de tal ventura y agasajo.

No sé, en verdad, mis amados oyentes, por qué no hacéis al Criador la honra y merced que hacéis á una criatura. Os entristecéis, porque os hieren de lo alto con la bola de nieve de la tribulación, porque se os muere el hijo, porque se os desbarata el negocio, porque os derriban del puesto ó dignidad, porque os sobreviene una afrenta y pública deshonra. Alzad los ojos, mirad arriba y vereis la mano que os lastimó. ¿No es por ventura Dios? Dios es; Dios es quien, en frase de Job, manda á la nieve que descienda: *Dominus est, qui præcipit nivem, ut descendat*<sup>1</sup>. Serenaos, pues, tranquilizaos, que lo que viene por tal mano, aunque sean azotes, es gracia y misericordia, como dice el glorioso San Agustín: *Pœna est, sed et gratia est*<sup>2</sup>.

## III

Mas erraríais muy torpemente si creyeris que en atribularos Dios busca su entretenimiento y solaz. No, católicos, no se deleita el Señor en vuestros trabajos: verdad es ésta de fe, consignada en el libro de Tobías: *Non delectaris in perditionibus nostris*<sup>3</sup>. Y así, asentad firmemente en vuestros pechos que no le mueve el interés, sino nuestro bien y aprovechamiento. Y ¿qué bien es éste, sino el que más desea todo corazón amante, á saber, que nos acordemos de él, que recurramos á él, que levantemos á él nuestros gloriosos ojos? Mas, ¿cómo puede ser, me diréis, la tribulación medio para atraernos á sí? No ahuyentan tan fuertemente el humo á las colmenas, las llamas al león, como la tribulación al hombre, naturalmente codicioso de contentamiento y de placer. Si quiere Dios, por tanto, robar nuestros corazones, y que vayamos desalados hacia él,

<sup>1</sup> Job, xxxvii, 6. — <sup>2</sup> In p. 118. — <sup>3</sup> Tobí, iii, 22.

prospérenos su Majestad, no nos atribule; acarícienos y regálenos, no nos espante con azotes.

¡Ah, carísimos oyentes y hermanos míos, cuán errados vais en vuestros juicios, queriendo dictar leyes al supremo legislador! Oid lo que afirma el por Jeremías: *Timorem meum dabo in corde eorum, ut non recedant a me*<sup>1</sup>. ¿Qué haré yo para que los hombres no se aparten de mí? ¿Los halagaré? ¿los lisonjearé? ¿los regalaré? ¡Oh!, entonces se olvidarán y me volverán las espaldas. Pues ¿qué haré? Los atemorizaré con azotes y trabajos: Infundiré, dice, mi temor en su corazón, para que de mí no se alejen. Porque, sin duda, cercados por todas partes, querrán huir; mas, ¿adónde podrán refugiarse sino á mi sombra y arrimo? En su tribulación, repite por Oseas, se levantarán y vendrán á mí muy de mañana: *In tribulatione sua mane consurgent ad me*<sup>2</sup>.

## IV

Confesemos la verdad: ¿Cuándo hubiéramos, no digo recurrido á la divina misericordia, pero ni pensado en Dios, si todo anduviera al sabor de nuestro paladar, si nadie nos contradijera, si nada nos atemorizase? ¿No os acordáis de los discípulos, á la sazón que iban con Jesucristo en su barquilla? Mientras la mar estaba serena y bonancible, tan poco cuidaron del Señor, que le dejaron allá solo, durmiendo en un apartado del navío. ¿Cuándo recurrieron á él? ¿cuándo le cercaron congojosos? ¿cuándo se encomendaron al poder de su brazo? Cuando estalló la tempestad: *Motus magnus factus est in mari*<sup>3</sup>. Al ver que de repente se hincha el mar, se encrespaban las olas, se encapataba el cielo y el horizonte se entenebreecía; cuando vieron desencadenarse los vientos, retumbar los truenos, embravecerse cada vez más la tempestad, y que el agua los inundaba ya por todos lados, ¡oh, cómo á una comenzaron á gritar: Señor, Señor, sálvanos, que perecemos! *Domine, salva nos, perimus*.

<sup>1</sup> Jer., xxxiii, 40. — <sup>2</sup> Os., vi, 1. — <sup>3</sup> Matth., xiii, 24.

2ª parte. La gratitud por imagen é incremento.

Antecedente, por apoteosis.

autoridad.

Conclusión.

De la escena real. Dios se atribula por vuestro bien. Luego.

Antes, por autoridad y oportuno alivio amoroso.

Confirmando por vía de prolepsis y

comensación.

Resp. Negándole

por testimonio á Dios

autorización.

Arg. 1ª Continuación del ant. por la discusión vicinista.

Solo la tribulación nos hace recurrir á S. D. M. Luego.

Los Apóstoles en 2ª parte. La bonanza. R

2ª parte. La bonanza por sí misma é incremento.

Aplicación de  
a la 1.ª parte.

Pues esto mismo sucede cada día con nosotros, dice el bienaventurado San Agustín. Si nuestro Señor nos dejase á nuestras anchuras y no mezclase la hiel de la tribulación con las felicidades de este siglo, ni siquiera nos acordaríamos de él: *Si cessaret Deus, et non misereret amaritudines felicitatibus saeculi, oblivisceremur eum* <sup>1</sup>. A navegar siempre con prosperidad y bonanza, á seguir siempre la corriente de nuestro gusto, ¡oh, qué olvido tan profundo, qué apartados viviríamos de su divina Majestad! ¿Qué es lo que nos aguija y despierta? ¿qué es lo que nos fuerza á subir á lo alto? El viento adverso, una contradicción, un contratiempo, un revés de fortuna. Que así prosigue el mismo Santo: Cuando las congojas y adversidades levantan grandes olas en nuestra alma, entonces la fe, que estaba allí como dormida, despierta y acude sobresaltada á su único amparador: *Sed ubi angores molestiarum faciunt fluctus animae, tunc fides illa, quae tibi dormiebat, excitatur*.

Aplicación de  
la 2.ª parte.

Ilustrada con  
ejemplos.

¿Indiferencia  
cristiana?

(comunicación)

Con el símil del  
agua y el libro.

ya acanalada.

Aplicación de la  
3.ª parte.

Si no, decidme: ¿Cuándo hicisteis abundante limosna y socorristeis á los pobres? ¿No fué cuando la enfermedad os apretaba y os visteis á punto de muerte? Si alguna vez emprehendisteis alguna romería ó devota peregrinación, ¿cuándo fué, sino cuando deseabais que os diese el cielo fruto de bendición? Si orasteis alguna vez con fervor y lágrimas, ¿cuándo fué, sino cuando afrontados pedísais á Dios que os librase de la infamia?

De donde infiero, hermanos míos, que nos acontece como al agua. Para que se levante, ¿de qué industria se valen los hombres? ¿Dejanla por ventura correr por los campos? No; que siguiendo su natural inclinación, ó se pudriría en un pantano, ó iría á perderse en el mar. Es menester meterla en estrechos tubos y canales; es menester aprisionarla, encarcelarla. Cuando todo sucede á la medida de nuestro gusto, cuando Dios no nos estrecha con la tribulación, andamos arrastrándonos por tierra y desliziándonos, como agua, al mar de nuestras miserias: *Quasi aquae dilabimur in terram* <sup>2</sup>; luego empezamos en el bien, luego nos encenagamos y pudrimos en el lodazal de nuestros vicios. Sólo

<sup>1</sup> In ps. 93. — <sup>2</sup> 2 Reg. xiv, 14.

entonces nos levantamos hacia el cielo y buscamos con algunas veras á nuestro único remedador, cuando nos aqueja la tribulación y pone en pretina nuestro espíritu: Señor, Señor (así dice á Dios el profeta Isaías hablando de su pueblo), en su angustia y trabajo te buscaron: *Domine, in angustia requisierunt te* <sup>1</sup>.

¿Qué digo el agua y los vapores de la agua? Para que las cuerdas de la vihuela suenen armoniosamente, ¿no es menester estirarlas y atormentarlas? Déjense flojas, veréislas sordas y desconcertadas. A fin de que los sarmientos de la vid den gruesos racimos, ¿no los podamos y herimos con el hierro? Dejad que lozaneen, y veréislos estériles é infructuosos. Para que las semillas del enebro esparzan su olor y fragancia suavísima, ¿no se han de echar al fuego donde se deshagan? Déjense enteras, y se quedan inodoras. Por los mismos filos, las bestias y animales cuando padecen hambre son más hábiles para volar, como las águilas; más ligeros en la carrera, más prestos y diligentes para coger la presa, como los lobos y otras fieras.

Si pues Dios nuestro Señor, como autor de la naturaleza, tanto recaba de las criaturas insensibles é irracionales atribulándolas, ¿qué maravilla que tanto alcance del hombre racional como autor de la gracia y dador de las virtudes? ¡Oh qué bien y admirablemente dijo el que cantó en los Salmos: *In ira populos confringes* <sup>2</sup>, ó como lee San Agustín, *reducas*: En tu ira quebrantarás á los pueblos y los traerás hacia tí. Porque ¿qué es traer á los pueblos en tu ira, dice glosando este pasaje el mismo santo doctor, sino cercarlos de tribulaciones y sumirlos en ellas para que, puestos allí y acosados de trabajos, vayan á tí por remedio? <sup>3</sup>

Sería nunca acabar, si quisiera poner á vuestros ojos la muchedumbre de pecadores que por este camino se recon-

<sup>1</sup> Ia., xxvi, 16. — Ps. lv, 8.

<sup>2</sup> Quid est enim, in ira populos reduces, nisi: Imples tribulationibus omnia, ut in tribulationibus positi, omnes recurrant ad te? In hunc ps.

Con el símil de  
la vihuela.

de las plantas,

de los animales.

Consistencia  
del.

enfocada con

en tu ira  
parafra-  
sado.

®

Art. 4.º Con-  
servación de l  
ent. por reduc-  
ción de ejem-  
plares bibliot.

ciliaron con su Dios, los cuales, afligidos y quebrantados por él, le buscaron en su quebranto: *Cum occideret eos, quaerebant eum* <sup>1</sup>. Mas, para traer algún ejemplo, decídmelo: ¿imagináis, por ventura, que jamás aquel hijo pródigo hubiera vuelto á la casa de su padre, á no verse en el aprieto en que se vió, cuando asqueroso, medio desnudo, hambriento y desamparado, fuele preciso apacentar inmundos animales, y no sólo apacentarlos, pero hurtarles á escondidas su vil pasto? «Que me muero de hambre», *famo perco*; este grito le arrancó de su pecho aquel otro tan salvador: «iré á mi padre, y pediré perdón», *ibo ad patrem* <sup>2</sup>. Es verdad que Manasés, tras una felonía inaudita, abrazó de nuevo la ley del verdadero Dios y restauró su templo y sus altares; mas debióse á las cadenas de su largo y trabajosos cautiverio. Es verdad que Antioco, después de una prolija y encarnizada guerra contra su Dios, se reconoció y buscó la paz y predicó su gloria, pero merced á los gusanos que rabiosamente le roían sus carnes enconadas. Y el santo rey David ¿qué dice de sí mismo? ¿No confiesa que, si buscó á su Dios, fue en los días nublados de la tribulación? *In die tribulationis meae Deum exquisivi* <sup>3</sup>; mientras en los serenos de la prosperidad se había parado á mirar ¡ay dolor! con ojos poco limpios lo que tuvo que llorar toda su vida? Por manera que no puede negarse ser la tribulación de grande ayuda para volvernos á Dios y al arrimo de su sombra, si no queremos afirmar con San Gregorio que, en realidad de verdad, no sólo ayuda, pero nos fuerza, pero nos obliga y compele á ello: *Mala quae nos premunt, ad Deum ira compellunt*.

Arg. 5.º De los efectos. La tribulación nos humilia. Evenga es prueba de atroz.

## VI

Ni hay que espantarse de esta virtud maravillosa de la tribulación, pues vemos que, según notó el Eclesiástico, encierra tal eficacia que, á pesar nuestro, nos hace en el juzgar más sensatos, más humildes en el hablar, y en todas nuestras acciones más humildes y templados. La enferme-

<sup>1</sup> Pa. LXXVIII, 34. — <sup>2</sup> Luc., XV, 17. — <sup>3</sup> Pa. LXXXV, 3.

dad penosa, dice, hace templada al alma: *Infirmilas gravis sobriam facit animam* <sup>1</sup>. Entre las aves de rapiña más bravas y altaneras, una es el azor; y, sin embargo, llega á domesticarse tanto y es tan obediente á los cazadores, que á un silbo ligerísimo vuela á su espalda, salta á la mano y con la presa en las garras no se caba en ella, mas la suelta sin lastimarla, por no contradecir la voluntad de su amo. Y ¿cómo se ablanda tanto un animal tan fiero é indomable? Con el hambre; y si no miente Ciano, el modo más fácil es tenerle algunos días junto á la fragua de un herrero, donde á la vista de las llamas que bullen y chisporrotean, á los golpes del martillo, al retemblar del yunque, se queda como espantado y pierde su fiereza y orgullo. Séase de esto lo que fuere, lo cierto y averiguado es que para lograr que un corazón naturalmente soberbio y altivo pierda los bríos, y se humille, y se ablande, y se domestique, no hay quizás más corto camino que entrarlo en la fragua de la tribulación: *in camino humiliationis* <sup>2</sup>. Dejad que oiga allí los recios golpes de la adversidad y el martillar del brazo de Dios, y no dudéis que se amansará su braveza, y su altanería se derribará; porque la vejación, dice Isaias, da entendimiento á nuestros oídos: *Vexatio intellectum dabit auditui* <sup>3</sup>.

Es cosa que espanta ver la insipiencia de los hombres y los extremos de su soberbia. Jerjes, rey de los persas, se estimó en tanto, que creyó poder encadenar el mar y ponerle grillos, y declararle reo de lesa majestad, porque desbarató un puente que había fabricado sobre el Helesponto; mandóle azotar por mano de público verdugo, y apercibirle que usaria de mayor rigor en adelante, si no respetaba á su príncipe. Clearco, señor de Heraclia, quería que le precediese, como á supremo rey y soberano vengador, un águila con encendidos rayos entre sus garras. Antigono, rey de Macedonia, y Helioáballo, emperador de Roma, dieron aún en mayores desvarios, igualándose con sus dioses inmortales. Pero sobre todos campeó la locura de Caligula, que no contento con vestir el hábito y armas de sus falsas divindades, y de recibir en este traje el incienso de los

Ante. por autoridad, y gracioso simi.

1.º parte. Manes diuites del azor.

2.º parte. Como se domó al bravo azor, por hipotiposis.

3.º parte. Aplicación á los pecadores rebeldes.

Confirmase XI.º de contrarios. Locuras de Clearco son advertencias.

por insipición.

Jerjes, Clearco, Antigono.

<sup>1</sup> Eccli., XXXI, 2. — <sup>2</sup> Eccli., II, 5. — <sup>3</sup> Is., XXVIII, 19.

sacerdotes y la adoración de los pueblos; hizo desmochar y quitar las cabezas á cuantas estatuas de dioses se veneraban en Roma, y poner en su lugar su propio busto y figura. Relampagueaba, tronaba, imitaba las tempestades con ciertas máquinas y artificios, y presumiendo en su loco frenesí dominar como árbitro y gobernar los cielos, amenazó á su dios Júpiter que lo desterraría de la ciudad y privaría de todo culto, por haber osado cierto día turbar con importuna lluvia los públicos festejos<sup>1</sup>.

Pero, decídmelo, ¿cuándo cayeron en locuras tan rematadas? ¿cuándo se vieron perseguidos, acosados, quebrantados? No, ciertamente; fué cuando, prósperos y bienhadados, imagináronse haber enclavado la rueda de la fortuna y sujetado á sus pies los instables vientos. En los días de la adversidad, ni uno hallaréis que no abajase sus altivas y desvariadas fantasías. Tal fué Alejandro, el cual, herido en la batalla, reconocióse hombre como los demás, viendo correr abundantemente la sangre de sus venas<sup>2</sup>. Tal fué Herodes, quien, herido por el ángel del Señor, confesó que era mortal al ver los gusanos hediendos que le corroían las entrañas<sup>3</sup>. Si á hombres, pues, tan insensatos, si á corazones tan de hierro humilló y domeñó la tribulación, ¿qué hará en pechos más blandos y menos contumaces?

7) A testmō. Ello es cierto, que el profeta David, deseando ver rendidos á algunos pecadores y curados de su desalmamiento intolerable, suplicaba al Señor en esta forma: *Constitue, Domine, legislatorem super eos, ut sciant gentes quoniam homines sunt*<sup>4</sup>. Ea, Señor, dadles un legislador, ó, como otros leen, un doctor ó maestro, que les enseñe á vivir como hombres; daos prisa, dádselo, Dios mío. Mas ¿dónde está un tal maestro? ¿quién regentará tan dificultosa cátedra? ¿quién persuadirá verdad tan aborrecible al humano sentido? La tribulación. Aun menos; el miedo de ella bastará. *Constitue, Domine, timorem super eos*: asienta sobre ellos tu santo temor, Dios mío; así trasladó San Jerónimo: *Constitue, Do-*

Inquisición de las causas y circunstancias.

9) A propia. Cuidado de los bienes en la adversidad.

Alejandro.

Herodes.

asistencia por rabística.

<sup>1</sup> Vid. Herod. L. 7.—Alex. L. 1, c. 28.—Dion. Xiphil. et Suet.

<sup>2</sup> Plut. in vita Alex.—<sup>3</sup> Josef. de antiq. L. 16, c. 7.

<sup>4</sup> Ps. ix, 21.

*mine, terrorem super eos*: asienta sobre ellos tu espanto y terror, según la versión caldea. Y más claramente el glorioso San Juan Crisóstomo apellida á la tribulación con el título de maestro, donde dice: *Paedagogus autem noster est tribulatio*<sup>1</sup>. Nuestro pedagogo es la tribulación, porque ella nos enseña á arreglar y concertar nuestras costumbres. Y que esto sea así, veréislo por lo que el Santo hermosamente describe en una de sus homilias á su pueblo de Antioquia.

## VII

Tenemos, dice, un mozo noble, rico, lozano, en la flor de su edad y en la pujanza de su juventud, el cual acaba de emparentar con otro linaje ilustre, mediante ventajoso casamiento; conduce á casa á su amada esposa, doncella no menos rica y agraciada que modesta y obsequiosa: convidados los deudos y parientes á las bodas y espléndido banquete, los regala con todo el aparato de que es capaz, junto con la expansión y familiaridad de iguales. Entremos, dice el Santo, entremos á visitar esta casa tan feliz y dichosa. ¿Qué vemos? Risas descompuestas, conversaciones libres, acciones y gestos desmandados; quien se ha destemplado en la comida, quien se ha cargado de vino y ofuscado su cabeza con la embriaguez; vanidad en los trajes, lujo en los aderezos, ostentación en las joyas y galas; todo es zambra, juegos, cantares, danzas, músicas, galanteos, derramamiento, confusión; ni una sola voz, entre tantas que se cruzan, sabe á religión y piedad: *Multa effusio, nihil studiosum, generosum nihil*. Mas ¡oh inconstancia de los placeres terrenales! de ahí á poco, acometida de imprevisto accidente, muere la esposa, flor se gada en su verdor y lozamia por la guadana de la muerte; y aquella casa, morada antes del júbilo y deleite, es ya mansión de la tristeza y del luto. Tornemos, si no os pesa, á visitarla de nuevo: ¡oh qué mudanza! Acérquemonos á sus umbrales: ya no se percibe un ruido: reina por toda ella

Arg. 6.ª  
De los efectos.  
La tribulación es nuestro maestro: ampliación del último.

Por narración. Ilustrada. 1.ª parte, ó las bodas.

Descripción de júbilo, por

incremento

distribución.

2.ª parte, ó la muerte prematura de la esposa.

Descripción de duelo, ó principio de mudanza.

<sup>1</sup> Hom. 62 ad pop.

suma quietud, recogimiento sumo, profundo y universal silencio. Subamos arriba, y nos salen al encuentro los criados y familiares de traje modesto, con la cabeza inclinada, la vista recogida, el paso quedo y hablando en voz baja y mesurada. Si penetramos en las habitaciones, veremos que hasta las paredes, despojadas de todo profano ornamento, respiran modestia y compostura: callan las músicas, enmudecen las cítaras, y los juegos y tableros, abandonados sin orden en una mesa ó rincón, se miran sin interés y aun dan enojos. ¿Quién osará reír en tanto duelo y amargura? Si se habla ó plática, no se oyen sino palabras graves, sentencias maduras, sentimientos los más piadosos y que exhalan desengaño y compunción. Ni los hombres y amos solamente, pero las mujeres, los criados y los mozos, trocados repentinamente en filósofos, hablan entre sí con maravillosa cordura y madurez. Quién dice que verdaderamente la vida humana es un sueño, una comedia, una sombra de ilusión pasajera. Quién se espanta de que se admire tan locamente una beldad fugitiva, la cual, desvaneciéndose á manera de relámpago, no deja en pos de sí, tras momentánea claridad, sino humo y mal olor. Quién añade que á todas horas fuera bien apercibirnos y esperar la muerte, que no perdona ni lustre de sangre, ni resplandor y fausto de riquezas, ni flor y lozania de edad; y en esta forma discurriendo cada uno, no se oyen, dice el Santo, sino palabras edificantes, provechosas y de profundo desengaño: *Si quis aliquis locutus fuerit, omnia sunt verba philosophiae plena.*

Pues ¿de dónde tal mudanza? ¿quién ha entrado en esta casa? ¿quién ha introducido tan cuerdos razonamientos? ¿quién ha enseñado costumbres tan compuestas? No os maravilléis, oyentes míos; entró aquel sabio maestro, que arriba decíamos; entró en ella la tribulación. La tribulación, con una sola lección, leída en aquella cátedra, sobre la fragilidad y miseria del hombre, ha bastado para desterrar de allí toda liviandad, para lanzar la vana alegría, para insinuar é imprimir en los corazones de todos sentimientos altísimos, dictámenes tan bien fundados de cristiana sabiduría, que con razón podemos concluir con el Crisóstomo, que verdaderamente la tribulación es maestro y docto pedagogo.

go: *Verè pedagogus noster est tribulatio*<sup>1</sup>; ó como habla en otro lugar á semejante propósito, la tribulación introduce en el alma gran inteligencia: *Tribulatio multam introductit sapientiam.*

No es de extrañar, de coniguiente, volviendo á lo que decíamos primero, que para los necios y que no saben vivir según razón, pida el Profeta Rey que se les dé por maestro la tribulación: *Constitue, Domine, timorem super eos, ut sciant gentes quoniam homines sunt.* Esta humilla á los soberbios, compone á los derramados, sosiega á los turbulentos, quebranta y rinde á los duros y contumaces, y, finalmente, hace que todo lo rebelde y apartado vuelva á Dios devoto y compungido. Todos los movimientos del ánimo ceden al recio golpe de la tribulación. La envidia venenosa, la sucia concupiscencia, los rabiosos celos, la omnipotencia del dinero, el amor de la carne, la hinchazón de la arrogancia, la vanidad, la ira y todo al enjambre de los vicios. Hasta aquí el río de elocuencia del gran Crisóstomo<sup>2</sup>.

## VIII

Y si es así, como lo es, ¿no os parece, amados hermanos míos, que debemos á Dios infinitas gracias por las tribulaciones, con que se sirve lastimarnos? ¡Oh qué beneficio y regalo tan grande la tribulación! Veis aquí verificadas al pie de la letra las hermosas palabras que dijo Dios en otro tiempo por boca de Jeremías. ¿Queréislas vosotros saber? Pues oid, que verdaderamente son divinas: *Eccè ego fingo contra vos malum*<sup>3</sup>: Veis aquí que yo finjo el mal contra vosotros. ¿Podría decirse más regaladamente? Cuando Dios nos azota, hácese del enfadado y como que nos tuerce el rostro; es que finge: no le creáis; en realidad de verdad no puede hacernos en esta vida merced más señalada. ¡Oh divina inestimable! ¡oh favor y dulcísimo tratamiento! Tened

<sup>1</sup> Hom. 62 ad pop.

<sup>2</sup> Omnes animi motus tribulationi cedant. Invidia, aemulatio, concupiscentia, potentia pecuniarum, corporum amor, arrogantia, faustus, ira et omne reliquum vitiorum examen. — Jer., XVII, II.

conspicencia  
dual.

reforzada por con-  
terias

de maravilloso  
efectos.

Arg. 2.<sup>a</sup>  
Amplificación  
y concisión.

Luego debía dar  
gracias á Dios  
cuando os tribu-  
laba.

por autoridad re-  
gladísima.

por sumo gozo, dice el glorioso apóstol Santiago, cuando cayereis en varias tentaciones y trabajos: *Omne gaudium existimate, cum in tentationes varias incidieritis* <sup>1</sup>. ¿Que mayor gracia que forzarnos, necessitarnos á ser buenos, á ser humildes y devotos, á ser mercederos un día y partíciperos de su gloria? *Nostras rebelles ad te propitius compelle voluntates* <sup>2</sup>. Esto cabalmente hace él cuando nos atige. ¿Por qué, pues, resistimos al aguijón y, sintiendo el saludable freno, luego nos alborotamos, como caballos indómitos y cerriles, y retrocedemos y porfiamos neciamente en no dejarnos domar por Dios nuestro Señor? ¿De quién toméis? ¿adónde huís tan despavoridos? ¡Ah!, sabed de cierto que no hay más camino para ir al cielo que la cruz y el padecer. Camino de la vida, dice el Sabio, es la disciplina y la reprensión: *Via vitæ increpatio disciplinae* <sup>3</sup>. No niego que sea el más áspero, el más estrecho, el más dificultoso y pedregoso, pero también es el más recto y seguro.

consecuencia traída por sí mismo oratorio;

mayor, menor.

Conclusión y semejanza del camino.

Transición perfecta.

Fig. 5.ª Situación del camino de la cruz.

## IX

Es común sentir entre personas prudentes que, en caso de tener que viajar á remotas partes y ofreciéndose dos caminos, uno por mar, otro por tierra, es mucho mejor viajar por tierra. Pero ¿no sería más cómodo por mar? Sin duda, responde San Bernardo, de quien tomé la semejanza. Andáis sobre hermoso navio, con gente regocijada y alegres pasejeros; coméis á una mesa, platicáis juntos, cantáis, jugáis, os divertís en apacible compañía, y con esto no perdéis un momento de camino. Viajáis y seguís ganando tierra, ora estéis sentados, ora tumbados, ora dormidos descansadamente. Y ¡cuánto avanzáis en breve espacio, si por ventura corre viento en popa! Holgáis de hablar con los marineros, que, medio desnudos y atareados en sus faenas, no se olvidan de su buen humor. ¡Qué de nombres tan peregrinos aprendéis! ¡qué admiración os causa aquello de izar la antena, zarpar el ferro, saltar de la crujía, abatir

Ante todo de viaje por mar y por tierra.

1.ª parte. Por mar, descripción.

<sup>1</sup> Jac., I, 2.—<sup>2</sup> Eclesia. <sup>3</sup> Prov., VI, 23.

tienda, orza de avance, navegar de bolina y los términos de gümenas, escotillones, corbachos, rebenques y mil otras enrevesadas voces que os ponen maravilla! Allí, ninguna inclemencia del tiempo os molesta demasiado. Si llueve, os guarecéis bajo cubierta; si hace frío, os arimáis á la lumbré ó brasero; si os enojan los rayos del sol, os abanicáis y hacéis aire hasta que llega la brisa; y lo que más convida es, que tan largo camino hácese en general á poquísima costa. Por el contrario, ¡qué de gastos, qué de incomodidades, qué de fatigas trae consigo viajar por tierra! En invierno, lodos hasta los tobillos; en verano, polvo sofocante, subidas ásperas, pendientes resbaladizas, llanos pantanosos, no reposar de día, no dormir de noche, cabalgaduras aviesas, vehículos peores que las cabalgaduras, mesones sucios, mesoneros dignos de tales paradores, gritos, voces descompuestas, arrieros enfadosos... ¡Válgame Dios!, ¿quién dirá las penalidades de los largos caminos?

Más sin embargo, yo, que he probado ambas á dos maneras de caminar, aténgome al dicho de la gente, «alaba el mar y ve por tierra». ¿Por qué razón sino por la que trae el glorioso San Bernardo? *Laboriosior forte via videtur inter ardua collium et aspera rupium, sed expertis longe securior*. El caminar por tierra es más trabajoso, ello es cierto; mas, finalmente, vase por ella sobre firme y seguro, y se asienta el pie sobre terreno sólido; ni os encontrarís á cada paso con la muerte, como acontece en el mar, donde cada vez que el cielo se nubla y descompona, ó se pican y encrespan las olas, barruntáis una tempestad que os suma en las profundidades del abismo.

Viva semejanza de los caminos del cielo, el uno de la prosperidad y el otro de la tribulación. El de la prosperidad es más cómodo y holgado, pero el de la tribulación más firme y seguro. Por éste caminaron casi todos los santos y siervos de Dios, según decía la invicta Judit: Todos los que agradaron á su Majestad pasaron por muchas tribulaciones y contrariedades: *Omnes qui placuerant Deo, per multas tribulationes transierunt fideles* <sup>1</sup>. Por éste los patriarcas,

hipótesis; dulzura de una feliz navegación.

por elección de circunstancia.

1.ª parte. Particula.

pintura por comparaciones de algunos enojos.

reticencia.

2.ª parte. Venta jav del segundo.

y peligros del primer.

3.ª parte. Aplicación.

confirmada por ejemplos de santos.

<sup>1</sup> Judit, VIII, 23.

por éste los profetas, por éste los sagrados apóstoles, por éste todos los que valerosamente peleando conquistaron el reino de Cristo y la celestial Jerusalén. Cuando los que anduvieron por el otro á toda vela, ¡ay dolor!, los más dieron al través en las rocas de la soberbia, y se hundieron en las sirtes del olvido de Dios y dureza de corazón. La prosperidad de los necios, esa los perderá: *Prosperitas stultorum perdet eos*<sup>1</sup>; así afirmó de ellos Salomón, que tan prósperamente había navegado este mar y cruzado este camino.

Dignos, en verdad, mis amados hermanos, que tiemblo y la sangre se me hiela en las venas siempre que, al hojear las sagradas páginas, leo y reflexiono lo que dijo el ángel al viejo Tobias: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te*<sup>2</sup>. Porque te ejercitabas en obras de piedad, porque te quitabas el pan de la boca para dárselo á los pobres, porque robabas el sueño á tus cansados ojos para dar sepultura á los muertos; en una palabra, porque eras amado de Dios nuestro Señor, fué menester ¡qué diriais? Fué menester que cegaras, que empobrecieras, que padecieses grandes miserias y penalidades. ¿Qué será, pues, de mí (digame en mi corazón), de mí, vilísimo pecador, de mí, á quien todos los días lucen serenos, de mí, á quien todo sucede al gusto de mi paladar? ¡Oh Dios mío, témome no os desagrade mi conducta y me tengáis por desechado y desamparado, pues no alzáis vuestro azote contra mí! Escrito está: Quien escatima los azotes, aborrece á su hijo: *Qui parcat virgas, odit filium suum*<sup>3</sup>.

Son innumerables y asaz manifiestos los testimonios de las Escrituras divinas confirmando que la señal de que Dios nos ama es enviarnos trabajos y persecuciones. Preguntádselo, si no, al sagrado escritor de los Macabeos, y ¿qué os responde? Señal es é indicio de merced grande, que hace Dios á los pecadores, cuando no los deja correr sin freno ni

<sup>1</sup> Prov., I, 24.—<sup>2</sup> Tob., XII, 13.—<sup>3</sup> Prov., XIII, 24.

permite que les sucedan las cosas á su voluntad, sino que luego los castiga; de suerte que, en haciendo la culpa, luego la paguen con la pena: *Non sinere peccatoribus ex sententia agere, sed statim ultiones adhibere, magni beneficii est indicium*<sup>1</sup>. Preguntádselo á Salomón, y ¿qué os testifica? A quien Dios ama, castígale: *Quem diligit Dominus, corripit*<sup>2</sup>. Preguntádselo al santo Job, y ¿qué os dice? Bienaventurado el hombre, que es castigado y disciplinado por Dios: *Beatus homo, qui corripitur a Deo*<sup>3</sup>. Preguntadlo á los apóstoles y predicadores de Jesucristo, y ¿qué os responden y atestiguan conformemente? Que por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei*<sup>4</sup>. Por manera que, atajado yo, confuso y atónito á la vista de tantos y tan abonados testigos, ¿qué he de hacer, pecador de mí, sino temblar y espantarme de mi suerte, viendo que me sueltan la rienda á mis querer, que Dios no me añade ni me espolea, mas en todo cumple mi deseo? Si no estáis en el número de los atribulados (¡oh terrible sentencia, lanzada ya por el Apóstol á todos los que hurtan el cuerpo á la tribulación!), si no estáis en el número de los atribulados, como lo fueron hasta aquí todos los siervos de Dios, siguese necesariamente (no puedo acabar, de puro horror y estremecimiento), siguese que sois bastardos é hijos de otro padre, y no de Dios: *Si extra disciplinam estis, curus participes facti sunt omnes; ergo adulteri, et non filii estis*<sup>5</sup>.

¡Ay, no, Bien mío y soberano dueño! No, Padre mío dulcísimo, que yo quiero y deseo, y es mi deliberada determinación, contarme en el número de vuestros hijos legítimos; y así, veisme aquí, Señor; yo me ofrezco á los azotes: *In flagella paratus sum*<sup>6</sup>. Castigadme, heridme, azotadme rigurosamente con el azote que seáis servido, que á mí no me toca señalarle; aparejado está mi corazón, visitadme con vuestra vara, pero no apartéis de mí vuestra misericordia. Tiemblan mis carnes y horrorízase el sentido á

<sup>1</sup> Mach., VI, 13.—<sup>2</sup> Prov., III, 12.

<sup>3</sup> Job, V, 17.—<sup>4</sup> Act. Apost., XIV, 21.

<sup>5</sup> Hebr., XII, 8.—<sup>6</sup> Ps., XXXVII, 18.

(repetición y tribulación)

Dios á quien ama, castiga.

Condición apoyada por

terrible sentencia del Apóstol.

Promociones por vía de deprecación

entrega total en manos del Señor

de prosperadas.

Act. 9. "La tribulación es la escuela y madre de los hijos de Dios. Lucas.

Transición de afecto.

Antes, por testimonio

y apóstrofe tirada.

Confirmase este amoroso temor por

congruencia de autoridades.

la sola imaginación de los recios golpes, con que por ventura queréis herirme; al pensar en las enfermedades con que podéis postrar mi cuerpo; al barruntar las ignominias y afrentas con que quizás confundiréis mi nombre; al presentir las amarguras con que os agrada-  
con miración de  
años y afectos  
 ra tal vez abelar mis gustos y poner acibar en todos mis deleites. Pero ¿á qué temer? ¿por qué he de desmayar? ¿No bastará para esfuerzo de mi alma veros á Vos desnudo y enclavado en el afrentoso madero de la cruz, muriendo por mi amor? ¿Puede jamás caberme un cáliz tan amargo, del cual Vos, dulce Jesús mío, no hayáis bebido lo peor y más acerbo? Vos pobre, Vos acosado, Vos desterrado y fugitivo, Vos escarnecido, Vos calumniado por las buenas obras, Vos vendido por vuestros amigos, Vos perseguido de los émulos, Vos infamado de malhechor ante los públicos tribunales, Vos vejado por la injusticia, hollado por la insolencia, maltratado por la desvergüenza y ferocidad. Vos con el cuerpo despedazado, vos con el alma congojada, Vos condenado á morir en lo más florido de la edad; Vos, Redentor mio amorosísimo; Vos ajusticiado, Vos colgado en una cruz, Vos desnudo y derramando copiosa sangre en medio de dos ladrones...

¡Amor mío de mi alma! ¿qué me falta, mirándoos á Vos, para confortar mi flaqueza y que ningún impetu de adversidad me derribe ni me espante? Pero harto conozco, Bien mío, las entrañas de vuestra piedad, y que me trataréis misericordiosa y muy paternalmente, y que, si acercáis á mis labios vuestro cáliz, no querréis que lo apure hasta las heces. ¿Quién duda de ello? Ciertamente dijisteis para atemorizarnos: ¿Podéis beber el cáliz que yo beberé? *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum?*<sup>1</sup> Mas perdonad, Señor, que no debíais decir el cáliz, sino el cáliz de vuestra pasión acerbísima y afrentosísima; porque ¿quién de los escogidos bebió jamás vuestro cáliz en toda su amargura? Apenas si dejáis llegarlo á los labios y gustarlo un poco. Seguro estoy, por lo que á mí hace, que si enviáis tribulaciones, serán proporcionadas á mis flacas fuerzas, y por el mismo caso muy llevaderas y sufribles; en suma, que me daréis á beber lá-

<sup>1</sup> Matth., xx, 22.

grimas con medida: *Potum dabis nobis in lacrymis in mensura*<sup>1</sup>. Bendito seáis, pues, y glorificado para siempre, en todo lo que de mí dispusiereis y ordenareis, porque ¿qué no será beneficio y regalo, viniendo por vuestra mano, si es gran regalo la misma tribulación? Lejos, pues, de mi corazón el pensamiento de que, atribulándome, me aborrecéis ó queréis menos. Conocida tengo vuestra condición de padre. ¿Qué son, en realidad de verdad, las tribulaciones que nos enviáis? Todo es amor encubierto y disfrazado de odio.

## PARTE SEGUNDA

## XI

Parece que la misma ocasión está pidiendo que defendi-  
 en esta segunda parte una causa muy ilustre, la causa de Dios contra las acusaciones de muchos flacos y pusilánimes, que se escandalizan al ver que prospera su Majestad á los ímpios. Porque, cierto, si conforme hemos visto, la tribulación es prenda de amor divino y regaladísima merced, que hace Dios á sus amigos, á sus muy amados, á los escogidos y herederos de su gloria, ¿qué maravilla, oyentes míos, si, por el contrario, á los malos prospera y favorece? La razón es obvia: no los ama, está enojado contra ellos. El pecador, dice David, añadiendo pecados á pecados, ha provocado de tal manera la ira de Dios que, según el mucho enojo que tiene, no buscará sus pecados para castigarlos: *Exacerbavit Dominum peccator, secundum multitudinem irae suae non quare-  
 ret*<sup>2</sup>.

Mas, reflexionando en ello con mayor ponderación, he visto que no tienen razón los tales de quejarse; comoquiera que, por mucho que busquéis, no daréis con un pecador verdaderamente feliz y dichoso. Podéis dar con pecadores que abunden en riquezas, que ostenten pomposos títulos, que sean adulados y reverenciados de ciega muchedumbre, que

DE LA PALA  
 PROSPERIDAD DE  
 LOS MALOS.

Transición por  
 vía de preterit.

¿Por qué Dios  
 prospera á los im-  
 pios?

Resp. 3) Por  
 presenciamos, incor-  
 cediéndoles en que  
 no los ama.

β) Negándose  
 esa felicidad, por-  
 que

<sup>2</sup> Ps. LXXII, 6. — <sup>2</sup> Ps. x secundum hebraeos, 4.

anden en conversaciones profanas, en juegos y banquetes, en comedias y solaces, que pasan toda la vida entretenidos y embelados en fiestas y regocijos: *Ducunt in bonis dies suos*<sup>1</sup>; pero uno que sea feliz y bienaventurado, no lo encontraréis. ¡Oh qué poco es menester para ser infeliz un hombre malo! Bástale ser malo, no ha menester más. Y que esto sea así, escuchadme, y os convenceréis de ello.

la mayor tribulación es la mala conciencia.

Púbase.  
1.º Por suertudal.

satisfacción.

distribución.

y el mutacionado  
ilustre.

segundo.

aferrando.

conclusión.

¿Acertaríais á decirme, mis amados oyentes, cuál es la mayor tribulación del hombre en esta miserable vida? Si lo pregunto á estos más ancianos, me responderán sin duda que la muerte, que está llamando cada vez más recio á las puertas de su casa, y no saben qué partido tomar para despatcharla y desentenderse de sus importunaciones. Si lo pregunto á estos pundonorosos señores é hidalgos caballeros, me dirán que la deshonra y afrenta; si á las señoras, que los ponzoñosos celos; si á los jornaleros y oficiales, que el defraudarles sus años de su debido salario; si á los cortesanos, que la envidia y ambición; si á los criados y sirvientes, que dormir á sueño ajeno, atender siempre á los antojos y voluntad de sus amos; y por este camino reputará cada cual por la mayor tribulación del mundo la que él de presente padece, conforme lo dió á entender el esclarecido autor de las Declamaciones por estas palabras: «Condición es de la humana flaqueza estimar por el más grave de todos el mal que sufre cada uno»; y da la razón, «porque de los males ajenos tenemos ciencia abstracta, de los propios experiencia dolorosa»<sup>2</sup>. Mas si queremos juzgar desapasionadamente, y pesar la gravedad y peso de las humanas tribulaciones con la balanza fiel de la razón, no con la engañosa del particular afecto, hallaremos ser muy verdad lo que dice San Agustín en los comentarios de los Salmos: *Inter omnes tribulationes humanae animae, nulla major est quam conscientia delictorum*; que quiere decir: Entre todas las tribulaciones y pesadumbres del corazón humano, ninguna hay mayor que

<sup>1</sup> Job, XXI, 13.

<sup>2</sup> Est quidem humanae infirmitatis ista natura, ut ex omnibus incidentibus gravissimum putet quisque quod patitur: aliena enim cogitationibus, nostra dolore tractantur. Quintil. Declam. 8.

la mala conciencia; ésta es la gran tribulación, éste el tormento más horrible.

Vedlo, primeramente, cotejándola con la felicidad de la buena conciencia. Dadme un hombre de conciencia limpia, metedlo si os place en el crisol de la adversidad, y den contra él esos desastres que reputáis por los mayores del mundo; veréis con qué paz los sufre, con qué resignación y blandura los tolera, y aun á veces los abraza gustoso, y se alegra extrañamente entre los abrojos del padecer, como si estuviera en un verjel de olorosisimas flores. ¿Dudáis de ello? Ponedle en el trance último y á las puertas de la muerte. Pues la convidará con los brazos abiertos, y con semblante sereno la llamará hacia sí; si ya no hace lo que el bienaventurado San Andrés Corsino, quien á la nueva de su partida se regocijó tanto, que de flaco, descolorido y extenuado que estaba con el rigor de sus ayunos, se rehizo y recobró las fuerzas, y se llenó de carnes, y coloreóse el rostro y mejoró con lo que otros adolecen. ¿Queréis afligirle con afrentas? Pues hará lo que el piadosísimo Carlo Magno, es decir, que sufrirá con mansedumbre las bofetadas de un vil lacayo. ¿Queréis apesadumbrarle con los celos? No lo conseguiréis, porque, á imitación de Santa Godoleva, de los celos, servirá, si es menester, de humilde criada á las concubinas de su bestial marido. ¿Le sumiréis en la miseria? En vano, porque imitará al otro pobrecito y menesteroso, á quien envió el glorioso San Agustín, considerando la complacencia y júbilo con que comía los mendrugos de pan y jugaba con sus harapos. ¿Lo carcaréis con su émulo poderoso y afortunado? Pues cederá su puesto, como lo hizo en la corte del rey cristianísimo San Legerio con su competidor Ebroino. ¿Pondréislo á servir á un amo antojadizo y sin entrañas? Pues no se impacientará por esto, antes obedecerá muy puntualmente en todas las cosas, donde no viere pecado, como lo cumplieron San Guntario y San Paulino en el servicio de señores moros. En suma; poned al hombre de buena conciencia en los mayores trabajos, congojas y fatigas que se pueden imaginar; ponedlo en el mismo infierno, y aun allí encontrará modo de consolarse, y de hacer sabroso lo desabrido, y dulce lo amargo con aquel sua-

2.º á contrario de la paz de la buena conciencia.

por enumeración y estopeta del verso justo:

su alegría á vista de la muerte.

de la afrenta.

de los celos.

de la pobreza.

de la humillación.

de la escaridad.

Condición escaridad.

visísimo licor que endulza todas las amarguras del varón justo, que es la conformidad con la voluntad de Dios. No hay deleites, no hay seguridad comparable á la seguridad y deleite de la buena conciencia; así lo testifica San Bernardo. Sujétese su cuerpo y póngase á cuestión de tormentos; mácrenle con ayunos, despedácenle á puros azotes, descoyúntele en el potro, rájenle con la espada ó cuchillo, y atormenténle con el último suplicio; la conciencia permanecerá segura é incontestable, nada le desquiciará de su contento.

Pero, al revés, dadme un hombre de mala conciencia; ¿dónde hallará una hora de paz, ni un punto de reposo? Vaya de fiesta en fiesta, y de jardín en jardín; distráigase, si puede, en cosas de entretenimiento y gusto; embebézcase en deleites y pasatiempos de fuera; á cualquier lugar adonde se vuelva el miserable, lleva en su corazón el horrible tribunal, que á cada instante le condena de rebelde y traidor á su omnipotente príncipe, y así no puede menos de carcomerse y desasosegarse con el dolor del paraíso perdido y con el temor del infierno que le amenaza. El impío, como mar hirviendo que no puede sosegar, dice Isaías: *Impii, quasi mare fervens, quod quiescere non potest* <sup>1</sup>. Es tan grande y acerbísima esta inquietud que interiormente lo revuelve, que no hallan los desventurados mejor remedio, ni más á mano, que cerrar los ojos á las verdades eternas, renegar de su fe, reprobando la inmortalidad del alma humana, no admitir la existencia del cielo, anatematizar la del infierno, y fomentar en su corazón un secreto ateísmo, como diciéndose: No hay Dios: *Non est Deus* <sup>2</sup>.

Mas, ¡oh miserables!, en este hacerse fuerza, en este mismo violentarse, experimentan tal pena y quebranto, que basta para aguar todos sus deleites exteriores. Cuando se imaginan más quietos, veis aquí que de repente despiertan más vigorosas, como rabiosos perros tras breve sueño, las

<sup>1</sup> Nihil est jucundius, nihil est securius bona conscientia. Subjugatur corpus in poena, jejuniis maceratur, verberibus laceratur, equuleo distendatur, gladio trucidetur, supplicio affligitur, securi erit conscientia.

<sup>2</sup> Is., LVII, 20. — <sup>3</sup> Ps. XIII, 1.

creencias católicas, y, abalanzándose de tropel y furiosamente sobre aquellos tristes corazones, los fuerzan á confesar, á despecho de su protervia y contumacia, que hay Dios en el mundo, que existe aquel que no quisieran, premiador de buenos y castigador de malos. De aquí nacen aquellos fantasmas de la noche, aquellas visiones espantables, aquellas sombras é imaginaciones fatídicas, aquel revolcarse y no dormir en los brazos del mismo sueño, que sepulta y adormece todos los cuidados. Si dijere: al menos en la cama se aliviará y consolará mi corazón (oid las palabras de un pobre pecador descrito por el santo Job): Tú con sueños me espantarás y con visiones horrosas me aterraráis: *Si dixero, consolabitur me lectulus meus, terribis me per somnia, et per visiones horrore concuties* <sup>1</sup>. No que suban las furias del infierno con teas encendidas y con manojos de aspides á flagelar á los malvados, como fingió la imaginación de los poetas no cristianos; sus pecados, sus remordimientos los están despedazando siempre y desgarrando las entrañas. Aquellas especies funestas que cruzan por su mente, aquellos amargos suspiros, aquel despeluzarse el cabello y temblarles las carnes de improviso, éstas son las furias y los atormentadores de los malos. Y con esto ¿qué alegría han de tener? ¿qué paz? ¿qué felicidad? Pasarán los días, si quereis, en banquetes, en golosinas, en bailes y cacerías, en profanos pasatiempos: *ducunt in bonis dies suos*; mas, ¡ay!, que una cosa es pasar los días verdaderamente regocijados y felices. Que vivan los pecadores un día dichoso, una hora feliz y bienaventurada, es imposible.

En vano, pues, me hubiera cansado hoy en excusar la felicidad de los malos; porque tal felicidad, ó yo me engaño ó no se encuentra. Viven como sobresanados, dentro está la llaga; son como unas malas mujeres poñidas de dentro y engalanadas de fuera; son, así dijo nuestro Redentor, como unos sepulcros, de fuera blanqueados, y llenos dentro de gusanos y de huesos de muertos. No es maciza, no es verdadera esta felicidad (creed á Séneca, que, si bien gentil,

Luchas interiores por insipidarse.

remordimientos de día.

enseñan de la noche.

imagen; las verdaderas furias.

Consecuencia y

especificación oratoria.

por imágenes de la mujer.

de los sepulcros.

<sup>1</sup> Job, vii, 13-14.

corteza de felicitad.

habló acerca de esto como no hablan muchos cristianos); corteza es, y muy delgada, de buena dicba: *Non est ista solida et sincera felicitas; crusta est et quidem tenuis* <sup>1</sup>. Y así es fuerza que concluyamos, como concluye él, que ninguna maldad, por más que la fortuna la embellezca y sobredore con sus presentes, queda jamás impune; conoquiera que en la maldad va envuelto el castigo de la misma maldad: *Nūllum scelus, licet illud fortuna exornet muneribus suis, impunium est: quoniam sceleris in scelere supplicium est* <sup>2</sup>.

Conclusión por brevedad.

Por donde, hermanos míos, cierro mi razonamiento con esta consideración, que deseo llevéis bien grabada en vuestra alma. Tienen también los malos sus penas y tribulaciones, aun más acerbas que las que padecen los justos; con esta diferencia: que en los justos son prendas de eterno galardón, y en los malos señales y prenuncios de eterno padecer; no de otra manera que á los infames moradores de Pentápolis fué el incendio que los abrasó en este mundo, no camino para escapar del venidero, sino comienzo y como vislumbre del fuego eternal.

señal de predicción.

señal y marca de los reprobos.

<sup>1</sup> De Prov., c. 6. — <sup>2</sup> Epist. 9, 8.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO VEINTISIETE

¡Oh divina elocuencia, que sabes endulzar lo más amargo, y curar lo más enfermo, y remediar lo más perdido! Tú eres la vara de Moisés que, lanzada en el agua, truecas en dulzor la amargura de las tribulaciones. Tú la piscina milagrosa en cuyo derredor yacen muchedumbre de dolientes esperando el movimiento del agua, y el ángel del cielo es el orador que remueve tus ondas, y, arrojados en ellas los enfermos, curan de sus dolencias, por mortales que sean.

SEÑERI es el ángel del Señor: sus piadosas entrañas se enternecen á la vista de tantos desgraciados. Ve ante sus ojos á unos aquejados de la pobreza, á otros de la infamia, á otros de la enfermedad. Ve á esposas víctimas de la ferocidad ó licencia de sus maridos, madres llorando la rebelión de sus hijos, mercaderes desdichados, nobles arruinados; y más allá contempla otros grupos aun más lastimeros; y el orador que no los vea, retirese del púlpito, que no le llama Dios para médico de las almas.

Ve, pues, á innumerables cojos, que si bien conocen el camino de la verdad, por cohardía ó espantados con el miedo del trabajo, rehusan entrar en él. Ve á muchos ciegos que, sin luz de Dios ni conocimiento de las divinas Letras, andan á oscuras y tropiezan á cada paso. Ve á otros caleturientos que arden en llamas de avaricia y ambición, y tienen por Dios al dinero y las vanas honras de este siglo; á otros que se consumen de envidia, á otros que se abrasan en deseos de venganza. ¡Qué escena tan dolorosa! Mira en torno suyo á muchos paralíticos, insensibles á las cosas espirituales y divinas, que no sólo pecan sin remordimiento, pero «se huelgan cuando obran mal y se regocijan en cosas pésimas» <sup>1</sup>. Contempla á la muchedumbre que, como si padeciera flujo de pensamientos y de afectos, de ojos y de boca, habla á destajo, codicia cuanto mira, mira cuanto se le ofrece, derrámase por todo, sin freno, sin ley y sin vergüenza.

<sup>1</sup> Prov., II.

Espectáculo desgarrador, origen de la elocuencia señeriana, raíz y nervio de este discurso, cuya primera parte se endereza á los enfermos de fuera, mas de conciencia sana, y la segunda á los sanos y robustos de fuera, pero enfermos de dentro y enfermos de muerte, muerte eterna. ¿Cómo cura á los unos y á los otros este ángel del Señor?

**Tribulaciones de los justos.** ¡Qué valentía la de SENECA! Para consolar á los atribulados no les dice que tengan sufrimiento en los trabajos, porque son justos castigos de Dios, ó común dolencia de la naturaleza estragada, ó efectos del pecado original, ó causados de la malicia de los hombres, ó que presto se acabarán y que con ellos nos redimimos de las penas del purgatorio; nada de esto: sube á lo más alto, á lo más dificultoso de probar, pero también á lo más tierno y poderoso para el intento que pretende, que es que sufran con resignación, y aun con alegría y hacimiento de gracias, las tribulaciones que los adigen. Para alcanzarlo deja las ramas y aplica la segur de su elocuencia á la raíz del desabrimiento en nuestras penas, que es considerarlas como un infortunio, y prueba que no son sino regalos de un amante, prendas de un Dios enamorado, y caricias de una madre tiernísima. ¡Oh, si lograrse persuadirles esta verdad de fe, y que la sintiesen y abrazasen!, ¿qué les faltaba para ser los más felices del mundo? Pues creo que lo consigue estudiando la tribulación en sus causas y en sus efectos.

Tras un exordio muy acábado, en que hace á su auditorio atento con la teoría de las pasiones, dócil con la explicación del Evangelio, y benévolo con aquellos sentimientos de compasión: «¿Qué decís, pues, ¡oh almas atribuladas! ¿qué sentís...? ¡Oh hermanos míos!, creedme... cuanto más os ama, más os atribula...; comienza á consolar, exponiendo la

**Causa primera de la tribulación, que es Dios.** ¡Con qué artificio calla la intervención de las causas segundas en nuestros trabajos! ¿De qué sirviera este recuerdo, sino de turbar acaso á sus oyentes? Pero si es Dios, mi Criador y dueño, quien se entretiene tirándome copos de nieve, ¿qué tengo que decir? La imagen del gentil mancebo, caballero de capa y espada, aunque hoy yo no la traeria, pero es feliz, y habla y persuade más que un discurso entero. Esta sola razón, de que ninguna adversidad ni trabajo nos puede venir ni acontecer, que no pase por las manos de Dios y venga colado y registrado por su voluntad, bastará para sosegarlos; mas como esto no se ve, pasa á lo que se ve, que son los

**Efectos de la tribulación, los cuales son tales y tantos, que manifiestan claramente ser cosa enviada de Dios para nuestro bien y provecho.** Se reducen á los tres que señalan los santos Padres, que la tribulación **purifica, alumbr**a y **perfecciona**; esto es, purifica á los incipientes, alumbrá á los proficientes y perfecciona más á los perfectos. Pero nuestro orador los refunde en una forma mucho más oratoria y llena de vida y movimiento, el cual nace del orden con que los trata, de los **similes** con que los explica y de la **moción** afectuosa que penetra toda la oración y se expraya al final de la primera parte.

**Orden de esos efectos.** He lo aquí. La tribulación

a) Nos **levanta** á Dios y nos hace recurrir á él. Luego es prenda dulcísima de su amor.

b) Nos **humilla** y hace entrar dentro de nosotros mismos, al contrario de la prosperidad que nos suele desvanecer. Luego es prenda del amor divino.

c) Es nuestro **maestro** y pedagogo. Luego es prenda del amor de Dios. Luego es amor disfrazado, si queréis, de odio, pero intenso y verdadero amor.

d) Es **camino más seguro** para el cielo que no la prosperidad. Luego es prenda del divino amor.

e) Es **señal** y marca de los hijos de Dios y de todos los predestinados. Luego es prenda de amor regaladísimo la tribulación.

¡Cuán discretamente puso en el primer lugar el argumento más claro, y en el último el más tierno! ¡Cómo ha sabido encontrar en medio los más débiles ó menos poderosos! ¡Qué bien ha comenzado por Dios, y, tras algunos rodeos por las criaturas, torna á Dios!

**Similes y comparaciones.** Hay riqueza de ellos, mas no profusión. En todos debe estudiarse la **propiedad** con que los aplica y la **forma** con que los presenta, principalmente en la del gentilhombre que reprime su enojo al ver la mano que le hirió; en la semejanza del agua, de las cuerdas de la vihuela, del enebro y de los animales hambrientos; en la preciosísima del azor y de la fragua, y en la extensa del camino por mar y por tierra. De todo saca partido, y toda la naturaleza rinde vasallaje al varón elocuente: las cosas animadas, las mudas y las que hablan, las mansas y las feroces, las naturales y artificiosas; y de estas semejanzas se vale para **cuatro fines**. O para probar, ó para embellecer, ó para declarar lo que intenta, ó para pintar una cosa en la imaginación de los que oyen. Empléanse por **cuatro modos** distintos. O **por contrario**, cuando negamos que sea semejante lo que proponemos en el símil á lo que sustentamos en el discurso; ó **por negación**, cuando en ambos términos

usamos la partícula negativa, como si dijera: Ni el caballo indómito, aunque de buena casta, sirve para la carrera, ni el hombre sin estudio, aunque de buen ingenio, podrá alcanzar la sabiduría; ó por **brevedad**, cuando no se separan los dos términos, sino entrambos se mezclan y casi confunden; ó por **cotejo** y comparación, cuando se ilustran los dos miembros y se declaran, el uno tras el otro, con razones semejantes. Para estos cuatro fines y por estos cuatro modos se vale **SEÑER!** de símiles en éste y en los demás discursos, con exquisita variedad, imitando á sus maestros de Roma y Antioquia, Cicerón y el gran Crisóstomo.

**Moción afectuosa.** ¿Quién tendrá virtud para levantar hasta las nubes una montaña? ¿ó para endulzar todas las aguas del mar Océano? Pues más difícil es sin comparación hacer que la voluntad tome gusto y sabor en las penalidades. A esto se encamina la moción afectuosa, que nace de la **convicción** del entendimiento, de que es don de Dios el ser atribulados; convicción que arrancó del pecho del orador los afectos del párrafo VIII, en que da gracias al Señor y besa el azote que le affige: «¡Oh dádiva inestimable! ¡oh favor y dulcísimo tratamiento!... ¡Qué mayor gracia que forzarnos Dios y casi necesitarlos á ser buenos, á ser humildes... á ser merecedores un día y partíciperos de su gloria?...»

Más donde triunfa la elocuencia y se endulzoran todas las hieles, es en la conclusión de la primera parte. (§ X.) «¡Qué torrente de soberana dulcedumbre! ¡Qué arte más divina! ¡Les que primero se afligian porque Dios los atribuía, ya lloran y se afligen porque no los atribula, temiendo no ser contados entre los hijos de tan buen Padre! Véase la progresión y enlazamiento de los afectos:

De **temor.** «¿Qué será de mí (dígame en mi corazón), de mí, vilísimo pecador, de mí, á quien todos los días lucen serenos?... ¡Oh Dios mío!, témome no os desagrade... pues no alzéis vuestro azote contra mí...»

De **mayor espanto:** «¿Qué he de hacer, pecador de mí, sino temblar y espantarme de mi suerte...? Si no estáis en el número de los atribulados (¡oh terrible sentencia!...) ... si sigue necesariamente (no puedo acabar de puro horror...)»

De **amor:** «¡Ah no, Bien mío y soberano dueño! no, Padre mío dulcísimo, que yo quiero y deseo, y es mi deliberada determinación, contarme en el número de vuestros hijos legítimos.»

De **resignación:** «Y así, veíame aquí, Señor, yo me ofrezco á los azotes. Castigadme, heridme, azotadme rigurosamente con el azote que seáis servido... aparejado está mi corazón; visitadme con vuestra vara...»

De **miedo:** «Tiemblan mis carnes y horrorízase el sentido á la sola imaginación de los recios golpes con que por ventura querréis herirme...»

De **esfuerzo é imitación** de Cristo: «Pero ¿á qué temer? ¿por qué desmayar? ¿No bastará para esfuerzo de mi alma veros á Vos desnudo y enclavado... muriendo por mi amor...?» Aquí llega á la cumbre de la persuasión con el argumento más poderoso para un cristiano, que es Jesucristo pobre, muerto en la flor de la edad...

De **deseo:** «Vos, Redentor mío amorosísimo, Vos ajusticiado, Vos colgado en una cruz... Amor mío de mi alma, ¿qué me falta mirándoos á Vos?...»

De **confianza:** «Seguro estoy, por lo que á mí hace, que si enviáis tribulaciones, serán proporcionadas á mis flacas fuerzas...»

De **alabanza y conformidad:** «Bendito seáis, pues, y glorificado para siempre en todo lo que de mí dispusieréis... Lejos, pues, de mi corazón el pensamiento...»

Verdaderamente hace exclamar que no hay en todo lo criado cosa más preciosa que el **amor glorioso** de los bienaventurados, y en la tierra el **amor atribulado** de los justos.

**Prosperidad de los malos.**—Hay que amargársela, hay que persuadirles que son desdichados, desdichadísimo, que están enfermos, y enfermos de muerte eterna; y á fe que lo consigue. En la primera parte allanó aquella dificultad tan sonada: ¿Por qué los buenos son atribulados? y en esta segunda aquella otra: ¿Por qué son prosperados los impíos?— Ahí están las pruebas, ya **concediendo**, ya **negando** que sean felices; ahí está el **paralelo** entre el impío, al parecer dichoso, y el varón justo, al parecer atribulado. ¡Qué paz y alegría goza éste en los mayores trabajos! ¡qué congojas aquel en medio de sus deleites! El uno lleva un cielo escondido en el alma; el otro un infierno horroroso. Luego, aun en este mundo, más padecen los malos que los buenos; con que envía á sus oyentes, alentados, si son justos; amedrentados saludablemente, si pecadores.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## DISCURSO VEINTIOCHO

### DEL PECADO MORTAL

*Quis ex vobis arguit me de peccato?*  
*¿Quién de vosotros me convencerá de pe-*  
*cado?*

(JOAN., VIII, 46).

#### EXORDIO

2) An exordio  
con que despierta  
la atención.

ARDIA en tiempo de Carlos VII, rey de Francia, una guerra encarnizada en los campos de la Gascuña, entre franceses é ingleses; y como llevasen aquéllos la peor parte, enviaron á uno de los más distinguidos capitanes á que solicitase del rey los socorros tan deseados, y de viva voz expusiese á su majestad las necesidades del ejército, la ruina ó dismantelamiento de las plazas, los riesgos de la comenzada empresa. Llegado el capitán á la corte con gran celeridad, encontró que estaba el rey holgando muy entretenidamente con los cortesanos y grandes, y así tuvo que esperar largo espacio para conseguir audiencia. Finalmente, recibióle su majestad con notable cortesía, y tomándole de la mano condujole por las estancias y salones de palacio, ocupados aquí con tableros y juegos diferentes, allí con variedad y muchedumbre de instrumentos músicos, y comenzó á departir con él sobre las justas y lanzas que se prevenían en la corte para común regocijo y pasatiempo, sobre torneos, carreras y teatros. Parado estuvo y silencioso largo rato el discreto capitán á semejantes pláticas, hasta que, preguntándole el rey, según costumbre, qué le parecía de aquellas fiestas y aparato que se apercebían para de allí á

Narración sencilla:

profano ó distraído del período.

por enumeración:

y distribuido:

apóloisis ó fina representación del asunto

poco, forzado á responder: «Paréceme, le dijo con semblante como maravillado, que no se hallará en el mundo quien tan regocijadamente se esté arruinando como vuestra majestad». Entendió el rey la gracia, y, torciendo la conversación, oyó despacio é hizose cargo de los aprietos de su gente, de las ventajas y progresos del enemigo, y al punto dió orden cómo se proveyese á todo según el caso y la urgencia requieran.

por diálogo.

F) Aplicación, sea que se diga la decencia.

trátese, ó sea de los peores.

Es de fe, mis amados oyentes, que no hay pérdida ninguna de este mundo, ni de fortalezas, ni de ciudades, ni de reinos, comparable con la pérdida del cristiano, cuando por un pecado mortal pierde miserablemente en un instante la gracia de su Dios. Y con ser así, como lo es, ¡oh quién pudiera rodear las casas y seguir los pasos de estos infelices! Verláislos al mismo tiempo sentados á unos cabe la mesa de juego, á otros diciendo chistes y donaires en la tertulia, á otros danzando en el festín, á otros riendo descompuestamente en el lugar de las representaciones, sin más pensamiento que cómo pasarán tal noche en aquella tertulia ó velada, y tal día en el otro banquete ó pasatiempo.

afectó, y alcorro de decir.

¿Es posible, ¡oh malaventurados pecadores!, que os arruinéis tan alegremente y perdáis tan sin dolor cuanto tenéis que perder en este y en el otro mundo? ¡Ah!, si en este mismo tiempo, en que os divertís y regocijáis con tanta paz, quisierais reflexionar un poco en la gravedad de vuestro estado y en lo terrible de vuestra pérdida, no imitaríais á aquel mal aconsejado príncipe: antes bien, ¿cuántas lágrimas de vuestros ojos, cuán amargos suspiros lanzaríais de vuestro quebrantado corazón! Arrojaríais desechados los instrumentos del juego, huiríais de las tertulias y reuniones, no pondríais más el pie en los circos y teatros; más, volviendo las espaldas al mundo y cerrando los ojos á sus vanidades, os entraríais en lo más apartado de casa, y allí derribados delante del divino acatamiento, lloraríais y gemiríais y sollozaríais muy entrañable y copiosamente hasta haber reivindicado vuestras pérdidas. Pero éstas no las veis, y así tampoco os pesan ni lastiman. ¿Por qué razón?

V) Grapiose la benevolencia, por comunicación humilde

Porque nunca pensáis en ellas; porque nunca queréis que

se os hable de ellas; tan lejos estáis de buscar un amigo fiel y discreto que os avise, un sacerdote celoso que os reprenda, diciéndole: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* ¿Quién de vosotros me convencerá de culpa?

Perdonadme, con todo, mis amados oyentes, si, como el otro vasallo, os pido audencia, y os represento, á fuer de leal amigo, cuya felicidad consiste en vuestra felicidad, el estado de vuestra conciencia. Si os pareciere, por ventura, que no va nada en ello, seguid holgando á vuestro placer, porque señores sois y dueños de vuestras almas; mas si conocierais y reconocierais vuestra calamidad y perdición, os preguntaré entonces maravilla: ¿Cómo es posible que exista en el mundo una cosa tan extraña y frecuente, por desgracia, cual es que un hombre ose reir con conciencia de pecado mortal?

y proposición

por interrogación

## PRIMERA PARTE

### II

Primera acri. Bienes que se pierden por el pecado mortal

Vuestras almas, si por ventura no lo sabéis, antes que os atrevieséis á pecar mortalmente, tenían una dignidad altísima, y tan excelsa y soberana, que no sólo erais amigos de Dios, mas amigos queridísimos; ni amigos sólo, mas hijos suyos muy amados; porque prohibiéndos su divina Majestad y adoptándoos á la filiación sobrenatural, os había sublimado juntamente á la participación de sus atributos por la gracia, á la comunicación de sus prerrogativas, á la compañía de su reino, á la herencia de sus títulos y bienaventuranza; en una palabra, conforme habla San Pedro de todos los justos; al censorio de la naturaleza divina: *Divinae consortes naturae* <sup>1</sup>. Pues de tan excelsa dignidad caisteis por el pecado, ni ya Dios os tiene por hijos suyos, ni por amigos, ni por siervos de su casa, más por extraños y gente desconocida, como protesta claramente diciéndoos:

Arg. 1.º Perdida de la filiación divina.

por interposición de la dignidad primera.

<sup>1</sup> 2 Pet., 1, 4.

y la desventura  
presente.  
Conclusión.

No os conozco: *Nescio vos* <sup>1</sup>; y desheredados y desechados por vuestro Dios, ¿tenéis calma y vergüenza para reiros?

Implicación a  
suicidi de Esau,

El infortunado Esau, cuando se vió privado por su padre, no más que del mayorazgo, cuyos derechos, con la bendición de Isaac, pasaban á Jacob, sobresaltóle tal despecho, que de coraje rugía y se despedazaba, como un león herido súbitamente de enherbolada flecha: *Audiitis Esau sermonibus patris, irruit clamore magno* <sup>2</sup>. Oyendo Esau las palabras de su padre, rugió con grandes alaridos. ¡Oh amadísimo pecadores! poco fuera que os hubiese despojado Dios de los sagrados derechos de la primogenitura, pues podría acaso tocaros otra inferior bendición que os consolase en vuestro infortunio: mas ¡oh dolor! que hasta de la simple adopción de hijos os ha enteramente privado. Conque ya no os resta más bendición que la terrible maldición que Jesucristo, juez, hará resonar en las orejas de todos los condenados. Si murieris con el pecado, son palabras del Eclesiástico, vuestra herencia será la maldición: *Si mortui fueritis, in maledictione erit pars vestra* <sup>3</sup>. Y ¡vosotros, miserables, no sólo no rugis de pena con el desheredado Esau, pero os holgáis y regocijáis con el favorecido Jacob!

Herando su pecho  
del mayorazgo.

y sinceridad:

Conclusión.

Arg. 2.<sup>a</sup> Dios  
es el DAMNIFICA-  
DOR.

## III

Transición im-  
partida.

Dios mira en el  
justo.

por testimonio:

¿De dónde nace tanta insensibilidad y desatino? ¿No sabéis que no mira Dios en vuestro corazón, ni vosotros vivís ya en el corazón de Dios? ¿No sabéis que están rotas las amistades y disuelta aquella maravillosa comunicación de recíprocos sentimientos que reinaba entre ambos? No se me esconde que por razón de su inmensidad asiste Dios á todas las criaturas y se derrama todo por todas partes, más anchamente que la lumbre del sol: *Totus ubique diffusus*, como dice con no menos brevedad que gallardia el glorioso mártir San Cipriano. Pero en el corazón del justo habita el Señor más singularmente, y por manera muy más regalada; por donde, ni el ángel cuando se apareció á Ge-

<sup>1</sup> Math., xxv, 12.—<sup>2</sup> Gen., xxxvii, 34.—<sup>3</sup> Eclli., xii, 12.

deón <sup>1</sup>, ni el arcángel cuando saludó á nuestra Señora, acertaron á hacerles mayor honra que significarles cómo su divina Majestad moraba en ellos: *Dominus tecum* <sup>2</sup>; A quién empero de vosotros puede hacerse con verdad tal distinción? Lejos está el Señor de los impíos: *Longe est Dominus ab impiis* <sup>3</sup>, exclama el Sabio en los Proverbios. Desviado se ha de vosotros, más apartada y remotamente que el norte del sud y el oriente del ocaso, y antes se juntarán en amigable compañía el gavilán y la tórtola, el lobo y el cordero, que en una alma el pecado y Dios. Y sin Dios, ¿qué alegría puede sentir vuestro corazón? ¿ni qué sombra de paz en tanto desolamiento? Presente Dios en el alma, ¿á qué no arrostrará el hombre con el mayor esfuerzo?

pero está lejos del  
pecador.

por similes.

Los justos todo lo  
tienen con Dios.

por aspeñada

Revolved las Escrituras divinas, y hallaréis que, en virtud de esta suavísima presencia, se alentaban los varones santos que tenían prendas de ella, y concebían esperanzas y pensamientos altísimos: *Ego tecum*. Yo soy contigo, dijo Dios á Isaac, animándole á no temer las celadas de los filisteos <sup>4</sup>. Yo soy contigo, dijo al patriarca Jacob, cuando quiso esforzarse á que volviese á su patria <sup>5</sup>. Yo soy contigo, dijo á Moisés, al enviarle como libertador de Israel de la ignominiosa servidumbre del Egipto <sup>6</sup>. Yo soy contigo, dijo también al capitán Josué, para infundirle valor y que guiase con acierto al pueblo escogido <sup>7</sup>. Yo soy contigo, dijo al profeta Jeremías, para enfervorizar su espíritu y que predicase entre gente proterva su verdad <sup>8</sup>.

y repetición enfri-  
da.

Pero quien está desamparado de Dios, ¿qué puede esperar? ¿adónde volverá los ojos? ¡Ay de ellos cuando me apartate de ellos! *Vae eis cum recessero ab eis* <sup>9</sup>, dice el mismo Señor por boca de su profeta. ¿No fué lo mismo para Sansón perder á Dios y perder su fortaleza? ¿Para Manasés, perder á Dios y perder la libertad? ¿Para Saúl, perder á Dios y perder el cetro y la corona? ¿Para Heli, perder á Dios y perder el sacerdocio? ¿Para Osías, perder á Dios y perder juntamente la salud? ¿Para Salomón, perder á Dios y per-

pero los malos,  
perdido Dios, to-  
do lo pierden.

por contigui-  
dad y coage-  
nes.

<sup>1</sup> Judic., vi, 12.—<sup>2</sup> Luc., i, 28.—<sup>3</sup> Prov., xv, 29.

<sup>4</sup> Gen., xxvi, 24.—<sup>5</sup> Gen., xxxi, 3.—<sup>6</sup> Exod., iii, 12.

<sup>7</sup> Jos., i, 5.—<sup>8</sup> Jer., i, 19.—<sup>9</sup> Os., ix, 12.

der las riquezas? ¿Para el pueblo de Israel, perder á Dios y perder con él toda ventura y prosperidad? Pues este mismo Dios, ¡oh pecadores!, pues este mismo Dios habéis perdido, y con todo vivís sin pena y sin la menor pesadumbre del mundo.

Coordinación.

Arg. 3.º. PERO  
LAS TRIS TODOS  
LOS MÉRITOS.  
Largo - Moral.

## IV

PERO ¿sabéis qué perdisteis, perdiéndole á él? Cosa cierta es que, aun dejando aparte otras pérdidas lastimosísimas, perdisteis los merecimientos de la vida pasada; por manera que, cuanto de bueno, de piadoso, de edificante hicisteis, cuanto atesorasteis trabajosamente, todo se cuenta por no hecho. Oid cómo su Majestad lo denuncia así por Ezequiel: Si el justo se apartare de su justicia, y obrare la iniquidad, siguiendo las abominaciones de los malos, ¿acaso vivirá? No, cristianos, no vivirá. Pues ¿qué será de él? No habrá más memoria, continúa el profeta, de las justicias que hizo y merecimientos que granjeó; mas en las prevaricaciones con que él prevaricó, y en el pecado con que pecó, en éstos morirá <sup>1</sup>. *Omnes justitiae ejus, quas fecerat, non recordabuntur. In praevocatione qua praevocatus est, et in peccato suo quod peccavit, in ipsis morietur* <sup>2</sup>. ¡Oh qué protestación tan espantosa, que hace temblar los corazones de piedra! Todas las buenas obras, dice Dios, que anteriormente hubierais hecho, andan sepultadas ¡oh pecadores! en tan profundo olvido, que, si la muerte en esta hora os saltease y os arrancase de este mundo, jamás por toda la eternidad gozaríais del galardón de las pasadas obras, mas siempre por toda la eternidad estaríais padeciendo la pena y castigo del pecado presente.

y expoliación sea  
vuelta al terreno.  
den.

Conservación  
de la fuerza des-  
tructora de un pe-  
cado.

¿Quién nunca, mis amados hermanos, creyera ser tanta la malicia y asolamiento de un pecado? Conque, si alguno de vosotros hubiese, como otro Santo Domingo Loricato, atormentado su carne con asperísimo rigor y continua peni-

<sup>1</sup> Si averterit se justus a justitia sua, et fecerit iniquitatem secundum omnes abominaciones quas cogitavit solet impius; nunquid vivet?

<sup>2</sup> Ezech., xviii, 24.

tencia, y consumido su cuerpo con ayunos, y llagádole con cilicios, y desgarrádole con azotes, y despedazádole con abrojos y cadenas, si este penitentísimo varón muriese ahora de repente en pecado, ¿no le servirían de nada tan espantosas austeridades? De nada. Conque, si alguno de mis oyentes hasta aquí hubiese, á imitación de Santa Melania romana, distribuido su hacienda entre los pobres, y vestido desnudos, y rescatado esclavos, y sustentado huérfanos, y asistido á enfermos, y derramado por Cristo todas sus riquezas, si este misericordiosísimo varón muriese ahora de repente en algún pecado, ¿no le servirían de nada tantísimas limosnas? De nada. Y si hubieseis convertido á la fe católica más pueblos y naciones que un Javier, y escrito en defensa de la religión más volúmenes que un Tomás de Aquino, y arrostrado por la Iglesia más odios y enemistades que un Tomás, obispo de Cantorbéry, y sufrido por Cristo más tormentos que un Clemente de Ancyra; si hubieseis sobrepujado á un San Alejo en el menosprecio del mundo, á un Francisco de Asís en el rigor de la pobreza y desnudez; si hubierais imitado en el claustro de las sagradas religiones á los santísimos monjes del monasterio Lirinense, y en los yermos y cavernas á los anacoretas de la Tebaida y de la Nitria, y sobre columnas apartadas á los portentosos Estilitas del oriente, y ahora de improviso tuvieseis la desgracia de morir en pecado, ¿nada os aprovecharían tantas obras virtuosas, nada tantos merecimientos acaudalados, nada tan sublime y excelsa santidad? Nada, hermanos míos, absolutamente nada, ¿por qué me obligáis á repetirlo? Todas las obras buenas que ejercité, cuanto hice, cuanto padecí, cuanto allegó, todo será olvidado para siempre: *Omnes justitiae ejus, quas fecerat, non recordabuntur*. ¡Oh pérdida! ¡oh desventura! ¡oh miseria digna de llorarse con lágrimas de sangre! Y vosotros, sin embargo de tanta ruina y tan lastimosa quiebra, ¿tenéis pecho y valor para reír y para holgar y para entonar cantares de victoria, como se regocijan los vencedores al repartir de los despojos? *Sicut exultant y semejanza del vencedor. victores, capta praeda, quando dividunt spolia* <sup>1</sup>.

por enumeración  
de austeridad  
místicas.

Santa Melania,  
San Domingo,  
y Santa Melania.

San Javier,

Santo Tomás,

San Clemente,

San Alejo,

monjes,

armadas,

afectos de dolor y  
causa, por duplica-  
ción.

polisímetos

polisímetos  
del  
vencedor.

<sup>1</sup> Is., lx, 3.

Conclusión por repetición.

Sé, mis amados ayentes, que no habéis jamás llegado tanto caudal de merecimientos como los santos arriba dichos; mas, todavía, tantos ayunos como habéis ayunado en vuestra vida, tantas limosnas repartidas, tantos sermones oídos, tantas coronas y rosarios rezados, tantas confesiones, tantas comuniones, tantas penitencias, tantas misas, ¿dónde están ahora? ¿qué se han hecho? Nunca jamás ¡oh miserabilísimos pecadores!, nunca jamás habrá memoria de ellos en el acatamiento de Dios. ¿Y no lloráis? ¿y no os deshacéis en llanto? ¿y no prorrumpís en ayes de dolor? ¿y no estalla vuestro pecho de puro quebranto y pesadumbre? ¿y no henchís los aires de sollozos y bramidos congojosos?

y ayes de dolor y arrepentimiento.

Arg. 4.º Atribución de la posesión de las semillas.

ya del vendaval que desmenua el huerto.

Exposición.

y aplicación a nosotros.

Si un pobre labrador hubiese plantado con grandes fatigas y no pequeña costa muchos y ricos árboles en las posesiones heredadas de su buen padre, de frutas tan exquisitas, tan variadas, tan preciosas y regaladas, que mejores no se vieron en los jardines de los reyes más opulentos, y cuando estuviessen cargados, y ya los frutos bien sazonados y maduros, á deshora de la noche se levantase una repentina tempestad que lo arrojase todo por tierra, y maltratase y destruyese en un punto, ¿qué sentimiento no tendría el infeliz, cuando á la madrugada entrase en su huerto y contemplase atónito el estrago? ¡Oh qué lágrimas! ¡qué de aullidos lanzaría con la fuerza del dolor! Verdaderamente parecería loco y hombre desatentado. Pues ¿qué tiene que ver este daño mezquino con el asolamiento causado en vuestra alma por el pecado? Porque, no solamente os ha arrebatado frutos más peregrinos y sabrosos al divino paladar, cuando estabais ya maduros y en sazón, mas fué tan furioso el vendaval, que dió en tierra con los mismos árboles, arrancándolos de cuajo: *Eradicans gemina*<sup>1</sup>, como dice el santo Job; esto es, desarraigando del corazón los hábitos infusos de las virtudes cristianas, por manera que en el de-

<sup>1</sup> Job, xxxi, 12.

plorable estado en que vivís es imposible que deis ningún fruto apacible á los divinos ojos y merecedor de vida eterna. Se ha secado la raíz de ellos, dice el mismo Dios por boca de Oseas, la raíz de ellos se ha secado; y ¿qué ha de resultar? Que no producirán ya ningún fruto de bendición: *Radix eorum exsiccata est: fructum nequaquam facient*<sup>1</sup>.

Esta ruina y exterminio quería significar el Espíritu Santo al comparar el alma del malaventurado pecador, ya con una viña descepada y destruída por la furia de feroces jabalies, como lo lloró David en el salmo setenta y nueve; ya con una casa robada y saqueada por la codicia de bárbaros ladrones que de noche la saltearon, como en el capítulo cuarenta y nueve amargamente lo deplora Jeremías; ya con una ciudad entrada á saco por el furor de insolente y desenfadada soldadesca, como en el capítulo décimoquinto lo lamentaba Job. Y ¿vosotros podéis, no obstante, reír en tanta desolación? ¿Para cuándo reserváis las lágrimas, si con ojos enjutos podéis contemplar vuestra alma, destruída, robada y asolada por el monstruo del pecado?

ya de feroces jabalies.

ya de ladrones;

ya de un ejército exterminador.

Conclusión de llanto.

## VI

Arg. 5.º Atribución de la comparación de mentes á más.

De los judíos refiere San Jerónimo<sup>2</sup> que, después de perdida su hermosa Jerusalén y ocupada ya de los romanos, sus conquistadores, solían de diversos países comarcas congregarse un día determinado del año á llorar juntos tan lamentable pérdida con ceremonias y demostraciones las más extrañas que jamás usó gente desgraciada. Oído, os ruego, que es ciertamente la historia más triste del mundo.

Narración ilustrada y pábula del día del llanto.

Estábase severamente prohibido á los judíos, cuando aun vivía San Jerónimo, poner el pie en el recinto de Jerusalén, excepto en el día del llanto, que así llamaban el aniversario fúnebre de aquella jornada desastrosa, en la cual, inundando las legiones romanas la ciudad, y corriéndola á bandera desplegada, y desvenainados los aceros,

Exposición por antecedentes históricos.

<sup>1</sup> Os., ix, 16. — <sup>2</sup> In Soph., c. 1.

acarrearon sobre ella la tremenda catástrofe. Pero ni siquiera en aquel día podían libremente entrar en la ciudad amada para sus lamentaciones, sin pagar antes una gruesa suma. Veríais á aquellos infelices no perdonar al dinero ni á la plata por lograr la dicha de llorar á su placer, disponiendo maravillosamente la divina justicia que vieses á comprar las lágrimas propias los que osaron comprar la sangre de un Dios <sup>1</sup>.

definición.

Descripción  
hecho por algunos  
poetas lastimeros.

de los judíos.

en la entrada de  
Jerusalén.

en las calles.

á la vista del templo.

de las ruinas.

Llegado, pues, el prefijado día, juntábanse de todas partes aquellas gentes desventuradas en grandes bandadas y descompuestos pelotones: hombres y mujeres, viudas y doncellas, niños y viejos, comparecían todos vestidos de luto, destrenzado el cabello, la cabeza desgreñada, polvorientos, los ojos bajos, el semblante fúnebre, melancólico, silencioso, en cuanto daban lugar los sollozos que se arrancaban, sin querer, de su oprimido corazón; mostrando manifiestamente estampada en el traje, en el rostro, en todo el continente y ademanes la ira del Altísimo. Al tocar las puertas de la ciudad, reuníanse los tristes desterrados, y rompiendo á una en amarguísimo llanto, y golpeándose unos los pechos, otros mesándose la cabellera, y otros también dándose de bofetadas en el rostro, hacían su entrada en la lúgubre Sión. A la vista de sus calles, á la presencia de aquellas casas, muy otras y trocadas de lo que eran cuando las habitaron sus padres, renovaban con más vehemencia los sollozos, y luego, con ceremonia por un lado supersticiosa, por otro desgarradora, iban en derechura aquellos miserables en busca de su antiguo templo, constándoles que el tal templo no existía ya; y como no lo encontrasen, no se daban paz los infelices, sino que, corriendo desatinadamente de barrio en barrio y de plaza en plaza, vociferaban dando unos como aullidos lastimeros y llorando sobre las cenizas del Santuario, sobre el *Sancta Sanctorum* destruido, sobre las torres desplomadas, sobre los gazofilacios ya deshechos, sobre los pórticos derruidos, ora montón de escombros lo que fuera un tiempo la maravilla del mundo. A tan

<sup>1</sup> Et ut eis suae fere liceret ruinam civitatis, pretio redimunt, ut qui quondam emerant sanguinem Christi, emant nunc lacrymas suas.

profunda tristeza se acrecentaba el horror y melancolía que derramaban en el ánimo los instrumentos músicos, que de cuando en cuando respondían lúgubrementé á sus gritos y lamentaciones.

Efectos de la  
música.

Porque no faltaban en tanta solemnidad la majestuosa trompa y la citara, su compañera, mas no festivas como en otro tiempo, sino destempladas y roncadas, para que se verificase, como notó el mismo Santo, que las cítaras se trocarían en luto, y en duelo los címbalos, y las voces de júbilo en plañidos y voces de dolor: *Et vox solemnitatis versa est in planctum*. Así lloraban los desgraciados con incansable llanto muchas horas, cercados por doquiera de gente de armas concentrada en Jerusalén para asegurar la ciudad de cualquier tumulto ó alboroto, ya de los extranjeros y tantos advenedizos, ya de los naturales del país. Finalmente, forzados á partirse, no sabían los pobrecitos arrancarse de aquellos lugares venerandos, y suplicaban muy humildes y encarecidamente á los soldados que por misericordia les

la citara trocada  
en luto.Durante la  
ceremonia.el precio de una  
lágrima.

por el día.

dejasen un poco más para llorar y desahogar su sentimiento; pero ellos, tan sordos á las súplicas como codiciosos de ganancia: Si queréis llorar más, pagad también más, les respondían. ¿Lo creeríais? Á trueque de recabar tal dicha, muchos se acomodaban á este partido; y, aunque pobres ó avarientos, echaban mano de la bolsa para rescatar con dinero unas lágrimas más, no hartándose de ellas su amargado corazón. Aún está el llanto en las mejillas, prosigue el Santo; aún están cárdenos los brazos y desgreñados los cabellos, y los soldados exigen una paga para permitirles llorar un poco más: *Adhuc fletus in genis, et livida brachia, et sparsi crines, et miles mercedem postulat, ut illis flere plus liceat*. Inhumanidad extraña, espectáculo horroroso, que hizo tanta mella en el corazón de San Jerónimo, que no dudó comparar al día del llanto el postrero del universal juicio; y así concluye con este terrible epifonema: Y ¿habrá quien ponga en duda, viendo este espectáculo, el día de la tribulación y de la angustia, el día de la calamidad y la miseria, el día de las tinieblas y la obscuridad, el día de la sombra y del torbellino, el día de la trompeta y del sonido? *Et dubitat aliquis, cum haec videat, de die tribulationis et angustiae*.

diálogo que nace

y comparación hi-  
perbólica.

*stiae, de die calamitatis et miseriae, de die tenebrarum et caliginis, de die nebulae et turbinis, de die tubae et clangoris?*

Aplicación á fortitud.

¡Ah hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo!, venid acá y decidme: ¿Por qué he descrito tan minuciosamente este suceso, sino para en alguna manera comoveros con el parangón? ¡Gran cosa! Por la pérdida de un templo terrenal sentían los judíos tan incomparable pena, que se tenían por dichosos de poder comprar á peso de oro tiempo de llorarla; y no dudaban de arrostrar en tan supersticiosa ceremonia los insultos de sus enemigos, la mofa de la soldadesca, las risas y baldones del populacho, que concurría á burlarse de las lágrimas de un pueblo siempre lamentable y jamás lamentado ni compadecido. ¿Y vosotros, sabiendo que habéis perdido, no ya el templo de Dios, sino lo que es más deplorable, al Dios del templo, tomáis tan corta pena, que, aun provocados continuamente á llorar y gemir tan grande ruina, atendéis sólo á reír y solazaros? ¿Cuándo jamás recogisteis vuestros derramados pensamientos, cuándo entrasteis dentro de vuestro corazón, buscando solícitos y preguntando congojosos: dónde está mi Dios? ¿Cuándo ni una sola vez os afligisteis ni llorasteis á tal pensamiento? Pásanse los días, transcurren los meses, torna el aniversario fúnebre de vuestra desolación, os acordáis de ello en vuestro interior y os decís: Hoy precisamente se cumple un año que me vengué de mi rival, que mancillé tal castidad, que satisficé á mis antojos: los predicadores os exhortan, los confesores os esperan para llorar amargamente tan gran desastre junto con vosotros; y vosotros, más obstinados, porfiáis en reír, y no sólo no pedís que os dejen llorar; mas, aun rogados é importunados, negáis una lágrima á vuestro

1.ª parte.

2.ª parte: á manera de pérdida mayor e irreparable.

3.ª parte: contrapención.

interrogación.

gradación.

antítesis.

Libro del predicador sobre el templo espiritual.

por honda impresión.

Dios. ¡Ojalá pudiera yo con mi espíritu penetrar en vuestros corazones para soltar allí la rienda á mi quebranto! ¡Oh cuán inconsolable y sobresaltado clamaría: ¿Dónde está tu Dios? *Ubi est Deus tuus?* ¿Dónde está el lucido escuadrón de las virtudes que fortalecían y hermoseaban este templo? ¿dónde las riquezas y tesoros inmensos de merecimientos? ¿dónde aquella abundancia de copiosas gracias y dones del Espíritu Santo que aquí tenía su morada? ¡Ah ladrones infernales, bien se conoce quién ha entrado aquí

y saqueado con inaudita saña este pobre corazón! Echó mano el enemigo á todo lo más codiciado y deseable que en él había: *Manum misit hostis ad omnia desiderabilia ejus*<sup>1</sup>. Cuanto de hermoso, cuanto de precioso había en el alma, todo lo robó. ¡Apagada está la caridad, medio muerta la fe, mustia y desmayada la esperanza, oscurecida la prudencia, debilitada la fortaleza, por tierra la templanza, vendida y aun degollada la justicia, y, lo que resume todos los males, perdido Dios!

ruina del alma por interrogación.

y alegoría.

## VII

Segunda serie. Males que acarrea el pecado mortal.

¡Dios perdido! ¡oh felices pecadores, si en esto se rematasen vuestras desdichas! Pero el mayor infortunio vuestro, en mi sentir, no es haber perdido la amistad de Dios, sino haber incurrido, pecando, en su terrible indignación. Y, teniendo á Dios por enemigo, ¿os toma gana de reír, desventurados? Desventurados, ¿cómo no tembláis, teniendo á Dios por enemigo? Un caballero romano, de cuya causa debía conocerse en el Senado, como entendiese que Marco Tulio Cicerón, orador á la sazón señaladísimo, tomaba por su cuenta combatirlo, desmayó y vino á tal caimiento de espíritu, que de desesperación se dió la muerte. Y á vosotros ¿nada os importa tener á Dios en contra vuestra, en aquel pleito formidable donde se ventila la fortuna de vuestra alma, y de si habéis de gozar eternamente en compañía de los ángeles, ó arder y despedazaros eternamente con los condenados?

Arg. 6.ª Incluyeis en la siguiente divina. Lucan. 1.ª libro.

por ejemplo de muerte.

3.ª vez.

Pero harto decidido está ¡oh pecadores sin ventura! y declarado vuestro pleito. Desde el momento en que pecasteis, se fulminó contra vosotros la horrible sentencia de eterna condenación. Ya el infierno tiene abiertas sus fauces para tragaros: *Dilatavit infernus animam suam*<sup>2</sup>; ya los verdugos os esperan impacientes; ya os aguardan sus fuegos tragadores; ya sus furias y dragones, que son los demonios, están aparejados y con las bocas abiertas para haceros pedazos, en el punto que os resbale el único pie

Amplificase por corrección — y á cada una de las sentencias.

por hipérbolo ascendente.

<sup>1</sup> Thr., 1. 10. — <sup>2</sup> Isai., v. 14.

que os queda aún en la orilla del infernal derrumbadero. Y vosotros, puestos á la orilla de esos precipicios infernales, ¿osáis reir y jugar y saltar alegremente? ¡Oh gentes sin seso! ¡oh ciegos y embaucados hombres! ¿quién os tiene de la mano? ¿quién os da seguridad? ¿quién alienta vuestra confianza en tanto riesgo? ¿O podéis acaso precaveros por vosotros mismos?

Consecuencia por  
incremento eficaz  
de dolor;  
transición.

Arg. 2.<sup>a</sup>  
Las criaturas  
racionales  
contra los  
otros. Longo-  
Hortal.

Aquí porqué  
conviene á su  
Hacedor y Señor.

por autoridad

Y ejemplo de los  
siervos de David.

Aplicación de él  
por ilustre proso-  
peya.

## VIII

Esto es lo que sobrepuja todo mal, y agrava vuestra desdicha, ¡oh amadísimos pecadores!, que, habiéndoos enemistado con el Criador, todas las criaturas se han trocado en enemigos vuestros; y así, ¿qué maravilla si alguna de ellas, en vez de sosteneros en la fatal pendiente, os ayuda a despeñaros? Sabidamente notó el bienaventurado San Agustín que, cuando un siervo ultraja á su señor, por el mismo caso irrita contra sí á todos los consiervos y familia del ofendido amo. «Si un criado, dice, se desvia de la amistad de su señor, no solamente enoja á su señor, pero acarrea sobre sí muy justamente la indignación de toda su casa y servidumbre»<sup>1</sup>. De aquí que, cuando aquel villano de Semel injuriaba desde lejos al rey David, diciéndole mil baldones y arrojándole piedras, luego al punto los cortesanos se ofrecieron á porfía á vengar el ultraje de su rey, y á cortar de un tajo la cabeza del insolente: *Vadam et amputabo caput ejus*<sup>2</sup>. Yo iré, decía cada cual, y le cortaré la cabeza.

Pues ¿quién ignora que todas las criaturas de este mundo, las racionales y sin razón, las vivientes y no vivientes, las sensibles é insensibles, todas son ministros de Dios y domésticos de la gran familia del sumo Hacedor? Y por esto, continúa el Santo, todas desean, en la manera que pueden, tomar venganza del desalmado pecador. Yo iré, grita la tierra, y le tragaré en mi seno. Yo iré, grita el agua, y le sumiré en mis abismos. Yo iré, grita el aire, y le derri-

<sup>1</sup> Si servus cujusquam á Domino suo recedat, non solum Dominum ipsum exacerbat, sed et totam ejus familiam justissime irritat, De dilig. Deo.

<sup>2</sup> 2 Reg., XVI, 9.

baré con el ímpetu de mis vendavales. Yo iré, grita el fuego, y le abrasaré con mis ardores. Y con estos aceros y ansias de servir á su Señor se ofrecen todas las nubes y tempestades, todos los vientos y torbellinos, todos los venenos y ponzoñas, todas las fieras y toda la braveza del mundo, gritando á una voz: Déjame á mí, y yo te vengaré: *Ego vadam, et amputabo caput ejus*.

Y repetición enfática.

Ni toméis estas palabras en son de encarecimiento ó metáfora, sino como verdad muy llana. Porque ello es cierto, oyentes míos, que más poder tiene la criatura para dañar al malo, que á los justos é inocentes; ni tampoco ignoráis que mientras el hombre se conservó en el estado de justicia original, ninguna criatura osó lastimarle en lo más mínimo, como que tenía señorío sobre todas ellas. En consecuencia de esto, juzgó San Ambrosio que no tenían antes del pecado ni las rosas espinas, ni ponzoña la cicuta, ni veneno las serpientes. De donde vino á decir Procopio<sup>3</sup> que la causa por que el demonio tomó semejanza de serpiente, fué ser ésta entonces por su astucia y delicadeza el animal más doméstico y acariciado de la mujer, con que pudo enganarla más fácilmente el enemigo del hombre. Mas luego que se rebeló contra Dios, todas las criaturas se armaron contra él y se apercebieron á la venganza de su común Señor: *Armatae sunt in ultionem*. Si á alguno, pues, han de dañar, es consiguiénte, dice el Eclesiástico, que dañen más de ordinario á los ímpíos que á los justos. Los dientes de las bestias y los escorpiones y las serpientes y los basiliscos son para exterminio de los malos: *Bestiarum dentes, et scorpii, et serpentes, et romphasa vindicant in exterminium ímpios*<sup>4</sup>.

Confirmación á causa:

Las criaturas an-  
tes del pecado.

Las criaturas des-  
pués del pecado.

Rebeldías contra  
el hombre.

Amplificación

¿Qué sería de vosotros ¡oh pecadores!, si en el lastimoso estado en que ahora vivís, remordiéndoos la conciencia de no haber restituído aquel hurto, ni reparado aquella falta, ni dado paz á aquel enemigo, de puro rencor y desabrimiento que tenéis; que sería, torno á decir, si alguna de estas criaturas alcanzase de Dios licencia para accecharos calladamente ó combatir de frente vuestra vida? ¿Qué sería si un animalejo ponzoñoso os mordiera sin que lo echaseis de ver?

Y afectos de re-  
mor creciento.

<sup>3</sup> In cap. 2 Gen.—<sup>4</sup> Eccli., xxxix, 36.

por enumeración de peligros de muerte. ¿Qué sería si os aganéis en las corrientes de un río? ¿Qué sería si os partiera de repente un rayo? ¿Qué, si os vierais sepultados debajo de las ruinas? ¿No quedaríais perdidos para siempre y condenada vuestra alma en los infiernos?

Consecuencia final.

por copias de Crisóstomo.

Arg. 3.<sup>a</sup> Reservación y. — Pero veíanse en SS. Angeles.

Es. A los justos sirvense muy regaladamente.

por indicación histórica.

Mas no á los pecadores.

¿Cómo, pues, pregunto, os toma gana de reir en tanto riesgo? ¿Qué deleite puede haber, os diré con San Juan Crisóstomo, donde reina el miedo, donde domina el sobresalto, donde amenaza el peligro y la contingencia y la expectación de tantos males, y los tribunales sin apelación, y las acusaciones rigurosas; donde vibra la ira del juez, y luce la cuchilla, y levanta su brazo el verdugo, y se abre el bárrato, y suenan las cadenas que ya os arrastran? <sup>1</sup>

## IX

¿Confíais, por ventura, en los Ángeles de la guarda que os defiendan en tanto peligro? Pero si bien ellos protegen y amparan á los justos, y velan continuamente en su ayuda, y van y vienen y se sujetan gustosos á toda suerte de servidumbre, por humilde que sea, sin desdenarse de ello, como hicieron con San Aurelio, á quien ayudaban á componer el aposento; con Santa Cristina, á quien curaban las llagas; con San Antonio, á quien traían y llevaban cartas; con San Isidro Labrador, al cual conducían los bueyes y guiaban el arado; con San Basildes, á quien gobernaban la barca como expertos marinos; con Santa Landrada, á la cual, como ella se abriese la sepultura, ellos hacían de enterradores; y, por evitar prolijidad, con San Vandregisilo, quien, limpiando las cazarrías del vestido, le servían ellos de humildes y solícitos criados; mas reciben gran pesadumbre en prestar el menor servicio á los enemigos de su común Señor. Porque, mirándolos como tales y hechos cuevas de ladrones, ¿con qué gusto han de acercárseles? ¿con

<sup>1</sup> Quae enim potest illis esse voluptas ubi metus, ubi discimen, ubi tantorum malorum expectatio, ubi tribulatio, ubi accusationes, ubi iudicia ira, ubi gladius et carnifex, ubi barathrum, ac deportatio? Hom. super illud Elevatum est cor Otae. Tom. I.

qué afecto ni voluntad servirles en nada, ni aun acompañarlos en la peregrinación de esta vida?

No quiero decir que los bienaventurados espíritus, depu- <sup>precisión teológica</sup> tados por Dios á vuestra guarda, os desamparen por completo mientras estáis en pecado. Siguen en vuestra compañía, caminan á vuestro lado adonde quiera que os dirigis; no se desvían de vosotros, y van aun á aquellas casas de juegos tan disolutas, á aquellas reuniones tan mundanas, á aquellos lugares de vanidad y desenfreno; mas ¿cómo queréis que vayan? ¿con qué sentimiento os han de acompañar? Figúraseme, mis amados pecadores, que los estoy viendo allí, fuera de la estancia ó casa, mirándoos con lá- <sup>por alusión</sup> tima y llorando amargamente; y cuanto más os reis y soltáis la rienda al deleite y vana alegría, más lloran ellos y se deshacen en llanto. Veis aquí que, mirándoos de fuera, clamarán (son las precisas palabras de Isaías) y llorarán amargamente los ángeles de paz: *Eccae videntes, clamabunt foris, angeli facis amare seebunt* <sup>con hipotesis</sup>. ¿Cómo presumis, pues, que se interesen en vuestro favor é interpongan su poder y valimiento por los mismos que así los alligen? Y si os abandonan los santos ángeles, á quienes incumbe principalmente vuestra guarda, ¿quién os sacará de tantos lazos? ¿quién os librará de tantos peligros temporales y eternos que por todas partes os rodean? ¿Adónde irá la nave sin piloto entre bravas tempestades? ¿Adónde el carro sin conductor, <sup>con alusión conglobada</sup> el ciego sin guía, la oveja sin pastor, el niño pequeño, solo y desamparado, entre fieras y salteadores? Tal, pues, dice el gran Basilio, será á la larga el paradero de aquellos que, habiendo disgustado al ángel de su guarda, ó lo arrojaron de sí completamente, ó cuando menos lo alejaron con sus ingratitudes y desvíos. *Longe a peccatoribus salus* <sup>autoridad</sup>.

## X

No os valdrá en esos trances peligrosos acudir á la oración, común refugio de todos los atribulados; porque ¿no

<sup>1</sup> Is., xxxiii, 7. — Ps. cxviii, 155.

sabéis que es tal vuestro estado miserable que, por mucho que rogáis, no seréis oídos en el divino acatamiento? Escuchad cómo os lo denuncia ya su Majestad en el primer capítulo de Isaías: Cuando multiplicareis vuestra oración, no os oír: *Cum multiplicaveritis orationem, non exaudiam* <sup>1</sup>.

¡Oh, y qué bien y cuán á su costa lo experimentó el malvado Antíoco, el cual, postrado de terrible enfermedad, recurrió al cielo con gran fervor y prontitud! Mas en balde; rogaba el malaventurado á nuestro Señor, de quien no había de alcanzar misericordia: *Orabat scelestus Dominum, a quo non esset misericordiam consecutus* <sup>2</sup>. Puesto que en un solo caso es oída infaliblemente la oración del pecador, á saber, cuando pide de veras perdón de sus pecados. En los demás, nuestro Señor no suele de ordinario dar oídos, si no es por ventura para su mayor desgracia; y así, como advierte el eximio doctor Francisco Suárez, no hubo misericordia para Antíoco, porque no pedía la remisión de sus culpas, sino el recobro de su salud. Conque, si vuestras oraciones más fervorosas y entrañables no suben al cielo mientras vivís en pecado; si, por el contrario, son abominables, son execrandas, según la espantosa sentencia del Espíritu Santo en los Proverbios: Quien desvía sus oídos para no entender los mandamientos, su oración será maldita: *Qui declinat aures suas ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis* <sup>3</sup>, ¿qué estado más infeliz que el vuestro puede imaginarse? ¿Adónde volveréis los ojos para hallar socorro en vuestras necesidades, esfuerzo en vuestros desmayos, felicidad en vuestros negocios, protección y ayuda en vuestros peligros? ¿Ensalzareis con David el nombre del Señor? Pero ¿no oís que no os quiere el real profeta en el coro universal de las criaturas? No es grato á Dios el himno en boca del pecador: *Non est speciosa laus in ore peccatoris* <sup>4</sup>. Que por esta razón, como nota delicadamente San Crisóstomo, si bien convidó el santo profeta á que salmodiasen con él todas las criaturas del universo, aun las más feas y espantables; si bien convidó á las sierpes, á los dragones, á

Resp. Será en vano no seréis oídos.

por autoridad.

Y ejemplo del v. Antíoco.

que oraba para alcanzar la salud.

Confes. Vuestra oración no sólo no será oída.

si no abominable á Dios.

Amplificación.

encinendo al pecador.

<sup>1</sup> Is., I, 15.—<sup>2</sup> Matab., IX, 13.

<sup>3</sup> Prov., XXVIII, 9.—<sup>4</sup> Eccl., XV, 9.

los áspides y escorpiones venenosos, mas nunca llamó ni convidó á los pecadores. Dijo, es verdad, *laudate Dominum dracones*; pero jamás *laudate Dominum peccatores*. ¡Tan cierto es que hasta las alabanzas le dan asco, cuando salen de un corazón delincuente! Oid las palabras del glorioso santo: Los escorpiones, las víboras, los dragones y basiliscos son provocados á engrandecer al Señor. ¿Quién es el excluido de este coro y universal concierto? Sólo el pobreto, el ciego, el miserable pecador: *Scorpii, serpentes, dracones invitantur ad laudandum Deum; solus peccator ab hac sacra chora excluditur* <sup>1</sup>.

¿Qué haréis, pues? ¿Derramaréis muchas limosnas? Dios detesta ahora vuestro dinero. ¿Haréis largas y trabajosas romerías? Dios desdenea ahora vuestras visitas. ¿Emprenderéis grandes rigores y austeridades? Dios no acepta ahora vuestros ayunos. Haced cuanto queráis, derramad, corred, maceraos y enflaqueceos; mientras viváis en pecado, ninguna obra será meritoria ni agradable. Vuestro incienso me es abominación, así lo testifica Dios por Isaías; vuestras juntas son perversas, vuestras calendas y festividades del año aborreció mi alma; molestas me son y enojosas, y paso trabajo en sufrirlas: *Incensum abominatio est mihi: calendas vestras et solemnitates vestras odioit anima mea: laboravi sustinens* <sup>2</sup>. Si, le son enojosas, ni merecen nada en su acatamiento las misas que oís, ni los ayunos que guardáis, ni el asistir á los sermones, ni el visitar enfermos, ni el dar hospedaje al peregrino, ni el vestir desnudos, ni otro cualquiera ejercicio virtuoso ó de misericordia; y puesto caso que (notad bien lo que digo), y puesto caso que sea mucho mejor ejercitar tales obras que dejarlas de ejercitar, porque mirando á ellas se mueve la divina clemencia á comportar con mayor longanimitad y sufrimiento á los tales pecadores, como enseñan los teólogos, que por esto dice que pasa trabajo en sufrirlos, mas al fin los sufre, *laboravi sustinens*; pero todavía prevalece la terrible verdad de que tales obras sin caridad son obras muertas.

del coro universal de las criaturas.

REPUTACIÓN.— Haré buenas obras.

Resp. Es por demás muestra alguna que pecado.

que subycción.

confesarse por autoridad.

Y amplificación por abominación.

Circumspiciente oratoria.

<sup>1</sup> Hom. quando presb. est designatus.—<sup>2</sup> Is., I, 13-14.

## XI

Arg. 10.<sup>a</sup>  
Persecución por  
afectos de amor,

por el capitulo  
de los demonios

por afectos de pas-  
mo ante los pec-  
dores inenarrables.

Conclusión final

por comunicac-  
ción.

¿Qué os resta, por tanto, en condición tan triste y desconsoladora, qué os resta, amadisimos pecadores, sino aguardar el golpe de todas las criaturas conjuradas en vuestro daño, del cielo y de la tierra, del agua y del fuego, de las bestias fieras y de todos los elementos; y que los demonios por fin recaben de Dios la suspirada venia de embestir rabiosamente contra vosotros y arrancaros el alma de las carnes, diciéndose unos á otros y animándose á porfia: Dios le ha desamparado; persigámosle, arrebatémosle, ahórrojémosle, pues es nuestro: *Dicentes: Deus dereliquit eum, persequimini et comprehendite eum, quia non est qui eripiat*<sup>1</sup>.  
¿Y vosotros sois tan ciegos y desavisados, que en vez de llorar vuestra perdición os reís y regocijáis? ¡Oh locura! ¡oh prodigio de insensatez! No me maravillo que duerma un San Pedro entre los hierros de Jerusalén, y un Pablo en las cárceles de Filipos; maravillome que, en riesgos tanto más inminentes y terribles, duerman los pecadores alegres y tranquilos, no de otra manera que si fuesen justos. Y sin embargo, ello es así; hay impíos, escuchad las gravísimas palabras del Eclesiástes, que viven tan asegurados como si hubiesen hecho las santas obras de los buenos: *Sunt impii, qui illa securi sunt, quasi iustorum facta habeant*<sup>2</sup>. Yo, cierto, jamás lo comprendí, sino considerando que nunca piensan los desventurados en su gran desdicha, ni reparan en los infinitos estragos del pecado. Mas ya que vosotros lo habéis oído de labios de un siervo y hermano vuestro, pero siervo fidelísimo y hermano amantísimo, confesadme la verdad: ¿no es un linaje de prodigio y monstruosidad que un pecador ose reír ni tomar placer en cosa de este mundo?

<sup>1</sup> Ps. LXX, 11. — <sup>2</sup> Eclli., viii, 14.

## SEGUNDA PARTE

## XII

Trasucidos:

¿Quién sabría decirme, mis amados oyentes, por qué, haciendo el pecado al alma tan gran daño como hemos visto, todavía se estima en tan poco? Héosla aquí; precisamente porque sus estragos son en el alma. Si cada vez que uno suelta una blasfemia se le hinchase la lengua horriblemente; si á cada hurto que hace se le paralizase la mano al robador; si á cada estafa se trastornase el juicio al mentiroso; si cada acción deshonesta le costase al carnal una lepra asquerosísima, ¿creéis que habría en el mundo tantos blasfemos, tantos ladrones, tantos embusteros, tantos lascivos y carnales? Pero como el estrago del pecado es en el alma, es todo interior y espiritual; por esto no impresiona apenas á los hombres. Maravillosa es la condición del rayo: cac acaso en una arca llena de oro; pues toma el oro, lo derrite, lo reduce á ceniza, y déjala por de fuera tan intacta que, mirándola exteriormente, no parece que haya sufrido menoscabo. Ved aquí lo que obra el pecado en el hombre; es rayo abrasador que consume los tesoros espirituales y deja en su ser el cuerpo. Reduce á un rey como David á la miseria y á la nada, mas déjale como de primero el cetro en la mano, la corona en la cabeza, las piedras preciosas en el cuello, y la clámide de púrpura en los hombros; y el pobre rey no echaba de ver tanta ruina y desventura: *ad nihilum redactus sum, et nescivi*<sup>1</sup>. ¿Qué fué menester para que abriese los ojos? Un Natán que le rasgase el velo y disipase las tinieblas. Yo he sido hoy el Natán enviado por Dios para convenceros del pecado: *Argui vos de peccato*; yo intenté descubrirros sus desastres, y así me persuadido que estáis convencidos profundamente de cuán grande y enorme es vuestro daño, aunque con los ojos no se vea;

¿Por qué no lloran los pecadores tantos males? Porque son en el alma.

¿Contrario por connumeración

y repetición;

por al mil de la castella.

ejemplo del rey David.

Aplicación y remata

<sup>1</sup> Ps. LXXII, 22.

y que por lo mismo vuestro interés propio, vuestro sosiego en esta vida y bienaventuranza en la otra, os mueven á lágrimas y contrición, no á risas y vanos pasatiempos.

Amplificación por afectos de amor y gratitud.

## XIII

Mas no quiero ponderar más ni hacer valer estos motivos. Imaginemos que el pecado no acarrea mal alguno; demos, por el contrario, que trae consigo toda paz y prosperidad. Decídmelo, os ruego, ¿cómo es posible, no obstante, que riáis tan livianamente, sabiendo que tenéis disgusto á aquel Señor de quien recibisteis todo bien? Disteis enojos á aquel que os hizo de la nada, al Dios eterno, como lo lora el profeta Baruc: *Exacerbasti enim eum, qui vos fecit, Deum aeternum*<sup>1</sup>. Y ¿qué os ha hecho Dios, pecadores amadísimos, que os ha hecho para que gustéis tanto de ofenderle? Si fuese algún enemigo capital vuestro, que de continuo hubiera acechado á vuestras fortunas y vida, todavía entonces por ventura os permitiera que tomaseis placer en lastimarle. Mas, siendo como es vuestro más insigne y magnífico bienhechor, vuestro Padre, vuestro Criador, que os sacó á la luz de este mundo, *qui fecit vos*, ¿cómo, en lugar de sentir sus ofensas, os holgáis y divertís?

Transición por fección por coacción.

¿Qué mal os hizo Dios?

Ilustración oratoria.

por el ejemplo de San Policarpo.

1.ª parte. La acusación del tirano.

Aquel santísimo obispo de Esmirna y gloriosísimo sucesor de los Apóstoles, Policarpo, fué citado, en su edad muy avanzada, ante el tribunal del procónsul como adorador de Jesucristo. La fama de su entereza y virtud y la majestad de sus canas le granjearon, no obstante la ceguedad de los gentiles, benevolencia entre los enemigos y veneración entre los idólatras. El mismo tirano que primero le citara como reo para matarlo, desear después salvarle como inocente. Mas, como no pudiese acabar con él ni por ruegos, ni con promesas, ni con espantos y amenazas que renegase de la religión cristiana, vino por fin á proponerle que si no de corazón, pero al menos con la lengua, blasfemase una sola vez el nombre de Jesucristo; que si tal hacía, él

<sup>1</sup> Bar., iv, 7.

le daba palabra de enviarle á su Iglesia desde luego, no sólo libre y sin infamia, pero muy honrado y con presentes que pensaba darle. A tan diabólica proposición horrorizóse el santo viejo, y alzando los ojos al cielo: Hace, dijo, ochenta y seis años que sirvo á mi Rey y Señor, y hasta hoy no he recibido de él ninguna mala obra, ni me ha dado ninguna pesadumbre; antes me ha guardado y colmado de beneficios; ¿cómo quieres, pues, que ultraje á tan bueno como yo? Así dijo; ni cedió un punto á la entereza de voz la magnanimidad y constancia de sus obras; pues á vista de la hoguera, que ya se aparejaba ante sus ojos, alegre y regocijado se descalzó por sí mismo, quitóse la vestidura que traía, y, subiendo al altar del sacrificio, se acomodó en él, no como reo que va á morir, mas como combatiente fatigado que va á recibir el laurel de la victoria.

¡Ah, hermanos míos muy amados!, y ¿cuándo mereció este Señor que le ofendieseis vosotros tan desenfadadamente, que tenga que exclamar por boca de su profeta: ¿Por ventura queréis tomar venganza de mí? *Nunquid ultionem vos reddetis mihi*? Parad mientes en ello; ya en muchos de vosotros comenzó por la edad á arrugárseos la cara y á nevarseos los cabellos; mas ¿podéis con verdad decir que habéis recibido de él en tantos años ningún mal tratamiento? Hablad libremente, hablad con la mano en el corazón: ¿qué maleficio os ha hecho, qué pesadumbre os ha dado durante tan largos años, que por ello mereciese su Majestad tan mal retorno que os vengueis ahora contra el Señor, según la expresión de Joel? ¿Mereció acaso esta venganza cuando os sacó misericordiosamente de los abismos del no ser á la participación de este aire, de esta lumbre, de esta tierra? ¿Merecióla, porque os hizo nacer de padres tan honrados? ¿Merecióla por ventura cuando, destinando para otros las selvas incultas, las islas yermas y desamparadas, las naciones sepultadas aún en la noche de la infidelidad, á vosotros

2.ª parte. La entereza del mártir.

en las palabras.

en las obras.

Aplicación.

por enumeración.

4.ª interrogación temeraria.

por enumeración de beneficios que os ha hecho.

<sup>1</sup> Octoginta sex annos illi jam inservivi, et nullo me hactenus affecit incommodo; quomodo igitur regem meum, qui me ad hoc usque tempus servavit incolumem, contumeliosus verbis possum afficere?

<sup>2</sup> Joel. iii, 4. —<sup>3</sup> Ibid.

como Criador y  
providor:

os señaló para vivienda un suelo tan hermoso, bajo un cielo más hermoso todavía? ¿Mereció tan fea venganza cuando os dotó de tantos talentos y habilidades, ó cuando os levantó con oficios tan honrosos, ó cuando os proveyó de riquezas tan copiosas, ó cuando os dió tanta y gloriosa descendencia? ¿Cuándo mereció esa venganza, decidme, cuándo la mereció? Porque, de otra manera, yo no comprendo, cómo, tan favorecidos de Dios, recibis tanto placer en ofenderle.

de castigos que os  
ha servido como  
Padre,

Bien puede ser, no lo niego, que en el curso de vuestra larga vida os haya afligido acaso con alguna dolencia corporal, ó visitado con alguna tribulación. Mas si lo hizo su divina Majestad, estad bien seguros que no lo hizo de aborrecimiento que os tuviera, sino de entrañable amor y deseo de vuestro bien. Los azotes del Señor con que nos hiera como á malos siervos, creamos, decía la esforzada Judit, que son para nuestra enmienda, no para nuestra ruina y perdición: *Flagella Domini, quibus quasi servi corripimur, ad emendationem et non ad perditionem nostram evenisse credamus* <sup>1</sup>. ¿Cuándo, pues, ha merecido tan larguísimo y finísimo bienhechor tal descosedimiento y fea correspondencia de nosotros, que debamos concluir con la misma Santa que lo hacemos en venganza y desahogo nuestro? *Nos ergo non ulciscamur nos pro his quae patimur* <sup>2</sup>. ¡Ah! Ya adivino cuándo lo mereció; ¿sabéis cuándo? Cuando desnudo se dejó enclavar en un madero como público criminal; cuando se dejó taladrar las sienas con agudísimas espinas, descoyuntar los huesos con los cordeles, horadar las carnes con los clavos, despedazar todo el cuerpo con sangrientos azotes; entonces lo mereció su Majestad. ¿No es así? Pues, si merecís razón, vengaos enhorabuena, vengaos de las malas obras que os ha hecho, *ulciscimini contra Dominum*: no seré yo quien os prive del placer de la venganza. Id otra vez y pisotead esa sangre que os rescató del infierno; blasfemad de aquel nombre que os ganó la verdadera salud; injuriad hasta saciaros á aquel benditísimo Señor que por vosotros se hizo oprobio de los hombres y desecho del mundo. Veis-le, aquí está vuestro ofensor, aquí viene vuestro enemigo:

de lo que padeció  
por vosotros cu-  
mo Redentor.

por licencia,

explición,

<sup>1</sup> Judith, viii, 27. — <sup>2</sup> Ibid., 26.

tomad, pues, la venganza que queráis. Vengaos, si, de estas carnes sacratísimas llagadas por vuestro amor, de esta cabeza divina espinada por vuestro amor, de estos ojos sangrientos y cegados por vuestro amor, de este costado partido y roto por vuestro amor, de estos miembros sacrosantos, ya destrozados todos por vuestro amor. Que si Cristo tanto os ofendió con padecer tan inestimables dolores y deshonras sólo por haceros bien, razón sobrada tenéis ¡oh pecadores! para vengaros de tan inusitadas ofensas.

Mas si, por el contrario, este mismo respeto os debe mover más que otro ninguno á amarle y servirle muy de veras, ¿qué significa ya esa complacencia en ofenderle? ¿Me negaréis, pues, ¡pecadores míos muy amados!, me negaréis la demanda que os hago en nombre de mi Señor y vuestro, que no salgáis de este sagrado templo sin haber antes detestado vuestras culpas con tanto pesar y quebrantamiento de coheración, como placer tomásteis hasta hoy en cometerlas? ¡Ea, hermanos míos, por la sangre de Jesucristo, por sus dolores, por cuanto os pueda mover á compasión de un Dios crucificado por vuestro amor, antes morir que pecar, morir mil muertes primero que pecar. Póngase aquí la última barrera á los pasados extravíos. No más pecar desde este día. Perdónense las culpas hasta ahora cometidas, ó á la irreflexión de los pocos años, ó á fragilidad del corazón, ó á la rebeldía de los apetitos mal domados, ó á las sugestiones del demonio. En lo porvenir sería intolerable desvergüenza querer holgarnos á costa de un Dios amorosísimo, y con desacato de su infinita Majestad. Baste el tiempo pasado, os diré con las bellísimas palabras de San Pedro; baste el tiempo pasado, para cumplimiento de sus antojos, á los que caminaron hasta aquí en injurias, en torpes concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías, en destemplanzas, y, si queremos también, en ilícitos cultos de ídolos, comoquiera que todo pecado, rigurosamente hablando, no es otra cosa que un linaje de oculta idolatría <sup>1</sup>.

Exhortación efica-  
za,

por obstaculo,

de dolor de las  
culpas pasadas,

á proponer la en-  
mienda en lo fu-  
turo.

por testimonio  
sagrado.

<sup>1</sup> Sufficiat praeteritum tempus ad voluntatem gentium implendam his, qui ambulaverunt in luxuriis, desideris, violentiis, commensationibus, potationibus, et illicitis dolorum cultibus. 1. Pet., iv, 3.

## XIV

Arg. último. De la inmensidad de Dios beneficiar.

Transición por deprecación hipotética.

Confirmación por enumeración.

Interrogación.

por incremento.

y efectos de temor.

y de vergüenza.

Y si, á pesar de todo, no se ha ablandado la dureza de algunos de mis oyentes, y porfiáis aún en tomar por donaire el ofender á tan buen Dios, hasta que más no podáis, veisme aquí que, derribado á vuestros pies, os suplico una gracia al menos, que me habréis necesariamente de otorgar en recompensa de los sudores que por vuestra causa estoy vertiendo, y de la sangre que derramaría gustoso por vuestro bien; y es, que para ofender á la divina bondad os encaminéis á un lugar donde la vista de los beneficios de Dios no os dé en rostro con vuestra inhumanidad é ingratitud. Mas ¿adónde iréis? ¿dónde os esconderéis? ¿En las granjas y alquerías que Dios ha abastecido para vosotros de tantos frutos? ¿En los prados y jardines que Dios ha vestido para vosotros de tantas flores? ¿En los montes donde para vosotros tiene Dios los manantiales de las aguas? ¿En los valles que Dios fecunda para vosotros de tantas viñas y sembrados? ¿En las selvas que para vosotros ha poblado Dios de tantas fieras? ¿En el mar donde os guarda Dios regaladísima pesca? ¿Adónde iréis que no os deslumbrase ese sol que tan encendidamente por vosotros resplandece, ó no os cobijen esos cielos que por vosotros tan infatigables van siempre volteando? En las mismas tinieblas os hallaréis con el aire que por beneficio divino respiráis, y ese aire, aunque otras criaturas callen, bastará, si pecáis, para condenaros de desleales y desconocidos. Andad donde queráis, que llena está toda la tierra de las misericordias del Señor: *Misericordia Domini plena est terra*<sup>1</sup>, que es decir: No hay rincón en el mundo donde podáis pecar, si ya no llegasteis á tal extremo de crueldad y barbarie, que tengáis vuestro gusto en ofender dondequiera á aquel Señor que tiene el suyo en cercaros por todas partes de sus regalos y misericordias.

<sup>1</sup> Ps. cxviii, 64.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO VEINTIOCHO

Asistamos á la **concepción** de este discurso en la mente del orador. Empapado su entendimiento en la lectura de los Padres y autores ascéticos<sup>1</sup> acerca de la gravedad del pecado mortal, encendido su pecho con larga y fervorosa oración de la bondad de Dios, de la ingratitud del hombre, del malogramiento de la sangre de Cristo, y herido con el rayo de la divina luz, ve súbitamente los estragos infinitos que hace un pecado; y saliendo con el pensamiento por esas calles y plazas, y penetrando en las viviendas y lugares de placer, ve á los pecadores riendo y holgando muy alegres, dados á pasatiempos y regocijos: junta luego un extremo con otro y se dice asombrado: ¡En pecado mortal, y pueden reír y estar alegres! Imposible. O no saben lo que es pecado, ó están locos. ¿Cómo les haré ver esta contradicción, y que sientan y palpén la ruina espiritual de sus almas, de suerte que la lloren y se compunjan?

Primero les expondré los **bienes** que han perdido, y **segundo** los **males** que se han acarreado pecando. Procuraré al principio despertarlos y moverlos al dolor de **atrición**, y después, si puedo, al de **contrición** perfecta. Sé que ésta es obra sobrenatural, mayor que la creación del mundo; mas sé también que la palabra de Dios es semilla del cielo, y que yo soy el sembrador de ella. ¡Dios mío!, es verdad que yo puedo plantar, puedo regar, mas Vos solo podéis darle crecimiento.

Y dando y tomando sobre ello, se fija en **tres bienes** y en **tres males**. Los bienes que han perdido son: la **filicación** divina, la presencia y **amparo de Dios** y el **premio** que habjan merecido con sus buenas obras pasadas. Los males

<sup>1</sup> Léanse entre los nuestros al P. Francisco Añas, *Imitación de Cristo*, Parte III, Trat. 9; P. Eusebio Nuremberg, *Diferencia entre lo temporal y eterno*, Trat. IV, cap. 13.—*Aprecio y estimación de la divina gracia*, Lib. II, cap. 3; Lib. IV, cap. 4; Lib. IV, cap. 2 y 3; Fray Luis de Granada, *Memorial*, Trat. II, cap. 3; *Guía de Penitentes*, Lib. II, cap. 3, y en toda la obra; P. Lapeña, *Cristiano en general*, Trat. III, cap. 4 y por todo el tratado. *Estado Seglar*, Trat. II; *Estado eclesiástico*, Trat. V, cap. 9. *Meditaciones*, Parte I, Med. 2, 3, 4, 5 y 6.

en que han incurrido se reducen en esta vida á que tienen contra sí á todo el mundo y al Hacedor del mundo, por este orden: a) Tenéis por enemigo á Dios. b) A las criaturas. c) A los ángeles. Y en este universal desamparo, ó, por mejor decir, en esta guerra de todo el mundo contra vosotros, no os queda ni el arrimo de la oración ni el de las buenas obras.

Hasta aquí la primera parte, enderezada á excitar dolor de atrición en los pecadores. Para encender el fuego de la contrición, se vale en la segunda de los beneficios divinos, con que arranca lágrimas de los corazones de piedra. ¿Cómo alcanza este efecto maravilloso? Estudiémoslo.

El oficio más excelente del orador es levantar y apaciguar los afectos del auditorio; y á quien Dios otorgó este don, téngase por rey de los corazones y señor de todo el mundo. Para comprender más fácilmente el arte de SENERI en la moción de los afectos, hay que considerar el orden natural con que se despiertan en el ánimo. He lo aquí. Primero, el objeto exterior impresiona el sentido, verbigracia, el ojo, como si veo que arde la casa. Segundo, la impresión hecha en el sentido conmueve la fantasía, en la cual nace la imaginación de lo bueno ó de lo malo. Tercero, con esta imaginación se remueven los humores, como la sangre, la bilis, etc., y esta conmoción es lo que llamamos pasión, porque en ella padecemos el sentimiento de dolor ó de placer. Lo dicho hasta aquí es común al hombre con los brutos.

Peró sigámos lo que en el hombre pasa. De aquel dolor ó placer percibido por los sentidos cáusase (y es lo cuarto) una aprensión ó juicio en el entendimiento, que me dice que hay ó me amenaza algo bueno ó malo. Lo quinto, esta viva aprensión arrastra la voluntad á la buena ó mala determinación, por ejemplo, á la venganza, y, el que así se determina, se dice que obra por pasión ó apasionadamente. Lo sexto, si la voluntad no se deja arrastrar de aquella primera aprensión, sino que manda al entendimiento que examine con madurez si aquel bien que nos propone la aprensión primera es verdadero ó sólo aparente, y se determina á obrar, no en fuerza del afecto que le arrastra, sino de la razón que señorea al mismo afecto, entonces obra con deliberación y conforme á prudencia. Pero estos seis pasos los recorreremos las más de las veces en un instante.

De aquí se colige una doctrina preciosa para el fin de la elocuencia, que es persuadir, ó sea impeler los ánimos á cosas arduas, para lo cual ayuda poderosamente este ó aquel afecto, encendido ó apaciguado. Jamás le es lícito al orador despertar afectos viciosos. Y llamo viciosos los que nos in-

clinan al vicio, ó muévennos á obrar sin ó contra el dictamen de la razón; y virtuosos á los que nos inclinan á la virtud, ó sea, aquellos movimientos que siguen á la razón, en cuanto aprueba por verdadero bien lo que apeetece el deseo.

¿Cuál es, pues, el oficio del orador? Excitar los buenos afectos y calmar los malos. ¿Cómo se alcanza? Avivando la causa de ellos. ¿Cuál es ésta? La aprensión ó concepto que el hombre se forma de que una cosa es buena ó mala, la cual opinión tendrá tanta mayor fuerza para mover, cuanto más grande aparezca el bien ó el mal que se ve presente ó muy cercano. ¿Y cómo se agranda este bien ó este mal en la elocuencia? Por medio de la amplificación y de la descripción. Aquella engrandece los objetos, ésta nos los pone delante de los ojos; aquella habla más al entendimiento, ésta á los sentidos; aquella tiene mucho de argumentación y se vale de toda suerte de razones, ya sacándolas de las causas, ya de los efectos, ya de los antecedentes, ya de los consiguientes; unas veces de ejemplos, otras de testimonios; pero la descripción tiene más de contemplación, y su fin es acercar los objetos ó las personas, hasta que impresionen los sentidos y la fantasía del oyente.

Tomemos por vía de ejemplo este discurso. ¿Qué intento se propone? Que detesten y lloren el pecado mortal. ¿Cómo va á engendrar dolor y detestación de una cosa tan espiritual y alejada de los sentidos? Amplificando por una parte las razones de la fe, y describiendo por otra y poniendo ante los ojos los estragos del pecado en el alma del pecador, aunque muchas veces van juntas la amplificación y la descripción, y amplifica describiendo y describe amplificando; verbigracia:

**Razón primera.** Llorad, pecadores, porque perdisteis la filiación divina; ya no sois hijos de Dios. ¿Cómo lo amplifica? Con algunos testimonios. ¿Cómo describe y hace sentir una cosa tan espiritual? Con la pintura de Bsaí rugiendo de coraje y despedazándose, como león furioso, por haber perdido su mayorazgo. (§ II.)

**Razón segunda.** Llorad, pecadores, porque habéis perdido á Dios. ¿Cómo lo amplifica? Con la enumeración de los efectos que ha producido la presencia de Dios ó su ausencia en el alma. ¿Cómo lo pinta? Haciendo oír la voz de Dios—Yo soy contigo,—y haciendo ver á innumerables pecadores que todo lo pierden con la pérdida del sumo bien. (§ III.)

**Razón tercera.** Llorad, pecadores, porque habéis perdido todos los merecimientos de la vida pasada. ¿Cómo lo amplifica? Por enumeración de esclarecidos méritos. (§ IV.)

¿Cómo lo describe y acerca? Por medio de una semejanza, la del recio vendaval que asuela y destruye un rico huerto (§ V), y una comparación espléndida, la del día del llanto ó aniversario de la destrucción de Jerusalén. (§ VI.)

¿Con qué viveza sabe herir primero la vista y después los oídos del auditorio! Los ojos, con la pintura de aquellas gentes desventuradas, los judíos, que «en grandes bandadas y descompuestos pelotones, hombres y mujeres, viudas y doncellas, niños y viejos, comparecían todos vestidos de luto, destrenzado el cabello, la cabeza desgreñada, polvorientos, los ojos bajos, el semblante fúnebre, melancólico, silencioso», que «iban en busca de su antiguo templo... corriendo desatinados de barrio en barrio y de plaza en plaza». Los oídos, con aquellos aullidos lastimeros que lanzaban sobre las cenizas del Santuario... sobre las torres desplomadas, sobre los gazafiliacos deshechos, sobre los pórticos derruidos, acrecentando el horror y melancolía «los instrumentos músicos, que respondían lúgubramente á sus gritos y lamentaciones». ¡Cómo traspasan el alma los ecos de la trompa y de la citara, «no festivas como en otro tiempo, sino destempladas y roncadas!» ¡Cómo lo aplica el orador á la ruina del templo espiritual, y llora sobre él, procurando herir sus ojos con el aislamiento de tantas virtudes, y sus oídos con aquellos lamentos: «¿Dónde está tu Dios? ¿dónde?...»

**Razón cuarta.** Llorad, pecadores, porque tenéis á Dios por enemigo. ¿Y cómo lo engrandece? Con el ejemplo del otro romano. ¿Cómo lo acerca y hace sentir? Con aquella pintura: «se fulminó contra vosotros la horrible sentencia de eterna condenación. Ya el infierno tiene abiertas sus fauces para tragáros; ya los verdugos os esperan impacientes; ya os aguardan sus fuegos tragadores; ya las furias... que son los demonios, están aparejadas y con las bocas abiertas para hacerlos pedazos...» (§ VII.)

**Razón quinta.** Llorad, pecadores, porque todas las criaturas están armadas contra vosotros. ¿Cómo lo engrandece? ¿Cómo lo aproxima y hace ver? Con la explicación del *Ego natus, et amputabo caput ejus*: con aquel otro, «¿qué sería si un animalaje ponzoñoso...? ¿Qué sería si os anegaseis en las corrientes...?» y, finalmente, con aquella visión del tribunal divino, «donde vibra la ira del juez, y luce la cuchilla, y levanta su brazo el verdugo, y se abre el bárrato y suenan las cadenas que ya os arrastran» (§ VIII.)

**Razón sexta.** Llorad, pecadores, porque el ángel de vuestra guarda os desvía de sí. ¿Cómo lo amplifica? Por la enumeración de servicios prestados por santísimos ángeles á los justos. ¿Cómo pinta este desvío? Con aquella visión

del santo ángel, fuera de la estancia ó casa, que os está mirando «con lástima y llorando amargamente, y cuanto más os reís y soltáis las riendas al deleite y vana alegría, más lloran ellos y se deshacen en llanto; y no menos con aquellas comparaciones: «¿Adónde irá la nave sin piloto... el carró sin conductor, el ciego sin guía, la oveja sin pastor?...» (§ IX.)

Para conmoverlos más les quita el último arrimo y esperanza, y puede ser la

**Razón séptima.** Llorad, pecadores, porque, en tan universal desamparo, no os queda ni aun el refugio de la oración ó de las buenas obras. ¿Cómo lo amplifica? Por auto-ridades. ¿Cómo lo describe? Lanzándolos del coro general de todas las criaturas, y pintando á Dios como que tiene asco y se tapa las narices para no oler el incienso de sus obras, al parecer buenas (§ X), y á todas las criaturas y á los demonios conjurados contra el pecador. (§ XI.)

**Razón octava.** Llorad, pecadores, porque tantos daños son espirituales. ¿Y cómo lo amplifica? Por la comparación que hace de daños corporales. ¿Y cómo lo acerca y sensibiliza? Con la semejanza del rayo y ejemplo del rey David. (§ XII.)

**Razón novena,** para mover á contrición. Llorad, pecadores, porque, dado que no incurrieseis en calamidad ninguna, pero habéis disgustado á vuestro gran bienhechor. ¿Cómo lo amplifica? Por el ejemplo de San Policarpo y su aplicación afectuosísima. ¿Cómo lo describe y hace ver con los ojos y palpar con las manos? Presentándoles, no ya solamente á Dios Criador y Conservador, cosa que no se ve, sino á Dios Hombre, á Jesucristo su Redentor, espinaña la cabeza, los ojos sangrientos, el costado roto... y, por fin, derribándose el mismo orador á los pies de sus oyentes, y suplicándoles por el sudor que vierte y por la sangre que desea derramar por ellos que no ofendan á su Dios, y, si quieren ofenderle, que sea donde no los alumbre el sol, ni sostenga la tierra, ni dé respiración el aire, ni sientan el influjo de los divinos beneficios. (§§ XIII y XIV.)

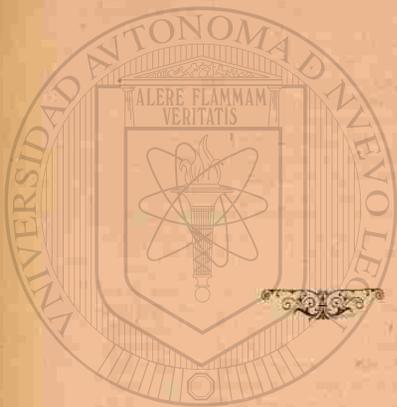
SENERU habla más á los ojos que á los oídos, porque no se le ocultaba que

*Signis irritant animos demissa per aures  
Quam quae sunt oculis subjecta fidelibus;*

y más hablaba aún con el ejemplo de su vida, con sus peni-

1. Hor. Epist. ad Pisones, vers. 180.

tencias espantosas, con su desinterés y despegamiento, con aquel aspecto de varón divino, ojos llorosos, ademanes nobles, voz llena y argentina, que vibraba en los oídos de las muchedumbres, ya terrible como la trompeta del arcángel, ya melancólica y profunda como las lamentaciones del profeta de Idumea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



## DISCURSO VEINTINUEVE

### CONTRA EL ESCÁNDALO

*Miserant principes et pharisei ministros,  
et apprehenderunt Jesum.*

Enviaron los principes y fariseos sus ministros, para que prendiesen á Jesús.

(JOAN., VII, 32.)

#### EXORDIO

Si me preguntáis, mis amados hermanos, cuál es el principal obstáculo que se pone delante á los que empiezan á servir á Dios y emprenden animosamente el camino de la virtud, os lo diré al punto; son las contradicciones, son los contrastes que por necesidad han de sufrir de la insolencia de los menos buenos. Muy errado anda y muy equivocadamente piensa quien se imagina poder hallarse en este mal mundo un Isaac sin Ismael, un Jacob sin Esaú, una Ana sin su Fenenna, un David sin un Semei, un Mardoqueo sin su Amán, un Jeremías sin su Fasur, un Elias, finalmente, sin alguna arrogante Jezabel. ¿Qué significa esta perpetua oposición y contrariedad? Que anda muy errado, torno á decir, quien se imagine poder hallarse en este mundo un hombre de veras bueno sin la compañía de algún malo que le acose y persiga.

¿Quién más digno de ser amado que el Redentor del mundo, Jesucristo nuestro Señor? Leed los sagrados Evangelios, y no le veréis ocupado sino en derramar por todas partes beneficios. Infinitos son los rudos á quien enseña, los enfermos que sana, los muertos que resucita, los ende-

*á miseribus  
criant.*

1.ª parte. La descripción de un hombre que le persiga;

por indicación del  
V. T.

(similicoes)



del ejemplo de  
N. S. Ilustrado

tencias espantosas, con su desinterés y despegamiento, con aquel aspecto de varón divino, ojos llorosos, ademanes nobles, voz llena y argentina, que vibraba en los oídos de las muchedumbres, ya terrible como la trompeta del arcángel, ya melancólica y profunda como las lamentaciones del profeta de Idumea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## DISCURSO VEINTINUEVE

### CONTRA EL ESCÁNDALO

*Miserant principes et pharisei ministros,  
et apprehenderunt Jesum.*

Enviaron los principes y fariseos sus ministros, para que prendiesen á Jesús.

(JOAN., VII, 32.)

### EXORDIO

Si me preguntáis, mis amados hermanos, cuál es el principal obstáculo que se pone delante á los que empiezan á servir á Dios y emprenden animosamente el camino de la virtud, os lo diré al punto; son las contradicciones, son los contrastes que por necesidad han de sufrir de la insolencia de los menos buenos. Muy errado anda y muy equivocadamente piensa quien se imagina poder hallarse en este mal mundo un Isaac sin Ismael, un Jacob sin Esaú, una Ana sin su Fenenna, un David sin un Semei, un Mardoqueo sin su Amán, un Jeremías sin su Fasur, un Elias, finalmente, sin alguna arrogante Jezabel. ¿Qué significa esta perpetua oposición y contrariedad? Que anda muy errado, torno á decir, quien se imagine poder hallarse en este mundo un hombre de veras bueno sin la compañía de algún malo que le acose y persiga.

¿Quién más digno de ser amado que el Redentor del mundo, Jesucristo nuestro Señor? Leed los sagrados Evangelios, y no le veréis ocupado sino en derramar por todas partes beneficios. Infinitos son los rudos á quien enseña, los enfermos que sana, los muertos que resucita, los ende-

*á miseribus  
criant.*

1.ª parte. La descripción de un hombre que le persiga;

por indicación del  
V. T.

(similicoes)



del ejemplo de  
N. S. Ilustrado

por enumeración.

corrección,

incremento

y colación.

Arbitrariedad a consecuencia.

2.<sup>a</sup> parte. La hipotesis por colación

y efectos de esta obra.

Proposición por decirse por inversión.

similitud de la palabra.

Concluyen la benevolencia y atención.

moniadis que libra de las potestades infernales; mas, con todo, no le dejan vivir en paz un solo instante. ¿Qué digo vivir en paz? Es calumniado y escarnecido y acosado y perseguido, ora á traición, ora desarrebozadamente; y ya que no desiste por su voluntad de tan loables y provechosas obras, envían hoy ministros desalmados que le enfrenen y hagan desistir á viva fuerza: *Miserunt principes et pharisaei ministros, ut apprehenderent Jesum: Enviaron los príncipes y fariseos sus alguaciles y ministros para que prendiesen á Jesús, ¡Tanta es la ojeriza que le tienen sus adversarios, esto es, toda la gente ruin, á quien da en rostro cualquier linaje de virtud sobresaliente, y toda bondad más que ordinaria! No me maravillo, por tanto, que sean tan pocos, aun en el seno del catolicismo, los que tratan de veras de aventajarse cada día más, hasta arribar á la perfección. No todos tienen pecho para contrastar como Jesucristo y permanecer inmóviles y serenos ante cualesquiera acometimientos y embestidas; antes los más estiman por mejor seguir los caminos anchos y espaciosos, aunque lleven á la eterna perdición, que no el sendero estrecho que conduce á la gloria.*

¿Qué haré yo, por consiguiente, en cumplimiento de mi deber? ¿Cómo satisfaré hoy á mi sagrado oficio? ¿Abandonaré en manos de sus enemigos, tantos y tan encarnizados, á los siervos de Dios, y permitiré que los ultrajen, que los humillen, que los confundan, como quien esquivo la pelea y rehusa bajar al campo á defenderlos? No lo consienta Dios; mas si Él me ayuda, y me inspira la facundia y energía proporcionadas al celo santo que se ha despertado hoy en mi pecho, yo los socorreré, y arrojaré bien lejos á sus importunos adversarios. ¿Habéis acertado ya contra quiénes vengo á esgrimir la espada, dos veces penetrante, de la palabra de Dios? Contra aquellos que, **no haciendo ellos bien, no pueden sufrir que otros lo hagan;** y así mortifican y acosan y desasosiegan á todo amigo ó compañero, en cuanto ven que se da más á la virtud y ejercicios de devoción; y no descansan hasta enlazarle en sus redes y aprisionarle en sus cadenas, que es decir, hasta que logran atraerlo á su mala vida y libertad.

Bien veis, mis amados oyentes, que no podía tratar de

asunto más importante; porque ¿qué aprovecha que me fatigue yo en persuadir la práctica de las virtudes cristianas, en promoverlas, en procurarlas por todas las vías posibles, si, apenas bajo del púlpito y salimos de la iglesia, no faltan otros que trabajan con igual ardor en destruirlas? Si uno edifica y otro destruye, dice el Eclesiástico, ¿qué provecho se saca sino trabajar en balde? *Unus aedificans, unus destruens: quid prodest illis nisi labor?*<sup>1</sup> Para el mayor acierto, ayudadme á implorar de Dios los auxilios de su gracia, y favorecedme vosotros con vuestra benévola atención.

por la importancia del asunto.

## PRIMERA PARTE

Quem scit.

### II

Arg. 1.<sup>o</sup> á continuación.

Mas ¿qué linaje de estilo adoptaré en causa tan atroz y desatinada? Porque si considero bien la gravedad del abuso que trato de deshacer, no parece lícito que me valga hoy de las formas serenas y de los razonamientos apacibles que acostumbro, sino que, soltando á la elocuencia las riendas de una santa indignación, debería comenzar desde luego con destempladas voces á confundir vuestra protervia. Pero todavía, por que veáis que no he subido á esta sagrada cátedra, ni por vano desseo de perorar, ni para desfogar mi celo comprimido, mas solamente á fin de ayudar á vuestras almas en la forma que estimare más oportuna, renuncio totalmente á tales medidas enérgicas, pero duras, y quiero imitar á los médicos que no insultan ni maltratan al doliente por los desórdenes con que estragaron su salud, antes bien, le esfuerzan y atienden sólo á curarle con los remedios menos ásperos y desabridos que, sin torcer las reglas del arte, pueden aplicar á su dolencia. Si hay lengua de curación y reprehensión, así me amonesta que lo haga el Sabio, háyala también de suavidad y misericordia: *Si est lingua curationis, est et mitigationis et misericordiae*<sup>2</sup>.

Precaución oratoria por distinción innatiga.

contraposición de afectos.

y comparación del médico y el enfermo.

<sup>1</sup> Eccl., xxxiv, 28. — <sup>2</sup> Eccl., xxxvi, 25.

Averiguación de  
(antes)

Decídmelo, pues, discurrendo entre nosotros tranquila y amigablemente, ¿qué afecto ó pasión tan desvariada os mueve, ¡oh pecadores míos muy amados, á no sufrir en los otros aquella devoción, aquella piedad y compostura, aquella perfección y concertado vivir que vosotros no tenéis? Abrid vuestro pecho, descubríos ingenuamente y no dudéis que, aun cuando las llagas sean muy hediondas y asquerosas, yo las trataré sin asco ni horror. Si no queréis ocultarme la verdad, pareceme que vuestro vicio y siniestra inclinación no es muy desemejante á la del buitre y otras aves carniceras, las cuales se deleitan en la podredumbre y hediondez de los cadáveres, y abominan de las fragancias y buenos olores. En esta forma digo que no podéis sufrir el suave olor que de sí derraman con su virtud los justos. Estos pueden decir con el Apóstol que el buen olor de sus santas costumbres, siendo uno, produce, no obstante, efectos muy contrarios: de vida en unos, y en otros de muerte y perdición. *Christi bonus odor sumus Deo in iis qui salvi sunt, et in iis qui pereunt; alius quidem odor mortis in mortem, alius autem odor vitas in vitam*<sup>1</sup>. Somos, dice, buen olor de Cristo para Dios, ya en los que se salvan, ya en los que se condenan; en unos olor de muerte para su muerte, en otros olor de vida para su vida. De donde resulta que el daros en rostro su virtud y buen olor, y el desasosegarlos tanto con vuestras motas é indignos tratamientos, no parece que pueda nacer sino de envidia.

por comunicacion,

simil de las aves  
de rapina

y divino sustento  
sino.

Causa verdadera  
la envidia.

Arg. 2.<sup>a</sup>  
DESCRIPCION DE  
LA ENVIDIA 1899-  
REVISTA.

Es el vicio más  
puro é infame  
Luego,

III  
Mas yo, á la verdad, de cualquiera otra envidia os compadecería más fácilmente que no de ésta; porque es tan ruin, tan ignominiosa, tan infame, que no puede, según enseña San Agustín, imaginarse mayor baja. Porque, escuchad cómo razona este gloriosísimo doctor. Si envidiáis á un rico sus riquezas, no me maravillo, porque, aun cuando queráis, no está en vuestras manos atesorar sus cauda-

<sup>1</sup> 1 Cor., II, 15-16.

les. Lo mismo digo si envidiáis á otro la salud, á otro la hermosura, á otro el ingenio, á otro las fuerzas, á otro el cargo ó dignidad; son bienes éstos que no dependen de nuestro libre albedrío, y así no es de extrañar que, por la envidia tan arraigada en nuestras entrañas, os pese de las cualidades y prendas que veis en los demás y que no podéis granjear con vuestra industria.

Pero ¿con qué color ó pretexto envidiáis al varón justo su justicia? ¿No está por ventura en vuestra mano adquirirla y enriqueceros con ella? Si tienes envidia al varón justo, así dice el bienaventurado San Agustín, de tu voluntad depende que lo seas. Sé tú lo que te pesa y envidias en el otro, porque aquí no has de comprar con dinero lo que tú no eres y tu hermano es; graciosamente se da, presto se reparte: *Si invidas justo, res in voluntate est. Esto quod dolos esse alterum; non enim empturus es, quod tu non es alius est. Grátis constat, cito constat*<sup>1</sup>. La piedad, la modestia, la caridad, la templanza, el silencio, la compunción, son bienes todos para cuya adquisición un mendigo tiene sobrado. Basta un corazón decidido, una voluntad resuelta y eficaz. ¿No es, pues, enorme desatino envidiar á otro lo que nadie os estorba poseer, y poseer cuanto posee el más acaudalado? Una comparación pone el mismo glorioso doctor á este propósito; y pues él la trae, permitidme que me valga de ella para realzar mi intento.

Dos juntas de hermanos se celebran en las historias sagradas y profanas, la primera de las cuales fundó la ciudad de Dios, que fueron Caín y Abel; y la segunda, la ciudad y capital del mundo, que fueron Rómulo y Remo; y lo que más maravilla en este parangón es que de entrambas ciudades puede con verdad decirse que sus primeros muros se amasaron con sangre de hermanos: *Fraterno primi maduerunt sanguine muri*<sup>2</sup>, como quiera que la fundación de la una siguióse á la muerte de Abel, y á la muerte de Remo la fundación y establecimiento de la otra. Pues bien, cotejemos la fortuna de entrambos matadores. ¿Qué fué de ellos? Ciertamente que ambos, después de muertos, bajaron al in-

Antes, á compra-  
ratióne los otros  
bienes no están  
en nuestra mano.

mas al la virtud  
de nuestro propi-  
mo,

por autoridad;

conocido

y transición.

Corriamos por  
paralelo historico  
de los envidio-  
sos.

Exposición, á 2.<sup>a</sup>  
parte: Caín y Ro-  
mulo,

la envidiosos y tra-  
tridas.

<sup>1</sup> 1 In ps. 39. —<sup>2</sup> Lucan. Phars., I, 4.

fierno, y en sus cárceles pagan aún la pena de su crueldad; allí rugen ambos, y abrojjados ambos yacen sepultados en la hoguera inextinguible. Mas no les alcanzó igual suerte mientras vivieron. Vagabundo Caín y fugitivo por yermos y despoblados, palidecía al ver una fiera, temblaba al susurro de las hojas, henchía de sollozos los bosques y florestas. Los ríos todos parecíanle que le iban á tragar en sus corrientes, y los barrancos y precipicios que le iban á sepultar en sus ruinas profundas. Le era enojosa la luz, pesadas las tinieblas, espantable el sueño, desasosegadas las vigili-  
 as; y como si tuviese continuamente á las espaldas un verdadero ó sayón furioso con el sangriento látigo, así huía des-  
 pavorido y jadeando de monte en monte y de despeñadero en despeñadero, dando estas voces desconsoladoras que se arrancaban sin cesar de su palpitante y desesperado corazón:—¡Ay, que todo el que me encuentre me matará!—  
*Omnis, qui invenerit me, occidet me*<sup>1</sup>. No así el afortunado Rómulo, antes bien sufrido del cielo con gran longanidad, vivió una vida feliz nada triste ni miserable, sojuzgando á sus contrarios, abatiendo á sus rivales, granjeándose las voluntades de las naciones extranjeras, pasando sus bien-aventurados días en colgar mil despojos en el templo y en plantar trofeos gloriosos en el Aventino.

¿Cómo tanta variedad de fortuna entre ambos matadores? ¿No asesinaron ambos á su hermano, y á su hermano inocente, y con villana traición? Sí, pero con la diferencia que indiqué al principio. La saña y malquerencia de Rómulo es más excusable que la de Caín, en cuanto Rómulo envidió á su hermano la potencia y señorío, Caín al suyo la bondad y religión. El uno no podía conseguir el reino sin arrancárselo con la vida; podía muy bien el otro, sin quitársela, tener en su pecho la virtud de su hermano; y así fué, como más culpable, más rigurosamente castigado. De ninguna manera se menoscaban los dominios de la virtud, dice el santo obispo de Hipona, allegándosele otro compañero; pero, al revés, tanto más crecen y se dilatan, cuanto la inseparable caridad de los compañeros los posee más con-

<sup>1</sup> Gen., iv, 14.

cordemente<sup>1</sup>. ¿No podía Caín ser justo por serlo su hermano y su hermano Abel? ¿No podía ofrecer también á Dios las primicias de sus campos y los primogénitos de sus ganados? ¿No podía sacrificarle con sincero corazón? Podía, pero su envidia le cegaba, y prefirió arrebatar á su hermano lo que él no tenía, que no adquirir para sí lo que poseía su hermano. No haya, pues, compasión para Caín, ni aun en esta vida; no sienta paz, no tenga punto de reposo, ningún hombre mortal se apiade de su desventura; mas quede en el mundo como ejemplo de la ira formidable de Dios contra los que envidian la bondad ajena.

Si esto es así, como lo es, ¿cómo no tembláis al considerar, ¡oh amigos envidiosos!, que este mal afecto señorea vuestro corazón? Diabólica envidia es, prosigue el mismo Santo, envidiar los malos á los buenos, no más sino porque éstos son buenos y ellos malos: *Invidia illa diabólica, qua invidet bonis mali, nulla alia de causa, nisi quia illi boni sunt, isti mali*. ¿No podéis, por ventura, ser tan santo como vuestro hermano? ¿No podéis vestir con la misma modestia? ¿No podéis orar con la misma asiduidad y devoción? ¿No podéis vivir con igual recato? ¿No podéis recibir como él los santos sacramentos de ocho en ocho días? En vuestra mano está: *Res in voluntate est*. ¿A qué esa ojeriza y disgusto cuando otros hacen mejores obras que vosotros? ¿por qué habéis de turbarlos y embarazarlos, y acaso también escarnecerlos?

Quando los judíos, vueltos ya de Babilonia, se apercibieron otra vez á levantar los muros de su amada Jerusalén, hubo de entre ellos muchos que de pura envidia no lo llevaban en paciencia y, en lugar de ayudarles en su tarea, andaban alrededor de los oficiales y trabajadores inquietándolos, desasosegándolos y embarazando su labor; y si no alcanzaban á tanto, con mofas y denuestos los insultaban. Pero oíd la horrible sentencia y espantosa oración de Nehemías contra estos malvados: «No encubras, Señor, dice, la

<sup>1</sup> Nullo enim modo fit minor, accedente seu permanente consorte, possessio bonitatis; immo possessio bonitatis tanto fit latior, quanto concordior eam individua sociorum possidet charitas. De civ. Dei. Lib. 15, c. 5.

2.ª parte. Causa, atrocidad del crimen:

suerte lamentable de Caín.

por elopeya y grande:

Ventura de Rómulo en este mundo.

3.ª parte. Diferencia á la causa.

las dos envidias.

Realizase por autoridad.

y suada

(congruente de interrogaciones)

de impaciencias.

4.ª parte. Aplicación al auditorio

por interrogación vehemente.

AMPLIFICACIÓN por comparación del templo de Jerusalén.

los edificadores y los hurtadores.

iniquidad de ellos, y su pecado de ellos no se borre nunca de tu faz. Y ¿por qué tanta aversión? ¿por qué tanta venganza y encono? Porque hicieron mofa de los edificadores y oficiales de su templo: *Non operaris, Domine, iniquitatem eorum et peccatum eorum a facie tua non deleatur, quia irriserunt aedificantes* <sup>1</sup>. ¿Parécete liviano crimen burlarse, hacer mofa de los que edifican el templo del Señor? Tal desvergüenza no merece perdón. Discurro, pues, así: Si por tan abominable hecho tuvo Dios que se estorbese la fábrica de un edificio material, á cuya traza edificar otro no es tan hacedero, ¿qué será, decidme, impedir la fábrica del templo espiritual, á cuya traza puede cada uno, con sólo querer, levantar otro de igual alteza y hermosura?

argumentalmente inferir.

Arg. 3.<sup>o</sup>  
Sencillez Cap.  
de la inercia.

transición por corrección.

querer escuchar vuestra maldad contra la multitud.

por espoliación y envidia.

Ma la multitud no se librará del castigo que os amenaza.

Mas ¿qué hago? ¿en qué me ocupo? Perdonadme si hasta ahora no reparé que estoy discurrendo harto simplemente al presuponer que el enojo contra la bondad de vuestros compañeros nacia de envidia á su virtud. Honor es que os hice, más sin bastante fundamento; porque, á ser así, fuera indicio que estimáis en algo la virtud, comoquiera que nadie envidia lo que no aprecia. Pero no es esto lo que atiza más vuestro rencor. El verdadero motivo es sin duda desear esconderos y encubrirlos entre la multitud. Me explicaré. Quisierais vivir á vuestras anchuras; mas porque choca tal desenfrenamiento, á par de la modestia y compostura de los otros, querriais que imitasen todos vuestro ejemplo, y así buscáis por todas vías muchos compañeros de vuestra disipación. Querriais ser más libremente sensuales y lascivos, y por esto os dan en rostro los castos y vergonzosos. Querriais hurtar más y con más libertad, y por esto os ofenden los dadivosos. Querriais andar más descocadamente, y por esto os desagradan y amohinan los recogidos y devotos.

Mas ¿qué imagináis, oyentes míos, que la muchedumbre de compañeros en la maldad sirva en algún modo, ó para

<sup>1</sup> 2 Eedr. iv, 5.

disminuir la gravedad de vuestra culpa, ó para excusaros ante Dios? Os engañáis muy mucho. ¿Qué aprovechará la muchedumbre, tal es la enérgica exclamación de San Eusebio á este propósito, qué aprovechará la muchedumbre donde cada uno por sí será juzgado? *Quid proderit multitudo, ubi singuli iudicabimur?* <sup>1</sup> Jamás será disculpa del impío decir á su Majestad: Señor, que no fui solo. Y si esto se verifica siempre, ¿cuánto más si los compañeros del mal son los que nosotros maliciosamente sedujimos? ¿Presumiréis acaso que os sirva de escudo de vuestra iniquidad el haberla traspasado en el corazón de vuestros hermanos, como si á un apestado se le debiera tratar con mayor consideración ó menor severidad porque ya no es sólo él el contagiado, sino que, llegándose astutamente á varios, ha inficionado gran parte de la ciudad? No; antes oíd lo que añado: vosotros creéis estar más seguros en vuestros vicios y liviandades cuando éstos han cundido, se han propagado, son ya públicos y generales; mas yo os digo que entonces podéis teneros por más perdidos.

Crece, como sabéis, en el espacioso campo del padre de familias la mal nacida cizaña, y ya orgullosa y pujante, hacia el último esfuerzo para sobrepujar y ahogar los panes espigados que en aquella era florecían. ¡Desatinada pretensión! Quisiera la cizaña enseñorear todo el campo, desjujar toda la tierra, y no advertía que lo que más desecaba, como el ápice de su felicidad, hubiérale acarreado la extrema miseria.—¿Cómo, dijérale yo, si tuviera ella algún asomo de razón, cómo eres tan desaconsejada? ¿No ves que, á no ser esas pocas espigas que entre tu mala broza amarillean, te hubieran mil veces arrancado de este suelo? ¡Oh, cuántas veces los solicitos segadores estaban ya á punto para cortar con su implacable guadaña tus malditos tallos! Sin duda ¡oh miserable! fueras ya un puñado de ceniza; ¡con tanta ansia y apresuramiento repetían aquel *vis ámus*, á fin de atarte en gavillas y arrojarte al fuego! Y ¿porfías aún en crecer y sobrepujar al buen grano? Crece enhorabuena, crece y multiplicate, que después verás el escar-

por aversidad,

argumentación á justos,

y símil del apestado.

CONSERVACIÓN ad hominem.

Porque sólo malos, habrán de procurar que haya muchos buenos.

por parábola significatísima, del trigo y la cizaña.

Por ficción prosopopeyica.

¡Ay de la cizaña, si prevalece la ceniza!

<sup>1</sup> Epist. 1. Paracenet.

miento y llorarás en vano tu insensatez.—Así gritara yo en aquella vasta campiña; mas fuera en balde, y por eso levanto mi voz entre vosotros, para amonestaros en vuestros daños.

Aplicación de terror a los escudalones;

por vicio oratoria y prosopeya de venganza!

rayos,

vientos,

rios,

incendios,

todas las criaturas

¿Qué hacéis, qué hacéis, ¡oh pecadores míos de mi alma!, cuando procuráis allegar más y más cómplices de vuestros devaneos? Quisierais vosotros, como pernicioso cizaña, romper este poquito de grano, que aún queda en el campo del Señor; y ¿no reparáis que, si esto hacéis, estáis perdiendo? Desearía en este momento que se rasgasen esas nubes y se abriesen esos cielos, para que pudierais contemplar el más terrible espectáculo. Y ¿qué veriais? Veriais cabe el trono de la soberana Majestad un formidable ejército de todas las criaturas, armadas y prontas á la venganza de los enemigos de Dios: *ad ultionem inimicorum*<sup>1</sup>, y veriaislas á todas, como los segadores evangélicos, ofrecerse á porfia para ejecutar el riguroso trance, y clamando y voceando: *Vis imus, et colligimus ea?*<sup>2</sup> ¿Queréis que vayamos y arranquemos la cizaña? ¿Queréis que vayamos, gritan los rayos, y desprendiéndonos de las nubes nos precipitemos con desapoderado ímpetu sobre esos teatros, donde públicamente se conculca vuestro honor? ¿Queréis que vayamos, gritan los vientos, y desatándonos de vuestras cárceles estallaremos con horroroso terremoto y derribaremos por tierra esas viviendas de perdición, donde se ocultan tantos vicios y deshonestidades? ¿Queréis que vayamos, gritan también los ríos, y saldremos de madre y devastaremos con terrible inundación esas granjas y posesiones, que están alimentando injustamente á tantos pèrdidos? ¿Queréis que vayamos, gritan los incendios, y derramaremos nuestras llamas y reduciremos á cenizas esos bancos y casas de contratación, donde tantas usuras se cometen cada día? ¿Queréis que vayamos, replica todo el escuadrón armado de las criaturas, y todos los poderíos celestiales, el fuego y el granizo, y la nieve y las heladas, y el espíritu de las tempestades y borrascas, prestas siempre á ejecutar el divino mandamiento: *Ignis, grandis, nix, glacies, spiritus procellarum,*

<sup>1</sup> Sap., v, 18.—<sup>2</sup> Matth., xiii, 18.

*quae faciunt verbum ejus*<sup>1</sup>. Nosotras (dicen al Señor, ansiosas de reivindicar su honra), nosotras defenderemos vuestra causa, nosotras mantendremos vuestro honor, nosotras derrocáremos y acabaremos en un punto con todos vuestros contrarios. Escoged, omnipotente Dios, ó el trueno ó el rayo, ó la embravecida furia de los vientos, la criatura que más os agrade, y volará al punto á la demanda: *Vis imus, et colligimus ea?* Y el mansísimo Señor responde de ordinario á las importunidades de sus ministros y ejecutores: No, *Et ait, non;* y sufre tantos baldones y aguanta tantos desafueros é injusticias. Y ¿por qué?, decídmelo, cristianos. Contestad, por vida vuestra, si sabéis. Porque en la ruina de los pecadores no caigan envueltos los mismos justos. No sea caso, dice, que cogiendo la mala hierba arranquéis con ella el trigo: *Ne forte colligentes zizania, eradicetis cum eis, simul et triticum*<sup>2</sup>. Porque estilo es de este misericordísimo Dios, así lo confirma San Crisóstomo, hacer esta honra á sus siervos, que por respeto de ellos se salven también los otros<sup>3</sup>.

Pues siendo esto así, ¿cómo vivimos tan engañados ¡oh pecadores y compañeros míos!, que entonces nos creamos más seguros cuando hubiéremos seducido y arrastrado á todo el mundo á nuestra mala costumbre? ¿Es posible que estimemos por de nuestro interés el desarraigar del mundo esos poquitos buenos que entre nosotros viven, sin advertir ¡miserables de nosotros! que éstos son nuestro único reparo y baluarte, el cual perdido, somos perdidos y totalmente expuestos á la cólera divina? Sálvame tú, Señor, decía el mismo profeta David; sálvame tú, Señor, porque falta un santo: *Salvum me fac, quoniam defecit sanctus*<sup>4</sup>. Y ¿cuál fué la causa del asolamiento de Sodoma, sino faltar en ella diez justos, como lo reveló Dios á su siervo Abraham? ¿De dónde la ruina y perdimiento de Jerusalén, sino de no hallarse en la ciudad un varón fiel, como lo significó

coligidos de vengar á su Señor.

Respuesta de Dios:

por respeto de los justos, salvanse los pecadores—

por autoridad.

por inducción bíblica.

ya general.

ya particular:

<sup>1</sup> Ps. cxlviii, 18.—<sup>2</sup> Matth., xiii, 29.

<sup>3</sup> Consuetudo enim misericordis Dei est, honorem hunc dare servis suis, ut propter eos salventur et alii. Hom. 4 in Gen.

<sup>4</sup> Ps. xi, 1.

ya contraris, el Señor á Jeremías? Pero, al revés, en la nave en que viajaba el Apóstol de las gentes, aunque tan combatida de recia tempestad, y zozobrando y á pique de naufragar en las aguas de Malta; todavía ni uno de aquellos pérfidos y desalmados pasajeros en número de casi trescientos se perdió, merced al apóstol San Pablo, por cuya reverencia perdonó el cielo á toda su perversa compañía: *Ne timeas, Paule; donavi tibi Deus omnes qui navigant tecum* <sup>1</sup>.

Consecuencia lógica.

¿Quién no ve, de consiguiente, que nada deberían buscar los malos con tanta solícitud como la multiplicación de los justos? A éstos deberían glorificar á todo precio, á éstos conservar con el mayor cuidado y diligencia; y la virtud y acrecentamiento de éstos deberían asentarla en su corazón como su propia dicha, si ya no quieren desmentir las palabras de Salomón: En la multiplicación de los buenos se regocijará el vulgo de los malos: *In multiplicatione justorum lætabitur vulgus* <sup>2</sup>. Y ¿habrá hoy quien haga lo contrario, y, lejos de mantener celosamente los poquitos justos que viven en nuestra compañía, procure corromperlos? ¿Qué desatino es éste? ¿qué locura? Parad mientes y gradad en la memoria cómo retuerzo yo el argumento en que estriba vuestra licencia. Porque sois malos no podéis sufrir que los otros sean buenos; pues yo digo que debéis desear y aun procurar que los otros sean buenos, por lo mismo que vosotros sois tan malos.

Consecuencia dinámico.

y epílogo.

Arg. 4.<sup>o</sup>  
de consecución.  
Axi. 1.<sup>o</sup> Evadidos,  
dificil remane co  
salvaria.

por dilema.

miembro primero

por apóstrofe de  
improrables.

PERO escuchad, que aun no he dicho la razón más poderosa. Ó vosotros tenéis deliberado propósito de seguir siendo malos, como hasta ahora he imaginado para vuestra utilidad; ó pensáis más tarde reconocer vuestros yerros y desandar el mal camino y, poniéndoos bien con Dios, atesorar en vuestra alma la virtud que al presente perseguís en los demás. Si formaseis la determinación de continuar siempre siendo malos, he concluído. Mas ¿qué hacéis entonces en este sagrado lugar? Lejos, lejos de aquí, desventurados; apartaos de este cristianísimo auditorio, porque no es sitio

<sup>1</sup> Act., xxvii, 24. —<sup>2</sup> Prov., xliix, 2.

éste para los que juraron vasallaje indigno á Lucifer; y, mientras de aquí no salieréis, gran riesgo corremos todos de perecer por culpa vuestra.

Pero si, como es de creer, ninguno de mis oyentes se ha despeñado en tan profundo abismo de maldad, que se obstine en perseverar en ella, antes todos tenéis resolución de convertirlos á Dios, siquiera sea en lo postrero de la vida; ¿en qué se funda vuestra confianza de alcanzar de Dios tan grande misericordia, después de tan enorme desacato? La serpiente, oíd con atención, la serpiente del paraíso terrenal, por haber servido al demonio de instrumento para seducir á nuestra primera madre, vino á ser tan aborrecida de Dios y tan fea y horrorosa á los divinos ojos, que contra ella fulminó su Majestad la primera sentencia y el primer castigo que se pronunció en el mundo contra mortales criaturas. Y fué maldita de Dios entre todas las bestias de la tierra, y condenada como la más vil á vivir debajo de tierra, y alimentarse de tierra, y arrastrar con oprobio eterno su vientre por la tierra. Pero, pregunto: ¿qué culpa hizo la infeliz serpiente en el servicio que prestó? ¿Hízolo, acaso, de su propia voluntad? ¿Entrometióse en ello por su elección y antojo? No; sino que, necesitada de una fuerza superior y diabólica, la constrinieron á abrir los labios, á mover la lengua, á pronunciar vocablos no entendidos. Mas todavía el carecer de culpa no le valió. ¿Por qué? Porque dice San Juan Crisóstomo, húbose nuestro Señor en este caso como un padre. ¿Visteis un padre á quien su mortal enemigo mató villanamente los dos hijos que tenía? No se contenta con que sea castigado el matador, enfurecese igualmente contra el hierro que sirvió á la matanza, arrójalo en tierra, pisotéalo, rómpelo en cien pedazos, y lo maldice y lo mira con el mismo horror que si fuera culpable del delito. Pues así hizo Dios con la serpiente, dice el Crisóstomo con su áurea y divina elocuencia: porque la sierpe sirvió como de cuchillo á la malicia diabólica, por esto se le aplicó también pena perpetua <sup>1</sup>.

Miembro 2.<sup>o</sup> porque hacía el oficio de serpientes.

Historia del paraíso.

1.<sup>a</sup> parte. La maldición por conversión eclesiástica.

2.<sup>a</sup> parte. La culpa de la maldición.

por intencional.

autoridad

y almi del peñal que mató al hijo.

<sup>1</sup> Et quoniam serpens, quasi gladius quidam, diaboliæ inservivit malitiæ, ideo et perpetua ipsi poena intencata est. Hom. 27 in Gen.

3.ª parte. Apli-  
cación al audien-  
tío

Pues oid cómo os confundo con la tremenda moralidad de este pasaje. Si quien sirvió al demonio de instrumento para tentar á los justos, pero de instrumento no libre, sino violento y forzado, é incapaz por lo mismo de comprender lo que hacia, no pudo con todo escapar de la terrible venganza, y vino á ser á los ojos de Dios criatura vilísima, odiosísima, abominable; decid, y perdonadme el atrevimiento con que os hablo: ¿qué será de vosotros, pecadores, que de propósito, por vuestro libre albedrío, por mera perversidad y malicia, cooperáis á los diabólicos intentos, y para robar á Dios sus seguidores, hacéis liga con su enemigo capital? ¿Y presumís encontrar piedad, moverle á compasión, recabar misericordia? Maldito quien hace oficio de serpiente, tanto más detestable cuanto más capaz de conocimiento y libertad; maldito, sí, mil veces maldito, el abogado y ayudador del diablo en la perdición de los hombres: *Homo diaboli advocatus*<sup>1</sup>. Andad, pues, enhoramala, y esperad la recompensa del diablo, á quien servís con tanta fidelidad. De Dios no os prometáis sino odio, y desventura, y aislamiento y condenación sempiterna.

y argumentación  
á fortiori.

Condiciones es-  
paciales

de reproducción  
de la obra.

Arg. 5.ª  
Construcción  
del anterior.

## VI

Y ¿en qué otra forma podríais más abiertamente declarar que renunciáis á la gracia y amistad de Dios, que coligándoos con el demonio su enemigo? ¿Coligándoos dije? Suministrándole las armas más poderosas que tiene Lucifer para hacer guerra contra Dios y despoblar el cielo. No hay, católicos, quien no confiese que es muy flaco el demonio, cuando por sí solo nos acomete. *Resistite diabolo*, dice Santiago, *et fugiet a vobis*<sup>2</sup>. Resistid al diablo, y no solamente se alejará, mas huirá precipitadamente, ¡tan medroso es y tan cobarde! Entonces es terrible y espantoso cuando echa mano del hombre ó de la mujer para disimular su dañada intención; traidor es, y busca en la tierra un manto ó disfraz donde ocultarse, y tras esa máscara ¿quién le recono-

Hiciera la denun-  
cia, mejor que  
los mismos demo-  
nios.

Largo dificultad  
de su solución.

Antec. Flaque-  
za de Luceb por  
sí mismo.

cerá? ¿Quién, exclama el pacientísimo Job hablando del demonio, quién descubrirá la faz de su vestidura? *Quis enim revelabit faciem indumenti ejus?*<sup>1</sup>. Así vemos que el sufrimiento de Job, de quien ahora hablamos, no vaciló cuando el maligno espíritu le destruía por sí mismo las haciendas, mataba sus reses, derribábale sus granjas, daba muerte á sus hijos, llagábale lastimosamente todo el cuerpo; vaciló empero cuando por boca de sus amigos le tentaba con desconfianza y desesperación. Y para alegar historias más recientes, si tan feamente cayeron varones tan levantados en santidad como los Jacobos en los bosques de la Palestina, los Macarios en los yermos de la Siria, los Juanes de Gaurin en las fragosidades de Montserrat, no fué cuando fuertemente batallaba con ellos el demonio, y los atormentaba con nervios y nudosas varas; no fué cuando se aparecía en temerosas figuras de animales, y los atormentaba con espantables silbos de serpientes, y rugidos de leones, y ladridos de perros, y aullidos de osos, y con el mugir de los toros, el graznar de los grajos, y el berrear de los elefantes, y el gruñir de feroces jabalies; mas cuando los combatió por medio de mujeres lascivas, que á ellos enviaba muy hermosamente ataviadas. Oid, y guardad lo que voy á deciros en lo más íntimo de vuestro corazón.

Menor inconveniente fuera que abriendo Dios todas las cárceles del abismo, y desencadenando contra los justos todos los demonios del infierno: Id, les dijese, cuantos espíritus malaventurados padecía en esas mazmorras; id en persona, y tentad á los justos de la tierra, que yo os doy mi licencia; sería, repito, menor inconveniente que no combatirles vosotros so color de amistad. ¿Por qué? Porque viendo entonces los justos á los demonios en su propia figura podrían santiguarse, ó bien huir despavoridos á la iglesia, ó al amparo de un sacerdote que los rociase con agua bendita ó los sosegase con su voz autorizada. Pero siendo vosotros los disimulados tentadores, que con capa de amigos procuráis derribar á vuestros hermanos: *subvertere nitimini amicum vestrum*<sup>2</sup>, ¿adónde se guarecerán los infelices? ¿Qué

y su ferocidad por  
el hombre.

inducido de Job,

de Jacobo, etc.)

de descripción que  
matoposical.

Covertección  
de per fcción y  
apostrofa de in-  
concordia á los demo-  
nios.

antiteles y aduceos  
de compañía.

<sup>1</sup> Chrys. Hom. 12. ex var. in Matth. locis. — <sup>2</sup> Jac., iv, 7.

<sup>1</sup> Job, xli, 4. — <sup>2</sup> Job, vi, 27.

lugar hay tan sacrosanto que os arredre y ataje vuestros licenciosos pasos? ¿Qué señal tan veneranda hay que os detenga? ¿Qué amenazas ni conjuros tan fuertes que os refrenen? Y haciendo las partes de enemigo más furiosamente que el enemigo mismo, ¿presumis alcanzar de Dios misericordia, como de las culpas ligeras cometidas por mera fragilidad?—Erráis, hermanos, erráis muy mucho; porque si á Dios nuestro Señor no puede hacerse sacrificio más agradable que cooperar á la salvación de las almas, concluyese que no se le puede hacer más horrible injuria y desacato que cooperar á la ruina y condenación de ellas. De un contrario, dicen las escuelas, vale la consecuencia á otro contrario. Así que, si convertir al pecador es reputado por divinísimo entre las obras divinas: *Divinorum divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum*; siguese que pervertir á un justo es la más diabólica de las obras diabólicas.

Y ¿qué es esto, sino entrar en la cuenta de aquellos malignos cazadores, de los cuales tan amargamente se queja Dios por el profeta, diciendo: Hallábase han en medio de mi pueblo quienes arman asechanzas y tienden redes y ponen lazos, á fuer de pérfidos cazadores, para enlazar y prender á los varones? *Inveniunt in populo meo insidiantes, quasi aucupes, laqueos ponentes et pediculas, ad capiendos viros*<sup>1</sup>. ¡Oh cazadores pérfidos! ¡oh hombres endemoniados! ¡perdonadme que os llame con vuestro nombre), ¿aun no echáis

de ver la enormidad de vuestra culpa? Los otros cazadores despuellan el aire, vosotros el cielo; aquéllos matan animales, vosotros robáis compañeros á los santos, hermanos á los ángeles, almas, en fin, á Jesucristo. ¿Y no teméis? ¿y no tembláis? ¿y se os figura que no cometéis con esto mal ninguno, siendo, en realidad de verdad, tan grave delito que no hay palabras para encarecerlo dignamente?

## VII

Porque, preguntóos yo ahora: ¿no es probable que alguno, al menos de los seducidos por vosotros, venga final-

<sup>1</sup> Jer., v. 26.

mente á condenarse, y á condenarse por culpa vuestra? Y si esto sucediere, ¿quién restituye á Cristo esta alma desventurada, decidme, quién se la restituye? ¿Tenéis por ventura precio bastante con que satisfacer por ella? Si lo tenéis, ¿dónde está? ¿dónde los merecimientos y rescate de esa alma? ¿No sabéis cuánto costó al unigénito Hijo del Eterno Padre, cuánto padeció, cuánto afaná, cuánto pagó por su rescate? ¡Oh Redentor mio amorosísimo! ¿Qué importa que Vos inclinaseis los cielos de vuestra grandeza, y os vistieseis del vil andrajo de nuestra mortalidad? ¿Qué importa que sufrieseis hambre y sed, frios y calores, azotes y prisiones, salivas y hofetadas, puñadas y pescozones, y que os dejaseis enclavar desnudo en un infame madero por la salvación de las almas? ¿Qué importan tantos trabajos? ¿Qué importa tanto afán y derramamiento de sangre, si el gusano del hombre estorba y destruye los efectos de vuestra inefable redención? Si el hombrecillo vil y desconocido, ya con palabras, ya con obras, ya con perversos ejemplos y escandalosos, trabaja por entregar al infierno las almas que Vos á tanta costa redimisteis? ¿Robar á Cristo un alma rescatada por él á tanto precio, y robarla para entregársela á Satanás! ¿Puede darse cosa más impía, más cruel, más bestial y furiosa, y, digámoslo de una vez, más endemoniada? Cielos, espantaos; ángeles, cubrios de horror; rayos y tempestades, caed sobre nosotros, que bien lo merecemos.

Si vieseis, hermanos, que en la mayor solemnidad y pompa de esta iglesia entra uno precipitadamente, y encaminándose á aquel altar, más que nunca engalanado, comienza con toda furia á rasgar los velos y colgaduras, á derribar candelabros, á llevarse los cálices y patenas, á profanar las mesas y custodias, ¿qué haríais? ¿No correríais todos gritando: ¡al ladrón, al sacrilego, detenedle!, y, santamente indignados, castigaríais su loco atrevimiento? Pues oid: andad en mal hora y arrebatad al Señor todas sus joyas y ornamentos; aún más, apercebíd hachas y encended las teas, y derribad y reducid á cenizas los mismos altares y estatuas; menor delito fuera arruinar todo esto, que arruinar un alma. Que no redimió Jesucristo las piedras, no compró con su divina sangre los brocados, la plata, no el

Robáis las almas á J. C. y en las dadas á Satanás. Luego... temed.

Comunicación, precio de una alma.

y depravación de las almas.

1.ª parte. Trabajos de un Dios.

2.ª parte. Perfidia del hombre.

Conclusión de nuevo por apóstrofe más escarativa.

Amplificación por acción probable;

1.ª parte. El sacrilegio.

2.ª parte. La colera.

Aplicación á fornicari,

oro, sino las almas: *Redimisti nos Deo in sanguine tuo*<sup>1</sup>: no nuestras cosas, sino á nosotros redimiste con tu sangre. Y ¿queréis que no sienta más el robo de un alma que el hurto de un vaso de plata?

Conclusión de despecho.

Dije al comienzo de mi discurso que no quería emplear formas crudas y desabridas con este linaje de pecadores tan ciegos y desatinados; pero con más verdad confesosos ahora que no las empleo, porque no las hallo proporcionadas á la gravedad de su delito. Si lo condeno de criminal, es poco; si de sacrilego, no basta; sería menester inventar un nuevo vocablo que significase este nuevo atrevimiento. Mas veis aquí á qué extremo han llegado nuestros excesos y demasías, que son ya tan atroces que no hay palabras para explicarlos.

Incumbencia.

y para indigna ofensa.

An not. Este gran delito es como á parte vos. otros.

Transición por vía de prolepsis.

Fig. 2) Por benevolencia.

corrección.

## PARTE SEGUNDA

### VIII

Confesadme la verdad, oyentes míos: ¿no os parece también á vosotros digno de abominación y más de lo que se puede encarecer el escandaloso vicio, fin y blanco de mis reprensiones? Cierito, responderéis sin duda; pero exceso semejante no se halla entre nosotros. Porque ¿cómo ha de haber entre nosotros quien así, por ejemplo, arme lazos á la honestidad, quien ose mancillar las almas de sus prójimos, quien se ponga de industria á arrebatár discipulos á Cristo? Cristianos somos, no perseguidores de nuestro adorable Redentor. — Paso, mis amadísimos oyentes, no os enojéis; harto veo que con esta respuesta desabrida queréis forzarme en cierto modo, ó á ofenderos manifestamente, ó á confesar que he hablado hasta ahora por demás. Disgustaros yo, por nada lo sufriré, ni pagaré tan mal vuestra singular benevolencia para conmigo; pues me retractaré, si es necesario, y me desdiré de lo que dije, y dareos á entender cuánto más dispuesto estoy para alabaros que para

<sup>1</sup> Apoc. v, 9.

reprenderos. Mas, si en disculpa vuestra no alegáis otra razón que la de ser cristianos, creedme, que más bien es éste un cargo que una justificación, comoquiera que las mayores persecuciones que hoy padece Jesucristo vienen de parte de los cristianos.

Oid, si no, cómo se lamentaba ya en sus días el benaventurado San Bernardo: Tus amigos, ¡oh Dios!, tus más vecinos y allegados se acercaron y estuvieron firmes contra Ti. La universalidad del pueblo cristiano parece que se ha conjurado contra Ti, desde el mayor hasta el menor. Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él parte sana. ¡Ay dolor! ¡ay dolor!, que los que tienen en tu Iglesia la primacía y gozan del principal gobierno de tu pueblo, son, por ventura, los primeros y principales en perseguirte<sup>1</sup>.

Resp. 3) Por gravísima autoridad.

Incumbencia

Bien sé que estas quejas del Santo serían hipóboles y vanos encarecimientos respecto de vuestra ciudad, donde

las cabezas y gobernadores atienden con ahinco á desarraigar las malas costumbres con su cello, y á promover las buenas con el ejemplo de su cristiano proceder. Pero ciñéndolos á vosotros, mis amados oyentes, ¿no os remuerde la conciencia de haber nunca escarnecido ó despreciado, con chacota y donaires, á alguno de vuestros compañeros, porque, antes de encañecer la cabellera ni arrugársela la frente, se muestra desengañado del mundo, como pudiera un Arsenio, y, desdenando vuestros círculos y reuniones, huye de vuestros juegos y entretenimientos, y prefiere pasar las horas, ó hablando con Dios en las iglesias, ó de cosas de Dios con religiosos y sacerdotes? ¿qué respondéis? ¿estáis seguros que nadie, por vuestra culpa, ha dejado de frecuentar más á menudo los santos sacramentos, ni de asistir á la santa misa con más atención, de oír sermones, de rezar el rosario de nuestra Señora, de acudir á la misión, á los

y precaución oratoria.

Resp. 7) Por la acción cotidiana

y comunicadmo.

<sup>1</sup> Amici tui, Deus, et proximi tui adversum te appropinquaverunt, et steterunt. Conjurasse videtur contra te universitas populi christiani, a minimo usque ad maximum. A planta pedis usque ad verticem capitis non est sanitas ulla. Heu, heu, Domine, quia ipsi sunt in persecutione primi, qui videntur in Ecclesia tua primatum diligere, gerere principatum.

oratorios ó capillas de penitencia, á las fiestas religiosas, á los ejercicios de la buena muerte y otras prácticas de piedad, adonde le inclinaba su devoción ó su carácter?

Sabe Dios cuánto os aprecio, y el favorable juicio que deseo conservar de mis oyentes; pero plegue á su divina Majestad no seáis del número de aquellos malaventurados amigos, tan vivamente retratados en la Sabiduría, los cuales, en viendo á otros mozos de su edad más recogidos y modestos, luego comienzan á decir: ¿Qué apatía es ésta, compañeros? ¿qué encogimiento? ¿qué vida tan sombría y melancólica? Ea, venid y gocemos de los placeres de que no es ya capaz la edad madura: *Venite, ergo, et fruamur bonis quae sunt, et utamur creatura tanquam in juventute celeriter*. Embriaguémonos de vino, perfumémonos con ámbar y ungientos olorosos y no desaprovechemos la flor de nuestros años <sup>1</sup>. Coronémonos de rosas antes que se marchiten; no haya prado que no pasee nuestra liviandad, ni jardín donde no se espacie nuestro ardiente corazón, y dejemos por todas partes huellas de nuestro buen humor: *Coronemus nos rosas antequam marcescant; nullum pratium sit quod non pertransat luxuria nostra, ubique relinquamus signa lachitiae* <sup>2</sup>. Sea una la bolsa, uno el deseo, una nuestra ambición, la de alegrarnos y divertirnos en juegos y banquetes, en risas y pasatiempos: *Marsupium unum sit omnium nostrum* <sup>3</sup>, sin cuidar ni averiguar del otro mundo, de donde nadie ha venido nunca á darnos nuevas: *Non enim est qui sit reversus ab inferis* <sup>4</sup>. Plegue á Dios, torno á decir, que no deis tales consejos de perdición á los jóvenes, aún no avezados al vicio! ¡plegue á Dios que no los convidéis á representaciones impúdicas y á tertulias y saraos algo libres! ¡plegue á Dios que no os moñéis de ellos en viendo en sus manos un libro de devoción ó *Vidas* de Santos, y, en lugar de éstos, no les deis á leer romances y novelas de vanísimos amores, que sería darles, escondidos en ramilletes de lindas rosas, áspides ponzoñosos, para que sin sentir mordiesen y envenenasen sus almas!

<sup>1</sup> Vitis pretiosus et unguentis nos impleamus: et non praetercat nos flos temporis. Sap., II, 7. — <sup>2</sup> Sap., II, 8. — <sup>3</sup> Prov., I, 14. — <sup>4</sup> Sap., II, 1.

Mas ¿qué? ¿no veis por ventura que si un predicador celoso comienza á inculcar la reforma de un abuso, si aconseja á las señoras que vistan con más decoro y honestidad, si recuerda á los magistrados su obligación de cerrar los espectáculos en ciertos días más solemnes, si persuade que destierren de los templos las parlerías, las risas descompuestas, las vistas libres y desmandadas; no veis, digo, que si un predicador apostólico emprende de veras la corrección de estos abusos, no faltan hombres que se alarman al momento, y excusan estos vicios, y defienden estas demasías y coruptelas, mancomunándose contra el predicador que cela demasiado, como dicen, y con escasa prudencia el provecho universal?

Venid, dicen con los pecadores deslenguados de que se hace mención en el libro de la Sabiduría, venid y cerquemos maliciosamente al justo, porque es contrario á nuestras obras, y nos da en rostro con los pecados de la Ley, y publica los delitos contra la disciplina, y se ha hecho el censor de nuestros pensamientos: *Venite, circumveniamus justum, quoniam contrarius est operibus nostris, et impropera nobis peccata legis et diffamat in nos peccata disciplinae, et factus est nobis in traductionem cogitationum nostrarum* <sup>1</sup>. Y ¿cuántos hay en nuestros malaventurados días que desacreditan la virtud con dicerios infamantes y despreciativos, y á la modestia llaman necedad, frialdad á la castidad y pureza, á la humildad apocamiento, á la frugalidad tacañería, cobardía y cortedad á la humildad y mansedumbre? *Vae qui dicitis malum bonum, et bonum malum* <sup>2</sup>. ¿Cuántos que, viendo á David muy resuelto á usar de clemencia con Saúl, contrastan su opinión y le incitan á la venganza? <sup>3</sup> ¿Cuántos que al ver al rey Asuero amargado injustamente contra Vasti, en vez de desengañarle, le dan la razón y le aconsejan que la eche de su casa? ¿Cuántos que viendo á Ammón frenético por Tamar, en vez de apagar las llamas, las avivan con aplausos y enseñan las artes de satisfacer su mal deseo? ¿Qué diré de aquellos que, descubierta ó disimuladamente,

CUM VIDEREMUS I.º  
ESTO ES DESA  
CORRIT LA PREDICA  
CIÓN.

2.º ESTO ES DESA  
CORRITAR LA VIRTU  
DAD.

por inducción  
activa.

por antitesis

3.º Alaridos de ira  
y de dolor.

<sup>1</sup> Sap., II, 12. — <sup>2</sup> Is., VI, 20.

<sup>3</sup> 1 Reg., XXIV.

Y creyéis ser vocaciones religiosas. retraen á otros de su loable intento de entrar en religión y seguir el llamamiento de Dios, y para más aficionarlos á los deleites de este siglo los dejan, aunque mozos, en completa libertad, y so color de probar la vocación los halagan y hacen mil promesas, y dicen del estado religioso cuanto su ciego cariño ó voluntad perversa les inspira? *Firmaverunt sibi sermonem nequam* <sup>1</sup>.

Amplificación de llanto. ¿Podéis, pues, gloriaros de no hallarse en este número ninguno de vosotros? ¿Puede enzancarse esta ciudad, por otra parte tan católica y piadosa, de no estar contaminada con esta ponzoñosa pestilencia? ¡Ojalá que así sea, y por que lo fuese derramaría yo toda la sangre de mis venas! Mas si esto no sucede, si esto por desgracia no es así, ¿por qué no me dáis licencia de desahogar mi justa indignación, y presumis cerrarme la boca, como si hablase por demás ante este auditorio, ó no hubiese razón de predicar como predico y declamar como declamo? Declamaré y alzaré mi apostólico acento, mientras viva, contra un vicio tan escandaloso, diciendo á todos la verdad desnuda, completamente desnuda. Sobre esto lloraré y lanzaré bramidos de dolor, por valerme del lenguaje de Miqueas, y andaré por esas calles despojado y vestido de cilicio, y planiré con llanto de dragones, y con lloro de avestruces lloraré: *Super hoc plagam et ululato, cadam spoliatus et nudus, faciam plantum velut draconum, et luctum quasi struthionum* <sup>2</sup>; porque no alcanzo á comprender, cómo haya hombre en el mundo que,

y apostólica entonación.

por autoridad patrasística.

contradiendo todas las leyes naturales y divinas, las cuales de consuno recomiendan que promovamos por todas las vías posibles la virtud, él ponga su empeño en destruirla y exterminarla.

Conoció el contrario. ¿Qué ceguedad es ésta, oyentes míos? Si vieséis á vuestro enemigo en riesgo de condenación, deberíais al punto, olvidando las ofensas y ahogando entrañables resentimientos, socorrerle y ponerle en camino de salvación, por no tratarle peor que á un jumento, al cual apartamos de la orilla del precipicio. Y vosotros al revés, porque va por

de profunda llastimosa.

<sup>1</sup> Pr. LXIII, 6.

<sup>2</sup> Mich., 1, 8.

el camino del cielo, ¿le querríais tratar como enemigo, y le armáis tantos lazos, y le seducís con tantos embustes, y acosáis de tantas maneras, hasta ponerle en la orilla del abismo y en los despeñaderos del infierno? Así es por nuestros pecados. El hombre malvado, dice la Sabiduría en los Proverbios, acaricia blandamente á su amigo, y le conduce por caminos no buenos: *Vir iniquus lactat amicum suum, et ducit eum per viam non bonam* <sup>1</sup>. Si dijese á su enemigo, pase; pero llevar á su amigo á la perdición, ¡qué cosa más horrible! ¿Cómo se concibe en vosotros tanta malicia, ó, por mejor decir, tanto deslumbramiento y ceguedad? ¿Cómo, oh cristiano, no os retraen de ello motivos de humanidad, ya que los de conciencia no os refrenan?

Es increíble la repugnancia y empacho que siento de hablar en esta forma, mis amados oyentes. Sin embargo de esto, es fuerza que lo diga, y cierre mi discurso. ¿No queremos nosotros servir á Dios? No lo sirvamos. ¿No nos importa el cielo? Dejémosle. ¿No nos espantan los infiernos? Arrojámonos allí. ¿Queremos resueltamente condenarnos? Condenémonos. ¿Qué esperamos, infelices? Ábrete, oh tierra, y traga de una vez tanta muchedumbre de almas, pues tuyas son.—Pero, á lo menos, que nuestra propia condenación nos baste, hermanos míos, añadiré llorando con San Gregorio: *Perditio nobis privata sufficiat* <sup>2</sup>; bástenos nuestra propia condenación, y no queramos que los demás se pierdan. Y ¿qué menos podría exigir de vosotros, oh amadísimo pecadores de mi alma? No os pido que seáis fervorosos como tantos otros, que seáis mansos y sufridos como ellos, que seáis castos, que seáis devotos y espirituales como ellos; solamente os pido que permitáis libremente ser á vuestros amigos y compañeros lo que quieran. Bástenos

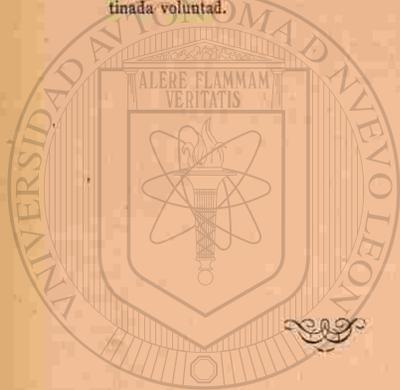
pecados, oh casa de Israel: *Sufficiant vobis scelera vestra, domus Israel* <sup>3</sup>. Así os dice el mismo Dios por boca de su profeta; bástenos tus pecados, oh casa de Israel. ¿Y qué? ¿Es esto tan costoso, que no se puede recabar sino á fuerza de súplicas y de lágrimas? ¡Ah! no quiero proseguir,

<sup>1</sup> Prov., XVI, 29.—<sup>2</sup> Pastor., l. 2, adm. 32.

<sup>3</sup> Ez., XLIV, 6.

ni haceros el agravio de suplicaros más; antes bien, me persuado que no sólo dejaréis practicar á los otros la virtud; mas, alentados con su ejemplo y deseos de aventajarlos en el bien, mostraréis á todos que, si hasta aquí obrasteis de diferente manera, fué inconsideración, fué inadvertencia, fué falta de reflexión y consejo, no malicia de obstinada voluntad.

de exordio.



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO VEINTINUEVE

Resplandecen en este discurso **celo** de la honra de Dios, **dolor** entrañable de la pérdida de las almas, **blandura** de corazón, junta con aquella apostólica **entereza** que pide nuestro Arias al perfecto orador:

*Non fulmina terrent*  
*Virtutem, non assiduis agitata procelis*  
*Aequora, non magno concussam murmure coelam* †.

¿Qué rayos temía de los grandes, ni qué borrascas de los pequeños, ni qué murmullos ni sacudimientos, quien exclama: «Mas si esto no sucede; si esto, por desgracia, no es así, ¿por qué no me dais licencia de desahogar mi justa indignación, y presumís cerrarme la boca, como si no... hubiese razón de predicar como predico y declamar como declamo? Declamaré y alzaré mi apostólico acento, mientras viva, contra un vicio tan escandaloso, diciendo á todos la verdad desnuda» (§ VIII).

**Reprender** con provecho, tengo para mí que es lo sumo de la elocuencia. Son menester para ello los arbitrios de las demás formas, y aún no bastan; porque ha de ser **vehemente** la reprensión y muy enérgica para que amargue, pero **sazonada** y dulce para que no exaspere. Y así ha de tener esta **vituperación** (*oburgatio*), segundo miembro del género demostrativo, el convencimiento y racionio de la **de liberación**, la viveza del género **judicial** y la elegancia del **panegírico**, que se cifran en dos virtudes: vehemencia y **rigor** para confundir y atemorizar al culpado; suavidad y **blandura** para que tome la reprensión con gusto, ó por lo menos con paciencia. Virtudes, al parecer, contrarias, que hermana maravillosamente nuestro SÉNERI.

**Vehemencia y rigor.** Sonaba sin duda en los oídos del predicador la voz de Dios al profeta Jeremías: «Cifete con fortaleza, y levántate y predica todas las cosas que te he

† Rhetor. lib. II.

dicho; porque yo te he puesto hoy como una ciudad fortificada, como columna de hierro y muro de metal en toda la tierra, contra todos los reyes de Judá y sus príncipes y sacerdotes y todo su pueblo. Y pelearán contra ti y no prevalecerán, porque yo estoy contigo para librarte». Y ¿cómo se armó para esta campaña? Con las armas de Dios. Primero ciñóse con verdad, vistióse luego la loriga de la justicia, y, calzando sus pies con la mortificación de todos los afectos, se dispuso á predicar el Evangelio de la paz. Embrázó inmediatamente el escudo de la fe, en que se apagasen las balas de fuego que arrojaré el enemigo, y, poniéndose el yelmo de la esperanza, empuñó el cuchillo del espíritu, que es la palabra de Dios. ¡Ay del que saliere desarmado al estudio de la sagrada elocuencia! ¡Con qué brío enclava SÉNTER este cuchillo en el corazón de los escandalosos! Primero los confunde y **avergüenza**, y en segundo lugar los atemoriza y **espanta**. He aquí los dos afectos que pretende mover en su auditorio. Confúndelos **descubriendo** la hecidienda postema:

a) Por  **semejanza**. Avergonzaos, escandalosos, porque sois semejantes á los buitres y otras aves carniceras, que se deleitan en la podredumbre de los cadáveres y abominan de la fragancia y buenos olores, pues no podéis sufrir el buen olor de los justos. (§ II.)

b) Por la  **causa**. Avergonzaos, escandalosos, porque eso nace de envidia, y de una envidia la más ruin é infame del mundo, pues envidiáis la virtud ajena que podéis tener. Sois abominables, como Caín, y peores que los que se mofaban de los edificadores del templo. (§ III.)

c) Por  **otra causa**. Avergonzaos, escandalosos, porque lo hacéis para que no campe tanto vuestra maldad, siendo todos malos. Pero es inútil, porque se echa más de ver vuestra maldicia y no evitaréis el castigo; con qué pasa al afecto de  **temor**, que despierta con la ponderación de castigos temporales y espirituales.

a)  **Castigos temporales**. Temblad, escandalosos, porque ¡ay de la cizaña cuando prevalece contra el trigo! No oís la voz de todas las criaturas que desean vengar la honra de su Señor, y que él, por respeto á los buenos, os perdona? (§ IV.)

b)  **Castigos espirituales**. Temblad, escandalosos, pues difícilmente alcanzaréis jamás perdón de vuestro pecado; porque «Maldito quien hace oficio de serpiente... maldito, sí, mil veces maldito, el abogado y ayudador del diablo en la perdición de los hombres». (§ V.)

<sup>1</sup> Jer., I, 17 y sig. — <sup>2</sup> Ephen., II, 14 y sig.

c) Temblad, escandalosos, porque prestáis á Satanás las armas más poderosas que tiene para hacer guerra contra Dios y despoblar el cielo, que es el hombre para derribar á otro hombre. «Robáis compañeros á los santos, hermanos á los ángeles, almas, en fin, á Jesucristo.» (§ VI.)

d) Temblad, escandalosos, porque si esta alma seducida por vosotros se condena, ¿cómo se la restituiréis á Cristo? ¡Robarle almas á Cristo para entregarlas á Satanás! «¿Puede darse cosa más impia, más cruel, más bestial y furiosa, y, por decirlo de una vez, más endemoniada? Cielos, espantaos; ángeles, cubrid de horror; rayos y tempestades, caed sobre nosotros...» (§ VII.)

Y crece la vehemencia, hasta poder concluir la primera parte con esta amarga inectiva, que deja clavada, como aguijón, en el pecho de los oyentes: «Si lo condeno de criminal, es poco; si de sacrilego, no basta; sería menester inventar un nuevo vocablo para significar este nuevo atrevimiento. Mas veis aquí á qué extremo han llegado nuestros excesos y demasías, que son ya tan atroces, que no hay palabras para explicarlos.

¿Puede subir más de punto la vehemencia de la reprehensión? Parecía que no; mas aquí entra el artificio oratorio. ¿En qué consiste? En  **ahondar** más y descarnar la llaga hasta sacar toda la postema. En la primera parte ponderó la gravedad de este delito  **en sí**; mas en la segunda la mira  **en sus mismos oyentes**, y con esta vista los acaba de amedrentar y confundir. (§ VIII.)

**Suavidad y blandura**. El piadoso samaritano, viendo al que cayó en manos de ladrones, camino de Jericó, acercóse al lagado y echó encima de las llagas óleo y vino.  **Vino** son las verdades ásperas y terribles, que amedrentan y mueven á dolor de los pecados por vía de temor;  **óleo** son las verdades blandas y amorosas, que regalan y convidan á penitencia por vía de amor. ¿De dónde nace que las reprehensiones de SÉNTER escuezan, pero no exasperen? De dos fuentes: del  **amor** y del  **arte**, ó, si se quiere, de un arte amoroso, ó de un amor por extremo artificioso. Quien no sepa amar, que no se meta á reprender, porque amargará, mas no curará. ¡Qué bien se llevan las reprehensiones de los padres, porque nos consta que nos aman! ¡Cuán mal parecen en boca de una persona extraña, que no sabemos si aquella aspereza nace de amor, ó bien de odio, de envidia ó malquerencia! Pero no basta saber amar; hay que poseer el arte de conciliar los ánimos y granjearse los corazones, y un arte tan delicado,

*ut non sibi recta tendi  
Sentiat auditor, vel non fastidiat artis  
Conscius, aut cumulo nimium compressus inertí.*

**Exordio.** ¿Dónde campea el arte? En hacer aborrecible el delito que persigue, aun antes de nombrarlo; en no dirigirse ni una vez á los escandalosos; en llamar la atención con la importancia del asunto. ¿En qué luce el amor? En el cariño que muestra á la virtud perseguida; en el afecto con que habla de nuestro Señor Jesucristo; en constituirse amparador de los débiles, con aquellas frases: «¿Qué haré yo?... ¿Abandonaré en manos de los enemigos... á los siervos de Dios, y permitiré que los ultrajen, que los humillen?... No lo consienta Dios... yo los socorreré».

**Confirmación.**—¿En qué descuellan el arte? En la introducción tan discreta, donde determina adoptar formas serenas y razonamientos apacibles, que no es sino ablandar la herida para clavar luego la lanceta; en la invención de los argumentos tan eficaces y tan sencillos; en su disposición progresiva en orden á engendrar en ellos confusión y temor; en la elocución tan variada, que sigue todos los estilos, desde el más sublime y lleno de apóstrofes y prosopeyas, hasta el más templado que se atavía con metáforas y comunicaciones.

¿Cómo se descubre el amor? ¡Oh! El amor de SÉSERU, intenso, vehemente, insaciable de la honra de Dios y de la salvación de las almas, sobrepuja al de las madres á sus hijos, al de los esposos á sus esposas, á todos los amores de la tierra. Siéntese palpar en cada frase, en cada línea, en todas las palabras. ¿De dónde nace ese llamarles tantas veces y tan de veras: «¡Oh hermanos míos», y «¡oh pecadores muy amados!», y «¡oh pecadores y compañeros míos!»? ¿De dónde aquel acercarseles tanto, como decirles: «Abrid vuestro pecho, descubrid ingenuamente, y no dudéis que, aunque las llagas sean muy hediondas y asquerosas, yo las trataré sin asco ni horror.» (§ II.) ¿De dónde procede el animarlos con una mano mientras los confunde con otra, y decirles, por ejemplo: «No podéis, por ventura, ser tan santo como vuestro hermano? ¿No podéis vestir con la misma modestia...?» (§ III.) ¿Por qué habla tantas veces en plural, uniendo su suerte con la de los escandalosos á quien persigue, y exclama en una parte: «Cielos, espantados... rayos, caed sobre nosotros, que bien lo merecemos»; (§ VII.) y en otra: «¿No queremos nosotros servir á Dios? No le sirvamos. ¿No nos importa el cielo? Dejémoslo. ¿No

<sup>1</sup> Benod. Arias, Rhetor, lib. III.

nos espantan los infiernos? Arrojámonos allí. ¿Queremos resueltamente condenarnos? Condenémonos.» (§ VIII.) ¿No nacen de amor aquellas frases que intercala en los apóstrofes más duros, como diciendo: «¡Oh cazadores pérfidos! ¡oh hombres endemoniados!, perdonadme que os llame con vuestro nombre!...»; y «es increíble la repugnancia y empacho que siento de hablar en esta forma, oyentes míos. Y aquellas cortesías con que se introduce á la segunda parte, ¿qué son sino industrias del amor? «Harto veo, dice, que con esta respuesta desabrida queréis forzarme en cierto modo, ó á ofenderos manifestamente, ó á confesar que he hablado hasta ahora por demás. Disgustaros yo, por nada lo sufriré...» ¿Por qué, sino para suavizar la reprensión, calla á veces el orador, y hace hablar á San Agustín ó á San Bernardo, como quien sabía que de boca de estos Santos oírían bien lo que oído de su propia boca acaso ofendería?

**Peroraciones** al cerrar la primera y la segunda parte. En ellas rebosa el amor y campea singularmente el arte, y los afectos de vergüenza y de temor llegan á su colmo. Estúdiense cada una por sí, y luego cotejese la una con la otra; véase cómo siendo uno el fin, los medios son distintos, por el diverso estado de sus oyentes; admírese la variedad y flexibilidad del sentimiento oratorio, y el uso admirable que en ambas hace de la licencia. En una dice para avergonzarlos: «Pues oid; andad en mal hora y arrebatad al Señor todas sus joyas y ornamentos; más aún, aperchibid hachas y encended las teas, y derribad y reducid á cenizas los altares y estatuas; menor delito fuera arruinar todo esto, que arruinar un alma». En la otra dice, para atraerlos: «Queremos resueltamente condenarnos? Condenémonos. ¿Qué esperamos, infelices? Abrete ¡oh tierra! y traga de una vez tanta muchedumbre de almas, pues tuyas son. Pero, á lo menos, que nuestra propia condenación nos baste... bástenos nuestra propia condenación, y no queramos que los demás se pierdan. ¿Y qué menos podría exigir de vosotros, oh amadísimos pecadores de mi alma?... Esto es amor, esto es arte, ésta es elocuencia cristiana».

*Alque utinam tales habitus similesque figuram  
Induerunt, quicumque sacris per pulpita rebus  
Incumbunt; utinam proprias scissis liberet.  
Christe, tuas causas, quodque illis creditur almæ  
Religionis onus!...*

¡Ojalá, diré con Arias Montano, que se revistiesen de este espíritu, de esta caridad ardiente todos los predicadores! ¡Ojalá que tomasen la causa de tu fe, oh Cristo mío,

con el interés con que defenderían la suya propia! ¿Qué acontecería entonces?

*non lautum pectora vulgi  
Dura forent, non tam multis sermonibus heu! tam  
Exiguus feret fructus; ferventior esset  
Mens hominum, pietas major majorque teneret  
Religio populos...*

¡Ah!, no quedarán tan duros los corazones de los oyentes, ni fuera tan poco el fruto de tanto predicar: la gente se enervorizaría más y más, y la religión se dilataría y arraigaría en los pueblos. ¿Y qué más?

*ALERE FLAMMAM*  
*et turba frequentior altum  
Parceteret virtutis iter, felicio, vret  
Vita hominum; neque tanta forent dispendia gentis,  
Pro qua supplicium durum mortemque cruentam,  
Nate Dei summi, et lignum crudele subisti!*

Entonces, ¡oh frutos suavísimos de la verdadera elocuencia!, serían muchos más los que emprenderían la ardua senda de la perfección cristiana; la vida social y privada sería más feliz, y, sobre todo,

No tantas almas al profundo averno  
Se hundieran ¡ay!, por quien sangrienta muerte  
Sufriste en dura cruz, ¡oh Dios eterno!

Rhetor. Hb. IV.



## DISCURSO TREINTA

### MENOSPRECIO DEL MUNDO

*Ego testimonium perhibeo de mundo, quod  
opera eius mala sunt.*

Yo doy testimonio acerca del mundo, que  
sus obras son perversas.

(JOAN., 72, 7.)

### EXORDIO

Por insinuación  
oratoria.

Si hay hombres bien premiados y enaltecidos en toda república ordenada, son, sin duda, los que descubren á un traidor. Asuero, aquel monarca poderosísimo del Asia que extendía su imperio sobre ciento y veintisiete provincias, sublimó, como es sabido, á los reales honores al buen Mardoqueo, por quien averiguó su Majestad las tramas de Farés y Bagatan, dos gentileshombres de su palacio. Tiberio premió á Antonia, mujer de Druso, que le reveló la traición de Seyano. Pirro á Fenaretos, mujer de Samón, que le dió parte de la traición de Neoptólemo; y Cresó á una baja esclava de palacio, que le descubrió las tramas y artificios de su madrastra, le levantó una estatua de oro, en señal de gratitud ó para escarmiento de los demás, y la colocó en el templo deífico.

Excita la atenci-  
ón con la nove-  
dad del relato.

Inducción his-  
tórica.

¿Qué recompensa, pues, oyentes míos, puedo prometerme de vosotros, comoquiera que mi objeto, al subir á esta cátedra de verdad, no es otro que descubrirlos y manifestaros un gran traidor?—¿Qué traidor es éste? ¿dónde está? ¿cómo se llama? Denúnciesele, hágase manifiesta su maldad, castiguese al punto sin perdón.—¡Ah, hermanos míos!, os lo diré; pero témome mucho que no me creeréis;

Captase la des-  
leñad.

con el interés con que defenderían la suya propia! ¿Qué acontecería entonces?

*non lautum pectora vulgi  
Dura forent, non tam multis sermonibus heu! tam  
Exiguus feret fructus; ferventior esset  
Mens hominum, pietas major majorque teneret  
Religio populos...*

¡Ah!, no quedarán tan duros los corazones de los oyentes, ni fuera tan poco el fruto de tanto predicar: la gente se enervorizaría más y más, y la religión se dilataría y arraigaría en los pueblos. ¿Y qué más?

*et turba frequentior altum  
Parceteret virtutis iter, felicio, sret  
Vita hominum; neque tanta forent dispendia gentis,  
Pro qua supplicium durum mortemque cruentam,  
Nate Dei summi, et lignum crudele subisti!*

Entonces, ¡oh frutos suavísimos de la verdadera elocuencia!, serían muchos más los que emprenderían la ardua senda de la perfección cristiana; la vida social y privada sería más feliz, y, sobre todo,

No tantas almas al profundo averno  
Se hundieran ¡ay!, por quien sangrienta muerte  
Sufriste en dura cruz, ¡oh Dios eterno!

Rhetor. Hb. IV.



## DISCURSO TREINTA

### MENOSPRECIO DEL MUNDO

*Ego testimonium perhibeo de mundo, quod  
opera eius mala sunt.*

Yo doy testimonio acerca del mundo, que  
sus obras son perversas.

(JOAN., 72, 7.)

### EXORDIO

Por imitación  
oratoria.

Si hay hombres bien premiados y enaltecidos en toda república ordenada, son, sin duda, los que descubren á un traidor. Asuero, aquel monarca poderosísimo del Asia que extendía su imperio sobre ciento y veintisiete provincias, sublimó, como es sabido, á los reales honores al buen Mardoqueo, por quien averiguó su Majestad las tramas de Farés y Bagatan, dos gentileshombres de su palacio. Tiberio premió á Antonia, mujer de Druso, que le reveló la traición de Seyano. Pirro á Fenaretos, mujer de Samón, que le dio parte de la traición de Neoptólemo; y Cresó á una baja esclava de palacio, que le descubrió las tramas y artificios de su madrastra, le levantó una estatua de oro, en señal de gratitud ó para escarmiento de los demás, y la colocó en el templo deífico.

Excita la atre-  
vida con la nove-  
dad del relato.

Inducción his-  
tórica.

¿Qué recompensa, pues, oyentes míos, puedo prometerme de vosotros, comoquiera que mi objeto, al subir á esta cátedra de verdad, no es otro que descubrirlos y manifestaros un gran traidor?—¿Qué traidor es éste? ¿dónde está? ¿cómo se llama? Denúnciesele, hágase manifiesta su maldad, castiguese al punto sin perdón. — ¡Ah, hermanos míos!, os lo diré; pero témome mucho que no me creeréis;

Captase la des-  
tidad.

per sustancia legiones, porque los más le amáis tan entrañablemente, que de seguro tomaréis su defensa, y le patrocinareis, y, á trueque de sostenerle á él, me agraviaréis á mí, diciendo que le calumnio contra justicia: ¡tan lejos estaréis de reconocer el beneficio y galardonar mi buena obra! Mas en vano; porque es traidor manifiesto, clarísimo, evidente, que presenta todas las señales de tal, y ¡ay de aquel que no se guarda de sus lazos! Este traidor ¡oh cristianos! es el mundo.

¿No es así? Dígalo nuestro adorable Redentor, el cual vino á la tierra para manifestar á los hombres esta gran verdad, y dar público testimonio que las obras del mundo son malas y perversas: *Ego testimonium perhibeo de mundo, quod opera ejus mala sunt*. Y ¿qué necesidad había de testigo tan abonado y de tan severa protestación, si fueran tan conocidas la malignidad del mundo y la perversidad de sus obras? Innumerables son los que lo ignoran, y así fiarse de él, le reverencian, se le entregan totalmente, y con todo cuidado procuran servirle y darle siempre gusto y contentamiento.

Y ¿queréis vosotros pertenecer á ese número? ¡Oh!, si yo supiese en este día descubrirlos sus embustes y marañas, y representaros sus engaños y mentiras, ¿quién duda sino que sentiríais lo que sentía el apóstol San Pablo, quien asegura que no hacía del mundo más estima que la que suele hacerse de un ladrón ó público malhechor puesto en el palo?

*Mihi mundus crucifixus est*<sup>1</sup>. Y ya que no lleguéis á este desapego y aborrecimiento del mundo, á lo menos no le améis, no le favorezcáis, no os entreguéis á él tan ciegamente, que es lo que á todo trance pido de vosotros; y para que veáis las razones que me abonan, prestadme vuestra benévola atención.

<sup>1</sup> Gal., vi, 14.

## PRIMERA PARTE

## II

Arg. 1.<sup>a</sup>  
De los ajenos.

Y en primer lugar, decidme, amados oyentes míos: vosotros sentís una poderosa inclinación al mundo, ¿no es verdad? Pues veamos antes qué cosas hay en él que merezcan vuestros servicios. ¿Son por ventura sus magníficas y liberales promesas, tan conformes á vuestra índole y generosa condición? Esto es, en mi sentir, lo que os deslumbra. Prométeos placeres; prométeos riquezas; prométeos honras y dignidades, que son los tres linajes de bienes tras los cuales corren naturalmente los hombres, como el ciervo tras las corrientes de las aguas, y la simple mariposa tras el resplandor de la luz; y así no es de maravillar que tan fáciles seáis en darle también oídos.

Mas ¡oh ciegos de vosotros!, ¿cómo no descubristis su falsía y mal intento? Esta misma liberalidad y extremada largueza en prometer, notad bien lo que os digo, esta misma liberalidad en prometer deberíaos servir de indicio, el más claro, el más seguro, el más incontrastable de su ánimo traidor. Todos los traidores ¿quién lo ignora? siguen el mismo estilo de insinuarse con lisonjas. Caín vendió á Abel, convidándole al campo á solazarse: *Egrediamur foras*<sup>1</sup>; Absalón vendió á Ammón, invitándole á un suntuoso banquete; Jael vendió á Sisara, ofreciéndole dónde dormir y descansar; Dálila vendió á Sansón, adormeciéndole con halagos y caricias; Trifón vendió á Jonatás, prometiéndole honroso acogimiento; y por esta cuenta pudiera traer innumerables ejemplos. El principal cuidado de los traidores es proponer antes cosas halagüeñas, para después acarrear las tristes y dolorosas, fué observación del bienaventurado San Juan Crisóstomo: *Decipiantur maxime opus hoc est, prius suavia proponere, quo max inferant tristitia*<sup>2</sup>. ¿Quién duda, pues, que al favorecer el mundo y al seguir la corriente de

Transición por comunicación.

El mundo es el superior. Luego es traidor.

Antes, por repetición y similes.

La consecuencia por inducción de todas las traidores.

ejemplos libérrimo

y autoridad.

<sup>1</sup> Gen., iv, 8. — <sup>2</sup> Hom., 16 ad pop.

Consideración por sí misma de la ciencia

vuestras inclinaciones, aunque más torcidas y depravadas sean, no se porta con lealtad, sino á modo de sirena encantadora, que os embelesa con su música para atraeros y despedazaros? Hijo mío, hijo mío; oid cómo os apercibe Salomón: si los pecadores te halagaren, no los creas: *Fili mi, si te laclaverint peccatores, ne acquiescas eis*<sup>1</sup>.

y autoridad divina

Art. 2.º  
De la oferta de bienes ó promesas.

El mundo se ofrece bienes falsos. Luego es engaño.

Antes por parte de la manzana y el dardo.

Narración sencilla

1.ª parte.

2.ª parte.

Aplicación práctica.

por autoridad

<sup>1</sup> Prov., 1, 10.

*ficia, hujusmodi mundi munera: omnibus, qui ipsius voluptatibus obsequuntur, insidias struit*<sup>1</sup>. Tienen los mundanos sus placeres, con que desfogar su pasión, ¡oh qué linda manzana!; mas con los placeres van en pos mil sucias y asquerosas enfermedades, que sujetan á los infelices á perpetuos medicamentos y deshonra perpetua; veis aquí el dardo. Tienen los mundanos haberes y riquezas, con que procurarse abundantemente comodidades y regalos, ¡oh qué linda manzana!; mas con las riquezas van juntos mil cuidados y zozobras de tratos y contratos, de pleitos y de quiebras, que los condenan á vivir en perpetuo sobresalto: veis aquí el dardo. Tienen los mundanos gloria y renombre, con que dilatan su fama con grande fausto y vanidad; ¡oh qué linda manzana!; mas á la gloria van en seguimiento mil contiendas implacables de precedencias, de títulos, de intrigas, de porfías y ambiciones, que los condenan á vivir en perpetuo batallar; veis aquí el dardo, y dardo muy emponzoñado.

Porque ello es así, que todo el mundo está asentado en la malignidad, como afirmó San Juan: *Mundus totus in maligno positus est*<sup>2</sup>; que es decir, según nota divinamente San Cipriano, que ríe para encruelecerse, halaga para engañar, convida para matar: *Arridet ut saeviat, blanditur ut fallat, illicet ut occidat*<sup>3</sup>. Y ¿aun dudáis? ¿Aun no os resolvéis? ¿Aun queréis nuevos argumentos para tenerle por traidor y mentiroso? ¿Qué monta que os brinde sus bienes con espantosa prodigalidad, si son bienes dañosos, bienes perjudiciales, bienes que sólo tienen de tales el nombre y apariencia; bienes que llamó la Sabiduría espuma del mar, ¡tanta es su vaciedad y amargura!; bienes que Santiago calificó de vapores livianos, ¡tal es su vileza y poquedad!; bienes que el Salmista compara al heno seco, ¡tan pobres son y tan fugitivos!; bienes que Salomón, después de probarlos todos, declaró que no sólo eran pura vanidad, sino aflicción de espíritu; ó, como lee el árabe, *angustia de espíritu*; ó, según el caldeo; *quebrantamiento de espíritu*; ó, según la letra siríaca, *solididad y congoja de espíritu*; ó, según Vatablo, *rompimiento ó*

y enumeración de

(antitesi y conversión irónica).

placeres.

hombres.

Confirmación evangélica.

y amplificación severamente

por multiplicaciones.

similes sagrados

<sup>1</sup> In vita Joisaphat.—<sup>2</sup> 1 Joan., v, 19.

<sup>3</sup> Epist., ad Donatum.

noticias de hom-  
bre

colíandolos.

y graduación.

La conclusión de  
últimapor divino testi-  
ficación.Arg. 3.<sup>a</sup>  
Tana y brevedad  
de los bienes  
mundanales.Tramitación por  
concesión.El mundo es de  
poco y por corto  
tiempo. Lázaro es  
traidor.Antec. por el  
mal de Holofe-  
res.

despedazamiento de espíritu; 6, como San Jerónimo lee en Teodoción y Simaco, *pasto ó manjar de viento*; como dando á entender por vivísima metáfora que quien trata de buscar hartura en los bienes mundanales no hace más que papar viento, esto es, alimentarse de un manjar que, no sólo no restaura las fuerzas, pero acojoja, y da baseas, y produce convulsiones, y causa dolores los más crueles en el corazón del infeliz hambriento? Cuando fuere abastado y ahito, así habla Job de los tales hambrientos, se angustiará, jadeará y todo dolor lo embestirá: *Cum satiatus fuerit, ardebitur, aestuabit, et omnis dolor irruet super eum* <sup>1</sup>. Y vosotros ¿seréis tan desatinados que os entreguéis en servidumbre al mundo, sólo porque os promete tales bienes? ¡Oh imprudencia! ¡oh simplicidad! ¡oh desvario! ¿No tiene razón un Isaías cuando, reprendiendo vuestra ceguedad, os pregunta: ¿Por qué empenáis vuestra plata y no en comprar panes, y vuestro trabajo y no en hartura?: *Quare appenditis argentum non in panibus, el laborem vestrum non in saturitate* <sup>2</sup>.

## IV

¡Oh cuán afortunadamente añade *non in saturitate*, no en hartura! Porque, demos que los bienes y felicidad mundana, aunque falsos, aunque mentirosos y contrahechos bienes, sean no obstante apetecibles; mas ¿qué esperáis? ¿que os los reparta el mundo con tanta abundancia que quedéis hartos? ¡Bien se ve cuán mal lo conocéis! Os los dará como se daba el agua á los moradores de Betulia cercada por Holofernes, es decir, con medida, y medida tasada, y medida bien escasa y mezquina. Y si por maravilla os los reparte copiosamente, tened por cierto que luego al punto os los arrebatará.

Porque es de saber, que por mucho que procure el mundo, como industrioso negociante, conservar su crédito, en realidad ha hecho quiebra, está tronado, ni tiene en su casa con qué poder pagar y satisfacer á sus infinitos acree-

<sup>1</sup> Job, xx, 22. — <sup>2</sup> Is., lv, 2.

dores. ¿Qué hace, pues, el muy traidor? Para dar al que le apremia más, desposee al que insiste menos; y si bien lo miráis, repararéis que nunca enriquece á éste sin empobrecer á aquél; á ninguno levanta sin derribar y abatir á otro. Cuando Sansón se vió forzado á pagar los treinta vestidos, que en aquellas bodas prometió á los convidados que resolviesen su famoso enigma, ¿no sabéis qué partido tomó para tenerlos? Pues se entró en Ascalón, mató á treinta hombres y, quitándoles las ropas, las dió á los intérpretes de su problema: *Descenditque Ascalonem, et percussit ibi triginta viros, quorum ablatae vestes dedit iis, qui problema solverant* <sup>1</sup>.

Así hace el mundo. Para vestir á uno, no halla mejor arbitrio que desnudar á otro. Da á Mardoqueo la administración de opulenta monarquía, mas dáela derribando á Amán. Concede á Siba el dominio de magníficas haciendas, pero concédeselas quitándolas á Mifiboset. Confiere á Sadoe la investidura del sacerdocio, mas se la confiere despojando de ella á Abiatar; y así discurrid por los demás, y siempre hallaréis que hace el mundo como el horticultor ó jardinero, que á fin de dar agua á una fuente ó surtidor, cuyos variados juegos quiere mostrar á los curiosos espectadores, da vuelta á la llave y hurta mañosamente el agua á otro surtidor. ¿Cómo os fiaréis, pues, de este mal mundo, el cual al mejor lance os dejará burlados, y os dejará burlados para socorrer con lo vuestro á otro menos digno que vos, á un artero adulador, á un ambicioso más osado, á un intrigante más astuto; á uno, en fin, que quiere valer y aventajarse por caminos que deberían en justicia ser los más largos, porque son caminos torcidos, caminos revueltos y pedregosos, y no obstante son frecuentemente en el mundo los más cortos?

Pero hay más; porque si el mundo os avisara con tiempo del daño que forzosamente os ha de acarrear, mereciera acaso alguna excusa. Pero lo más doloroso es que, por cum-

<sup>1</sup> Judic., xiv, 19.

y comparación  
del negociante  
que quebró.Confirmasse 2.<sup>a</sup>  
por el hecho de  
Sansón.3.<sup>a</sup> por congreso  
de inducción histo-  
rica.

Mardoqueo.

Siba.

Sadoe.

y por símil de  
surtidor y el in-  
fierno.Aplicación de  
intervención.Arg. 4.<sup>a</sup>  
De la circun-  
stancia del mal  
representado.

El mundo se despa en el me-  
por fauca. Luego  
es traidor.

Per simi de la  
hiedra de Jonás.

caracoles antiguos  
por contrasto.

Aplicación por  
ejemplos (conglu-  
bados).

(historia profana)

y otros de Jasti-  
ma y de Cagliari:

Joviniano,

Valeriano,

plir su oficio de traidor con toda la verdad y exactitud, se complace en cogeros de repente, y, como decíamos, en el mejor lance, esto es, en la mayor prosperidad y pujanza, ó en la mayor necesidad y miseria. Habíase echado el profeta Jonás á la sombra de una fresca y copuda yedra, la cual, creciendo poco á poco y dilatándose, formaba sobre su cabeza una hermosísima tienda de campaña. Mas ¡oh ilusión!, cuando el infortunado profeta pensaba dormir más á su gusto, cuando se alegraba con extremada alegría al pie del árbol: *super hedera lætatur lætitia magna*<sup>1</sup>, se marchitó de súbito la yedra, se secó toda, y él quedóse expuesto á los rayos del sol canicular; ¡Oh, si yo pudiera contar aquí uno á uno todos los mortales que han sido burlados en esta forma del mundo engañador, cuántas yedras hermosísimas os mostraría repentinamente agostadas, cuántos laureles secos de improviso en la cabeza de muchos vencedores!

Celso, de simple soldado en los ejércitos de África, fue aclamado emperador, merced á la buena industria de Pompiniano y Posieno; mas ¿quién lo creyera?, al cabo de los siete días de gobierno, trocándose súbitamente la fortuna, fue asesinado de los mismos que le habían encumbrado al imperio, sin más crimen que haber fiado demasiadamente en el favor de la muchedumbre. Lo mismo acaeció á Galba, lo mismo á Otón, lo mismo á Vitelio, á Emiliano, á Pértinax, á Florianio, á Tácito, á Numeriano, los cuales ni siquiera un año llegaron á gozar del cetro, que se les cayó con grande mengua de sus manos, cuando se imaginaban empuñarlo con más fuerza. ¡Infeliz Joviniano! Este desventurado príncipe, uno de los más piadosos, ilustrados y benignos que podían esperar los hombres, cuando recién aclamado emperador por sus vasallos, se encaminaba á la ciudad de Constantinopla á tomar allí solemne posesión, alojóse en el camino en una pieza blanqueada de pocos días, y esto bastó para quedar sofocado de noche con el tufo de los braseros, que ardían allí para secar las paredes de la estancia. Poco más reinó Valeriano; pero ¿de qué le aprovechó si, esclavo después de Sapor, rey de Persia, tuvo el

<sup>1</sup> Jer., iv, 16.

desastrado príncipe que servirle de escabel, siempre y cuando quería montar á caballo su orgulloso vencedor? Un poco más pudieron tener el señorío aquellos cuatro reyes, cuyos nombres no recuerdo; pero ¿qué les aprovechó si, prisioneros después y esclavos de Sesostris, rey de Egipto, se vieron forzados á arrastrar, como viles brutos, la carroza del tirano? ¡Tan á pique están de despeñarse en la mayor afrenta aun las mayores majestades de la tierra!

Casimiro, rey de Polonia, segundo de este nombre, mientras se regocijaba en un día solemnisimo, y, convidados todos los señores y grandes del reino, no oía sino encomios de sus proezas, glorias de su nombre y augurios de felices y prolongados años, pidió la copa para brindar y dar gracias á los convidados; mas apenas la acercó á los labios cuando cayó muerto, dejando burlados tantos pronósticos y malogradas tantas esperanzas. Pero ¿qué hago, cristianos oyentes? Basta, basta. ¿Presumo, acaso, relatar aquí el infinito catálogo de los mortales que desde la cumbre de su pujanza, cuando se alegraban con extremada alegría:

*lætabantur lætitia magna*, se vieron derribados y sumidos en el fango del oprobio por ese mundo traidor? ¿A qué traer aquí á los Seyanos, á los Eutropios, á los Rufinos, á los Belisarios? Sería negocio de nunca acabar, tarea casi inmensa ó imposible; llenas están de tales ejemplos las historias, llenos los libros, llenos los anales de los pueblos; cosa que hizo exclamar á San Juan Crisóstomo, que la prosperidad y deleite de este mundo nada tiene de estable, nada de firme y duradero: *nihil habet stabile, nihil firmum*; sino que, á manera de torrente fugitivo, se queda enjuto y seco cuando el viajero, como el profeta Elias, se acerca á la ribera para apagar su sed y gozar tranquilamente de la frescura del sitio. *Expectavimus pacem, et ecce turbatio*<sup>1</sup>: Esperábamos sosiego y encontramos guerra y turbación. Mas, aunque sean tantos los ejemplos, no sé si habrá ninguno ni tan triste ni que tan á las claras muestre la vanidad del mundo como el de Ladislao, rey por otra parte tan esclavizado en Bohemia. Escuchad y si después aún no os pa-

los contra reyes.

Conclusión por aplicación.

Confirmación por nuevos ejemplos:

el rey Casimiro por contraposición.

Corrección estricta y preferible.

Conclusión final por autoridad.

y aún del torrente.

Explicación oratoria por ejemplo ilustrado.

<sup>1</sup> Jer., xiv, 19.

rece infiel y pasajera la felicidad mundana, acusadme de calumniador.

El rey Ladislao. Era Ladislao mancebo apenas de diez y ocho años, cuando concertó casarse con Magdalena, hija de Carlos VII, rey de Francia; y fijando la ciudad de Praga para la celebración de las bodas, y aperchibidas cuantiosas sumas, y des-

pachadas las capitulaciones, envió por la real consorte, que estaba en París, á Ulderico, obispo de Patavia. Hable la Europa, y diga si con motivo semejante se vió jamás em-

bajada más espléndida. Doscientos caballeros iban de la primera nobleza de Bohemia, doscientos de Austria, doscientos de Hungría; pero todos, por su noble continente, por sus trajes y atavíos, por sus libreas y divisas tan vistosos, que pudieran pasar por reyes, á no ser tantos en número. A éstos, para inmediato servicio de la reina, se juntaron cuatrocientas damas y señoras muy ilustres, con toda su servidumbre y acompañamiento; fuera de las soberbias carrozas de oro y plata, corrían delante nada menos que ochenta generosos alazanes, tan briosos, tan ricamente enjaezados, que deslumbraban la vista. Llevaban además inmensa balumba de preciosas vajillas, de tapicerías, de alfombras y damascos con que adornar las habitaciones y posadas, regalos suntuosos, magníficos presentes. Enviáronse otros nobles embajadores al mismo emperador, que le convidasen á las bodas con su mujer la emperatriz Leonor; embajadores al rey de Polonia; embajadores á los príncipes de Baviera, á los de Sajonia, á los señores del marquesado de Brandeburgo. Acarrearon á Praga gran copia de made-

ras con que levantar teatros para representaciones, palenques para los torneos, vallas ó empalizadas para las justas y lidias, palcos donde se asentasen los príncipes espectadores, ó, por mejor decir, espectáculo de todos; y ya iban á empezar las fiestas, colgadas las calles y adornadas con arcos de triunfo, con estatuas, con emblemas é inscripciones, de suerte que no se aguardaba sino la llegada de la real consorte. Cuando una tarde siente el rey un malestar y como dolores de estómago, túrbase, congójase. Mas todavía, por no alarmar á sus vasallos, siéntase á la mesa, come, platica y pasa gran parte de la noche con sus grandes y cór-

tesanos; de aquí se recoge á su apartamento, mas no puede conciliar el sueño. Muy de mañana llaman apresuradamente á los médicos... ¡Dios mío! qué horror! ¡Ya no existe! ¡El rey ha muerto!... Sí, había muerto, y al cabo de treinta y seis horas yacía en un ataúd. ¡Qué universal trastorno! Euvian correos que se detenga la regia comitiva; truécase la fiesta en funerales, el regocijo en llanto; y la reina, cercana ya á la ciudad de Praga, tiene que volverse, no ya esposa, sino viuda, perdiendo á su marido antes de poseerle.

¿Qué sentís, mis amados oyentes? ¿qué juzgáis de la felicidad del mundo? ¿No os dije que faltaba á lo mejor, cuando más próspero soplabá el viento de la fortuna, que parece que nos llevaba en palmas, y, para valerme de la fórmula de San Pedro Damiano, á los que halaga y emmiela, más de prisa se les convierte en acibar? *Quibus blanditur, eis quantocius in amaritudinem vertitur* <sup>1</sup>. ¡Oh mundo, mundo! ¡oh mentira! ¡oh dulce ponzoña! ¡oh jardín florido y lleno de serpientes! Si esto no es de traidor y desleal, ¿qué es? Es, si no me equivoco, hacer como el Vesubio, á cuyas faldas y vertientes, si queréis plantar trigos, viñedos y arboledas, os ofrecerá riquísima cosecha, primavera perpetua de verdura y perpetuo otoño de frutos siempre sazonados. Mas ¿qué?, si cuando menos los pensáis vomita de sus entrañas torrentes de lava, de azufre, de ceniza y de betún, tan espantoso y asolador, que en una hora estraga y anquila las riquezas de muchos años: *Malitia horae oblivionem facit luxuriae magnae* <sup>2</sup>. ¡Oh qué sentencia tan profunda y experimentada! La malicia de una hora, dice el Eclesiástico, hace olvidar grandes deleites. Y ¿vosotros aún porfiáis en arrimaros á la falda de monte tan engañoso, y allí vivir y allí sentar vuestros reales? El profeta Isaías, después de describir los males de Babilonia, dice que los árabes no plantarán sus tiendas á par de ella: *Non ponet ibi tentoria arabs* <sup>3</sup>, que en adelante no guiarán allí los pastores su ganado, ni los trabajadores y peones buscarán jornales en aquella comarca. ¿Y vosotros, no sólo queréis asentar en

la dolencia del mosarca.

Catástrofe violenta por estallamiento de espante.

Concepción de indignación y aborrecimiento.

por astorrida.

por similitud del Vesubio.

y aplicación viciosa.

comparación bíblica de las tentadas de los árabes.

<sup>1</sup> Damian, epis., 5. l. 7.—<sup>2</sup> Eccli., xi, 29.—<sup>3</sup> Is., xii, 20.

ella tiendas movedizas, pero levantar palacios? ¡Ah no, mis amados oyentes!, huid, huid, os diré con las ardientes palabras del profeta, huid del medio de Babilonia, y salvad cada uno vuestras almas: *Fugite de medio Babylonis, et saluate unusquisque animas vestras*<sup>1</sup>; lejos, lejos de la Babilonia del mundo, que no es tierra de amigos, como vosotros creéis, sino de asesinos y traidores.

y corroboración ve-  
lamente.

Arg. 5.<sup>a</sup>  
El mundo es un  
gran engaño.

VI

Ya sé lo que os ciega en este punto y os hace descaminar. Es que esos acaecimientos tristes que del mundo se pueden esperar, según hemos demostrado, á todo lo atribuirán los mundanos menos á la perfidia de su dueño. Aquél murió joven, es verdad, mas fué la causa su destemplanza en el comer; no se previno, no se medicinó con tiempo; el otro cayó de su privanza, pero no es maravilla, porque era muy poco avisado en el hablar; el otro hizo quiebra, pero su arrojo y temeridad tienen la culpa; el otro perdió los amigos, pero ¿qué extraño, si era de modales tan duros y groseros? Y así jamás el mundo quiere conceder que los desastres que á sus amadores sobrevienen nacen de faltar en él fidelidad como traidor, sino en ellos aviso y recato como imprudentes.

Mas esto es pro-  
pio de traidores:

Pero ¿no veis que en esto consiste principalmente su doblez? Ninguna cosa procuran los traidores con más cuidado que ocultar sus malas obras; aquí emplean toda su maña, aquí ponen todo su artificio y habilidad; porque, si confesasen sus daños, ¿quién fiaría de ellos en adelante? Pocos hacen como aquel capitán Joab, que habiendo muerto con villana traición á dos valientes soldados del ejército, Abner y Amasa, tan ufano andaba de su hecho, que esmaltó con la sangre de ellos su cingulo militar: *Posuit cruorem praectii in baltheo suo*<sup>2</sup>. Los más van por otro camino, tiran la piedra y esconden la mano; preguntados, niegan; convencidos, juran y perjuran y, ya que no pueden encubrir el hecho, lo embrollan de mil materias. El hombre que frau-

(por el retrato del  
capitán Joab).

<sup>1</sup> Jer., LI, 6. — <sup>2</sup> 3 Reg., II, 5.

dulentemente causa perjuicio á su amigo, así leemos en los Proverbios, si por ventura le prenden, dice: Fué una broma, no tuve mala intención: *Vir qui fraudulenter nocet amico suo, cum fuerit deprehensus, dicit: Ludens feci*<sup>1</sup>.

por intención  
directa y

autoridad)

¿Qué maravilla, pues, que nunca falten al mundo nuevos pretextos para colorear sus perfidias? Pero no pasan de fútiles pretextos, hermanos míos. Y así, torno á repetir, no os fiéis; aborreced al mundo, abominad de él con toda el alma; ni os pase por el pensamiento que por ventura sirviéndole con fidelidad, guardando exactamente sus leyes, ateniéndoos á sus dictámenes, os tratará mejor que á los demás. Muy al revés; si queréis que el mundo os respete y tenga en algo, ¿sabéis el mejor camino? Es no hacer estima de él; es hollarlo, acocerarlo generosamente; es desdenar sus favores y escupir sus vanos prometimientos. Quien más perdido anda tras él, no recibirá sino desdenes y menosprecios, y conocerá por experiencia cuánta verdad encierran las palabras del Damasceno: que el mundo aborrece á sus más fervientes amadores: *Amicorum suorum hostis est mundus*.

Longe el mun-  
do es traidor.

Exhortación y  
tráisole por pro-  
leptis:

comunicación de  
nuevo argumen-  
to.

VII

Estraña cosa por cierto, oyentes míos, pero muy verdadera: si alguien menospreció el mundo y lo puso debajo de los pies, ¿quiénes fueron? Los varones más señalados en santidad. Éstos lo reprendieron de palabra, éstos lo vituperaron por escrito, éstos desecharon ó hicieron burla de cuanto el mundo les ofrecía, de sus regalos, de sus riquezas, de toda temporal prosperidad. Pues bien; éstos son, finalmente, cuya memoria guarda con loor: *Memoria justi cum laudibus*<sup>2</sup>. Guarda el mundo cada día más fresca la memoria de un Alejo, que, huyendo de la casa paterna para buscar á Cristo, dió al mundo ha más de mil años tan solemne desdén y pesadumbre; guarda la memoria de un Bernardo, que no hizo caso de sus placeres; guarda la memoria de un Francisco, que holló sus riquezas; guarda la memoria

Arg. 6.<sup>a</sup>  
El mundo honra  
á los que lo  
desprecian.

y desprecia á los  
que le honran.  
Luego es traidor.

1.<sup>a</sup> parte. Los  
santos desprecia-  
ron al mundo.

es así que el mun-  
do le hurta á los  
santos;

<sup>1</sup> Prov., XXVI, 19. — <sup>2</sup> Prov., X, 7.

de un Romualdo, que por escapar de sus honras no dudó estar escondido largo espacio entre los sauces y malezas de una laguna cenagosa. A éstos admira como hombres extraordinarios y levantados sobre el nivel de los demás hombres, á éstos acata, á éstos celebra y glorifica, á éstos adora, hincando sus rodillas ante las cenizas de ellos. Verdaderamente la memoria del justo con loores: *Memoria justorum cum laudibus*. ¿Quién no lo ve? ¿quién no lo siente cada día? Mas, de sus vanos amadores, de sus servidores más fieles, que se desentrañan por darle gusto, ¿qué sucede?

¿Cuál es su paradero? De los tales, responde el Sabio, llega á escarnecer, á hacer burla, como de gente ruin, de gente vana, de gente díscola y sensual, de corazones interesados y ambiciosos. Y el nombre de los ímpios se pudrirá: *Et nomen impiorum putrescet*.

Levantó, como sabéis, el rey Nabucodonosor una estatua de oro, que figuraba la real persona de su majestad, y mandando juntar en torno de la estatua á todos los sátrapas, jueces, magistrados, capitanes y gobernadores de sus provincias, mandóles por voz de pregonero que en el mismo punto en que oyesen el sonido de las trompetas, de las cítaras, de las flautas, de las zamponas y salterios, se derribasen en tierra y adorasen la estatua de metal. Entre tanta muchedumbre de pueblos y naciones, sólo tres mancebos desprecian el real ordenamiento, y con voz firme, reprobando tan ímpia ceremonia y abominando de tal adoración, escogieron antes entrar en el horno, que parecía un infierno, que consentir en ello: *Notum sit tibi, rex (le dijeron), quia deos tuos non colimus, et statuam auream, quam crexisti, non adoramus*<sup>1</sup>. Sabe, ¡oh rey!, que nosotros no daremos culto á tus dioses, ni adoraremos jamás la estatua de oro que has levantado. Mas ¿quiénes fueron á la postre los honrados? ¿quiénes los aventajados? ¿quiénes los preferidos por el mismo rey? ¿Acaso los que, hincándose al momento de rodillas y cosidos con la tierra, le rindieron tan bajo obsequio? No, cierto; fueronlo entre toda la gente los tres mozos que le despreciaron. Porque éstos, como quedasen ile-

<sup>1</sup> *Memoria, ó la virtud coronada.*

<sup>1</sup> Dan., III, 18.

gos en el horno, y así reconociéndolos el rey por hombres amados y favorecidos de Dios, los ensalzó de suerte y levantó á tanta dignidad, que bien tuvieron los demás que envidiar su fortuna. Después que el rey los vió perseverar con tanta constancia y tesón, nota divinamente San Crisóstomo, los alabó, y los coronó, y reparó la observación de este Santo, y no por otra causa ni merecimiento, sino por que le despreciaron á él: *Postquam eos vidit rex genere stantes, praedicavit et coronavit, nec propter aliud, nisi quia se contempserunt*<sup>1</sup>.

Esto vemos con nuestros ojos cada día. Los que al punto se encorvan bajamente ante la estatua del mundo, el mundo los desprecia y olvida. Los que primero que arrojarse prefieren con generoso pecho entrar en la fragua, aunque muy encendida y dolorosa, de la pobreza, de las deshonras, de los padecimientos y trabajos, éstos son después los estimados y enaltecidos. Y así ¿qué mayor desatino que figurar que el mundo tendrá en cuenta vuestros servicios para agradecerlos y daros el retorno? No, católicos: siempre os será desleal, siempre pérfido, siempre ingrato y desconocido, ni jamás os desviréis tanto en su obsequio, que no os deseche y vuelva las espaldas á fuer de buen traidor.

## VIII

Fuera de esto, escuchadme, escuchadme, cristianos y hermanos míos; porque en realidad de verdad os complace en el alma, si os habéis entregado de propósito á la servidumbre del mundo. ¿Sabéis qué es servir al mundo? ¿dar gusto al mundo? ¡Oh qué leyes, si fuera así por desgracia, qué yugo tan pesado, qué carga tan incomparable echasteis sobre vuestros hombros, harto más pesada que no sirviendo á Jesucristo! Sacudisteis é hicisteis pedazos unas cadenas de madera, os diré con el profeta, apiadado de vuestra ceguedad; desmenuzasteis el yugo de madera, y la bráis en su lugar cadenas de hierro: *Catenas lignas contri-*

<sup>1</sup> Chrys. ad pop. hom. 24.

por inducción

y autoridad.

2.ª parte. Perseverancia

y testimonio.

Comenzación por tiempo ilustrado.

La estatua, ó el objeto de Nabucodonosor.

Nude, ó el desprecio de la estatua.

por apostrofe.

y exaltación.

por autoridad.

AVULGARIZACIÓN de osada

y compasión.

Tránsito al

Arg. 2.ª El mundo os impone un yugo de hierro. Luego es traidor.

Tránsito de lasitina.

Anti. por comparación

visiti, et facies pro eis catenas ferreas <sup>1</sup>. Si, prisiones de hierro; vedlo, si no, y palpado con vuestras manos este triste desengaño, y sentenciad el pleito en mi favor.

entre el yugo y leyes de Cristo,

Impone Cristo á sus siervos leyes algo duras á la carne, es cierto: perdonar al enemigo, refrenar las pasiones, humillar el espíritu, mortificación, obediencia, castidad; ¡gran cruz, costoso sacrificio! Es verdad, pero también lo es que, cuando el Señor lo exija de nosotros, nos dará fuerzas juntamente para hacerlo. Fiel es Dios, nos asegura el Apóstol, que no sufrirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas: *Fidelis Deus, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis* <sup>2</sup>. Él nos asistirá, como asistió á un Esteban entre la horrible lluvia y tempestad de piedras; él nos esforzará, como esforzó á un Antonio, cercado y combatido de espíritus infernales; y así no tenemos razón de quejarnos de él, porque, como divinamente arguye San León, bien hace en urgir el cumplimiento del mandato quien previene abundantemente con el socorro necesario: *Iuste nobis instat praecepto, qui praecurrit auxilio* <sup>3</sup>.

aligerado con vuestros ejemplos a parir y sinceridad,

ejemplos a parir y sinceridad,

y el yugo posibilidad del mundo

proaopenere licere de no dirá uno mande

por subjeción,

construcción en ética,

No así el mundo. El mundo dice: ¿Has recibido una injuria? Pues has de vengarte, sopena de quedarte deshonrado y afrentado; esto mando, éstos son mis fueros; y así apremia con sus leyes, mas no da fuerzas para ponerlas en ejecución: *Instat praecepto, sed non praecurrit auxilio*; porque si has de tomar venganza, según sus estatutos, no te da dinero con que buscar gente, alimentar criados y matadores; en tal manera que, si eres pobre, es menester que acabes de arruinarte, que pierdas tu hacienda, que destruyas tu casa; y si tu mala ventura quiere que sucumbas en el encuentro, allá te avengas, poco le importa al mundo. Cruel es, dice Jeremías, cruel es y no tiene entrañas para compadecerse: *Cruelis est, et non miserebitur* <sup>4</sup>. El mundo dice: ¿Eres noble? Pues has de sustentar el estado y aparecer con fausto y ostentación; has de criar caballos, y tener coches, y hacer alardes de aderezos y libreas; y urge y apremia con sus leyes, mas no provee de medios convenientes,

porque no te da rentas ni caudales que basten para mantener tanto lujo. El mundo dice: ¿Eres negociante? Forzoso <sup>7</sup> comprar y ventas exorbitantes, con un tráfico y correspondencia casi inmensa; y el mundo insta y urge con su ley, mas no te ayuda, porque no te da los capitales necesarios. El mundo dice: ¿Eres cortesano y quieres medrar? Preciso es que valgas con el rey ó príncipe, que granjees su favor, que conquistes su privanza, ó á lo menos que no dejes levantar cabeza á los noveles pretendientes que van detrás; y urge y amenaza con sus leyes, mas no te da sagacidad, ni te infunde discreción, ni te arma de industria y fortaleza. Leyes injustas, gobierno tiránico, de suerte que, si vamos discurriendo por todo lo demás, veremos que no trata mejor el mundo á sus servidores que Faraón al miserable pueblo de Israel, en los días más acerbos de su esclavitud.

Enfuego y contradicción eterna,

Quería el déspota que cumpliesen cada día su penosísima tarea, que fabricasen termas, que levantasen torres, que edificasen ciudades enteras; y con todo no quería darles paja para la construcción de los adobes. Así ordena y manda Faraón: No os quiero dar paja. Andad vosotros y recogedla donde y como podáis, mas que no se disminuya un punto la tarea: *Sic dicit Pharaon: non do vobis paleas. Ite et colligit, si invenire poteritis, nec quidquam minuetur de opere vestro* <sup>1</sup>. Faraón pide adobes y no da paja; el mundo apremia con sus leyes y niega los recursos. *Instat praecepto, et non praecurrit auxilio*. Y ¡vosotros seréis tan locos que os entreguéis en cuerpo y alma al servicio de amo tan cruel, tan desleal, tan doblado y mentiroso, que es lo que pretendía demostrar?

Confirmación por unificación de Faraón y los hebreos.

Luego no debéis servir al mundo.

¡Ah Dios mío y Salvador mío! ¿Qué ciegos somos en preferir traer sobre nuestros cuellos un yugo tiránico, un yugo de hierro, *jugum ferreum*, como el del mundo falsario y traidor, al de vuestra servidumbre, según Vos mismo dijisteis, tan ligero y regalado! Jamás, oyentes y hermanos míos,

Amplificación por afectos de vergüenza

<sup>1</sup> Jer., XXVIII, 13.—<sup>2</sup> 1 Cor., x, 13.

<sup>3</sup> Serm. 16 de Par. Dom.—<sup>4</sup> Jer., vi, 23.

<sup>1</sup> Exod., v, 10-11.

jamás se diga tal de nosotros; más valemos, para mayores cosas hemos nacido que para servir á tiranos y traidores. Quien pueda abandonar el mundo, que al punto lo abandone, que huya de sus banderas, que vaya á Cristo, que le abrirá de par en par las puertas de mil claustros y religiones santísimas, donde asegurarse como en ciudad de refugio y alcázar fidelísimo. Tenga dicho para sí el consejo del Eclesiástico: *Ve, hijo mío, al bando de la generación santa: In partes vade saeculi sancti*<sup>1</sup>; y no viva más tiempo en el engaño de aquellos que, como lamenta Jeremías, se casaron con la mentira tan fuertemente, que no quieren romper con ella, ni darle libelo de repudio. *Apprehederunt mendacium, et noluerunt reverti*<sup>2</sup>. Conozca sus daños, pondere sus peligros, y, ya que tiene aún sus pies libres para correr tras Cristo y asegurar su salvación, no se ponga el mismo las prisiones, ni se meta en tan miserable servidumbre, conforme al dicho de Salomón: No des á los extraños tu honor, y los años de tu vida al servicio del cruel: *Non des alienis honorem tuum, et annos tuos crudeli*<sup>3</sup>.

y prohiben vestimenta.

por custodia y seculares hiliatas.

Consuetudine práctica.

O huido del mundo, ó tratado con él con gran cautela.

porque es traidor.

Transición por anticipación.

## SEGUNDA PARTE

### IX

Paréceme que os oigo decir, hermanos míos, como que pretendiera con el sermón de esta mañana despoblar las ciudades y llevar á todo el mundo á las sagradas religiones de la Cartuja ó del Cister, ó á los horrores del yermo ó de la Trapa. ¡Ojalá tuviese tanta fuerza mi palabra! ¡Mil veces dichoso si recabase tanto de vosotros! Mas no lo espero, porque son muchos mis pecados y no merezco tal gracia de Dios nuestro Señor. Por lo demás, sabed, oyentes míos, que esta verdad del conocimiento del mundo, de sus traiciones y falsías, ha sido siempre la que movió y mueve de continuo á tantos á aborrecerlo y volverle las espaldas.

Ésta ha poblado los monasterios de monjes, ésta ha llenado los yermos de anacoretas, pareciéndoles gran locura fiar en los halagos de un traidor, que con todos ha faltado á la palabra. Del mentiroso y embustero, dice el Eclesiástico, ¿qué lealtad hay que esperar?: *A mendace, quid verum dicitur?*<sup>4</sup> No imaginéis, de consiguiente, no vea claro que la mayor parte de vosotros, sea por razón de la edad, sea por su estado ó condición, no están en circunstancias de renunciar al mundo y dar de mano á todos sus negocios. Y éstos ¿qué harán? ¿qué partido tomarán? ¿Han de desmayar por esto y entregarse en manos del traidor? No, sino que cumplan lo que voy á deciros, á saber: que vivan en el mundo como las avecillas en la tierra, que es como si dijéramos, con un pie, y siempre recelosos.

Veis, sin duda, que bajan á la tierra los pobres animalitos á proveerse de grano en una era, ó de agua en el riachuelo; pero, como saben que es país enemigo, donde todo son lazos para prenderlos, no paran allí más tiempo del estrictamente necesario para satisfacer su necesidad; y aun ese poquito que allí están, vércislos siempre estar alerta, siempre mirando alrededor, siempre ansiosos, tímidos, sobresaltados y en continua guardia, y luego, en picando, levantan el vuelo y huyen á lo alto. Así debéis hacer vosotros; usar de este mundo, según el dicho del Apóstol, y conversar con él, como si en él no vivierais: *Uti hoc mundo, tanquam qui non intantur*<sup>5</sup>; es decir, que no pongáis en el vuestro corazón, que no os aficionéis á sus vanidades, que no sigáis sus dictámenes perversos, que no os fiéis de sus promesas, acordándoos siempre que sus obras son estragadas: *Opera ejus mala sunt*; en una palabra, debéis tratar con el mundo, como suele tratarse á los traidores, esto es, con suma cautela y recato. ¡Oh qué regla tan acertada, oyentes míos! ¡cuán provechosa! ¡cuán discreta! ¡cuán segura! Y porque deseo que todos la sigáis en vuestra vida práctica, quiérola explicar mejor con un extraño suceso acaecido al siervo de Dios Enrique Susón, vástago ilustre de la es-

Resp. refrenando la consecuencia por ejemplos universales.

y dubitación.

a.º silencio por gracioso simul.

Primera parte, hipotí y ois del pasajillo.

Segunda parte, el cristiano en el mundo.

que viva estricta.

<sup>4</sup> Ecll., xxxiv, 4.

<sup>5</sup> i Cor., vii.

transición á la  
prosa por  
clarecida orden de Santo Domingo de Guzmán, que ha  
dado, no sé si más santos al cielo, ó maestros á las es-  
cuelas.

(Arg. 9.ª)  
Figura y Pe-  
nasación final.

## X

Andábase una vez peregrinando de la Germania inferior á la superior, cuando tuvo que atravesar un bosque muy espeso y horroroso, no tanto por las fieras que allí había, como por los frecuentes asesinatos de pobres viajeros. Solo, á boca de noche, mientras iba penetrando en la espesura, de repente ve venir hacia sí un ladrón de la cuadrilla, de estatura desmesurada, de aspecto feroz, de continente salvaje, el cual, armado de una gruesa cimitarra al cinto, y en la mano una pica ó lanzón, mira al viandante y le dice: Paso, padre; pues pareces hombre de bien, quiero confesarme contigo.—Enrique creyó, al oír estas palabras, que se las decía para desviarle á paraje más solitario y allí matarle más á su salvo. Y así, sobresaltado de mil angustias, no sabía qué partido tomar. ¿Seguir al bandolero? Era arriesgado. ¿Huir? Imposible. ¿Dar voces? Temeridad. En tantos vaivenes de su espíritu, tuvo por mejor recurrir á nuestro Señor, con todo el afecto de su corazón, y seguir al asesino, el cual, caminando con su padre confesor al lado, comenzó á hablarle de esta manera: Ha de saber, padre, que hace muchos años tengo mi vivienda en este bosque, y mi oficio es robar á los que pasan, luego hacerlos cuartos y dejar sus carnes á los lobos.—Figuraos cuál estaría el corazón de Enrique al oír esta introducción; pero, disimulando como pudo, y aparentando por defuera el valor que le faltaba dentro: Seguid, le dijo.—Pues allí, debajo de aquel roble, continuó el salteador, degollé á un hombre; más allá, junto á aquella peña, maté á una mujer; aquí, donde ahora estamos (era precisamente la ribera alta del río Rhin, que, á lo largo de la selva, corría muy profundo); aquí mismo, dijo, me encontré con un buen cura como vos, y me confesé con él; después que recibí la absolución, despertáronse en mi alma no sé qué miedos y sospechas que no depusiese en juicio contra mí, y, para asegurarme, creí que lo mejor era atravesarle

Narración his-  
torial de Enrique  
Santo.

Exposición sceni-  
ca por prosope-  
gía.

uso y gradación  
de miedos y sobre-  
salto.

UNI  
por dialogo.

hipotiposis,

de parte á parte con este puñal que aquí veis, y de un pun-  
tapié lanzarlo al río.—¡Oh! Aquí sí que se sobresaltó el  
pobre Enrique, y de poco se desmaya. Miraba de cuando  
en cuando si echaba mano al puñal que pendía del cinto;  
temblábanle las piernas, corríale por todo el cuerpo un sudor  
frió, y, perdido el color y los ojos apagados, dió tan ma-  
nifestas señales del terror que le embargaba, que pudiera  
enajorar á aquel hombre bestial, á no estar, como estaba, ver-  
daderamente tocado de Dios. Y así, terminada lo mejor que  
pudo su confesión, dió las gracias á Enrique, le acompañó  
hasta fuera del bosque, le hizo mucha honra y acatamiento,  
y encomendándose en sus oraciones, que le recabaron del  
cielo, según dicen, su eterna salvación, se despidió de él  
muy cortésmente.

¿Veis lo que hace, hermanos míos, quien por fuerza ha  
de tratar con un asesino? Se roza con él lo menos posible,  
háblale á más no poder, y esto con sobresalto, con pena, con  
congoja, y encomendándose entre tanto á nuestro Señor,  
siempre teme, siempre se zozobra, siempre se recela de alguna  
celada ó engaño que de improviso le saltee y mate. Así habéis  
de tratar con el mundo. Es un ladrón y salteador en esta  
espaciosa selva del universo y camino de la eternidad, y si  
quisiera con sinceridad confesaros toda su vida, oiríais de su  
boca los robos y matanzas infinitas que ha hecho y hace cada  
día. Os diría que lisonjeó una vez á un incauto mozo por  
nombre Absalón, y lo infatuó con esperanzas de no sé qué  
cetros y coronas, y después le hizo traición, hasta reducirle  
á morir colgado de una encina de sus hermosos cabellos, y  
atravesado el pecho de tres lanzas. Os diría que, colgado  
asimismo de un árbol, hizo morir á un cierto Aquitofel, gran  
consejero de David, después que le indujo criminalmente á  
rebelarse contra su señor para satisfacer sus ambiciosos in-  
tentos. Os diría que de otro árbol hizo colgar al gran priva-  
do de Asuero, Amán, tras haberle provocado traidoramente  
á abatir á su rival para mantener su privanza. Os diría tam-  
bién que á un cierto hijo de Jambri, de quien se trata en el  
primer libro de los Macabeos, urdió la más negra traición  
que se puede imaginar. Porque persuadióle primero que  
concertase su casamiento, y aguardó á que el infeliz, muy

distribución,

y etopopeya:

desnudar.

Aplicación elo-  
cuente á las traici-  
ones del mundo.

son de enfierros por

Prosopeya y  
enumeración his-  
tórica.

Absalón,

Aquitofel,

Amán,

el hijo de Jambri.

acompañado y gozoso, llevase á su esposa de una ciudad comarcana á su propia casa, y entonces, alcanzándole en despojado, lo puso en manos de sus enemigos, y lo mató y le robó cuanto traía, y así desnudo lo abandonó en medio del camino.

Percepción de  
otro y de otro.

Estos y otros más enormes atentados, acaecidos á personas de vuestra condición, os confesaría el mundo, si, como el otro ladrón, os dijera la verdad; y así, aperebidos y mirad y mirad cómo tratáis y conversáis con él: *Videte quomodo caute ambulatis*<sup>1</sup>, y si hay que creerle cuando halaga, y aceptar sin reserva sus promesas. De los enemigos del hombre es el más taimado y astuto, y de quien nos previene el Sabio que no nos fiemos jamás: *Non credas inimico tuo in aeternum*<sup>2</sup>. No basta que sobredore su malicia, no basta que se os incline con profunda cortesía; no, católicos. Aun cuando se te humille y encorve, añade el Eclesiástico, mira con tiento lo que haces, guárdate de él, y no le dejes arriamar á ti: *Etsi humiliatus vadat curvus, adijce animum tuum, et custodi te ab illo, et non statuas illum penes te*<sup>3</sup>.

por testimonios  
congruados.

exhortación.

¿Entendisteis ya sus artificios? Pues recataos de él, no fiéis de sus apariencias y lisonjas, ni os dejéis seducir de una risa, de un donaire, de una mirada placentera, de un agasajo, de una palabrita de alabanza; antes recataos de él, torno á decir, y estad muy sobreaviso: *Cave tibi*. ¿Por qué? Porque camináis en compañía de vuestra perdición, que es el traidor: *Quoniam cum subversione tua ambulat*<sup>4</sup>. Y si vuestra condición no os permite que le volváis completamente las espaldas, huyendo de sus lazos, no trabéis con él más estrecha amistad, como San Juan os amonesta: *Nolite diligere mundum*<sup>5</sup>. No améis á ese mundo que es traidor, y no traidor como quiera, sino furioso y pestilencial, y sediento de beberos la sangre y de acarrearos la mayor desgracia. Dalila, la traidora Dalila, vendió á Sansón para entregarlo al filisteo; Doeg hizo traición á Aquimelec, para ponerle en manos de Saúl; Judas vendió á Jesucristo, para entregarlo á los escribas y fariseos; mas á peores enemigos quiere en-

comparaciones  
menor

de Dalila,

regaros el mundo, si logra sus intentos: á las potestades <sup>Doeg,</sup> tenebrosas, á los demonios del infierno. Y ¿aún hay quien de nosotros le ame? ¡Oh extraña maravilla, que un traidor <sup>Judas:</sup> sea tan amado, y tan amado de los que le reconocen por traidor! Si es así, ya no tengo por tan criminal al que hace <sup>conclusión por</sup> la traición, como al miserable que se deja engañar tan torpemente.

JANL  
UNIVERSIDAD  
NOMINA DE NUEVO LEÓN  
AL DE BIBLIOTECAS

<sup>1</sup> Eph., v, 15. — <sup>2</sup> Eccl., xii, 10. — <sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> Eccl., xii, 16. — <sup>5</sup> Joan., ii, 15.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO TREINTA

Aunque en el fondo pertenece al género deliberativo suasorio, pero en la forma entra de lleno en el judicial ó forense. Esto se llama persuadir á dos manos. La elocuencia cristiana no excluye forma ninguna, sino las malas, y sonlo aquí las que salen de un pecho frío. ¿Qué fin pretende? Engendrar, en los que oyen, **menosprecio** del mundo. ¿De qué medio se vale? De argumentos que prueban que el mundo es un traidor. Pues he aquí la iglesia convertida en un tribunal de justicia. El reo que traen es el mundo: el acusador, SÉNERI; el crimen, el de traición, y traición la más villana que se puede imaginar; los abogados, gran parte de los mismos oyentes; los jueces que han de dar la sentencia, todos. Y ¿cómo entabla la cuestión? De un modo tan artificioso que abarca los **tres estados**, que llaman de conjeturas, de definición y de cualidad. Abraza el estado **conjuntural**, porque averigua el hecho de si el mundo es ó no reo de traición. Comprende el de **definición**, porque, dados los delitos y villanías del mundo, sustenta que merece el nombre de traidor. Encierra también el estado de **cualidad**, porque defiende que este mal mundo no tiene ningún derecho á nuestros servicios, y que por tanto hay que abandonarlo.

El maestro Baltasar de Céspedes <sup>1</sup> pone en la oración ó razonamiento la misma diferencia que en el cuerpo humano, el cual tiene partes que, en cualquier lugar que estén, son siempre de una forma, como la sangre, los nervios, las ternillas y los huesos, y llama á éstas **homogéneas** ó semejantes; y tiene también miembros totalmente diferentes entre sí, de suerte que la cabeza es diferente del pie, y el brazo de la pierna, y á éstas llama **heterogéneas**. Así las partes homogéneas del discurso son las cuestiones, los argu-

mentos, las ampliaciones, los adornos del lenguaje, que se siembran por toda ella; y las disímiles ó heterogéneas son las que piden lugares señalados, como los miembros en el cuerpo, tales como el exordio, la narración, confirmación, refutación, y epílogo ó peroración. Apliquemos á este discurso tan hermosa teoría.

**Partes homogéneas.** Huesos son las razones sólidas con que prueba ser el mundo pérfido y traidor, sacándolas del modo lisonjero con que entra, de la **falsedad** de los bienes que promete, de la **cantidad** ó tasa con que los reparte, del **breve tiempo** que permite gozar de ellos, de la  **sazón** ó coyuntura en que los arrebató, de la **perfidia** con que disfraza y colorea su maldad, de la **honra** que granjean los que le escupen y **deshonra** de los que le sirven, y, finalmente, de su yugo tiránico y **cruelísimo**.

**Músculos** son las argumentaciones tan firmes, tan variadas, tan oratorias. Las que maneja con más primor y gallardía parecen ser la inducción, el silogismo y la colección.

**Inducción.**—Consiste en sacar de los que oyen asentimiento á una cosa dudosa, en fuerza de la semejanza que tiene con otras á que antes asintió. ¿Qué lindamente la emplea SÉNERI en casi todos los argumentos! ¿Quiere probar que le deben dar un premio porque va á descubrirles que el mundo es un traidor? Pues ahí está la **inducción** de Asuero, de Tiberio, de Pirro, de Crespo, que galardonaron á los que descubrieron alguna traición. (§ I.) ¿Quiere concluir que el mundo es traidor, porque se insinúa con lisonjas y zalamerías? Pues ahí están Cain y Absalón y Jael y Dalila y Trifón, que hicieron lo propio. (§ II.) Y así en los otros argumentos.

**Silogismo.**—Dos linajes de hombres aborrecen el silogismo, á saber: los herejes y los oradores adocenados y parleros; aquéllos, porque buyen de la verdad; éstos, porque les espanta el trabajo de discurrir y de poner en pretina el entendimiento. Con todo, no hay camino más llano para convencer, ni arma tan poderosa y perfecta como este modo de argumentar, si se emplea con arte:

*haec etenim momenti maxima pars est,  
Scire quibus torquere queas tua tela modis, ut  
Viribus, et cunctis facile ut sis dexter in armis.*<sup>1</sup>

Mas dije **con arte**, porque el silogismo oratorio se diferencia del dialéctico en el **número** de los miembros, ó cuan-

<sup>1</sup> Véase la primera parte del *Culto Scitilano*, por el Licenciado Juan de Robles.

<sup>1</sup> Bened. Arias Montano, Rhetor. lib. III.

do menos en la **disposición** de ellos. El dialéctico tiene tres, que llamamos **proposición**, **asunción** y **conclusión**; por otro nombre, mayor, menor y consecuencia; mas el oratorio, unas veces tiene cinco, otras cuatro, otras tres, otras dos, y otras, finalmente, uno. Porque, si se añaden pruebas á la mayor y á la menor, tendrá cinco miembros, y entonces lo llama Tulio **raciocinación**; si sólo se prueba la una parte, tendrá cuatro miembros; si ninguna, tres; si omitimos la mayor ó la menor, por ser notoria, tendrá dos, y se llama **entimema**; y si no consta más que de un miembro, en el cual se embebe la razón ó término medio, se dice **epiquerema**, de todos los cuales modos hay preciosas muestras en nuestro **SENÉRI**. Pues no se diferencian menos ambos silogismos en la **disposición** de los miembros. Porque el dialéctico siempre guarda el mismo orden; mas el oratorio lo invierte con elegancia, y, ya comenzando de la **asunción**, acaba con la **proposición** mayor; ya da principio con la **conclusión**, y tras algunos rodeos se remata con la misma; ya se abrevian las pruebas, ya se dilatan con infinita variedad. Una sola muestra quiero traer aquí, sacada de este discurso. ¿Qué dice el primer argumento, puesto en forma dialéctica?

*Proposición. Los traidores suelen insinuarse blandamente y con lisonjas;*

*Asunción. Es así que el mundo os lisonjea y adula;*

*Conclusión. Luego el mundo es traidor.*

¡Con qué gracia lo invierte y trueca el orador! Comienza por la **asunción**, tras ella coloca la consecuencia, prueba luego la mayor ó **proposición**, y, cuando la aplica á sus oyentes, torna á repetir la consecuencia.

**Colectión.** Es la forma predilecta de **SENÉRI**. Consta de cinco partes, á saber: **proposición**, donde dice lo que intenta probar; **razón** de ella, en que convence ser verdad lo que propuso; **confirmación** de este argumento, en donde con otras razones apoya y robustece la anterior; **ilustración**, que sirve de adornar y dar calor y movimiento á la materia ya confirmada; y **compleción** ó **conclusión**, donde se recogen con más vida todas las partes de la argumentación. Basta, por todo ejemplo, el exordio de este discurso.

**Proposición.** «Si hay hombres bien premiados y enaltecidos en toda república bien ordenada, son, sin duda, los que descubren á un traidor.»

**Razón.** «Asuero, aquel monarca poderosísimo... Tiberio premió á Antonia... Pirro á Fenaretos... Creso á una baja esclava...»

**Confirmación.** «¿Qué recompensa, pues, oyentes míos, puedo prometerme de vosotros?... ¿qué traidor es éste? ¿dónde está? ¿cómo se llama? Denúnciesele...»

**Ilustración.** «Dígame nuestro adorable Redentor, el cual vino á la tierra para manifestar á los hombres esta gran verdad...»

**Conclusión.** «¿Y queréis vosotros pertenecer á ese número?...»

Hacen las veces de **articulaciones** ó **junturas** las **transiciones** oratorias, que son propias, naturales y variadas. Las hay que sirven de trabar las unas partes con las otras, ó un argumento con otro, ó las cláusulas entre sí. Es una de las tareas principales del orador y que requiere más ingenio. Aunque sobresale tanto **SENÉRI**, le hace ventaja en esto **Cicerón**.

Finalmente, la **sangre** que circula por todo el cuerpo del discurso son los **afectos** de **menosprecio**, de **odio** al mundo, de **vergüenza** y de **temor**, los cuales, fraguados primero en el corazón del orador, se difunden por todas las venas y arterias del razonamiento, comunicándole vida, calor, viveza y hermosura, más ó menos, según las funciones de los órganos ó importancia de los miembros.

**Partes heterogéneas.** La cabeza del discurso es el

**Exordio**, y he aquí por qué es tan difícil su composición. Ha de ser, como la cabeza, **breve**, esto es, una sexta ó séptima parte de todo el conjunto; ha de tener, en suma, los afectos y razones de la oración, como se hallan en la cabeza los cinco sentidos; ha de estar bien trabajado y tan hermoso, que gane desde luego la voluntad de los que oyen, como la hermosura del rostro atrae á los que le miran. No me maravillo de lo que decía Antonio: *Quod primum est dicendum, aut, postremum soleo cogitare*<sup>1</sup>. Que lo postrero que pensaba era lo que primero había de pronunciar. Y da la razón: «porque si alguna vez he querido trazar el exordio al principio, no me ocurren sino cosas mezquinas, baladies, ó triviales y comunes: Nam si quando id primum invenire volui, nullum mihi occurrit, nisi exile, aut nugatorium, aut vulgare atque commune. Con todo esto, no aprueba Quintiliano la costumbre de escribir los exordios en último lugar, aunque sea lo postrero que se piensa: Non idea tamen eos probaverim, qui scribendum quoque prooemium novissime putant<sup>2</sup>, y cada cual ha de seguir el estilo que mejor le cuadre; aun-

<sup>1</sup> Cic. De Orat., lib. II, cap. LXXVII.

<sup>2</sup> Instit. Orat., lib. III, n. 9.

que la naturaleza nos enseña que lo primero que se forma y tiene vida es el corazón, que equivale en nuestro caso al asiento de los afectos oratorios y de los argumentos y amplificaciones, que es la

**Confirmación.** En ella se fecundan y desenvuelven los gérmenes de vida. ¡Con qué valor emprende su acusación contra el famoso reo! ¡Qué delitos tan enormes achaca al mundo! Considera sus **entradas**, y las ve llenas de vanas lisonjas; mira los **dones** que ofrece, y los halla vacíos de bondad y henchidos de mil males; mide la **tasa** y el **tiempo**, y ve que uno y otro son brevísimos; estudia el **modo** con que roba lo que dió, y advierte que es en el mejor lance, y todo con tal disimulo y alevosía, que matando finge que da besos. Lo dicho sirve para engendrar odio y menosprecio á ese ruin traidor. (Desde el § II hasta el VII.)

Da un paso más, y advirtiendo en los oyentes **dos pasiones**, la de **honra** y la de **placer** y bienestar, les persuade que si desean honra del mundo, que lo desprecien y pongan debajo de los pies; y si quieren paz y ventura, no se sujeten al yugo del mundo, que es incomportable. (§§ VII y VIII.)

Es de las oraciones más ricas en **ejemplos**, **símiles**, **parábolas** y **comparaciones**, y dignísima por lo tanto de estudiarse y aprenderse de memoria. ¡Cuán engañados andan los que creen que la elocuencia consiste en cierta facundia y flexibilidad de la lengua! *Non enim solum acienda nobis neque precúenda lingua est; sed onerandum complendumque pectus maximarum rerum et plurimarum suavitate, copia, varietate* <sup>1</sup>. Hay que llenar el pecho y henchir la mente con la suavidad, muchedumbre y variedad de ciencias humanas y divinas, para que á sus tiempos vayan brotando espontáneamente. ¡Y hay quien se atreva, exclama el ilustre Arias Montano, á predicar de improvisó?

*Ergone ita in miseris populos eluditor, ut non  
Dignos esse butes, queis horam impendere tantum  
Nempe velis?* <sup>2</sup>

Faltarían á este cuerpo los **pies** y las **manos**, si no expusiese la **práctica** de huir del mundo. Esto hace en la segunda parte, valiéndose de la semejanza de los pájaros y del ejemplo del beato Enrique Susón. Juzgaba SÉNÉRI, y juz-

<sup>1</sup> De Orat., lib. III, 30.

<sup>2</sup> Rhetor. lib. I.

gaba bien, que por bellos que sean la cabeza y el tronco del discurso, es decir, el exordio y la confirmación, hay que añadir **medios prácticos** para facilitar la ejecución, que es ponerle pies con que ande y manos con que obre, lo cual suele hacerse en las conclusiones. Estos son los razonamientos elocuentes, cuerpos hermosos y robustos, capaces de grandes empresas: lo demás es engendrar monstruos, ó cuerpos de linda cara, pero sin pies ni manos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DISCURSO TREINTA Y UNO

### DE LA ETERNA PREDESTINACIÓN

*Ego vitam aeternam do eis.  
Yo les doy la vida eterna.*

(JOAN., X, 28.)

#### EXORDIO

Por ex abrupto  
de encontrados  
afectos.

Y cuando cesaréis de atormentarme, pensamientos míos funestísimos, con tantas angustias, con tantas olas de temores y perplejidades que levantáis en mi pobre alma respecto de mi eterna predestinación? Mi corazón anda agitado, como frágil navecilla en noche tenebrosa, si descarga de repente una brava y furiosa tempestad; no sabe qué movimiento ú oleaje ha de seguir como favorable, ni cuál ha de contrastar como enemigo; ya le embiste una ola que, levantándola en alto, parece que va á subirla á las estrellas; ya le combate otra que, precipitándola hacia el profundo, parece que la va á sepultar en los abismos. Con este horroroso vaivén, ahora me acomete una oleada de pensamientos que, levantándose á sublimes esperanzas, me dicen que soy del número de los predestinados; ahora un golpe de imaginaciones lúgubres que, derribándome en un abismo de espantos y terrores, me aseguran que estoy escrito en el catálogo de los réprobos.

1.º De incertidumbres horribles de la predestinación.

por contraposición y semejanza de la nave.

combate de reacias olas.

Pero sositégate, pobre corazón mío; espíritu mío, tan recientemente combatido, tranquilízate, que veo un puerto donde guarecerme; y por mucho que miremos, por mucho que registremos alrededor, no creo que podamos dar con otro puerto más seguro en noche de tinieblas tan espesas, en un golfo tan erizado de escollos.

2.º De calma súbita, por apostrofe.

y símil del puerto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DISCURSO TREINTA Y UNO

### DE LA ETERNA PREDESTINACIÓN

*Ego vitam aeternam do eis.  
Yo les doy la vida eterna.*

(JOAN., X, 28.)

#### EXORDIO

Por ex abrupto  
de encontrados  
afectos.

Y cuando cesaréis de atormentarme, pensamientos míos funestísimos, con tantas angustias, con tantas olas de temores y perplejidades que levantáis en mi pobre alma respecto de mi eterna predestinación? Mi corazón anda agitado, como frágil navecilla en noche tenebrosa, si descarga de repente una brava y furiosa tempestad; no sabe qué movimiento ú oleaje ha de seguir como favorable, ni cuál ha de contrastar como enemigo; ya le embiste una ola que, levantándola en alto, parece que va á subirla á las estrellas; ya le combate otra que, precipitándola hacia el profundo, parece que la va á sepultar en los abismos. Con este horroroso vaivén, ahora me acomete una oleada de pensamientos que, levantándose á sublimes esperanzas, me dicen que soy del número de los predestinados; ahora un golpe de imaginaciones lúgubres que, derribándome en un abismo de espantos y terrores, me aseguran que estoy escrito en el catálogo de los réprobos.

1.º De incertidumbres horribles de la predestinación.

por contraposición y semejanza de la nave.

combate de reacias olas.

Pero sositégate, pobre corazón mío; espíritu mío, tan recientemente combatido, tranquilízate, que veo un puerto donde guarecerme; y por mucho que miremos, por mucho que registremos alrededor, no creo que podamos dar con otro puerto más seguro en noche de tinieblas tan espesas, en un golfo tan erizado de escollos.

2.º De calma súbita, por apostrofe.

y símil del puerto.

por refutación y  
subsección

de las causas de  
temer

y no temer.

Propos. general  
nervio del discor-  
so.

5.º Añeto de  
aliento y consue-  
lo por condupli-  
cación

y alegoría.

Propos. parti-  
cular

y consecuencia  
importante.

Andad, pues; andad enhorabuena y no volváis ¡oh teólogos! á confundir mi mente con el tropel de vuestras importunas dificultades. ¿Qué podéis oponerme? ¿que ignoro si la elección de los mortales á la gloria es consiguiente ó antecedente á la visión de nuestros merecimientos? Es cierto, lo ignoro. ¿Que no comprendo cómo los decretos de Dios, con ser inmutables, no imponen fuerza ó necesidad? Verdad es, no lo comprendo. ¿Que no alcanzo cómo la ciencia divina no quita, con ser infalible, la contingencia de las cosas? Así es cierto, no lo alcanzo. Mas esto ¿qué prueba? Que mi vista es débil, mi entendimiento corto, el cual se halla atajado en la consideración de misterios menos abstractos y recónditos, en la misma contemplación de las causas naturales. *Et quae in prospectu sunt invenimus cum labore*, dice el libro de la Sabiduría<sup>1</sup>: Lo mismo que tenemos á la vista, con trabajo lo entendemos. Pero nadie en el mundo me persuadirá que me condenaré, si yo no quiero condenarme. ¿Qué terreno más firme donde asentar el pie? ¿qué puerto más seguro puede darse? Aquí, aquí os convido á descansar, ¡oh vosotros que andáis vagueando en la inmensidad de este océano, sin rumbo, sin timón, sin remos, sin mástiles ni velas! Si aquí no aferráis el áncora, estad seguros que os perderéis muy pronto, ó estrellándoos con los gentiles en algún oculto escollo de infidelidad, ó encallando con los ignorantes en las arenosas sirtes del error.

Mas á fin de que veáis que no sin fundamento os prometo aquí cierta quietud, prestad á mis palabras más solemne y solicita atención, mientras con el favor divino voy á demostraros que **Dios de su parte está dispuesto á salvar á todos y á cada uno de los hombres: *Ego vitam aeternam do eis***. Yo les doy la vida eterna, y, por tanto, que es desvergüenza y temeridad grande la de aquellos que, no contentos con ofender á un Dios tan bueno, **osan atribuirle á él la culpa de su propia perdición**, queriendo antes acusar á nuestro Señor de injusto, que no á sí mismos de impíos y desalmados.

<sup>1</sup> Sap., ix, 16.

## PRIMERA PARTE

### II

Y, en primer lugar, bastarían, para confirmación de esta verdad importantísima, las protestaciones tantas y tan manifiestas que de ella ha hecho Dios en sus mismas Escrituras, donde apenas se repite cosa con mayor ahínco y claridad que ésta, es á saber: que si nos perdemos, por nuestra culpa nos perdemos: *Perditio tua, Israel*<sup>1</sup>: Israel, de ti tu perdición. Por donde, si esto fuese mentira, vendría Dios á ser lo que no se puede sin blasfemia imaginar: el más mentiroso del mundo, supuesto que no sólo nos engañaría en cosa de tanto peso, pero nos engañaría innumerables veces. Y ¿qué interés tuviera Dios en querer mentir, aun dado caso que pudiese? Asentó Platón que quien miente, sin duda miente por temor de una fuerza superior, como miente el reo por temor del juez, el estudiante por temor del maestro, el niño por miedo de la madre, el esclavo por miedo á su señor. Mas, quien no teme, no se empacha de decir la verdad limpia y rostro á rostro. De donde concluyó aquel insigne filósofo, que Dios no puede jamás mentir, como quiera que no tiene superior que le pueda atemorizar.

Pues siendo esto así, ¿qué había de temer nuestro Señor si protestara libremente que él, sin miramiento á méritos ni deméritos, salva á éstos y condena á esos otros por su mero capricho, si ello sucediera de este modo? ¿Le dañarían, por ventura, nuestros fieros y ladridos? ¿Turbaran su bienaventuranza nuestras blasfemias? ¿Pondrían en peligro su cetro inmortal nuestras rebeliones? ¿Qué os va, Señor, en que todas las gentes y naciones, que Vos hicisteis, se pierdan?, le decía el sagrado escritor de la Sabiduría. No hay más Dios que Dios. Ni rey ni tirano de la tierra os pondrán demanda en vuestro acatamiento de las criaturas que reprobasteis. *Quis tibi imputabit, si perierint nationes, quas*

A. g. 1.ª A. fe.  
simonía.

a) Dios afirma  
que de nosotros  
puede nuestra  
perdición;

pero Dios no  
miente,

porque no tiene  
superior á quien  
temer.

por autoridad.

por enumeración  
de daños imposi-  
bles.

inferida por te-  
lminación divina

<sup>1</sup> Os., xiii, 19.

tu fecisti, Domine? Non est alius Deus quam tu. Neque rex, neque tyrannus in conspectu tuo inquirent de his, quos perdidisti <sup>1</sup>. Bien podremos alzarnos contra la infinita Majestad de nuestro Dios, que él no hará más caso de nuestros alborotos y levantamiento, que el sol de ciertos pueblos salvajes, los cuales, al despuntar el astro del día en su horizonte, le cargan de baldones y aun le arrojan flechas. Mas si, al contrario, en las divinas Escrituras protesta con tanta aseveración que por su parte desea la salvación de todos los hombres: *Deus vult omnes homines salvos fieri*; <sup>2</sup> que no es voluntad del Padre celestial que perezca ni uno siquiera: *Non est voluntas apud Patrem, qui in coelis est, ut peccat unus*; que no vino y tomó nuestra carne para condenar las almas: *Non venit animas perdere*; que no quiere la muerte de ningún pecador, sino lo que desea es su conversión y salvación eterna: *Nolo mortem impij, sed ut convertatur et vivat*; infaliblemente se concluye que ello es así y no de otra manera. Mas porque en materia de tanta monta no son para desechados los argumentos de razón, cuando ésta no precede como reina á la divina autoridad, sino que la sigue y acompaña como esclava, tened por bien que me valga de sus luces.

## III

Ya sabéis, mis amados hermanos, cómo siendo Dios el supremo Hacedor de todas las cosas, y, como dicen las escuelas, la causa primera, necesariamente se deduce que ha de concurrir á la acción de todas las causas subordinadas ó segundas, y aun más que todas ellas, como demuestra el Angélico Doctor. De suerte, que más parte tiene Dios en la producción, verbigracia, de las yerbas, que no la tierra misma; más en la respiración de los animales que no el aire; más en la formación de los frutos que no el árbol; y así discurrid por todas las acciones y generaciones del universo. Y si este concurso y providencia se verifica y respaldase en orden á todos los efectos de las otras criaturas,

y así de los salvajes y el sol.

3) Dios altísimo que quiere salvar á todos los hombres.

por concierda lo biza.

Logro

transición al

Arg. 2.<sup>o</sup>  
A priori ó de la causa eficiente.

Dios es nuestro Padre. Logro no quiere condenarnos.

Añate, por concierda de otros efectos donde Dios concurre.

<sup>1</sup> Sap., XII, 14.—<sup>2</sup> 1 Tim., II, 4.

mucho más respecto al hombre, en cuya formación tiene Dios la mayor parte; no solamente por concurrir á ella como causa suprema, máxima y principal, mas aun porque de nuestros padres terrenales recibimos la porción más baja de nosotros, que es el cuerpo, pero la mejor, que es el alma, inmediatamente nos viene de Dios: por manera, que más propiamente somos hijos de Dios que no del padre y de la madre, porque de Dios sólo tenemos lo que tenemos como propio nuestro; á lo cual parece aludir nuestro divino Salvador cuando dijo: No llaméis á nadie padre sobre la tierra, porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos: *Patrem nolite vocare vobis super terram; unus est enim pater vester, qui in coelis est* <sup>1</sup>.

Pero ¿qué se sigue de esto? Siguese que, de su parte, Dios jamás quiere condenarnos. *Non laetatur in perditione vivorum* <sup>2</sup>. No se alegra, como dice el Sabio, con la perdición de los vivientes. Decidme ¡oh padres!, y vosotras ¡oh madres que me escucháis!, decidme: ¿querriais de vuestra libre voluntad ver á vuestros hijos abrasarse en los fuegos del infierno?—Por Dios, Padre, ¿qué decís?—¿Y ha de querer para vosotros tanto mal nuestro Señor, que es más padre vuestro que no vosotros de vuestros hijos? ¿Mayor cariño y más regalada voluntad tendría á su hijo el padre terrenal que le dió lo menos, que el Padre celestial que le comunicó lo más? Mirad, os ruego, aquella madre y observad lo que se afana y trasuda por el nacido de sus entrañas. Si trabaja, por su hijo trabaja; si habla, de su hijo habla; si duerme, con su hijo sueña y se regala; no sabe apartar de su hijo los ojos ni el corazón. Si sopla el cierzo, ¡ay, que mi hijo no tenga frío! si cunde alguna contagiosa enfermedad, ¡ay, que no se pegue á mi hijo!; y está tan lejos de quererle mal ó gozarse de su daño, que no repaña en dañarse á sí propia para acrecentar la ventura de su hijo.

Mas ¿qué digo? ¿No vemos á las mismas bestias cómo aman á sus pequeñuelos, con qué solicitud los crían, con cuánta paciencia los alimentan, con cuánta industria y cuidado les proveen? Mira la cigüeña, cuando en campo raso

á título de causa primera.

Aplicación al hombre, por razón del cuerpo y del alma.

Consecuencia

Dios probada 3) por argumentación á menor.

de la madre.

aprobada,

calogismo

conduplicación

de amable amor.

3) por comparación de los animales y sus pequeñuelos.

<sup>1</sup> Matth., XXIII, 9.—<sup>2</sup> Sap., I, 13.

la cigüeña, no halla sombra para sus tiernos hijuelos, cómo extiende sus alas y los cobija en ellas, á fin de que, si el sol quiere lanzar sus rayos abrasadores, caigan sobre la madre. Mira el águila, cuando le fuerza la necesidad á trasladarse con sus aguiluchos á otra parte, cómo se le pone á las espaldas, para que, si disparan algún tiro desde tierra, le hiera antes á ella. Pero ¿qué maravilla si las mismas producciones insensibles y obras de nuestras manos, como las pinturas, libros, estatuas, sólo por serlo, las amamos tanto? ¡Reparad el cariño, si así puede decirse, que aquella señora tiene á su brocado ó labor hermosísima, sólo porque es obra de sus manos! ¡Cómo se aira si ve polvo en sus relucientes hilos! ¡Ay de los niños si lo tocan! ¡ay de la doncella si lo mancha! Lo envuelve en blanco lino, lo pone en la cómoda, lo cierra con llave, y vela y cuida de él como de un rico tesoro. Y ¿de dónde nace tan extraña afición? Porque toda causa ama naturalmente sus efectos, ó digamos su propio parto, ya sea la causa racional, ya carezca de razón, ya sea viviente, ya sin vida ni sentido. ¿Y aún sospecharéis si Dios nuestro Señor, causa nobilísima, razón excelentísima, Padre sobre todos los padres de todos y cada uno de nosotros, querrá de su espontáneo movimiento vernos á ninguno de sus hijos arder por una eternidad en los hornos infernales, rechinar de dientes en los estanques de hielo, consumirse de pesar en las horribles cárceles del llanto? No puede ser, cristianos oyentes, no puede ser, que no se alegre el Señor en la perdición de sus criaturas: *Non laetatur in perditione vivorum*. Esto fuera, suponer á Dios de peores entrañas que los mismos hombres, y aun que los brutos animales. Si con nuestras maldades y demasías le forzamos á tomar las partes de juez, tras de haber probado inútilmente las de padre, sentenciará, es cierto, nuestra condenación, como hicieron con tanta loa los Epaminondas y Torcuatos, los Hipomanos é Hipodamantes, implacables con sus hijos cuando éstos fueron reos de muerte; porque, siendo justo y la misma justicia, todo lo dispone justamente: *Cum sit justus, cuncta juste disponit*: mas de suyo, estemos ciertos, nos asegura con divinas palabras el Sabio, que no nos quiere tanto mal. Condenar, dice, al que no merece condenación ni castigo,

\*) del capítulo de lo común á las obras y artefactos

hipotiposis

\*) por razón natural.

Argumentación euclogica

\*) afirmada por el texto.

Refutación. Pero también castiga.

Resp. como juez y á pelear suyo.

\*) prueba por tiempos.

tiénelo su Majestad por ajeno á su poder: *Ipsum autem, qui puniri non debet, condemnare, externum judicat a virtute sua* <sup>1</sup>. <sup>por testimonio.</sup> No son éstas sus entrañas, no es éste su ingenio, no son éstos sus gozos y entretenimientos, y sin duda que antes quisiera ejercitar con nosotros el oficio de padre regalándonos, que no el de juez castigando nuestras culpas. ¿No veis, os diré, con las ternisimas razones de San Pedro Crisólogo, no veis cómo, arrebatado de amor hacia nosotros, extiende sus divinales miembros, dilata sus entrañas, muestra su costado, ofrece su seno, nos convida á su regazo, para declararnos con este suplicar tan cariñoso que es nuestro Padre? *Distendit membra, dilatat viscera, pectus porrigit, offert sinum, gremium pandit, ut patrem se tantae obsecrationis demonstret affectu*. Pues ¿qué significan estas demostraciones tan extrañas, seguiré diciendo con el mismo santo, sino que Dios no tanto se precia de Señor cuando de padre, y así ruega con su misericordia para no castigar con el rigor? *Deus non tam dominus esse vult, quam pater; rogat per misericordiam, ne vindicet per rigorem* <sup>2</sup>.

\*) por imagen del Crisólogo.

Dios más se precia de Padre que de Señor.

## IV

Y, en realidad de verdad, ¿cómo puede imaginarse que quiera nuestra perdición quien tanto trabaja á fin de labrar nuestra eterna bienaventuranza? ¿Qué prudencia sería emplear medios costosísimos, proporcionados á la consecución de un fin, y al propio tiempo tener voluntad eficazísima de conseguir el fin contrario? ¿Quién siembra la tierra, pero con el intento de que no dé fruto? ¿quién riega las flores á fin de que no crezcan? ¿quién atiza el fuego para que no arda? ¿quién enseña al discípulo con intención de que no aprenda? ¿quién da de espuelas al caballo, mas con objeto de que no corra? Delirios son estos y propósitos disparatados; porque, quien aplica un medio, deseo tiene y verdadera voluntad de conseguir el fin al cual los medios se encaminan. Por donde, si Dios es prudentísimo, como lo es, y

Arg. 2.<sup>a</sup> á posteriori ó de los efectos y causas.

\*) Por aliter oratorio.

Proposición mayor. Es imposible, sea cualquier medio para su fin.

\*) y entender otro contrario.

\*) por símiles oportunos.

<sup>1</sup> Sap., xii, 15. — <sup>2</sup> Serm. viii.

Prop. menor.  
Peto Dios en la  
misma sabiduría.  
Luce.

la misma sabiduría y rectitud, no puede gastar tanto coste y medios tan penosos para salvar á todos los hombres, y querer fundadamente que alguno por tales medios no se salve. Imaginaos un cazador que corre jadeando tras una fiera:

Conf. á caza:  
lo por símil del  
cazador.

ya sigue el rastro por breñas y derrumbaderos, ya va en su seguimiento por el llano, ya la busca por cuevas y escondrijos; que por acá tiende lazos, por allá suelta los perros;

Descripción, pro-  
feta ó el allegor.

unas veces grita para aturdira, otras calla para asegurarla, otras acecha y le clava los ojos para herirla; y se empapa en sudor y no repara en ello, se lastima y ensangrienta con los abrojos y malezas y no hace caso; ¿podrá á nadie venir en pensamiento que no codicia la tal pieza este cazador? Ningún juicio de hombre dirá que se fatiga tanto, no para cogerla, mas á fin de no cogerla. Si esto no queria, no había por qué moverse de su casa; bien se estaba sobre las blandas plumas, bien podia dormir su sueño sin madrugar al alba en el rigor del frío y sin extraviarse por descaminos y barrancos. Pues bien; Dios nuestro Señor, hermanos míos, para cogernos en su paraíso y bienaventuranza hace como los diestros cazadores, que si no pueden alcanzar la presa codiciada por un camino, la persiguen por mil otros.

Apodicha ó la ca-  
za.

Dios, dice por hermosa manera San Crisóstomo, hace como los cazadores y monteros, que cuando persiguen á algunas fieras velocísimas, traviesas y de mal coger, no las acometen por sola una senda, sino por muchas y diversas, para que, si escaparen de una, vengan á caer en otra: *Il facti Deus quod venatores solent facere, qui quando fugacissima captique difficillima insciantur animalia, non una via, sed diversis, et per contraria plerumque aggradiuntur, ut si alterum effugerint, in alterum incidant*<sup>1</sup>. Para cogernos á nosotros, que como fieras andábamos perdidos en el desierto de este mundo, se cansó Dios, se ensangrentó, se dejó despedazar todos sus miembros. ¿Y esto nada significa? ¿Y esto no prueba evidéntisimamente que nos ama y busca nuestra salvación? Si ella no le importara, bien se estaba en el cielo, no había por qué bajar á estos valles y despeñaderos de la tierra. ¿A qué fin abrazar tantos linajes de padecimiento,

Aplicación de la  
prelata á Dios.

por autoridad del  
Crisóst.

por autoridad del Crisóst. *Il facti Deus quod venatores solent facere, qui quando fugacissima captique difficillima insciantur animalia, non una via, sed diversis, et per contraria plerumque aggradiuntur, ut si alterum effugerint, in alterum incidant*<sup>1</sup>. Para cogernos á nosotros, que como fieras andábamos perdidos en el desierto de este mundo, se cansó Dios, se ensangrentó, se dejó despedazar todos sus miembros. ¿Y esto nada significa? ¿Y esto no prueba evidéntisimamente que nos ama y busca nuestra salvación? Si ella no le importara, bien se estaba en el cielo, no había por qué bajar á estos valles y despeñaderos de la tierra. ¿A qué fin abrazar tantos linajes de padecimiento,

Aplicación de la  
apóstola.

<sup>1</sup> In Matth. Hom. 38.

de hambre y sed, de fríos y calores, de pobreza y desnudez, de viajes y caminos, de espinas y de azotes, de clavos y de cruz? ¿No podía ahorrarse Dios de tantos trabajos y dolores?

que interrogación  
vehemente.

Ni me diga nadie que padeció única y limitadamente por los que habían de salvarse, no por los que se habían de perder; porque sería una blasfemia horrible afirmar hoy tal desatino, blasfemia condenada en estos últimos tiempos en el Vaticano por impía, por sacrilega, por herética, por gravemente injuriosa á la divina bondad. *Mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus*, oid el testimonio clarísimo del Apóstol: *edit redemptionem semetipsum pro omnibus*<sup>1</sup>: Jesucristo, Dios y Hombre, medianero entre Dios y los hombres, se entregó á la muerte en rescate y redención de todo el linaje humano, justo y pecadores, predestinados y réprobos; que por esto en las divinas Escrituras es llamado tantas veces sol y sol de justicia, para alumbrar y justificar á todo el mundo. *Sol justitiae*, así lo interpreta entre otros doctores el bienaventurado San Ambrosio: *Sol justitiae omnibus ortus est, omnibus venit, omnibus passus est, omnibus resurrexit*<sup>2</sup>: El Sol de justicia para todos nació, para todos vino á este mundo, para todos padeció y para todos resucitó. Y así, para todos los que no quieran ir, tiene él cerrados los infiernos, porque para todos mereció del Padre celestial auxilios muy bastantes para poderse eficazmente salvar, conforme lo da á entender el glorioso San Juan por aquellas palabras: *De plenitudine eius omnes accepimus*<sup>3</sup>: De su plenitud todos los hombres participamos.

Refutación. Es  
falsó sólo para los  
escogidos.

Resp. Negóto-  
lo, por concilio.

Escritura.

SS. Padres.

Concilio por  
conduplicación.

De testimonio.

(R)  
Arg. 4.  
á pag. y ab in  
finito.

No puede menos de ser así, que se nos derramen los tales auxilios de la gracia con gran copia y fidelidad; no sólo porque no puede negar el Padre eterno lo que su Hijo humanado nos mereció con el sobreabundantísimo precio de su sangre preciosa; pero porque á no proveernos Dios á cada

Transición por-  
fecta.

<sup>1</sup> 1 Tim., II, 5-6. — <sup>2</sup> In Ps. 118, serm. 8. — <sup>3</sup> Joan., I, 16.

1.ª parte.  
Dios proveer de  
medios à todas las  
criaturas:

uno de nosotros de ayudas muy suficientes para salvarnos, seguiríase, como notó Santo Tomás, que todas las criaturas, hasta las más bajas é insensibles, están mejor ordenadas y encaminadas á su fin, que no el hombre al suyo. Rodead los ojos por toda la redondez del universo, y no veréis ninguna criatura, por villísima que sea, que no esté proveída de nuestro Señor con medios oportunos á la consecución del fin que se propuso.

por información de  
los cielos

El fin que de presente tienen los cielos es voltear con perpetuo movimiento para repartir sus influencias; y conforme á este fin, ya que en sí mismos carecen del alma informadora, como la que meneá nuestro cuerpo, les dió otras fuerzas maravillosas, y una inteligencia superior que asistiese y gobernase sus caminos. La luna y los planetas deben templar los horrores de la noche; mas como de suyo no tienen resplandor, impuso al sol expreso mandamiento de proveerles con su lumbré perennal. La tierra ha de acudir con sus frutos á la necesidad y codicia del labrador; mas no tiene de su cosecha el jugo y frescor que se requiere, y así ordenó á las aguas que perpetuamente la fecundizasen con las lluvias y los ríos. A los animales brutos fáltales artificio con que tejer el vestido necesario para abrigarse, ó fabricar armas con que defenderse de sus enemigos; y así maravillaos cómo la divina Providencia acude con todo esto luego que nacen. Contra las inclemencias del tiempo, cubre

se ordena á su de  
fensa.

á unos de cuero, á otros de plumas, á otros de escamas; contra los enemigos los arma, á unos de garras, á otros de picos, á otros de púas ó agujones. Las ostras marinas, las conchas y moluscos que viven agarrados y asidos á las peñas, no tienen pies con que procurarse el mantenimiento; y así, ¿qué hace Dios?: hace que la peña misma vaya brotando y destilándoles su manjar. Si la ballena, ese navío animado, vaguease sola por el mar, corría peligro de encallar en algún bajo; y así dió el Señor á un pececillo el instinto de guiarla. Si las codornices, flacas y pusilánimes, anduviesen solas por los aires, caerían á menudo en poder de las aves de rapina; y así trazó la Providencia que otras

mantenimiento

y conservación.

aves amigas las defendiesen y encaminasen. Y á este tenor id discurriendo por todo lo criado, y no hallaréis cosa tan

vil que, si por su propia virtud no puede alcanzar su fin, no esté ayudada y fortalecida con socorros de fuera.

Decidme, pues, ahora, ¿queréis que Dios mire más por los animales y criaturas esclavas del hombre, que por el hombre, señor de las criaturas y animales? Y ello sería así, á no suceder como yo digo. Porque el fin del hombre es la bienaventuranza sobrenatural, adonde por las fuerzas de su naturaleza jamás puede arribar. Forzoso es afirmar, de consiguiente, que Dios nuestro Señor le provee infaliblemente de otros medios, y medios reales y poderosos, medios suficientes y valederos, con que llegar á fin tan levantado.

Luego no mucho  
mejor proveerá al  
hombre

de auxilios oportunos  
á su fin.

Añadid más, que nos obliga con mandamiento apretado y so gravísimas penas, que alcancemos ese fin: *Apprehende*, nos dice por San Pablo, *apprehende vitam aeternam*<sup>1</sup>, que es como si dijera: Aunque te parece que huye de ti la vida eterna, esfuerzate, ve tras ella, corre en su alcance y cógela. Preciso es, por lo tanto, que suministre asimismo las fuerzas con que satisfacer á esta obligación. De otra suerte, ¿no sería Dios el más fiero tirano que se puede imaginar? ¿Qué concepto formaréis de Dios si nos mandase volar y no nos diese alas; hablar y no nos diese lengua; ver y no nos proveyese de ojos? Pues entendid, católicos, que mucho más imposible nos es alcanzar por nuestras fuerzas la eterna felicidad y sobrenatural bienaventuranza, que no ver sin ojos, hablar sin lengua y volar sin alas. ¿Y presumiréis de Dios que no acude á nuestra impotencia con ayudas proporcionadas y suficientes? Si entre los hombres se tiene por injusto quien exige de sus súbditos lo que es sobre sus fuerzas, ¿con qué conciencia sentiréis eso de Dios? Exclamare con Enodio: *Si inter homines a recto discordat affectu, qui a subjectis exigit, quod in potestate non tribuit, hoc de Deo qua conscientia sentiat?*<sup>2</sup>. Si tal linaje de tiranía no se concibe en hombres, ¿cómo la supondremos en Dios? Cuando Saúl quiso que David saliese al encuentro del Filisteo, ¿no le ofreció sus propias armas? Cuando quiso Eliseo que Giezi resucitase al hijo de la viuda, ¿no le dió su báculo? Cuando quiso Moisés que Aarón poblase de mos-

pero éste es sobrenatural, luego.

2.ª parte.  
Dios nos manda alcanzar la vida eterna:

Luego de los medios.

Consecuencia 2) por absurdo con-figurantes.

3) por comparación á fieros de los hombres.

4) por ejemplo a par.

<sup>1</sup> 1.ª Tim., vi, 12. — <sup>2</sup> Apud Turrian, lib. iv.

Conclusión evidente.

quitos la región de Egipto, ¿no le prestó su prodigiosa vara? Y ¿cómo no hará lo mismo nuestro Señor, que no sólo quiere, pero estrechamente manda que alcance el hombre y conquiste la vida eterna? *Apprehende vitam aeternam*. Aquellos auxilios, por tanto, que necesariamente se requieren para la consecución de tan levantado fin, llamados como queráis, definidos como os parezca, que á mí nada me importa á mi propósito, jamás se niegan á ninguno por desalmado que sea, porque ó ya los tiene, ó si no los tiene, en su mano está tenerlos al instante, como enseña el sacrosanto y universal concilio de Trento<sup>1</sup>, conforme al celebrado axioma del Padre San Agustín: *Deus impossibilia non jubet, sed jubendo monet, aut facere quod possis, aut petere quod non possis*. Dios no manda, dice, cosas imposibles, sino que al imponerte el mandamiento te amonesta, ó que hagas lo que puedes, ó que pidas gracia para hacer lo que no puedes. Por manera, que todo justo puede, si quiere, conservar la gracia, y todo pecador puede, si quiere, recobrarla, y así entrambos pueden salvarse, si ellos quieren. Concluimos, pues, para volver á nuestro primer intento, que nadie puede achacar á Dios la perdición de nadie: *Vere Deus non condemnabit frustra*<sup>2</sup>; verdaderamente Dios no condenará de balde; antes con verdadera voluntad, con voluntad real, llana, sincerísima y de su parte activa y obradora, quiere la salvación de todo el mundo: *Deus vult homines salvos fieri*<sup>3</sup>.

Aprobado por concilio.

Santos Padres y Escritura.

Conclusión del 4.º sum.

Luego Dios no da auxilios instantes.

Arg. 5.º Responde:

Dice no nos da tanta gracia como á otros.

Paso, Padre, por ventura me repararéis, que ahora nos toca hablar á nosotros. Si todos los hombres tienen auxilios muy bastantes para salvarse con efecto, ¿no es verdad, con todo eso, que unos tienen más y otros tienen menos? Pues bien; he aquí por qué nosotros vamos tropezando y acertamos apenas con el camino de la gloria. No hay por qué huir el cuerpo á la dificultad; menester es que nos respondáis á este punto. Si Dios derramase sobre nuestras almas

tantas gracias y mercedes como á éste y á aquél, mejores, sin duda, y más santos que nosotros, también seríamos santos, también llegaríamos á la cumbre de la perfección. Pero su divina Majestad encoge con nosotros la mano, mientras que á favor de otros la extiende con largueza; por donde no será maravilla si nos condenamos (no lo permita Dios), puesto que á nosotros nos da solamente cuanto basta para salvarnos, y á otros más y tanto más.

¡Oh hombre!, me haréis exclamar abrasado de coraje santo; ¡oh hombre!, tú ¿quién eres que pones demanda á Dios? Gritaré, si no calláis, con el Apóstol de las gentes: *O homo, tu quis es, qui respondeas Deo?*<sup>1</sup> ¿Quién sois vosotros para escudriñar y aun reprender las obras de su altísima sabiduría? Si os da muy cumplida y puntualmente cuanto debe daros, ¿de qué os quejáis? ¿por qué murmuráis? ¿Cómo osáis poner mácula en su adorable providencia? ¿Qué esperáis de vuestros atrevimientos? ¿Que con esto echaréis á Dios la culpa de vuestra perdición? Vana porfía, error intolerable. ¿No puede favorecer á uno sin agraviar á otro? ¡Oh!, es donaire, ó, por mejor decir, blasfemia, que sólo Dios no pueda en este mundo hacer particulares mercedes á un amigo, con tal que á los demás no falte en lo de obligación. No obra Dios, ni de mucho, injustamente, dice San Próspero, si en la misma congregación de los fieles no se reparten las gracias en el mismo grado y cantidad: *Nulla iniquitate agitur, si quidem in ipsiis quoque fidelium populis, non omnibus eadem neque paria conferantur*<sup>2</sup>. ¿No os he probado que nuestro Señor os provee suficientísimamente de los socorros necesarios? Pues idos en paz y callad vuestra boca.

Mas ¿qué digo? ¿Con qué cara osáis vosotros llamar escaso á Dios con vuestras personas, estando, como estáis, en esta ciudad, en este templo, en esta era de luz y bendición? ¿Qué dirán, pues, aquellos infortunados bárbaros á quienes ha cabido la malhadada suerte de nacer en playas desiertas ó en islas incultas y abandonadas, donde la fe, arretrada por las tempestades, por los monstruos ó por las

Luego nos escudriña que nos condenamos.

Romp. 2.º Por grave indignidad.

Dios lo que nos da, según lo demostrado.

Luego injustamente os quejáis.

<sup>1</sup> Sess. 6, c. 10. — <sup>2</sup> Job, xxxiv, 22. — <sup>3</sup> 1 Tim., II, 4.

<sup>1</sup> Rom., ix, 20. — <sup>2</sup> De vocat. gent., c. 37.

distancias fabulosas, no ha arbolado aún su victoriosa bandera? Y, sin embargo, ello es cierto, ni aun éstos, si se condenan, podrán abrir la boca en su disculpa: *Iterum autem nec his debet ignosci*. Y ¿por qué razón? No por otra, sino porque de la grandeza y primor de las criaturas podían subir como por escalones al conocimiento del Criador, y así servirle, conforme á la escasa lumbre que en sus mentes resplandeció: *A magnitudine speciei et creaturae cognoscibiliter poterit Creator horum videri* <sup>1</sup>. Pues ¿qué diréis vosotros? ¿Os quejáis todavía de falta de socorros espirituales, nacidos vosotros en el corazón del catolicismo, en una ciudad tan piadosa, en siglos de tanta doctrina y erudición, y muchos de familias tan ilustres? ¿Y cuánto conocimiento de sí os ha dado nuestro Señor por tantos oráculos y divinas escrituras? ¿cuánto con tantas declaraciones de concilios? ¿No habéis pasado la mayor parte de vosotros la edad más peligrosa bajo el amparo y tutela de padres celosísimos de vuestro bien, de maestros singularmente cuidadosos de vuestro aprovechamiento? Crecidos luego, y más adultos, ¿cuántas ventajas y comodidades os ha ofrecido para la práctica de la virtud en tantos confesores y padres espirituales que dirigiesen acertadamente vuestras conciencias; en tantos predicadores fervorosos que encendiesen y avivasen vuestra frialdad; en tanta riqueza de libros piadosos, con que fomentar vuestra devoción; en tanta muchedumbre de religiosos y sacerdotes, codiciosos y hambrientos de emplearse en servicio de vuestra alma! ¿Os faltan, por ventura, ni tribunales de penitencia, si queréis descargaros del peso de vuestros pecados; ni solitarios claustros, si deseáis aliviar vuestro corazón del bullicio y tráfago del mundo? ¿Y qué hacen de continuo esos ángeles de la guarda que tenéis á vuestro lado, sino incitaros con sus toques y secretos llamamientos, ora á detestar aquel vicio, ora á ejercitar aquella obra de virtud, ya á vencer aquella tentación, ya á imitar aquel buen ejemplo? Dios mismo, con sus ilustraciones é interiores impulsos, ¿cuánto trabaja para facilitaros la salvación! ¿Deja, por decirlo así, piedra por mover? Ya

<sup>1</sup> Sap. xii, 5.

os atrae con sus invitaciones halagüeñas, ya os espanta con sus amenazas; unas veces os solicita y confunde con reprensiones amorosas, otras os lisonjea con la prosperidad, otras os aviva y polea con el azote de la tribulación. Llámamos por todas partes á la enmienda, así dice el glorioso San Agustín; llámamos por todas partes á penitencia; llámamos con los beneficios de sus criaturas, llámamos con la sagrada lección, llámamos con la predicación, llámamos con la íntima y espiritual ilustración; llámamos con el azote de la corrección, llámamos con las misericordias y regalos de la consolación: *Vocat unáque ad correptionem, vocat unáque ad poenitentiam, vocat beneficiis creaturas, vocat per lectorem, vocat per intimam cogitationem, vocat per flagellum correptionis, vocat per misericordiam consolationis* <sup>1</sup>. ¿Y aún os quejaréis de Dios? Demos que socorra á algunos con mayores auxilios que á vosotros, por manera que parezca como que los quiere llevar al cielo á pesar y despecho de su rebelde corazón, como hizo con Saulo, á quien declaró su Majestad que en vano porfiaba en dar voces contra el acicate: *Durum est fíoi contra stimulum calcitrare* <sup>2</sup>; pero ¿hay razón para que vosotros os quejéis de que no os reparta de sus dones, no sólo cuanto basta, sino muy colmada y sobreabundantemente?

## VII

Pero quiero, si me permitis, pasar más adelante, y tentar por otra vía una respuesta muy sólida y general entre los doctores, que cierre la boca al más osado. Pregúntoos, pues: ¿de dónde os consta que tenéis menos gracias y sobrenaturales auxilios para bien obrar, que otros que os llevan ventaja y son más santos, ó si vosotros los tenéis iguales ó por ventura mayores? ¿Cómo os consta? ¿Acaso, porque os sentís peores, concludís de aquí que no os provee Dios de tantas gracias, ni os favorece con tantas ayudas y socorros? Niégoo absolutamente la descaminada consecuencia que, siempre y cuando uno decae y obra menos bien, se

<sup>1</sup> In Ps. 102.—<sup>2</sup> Act. ix, 5.

por repetición

y autorial edic.  
ción de San  
Agustín.

Conclusión de  
la 2.<sup>a</sup> parte.

de la 2.<sup>a</sup> parte.

Argüo.  
Resp. 7) por  
negación.

De menos virtud no se sigue mayor gracia.

sino por correspondencia.

Luceo.

signa infaliblemente que tuvo menor gracia; y siempre y cuando uno tiene mayor gracia, se siga con infalible rigor que hace más obras virtuosas. No, católicos; pueden dos prevenidos de igual gracia ejecutar acciones tan diversas, que unas sean de grande merecimiento y otras de ninguno; lo cual no es culpa de la gracia, que es la misma, sino de la cooperación, que es muy diversa. Si no me creéis esta verdad, oídla de labios del angélico doctor Santo Tomás, del cual se empeñan algunos en deducir á todo trance la doctrina opuesta. Estas son sus palabras: *Licet baptizati aliqui intendunt aequalem gratiam percipiant, non aequaliter illa utuntur, sed unus studiosius in illa proficit, alius per negligentiam gratias Dei desit* <sup>1</sup>. Que es decir en romance, que aun cuando algunos cristianos reciben por ventura igual caudal de gracia, mas no se colige que se aprovechen de ella por igual, sino que unos sacarán de ella gran bien y adelantamiento, y otros, por ventura, ninguno.

Por subditio y  
símbolo de Santos  
Padres.

el sol y la cera,

la lluvia y las cer-  
dos.el dicho de  
tino

Y ¿no veis que un mismo sol derrite la cera y endurece el barro? Así, dice San Jerónimo, con una misma gracia, un corazón se regala y emblandece, y otro se endurece y resiste. Léese esta sentencia en la doctísima carta que escribió el santo á Hedibia <sup>2</sup>. ¿No veis que con una misma lluvia en un campo brotan flores, y en otro cardos y matorrillos? Así, dice Orígenes, con una misma gracia un alma fructifica, y otras se cubren de vicios y malezas. Trae esta semejanza en el tan conocido libro que él intitula Periarcon <sup>3</sup>. Y el bienaventurado San Agustín, con cuánta claridad enseña lo mismo, á pesar y despecho de los modernos corruptores de su doctrina! Afirma el santo en el libro duodécimo de la Ciudad de Dios <sup>4</sup>, que puede haber dos hombres igualmente dispuestos en natural ingenio y condición, y prevenidos con igual socorro de gracia, que miren el rostro mismo de una mujer, y que, sin embargo, se inflame uno en complacimientos deshonestos, y mantenga el otro su corazón limpio, no más que por usar diversamente y á su gusto del albedrio de su voluntad. La misma doctrina con-

<sup>1</sup> 3 p. q. 69, art. 8 ad 2. <sup>2</sup> Ep. 95.

<sup>3</sup> Lib. III, cap. 3. — <sup>4</sup> Cap. 6.

firma San Gregorio Niceno en la oración de los catecúmenos; la misma San Juan Crisóstomo, sobre la epístola á los romanos <sup>1</sup>; la misma San Cirilo, acerca del evangelio de San Juan; la misma San Próspero, en su celebrada obra de la Vocación de los gentiles <sup>2</sup>; y, para acabar, la misma trae San Buenaventura en el cuarto de las Sentencias, donde dice estas formales palabras: *Ex aequali gratia aliquando magis fervens elicitur motus, aliquando minus, secundum cooperationem liberi arbitrii* <sup>3</sup>. Con igual gracia se hace unas veces un acto más fervoroso, y otras menos fervoroso, según la cooperación del libre albedrio.

Pues ¿de dónde osáis afirmar que no recibís de Dios tanta copia de divinos dones para bien obrar, como reciben éstos y aquéllos? ¿Quién os lo dijo? ¿qué indicios tenéis? ¿qué razón ni fundamento? Decid más bien que la gracia que se os da no surte efecto, que sale vana, infructuosa, desaprovechada y baldía, y diréis mucha verdad. Pero la culpa ¿de quién es? ¿No es por ventura de vosotros, que en vez de granjear con ella el ardor que requería de Timoteo el Apóstol, cuando dijo: *Noli negligere gratiam, quae data est tibi* <sup>4</sup>: no descuidéis la gracia recibida; la malográis lastimosamente, como los marineros flojos ó inadvertidos que van en zaga y lejos de las otras naves, no porque no gocen del mismo viento, sino porque lo desaprovechan cuando sopla? Acabad, pues, de quejaros de nuestro Señor, y no achaqueis á mengua de su benéfica liberalidad lo que es defecto de vuestro libre albedrio; siendo muy cierto que no sólo quiere salvaros, y en razón de ello os prodiga socorros copiosísimos, no ya simplemente bastantes á la consecución de vuestro fin; pero aún puede que os prevenga su misericordia con mayores ayudas celestiales que á otros más espirituales y santos que vosotros. Y si os ofreció los auxilios que en su sabiduría prevé que habéis de rechazar, esto mismo es culpa vuestra, que dejaréis de corresponder á sus llamamientos: *Ipsi fuerunt rebelles lumini* <sup>5</sup>, dice Job de los pecadores perversos. Ellos fueron rebeldes á la luz, no que Dios no

y testificáronlos con  
elocubros.San Buenavente-  
ra.

Consecuencias

ilustrada por com-  
municación.

entend.

y semejanza del  
viento y las na-  
ves.Consec. verda-  
dera.Junto á esto puede  
que recibáis más  
gracia que los  
mas santos.Instancia 1.<sup>a</sup>  
Dadme la gracia  
que no se rechaza  
rar.

<sup>1</sup> Cap. 30, hom. 16. — <sup>2</sup> Lib. XI. — <sup>3</sup> Diat. 16, p. 2, a. 3, q. 1.

<sup>4</sup> 1 Tim. XIV, 4. — <sup>5</sup> Job, XXV, 13.

les derramase vivisimos resplandores para conocer la verdad, sino que ellos cerraron los ojos para no verla. Y en otra parte: *Dicebant Deo: recede a nobis* <sup>1</sup>: Decían á Dios: apartádate de nosotros; y en otra: *Quasi de industria recesserunt ab eo, et omnes vias ejus intelligere noluerunt* <sup>2</sup>: De propósito se desviaron de él, y no quisieron conocer sus mandamientos.

Resp. Por culpa vuestra será juicio:

por autopsíquica

Conque acostumbráos á echar la culpa del malogramiento de la gracia y de todo vuestro mal á vuestra mala correspondencia: *Perditio tua, Israel, Tuya es, Israel, tu perdición*. Decid dentro de vosotros mismos, pero de lo íntimo de vuestras almas: *Ego sum qui peccavi, ego inique egi, ego qui inique gessi* <sup>3</sup>. Yo soy quien pequé, yo quien hice mal, yo quien obré desalmadamente. Confesad con Je remías que os entregasteis como esclavos al egipcio y al asirio, vuestro mortal enemigo, por el precio vil de un sucio deleite, por una verdadera nadería: *Aegypto dedimus manus et Assyriis, ut saturavemur pane* <sup>4</sup>. Decid que os rendís y blandéis cobardemente; decid que caéis, es cierto, mas ¿por qué? porque sí, porque vosotros queréis caer, de vuestra voluntad caéis. No puede alegarse otra razón; nosotros mismos nos seducimos y enlazamos: *Ipsi nos seducimus*, que dice San Juan. ¿No sabéis lo que puede todo el infierno junto? Pues no recabará cosa de vosotros, si libre y espontáneamente no se lo dáis. Os pueden los demonios provocar, instigar, importunar; mas haceros violencia no pueden. Dijeron á mi alma los enemigos, notad bien este lugar de Isaías, precioso á nuestro intento; dijeron á mi alma los enemigos: encórvate y pasaremos: *Dixerunt animae meae: Incurvare, ut transeamus* <sup>5</sup>.

Resp. Nada pueden si sólo queremos:

por propopsia

¿Oisteis? No se atreven á derribaros y poner os el pie encima; que os encorvéis quieren, que os echéis en tierra. Encórvate, encórvate y pasaremos. Y así, cuantas veces prevalecen los demonios y os huelan, y os acocean y maltratan, ¿sabéis qué fue? Que os derribasteis vilmente á sus hediondas plantas, y, rindiéndolos á sus órdenes, pusisteis como tierra vuestros cuerpos, y como camino trillado á los

<sup>1</sup> Job, XXI, 14. — <sup>2</sup> Job, XXXIV, 27. — <sup>3</sup> 2 Reg., XXIV, 21.

<sup>4</sup> Th., V, 6. — <sup>5</sup> Jer., LI, 93.

transeantes. *Dixerunt animae meae: Incurvare, ut transeamus. Et possidi, ut terram, corpus tuum, et quasi viam transeantibus*. Ea, cristianos, tened fuerte y entero vuestro libre albedrío y no temáis; sin duda os salvaréis, sí, os salvaréis. El infernal Holofernes no podrá nunca llegar á la hermosa Judit, que es vuestra alma, si ella se mantiene firme: sólo podrá instigar que consienta libremente: *Ut sponte consentiant* <sup>1</sup>. Mas dejadle ladrar, nada importan sus ladridos; huid cuanto sea posible de las ocasiones de pecar; valeo de los copiosos medios que os da Dios para vuestra salvación; confesaos á menudo, comulgad con frecuencia, encomendados continuamente al Señor que os asista con su gracia, y yo os prometo que os salvaréis como cualquiera otro.

ahortación

y comparación bíblica de Holofernes y Judit.

Medios prácticos

## VIII

Pero ¿sabéis la verdadera dificultad? Os lo diré llanamente. Todo el punto de este negocio consiste en que quisierais gozar de los regalos y contentamientos de la tierra más de lo que conviene á vuestra profesión, y luego después meteros en el cielo. Querriais vivir á vuestras anchuras, dar rienda suelta á vuestros sensuales apetitos, cumplir todos vuestros quereres, satisfacer todas vuestras concupiscencias y pasiones, y más tarde encontraros allá en la gloria, sin ninguna costa de vuestra parte, si no es que esperaréis todavía que se os entre el cielo por vuestras puertas, por que no os incomodéis ni toméis trabajo. Mas esto es imposible. Una sola vez se lee en las sagradas Escrituras, por gran merced, que vino el cielo al encuentro de un mortal; éste fue San Juan Evangelista. Vi, dice, la santa ciudad de Jerusalén que bajaba de lo alto: *Vidi civitatem sanctam Jerusalem novam, descendentem de caelo* <sup>2</sup>. Mas, aun esa vez, ¿dónde se apareció? ¿adónde vino? *Supra montem magnum et altum*, notadlo bien; sobre la cima de un monte, y monte grande y encumbrado. ¿No podía descender esta santa ciudad á una llanura, y excusar al anciano apóstol

Arg. y 5. La verdadera dificultad.

Querriais salvaros á tu costa ni trabajar.

Resp. Es imposible.

2) por imagen bíblica ilustrada;

Jerusalén sobre un alto monte.

<sup>1</sup> Judit, XII, 10. — <sup>2</sup> Apoc., XXI, 2.

la fatiga de subir á una montaña? No, hermanos míos; el cielo no se da á los remisos y cobardes; éste es el misterio: el cielo no es para los holgazanes y perezosos.

Menester es desterrar del corazón tan necio engaño, si por ventura alguno se forjó tal ilusión. Dios quiere darnos

su gloria, mas como premio, tenedlo bien entendido, como salario y recompensa, y así quiere que demos nuestros pasos para llegar allí. No nos crió Dios para manifestación de su ira, es mucha verdad: *Non posuit nos Deus in iram*: pues

¿para qué nos crió? ¿Para salvarnos? ¿para llevarnos á la gloria? No, responde el Apóstol, sino para que la granjeásemos y conquistásemos con nuestra fiel correspondencia: *In acquisitionem salutis*<sup>1</sup>. Quiere Dios que no tengamos en este mundo ni ocasión de vivir regalados y ociosos, ni de ser soberbios ni presumidos. ¿Y qué dispuso? Pues trazó las cosas de manera que la ejecución y cumplimiento de nuestra salud eterna fuese obra, ni todo nuestra ni todo suya. No todo nuestra, para que nos conservásemos humildes, ni todo suya, para que no seamos flojos y descuidados. No quiso Dios, así lo notó San Juan Crisóstomo, que emperzásemos, y así ordenó no hacer solo él todo el negocio, ni quiso que nos evangeliásemos, y así no lo dejó todo en nuestras manos: *Neque nos supinos esse vult Deus; propterea non ipse totum operatur; neque vult esse superbos, et ideo totum nobis non cessit*<sup>2</sup>. Pero nosotros quisiéramos que Dios lo hiciese todo, sin poner nada de nuestra parte. No, hermanos, no; á él toca llamarnos, á nosotros responder; á él pertenece convidarnos á su gloria, á nosotros ir allá: *Vocabis me, et ego respondebo tibi*<sup>3</sup>. El sin duda nos solicitará, nos aguijará, nos dará su mano: *Operi manuum tuarum porriges dexteram*<sup>4</sup>, á fin de que lleguemos á la cumbre, aunque altísima, del bendito monte, hasta encontrar la hermosa ciudad de la celestial Jerusalén; mas guardémonos de resistir y volver atrás á los primeros pasos. Porque de otra manera, si no alcanzamos la salvación, conste que nuestra será la culpa, no de Dios: *Perditio tua Israel*.

<sup>1</sup> Thesa., v, 9.—<sup>2</sup> Hom. 6o ad pop.

<sup>3</sup> Job, xiv, 15.—<sup>4</sup> Ibid.

## PARTE SEGUNDA

## IX

Dificultad más práctica.

Otra excusa pudiera quedar en pie á favor de los impios y pecadores; conviene á saber, cuando exigiese Dios para salvarlos grandes trabajos y obras muy arduas y dificultosas; porque entonces parece que podrían achacarle á él la culpa de sus males, si por desgracia viniesen á perderse en vez de lograr la vida eterna. Mas ¿cuándo exige de los pecadores, para salvarlos, lo que ellos se padecen para condenarse? Oíd lo que el profeta Jeremías lamentaba, viendo el afanar de los malos en sus vicios: *Ut inique agerent, laboraverunt*<sup>1</sup>. Trabajaron para seguir la maldad. ¿Creéis que á muchos de ellos no les cuestan caros sus pecados? Verdaderamente sudan y trasudan los infelices; ni se puede con palabras explicar cuán apereados andan en sus caminos, cuánto afanan, cuánto padecen para cumplir con el mundo y sus desordenados apetitos: *Ut inique agerent, laboraverunt*.

Y, á la verdad, decidme, amadísimos hermanos: la ley cristiana es dificultosa de guardar, ¿no es cierto?—¡Oh, Padre, sí es dificultosa!—Pero ¿en qué cosas ó mandamientos? respondedme. ¿Por ventura en mandar que sojuzguemos y mortifiquemos la carne por que no se rebele contra el espíritu? Pero ¿cuánto más no la mortificáis y hacéis sufrir por llevar adelante un negocio, por ventura injusto! ¿No la traéis arrastrada por soles y lluvias, por vientos y temporales? ¿Acaso en ordenar que tengamos la rienda á la antojadiza voluntad, por que no contradiga á la razón? Pero ¿á cuántas servidumbres no la sujetáis cada día, cuando va en ello algún interés ó acrecentamiento, aun menos cristiano? Y si tanto padece el alma, os diré con San Agustín, para obtener lo que ha de acarrear su perdición, ¿cuánto más no es justo que sufra para lograr su salvación? *Ei si de los sacrificios del cristiano por tanta sufferi anima ut possideat unde pereat, quanta debet sufferi*. Dios.

Dios nos pide cosas muy arduas.

Luogo no es extraño que nos comitemos.

Rep. Mortificadme, etc. Mas sufris por el infierno.

comunicación insignificante y dialógica.

comparación ascendente.

<sup>1</sup> Jer., ix, 5.

*ferre ne pereat?*<sup>1</sup> Mas por ventura ¿son arduos los divinos mandamientos al exigir que, á fin de salvar el alma, no estimemos cosa alguna de este mundo; no riquezas, no patria, no deudos ni parientes, no salud, ni, lo que es más, la misma vida, si fuere menester sacrificarla? Pero esa misma vida, ¡cuántas veces no la exponeis por una bagatela, por un puntillo de honra! ¿Un vano título, una ligera contradicción, una precedencia ó mayoría de nada, ¿no se deciden al punto con el acero? Piérdase la hacienda, piérdase la familia, piérdase la sangre, piérdase el cuerpo, piérdase el alma, la venganza se ha de cumplir. Y aun cuando reconocéis vuestra inferioridad en fuerzas, y en apoyo y valimiento, sois los primeros en provocar al adversario, en salirle al encuentro, en darle el asalto, y con locos desafíos parece que os empeñáis en meteros por el filo de su espada. ¿Y cuándo se os ofrece ocasión de hacer otro tanto por Dios y vuestra alma? ¿Os pide acaso más para daros el cielo que lo que hacéis para ganar el infierno? ¡Oh ceguedad! ¡oh frenesí!, exclamaré con el elocuente Salviano. ¿Con cuánto afán, oh los más tristes y desventurados de los hombres, hacéis cosas por donde vengáis á ser miserabilísimos por toda una eternidad! ¿Con menos sudores, con menos congojas pudierais hacer obras por donde merecer ser eternamente felices! *Quanto studio, infelicissimi hominum, id efficitis, ut miserissimi in aeternitate sitis! Quanta minore cura, minore ambitu id vobis praestare potuistis, ut semper beati esse possitis!*<sup>2</sup>

Decid lo que se os ofrezca, es forzoso responder. Si no tenéis fuerzas bastantes para sobrellevar los trabajos con que compráis el infierno, fácilmente podréis persuádirme que no las tenéis para sufrir las fatigas con que hay que conquistar el reino de los cielos. Mas si las tenéis y muy recias para la maldad, ¿cómo os excusaréis de no tenerlas para la virtud? ¡Oh y cuánto habría que decir de los afa- nes y sinsabores de los malos, pues es cierto que, no sólo sudan y trabajan para ir al infierno, pero se matan y des- pieren con ellos mismos desde allí, mal que les pese,

con los del mundo por el mundo.

repeticion de crement.

Calificación apoyada por testimonio de Salviano.

y de otra manera.

Ampliación de los efectos de los pecadores.

1. De patientia, in tom. 4.<sup>o</sup> 1. Lib. 3 ad Eccl.

lo reconocen y lamentan por aquellas palabras: *Lassati sumus in via iniquitatis, lassati sumus in via perditionis, ambulavimus vias difficiles!*<sup>1</sup> Reventando fuimos por el camino de la maldad; jadeando y atraillados por las vías de perdición, caminamos por caminos escabrosos. Y nada dije de los trabajos de la milicia, del horror de las batallas, de las inquietudes de los pleitos, de las ansias de los ambiciosos, de los cuidados de la avaricia, de las enfermedades de la glotonería y carnalidad; de las penas, de las congojas, de los tormentos y vaivenes de sola una pasión desenfrenada, por ejemplo la del amor: nada dije de las lágrimas que hacen derramar, de las humillaciones que se sienten, de los celos que se sufren, de los desdenes que se pasan, de los peligros que se atraviesan, del sueño que se pierde, de las riquezas que se malbaratan, de la honra que no se mira; de las dolencias, las más asquerosas, que por ella se contraen. ¿Y no se hallan cada día nuevos Ammones que por una Tamar se enflaquecen, *attenuantur facie*<sup>2</sup>, y se marchitan y se consumen y se matan? Si, pues, hicierais por Dios una parte-cita de lo mucho que padecéis ¡oh jóvenes! por una villísima criatura, que hoy es y mañana será gusanos y podredumbre; si lo hicierais, digo, permitidme que os hable con libertad, por amor de Dios y vuestra eterna salvación, ¿no es verdad que seríais presto, no sólo salvos, pero santos?

## X

— ¡Oh Padre, me respondéis, harto se conoce que no sois experimentado en estas cosas! Éstos que habéis referido son trabajos y amarguras, pero trabajos suaves y amarguras dulces y sabrosas; son proporcionados á la naturaleza, son conformes á la inclinación é impetu del sentido; no como los que hay que arrostrar para la guarda perfecta de los mandamientos evangélicos. Éstos son amargos, son por todos lados ásperos y desabridos.—Verdaderamente os confieso, oyentes míos, que no imaginaba ser tanta la diversidad; pero os agradezco la observación, porque me valdre

INSTANCIA Y PERSUASION DE SAN.

Pero padecer por el mundo es cosa dulce.

Resp. por observación.

Sap., v, 7.<sup>o</sup> 2 Reg., xii, 4.

de ella para reforzar más mi raciocinio. Porque ¿de dónde puede nacer la raíz de esta diferencia? ¿Acaso porque los trabajos, considerados materialmente y en sí mismos, sean diferentes? No cabe esta respuesta en la suposición que ahora hacemos de padecer por Dios la misma hambre, las mismas contrariedades que se padecen por el mundo. Toda la diversidad ha de consistir, por consiguiente, en que en un caso lo padecéis por una criatura, y en otro lo padeceríais por nuestro Señor. Y sufrido por otro os es gustoso, os es deleitable, os es dulce amargura el padecer; mas, en sufriendolo por Dios, ya no es dulce: todo es amargura y hiel. ¿No es éste vuestro descargo? Pues basta ya de razonamientos; han vencido el pleito los pecadores. Si no se salvan, á mano está la réplica, á punto la disculpa. ¿A qué cansarnos más en amontonar discursos y en alegar razones y apretar los argumentos? En vano seguiríamos adelante; con una palabra pueden deshacerlos todos. ¿Qué más? Vengan los ángeles, desciendan los santos, escuchen los demonios, oiga el cielo, oiga la tierra y todos sus moradores: *Audite haec, omnes gentes, auribus percipite, omnes qui habitatis orbem*!. Pues entended que si los cristianos no se salvan, si los cristianos se condenan, tienen un descargo en el tribunal de Dios: son excusables. ¿Cómo? ¿qué alegan? ¿que Dios no quiere admitirlos en el cielo? No: que á fuer de Padre suyo, y más Padre que todos los de la tierra, quiere recibirlos, y está dispuesto á ello con verdadera voluntad. ¿Que no tienen ayudas suficientes para llegar allí? No, porque á nadie se imponen cargas ni prese riben obligaciones sobre sus fuerzas. ¿Que al menos los auxilios no son copiosos y abundantes? No, porque les ha cabido en suerte nacer y vivir donde es grande la riqueza de celestiales bendiciones. ¿Que no reciben por lo menos tantas como muchos que se salvan? No, porque no siempre es ley indefectible que mayores gracias recibió quien más obras virtuosas ejercitó. ¿Que no están hechos á sufrir las molestias y trabajos, que para salvarse se requieren? Tampoco esto, porque bien los sufren mayores por un interés, por un puntillo de honra, por una

<sup>1</sup> Ps. xl, 2.

ambicioncilla, por un antojo y hasta por una criatura vil, llegando á términos que, según lo lamenta Jeremías, sirven gustosísimos á dioses extraños, los cuales no les dejan reposar de día ni de noche: *Serviant diis alienis, qui non dant eis requiem die ac nocte*!. Pues ¿qué dicen? ¿Por qué, si no se salvan, son dignos de excusa? Veislo aquí; porque estos trabajos deberían padecer por Dios; torno á decirlo: porque estos trabajos deberían padecer por Dios; no hay más disculpa: deberían padecer por Dios nuestro Señor. Cristianos, ¿qué decís? ¿os satisface este descargo? ¿queréis que os valga, que os defienda, que os patrocine? Ea, pues, presentádselo á Cristo y decidle animosamente, pero de suerte que todos lo oigamos: Si por otro cualquiera hubiéramos de padecer lo que debemos padecer por Vos, no nos fuera tan duro; antes bien seríamos agradable, placentero, conforme á nuestro gusto é inclinación; en una palabra, trabajo suave y amargura dulce. Pero padecer por Vos es intolerable; padecer por Vos, es todo hiel, todo fastidio, sin ningún contrapeso de dulzura ó consolación. — ¡Oh desvergüenza! ¿Cómo os atrevéis á hablar en estos términos delante de Jesucristo, que, si bien encubierto, oye vuestra sinrazón? ¿Esta es la reverencia, éste es el agradecimiento que debéis á aquella sangre derramada, á aquellos miembros despedazados por vuestro amor? ¡Decir que no es cosa dulce padecer por Dios! ¡Ah, bien se conoce que no lo habéis probado! Y así, si os parece valedera esta disculpa, seguid viviendo á vuestro gusto, que yo no tengo cara para deshacerla. Mas si conocéis que es falsa y la peor de las alegadas hasta aquí, ¿en cuál estribaréis en adelante? ¿adónde os volveréis? ¿qué responderéis? ¿no quedará vuestro entendimiento convencido que el mejor acuerdo y más oportuna resolución que nosotros, pecadores, podemos tomar en lo porvenir, es sin duda comenzar desde este punto á reformar seriamente nuestras vidas, á fin de escapar así de la espantosa condenación á los infiernos, donde, si caemos, no podremos hujarnos más que de nosotros? Tuya es, Israel, tu perdición: *Perditio tua, Israel* <sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Jer., lvi, 13. — <sup>3</sup> Os., xiii, 9.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y UNO

Si el ser uno ciceroniano no consiste tanto en usar de las palabras y frases que usó Cicerón, cuanto en imitarlo en la gravedad de las palabras y disposición y orden de lo que se escribe para enseñar, deleitar y persuadir al que lo leyere<sup>1</sup>, bien granjeado se tiene nuestro autor el nombre que le dió su siglo de **Cicerón cristiano**. Porque (no temo aplicar á SENECA la sentencia de Rivadeneira sobre San Jerónimo): ¿Qué orador hay entre los griegos y latinos que enseñe con más claridad, que deleite con mayor suavidad, que mueva con mayor eficacia? ¿Quién hay que alabe con tanta sinceridad, y reprenda con tanta vehemencia, y exhorte con tanto espíritu y fervor? ¿que así levante ó abata lo que quiere levantar y abatir? ¿Qué doctor de la Iglesia hay que trate las cosas altas con tanta majestad, las llanas con tanta erudición, las escabrosas con tanta elocuencia, las obscuras con tanta luz? ¿que así se sirva de todas las ciencias divinas y humanas para explicar y poner delante de nuestros ojos los misterios de nuestra santísima religión? Esto es ser sumo orador; esto es ser ciceroniano é imitar á Cicerón en lo que él fué excelentísimo y perfectísimo orador.

He aquí la doctrina española acerca de la imitación, en la cual fué tan eminente nuestro SENECA, y de un modo singular en este discurso, donde parece querer allegarse más al plan y estilo de las Filípicas, como Cicerón imita en ellas la traza y espíritu de Demóstenes, cuando éste vibra el rayo de su elocuencia en la frente del terrible macedón. Todos tres defienden la causa de la libertad: Demóstenes contra Filipo, Marco Tulio contra Antonio, SENECA contra el gran liberticida del género humano, Lucifer. Todos tres tratan de los futuros destinos del pueblo que los escucha: Demóstenes y Cicerón, de la que podríamos llamar predestinación social y temporal de las naciones; SE-

<sup>1</sup> Rivad., Vida de San Jerónimo.

NERI, de la predestinación eterna de las almas. El fin de los tres oradores es levantar el espíritu de sus oyentes, allanando lo dificultoso y encendiéndolos á la pelea. Válense los tres de argumentos populares, de forma sencilla, de estilo vibrante, de lenguaje transparente; el más artificioso es Cicerón en las Filípicas, que pronuncia en el Senado; el más robusto y consecuente, Demóstenes; el más patético y levantado, SENECA, aunque adolece de cierta afectación y redundancia, que lo asemeja más al príncipe de la elocuencia romana que no al de la griega.

Cuatro partes tiene esta oración: exordio, confirmación, refutación y peroración, distintas entre sí. Buscar el par qué de la maravillosa eficacia de cada una de ellas, es el objeto de estas Observaciones críticas.

**Artificio del exordio.** Deléitase nuestro orador en los exordios exabruptos, y quízás usa de ellos con demasia. Repugnan generalmente á la misma naturaleza, en la cual vemos que nada se derrama de una vez, ni crece ó descrece de golpe, sino que todo en ella, y más las grandes y poderosas fuerzas que obran en el universo, tienen sus comienzos suaves y casi imperceptibles. *Neque est dubium, quin exordium dicendi vehementer et pugnae non saepe esse debeat*, asienta Cicerón<sup>1</sup>; y trae para ello la semejanza del gladiador, que antes de venir á las manos hace diversos movimientos, más para ostentación de su gallardía y atraer las miradas, que para herir y sacar luego sangre. *Nihil est denique in natura rerum omnium, quod se universum profundat, et quod totum repente evolvit. Sic omnia quae sunt quaeque aguntur acerrime, lentioribus principiis natura ipsa praetexuit.* Si bien es cierto que en la elocuencia del púlpito pueden usarse más que en la del foro y del parlamento, por razón de la materia y mejor disposición del auditorio: los sermones de los otros días, los ejercicios devotos que preceden al acto del predicar, la música religiosa, el aparato del templo, la presencia y compostura del orador, la enunciación del texto sagrado, todo es á manera de exordio que dispone los ánimos al júbilo ó á la tristeza, á la confianza ó al temor, según el intento del que perora, en conformidad con los fines de la Iglesia en aquel día.

¡Cuán diestramente prepara los ánimos! En pocos renglones impresiona y señorea las potencias y sentidos todos de los que le escuchan. Los ojos con su aspecto asombrado y sus ademanes de miedo y turbación; los oídos con las inflexiones de una voz medrosa y entrecortada, y luego tran-

<sup>1</sup> De Orat., lib. II, cap. 78.

quila y comunicativa; la **imaginación** con las variedades de similes y figuras; la **inteligencia** con las doctrinas y sistemas acerca de la predestinación; y, sobre todo, el **corazón** con los afectos encontrados de incertidumbre horrible, de calma súbita, de aliento y confianza, con que pasa á la proposición: *Dios quiere salvarme: yo me salvaré, si por mí no queda.*

**Artificio de la confirmación.** Dos voluntades han de concurrir para la predestinación de un alma en los adultos: la de Dios y la del hombre. Si Dios no quiere, ¿qué puede el miserable hombre sino pecar y despeñarse? Si el hombre no quiere, ¿qué hará la gracia de Dios, que exige esencialmente la cooperación de nuestro libre albedrío? Mas cuando convergen estas dos voluntades, entonces se obra la predestinación. Pues este es el raro artificio de nuestro gran predicador: **unir estas dos fuerzas**, moverlas y determinarlas en dirección al cielo. La primera, ó sea la voluntad divina, determinála cuanto sufre su naturaleza en la confirmación; la segunda, esto es, la voluntad humana, en la refutación, que comienza en el párrafo IV. Así trabadas, la impele hacia su fin en la peroración y alcanza la victoria.

Respecto de la **primera fuerza** ó el querer divino, no es menester determinarla; lo está desde que Dios es Dios. Lo que hace al caso es que los oyentes lo vean, lo sientan, se persuadan íntimamente de que el Señor los quiere salvar, y que, si ellos se condenan, por su culpa se condenarán. ¿Y cómo lo obtiene el orador, pues no puede penetrar en los juicios investigables de la divinidad? Con argumentos tan **sólidos**, tan **populares** y **patéticos**, que deja convencida la razón, sabrosa la voluntad y movida ya y casi determinada á trabajar juntamente con Dios en la obra humano-divina de nuestra predestinación. Estudia primero las **palabras** que ha hablado la verdad infalible de Dios, y halla que su voluntad es que se salven todos los hombres; investiga las relaciones de **causa** y efecto, de Criador y criatura, y se convence ser imposible que nos haya criado para echarnos en los infiernos; mira los **efectos** y señales de esta predestinación, cotejadas con la eterna Sabiduría, y concluye que quiere salvarnos quien emplea tales medios para ello; contempla todas las criaturas del cielo y de la tierra tan bien providas de todo lo necesario á la consecución de su fin, y saca de esta **providencia** que mejor proveerá al hijo quien así provee á los esclavos; oye el **mandato** de Dios, que arrebatemos la vida eterna, y recoge evidentemente que nos arma de medios para alcanzarla, sopena de ser un tirano, ¡horrible blasfemia!

Allende de esto, enseñanos en la **invención** á hurtar el

cuerpo á las cuestiones de escuela y á remontarnos al dogma; porque en la elocuencia no hay que atender menos á lo que debe callarse, que á lo que debe decirse. La forma general que emplea es el **silogismo** oratorio, con los términos graciosamente trocados é invertidos. Avisanos en la **disposición** á colocar las pruebas con interés creciente, el cual nace de la mayor ó menor **luz** que las rodea y de la **relación** más ó menos próxima que tiene con los que escuchan. Más luminoso y más de cerca toca á los oyentes el segundo argumento que el primero, más el tercero que el segundo, y el postrero de la providencia y del mandato más aún que los anteriores. En la **elocución** es de admirar la junta de ratiocinios rigurosos con lo que llama Cicerón *luminis, flores et insignia orationis*, y que los griegos decían *Αλιφαρα*, que propiamente significa *traje ó vestido*, porque visten, componen y atavian el pensamiento y la oración. Los que en esta más lucen son los **similes** que trae con el doble fin de explicar y deleitar, porque sabía el dicho de nuestro Fabio Quintiliano: *Qui libenter audiunt, et magis attendunt et facilius credunt.*

**Artificio de la refutación.** Veamos la **segunda fuerza**, ó sea la voluntad humana, que es la más dificultosa de mover, y á lo cual se endereza este discurso. Bien pudiera adoptar la forma expositiva, mas prefiere la de refutación ó dialogada, por ser aquí más oportuna. De **tres maneras** se usa del diálogo en la elocuencia: lo primero, cuando el orador habla consigo y él mismo se pregunta y responde, y se llama propiamente **monólogo**; tal es el exordio de este razonamiento. Lo segundo, cuando se introducen diversas personas hablando entre sí, como el padre y el hijo maldiciéndose en los infiernos. Lo tercero, cuando el orador pregunta en nombre de sus oyentes, ó viceversa, como en esta refutación, por toda ella. La fuerza y deleite de esta figura convéncese de lo que vemos á cada paso; que se está la gente horas y días enteros hablando entre sí de cosas frívolas ó de poquísimo agrado, sin cansancio ni fastidio, y á duras penas aguantan por espacio de una hora á quien les habla seguidamente y por sí de cosas utilísimas. De esta experiencia aprendieron Demóstenes y Cicerón el uso tan frecuente del diálogo, sobre todo cuando peroraban ante el vulgo, y después de largo ratiocinio.

¿ENERU lo emplea con gran maestría. ¿Qué intenta en esta segunda parte? Mover y determinar la **voluntad del hombre** á cooperar con Dios en el negocio de la predestinación. ¿Cómo la moverá? Quitándole los obstáculos. ¿Cuáles son? Dos principalmente: **defecto** de gracia, ó sobre y exceso de trabajo. Porque es cierto que Dios pudiera sal-

var á todo el mundo, ó acrecentándoles el caudal de gracia, ó disminuyéndoles las tentaciones y atando más corto á nuestros enemigos. Luego el arte del orador ha de consistir en **acrecentar** las fuerzas de la gracia en la aprensión de los oyentes, y en **disminuir** el trabajo que cuesta el cooperar con ella, haciéndoselo llevadero y sabroso. Estúdiense en los párrafos VI, VII y VIII la destreza y valentía con que sale por la causa de Dios contra la malicia ó flojedad del hombre, que dice:

a) Dios me da menos gracia que á otros. Luego no es maravilla que me condene. Y pruébalo á su manera:

b) Hago obras menos virtuosas que otros. Luego tengo menos gracia y no tantos auxilios sobrenaturales como ellos. E insta diciendo:

c) Dame la gracia, que sabe Dios he de rechazar. Luego la gracia que me dan es **defectuosa**. — Razones insensatas que reduce á polvo la elocuencia de nuestro orador.

Y ¿cómo **disminuye** el trabajo del coadyuvar con Dios en esta obra? Lo primero considera este trabajo **en sí mismo**, y retorciendo el argumento contra los oyentes los confunde, mostrando que los mismos y aun mayores trabajos padecen por el mundo y por el demonio. Tras esto, pondrá la **causa final** de estos padecimientos; y del contraste que resulta del padecer por Dios ó por la criatura saca un afecto yehementísimo de **vergüenza** que rinde á los pecadores á confesar su frenesí y á reformar sus vidas, que era el blanco de toda la oración.

Lo que más admiro en ella es la viveza y variedad de **colorido**, tanto en los afectos que conmueven como en el estilo y lumbres oratorias. ¡Qué toques tan delicados! ¡Qué sombras tan bien distribuidas! Así lo desea Cicerón: *Sei habet tamen illa in dicendo admiratio ac summa laus umbrarum aliquam el recessum, quo magis id, quod erit illuminatum, extaret atque emittere videntur*<sup>1</sup>. Por el contrario, Anneo Séneca es reprendido porque apenas deja lugar para las sombras, tan necesarias en el estilo como en la pintura. Con la continuación de las sentencias ahoga las luces y estraga la locución, vicio que el mismo Séneca había notado en el declamador Oscio, que, llevado del ansia de decirlo todo muy pulida y figuradamente, al fin deja el conjunto desfigurado y feo. *Oscius non incommode dixit, sed sibi nocuit, quum nihil sine schemate dicere cupit, ita oratio ejus non figurata est, sed prava*.

<sup>1</sup> De Orat., lib. III, cap. 16.



## DISCURSO TREINTA Y DOS

### PODER DE LA GRACIA

Dixit autem ad illam: Resistit tibi peccata... vade in pace.

Dijo el Salvador: Tus pecados te son perdonados... vete en paz.

(Luc., vu, 48-50.)

### EXORDIO

Ex-ordio y a elocubra causat.

**D**ICHOSA mil veces la penitente Magdalena, que halló haber ofendido á un Señor tan amoroso, que con un acto de humildad se aplaca, y á unas pocas lágrimas se rinde! ¡Imagináis, oyentes amadísimos, que si el ofendido fuera, no Cristo, sino el Fariseo, en cuya casa sucedió la escena de este día, la hubiera éste recibido como la recibió nuestro adorable Redentor? Bien podía la infeliz venir provista de perfumes y cargados de lágrimas los ojos; que si el Fariseo la viera comparecer en la sala, y á lo mejor del convite derribarse en tierra para asirse á sus pies, sin haber antes ni enviado recado ni pedido audiencia, sin duda se enojara pesadamente, y encolerizado contra ella y levantándose con orgullo de la mesa, por que no le tocase:—¿Qué haces aquí?, comenzara á gritar; ¿qué haces aquí, mujer malvada? ¿qué desvergüenza es ésta? ¿qué atrevimiento? ¿qué osadía y presunción? No es mi casa ningún bardel ó lupanar, donde se dé franca entrada á las personas de mal vivir. ¡Tú en mi casa! ¡tú en este salón! ¡tú en medio de estos ilustres convidados! ¡Lejos de aquí!, no quiero que apestes este ambiente con el vaho de tus impurezas. Algo más se necesita para disiparlo que esos perfumes y fragan-

o la parte. Escrita la audiencia por la persona del Fariseo.

su dureza con la pecadora.

por conjetura y

propopositi

afectos de maravilla.

desprecio

var á todo el mundo, ó acrecentándoles el caudal de gracia, ó disminuyéndoles las tentaciones y atando más corto á nuestros enemigos. Luego el arte del orador ha de consistir en **acrecentar** las fuerzas de la gracia en la aprensión de los oyentes, y en **disminuir** el trabajo que cuesta el cooperar con ella, haciéndoselo llevadero y sabroso. Estúdiense en los párrafos VI, VII y VIII la destreza y valentía con que sale por la causa de Dios contra la malicia ó flojedad del hombre, que dice:

a) Dios me da menos gracia que á otros. Luego no es maravilla que me condene. Y pruébalo á su manera:

b) Hago obras menos virtuosas que otros. Luego tengo menos gracia y no tantos auxilios sobrenaturales como ellos. E insta diciendo:

c) Dame la gracia, que sabe Dios he de rechazar. Luego la gracia que me dan es **defectuosa**. — Razones insensatas que reduce á polvo la elocuencia de nuestro orador.

Y cómo **disminuye** el trabajo del coadyuvar con Dios en esta obra? Lo primero considera este trabajo **en sí mismo**, y retorciendo el argumento contra los oyentes los confunde, mostrando que los mismos y aun mayores trabajos padecen por el mundo y por el demonio. Tras esto, pondrá la **causa final** de estos padecimientos; y del contraste que resulta del padecer por Dios ó por la criatura saca un afecto yehementísimo de **vergüenza** que rinde á los pecadores á confesar su frenesí y á reformar sus vidas, que era el blanco de toda la oración.

Lo que más admiro en ella es la viveza y variedad de **colorido**, tanto en los afectos que conmueven como en el estilo y lumbres oratorias. ¡Qué toques tan delicados! ¡Qué sombras tan bien distribuidas! Así lo desea Cicerón: *Sei habet tamen illa in dicendo admiratio ac summa laus umbrarum aliquam el recessum, quo magis id, quod erit illuminatum, extaret atque emittere videntur*<sup>1</sup>. Por el contrario, Anneo Séneca es reprendido porque apenas deja lugar para las sombras, tan necesarias en el estilo como en la pintura. Con la continuación de las sentencias ahoga las luces y estraga la locución, vicio que el mismo Séneca había notado en el declamador Oscio, que, llevado del ansia de decirlo todo muy pulida y figuradamente, al fin deja el conjunto desfigurado y feo. *Oscius non incommode dixit, sed sibi nocuit, quum nihil sine schemate dicere cupit, ita oratio ejus non figurata est, sed prava*.

<sup>1</sup> De Orat., lib. III, cap. 16.



## DISCURSO TREINTA Y DOS

### PODER DE LA GRACIA

Dixit autem ad illam: Resistit tibi peccata... vade in pace.

Dijo el Salvador: Tus pecados te son perdonados... vete en paz.

(Luc., vu, 48-50.)

### EXORDIO

Ex-ordio y a elocubra causat.

**D**ICHOSA mil veces la penitente Magdalena, que halló haber ofendido á un Señor tan amoroso, que con un acto de humildad se aplaca, y á unas pocas lágrimas se rinde! ¡Imagináis, oyentes amadísimos, que si el ofendido fuera, no Cristo, sino el Fariseo, en cuya casa sucedió la escena de este día, la hubiera éste recibido como la recibió nuestro adorable Redentor? Bien podía la infeliz venir provista de perfumes y cargados de lágrimas los ojos; que si el Fariseo la viera comparecer en la sala, y á lo mejor del convite derribarse en tierra para asirse á sus pies, sin haber antes ni enviado recado ni pedido audiencia, sin duda se enojara pesadamente, y encolerizado contra ella y levantándose con orgullo de la mesa, por que no le tocase:—¿Qué haces aquí?, comenzara á gritar; ¿qué haces aquí, mujer malvada? ¿qué desvergüenza es ésta? ¿qué atrevimiento? ¿qué osadía y presunción? No es mi casa ningún bardel ó lupanar, donde se dé franca entrada á las personas de mal vivir. ¡Tú en mi casa! ¡tú en este salón! ¡tú en medio de estos ilustres convidados! ¡Lejos de aquí!, no quiero que apestes este ambiente con el vaho de tus impurezas. Algo más se necesita para disiparlo que esos perfumes y fragan-

o la parte. Escrita la audiencia por la persona del Fariseo.

su dureza con la pecadora.

por conjetura y

propopositi

afectos de maravilla.

desprecio

cias que traes. Guarda para otros esas fingidas lágrimas con que sueles engañar á tus necios amadores. ¿A mí con esas lisonjas? ¿A mí con esos sollozos y contrahechos suspiros? Ea, que nunca más te vea poner el pie en los umbrales de mi casa; ¡cuánto menos sufriré, no digo que me toques, pero que me hables palabra en los días de tu vida!— Tal hubiera sido probablemente el recibimiento del Fariseo si fuera á él para aplacarle. — Si se acercara á los pies del

Indignación.  
Confirmación por autoridad.

Fariseo, así lo notó agudamente San Agustín, sin duda le dijera: Apártate de mí: *Si ad illius pharisei pedes accessisset, dicturus erat: Recede a me!*

Y es consecuencia.

Y, en hecho de verdad, nos dice el sagrado Evangelio que, sin preceder causa de enojo contra ella, sólo con ver la cortesía con que la recibió el Salvador, se escandalizó grandemente y no acertaba á excusarle de malicia, sino culpándole de ignorancia: Si ésta fuera profeta, supiera quién y cuál sea esta mujer que le toca. *Hic si esset propheta, sciret utique quae et qualis est mulier quae tangit eum;* lo

1.ª parte. Causa que la doctitud.

contrario de lo cual hizo Jesucristo, cuya natural benignidad no se atajó con tales murmuraciones; antes ¡con cuánto amor la recibió! ¡con cuánta energía la defendió! ¡con cuánta facilidad la perdonó, sin imponerla siquiera una leve penitencia! Y, no contento con esto, la admitió en seguida á tal grado de amistad, de familiaridad, de intimidad, que, después de su bendita Madre la gloriosísima Virgen María, no hubo en la tierra mujer más amada de Cristo que María la pecadora.

por la persona del Salvador.

recibimiento de misericordia.

3.ª parte. Gran fuerza de la herencia.

por la persona de los oyentes.

avertido y convertido.

Esta inaudita misericordia del Salvador del mundo me fuerza hoy á dejar aparte toda severidad y á convertir este argumento, que á otros daría materia de graves reprobaciones, en discurso de confianza y esfuerzo. Ni una palabra, pues, para los miserables que, empedernidos en el mal, se han empeñado, á pesar de la gracia y misericordia divina, en precipitarse voluntariamente á los infiernos. No quiero cansarme en vano con esos infelices; mi intento es alertar y dar ánimo á los demás que me dicen que de verdad se entregarían totalmente á Dios, que lo desean, que lo ansian

1 Hom. 23 et 50.

de todo corazón; pero, por reconocerse tan malos pecadores, no confían poder llegar á hacerse santos. ¡Ah! No, no desmayen los pobrecitos tan presto, no se abatan y desalienten, antes sigan con atención, que yo les demostraré, con el favor divino, que les es no menos fácil llegar á muy alta santidad, que á otros más justos y bien inclinados.

establecimiento de la casa.

proposición de confianza.

## PRIMERA PARTE

### II

Arg. 1.º De la causa eficiente.

Transición y proposición particular y hipotética.

por consecuencia.

anttesis

y gradativo.

Protesta: la aforra de la gracia a sus contrarios.

largo período histórico.

Y por que no imaginéis que voy á discurrir de cosas altas, de especulaciones vanas é ideales, escuchadme bien, porque pretendo demostraros que vosotros, sí, vosotros mismos, que estáis aquí presentes, y por ventura enlazados, quién en locos amores, quién en rencorosos odios; vosotros, digo, manchados aún tal vez con sangre ajena; vosotros, hechidos acaso de fausto y vanidad; vosotros, tiranizados de la avaricia, ó combatidos de la ambición, ó encenagados en torpezas; vosotros mismos, repito, con tal que de corazón queráis, podéis, no sólo alcanzar luego el perdón de tantas culpas, pero llegar en la tierra á tal grado de santidad y en el cielo á tal eminencia de gloria, que no habrá por qué tengáis envidia á los que fueron inocentes ó menos pecadores. Mas no os equivoquéis. No quiero decir que podáis arribar á tanta cumbre de perfección por las simples fuerzas de vuestra naturaleza y libre albedrío. ¡Desventurados de vosotros si sobre ellas hubiesen de estribar vuestras esperanzas! Perdidos estaríais para siempre, porque no sólo no podríais alcanzar la alteza de perfección que digo, pero ni salir del profundo cieno en que vivís sumidos. Pero, ánimo, pecadores míos amadísimos; ánimo y grandes alientos, porque no seréis solos vosotros en la ejecución de obra tan excelsa, sino vosotros con Dios y Dios con vosotros. Y ¿qué no podéis prometeros, robustecidos y esforzados por el brazo de aquel Señor que todo lo puede? *Quod per naturam est impossibile, per gratiam Dei non solum possibile, sed et facile*

<sup>Así, por autoridad.</sup> fit<sup>1</sup>. Lo que es imposible por la naturaleza, con la gracia de Dios no sólo es posible, pero muy fácil y hácedero; así lo testifica el mismo San Bernardo, como bien experimentado.

<sup>y por ejemplo: María Egipciaca.</sup>

<sup>Vida oratoria.</sup>

<sup>3.ª parte. La profecía.</sup>

<sup>por enumeración pública de sus horrores.</sup>

<sup>hipótesis e hipótesis.</sup>

<sup>distribución.</sup>

<sup>y contrasta.</sup>

<sup>2.ª parte. Van de la naturaleza débil.</sup>

<sup>por reclamación: así de importancia.</sup>

Porque preguntáis yo: Si alguien, con espíritu profético, se presentara ante María Egipciaca, cuando más ataviada y hermosa iba por la ciudad de Alejandria, hecha el idolo de la loca juventud, y de repente le dijera: Mujer, escúchame. Vendrá tiempo en que tú, no sólo darás de mano y arrojárs de ti esos atavíos y vida regalada, pero escondida en los horrores de una selva harás la vida que te voy á decir. Por cuarenta y siete años no verás rostro de hombre viviente; mas, cercada de tigres y leones, no echarás de menos la compañía de los mozos que ahora te idolatran. Tres solos panes llevarás contigo al desierto, y éstos, duros y mohosos, serán tu sustento durante diez y seis años. Acabados éstos, te mantendrás, como las bestias, de las hierbas del campo y con el agua de charcos y lagunas, hasta que llegues á pasarlo sin ningún linaje de mantenimiento. Además, sin un cobertizo donde guarecerte ni un mal traje con que cubrirte, temblarás en el invierno con los rigores de la helada noche, y te abrasarás en el estío con los rayos del sol canicular. ¡Ayese tus ojos! ¡Serás con ellos tan cruel, que para otorgarles una hora de sueño los obligarás á llorar de día y de noche, á la mañana y á la tarde, tus presentes devaneos! Y aun ese sueño, ¿cuál será? Cual puede tomarse sobre peñas ásperas, ó sobre zarzas espinosas. Tu contento será entonces golpearte el pecho con el puño ó con duras piedras, y lastimarte las espaldas con varas de espinos y con abrojos. Esto te pronostico yo; y créeme, tú lo harás.— Decidme, os ruego, oyentes míos, si uno fuera entonces á María Egipciaca con estas razones, ¿qué crédito os figuráis que le daría una mujer tan liviana y disoluta? ¿No se riera de quien tales desatinos le quisiera persuadir como probables?—¿Cómo! ¿Yo meterme en un desierto, que, si no tengo delante á mis amartelados, me muerdo de pesadumbre? ¿Atormentarme yo y mortificarme tanto, que me des-

<sup>1</sup> Bern. serm. 2 de Pentec.

mayo á una picadura de alfiler? ¿Pasar yo sin comer? ¿Yo sin beber, sin dormir, sin regalarme? ¿Yo sin hablar, sin reir, sin holgarme por espacio de tantos años? Imposible, no puede ser; no es mi fortaleza la fortaleza de las piedras, ni mis carnes son de bronce: *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea aenea est*<sup>1</sup>. Primero morir que abrazar tal género de vida.—Pero ello es cierto, oyentes míos, que la abrazó, y con la gracia y merced divina no solamente no le pareció imposible ó trabajosa, mas fácil y aun deleitable, como ella misma lo confesó al abad Zósimo, á quien descubriendo, vecina á la muerte, su corazón, pudo con el santo Job trocar su primer lenguaje, y exclamar: *Hæc mihi sit consolatio, ut, affligens me dolore, non parcat*<sup>2</sup>. Esta sea mi consolación: que Dios me quebrante con trabajos y no me perdone en este mundo.

¿Qué diréis ahora, hermanos míos? ¿que no sois para tanta empresa ni santidad tan levantada? Engañados vais, no sabéis lo que os decís. ¿Por qué razón? Porque en el actual estado de pecadores no podéis formaros cabal juicio de lo que seréis después, en la robusta condición de perfectos. Pero ¿qué maravilla? Tampoco un enfermo estima por hacerse muchas cosas que los sanos hacen, como es correr, saltar, montar, jugar á la esgrima, andar á caballo; y con todo, luego de convallecido, veis cómo lo ejercita admirablemente: *Non potes me sequi modo*; no puedes seguirme ahora, dijo el Salvador á Pedro, flaco aún é imperfecto; no puedes seguirme ahora; mas ¿qué añade? *Sequeris autem postea*<sup>3</sup>, pero después me seguirás; que fué decirle, como concluye vivamente San Agustín: estarás sano y robusto, y podrás seguirme: *Eris sanus, et sequeris me*<sup>4</sup>. Otras fuerzas tendréis entonces, otro espíritu, otros alientos, cuando inundéis de vuestro pecho el torrente de las divinas consolaciones; cuando aprendáis, no confundidamente como ahora, sino con lumbré clarísima, la vanidad de los bienes terrenales y la excelcencia y duración de los eternos; cuando el demonio no ose combatiros; cuando los ángeles os asistan para escuda-

<sup>1</sup> Job, vi, 19.—<sup>2</sup> Job, vi, 10.

<sup>3</sup> Joan., xiii, 36.—<sup>4</sup> Serm., 149 de temp.

ros; cuando el cielo todo, como á porfía, se ocupe en favoreceros; cuando, en una palabra, el servir á Dios se os convierta con la costumbre casi en otra naturaleza.

Transición.

Arg. 2.<sup>a</sup>  
A. *comparacione.*

### III

¿Quién de vosotros no se maravilla de ver correr una corza con tanta ligereza que no deja estampa en el suelo, ó volar un neblí con la velocidad de una saeta? A primera vista, cualquiera diría que los pobres animales estarán al fin de su carrera corriendo sudor y quebrantados del camino, como si hubiesen pasado gran fatiga. Y, sin embargo, ninguna pasaron, porque es naturalísimo á la corza correr y al neblí volar. ¿Quién de vosotros no se ahogaría viviendo dentro del agua? Y, no obstante, viven en ella los peces, y en ella se recrean y regalan. En una palabra, nadie padece, antes goza y se deleita, como enseña el Filósofo, con las operaciones que son conformes á su propia naturaleza: *Quodcumque secundum naturam est, jucundum est*<sup>1</sup>. Luego si llegareis á tal estado que las lágrimas, la penitencia, la oración, se os convirtiesen como en naturales, ¿no es verdad que os serían, no ya posibles, pero suaves y gustosas? Ciertamente, me diréis. Pues entended que son incomparablemente mayores los socorros y fuerzas que os infundirá la gracia.

Porque, si paráis mientes, notaréis que las fuerzas que provienen de la sola naturaleza son tan cortas y limitadas, que á la larga se embotan y con el uso se cansan y fallacen, como se cansa el neblí de mucho volar, y el caballo con el demasiado correr. Pero la gracia no es así; ésta no sólo no se enflaquece ni debilita con el ejercicio, conforme á lo que dice Isaías de los justos: *Correrán, et non laborabunt; ambulabunt, et non deficient*<sup>2</sup>; sino que va cobrando de continuo nuevas fuerzas y vigorizándose siempre más y más, por tal manera, que halla el hombre mayor facilidad y expedición

<sup>1</sup> Aristi. Rhet. L. I, c. 11.

en la vía del divino servicio, cuanto más corre por ella y se adelanta. Y aun mirad una cosa maravillosa que afirma San Ambrosio: dice este Santo que llegan algunos justos á tal estado, que les es más dificultoso el vicio que no la práctica de la virtud: *Ita facilis redditur in progressu virtus, ut difficilior sit male agere quam bene*<sup>1</sup>: esles más difícil arrancarse de la oración que perseverar en ella muchas horas; sienten mayor dificultad en dejar sus penitencias que en usarlas con gran rigor. Y en confirmación de ello traen algunos y agudamente observan lo que sucedió en la persona del gran patriarca Abraham. Porque, para que corriese á inmolar á su hijo, bástole una insinuación de parte de Dios: *Dixit: Abraham, Abraham*; mas, para detenerle, fué menester que el Señor clamase, y clamase en alta voz: *Abraham, Abraham*, no pases adelante: *Clamavit: Abraham, Abraham*<sup>2</sup>. ¿Tan cierto es que más cuesta poner freno é ir á la mano á los fervorosos, que no darles de la espuela! ¿Por qué, pues, dudar si podréis ó no conseguir una encumbrada perfección, pues no os han de llevar á ella las fuerzas de la naturaleza estragada y débil, sino las de la gracia robusta é infatigable?

Tenéis que subir, es cierto, con el profeta Elias, hasta la cima más espinada del monte Horeb; mas en virtud de aquel manjar substancioso que os infundirá desusados brios en lo íntimo de vuestras venas. Tenéis que vadear, así es, con el profeta Eliseo, la rápida corriente del Jordán; mas en virtud de aquel nombre tan adorable que os abrirá sendas enjutas en medio de las aguas. Tenéis, ¿qué más puede decirse?, tenéis que subir por una escalera tan alta y tan pendiente, como la que vió Jacob. Decis mucha verdad; pero no hay por qué espantarse, porque Dios mismo afirmará la escala y os dará su mano por que no caigáis: *Dominum in iuxta scalas*<sup>3</sup>. Vi al Señor estribando en la escalera, como ayudándome á subir. ¿Creéis vosotros que ningún santo se aventajó ni dió paso en el camino de la perfección por su propia virtud? No, responde el profeta rey; el brazo de ellos no los salvó ni les dió la victoria: *Brachium eorum*

Confirmación por testimonio

Ilustrado con ejemplo bíblico.

Conclusión del sermón.

Duplicación vigorosa y elegante

por ejemplo de Elias.

de Eliseo.

<sup>1</sup> In apd. David.—<sup>2</sup> Gen., xxii, 11.—<sup>3</sup> Gen., xxviii, 13.

Perseguir de  
confianza

non salvavit eos<sup>1</sup>. ¡Ah, que todos eran flacos como nosotros, formados del mismo barro que nosotros, amasados de la misma carne que nosotros! Sólo la gracia los hizo fuertes: *Dextera Domini fecit virtutem*<sup>2</sup>. La diestra del Señor dióles fortaleza inexpugnable. Y así, cobrad aliento, amadísimos pecadores; esforzaos; que si de veras resolvéis ser santos desde hoy, desde hoy sois santos. Si, en Dios todo lo podemos, en Dios seremos fuertes y el desbaratará y aniquillará todos nuestros enemigos: *In eo faciemus virtutem, et ipse ad nihilum deducet inimicos nostros*<sup>3</sup>. Con su fortaleza obraremos fuertemente, y él quebrantará y derribará por tierra á los que nos persiguen y atribulan: *In Deo faciemus virtutem et ipse ad nihilum deducet tribulantes nos*<sup>4</sup>.

Y de fortaleza, por  
perseguir.

Y de 1.º  
Profecía.

## IV

Pero ¿qué sé yo, por ventura me diréis, si quiere Dios otorgarme tan gran merced y una gracia tan robusta?— ¡Qué sé yo! ¡Ojalá nunca se os escapara de la boca esa imprudente é injuriosísima palabra! Estoy por decir que más ofendéis á nuestro Señor con ese acto de desconfianza que acabáis de hacer, que no con todos los yerros y demasías de vuestra vida pasada. Y cómo, ó por dónde, dais ahora en imaginar que no está pronto á recibirnos en el número y compañía de sus siervos más privados, más íntimos y confidentes, sólo que os dignéis de ser admitidos? ¿No ha derramado por ventura toda su sangre tan copiosa y abundantemente por vosotros como por cualquiera de sus grandes amigos? ¿No le costáis tanto como le costó una Pelagia, una Tais, un Guillermo, un Agustino? No padeció, ciertamente, más por ellos que por cualquiera de vosotros. De vosotros se acordó, muy en particular, cuando sudaba sangre en el huerto; de vosotros, cuando agonizaba entre congojas en el lecho de la cruz; de vosotros, cuando exhaló el último suspiro; y cuando sollozó fuertemente, y cuando

1) porque le co-  
stó á Dios la  
misma sangre.

por enumerarla

y enfasis crecien-  
te.

<sup>1</sup> Ps. XLIII, 4.—<sup>2</sup> Ps. CVII, 13.

<sup>3</sup> Ps. CVII, 14.—<sup>4</sup> Ps. LIX, 14.

alzó la voz con gran clamor y lágrimas, ofreciendo su oración al Padre eterno, también se acordaba muy particularmente de vosotros. *Cum clamore valido et lacrymis preces offerens*<sup>1</sup>. ¿Y aún dudáis si hace de vosotros la misma estima, habiendo pagado por vosotros el mismo rescate?

Conclusión.

Es verdad que habéis correspondido muy mal á los trabajos que por vosotros padeció; lo veo, lo deploro. Mas todavía ¿le habéis tratado peor que un Pedro que le negó? Y ya sabéis cuán regalado fué después del Salvador. ¿Ó por ventura peor que un Pablo que le persiguió? Y ya sabéis luego cuánto le favoreció Jesús. Que si, por desgracia, le ofendisteis más que ellos, bienaventurados de vosotros, porque no tenéis que habéroslo con hombres, sino con Dios. No derramaré el torrente de mi ira, así nos lo certifica él mismo por Oseas; no derramaré el torrente de mi ira. Y ¿qué razón da de ello? Porque soy Dios y no hombre: *Non faciam furorem irae meae, quoniam Deus ego et non homo*<sup>2</sup>.

Rasp. 2) á mo-  
do de pecadores  
más desbaratados.

Entre los hombres acaece que, si os consta haber ofendido á alguno en cosa grave, aun cuando se hayan perdonado las injurias y hecho la reconciliación, y ajustadas y publicadas las paces, no acabáis empero de fiaros enteramente. Y, á decir verdad, tenéis por qué temer. Puesto que, á la manera que el hierro, aunque limado, está pronto á tomarse otra vez de la primera herrumbre; y el tizón, aunque apagado, pero está humeando y dispuesto á inflamarse de nuevo; y el mar, aunque sosegado y quieto, guarda la inclinación á alborotarse y embravecerse, así el contrario, aunque ya reconciliado, guarda no sé qué rastro y propensión á sus viejos rencores. Vedlo en el mismo David, dechado de prudencia y mansedumbre; perdonó, es cierto, más de una vez y con gran magnanimidad á Saúl, que andaba en sus alcances para darle muerte; perdonóle en la cueva, cuando, á su seguro, podía cortarle un trozo de su manto; perdonóle en la tienda, cuando estaba en su manooger la lanza de la cabecera; mas nunca se fió tanto de él que se entregase en su poder, por más que Saúl, ya reconocido y doloroso, se lo pidiese con lágrimas en los ojos, asegurán-

5) Por compa-  
racion de semejanza  
entre Dios y los  
hombres.

Indole de las re-  
conciliaciones hu-  
manas.

por similitud.

Ejemplo de David  
y Saúl.

<sup>1</sup> Hebr., v, 7.—<sup>2</sup> Os., XI, 9.

dole, bajo su real palabra, que nunca más le inquietaría en adelante. Tan verdadera es la sentencia de Agustino cuando dice que con los hombres nunca hay reconciliación perfecta: *Apud homines nunquam plena est indulgentia*<sup>1</sup>.

Y respecto de Dios ¿sucede así? No, muy de otra manera, continúa el Santo. Tan de corazón y cumplidamente perdona Dios, que ya no nos condena vengándose, ni nos confunde reprendiendo, ni nos ama menos echándonos en cara nuestros crímenes: *Sic enim Deus ex toto indulget, ut jam non damnet ulciscendo, non confundat improperando, non minus diligit imputando*. De él sí que podemos fiarnos por completo, como á quien nada importan los pecados que pasaron, cuando de presente los aborrecemos. Yo, cierto, por mucho que revuelva el Evangelio todo y lea cuidadosamente todas sus páginas, no puedo ver en él que Jesucristo diese en rostro á nadie, ni de lejos, con sus pasadas culpas. Nunca recordó á la Magdalena sus torpezas, ni á Mateo sus usuras, ni á Zaqueo sus malas artes, ni á Pedro su cobardía, ni á Tomás su incredulidad; y cuando quiso echarle en rostro á la ingrata Jerusalén sus abominaciones, mirad, dice el autor del Imperfecto<sup>2</sup>, con qué reserva y miramiento procede el Salvador, con qué términos lo hace! *Jerusalem, Jerusalem, quae occidis prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt*: ¡Jerusalén, Jerusalén, la dice, que das muerte á los profetas y apedreas á los enviados del Señor! — Pero ¿no habla Jerusalén, antiguamente, apedreado y dado muerte á más profetas, que no á la sazón en que hablaba Jesucristo? Sin duda; mas todavía no dice que apedreaste y diste muerte, sino de presente, que das muerte y apedreas; porque Dios en nada estima los pasados yerros ya remitidos, sino sólo pone en cuenta los actuales, no perdonados. Imposible es que salgan vanas aquellas magníficas promesas que hizo por boca de sus profetas, cuando dijo, ya que arrojaría en el profundo del mar todos nuestros pecados, cual peñasco pesadísimo que jamás torna á subir á flor de agua: *Projiciet in profundum maris omnia peccata vestra*<sup>3</sup>; ya que

<sup>1</sup> De dilig. Deo, c. 12.—<sup>2</sup> Hom. 43 in c. 23 Matth.

<sup>3</sup> Mich., vii, 19.

los disiparía como nubes: *Delevi ut nubem iniquitates tuas*<sup>1</sup>; ya que los desharía como neblina de la mañana: *Delevi ut nebulam peccata tua*<sup>2</sup>; ya, más terminantemente, que no tendría de ellos más memoria que si jamás los hubiéramos cometido: Yo los convertiré, dice, porque tendré compasión de ellos, y serán en adelante (¿qué más pudiera decirse?), serán en adelante como antes que los hubiera aborrecido y desechado de mí: *Convertam eos, quia miserebor eorum, et locurentur sicut fuerunt quando non projeceram eos*<sup>3</sup>.

Entre los hombres no pasa esto, de ordinario. Más ama el padre al hijo que siempre le fué sujeto y obediente, y al que fué discolo y contumaz mostrárasele más severo. Más favorece el príncipe á los vasallos, que siempre le mantuvieron lealtad, que no á los que un tiempo se le alzaron, con los cuales suele andar escaso y recatado. Más quiere un capitán á los soldados fieles, y con los sediciosos guarda siempre cierto rigor y severidad. Pero Dios nuestro Señor, añadiré con el pontífice San Gregorio, Dios nuestro Señor guarda otro estilo. Si hasta ahora hemos sido desleales, indevotos, desobedientes, ni una sola tilde se disminuye por esto de su estima, de su afecto, de su divina bienquerencia con nosotros; antes si le amamos como el otro que nunca pecó, como el otro que nunca pecó seremos amados de su divina Majestad: *Sic poenitentes recipit, sicut justos*. De la misma manera, con el mismo amor, dice este santo, recibe á los pecadores arrepentidos, que á los justos. ¡Oh consue-  
lo! ¡oh entrañas de infinita misericordia! Dejámelo repetir: con el mismo afecto recibe á los pecadores arrepentidos, que á los justos: *Sic poenitentes recipit, sicut justos*.

De donde, para mayor confirmación de esta verdad, suelo hacer una observación no menos luminosa que fundada; conviene á saber, que con ningún hombre inocente y de vida inmaculada ha usado nuestro Señor de demostración

<sup>1</sup> In., XLIV, 22.—<sup>2</sup> Ibid.—<sup>3</sup> Zach., x, fi.

y submisión.

Inicio de Dios, ofrecimiento por el hombre.

de la palabra, el hijo.

por el hombre y sus acciones.

Ampliación á disipill. 1.ª parte.

por inclinación entre los hombres.

2.ª parte: Dios por antea.

observación.

y autoridades.

Arg. 4.ª Confirmación de lo anterior.

Tanto á más privilegiados de Dios han sido los pecadores.

que los inocentes,  
largo no perdic-  
can las pasadas  
culpas.

Ancederme por  
indignacion y para  
lelo

entre Josué y Mo-  
isés

entre Elias y Ja-  
cobo

entre Daniel y  
Guillermo

entre Afra y los  
mozos de Babilo-  
nia

entre Juan y Ho-  
nisacio

entre Peñafort y  
Maria

entre Irene y Ge-  
nebaldo

alguna de afecto que no la haya hecho con aquellos que, después de haberle ofendido muchos años, se entregaron por fin á su servicio. ¿No lo creéis? Estadme atentos; y, si no me engaño, lo veréis pronto, con gran consolación de vuestras almas. Gloríase el lucido ejército de los inocentes de un Josué, que pudo á su arbitrio detener al sol en su carrera, obedeciendo Dios á la voz y mandamiento del hombre: *Obediente Deo voci hominis*<sup>1</sup>. Pero ¿no llegó también á tal poder un Mucio, aquel que, de feroz asesino y espanto de las selvas, se convirtió en mansísimo morador de ellas? Y aun con esta diferencia: que Josué enclavó, diríamos, al sol en razón de un grande acaciminto, como fué la victoria ilustre que había de ganar de cinco reyes en el término de un solo día; mientras Mucio alcanzó lo mismo, no para otro fin que para llegar antes de la noche á la casa ó mesón adonde iba por la obediencia. Pasemos adelante. Elias, inocente, mandó á las nubes, y las nubes, obsequiosas, le obedecieron. Mas ¿no obedecieron con la misma sumisión al penitente Jacobo anacoreta, que había violentado á una mujer y dádole muerte? Daniel, inocente, rindió las fieras á sus pies. Mas ¿no las rindió asimismo el penitente Guillermo de Aquitania, que había escarnecido á la Iglesia y perseguidola con gran furor? Si los tres mozos no se quemaron en el horno de Babilonia, ¿quemóse, por ventura, entre las llamas la pecadora Afra, ramera un tiempo y después ejemplar de continencia? No, mis oyentes; murió en la hoguera, es verdad, pero abrasada de amor, no del fuego material que la cercaba. La tina de aceite hirviendo no empujó al bienaventurado San Juan, bien lo sé. Mas ¿no sabéis que tampoco la pez hirviendo pudo dañar á Bonifacio penitente? ¿Qué diré de María Egipcíaca, de quien arriba hablamos largamente? ¿No anduvo sobre las aguas sin hundirse, como el inocentísimo San Raimundo de Peñafort? ¿No vivió muchos años sin comer, como la siempre virgen Catalina de Sena? Si la otra virgen Irene fué sacada libre de la cárcel por su ángel de la guarda, ¿no rompió el ángel de la guarda las prisiones al penitente obispo Genebaldo?

<sup>1</sup> Job., x., 14.

Si la inocente Santa Escolástica apareció en forma de paloma á su hermano San Benito, ¿no apareció en la misma forma á su tío Abrahán la penitente meretriz María? ¿Cuánto más es verse servido por un cocodrilo largos años, como pasó á Teodora, arrepentida de su adulterio, que no ser amamantado por una cierva como Egidio, respetado de los osos como Agapito, obedecido de los lobos como Norberto, dechados todos de purísima inocencia! Pero sería tarea interminable y cosa de nunca acabar empeñarme en demostraros que en ningún linaje de privilegios quiso Dios que cediesen los penitentes á los inocentes, que es lo que, en sentir de San Gregorio, significó en figura donde dijo que á su divino paladar era tan sabrosa la ceniza como el pan: *Cinerem tanquam panem manducabam*<sup>2</sup>; y, por otra parte, hasta á mi propósito que veáis, por este rasguño que he trazado, cómo en el acatamiento de Dios nada valen ni pesan nada los pecados pasados, siempre que la contrición, cual fuego devorador que asuela el campo, los ha tragado como á espínos secos, arrebatando hasta la memoria de ellos en el torbellino de sus llamas.

Pues si nada perjudican, ¿qué teméis? ¿qué receláis, amadisimos pecadores? Constaos con infalible certidumbre que el Señor está dispuesto á recibirlos los brazos abiertos, que os estrechará, que os regalará al par de sus hijos inocentes; de otra suerte, mal jurara Dios por Ezequiel que la impiedad del impío no le dañará, desde el momento que se convierta: *Impietas impii non nocet ei, in quacunque die conversus fuerit ab impietate*<sup>3</sup>; comoquiera que si, por haber sido grandes pecadores, ya quedaseis inhábiles é imposibilitados para ser grandes santos, harlo os perjudicaría vuestra pasada maldad. Alentaos, pues; cobrad ánimo y esperanza, que aun os queda lugar muy señalado entre los mayores santos, si queréis ser contados en su número.

<sup>2</sup> Pr. CI, 10.—<sup>3</sup> Ezech., XXXIII, 12.

entre Escolástica  
y otra Maria.

entre Teodora y  
Egidio.

apoyase con as-  
cendades

aléglicas.

Concordancia y am-  
plificación de  
aliento.

por juramento di-  
vino.

Conclusión.

## VI

Arg. 5.<sup>o</sup>  
De la curia fe-  
rali.

Traducción y pro-  
posición para la  
lección.

Por que se os  
guarda el Señor  
la vida? Para las  
grandes  
razas.

Lesos podiais  
ser finalmente.

Antecedente por  
avariación de  
cuenta.

y su interacción de  
pecados.

de ocurrencias de  
muerte.

de beneficios divi-  
nos.

Conculión ilus-  
trada a conse-  
guencias.

Antes bien, mirad cuán diferentemente de vosotros dis-  
curro yo en este particular. Vosotros, del haber sido gran-  
des pecadores, concluís que no os quiere Dios en esa di-  
chosa cuenta de los santos; y yo concluyo que Dios os quie-  
re en esa cuenta por haber sido grandes pecadores. Escu-  
chadme, os ruego, con atención. Ha muchos años que vi-  
vis en pecado, ¿no es así? Por mi parte no lo creo, pero  
figurémonos que así sea. Pregúntaos, pues: ¿por qué razón  
imagináis vosotros que ha sufrido su divina Majestad pa-  
cientemente tantos ultrajes, tantas blasfemias y juramentos  
en el juego, tantos perjuros en los tratos, tantas irreveren-  
cias en los templos, tantos desvíos con los pobres, tan ma-  
los términos con los sacerdotes y religiosos, injurias todas  
gravísimas y que más que otras derechamente herían su  
persona? ¿No os podía acaso arrancar la vida al primer  
pecado que hicisteis cuando niños? ¿Cuántas ocasiones se  
le han ofrecido cada día, ya de despeñaros por un precipi-  
cio, ya de dejaros caer de una escalera, bien de anegaros  
en un río, bien de mataros con una centella! Mas todavía  
no lo hizo, sino antes os ha sufrido con increíble paciencia  
y mansedumbre, y aun prosperado y favorecido con suma  
benignidad. ¿Qué significa esto? Significa que alguna cosa  
grande se promete de vosotros en retorno. No os mantiene  
vivos a tanta costa para que sigáis pecando sin cesar. Ni  
para esto os prodiga tantos y tan regalados frutos en los  
campos con que satisfacer vuestra hambre, tantas fuentes  
cristalinas con que refrigerar vuestra sed, tantas brisas en  
los mares y en los montes con que templar vuestro calor.  
Antes quiere con estas misericordias obligaros de manera  
que, de grado ó por fuerza, os rindáis finalmente á tanta  
bondad y os empleéis con tanto fervor en su servicio con  
cuanta villanía y tesón os empleasteis en ofenderle. No di-  
gáis, pues, que el haber hasta ahora cometido tan atroces  
pecados os hace dudar si Dios nuestro Señor os tiene deja-  
dos de su mano; que á ser así, no estaríais ahora escuchán-  
dome en este templo, sino rabiando con los demonios y des-

pedazándoos con los condenados del infierno, ni os trajera  
esta misma mañana al sermón, para ganaros y traerlos ha-  
cia sí.

¿Nunca oisteis que tras los pecadores más desbocados y  
perdidos gusta Dios de ir principalmente? *Veni Filius ho-*  
*minis querere quod perierat* <sup>1</sup>: Vino el Hijo de la Virgen á  
buscar lo más perdido y rematado. Un diestro cazador va  
con su jauría adonde las fieras son más bravas. Un médico  
eminente gusta de emplear su ciencia en casos desespera-  
dos. Un hábil marinero luce su destreza encaminando la  
nave por mares tempestuosos. Un abogado de extraordina-  
rio mérito busca los pleitos más revesados donde brillen sus  
talentos. Un industrioso labrador se gloria de hacer fructi-  
fícos los terrenos más duros é infructuosos. Así que, mis  
amados pecadores, vuestras miserias, lejos de arredrar las  
divinas misericordias, las atraen, y avivan en su Majestad  
el deseo de mostrar en vosotros las finezas de su amor, y de  
hacer por manera que, como dice el Apóstol, donde sobre-  
abundó el delito, allí sobrexunden las riquezas de su gra-  
cia: *Ubi superabundavit delictum, superabundet et gratia* <sup>2</sup>; con  
tal que de vuestra parte correspondáis liberalmente, abrien-  
do los senos de vuestro corazón, con aquella medida y am-  
plitud con que él está dispuesto á derramárosias.

## VII

No se me oculta que os costará algún trabajo, mayor-  
mente á los principios, arrancaros, verbigracia, de aquellas  
amistades, de aquellos gustos, de aquellos juegos y entre-  
tenimientos, de aquellas ganancias é intereses, de aquellos  
devaneos y regocijos que, por la costumbre, tenéis como  
connaturalizados en el alma. Pero alegraos, porque esto  
mismo ha de mover á Dios á recibiros con mayor afecto y  
á regalaros con mayor liberalidad. Aquel pobrecito pródigo  
que, deseoso de libertad, se imaginó que lejos de su padre  
gozaría de un siglo de oro, siempre en fiestas y banquetes,

Arg. 6.<sup>o</sup>  
De los adjuntos.  
Tránsito por con-  
clusión.

Dios os recibirá  
muy amorosa-  
mente.

Luego no temáis  
por las pasadas  
culpas.

<sup>1</sup> Luc., III, 10.—<sup>2</sup> Rom., V, 20.

Ante su dente.  
Tanto con gran  
regalo á los que  
sacaron á él por  
fuerza:

a) como al pró-  
digo; narración  
ilustrada:

1.ª parte. El hambre.

2.ª parte. Recibi-  
miento favorable  
de un tal legado.

por impresión  
protopopeya.

3.ª parte.  
Acogida amorosa  
de por símil del  
mar y los ríos.

hipotiposis

é incremento.

siempre en prosperidad y buena ventura, encontró al fin sólo las bellotas de tan alfortunado siglo, y éstas con tasa y escasez. De donde, todo ahijido, todo astroso y hambriento, deliberó volver, como sabéis, á la casa de su padre, y arrojarse á sus pies y pedirle humildemente perdón: *Surgam, et ibo ad Patrem meum*<sup>1</sup>. No tomó el tan santa determinación por amor y caridad; no, hermanos míos; tomóla únicamente por interés y por fuerza. El hambre, la desnudez, el asco y miseria grande en que se hallaba, son los que le retrajeron del mal camino y le llevaron á los brazos de su padre: *Pater revocat, quem saturitas exularat*<sup>2</sup>, como dice el bienaventurado San Pedro Crisólogo. La necesidad restituye á quien la hartura había desterrado. Y ya sabéis, sin embargo de esto, con qué amor fué recibido. Parece que al verle su padre, debería decirle: ¡Ah ingrato!, ¡ahora vienes á mí, cuando todo el mundo te abandona? ¡Conque no mereci que me enviases un recuerdo, un saludo siquiera cuando gozabas de muchedumbre de amigos y abundancia de regalos y delicias! Justo fuera que te mandase lejos á matar tu hambre á expensas de los compañeros con quien malgastaste el patrimonio; justo fuera que te diese con la puerta en los ojos, que te lanzase de mi casa, que jamás te reconociese por mío. Así parece que debía decirle su buen padre, á lo menos por vía de saludable amonestación. Mas no lo dijo; sino, antes imitando al mar, que recibe gustoso en su regazo á los ríos, por largo tiempo vagabundos, y los admite á la participación de sus tesoros, así el buen anciano echó sin tardanza los paternales brazos sobre el cuello del arrepentido hijo, y lo apretó á su pecho, y le besó la frente, y la regó con sus lágrimas, y dió orden á los criados que trajesen el vestido más rico y le ataviasen con él, y que aderezasen un espléndido banquete, y que dispusiesen regocijadas músicas, y, lo que maravilla aún más, hizo que le diesen el anillo: *Datè annulum in manum ejus*<sup>3</sup>, que era entonces la señal de ser el hijo más amado, pues fiaba de él su mismo sello.

<sup>1</sup> Luc., xv, 18.—<sup>2</sup> De fil. prod., serm. 2.

<sup>3</sup> Luc., xv, 22.

Ahora, pues, dejadme filosofar en esta forma: Si con tanta benignidad recibe Dios á un hijo, que sólo vuelve á él acosado de hambre y medio muerto de frío y de laceria, ¿qué hará con vosotros que os volvéis á su regazo á la sazón precisamente que gozáis de más regalos y comodidades, de fortuna más próspera, de más amigos, de mayor abundancia de riquezas, de honores, de pasatiempos; con vosotros, digo, que á todo esto renunciáis por Dios? ¡Con qué entrañas, con qué presteza, con qué gusto os recibirá en sus brazos! ¿No os proveerá copiosamente de cuanto habéis menester para esa santidad que deseáis, hinchendo vuestra alma de gracias y bendiciones, de una contrición al menos y quebrantamiento continuo de corazón por vuestras culpas, que es aquel divino néctar tan delicado, tan dulce que os promete por boca de Isaías, donde dice que os embriagará de sus lágrimas? *Inebriabo te lacryma mea*?<sup>1</sup> Margarita de Cortona dió de mano al mundo en seguimiento de Cristo, y ¿por qué motivo? Porque su padre la echó á palos de su casa; y Cristo, no obstante, no se desdenó de acogerla como á hija suya muy amada. Pablo, llamado el Simple, entregóse á Jesucristo; y ¿qué cosa le movió? Una infidelidad de su mujer; y con todo, Jesucristo le abrió los brazos y recibió en su casa como siervo fidelísimo. Determináronse otros á servir á Dios, ó por temores de peligros inminentes, como hizo Arsenio, caballero romano, cuando reparó que le espiaba Arcadio para darle la muerte; como hizo San Efrén Sirio cuando se vió desterrado y en prisiones; como hizo San Gerardo de Claraval al sentirse malherido en la batalla; como San Romualdo Camaldulense cuando se vió perseguido de la justicia; y con todo, el Señor los recibió y tomó tan por su cuenta favorecerlos con soberanas y excesivas muestras de cariño, que los hizo de los mayores santos de su Iglesia.

¿Qué no hará, pues, con vosotros que, estando en el lle- no de prosperidad, de riquezas, de salud y buena dicha, os resolvéis daros todos á él, no por falta de techo donde cobijáos, porque os sobran casas y palacios; no por penuria y

Aplicación y ar-  
gumentación:

Longo mejor se  
recibirá á vos-  
tros.

el mérito de las  
lágrimas.

3) Por induc-  
ción histórica, de  
pocadores

contrastadas por  
miseria á tr á  
Cristo:

Realización y anti-  
tesis.

Argumentación  
oratoria.

<sup>1</sup> Is., xvi, 9.

per contraste,

escasez de pan, porque estáis abastados de riquísimas haciendas; no por miedo de infamia ó mal nombre, pues todo el mundo os honra y reverencia; no por temores de enemigos, no por recelos de muerte, no por razón de algún desastre ó contratiempo de fortuna, pues, gracias al Señor, os veo queridos, robustos y bien prosperados; mas sólo por

incremento

que de vuestra libre voluntad queréis anteponer el servicio de Dios á las vanidades del mundo, y deseáis maltratar vuestro cuerpo y mortificar las concupiscencias de la carne, y procurar que se verifique en vuestra persona aquel gran milagro de humillación que profetizó Isaías al escribir que hasta los fieros leones vendría día en que abandonarían

y alegoría bíblica de los hijos que como heno.

la caza, olvidarian la matanza de animales y se trocarían de suerte que viniesen á comer heno como los mansos bueyes: *Len quasi hos comedet paleas?*<sup>1</sup> ¿Y aún dudareis si Dios os desechará? ¿si cuidará de vosotros? ¿si os amará entrañablemente? ¿si os favorecerá? ¿si os regalará? Juzgado

conclusión del argumento.

vosotros; si os parece posible en Dios este mal término y desdenosa acogida, vengo en que desconfiéis de él; mas, si todo os anima á confiar, ¿qué temores pueden aún abrigarse en vuestro corazón? ¿qué sombras, qué sospechas ó recelos, para que no os rindáis á la verdad, confesando que, por más pecadores que seáis ahora, tenéis capacidad, si no queda por vosotros, de ser en breve grandes santos?

por interrogación.

Arg. 7.º  
De las oraciones  
y correspondencia.

## VIII

Tratado por oposición periphrástica.

Más favorecidos fueron los pecadores, que los inocentes.

¡Oh, si supieseis de vuestra misma miseria sacar ánimo y esfuerzo para esperar más confiadamente en la divina bondad! Yo hallo en las sagradas Escrituras un misterio terribilísimo, ya notado mucho tiempo ha por San Jerónimo. Este es que, de ordinario y en general, más afortunada ha sido la suerte de los hijos segundos que no la de los mayorazgos ó primogénitos. Primogénito fué Caín, y, con todo, más favorecido fué Abel. Primogénito fué Ismael, y, no obstante, más favorecido fué Isaac. Primogénito fué Esaú, y, sin em-

<sup>1</sup> Is. 65, 7.

bargo, más favorecido fué Jacob. Primogénito fué Rubén, y, á pesar de esto, más favorecido fué su hermano Judas. Primogénito fué Manasés, y, con todo, más favorecido vemos á Efraim. Primogénito fué Eliab, pero David fué más afortunado; y así podríamos discurrir por otros muchos. Ahora bien, ¿qué hemos de entender aquí por primogénitos? Los

Luego aun podía ser sacros.

Antec. Más privilegiados fueron los hijos segundos.

inocentes. Así nos lo enseñan expresamente Teofilacto, así Tertuliano, así el invicto mártir San Cipriano. Pues con su licencia, y mal que les pese, puedo hoy asegurar que no son ellos en la Iglesia de Dios más sublimados y honrados que los segundogénitos, quiero decir, los penitentes; antes, si no me engaño, han sido pospuestos. Veo en la Iglesia acatados como príncipes y cabezas, no á los dos Juanes, espíritus purísimos é inocentísimos, sino á un Pedro el perjuraror, y á un Pablo, el sangriento perseguidor de Cristo. ¿Y por qué esta traza? Para que nosotros todos, miserables pecadores, no nos descorazonemos y caigamos de ánimo, considerando de qué profundo de maldad hemos salido. ¡Oh, y cuán altos podemos aún subir, con sólo que queramos de corazón! ¡Oh, felicidad! ¡oh ventura! ¡Conque nosotros podemos aventajarnos en gracia y merecimientos á los mayores justos é inocentes? Sí, nosotros, nosotros mismos, aunque nos veamos

que no los primogénitos.

por enumeración del V. T. y del Nuevo.

ahora tan bajos y sumidos en las heces de nuestra miseria, podemos sobrepajarlos, podemos adelantarnos á ellos; podemos aún, como lo hizo con tanta gloria la generosa Magdalena, llegar á mayor alteza y santidad. ¿Qué se requiere para esto? Estadme atentos y al punto os lo diré.

Pero estos hijos son los inocentes.

Luego.

amplificación de júbilo, por comparaciones y enlazar.

Transición.

# UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

## INSTITUTO DE BIBLIOTECAS

## PARTE SEGUNDA

## IX

®

Requisitos prácticos.

Quien observe con cuidado cómo acabo de dar esfuerzo y confianza grandísima á los pecadores, sin duda reparará que lo hice de manera que no convirtiesen la triaca en ponzoña, y la esperanza de levantarse de la culpa en presunción para durar en ella. Mas, si alguno hubiera tan desatinado que esto hiciese, ¡infeliz de él, porque al punto levan-

<sup>1</sup> No presumir de la divina misericordia.

tara mi voz contra su locura y frenesí, y le haría bien entender que ésta es precisamente la señal más manifiesta de ser uno predestinado ó réprobo, á saber: que de la divina misericordia toman los predestinados estímulo para llorar sus culpas, y los réprobos ocasión y atrevimiento para acrecentarlas. Uno es recurrir á la divina misericordia después del pecado, y otro muy diferente pecar porque siempre queda el recurso de la misericordia divina. Lo primero es querer que se perdonen los pecados; lo segundo es presumir que Dios los patrocinará. Mas porque yo, en ninguno de mis oyentes puedo suponer tan gran locura, á vosotros que dirijo, amadísimos hermanos, que, ya cansados de pecar, querriais volver á Dios y servirle en lo futuro, tanto más fielmente cuanto más ruines fuisteis con su Majestad en lo pasado. ¿Cómo haréis, pues, para subir tan altos desde un abismo tan profundo de miseria? ¿Os figuráis tal vez que voy á deciros que es menester comenzar á subir paso ante paso, y como de escalón en escalón? ¿Dejar hoy un pasatiempo ocasionado, mañana otro, y por este camino y casi insensiblemente subir á la más heroica santidad? No; perdonadme, oyentes míos; yo os quiero encaminar por otra vía. Mientras discurráis así, ni confiáis bastante en las fuerzas de la divina gracia, ni parece que recordáis que no son vuestros pies los que os han de subir á lo alto, sino las alas del divino Espíritu.

Digoos, pues, hermanos míos, que si de veras codiciáis ser santos, es menester tomar una determinación magnánima. No es lo mismo en grandes pecadores que en otros ya adelantados en la virtud, ó cuando menos, no habituados al vicio. Estos, aun caminando poco á poco, acaece alguna vez llegar á la perfección, al fin como á gente á quien el peso y vehemencia de la mala costumbre no retraen á cada paso del camino; mas los grandes pecadores, si no corren apresuradamente por una subida tan agria y resbaladiza, pronto vuelven atrás y se despeñan. Por donde, si reflexionáis en ello, advertiréis que casi todos los que del profundo de maldad subieron á la cumbre de la perfección, salvaron esa distancia de un salto, por decirlo así, que animosamente dieron al principio de su conversión.

per preserición.

y afectos de locura.

no. No comen-  
sa. Instante-  
sino tempero  
de golpe.

Porque lo con-  
trario sería ste-  
confianza de la gra-  
cia.

Porque así lo  
hicieron todos los  
grandes preda-  
tores.

per inducción his-  
tórica.

Mirad á Santa Pelagia, aquella célebre pecadora de Antioquia: ¿qué hizo esta mujer? Apenas le tocó Dios el corazón, oyendo por casualidad al obispo Nonno, que predicaba, cuando resuelve hablar con él. Mas, como no lograrse audiencia particular, va á encontrarle en el concilio ó sínodo, y á presencia de tan augusta asamblea de sacerdotes se derriba á sus pies y, sin hacer caso de las habillitas del vulgo, ni de la ira y desdén de los amantes, ni de los deseos de sus rivales, pide, con lágrimas de amarguísimo arrepentimiento, perdón de sus pecados. ¿Y pensáis, por ventura, que gastó mucho tiempo para despedir á sus locos amadores, y después para dejar las pláticas ociosas y vanas, y, finalmente, para retirarse á un yermo asperísimo y solitario? No bien despuntó la tercera aurora después del bienaventurado día de su conversión, hizo un fiel inventario de todas sus alhajas, muebles, tapicerías, brocados, joyas y vestidos, y los puso todos á los pies de su santo Padre y conquistador, para que á su voluntad lo repartiase entre los pobres. De aquí, vuelta á su casa, dió libertad á los esclavos y esclavas de su servidumbre, y al cabo de ocho días se vistió de pies á cabeza con un áspero cilicio, y encaminándose con este rigor y desalino á la ciudad de Jerusalén, veneró primero aquellos Santos Lugares, y luego se encerró en una celda ó vil cabaña, de donde nunca salió sino para volar al cielo.

¿Qué diré de Tais la pecadora, cuya hermosura había costado tantos sacrificios, más de hombres que de oro y pedrería? Pidió acaso al abad Pafnucio, por cuyo medio el Señor la había convertido, más espacio que tres horas de tiempo antes de sepultarse en un monasterio de vírgenes y pasar allí su vida llorando sus pasados extravíos? Y aun estas tres horas, ¿en qué las empleó sino en recoger en un montón cuantos dones y presentes de sus amartelados había recibido y todo el precio de sus prostituciones, y todo junto llevarlo á la plaza pública, y allí quemarlo en presencia del pueblo, como trofeos apestados de su pasada liviandad? Con este ímpetu y casi de repente se hizo santo aquel perdido, por nombre Gálgano, el cual, siendo antes mozo noble, pero de estragadas costumbres, dióse tal presa á ca-

Primer ejemplo  
de Pelagia.

Ilustrado por cir-  
cuinstancias.

de lugar

y tiempo.

enumeración

y descripción.

Segundo ejem-  
plo de Tais por in-  
versión.

é interrogación.

Tercero por con-  
seguos de circun-  
stancias vitales.

Gálpano.

Margarita de Cortona, y Santa Angela.

San Guillermo.

Repetición de asuntos, principio (1994).

Confirmación por autoridad.

y simul del rayo.

minar la carrera de la virtud, que no gastó en recorrerla sino el espacio de un año de vida penitentísima entre los solitarios del monte Sinai. Con este ímpetu y casi de repente se hizo santa Margarita de Cortona; con este ímpetu y celestiales bríos emprendió la carrera Santa Ángela de Fuligno; y Guillermo de Aquitania, aquel tan desbocado pecador que se jactaba de tener la maldad por naturaleza y patrimonio, no bien cayó atónito y confuso á los pies de San Bernardo, cuando se trocó al instante, de lobo feroz, en mansísimo cordero; de perseguidor cruel, en riguroso penitente. Sin tardanza fuese por los montes en busca de cavernas donde esconderse de la vista del irritado cielo; sin tardanza mudó las riquezas en mendiguez, los banquetes en hambre, los donaires en sollozos y gemidos; y sobre aquellas carnes, hechas al regalo y afeminación, cargó muy pronto cilicios y cadenas. Ea, pues, amadísimos pecadores; esto es lo que os pido: que sin tardanza toméis una magnánima resolución por un Dios tan ofendido, y que sin tardanza la ejecutéis al punto. No sabe de dilaciones enojosas la gracia del Espíritu Santo: *Nescit tarda malivina Spiritus Sancti gratia*; y, entrando en el corazón, luego hace como el rayo, que, recién engendrado de la nube, sale impaciente y busca con espantosa velocidad dónde ocasionar grandes estragos.

Requisito tercero. No tener al perseguidor.

Transición por paralela.

Arg. á fortiori, y testimonio.

## X

Y no os retraiga de tan noble propósito el temor de descaecer por ventura y no manteneros firmes y constantes hasta la muerte en el tenor de vida que emprendáis; porque así como el comenzar está en vuestra mano, con la ayuda y favor que os da Dios, así lo está continuar perseverantemente hasta morir. ¿Cómo queréis que Dios os abandone, después que por su amor hayáis hecho una resolución tan generosa? Si tan pecadores os recibe con los brazos abiertos, ¿queréis que, trocados y convertidos, os deseche? Al que viniere á mí, son palabras del mismo Señor, al que viniere á mí no le echaré afuera: *Eun, qui venit*

ad me, non ejection foras<sup>1</sup>. ¿Quién hay que compre una heredad, y después la deje sin cultivo? ¿ó que siembre, y no quiera recoger? ¿ó que edifique una casa, y no quiera habitar en ella? Mirad aquel hortelano que á fuerza de trabajo y diligencia ha conseguido que reverdeza aquel árbol ya marchito y que parecía muerto. Más cuida de él y lo regala que á todos los demás, que medran y florecen en el huerto. Visítalo á menudo, guárdalo con más esmero, riégalo con mayor liberalidad, pódalo y acúdele con más empeño, y á cuantos vienen de fuera, como olvidado de las otras plantas, luego les muestra su arbolito y díceles con complacencia: Miren éste; ¡qué hermoso! Y ¿no ha de hacer lo mismo con vosotros Dios nuestro Señor, después que tantos trabajos, tantas invenciones, tantas industrias le habéis costado? Amará en vosotros, cuando no otra cosa, dejádmelo decir, sus propias fatigas y sudores; y, como trae á este propósito Tertuliano, sentirá más cariño hacia el que ganó con mayores diligencias: *Charitorem sentiet quem lucrificet*<sup>2</sup>.

Ánimo, pues, hermanos míos muy amados; gran pecho y resolución, que yo mismo quiero salir por vuestro fiador en el acatamiento de la divina bondad: *Ego plane sum divinae misericordiae sponsor*, diréis hoy con el glorioso Nacianceno<sup>3</sup>. Si vosotros tenéis empacho de postraros con la Magdalena á los pies de Jesucristo, y bañarlos con vuestras lágrimas, y estampar en ellos vuestros besos, lo haré yo mismo en vuestro nombre, y le diré: Señor amorosísimo, sé que muchos cristianos abusan de vuestras misericordias y todavía Vos los sufrís con infinita paciencia y longanimidad. No quiere ser contado en ese número este mi auditorio; antes os suplica que, ya que sufrís tan pacientemente á los que abusan de vuestras misericordias para ofenderos, no desechéis á los que recurren á vuestra misericordia para convertirse de todo corazón. Y si por ventura os parece, Señor, que es presuntuosa mi demanda, castigadme sólo á mí, puesto que he sido tan osado esta mañana que, sin decirles palabra de reprensión ó queja de sus culpas, no hice más que darles ánimo y esforzar sus atrevimiento. Pero ¿qué otra

B) inducción á seri por semejanza.

e hipotiposis:

paralela del hortelano y el arbolito.

aplicación.

Fraseología de confianza.

introducción.

Despretensión de misericordia.

R

paralela por tercera figura.

1.ª parte. La terceridad del huerto.

<sup>1</sup> Joao., vi, 17.—<sup>2</sup> Tert. de Poenit.—<sup>3</sup> De plag. grand.

cosa podía yo hacer? ¡Oh clemencia admirable! ¡oh estu-  
penda dignación! Ved, Señor, cuán poco temo vuestros eno-  
jos, pues con toda mi voz, y en presencia de todo este pueblo  
que me escucha, confieso y declaro que yo también más de  
una vez me alcé temerario contra Vos, que os irrité, que os  
ultrajé, que hollé vuestro honor y escupí vuestro nombre sa-  
crosanto: *Peccavi, impii erga, inique gessi in omnibus iustitiis  
tuis!*; y, eso no obstante, no solamente me sufristeis con  
extremada piedad, pero me disteis gracia para llorar mis  
pecados, me recibisteis entre vuestros siervos, me conta-  
tais entre vuestros sacerdotes, me escogisteis entre vuestros  
predicadores; y si en este glorioso estado os correspondo  
¡ay de mí! tan indignamente, culpa es de mi extraña mali-  
cia, no mengua de vuestra infinita benignidad. ¿Y queréis  
que no anime yo á todo el mundo á que se arroje en vuestros  
brazos? Quitadme, Señor, este ministerio, si no queréis que  
predique á boca llena la muchedumbre de vuestras miseri-  
cordias. Ahora, pues, en vuestro nombre, no solamente quie-  
ro prometer el completo perdón de sus culpas al que lo de-  
mandare, pero me adelanto, ultra de esto, á prometer que  
le trataréis Vos con la amistad y largueza que desee. Me  
adelanto á prometerle que le asistiréis en sus tentaciones, y  
que le consolaréis en todos sus trabajos; me adelanto á pro-  
meterle que le defenderéis en sus peligros y le esforzaréis en  
sus temores; me adelanto, en fin, á prometerle que no me-  
nos alientos les daréis después para perseverar que le infun-  
dis ahora para levantarse. — Todo esto os prometo, amadísi-  
mos hermanos, y torno á aseguraroslo en nombre y bajo la  
palabra del Apóstol, que dice: *Qui coepit in vobis opus bonum,  
ipse perficiet* <sup>2</sup>. El que comenzó la obra de vuestra santifica-  
ción, él mismo la perfeccionará y dará cumplimiento. Y vos-  
otros, añanzados en esta promesa, determinad, os ruego,  
las obras magnánimas y valientes ejercicios de virtud que  
pensáis hacer por amor de Jesucristo crucificado, el cual  
desde ese leño os está provocando con sus padecimientos á  
padeecer, con sus congojas y agonias á agonizar por vuestra  
alma, hasta dar la vida por él.

<sup>1</sup> Baruch, II, 12. — <sup>2</sup> Philip., I, 6.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y DOS

Todo es aquí templado, expansivo, consolador, al revés  
de otros discursos vehementes y arrebatados, en que el orador  
se propone abatir al soberbio ó enfiar las pasiones  
desbocadas. Esta **variedad de tonos**, tan necesaria en la  
elocuencia, exige en el que habla gran señorío de sí mismo.  
Porque el triste siempre trataría de cosas tristes, el alegre  
y regocijado de cosas regocijadas, el riguroso y severo de  
máximas severas, el corazón humilde siempre de la humil-  
dad, el despreciador del mundo siempre de la vanidad de sus  
pompas y placeres, por la fuerza con que el afecto interior  
arrastra en pos de sí á todas las facultades. Pues ¡qué do-  
minio será menester para acomodarse á la necesidad del  
auditorio, y decir á la alegría «venga», y que venga, y á la  
cólera «retírate», y que se retire, y así de las demás pasio-  
nes? Esto se requiere para ser perfecto orador, porque el  
tal debe moldearse según la disposición de los que escu-  
chan; y si es orador sagrado ha de imitar la naturaleza de  
la gracia, á quien llama San Pedro *multiforme* <sup>1</sup>, por las in-  
finitas formas que, siendo ella una, va tomando en cada  
hombre. En San Ignacio es, por decirlo así, guerrera y ba-  
talladora, por haber él sido guerrero y buen soldado; en  
Santa Teresa es abrasada y tierna, por ser ella de condi-  
ción blanda y amorosa; en San Antonio es solitaria, en  
San Francisco de Sales comunicativa, en San Luis severa,  
en San Estanislao serénica; en los niños es niña, en los jó-  
venes ardiente, en los ancianos anciana y llena de madurez  
y consejo; y tantas formas reviste, como almas y condicio-  
nes han existido en la tierra. Tal debe ser la elocuencia, en  
cuanto fuere posible, pues su oficio es **coadyuvar á la gra-  
cia**, de la cual ha de considerarse como lengua, intérprete y  
apostadora de los espíritus.

La **regla práctica** para discernir qué pasión ó afecto he-  
mos de llamar en nuestra ayuda ha de ser la **necesidad** de

<sup>1</sup> Sicut dispensatores multiformis gratiae Dei, 1 Petr., IV, 10.

los oyentes, la cual se saca del estado en que sus ánimos se encuentran. Hay, por consiguiente, que penetrar en ellos y registrar todos sus senos y escondrijos, y oír sus ayes, y palpar sus llagas, y asistir á sus tremendas agonías. Este estudio es más indispensable que el de los libros. Mas ¿cómo estudiará el corazón ajeno quien no conoce el suyo propio, ó lo tiene duro y como de piedra? Este tal, que se retire del pulpito y de la tribuna. *Arti huic*, dice nuestro español Luis Vives, *ejusque officio, nihil est adeo inimicum, ut stultitia cordis, et ruditas vitæ: tamen ignoratio corrigi potest industria, experimentis, arte; stultitia si naturalis sit, tum si proderunt hæc præceptiones, quam surdo musica*<sup>1</sup>. Conviene á saber, que no hay cosa más contraria á la elocuencia como la dureza de corazón y la poca experiencia de las cosas del mundo; aunque ésta, añade, bien puede corregirse con la habilidad, con la práctica, con el arte: mas á la estupidéz del corazón, cuando es natural, así le aprovecharán los preceptos de retórica, como á un sordo el arte de la música.

De aquí saca el insigne escritor valenciano que la elocuencia no debe enseñarse en la edad adolescente, ni menos en la niñez. «Con qué juicio, exclama, deputase para aprender esta disciplina, compendio y fruto de tantas disciplinas, el curso después de la gramática? ¿Cómo se pone en manos de adolescentes, y lo que es más vergonzoso, de niños, un arte cuyo ejercicio demanda la posesión de grandes conocimientos y mucha experiencia de la vida, sin la cual no se concibe la elocuencia? ¿De dónde sacará argumentos para hablar de formas de rigurosa argumentación, el que no sabe filosofía, el que desconoce las memorias de la antigüedad y las necesidades de la vida social? Pero demos que sabe todo esto, ¿cómo buscará y aquilatará las razones sin la ciencia de los verosímiles y de los probables? ¿cómo las tratará con formas de rigurosa argumentación, de modo que no se falseen, con menoscabo de la verdad? Pues el arte de arrebatar los ánimos ó de refrenar sus impetus, cómo se **conmueven** estando sosegados, y cómo se **sosiegan** cuando están conmovidos, que es la piedra de toque del gran orador y su oficio principal, claro está que requiere los tratados de *Anima*. Y lo que llaman *decorum*, que es el todo en la elocuencia, ¿dónde se adquiere sino en el trato común y manejo de los negocios, observando las cosas y las personas con gran prudencia, juicio y penetración? Sobre estos fundamentos hay que asentar la retórica, si

<sup>1</sup> De Ratione dicendi. Præf. ad Dom. Franc. Bovadillam.

queremos que sea de algún provecho, no sobre la inesperienza de la juventud ó de la niñez, en que se ignoran todas las ciencias, las costumbres, las leyes, las pasiones del ánimo, las necesidades de la vida civil y humana».

Lo mismo sentía el otro español Arias Montano, quien compuso los cuatro libros de Retórica en verso, no para muchachos, sino para doctores sapientísimos como Gaspar Vélez de Alcocer, Cipriano Verges, monje y gran teólogo; Luis Cadena, canciller de la Universidad de Alcalá; Ambrosio Moro, retórico cordobés, y Pedro Serrano, doctor en sacra teología. Lo mismo dijo, antes que ellos, nuestro Fabio Quintiliano<sup>1</sup>, y antes que el Aristóteles, gran conocedor de todas las ciencias y de los métodos de enseñarlas, quien en sus libros de Retórica remite muchas veces al lector á los tratados filosóficos, mas en éstos nunca remite á los retóricos, dando á entender que la filosofía se supone á la elocuencia. «La raíz de este engaño, dice Luis Vives, está en los que enseñaron el arte de bien decir á la Elocución, que trata de los tropos, figuras y períodos, lo cual no tanto constituye el cuerpo de la elocuencia, como su ropaje y atavío. ¿Qué diría, pues, el autor de *causis corruptarum artium*, si leyese los manuales de Retórica que hoy se estilan, puestos en manos de niños de 12 ó 13 años, y viese cómo en ocho meses de dos horas diarias á lo sumo, sin fatiga, ni del maestro ni del discípulo, formamos una generación de retóricos? Los fundamentos de la elocuencia española estaban en la filosofía y teología escolásticas, donde se robustecían los ingenios, y en el estudio de los clásicos, así de Roma como de Grecia, con que el buen gusto se acendrabá; disipados los fundamentos, ha venido á tierra el edificio.

Dos extremos evitó la buena escuela en lo que concierne al mejor tiempo de estudiar la Retórica: el uno, de los que pretenden se haga todo en la primera edad y antes de la filosofía, y esto es un absurdo; el otro, de los que reservan toda su enseñanza para el final de la carrera escolar, y esto es dejar manca la elocuencia, la cual, á semejanza de un árbol, tiene sus flores y sus frutos, su principio, su crecimiento y su perfección. El tiempo de las flores es la primavera de la vida, cuando la fantasía brota imágenes y el corazón tiernos afectos, que hay que cebar en aquella parte más amena de la Retórica, que casi toda versa sobre la Elocución y la Pronunciación. Pero lo macizo y provechoso de

<sup>1</sup> Multo labore, assiduo studio, varis exercitatione, plurimis experimentis, altissima prudentia, præsentissimo consilio constat artem dicendi, etc. Vide Inst. Orat., lib. II, cap. 13.

ella, que es la que trata de la Invención y Disposición, de los argumentos y de las pasiones, sin lo cual degenera este arte en una puerilidad, tal vez dañosa á la misma educación literaria, pide madurez y larga experiencia, pide profundos estudios y un conocimiento no vulgar de los grandes modelos. Así lo practicó nuestro SÉNERI, quien, rematada la carrera, dióse de lleno al Crisóstomo y á Cicerón, y, embebido en sus bellezas, pudo trazar estas oraciones que hoy nos sirven de dechados. De la presente sobre el Poder de la gracia, poco diremos, por ser su artificio muy semejante al de la anterior.

Como ella, tiene cuatro miembros: exordio, confirmación, refutación y peroración, que comienza hacia el fin de la primera parte y se continúa hasta la terminación de la segunda. En el exordio, primeramente se propone deleitar; en la confirmación, enseñar y convencer; en la refutación, quitar los estorbos; y en la peroración, impulsar y arrebatar, lo cual hace tan victoriosamente, que es imposible resistir. Así, los tres fines del orador, que son *delectare, docere, commovere*, tiene cada uno su lugar apropiado, si bien todos se hermanan y hábilmente se compenctran.

Cómo deleita en el exordio. Con la variedad de personas que hace pasar ante los ojos de los oyentes; la Magdalena, el Fariseo, Cristo nuestro bien; con la novedad de la interpretación, hablando de la conducta probable del Fariseo; con la antítesis (figura de mucho deleite) entre esta conducta y la del Salvador; con la buena opinión que muestra tener de su auditorio; y, finalmente, con la proposición que asienta, tan natural y acomodada á su intento.

¿Cuál es éste? Que dejen de ofender á Dios; que huyan pronto de las ocasiones de pecar; en una palabra, que no sigan en estado de condenación; y, para alcanzarle, prueba que pueden, si quieren, llegar presto á la cumbre de la perfección más elevada. Así, unas veces propone poco, y concluye mucho; y otras propone mucho, para concluir siquiera y recabar una parte muy pequeña. En todo resplandece el arte, envuelto en una estupenda naturalidad. Cuanto al deleite oratorio, que consiste en tener suspensos á los que oyen, en ganar su benevolencia, en no permitir que se distraigan un punto, «no sé, dice Luis Vives, por qué razón á esto se le llama deleitar: *Hoc vero cur delectare nominetur, equidem rationem non video. Est enim delectatio jucundus motus in sensu sive externo, sive interno: oratio haec alias moestos dimittit audientes, alias lacrymantes, alias pavidos... itaque magis de detinendo nominetur, quam delectando*»<sup>1</sup>. Muy bien: el

<sup>1</sup> De ratione dicendi, lib. II, cap. 15, que intitula *De tenendo auditors*.

orador no es ningún cómico, ni la elocuencia es poesía ó escultura; su fin no es el deleite ni la pura contemplación de la belleza; es eminentemente práctico. A lo que Cicerón llama *delectare*, podríamos decir nosotros *suspender ó interesar*, lo cual se obtiene, ó por razón de las cosas que se tratan ó por el modo de tratarlas; en uno y otro se señala nuestro orador.

Cómo enseña en la confirmación. Con estos dos silogismos:

1.º *Lo que es imposible por la naturaleza, es fácil por la gracia:*

*Es así que el negocio de vuestra perfección estriba en la gracia, no en la naturaleza;*

*Luego no es imposible que lleguéis á la más alta perfección.* (§ II.)

2.º *Lo que nos es natural, es fácil y gustoso:*

*Es así que las obras más arduas de virtud os serán como naturales, y más que naturales, porque las fuerzas de la gracia son sin comparación mayores que las fuerzas de la naturaleza;*

*Luego el ejercicio de la virtud más encumbrada os será sumamente fácil. Luego el ser vosotros, de grandes pecadores grandes santos, es negocio posible, y, sobre posible, muy hacadero y ileno de deleites.* (§ III.)

Mas ¿cómo hacer comprender estas teologías al pueblo rudo y á pecadores, y esto de forma que se convenza de ello? Porque uno es el enseñar del maestro y otro el enseñar del orador. Aquel enseña declarando sus propios conceptos y traspasándolos á la mente de los que le oyen, para lo cual no es menester arte de elocuencia, sino talento de discurrir y claridad en expresarse. Este ha de enseñar con todo ese talento y claridad, pero de suerte que no sólo entiendan lo que quiere decir, sino que lo abracen y tengan por bueno y lo más acertado, triunfo que se llama en Retórica *persuadir*. *Persuadere*, dice Luis Vives, *est officere ut credat quis id quod volumus*; de donde concluye que el fin de la elocuencia es la fe práctica (persuasión), y el instrumento de ella la palabra. *Actionis finis, est fides: instrumentum in proposito, oratio*<sup>1</sup>. He aquí por qué Aristóteles define la Retórica: «La facultad de ver en cada cosa particular las razones que persuaden»<sup>2</sup>. ¿Y cómo persuade SÉNERI? Evitando las abstracciones, de que es incapaz el vulgo (y vulgo llamo á todos los auditores en general), y singularizando, por decirlo así, las cosas, las personas, los mismos ar-

<sup>1</sup> De ratione dicendi, lib. II, cap. 13.

<sup>2</sup> Rhet. Lib. I, cap. 2. *Εἴη δὲ ῥητορικὴ δύναμις κατὰ ἕκαστον τὸ εὐπειθεῖν τὸ ἐπὶ ἐπιχειρήματι πειθίζον.*

gumentos. No dice, por ejemplo: «Todo hombre, por muy pecador que sea, puede con la gracia llegar á hacerse un gran santo»; sino: «Vosotros, sí, vosotros mismos que estáis aquí presentes... vosotros, digo, manchados aún tal vez con sangre ajena, ó combatidos de la ambición, ó encenagados en torpezas...» No se mete en honduras teológicas sobre la eficacia de la gracia, sino que la sensibiliza desde luego en una María Egipciaca, en un San Pedro, ó en Abrahán, ó por medio de comparaciones y semejanzas. Y nótese, de paso, cómo encátece, al principiar, los grandes pecados de los que escuchan, afirmando que pueden subir á eminente santidad, á fin de que el oyente, que dice para sí: «Yo no soy ningún ladrón ni hombre de mal vivir», quede cogido en sus mismas redes, pues con tener menor dificultad se anima menos.

**Cómo quita los estorbos en la refutación.**—Ya veo, dicen en su corazón los oyentes, las fuerzas de la gracia, y que la tuvieron una Tais, una Magdalena; mas ¿quién me asegura que Dios me la otorgará á mí? Es la parte más regalada del discurso, y puede considerarse también como segundo miembro de la confirmación. ¿Cuánto se aviva el interés con esta especie de lucha entre el orador y los que oyen! ¡Y qué bien allana el camino para mostrar los tesoros de la misericordia divina y con esto alentar al pobre pecador! Versa la cuestión sobre un futuro contingente, *an sit*, ó, mejor dicho, *an futurum sit*, y responde con resolución que sí. «No ha derramado, por ventura, dice, toda su sangre tan copiosa y abundantemente por vosotros, como por cualquiera de sus grandes amigos? ¿No le costasteis tanto como le costó una Pelagia, una Tais, un Guillermo, un Agustino?...? Pero si le ofendi tan gravemente!—No importa: Dios sabe perdonar como Dios; y aquí pondera con tal encarecimiento la bondad divina con los pecadores, que, por ser participante de sus privilegios, casi desea uno haber sido gran pecador: *O felix culpa!* Estúdiense los párrafos IV, V, VI, VII y VIII, y véase en la forma una **variedad** que encanta, y en el **fondo** una **progresión** continua que dilata cada vez más el corazón. Desde que prueba que Dios perdona las culpas, tan perdonadas que no conserva de ellas ni resentimiento en el pecho, ni recuerdo en la memoria, hasta demostrar que más privilegiados y favorecidos fueron de Dios los pecadores que los inocentes, nunca pára ni mengua este río de elocuencia, antes va siempre acrecentándose con nuevas avenidas de argumentos, símiles, autoridades, ejemplos y comparaciones, arrastrando en pos de sí los peñascos más duros y los corazones más rebeldes.

**Cómo mueve en la peroración.** Su intento en ella es re-

ducir á la **práctica** los buenos deseos concebidos en la confirmación. Para conseguirlo, arranca primero toda raíz de **presunción** oculta, alienta después la **confianza**, y deshace, finalmente, toda sombra de **temor**. La postrera deprecación es de un efecto maravilloso puesto en boca de un varón tan puro é inocente como SÈNERI.

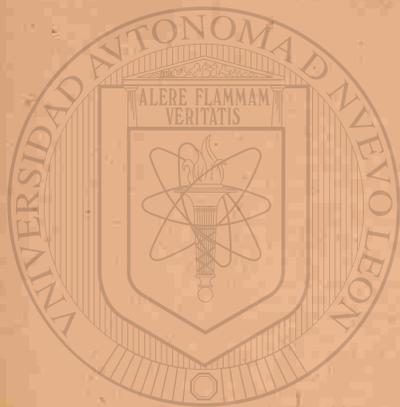
Cotéjese la traza de este discurso con el cap. XXVIII, libro primero, de la Exhortación de la virtud, por el venerable M. Fr. Luis de Granada, en donde por ventura se inspiró nuestro autor, y se verá cómo saben imitar los grandes ingenios. Se diferencian entre sí por el **fin** que se proponen. El uno sólo intenta probar que no es tan áspero el camino de la virtud; que se hace fácil con la gracia que se nos da por Cristo y con la suavidad del divino amor; que si han sido grandes los pecados, mayor es la misericordia de Dios, etc. Más osado SÈNERI, y aquí más orador, avanza a querer probar que, no sólo podrán salvarse comoquiera, sino ser grandes santos, con tal que comiencen desde luego y no desfallezcan. Pues en las pruebas y argumentos, ¿cuánto se distinguen los dos oradores! En la **invención** sobresale Granada, SÈNERI en la **disposición**: la elocuencia del primero es más grave, la del segundo más nerviosa. Esto deseaba Luis Vives de los que imitan. *Que initio est imitatio, paulatim eo debet progredi ubi jam incipiat esse certamen, non solum æquandi, sed etiam, si qua detur, vincendi.* Lo que empezó por imitación, debe llegar á una noble contienda para igualar, y, si es posible, vencer y aventajar el modelo. Así, dice, imitó Cicerón á Craso y á Antonio; así, Platón á Cratilo y á Arquitas; así, Aristóteles á Platón; así, Virgilio á Ennio, á Lucrecio y á Hesíodo. Y se ríe con donaire del

*Servum peccus imitatores*<sup>1</sup>

de Horacio, y los compara con los zapateros remendones, que no saben dar puntada sin la horma; ó con el pintor que va cogiendo flores de aquí y de allí y las pega en el lienzo y, para pintar á un hombre, pega una nariz ó un pedazo de toga. Esto es plagio, es pecado de hurto, no imitación: *ut fures furari dicunt amoverè, tollere, convassare*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Horat., Epist., lib. 1, epist. XIX, vers. 19.

<sup>2</sup> De causis corrupt., art., lib. IV, cap. 4.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



## DISCURSO TREINTA Y TRES

### LA POLÍTICA SIN DIOS

*Expedit ut unus moriatur homo pro populo.*  
Conviene que muera un hombre por la salud  
del pueblo.

(JOAN. II, 50.)

#### EXORDIO

Sublime y arre-  
batado.

CONQUE ¿conviene que muera Jesucristo por la salud y  
felicidad de vuestro pueblo? ¡Oh consejo desatinado!  
¡Oh locos y desatentados consejeros! Ya me responderéis  
cuando, inundada de carros y soldados la comarca, veáis  
ondear en vuestras torres y baluartes las águilas romanas,  
sedientas de ruina y destrucción; cuando oigáis el estrépito  
guerrero de trompetas y atambores, y el silbar de las sae-  
tas y piedras arrojadizas, y la vocería de los combatientes,  
y los lamentos y aquejados ayes de heridos y moribundos;  
ya me diréis entences si conviene ó no á la salud y bienest-  
tar de la república que muera Jesucristo: *Expedit ut unus*  
*moriatur homo pro populo.* ¿Osaréis decir en aquel trance que  
es bueno, y al pueblo saludable, que Jesucristo muera,  
cuando veáis los arroyos de sangre y los montones de ca-  
dáveres; cuando se os hundan con horroroso estruendo los  
cuarteados edificios; cuando caigan á vuestra vista desma-  
yadas y sin vida vuestras esposas; cuando, dondequiera  
que volváis la atónita mirada, halléis la crueldad que se  
embravece, y el furor que todo lo trastorna y arrebatada, y  
la muerte inexorable que todo lo señorea? ¡Oh!, no dirán  
tal las infelices criaturas é inocentes pequeñuelos, comidos

Proposición par-  
ticular hipotética,

por ironía y eccla-  
sticalia.

Razón á conse-  
guencias y suce-  
sos de causas.

hipotética de la  
suma de Jerusa-  
lén.

de sus madres, acosadas de rabiosa hambre; no dirán tal los gallardos mancebos de Jerusalén, vendidos cada treinta como esclavos, al precio vil de un mezquino sueldo; no pensarán así los ancianos miserables, que morirán cincuenta cada día en afrentoso madero. No os ceguéis, desventurados: por ninguna manera os conviene que Jesucristo muera: *Non expedit ut unus moriatur homo pro populo*. No conviene ni al divino santuario, que será profanado con abominables torpezas; ni á vuestro hermosísimo templo, que será abrasado y reducido á escombros; ni al sacrosanto altar, donde serán degollados, en lugar de becerros y cabrios, los jóvenes floridos y las vírgenes de Jerusalén. No conviene á la celebre piscina, que se henchirá, en vez de agua saludable, de sangre de tus moradores. No conviene á tus bosques y arboledas, cuyos troncos se convertirán en palos de crucificados y malhechores. No conviene á tu sacerdocio, que perderá su autoridad; no á tu reino, que perderá su jurisdicción; no á tus oráculos, que enmudecerán; no á tus profetas, que perderán sus visiones; no á tu ley veneranda, que por este golpe va á quedar como inundo cadáver, sin sangre, sin vida, sin veneración, sin ritos ni ceremonias que ostentar, ni menos fuerza para salvar á sus discípulos y seguidores.

Que vive Dios en la cumbre de los cielos para derribar y confundir á los hinchados y altaneros gobernantes que siguen más la falsa y perniciosa razón de estado que no la luz resplandeciente de la justicia verdadera, y quiere su Majestad con ejemplos espantables declarar á todas las gentes y á todas las generaciones de los siglos que no hay sabiduría que prevalezca contra Dios, ni prudencia ó consejo de hombres contra el consejo de Dios: *Non est sapientia, non est prudentia, non est consilium contra Dominum*<sup>1</sup>.

Vedlo, católicos, en aquellos malhadados consejeros; vedlo en aquel pueblo sobre todos los pueblos desdichado. Acordaron que muriese Jesucristo para no venir á manos y á la servidumbre de Roma, y vinieron á manos y á la servidumbre de Roma, porque acordaron que muriese Jesucristo.

<sup>1</sup> Prov., xxi, 30.

to. Tan fácil y liviano es á su divina Majestad desbaratar las trazas de los principes y deshacer en humo sus malvadas maquinaciones; tan hacedero mostrar á las naciones que toda política que se funda no en principios de honestidad y justicia, mas en sugestiones y miras de interés, es arte no menos perversa que desaprovechada, infecunda y perjudicial; arte maldita que no tiende á establecer y añazar los estados, sino á destruirlos; no á enriquecer á las familias, sino á empobrecerlas; no á labrar la felicidad de los ciudadanos, sino su desastre y desventura. Verdad capitalísima, que con el favor divino me propongo demostrar para común provecho, á saber: que **jamás es útil lo que no es justo y honesto**; y, así, que nadie se llame á engaño creyendo locamente que le **servirá ser impío para ser feliz**.

## PARTE PRIMERA

### II

Mas, en primer lugar, confiésoos, católicos, que medio me confundo y avergüenzo de tratar en el corazón de la cristiandad argumento semejante, como si cupiera duda, entre cristianos, en cosa que tan clara y manifiesta pareció á los gentiles. ¡Con que fuego y elocuencia no combatió Marco Tulio á los primeros forjadores de la extraña filosofía, que sostiene que puede ser útil lo que no es honesto! No los llama, por ventura, turbadores del público sosiego, destruidores de la república, quebrantadores de toda amistad, perseguidores de la virtud y revolvedores del género humano? Pasa luego á contar un caso peregrino que bien puede confundirnos y humillarnos. Hablando, dice, en el Agora de Atenas el senador Temistocles, indicó que tenía que proponer un consejo á la república, utilísimo, mas que no quería proponerlo en público, y que así le señalasen sujeto con quien secretamente lo comunicase. El señalado fué Aristides, y, aparte como estaban, le descubrió Temistocles un ardid para prender fuego en las naves de Esparta, ciudad

á la vez á proporción universal.

señales de los argumentos.

propósito.

Arg. 1.ª á la 4.ª.

Transición por vía de corrección.

Los gentiles acataron que no puede ser útil lo que no es honesto.

Luego que deben sentir los cristianos?

Antec. por Tulio, y definitiva.

propósito, en: meración y repetición enfática;

enagajar;

de las que insisten;

incremento.

Confirmación por la divina justicia

y autoridad.

Epíteto y transición.

por ejemplo

enemiga, pero aliada y confederada suya en aquella sazón. Oída la traza, torna Aristides al Senado, que ansiosamente le aguardaba; donde, dejados aparte los pormenores, sólo dijo vagamente que el dictamen de Temístocles era útil, pero no justo: *Perutile est consilium Themistoclis reipublicae, sed minime honestum.* ¿Cómo?, gritaron todos á una voz, sin distinción de órdenes ni clases; ¿cómo puede ser? Si el tal consejo no es justo, tampoco puede ser provechoso á la república: *Quod honestum non est, non potest esse utile;* y con esta gritería y desabrimento, sin darle siquiera oídos, lo rechazaron. Tan arraigado estaba en aquellos consejeros, según concluyen Cicerón y Plutarco, el convencimiento de que no puede ser útil lo que repugna á la justicia! *Ut quod justum non erit, minime palaretur esse utile.*

contraste de la superstición gentilicia,

(general)

particular,

enumeración,

consecuencia

y la creencia católica.

Si pues á la lumbré natural de los gentiles parecía esta verdad tan manifiesta, ¿cómo es posible que titubee el cristiano, que tiene en su favor el testimonio infalible de la verdad infinita? Aquellos desgraciados, sepultados en las tinieblas del paganismo y sombras de muerte, no creían, como nosotros creemos y confesamos, que las suertes y sucesos de los hombres están colgados de las manos de un solo y omnipotente Dios, único hacedor del mundo. Admittían en su ceguedad y reverenciaban muchedumbre de dioses y diosas, entre sí diversísimos y discordes, y así no es maravilla que uno de ellos favoreciese la virtud, y patrocinase otro la maldad. Y así, ¿qué vicio había que no tuviese sus divinidades protectoras, en las olímpicas moradas ó en las profundidades del averno? Amparaba Júpiter á los adúlteros; Mercurio á los ladrones; Venus á los lascivos; Marte á los iracundos; Plutón á los avaros y codiciosos. Por donde sus adoradores podían colorear su culpa y sostener que podían ser los vicios provechosos alguna vez, dado que los mismos dioses los defendían y amparaban.

Mas nosotros, hijos de la luz y adoradores de la ley de Jesucristo, que reconocemos que hay un Dios único y verdadero, gobernador del universo mundo, tan amigo y favorecedor de la virtud como enemigo eterno y castigador del vicio, ¿cómo podemos imaginar que con artes malvadas solicitaremos su benevolencia? ¿Cómo por vías crimi-

nales esperamos granjear su protección? Colgados están de su balanza nuestra prosperidad y buen camino, nuestras medras y abatimientos, de suerte que sin su voluntad no cae un pájaro en el lazo, ni se menea una hoja de los árboles. Sentencia es del Espíritu Santo por el Eclesiástico: *Que en manos del Señor está la felicidad del hombre, los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la virtud y el buen nombre; de Dios vienen y á su voluntad se reparten: In manu Dei prosperitas hominis, bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas a Deo sunt.* ¿Qué política tan desvariada, pues, para alcanzar prosperidades, ofender al dador de ellas é injuriar al autor de todo bien? ¿Parécenos arte sublime y bien encaminada política, para recabar mercedes, lanzar agravios contra el bienhechor; para conseguir favores, valernos de villanías y ultrajes?

## III

Mas oigo la respuesta que me dais; es á saber: que respecto de Dios nuestro Señor, tal vez carece de fuerza este argumento; porque, como hace su Majestad tan poca estima de los bienes perecederos de la tierra, no es de maravillar que los ponga también en quien nada los merece. Que deja la repartición de ellos al curso y movimiento de las causas segundas, las cuales, sin estos miramientos, los derraman más copiosa y largamente á los más industriosos y trabajadores.—No sigáis, católicos; he aquí un ratiocinio falsísimo é injurioso á la bondad divina, pero tan llevado y traído de los malos, como especioso y acomodado para deslumbrar á los simples; mas oídme, os ruego, y palparéis el engaño. ¿No hizo siempre Dios nuestro Señor la misma estimación de los bienes temporales? ¿No se valió siempre de las causas segundas en la misma forma y providencia? Si es así, como lo es, hallo en el curso de los sucesos humanos que jamás valió al impio su impiedad en orden á la

Confirmación por entimema.

Telo está en manos de Dios:

por autoridad:

Largo se lecura ofenderle para robar.

Arg. 2.<sup>o</sup> de ejemplo.

Transición por antiposición.

— Dios no hace caso de los bienes terrenos.

Resp. por alegorismo irreflexivo.

Dios siempre es el mismo.

† Eclli., 31, 5 y 11, 14.

Man antiguamen-  
te prosperó á los  
buenos y castigó  
á los malos:

consecución de esa felicidad terrena tan apetecida, y que al virtuoso le ayudó muchas veces la virtud en orden al mismo fin. ¿Os extraña, católicos, esta proposición? Con gusto mio os la probaria con la historia en la mano, sacando á plaza los varones más ilustres y bien afortunados que han florecido desde el principio del mundo; mas comoquiera que tanta empresa sería, si no ardua, pero sí demasíadamente prolija para este lugar, me ceñiré á algunos ejemplos memorables.

Proposición me-  
mor, y parte de  
intención bíblica  
y comunicación  
rápida:

Novi, los patriar-  
cas,

José, su inocen-  
cia,

Escisión prosop-  
péyica,

conclusión orato-  
ria,

Moisés, primera  
hipótesis,

segunda hipóte-  
sis:

Decidme, pues: cuando en el diluvio universal dispuso Dios salvar una familia para repoblar la tierra, ¿cuál escogió su Majestad? ¿Por ventura la de un lascivo, ó la de un justo y temeroso del Señor? No eran Isaac, Jacob y José, patriarcas santísimos, los más ricos y acaudalados de su tiempo? Y, singularmente, al castísimo José ¿le aprovecharon por ventura más para encumbrarse al trono egipcio los artificios de la maldad, ó la fuerza de la virtud y la inocencia? A tiempo que resistía el purísimo mancebo á los pérfidos halagos de la malvada hembra, presumo yo que alguno de esos hombres, que se gobiernan sólo por nortes de interés, le diría blandamente al oído:—José, va mucho en granjear el favor de una mujer tan rica, tan influyente y poderosa: á su sombra y con su valimiento podrás medrar, y aun introducirte en la privanza de Faraón, ó en el sagrado honor del sacerdocio: huella, pues, los respetos de virtud y cumple su deseo. — ¿Y qué arbitrio más perjudicial á la prosperidad y bienandanza de José que seguir tan malvado consejo? Cierto que su resistencia y recato le valieron por el momento la cárcel y los grillos; mas esa cárcel ¿no fué, disponiéndolo así la divina Providencia, el camino de palacio? y esos grillos ¿no le fabricaron resplandeciente corona? Si Moisés, deslumbrado con el lustre de la real diadema, que, según Filón, queria el monarca de Egipto poner en su cabeza, se quedara en la corte y siguiera sus nefandos ritos y costumbres abominables, ¿llegara jamás á capitán ilustre y libertador del pueblo de Dios, terror y espanto de reyes y hacedor de maravillas? Porque rehusó ser deudo de Faraón, hizole su divina Majestad á manera de Dios sobre el mismo Faraón: *Ecce constitui te Deum Pha-*

raonis<sup>1</sup>. Y ¿á quién se otorgó la posesión de la tierra prometida? ¿Por ventura á los perturbadores del pueblo, á los adoradores del becerro de oro, á los despreciadores de la Majestad de Dios? Ni uno tan sólo de ellos, con pasar de seisientos mil, puso los pies en la bendita tierra. Y los que derribaron tantas murallas y desbarataron tantos ejércitos ¿no fueron un Josué, un Caleb, un Otoniel, un Gedeón y otros caudillos esforzados y santísimos, para quienes la virtud y rendimiento al Señor fué manantial perenne de prosperidad? Así lo anota el Eclesiástico, diciendo: que el cielo los prosperó, para que entiendan todos cuán bueno y provechoso es servir y obedecer á Dios. *Ut viderent omnes, quia bonum est obsequi sancto Deo*<sup>2</sup>.

Y llegándonos á los tiempos de los reyes, ¿á cuál de ellos le sirvió de provecho la maldad, y no más bien de ruina y desventura? Dadme uno siquiera, y me rindo y os doy gustoso la palma. Si consiguió Saúl empuñar el cetro de Israel por sus prendas de virtud, ¿no lo perdió por el desenfrenamiento de sus vicios? Si David probó también la amargura de la adversidad, ¿no fué acaso cuando traspasó los divinos mandamientos? Y á su hijo Salomón, ¿qué bien le fué con anteponer á las riquezas la sabiduría del cielo! Gran ventura, por cierto, que no tomase por consejeros en aquel caso á algunos de estos políticos aventureros y sin Dios, porque ya oigo que le dirían á una voz: «Señor, madure vuestra Majestad lo que más le conviene; no precipite el juicio, no aventure la elección, ¿Han de faltar, acaso, en los estados de vuestra Majestad doctores ilustres, sabios magistrados, esclarecidos juriconsultos que ventilen las causas y decidan con acierto las controversias? No es la ciencia lo que hace poderosos á los reyes. Cumple á vuestra Majestad trabajar con ahínco por la dilatación del señorío, la prosperidad del comercio, el acrecentamiento de la hacienda, y que se hinchan las arcas del tesoro; de otra suerte nuestros enemigos se reirán, no sin motivo, al ver á vuestra Majestad cercado de libros, pero escaso de dinero; cargado de sabiduría, pero desprovisto de armas y pertre-

<sup>1</sup> Eccl., VII, 1.—<sup>2</sup> Eccl., XLVI, 12.

Consejo de sabios,  
troya.

chos militares. Tal hubiera sido, á no dudarle, el torcido parecer de estos políticos, que tienen más cuenta con la falsa razón de estado que con la justicia y verdadera religión. Pero ¿cuánto mejor le avino á este monarca con guiarse por las máximas de honestidad, que no por respetos de terrenales ambiciones! Y si, corriendo los días, comenzó á eclipsarse la estrella de su ventura, ¿cuál fué la causa sino por desviarse su corazón de los caminos de Dios á los resbaladeros de sus locos apetitos?

por que cayó de su pejuza.

Los reyes de Judá.

sus amigos, por fugerlos.

Propheta menor.  
2.º Jerem. Lok im-  
pía fueren desbar-  
tados.

por pretensión y  
corrección.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

Confirmación de esta verdad, si clarísimamente la atestigua el mismo Espiritu Santo en el libro de Judit? Leed en él y hallaréis en cifra la maravillosa historia del pueblo escogido, y la medida con que reparte su divina Majestad los tesoros de su protección. Mientras no pecaron, dice, en el acatamiento de Dios, estaban con ellos los bienes y prósperos sucesos: *Usque dum non peccarent in conspectu Dei sui, erant cum illis bona* <sup>1</sup>. Y adondequiera que entraban sin arco, sin saeta, sin

<sup>1</sup> Judith, v, 21.

escudo y sin cuchillo, el Dios de ellos combatió en su lugar, y venció: *Ubiunque ingressi sunt sine arcu, et sagitta, et absque scuto et gladio, Deus eorum pugnavit pro eis, et vicit* <sup>1</sup>.  
Y añade estas palabras, muy dignas de vuestra ponderación: Y no hubo quien se atreviese á insultar á este pueblo, sino cuando se apartó del culto y religión de su Señor: *Et non fuit qui insultaret populo isti, nisi quando recessit a cultu Domini Dei sui* <sup>2</sup>.

parafraseada.

Y, llegado á este punto, desearia que me dijeseis: Dios nuestro Señor ¿gobierna el mundo como lo gobernaba en tiempo de estos reyes, ó ha cambiado de estilo en el regimiento de los hombres? Respondeidme: ¿hanse mudado las máximas y dictámenes de su entendimiento? ¿son otros los propósitos y querer de su voluntad soberana? ¿Podéis imaginar que ama ahora la maldad, que entonces entrañablemente aborrecia y castigaba? ¿ó tal vez que, fatigado de la providencia de sus criaturas, ha cedido las riendas del gobierno al ciego acaso ó á inteligencias malignas, ó ha entregado las balanzas de la justicia á las divinidades genéticas, que amparaban como á porfia y galardonaban al malvado y criminal? ¿Qué novedad ha pasado por la tierra? ¿quién ha trastornado las leyes de la naturaleza? ¿quién ha arrebatado á Dios el cetro y gobernalle del mundo? ¿Oh blasfemia! ¡oh desacato enorme á la infinita Majestad, no ya decir, pero aun sospechar, tan loco desvario! *Ego Dominus et non mutor*, nos declara él por Malaquías. <sup>3</sup> Yo soy el Señor, y no me mudo; Soy el mismo, y no llegan á mi excelsa Majestad las mudanzas de los siglos. Pues siendo esto así, ¿en qué pensamiento cabe hacerse impio para lograr buena dicha y recabar favores de su diestra? ¿No es esto presumir con soberbia altanería, y como si no hablase con nosotros el Profeta Rey cuando asegura que el rostro del Señor mira á los obradores de maldad: *Vultus Domini super facientes mala*, <sup>4</sup> no por cierto para enriquecerlos, sino para despojarlos; no para ensalzarlos y engrandecerlos, mas para abatirlos y borrar su memoria de sobre la haz de la tierra: *Ut perdat de terra memoriam illorum* <sup>5</sup>.

Argumentación oscura:

Dios siempre es el mismo.

por interrogación vehementes.

á hipótesis alrazada.

Autocredencia por asonancia.

Longo es labora-  
ter malo, pira en-  
riquecer.

<sup>1</sup> Ibid., 16.—<sup>2</sup> Ibid., 17.—<sup>3</sup> Mal., II, 6.—<sup>4</sup> Ps. XLIII, 17.—<sup>5</sup> Ibid.

## IV

Mas, para que no creáis que voy mendigando pruebas en mi favor en solo el pueblo judío, gobernado con singular y exquisita providencia, pasemos adelante y poned los ojos en el malvado Herodes, que por su antigüedad es llamado en las historias el Mayor, y yo os presentaré al purísimo Constantino, que por sus hazañas y cristiandad mereció el renombre de Grande. Propóneseles á entrambos la matanza de niños inocentes, en razón, aquel de asegurar la posesión del trono, éste de conservar la vida. Al punto responde el cruelísimo tirano Herodes: Derrámese en hora buena y corra á torrentes la sangre de los niños, con tal que no pierda la corona. Responde Constantino: Muera yo, pero no se haga tal carnicería, ni se vierta por mi vida una gota de sangre.—Sentenciad vosotros, y decidme: ¿qué valió más: á Herodes su corazón de tigre, ó á Constantino su justicia y compasión? El buen emperador, que no consintió aquel desmán, quiso Dios que sanase de su incurable dolencia y gobernase el cetro por dilatados y felices años. Herodes, el sanguinario Herodes, que ejecutó la matanza, perdió en castigo la corona, y contrajo, al poco tiempo, horrible enfermedad. Famoso es el desastrado remate del malvado político cuando, viéndose caer á pedazos las carnes empodrecidas y mandando arroyos de gusanos, y no pudiendo sufrir los dolores de los nervios encogidos, el encendimiento de la calentura, y menos el hedor que le salía ó de la podredumbre de los miembros ó del huelgo de la boca emponzoñada, intentó acelerarse la muerte clavándose el cuchillo en la garganta.

Sobre esto, si Constantino tuvo que apaciguar algunos levantamientos al principio, luego le dió el Señor sabrosa paz; mas aunque Herodes probó en los comienzos alguna paz, fué trabajado después con guerras y sediciones intestinas, y su mismo hijo Antipatro se conjuró contra él y maquinó secretamente envenenarle. Por donde acaeció que Constantino creaba césares á sus hijos, y Herodes á los su-

Arg. 2.º de ejemplo.

Paralelo entre Herodes y Constantino.

La parte: Virtud y vicio.

su anterior.

y dialogando.

2.º parte: La justicia de Dios.

su comicación.

descripción.

á incrementa.

Venturas de Constantino, desgracias de Herodes.

contraste de paz á paz.

vos los encerraba en cárceles y apretaba con cadenas. ¿Qué digo cárceles y cadenas? ¿No corrió por entonces aquel dicho abominable, pero cierto: *Melius est Herodis porcum esse, quam filium*: porque el tirano, como buen judío, perdonaba la vida á los sucios animales y la arrancó á sus dos hijos, sin que se le estremeciese el corazón de padre? Y si el ser amado forma gran parte de la felicidad del hombre, mayormente de reyes y monarcas, y el ser aborrecido, por el contrario, se estima por extremada desventura, ¿cuán diferentes fueron Herodes y Constantino? ¿Quién dirá las estatuas de oro y plata, los arcos de triunfo y los trofeos de victoria que los pueblos alzaron al valeroso y humilde Constantino en tributo de amor y gratitud? No así el tirano Herodes. Una águila de oro que había él mismo levantado á su memoria, la derribó por tierra y la hizo pedazos el pueblo, revuelto y escandalizado. ¿Qué más? Cuenta Josefo que nada atormentaba tanto al iracundo príncipe como el considerar el contento indecible que de sus calamidades y vecina muerte sentirían sus vasallos; y que así, lleno de furor y bráveza, mandó llamar con maña y encerrar en el circo á los varones principales de Judea, y dió orden que, en la hora que espirase, los matasen súbitamente, para que, dijo, toda la provincia, aunque le pese, haga llanto en mi muerte, ya que en vida así me aborreció.—Decidme ahora, mis oyentes: para alcanzar dicha y felicidad ¿qué artes tenéis por más ventajosas: las de que se valió Herodes en la matanza de los inocentes, ó las que usó Constantino vedando todo derramamiento de sangre? Ciego ha de ser quien no lo vea, y protervo y contumaz quien no se rinda á verdad tan manifiesta.

Pero ¿no nos predicán unánimemente todas las historias, eclesiásticas y profanas, que los mejores caminos para subir y valer, y que nos colme Dios de prosperidades, son los rectos de la justicia y sinceridad, y no los tortuosos de la malicia? Traed á la memoria á los tres ilustres emperadores Jovimiano, Valentiniano y Valente. Decidme: ¿por qué

de hijos á hijos.

de amor universal

universal aborrecimiento.

Catastrofe.

y elite sangriento.

3.º parte: Concluido.

®

Arg. 4.º Inducción y conclusión teológica.

2) Los emperadores de Occidente.

sendas se encumbraron al trono de los Césares, sino por las más alejadas y, al parecer, más opeustas? Retiráronse los tres de los ejércitos de Juliano Apóstata, cuyos capitanes eran, por no seguir las impias ordenanzas del renegado emperador. Pero no tardaron mucho tiempo en entrar como emperadores en la corte de donde salieran como desterrados.

Y ¿qué prudencia de mundo aprobara el arte maravilloso y peregrino que tenía de gobernar el emperador Honorio?

Hijos un poco y aprended de política cristiana. En viéndose amenazado de numerosos enjambres de bárbaros y cercado de espadas enemigas, movía el guerra inmediatamente á los donatistas de África, perturbadores de la Iglesia y negadores de la fe de Jesucristo. Y con éste retirar las fuerzas y volverlas contra los herejes, lejos de enflaquecer el imperio, lo fortalecía, porque el Señor universal de los estados tomaba su defensa. ¿A quién no le pareciera lo contrario? «¿Qué hace? (rugíriase entre sus mal avisados consejeros), ¿qué hace el emperador? ¿qué es esto? ¿dónde está la cordura? ¿dónde la política y celo de la conservación de la corona? Están los godos y los hunnos inundando nuestras fronteras, y asuelan ya las provincias de Occidente, y, como si no bastaran tantos enemigos para destrucción y ruina del Imperio, ¿vamos á irritar á los feroces africanos? Puesto caso que la parcialidad de Donato se empeñara en desasosegar á Roma, fuera justo trabajar por todas las vías posibles de atraerla á nuestra amistad; y, sin más que porque son herejes, ¿embraceceremos su coraje contra el bien común? Que se tome severísima venganza de los enemigos de Dios é injuriosos de la santa Iglesia, está muy puesto en razón; mas la prudencia demanda que se aseguren antes los intereses de la república; porque, de otra suerte, vendrá á tierra la república y no se mantendrá en pie la religión.

En semejantes términos hubieran discurrido aquellos políticos sin Dios; mas cuán erradamente, lo mostró el mismo suceso. Porque el dador y conservador de los imperios se encargaba de avanzar más seguramente el de Honorio, cuanto por causa de religión parecía más á riesgo de perderse.

Y ¿no combatió el mismo Señor con ejércitos y armas invisibles en favor del emperador, dando muerte á doscientos mil, entre godos y hunnos, capitaneados por el valiente Radagaso? Y, como si fuera poco tan regalada protección, deshizo Dios las trazas y quitó la vida en espacio de un año á siete tiránicos pretendientes y usurpadores violentos, á Alarico, á Constantino, á Constante, á Máximo, á Jovino, á Sebastián, á Sacro, y á otros rebeldes y poderosos que, como lobos carnívoros, se abalanzaban contra Honorio, con intento de arrebatarle la vida y la corona. Y al fin reinó con tan extremada felicidad, que se decía comúnmente que andaban á portía, Honorio en resistir y desbaratar á los enemigos de Dios, y Dios en resistir y desbaratar á los enemigos de Honorio. Y si una vez, por desgracia, prevalecieron los bárbaros y entraron á saco la ciudad de Roma, decidme, os ruego, ¿cuándo acació este desastre? ¿No fué cuando, vencido de las importunaciones de los suyos y por falsa razón de estado, dió libertad de conciencia á herejes y gentiles? Entonces cayó Roma en poder del bárbaro coraje; entonces se abrasaron en vivas llamas los templos y soberbios edificios; entonces se desplomaron é igualaron con el suelo sus torres, que desafiaban á las mismas tempestades; entonces sobrevino aquel estrago y asolamiento que hizo verter lágrimas amargas al glorioso San Jerónimo y exclamar: *Peccatis nostris barbari fortes sunt* <sup>1</sup>. Por nuestros pecados, los bárbaros se han hecho fuertes. Y que tal pecado y condescendencia fuese la causa verdadera, vióse manifestamente, porque luego al punto que, reconociendo el emperador su engaño, revocó la ley y se desveló como antes en la extirpación de las herejías y propagación del nombre de Jesucristo, tomó Dios la mano por Honorio y mudóse el semblante de la cosa pública; murieron las cabezas principales, desmayóseles el corazón á los demás, y la nación goda, de encarnizados enemigos, trocáronse en defensores de la Ciudad Eterna.

Pluguiera á Dios que la premura del tiempo me diese licencia para recorrer los fastos de los otros señores del Im-

<sup>1</sup> Epiat. x ad Heliod.

Incremento.

santa portía entre Dios y Honorio.

El saqueo de Roma - sus causas.

confirmación á consecuencia.

la tolerancia religiosa castigada; la unidad de la gobernada.

En otros emperadores.

perio, que estoy seguro, católicos, que todos darían testimonio de esta soberana providencia. Veriais los mismos acontecimientos, los mismos altibajos de infeliz ó próspera fortuna en ambos Teodosios, en Arcadio, en Justino, en Justiniano, en Mauricio, en Heraclio y en todos los demás, desgraciados cuando subordinaron la santa religión á los intereses del Estado, y bienaventurados y pujantes cuando sujetaron los intereses temporales del Estado al bien y defensa de la religión.

Argumento teológico.

El pecado es la causa de todos los males.

por conglobación polifónica y

repetición española.

Mas ¿á qué traer testimonios de hombres, cuando tenemos el del mismo Dios? Decidme, oyentes míos: la miseria, la desventura y todas las calamidades, ¿no vinieron al mundo por causa del pecado? Ciertamente que sí, responde el Eclesiástico. La muerte y el derramamiento de sangre, y la contienda, y la servidumbre, y la opresión, y el hambre, y el quebrantamiento, y los azotes, sobre los injustos fueron criados, y por causa de ellos se hizo el cataclismo ó diluvio universal: *Mors, sanguis, contentio, oppressiones, fames, et contritio et flagella super iniquos creata sunt; et propter illos factus est cataclysmus*<sup>1</sup>. El pecado inundó el mundo en torrentes de amargura y desolación; el pecado ha traído las guerras sangrientas; el pecado la desvalida pobreza; el pecado las pestilencias contagiosas; el pecado las carestías y hambres; el pecado los temblores de tierra y las inundaciones de los ríos; el pecado la infamia, el pecado la deshonra, el pecado la misma muerte: *Per peccatum mors*. ¿Y en qué juicio bien sentido cabe que el pecado sea medio á propósito para esquivar la desgracia y no para incurrir en ella? No es el pecado la fuente de todo mal y el atizador de todas las miserias? No, no puedo concebir tal desatino. Si un malvado, pues, con sus malas artes lograrse algún buen suceso, algunas riquezas ú honores, debe tenerse á maravilla y por caso accidental; de suyo, y de ley ordinaria, jamás sucederá.

<sup>1</sup> Eclli., xl, 9-10.

Luego el pecado no es medio para vencer.

## VI

Arg. 5.<sup>o</sup>  
REPETICIÓN

Responderéis que está bien, que mis razones serán, es cierto, valederas é incontrastables, pero que no podéis resistir á la evidencia de los ojos y al testimonio de los hechos. Que el mundo siempre estuvo lleno de impíos dichosos y felices; que este, al parecer, moral desoecimiento aguzó las plumas de infinitos escritores contra la Providencia, y desató las lenguas de muchos que se arrojaron á negarla; en fin, que es verdad tan manifiesta la de que los malos son los prosperados y favorecidos de la fortuna, que para negarla sería preciso quemar las historias de los pueblos, los discursos de los oradores, las sátiras de los poetas y hasta las lamentaciones de los profetas, los cuales, como escandalizados de la prosperidad de los impíos, exclaman: *Quare via impiorum prosperatur?*<sup>1</sup> ¿Por qué el camino de los malos es favorecido?—¿Es ésta la dificultad que os trae vacilantes y turbados? Y ¿pensaréis con ella que me habeis atajado y convencido! Oid cómo se desvanece vuestra duda.

¿Conque el mundo siempre abundó en impíos dichosos y felices? Falso de toda falsedad: en el mundo ha habido, sin comparación, más impíos miserables y desfavorecidos que no ricos y bienhallados; si bien la buena dicha y la prosperidad campean más en la gente ruin y de estragadas costumbres, como en sujeto más extraño y disconveniente. Pero demos que sea así, os lo concedo gustoso; ¿qué alegis contra mi razonamiento? ¿Luego el vicio es provechoso, luego la impiedad es útil, luego para ser feliz sirve y ayuda ser impío, que es la proposición que yo combato? Malamente deduciríais esta consecuencia. Y ¿queréis saber en qué consiste vuestro engaño? En que vosotros imagináis que alcanzaron favor y buena andanza por el vicio y la maldad, y yo sostengo que á pesar del vicio y la maldad, y merced á alguna obra buena, ya sea cristiana, ya natural ó moral, consiguieron esa tal cual prosperidad postiza y pa-

¿En el mundo han abundado tanto los impíos felices?

Luego el vicio es provechoso:

implificación por inducción histórica

y autoridad.

Nota 5.<sup>o</sup> Negando el antecedente.

Nota 2.<sup>o</sup> Negando la consecuencia.

por aliteriostratortia

<sup>1</sup> Jerem., xii, 1.

sajera. *Seminanti justitiam merces fidelis* <sup>1</sup>, establece por principio la Verdad eterna. Al que sembrare justicia, se dará fiel y ajustada recompensa. Por manera que, no dejando Dios obra buena sin galardón, como no deja obra mala sin castigo, misericordiosamente dispuso que fuesen remunerados con aquella breve felicidad y gozo temporal los que estaban destinados á tormentos eternos.

Crueles fueron los godos, mas enemigos de toda carnalidad; ferocísimos los hunnos, mas ajenos de todo regalo; de genio devastador los vándalos, pero enemigos jurados de la idolatría. Fueron los romanos supersticiosos por extremo, mas se aventajaron grandemente en rectitud, en liberalidad, en magnanimidad y nobleza, en fidelidad, en templanza y en amor al bienestar de sus vasallos. En la nación turca y mahometana es notable su obediencia y acatamiento á los gobernantes; otros veréis que se señalan en la fidelidad conyugal, otros en el respeto á la hacienda ajena, otros en otras virtudes ó buenas cualidades. Y lo mismo podría dilatarse á los personajes célebres de la historia, á Hierón, á Pisistrato, á Dionisio, á Fálaris, á Periandro, á Mario, á Graco, á Sila y á otros innumerables que gozaron de floreciente fortuna en medio de la impiedad y desenfreno. Malos fueron y corrompidos, es verdad, pero comprobóse en ellos que tiene fundamento aquel tan manoseado dicho: que los grandes vicios suelen ir acompañados de grandes virtudes.

Por esto Dios nuestro Señor, que debía castigar sus maldades por toda la eternidad, quiso pagar antes sus obras buenas con breve y proporcionado galardón; quiso premiar aquellas virtudes flacas y de tierra con bienes terrenos y fugitivos; aquella sombra de bondad con sombra de felicidad menguada y aparente, con insignias de mando y señorio, con victorias estrepitosas, con triunfos pomposos, con riquezas y blasones y con otras suertes de felicidad temporal; que es decir, con las migajas de la mesa de Dios, con el polvo de sus pies, con las cercenaduras y heces que son arrojadas de los palacios de la gloria. ¿Quién no ve, por

<sup>1</sup> Prov., xi, 18.

consiguiente, que lejos de debilitar esfuerzan mi argumento estas razones, comoquiera que, aun entre los gentiles y desheredados del cielo, fueron más afortunados y favorecidos, según demuestra largamente San Agustín en los maravillosos libros de la Ciudad de Dios, los que más se distinguen en el ejercicio de las virtudes, si no macizas y reales, al menos contrahechas y aparentes?

## VII

No es esto decir que Dios en su altísima providencia no permita á las veces que el malvado, con su maldad y bajas raposeras, no escale el poder ó adquiera riquezas y bienestar. No digo lo contrario, católicos; pero afirmome en que tampoco en este caso debe llamarse útil la maldad, ni provechosa la política sin Dios. Preguntaréme por qué. Porque siempre serán mayores y más espantosos los daños que se causarán de ella, que no los bienes que momentáneamente nos deslumbran. Sentencia es del Espíritu Santo en los Proverbios: La prosperidad de los necios, ésta misma los perderá: *Prosperitas stultorum perdet illos* <sup>1</sup>. Y ¿cómo dice los perderá, y no los pierde, de presente? Porque no siempre acontece que la tal prosperidad produzca luego y de repente sus desastrosos efectos, sino calladamente y por sus pasos. Esperad un poco, y veréis atónitos en qué se remata aquel puesto honroso, conquistado á poder de injusticias y bajezas; aquellos montones de oro, tenidos con la sangre de los pobres; aquel lujo y pomposo alarde de grandeza, sustentado á costa de gente desvalida y de jornaleros mal asalariados.

¿Nunca leisteis en Job que Dios nuestro Señor se divierte, algunas veces y juega con los malos y los zarandeo, y así los encamina á lastimoso fin? Dios lleva, dice, á término desdichado á los perversos consejeros: *Adducit consiliarios in stultum finem* <sup>2</sup>. No dijo á malos principios, sino á malos fines y acabamientos funestísimos. Deja que alcen la famosa

<sup>1</sup> Prov., i, 32.—<sup>2</sup> Job, xii, 17.

Babel y Sibil.

los profetas.

Comenzó por el  
mil de la estatua  
de Babilonia.

Transición.

Arg. 7.<sup>a</sup>  
Confirmación del  
santuario por in-  
dulgencia.Telón fin de  
los emperadores  
griegos.

Nictéforo.

sus comienzos or-  
gánicos.se remata desat-  
rado.Estauracio  
y León.

torre de Babel, mas luego confunde sus lenguas y los derrama por el mundo. Deja que levanten la torre de Siloé, pero después ordena que sean sepultados entre sus escombros los necios edificadores. Este engaño trajo á muchos débiles á pensar que es á las veces bien afortunada la impiedad; esto escandalizó en cierta manera á los profetas, y los movió á querellarse amorosamente de la divina Providencia; porque fijaban sus ojos y corazón en los comienzos de los malos, y no en sus remates infelices. No lo hacía así el Profeta Rey; antes, aguardare, dice, hasta ver las postrimerías de ellos: *Donec intelligam in novissimis eorum* <sup>1</sup>. Miraron aquellos la estatua de Babilonia, y absortos, embelesados y como fuera de sí en la contemplación de la hermosísima cabeza de oro, no bajaron inmediatamente los ojos á mirar sus pies de feo y quebradizo barro. Confirmémoslo ya, y escuchadme con atención.

## VIII

Si ha habido en el mundo, después del advenimiento de Jesucristo, hombres astutos que con malas mañas llegaron á la cumbre del poder y á colosal riqueza y señorío, fueron sin duda los emperadores, ó digase tiranos, de la Grecia. Decidme ahora: ¿hubo jamás, desde que el mundo es mundo, imperios de más tragedias y desventurados sucesos? A fuerza de arterias, traiciones y perjurios usurpa Nictéforo el trono del Oriente á la emperatriz Irene, su legítima poseedora. Y ¿adónde le llevó su dañada ambición? Agobiado de pesadumbres y contratiempos, pero no ablandado con los castigos del cielo, llamábase él mismo *Nuevo Paroón*, no tanto en las plagas y miserias, cuanto en lo duro é intratable de su pecho; hasta que, vencido y desbaratado por los búlgaros, le cortaron éstos la cabeza, y, haciendo una copa de su cráneo, brindaron en ella los capitanes del ejército. Apoderóse del gobierno Estauracio, mediante ilegítimo casamiento; apoderóse también León Armenio, por vía de

<sup>1</sup> Ps. lxxii, 17.

rebelión y tumulto; mas ¿tardaron mucho en ser despedazados y hechos cuartos, aquel en guerra desastrada, éste sobre el altar que había deshonrado? En aquella famosa conjuración, tan bien urdida, subió del calabozo al solio imperial el celebrado Miguel Balbo, y cargado como estaba de cadenas el cuello, de esposas las manos y de grillos los pies, hizo que le acatasen todos y reconociesen vasallaje; mas, como se envaneciese con la próspera fortuna y tomase atrevimiento para desposarse con una doncella y virgen del Señor, rebelósele al punto la Esclavonia, son destrozados los ejércitos que mandara allí en razón de sosegar el levantamiento, y, no cayendo en la cuenta de su pecado, fué consumido de vergonzosa enfermedad.

El malvado emperador Teófilo llegó casi á borrar de la cristiandad el culto de las sagradas imágenes; mas presto recibió su merecido, y acabó miserablemente de rabia y desesperación, por una rota que su gente recibió de las huestes sarracénicas. Y aquel, reputado por su fiera y liviandades el *Nerón de Oriente*, Miguel III, dió muerte á los tutores de la corona y desterró á su propia madre, para poder gobernar más libremente; mas, de ahí, ¡qué de odios en los particulares y plebeyos!, qué de tramás y sediciones en los capitanes y soldados, los cuales le arrancaron por fin la vida, mientras Miguel, cargado de vino y de sueño, reposaba! Osó Alejandro tocar al santuario y robar las alhajas de los templos para enriquecer el tesoro público; mas pagó pronto su infame sacrilegio trastornándosele el juicio, y, no cumplido aún el año de su reinado, vomitó la vida con la sangre de su pecho. ¿Qué diré de Romano, primero de este nombre? Logró mañosamente asentar á un hijo suyo en la silla patriarcal de Constantinopla, desposeyendo á su legítimo pontífice; pero el mismo año quiso Dios que fuese derribado del trono imperial por otro su hijo, y lanzado á una isla desierta. Por los mismos caminos, y arrastrado de ambición de mando, llegó Romano II á envenenar á su mismo padre; mas al poco tiempo murió también envenenado á traición. Miguel Plafagonio, valiéndose de amaños y perfidias, se apoderó del trono; mas al instante se apoderaron los demonios de su miserable cuerpo y lo po-

Miguel Balbo,

los príncipios.

su lastimosa fin.

Teófilo,

Miguel III

Alejandro.

Romano I

Romano II

Miguel Plafago-  
nio

seyeron hasta la hora de su muerte. Miguel Calefates des-  
terró á la emperatriz para reinar como árbitro en todas las  
provincias del imperio; pero sin tardanza asió de él la irri-  
tada muchedumbre, le apedreó bárbaramente, le sacó los  
ojos y arrastrólo con dolor y afrenta imponderable por las  
calles de la ciudad. El mismo funestísimo remate tuvieron  
Diógenes y Andrónico, que ciñeron la imperial diadema,  
gracias aquél á unos amores locos y precipitados, y éste con  
la ayuda de espanto sa felonía.

Respondedme, católicos, y decidme: ¿parécete que pue-  
de llamarse feliz y bienaventurada la impiedad de tales  
monstruos? ¿Gustaríais de tener sus ventajas, sus alza-  
mientos y grandezas, á condición de cargar asimismo con  
sus reveses y lamentable ruina? ¿Quién de vosotros, quién  
hay tan ajeno de juicio que estime por envidiable la suerte  
de esta ruin generación de políticos desalmados, que atro-  
pellaron la ley del Señor por seguir la de sus antojos y am-  
biciosas miras? Pues entended ahora que éste fué y será  
siempre el triste hado y lastimoso paradero de cuantos pre-  
tendieron medrar á costa de la religión y de la justicia. La  
prosperidad de los necios, ésta los perderá sin remedio:  
*Prosperitas stultorum perdet illos* <sup>1</sup>. Vuélvolo á repetir para  
que se grave en vuestro corazón: La prosperidad de los ne-  
cios, ésta misma los perderá: *Prosperitas stultorum perdet illos*.

Pero ¿en qué me ocupo? ¿por qué me afano en demostrar  
una verdad que deslumbra con su mismo resplandor? Claman  
á una las historias, lo pregonan las revoluciones de los  
siglos, consueñan los reinos y señorios que pasaron por la  
tierra, y gritan á voces con sus alteraciones y mudanzas,  
con sus caídas y alzamientos, que los caminos de la iniqui-  
dad jamás remataron sino en precipicios y despeñaderos.  
Y si no tenéis ojos para ver cosa tan manifiesta, inclinad  
la frente y creed al testimonio irrefragable de la sabiduría de  
Dios que lo predica al mundo: *Justitia elevat gentem* <sup>2</sup>. La  
justicia, dice, levanta á las naciones. La justicia, la virtud,  
el celo de la verdadera religión, la obediencia y acatamien-

<sup>1</sup> Prov. 1, 32. — <sup>2</sup> Prov. XIV, 34.

to á las leyes del Señor, es lo que sublima á los individuos  
y á los pueblos, los mantiene cuando están en pie, los res-  
uscita á nueva vida cuando yacen postrados y sin nombre.  
*Justitia elevat gentem*. Y ¿qué cosa los derriba y mata? El  
pecado, sólo el pecado. *Miseros autem facit populus peccatum* <sup>1</sup>. El pecado hace miserables á los pueblos, nos intima  
la Verdad eterna en los Proverbios. Y en otro lugar: *Non  
roborabitur homo ex impietate* <sup>2</sup>: No se robustecerá el hom-  
bre ni se engrandecerá por medio de la impiedad y menos  
precio de Dios. Y en otro pasaje: *In insidiis suis capientur  
iniqui* <sup>3</sup>: En sus celadas y tortuosas sendas serán cogidos  
los impíos. Y en otro: *In impietate sua corruct impius* <sup>4</sup>. El  
impío tropezaré y caerá en su pecado. Y en otro: *Qui semi-  
nat iniquitatem metet mala* <sup>5</sup>: Los que sembraren maldad co-  
secharán calamidades y desgracias. Concuérda la Sabiduría  
con estas palabras: *Malignitas evertit sedes potentium* <sup>6</sup>. La  
malignidad y el vicio destruirán las sillas de los poderosos.  
Y el divino autor del Eclesiástico corrobora estas terribles  
amenazas y da á reyes y vasallos, á gobernantes y gober-  
nados, la lección provechósísima de que los cetros de los  
monarcas y el poderío de las gentes pasa de un pueblo á  
otro pueblo, de una provincia á otra provincia, de un linaje  
á otro linaje, ¿sabéis por qué razón? ¿Por ventura á causa  
de la cortedad ó pobreza de los naturales, ó de flacos ar-  
mamentos, ó por la muchedumbre de ejércitos contrarios y  
envidia de las naciones extranjeras? No; sino por las in-  
justicias y por los agravios y por las sinrazones y desma-  
nes, y por los fraudes y malas artes en la administración  
del reino: *Regnum a gente in gentem transfertur, propter in-  
justitias, et injurias, et contumelias, et diversos dolos* <sup>7</sup>.

¿Qué tenéis que responder? ¿qué caminos determinaréis  
emprender? ¿qué máximas seguir? Os dejaréis deslumbrar  
acaso de las mentirosas voces y prometimientos de la im-  
piedad, y, atónitos ante el falso brillo y aparente pujanza  
de los malos, no os fijaréis en los precipicios adonde sin

<sup>1</sup> Prov. XIV, 34. — <sup>2</sup> Prov. XII, 3. — <sup>3</sup> Prov. XI, 6.

<sup>4</sup> Prov. XI, 5. — <sup>5</sup> Prov. XXII, 8.

<sup>6</sup> Sap. V, 24. — <sup>7</sup> Eccl. I, 8.

Miguel Calefates

Diógenes y An-  
drónico.

Conclusión  
y resumen.

por autoridad:

congrua proto-  
populica

(corrección)

Ampliación por  
discursos "enti-  
mosos."

Primer miembro  
y fuerza de la jus-  
ticia;

Segundo miem-  
bro, ó estremo  
del pecado.

por metáfora bi-  
sílaba

y conmemora  
oratoria.

Procesión, á  
parte: Es un miem-  
bro con sus Dios!

remedio se despeñan? Ea, cristianos, rechazad con toda el alma esas máximas perniciosas, esas artes infernales que en sus libros y discursos nos enseñan políticos sin Dios y sin conciencia, que des gobiernan el mundo, estragan las naciones y asuelan furiosamente los hermosos campos de la Iglesia, y afirmas más y más y ateneos siempre á esta verdad fundamental, que nunca será útil lo que no fuere justo y muy puesto en razón. Telas de araña se tejieron, dice, de tales obradores de maldad y de sus afanes y embustes, el profeta Isaias; telas de araña se tejieron; las obras de ellos, obras sin provecho; sus planes y pensamientos, planes vacíos y pensamientos descabellados. *Telas araneae texuerunt; opera eorum, opera inutilia; cogitationes eorum, cogitationes inutilis* <sup>1</sup>.

Aténganse enhorabuena esos desaconsejados consejeros y políticos impíos á su maldito *Expediit*, es decir, á las conveniencias y miras temporales; que, alumbrados nosotros con otra luz, queremos concluir con las magníficas palabras y heroica protestación con que concluyó el esforzado Matatías, de la noble sangre de los ilustres Macabeos: Séanos propicio nuestro Dios; que á nosotros no nos trae cuenta ni queremos en manera alguna dejar la ley y mandamientos del Señor: *Propitius sit nobis Deus; non est nobis utile relinquere legem et justitias Dei* <sup>2</sup>. Haláguenos, prometánnos cuanto quieran los impíos, no los creeremos. Porque nunca jamás nos será bueno dejar la razón por el apetito, la religión por el interés, la ley por la concupiscencia y el antojo, á Dios nuestro Señor por nada de este mundo: *Non est nobis utile relinquere leges et justitias Dei*. Pues ¿qué cosa nos acarreará provecho y bienandanza? La piedad y temor de Dios: *Pietas ad omnia utilis* <sup>3</sup>, nos asegura el Apóstol. La piedad es útil para todo; como sea así que sólo á ella está vinculada la promesa de ser prosperada y favorecida, no sólo en la vida por venir y sempiterna, pero aun en ésta mortal y pasajera: *Promissionem habens vitae, quae nunc est, et futurae* <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Is., LIX, 5-7.—<sup>2</sup> 1 Mach., II, 21.

<sup>3</sup> 1 Tim., IV, 8.—<sup>4</sup> *Ibid.*

## SEGUNDA PARTE

## IX

Hasta aquí he trazado mi razonamiento como si no hubiera más vida que esta miserable que vivimos. Y ¿es así, por ventura? ¿No hay cielo que esperar? ¿No hay infierno que temer, hermanos míos? Si no somos ateos ó descreídos, es fuerza que confesemos y creamos que hay cielo y que hay infierno más allá. Por consiguiente, aunque diéramos (lo cual jamás concederé) que el vicio es generalmente bienaventurado y dichoso en este mundo, ¿bastaría este respeto para llamarle feliz y apetecible? ¡Ay ciegos de nosotros, que vemos lo terreno y mundano, y no alzamos los ojos á lo eterno y perdurable! ¿De qué sirve al hombre poseer el mundo universo, si padece su alma quiebra y detrimento?

¿*Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?* ¡Oh pensamiento altísimo, digno por cierto de predicarse en todo tiempo y lugar, y de entallarse en bronces y de esculpirse en mármoles, y que se estampase con gruesos caracteres en los estrados de los príncipes y en los gabinetes de los consejeros! Aunque fuera así, que con nuestras mañas y arterias llegásemos al cumplimiento de nuestros propósitos; siquiera fuese la posesión y señorío del mundo, ¿qué importaría, hermanos míos? ¿Qué lograríamos en conclusión? Unos días de menguado contento, pero perderíamos en compensación toda una eternidad; y ¿qué pesan unos días puestos en balanza con la eternidad de Dios?

¡Ojalá que me fuese dado en esta hora romper las cerraduras del infierno y presentar á vuestra vista aquellas cavernas horrorosas, aquellos calabozos profundos, moradas del dolor y desesperación sempiterna! Y ¿qué haría, á darme Dios tal poderío? Llamaría uno por uno á todos los malaventurados que en vida no tuvieron más Dios que su interés, ni más ley que su capricho, y con poderoso acento les forzaría y conjuraría que me dijese, tan fuer-

Miles éramos de la política sin Dios.

Estilo poético: transalido y perfecta.

La política sin Dios y toda injusticia lleva á los infelices.

Logo no es provechoso el vicio.

Introducción de desengaño.

por optación.

Prueba por ficción.

y prosperidad fuente.

los que fueron re-

temente que resonase su voz por todos los ámbitos del mundo, qué deleite y contentamiento reciben ahora de su pasada dicha y temporal felicidad. ¿Dónde estáis, les diría, enemigos fieros de la Iglesia y derramadores de sangre cristiana? ¿Dónde vosotros, tanto más temibles cuanto más astutos y redomados, que hicisteis de la religión escabel de vuestra grandeza? ¿Dónde estás, ¡oh Nerón!, oprobio del linaje humano? ¿Dónde, oh ferísimo Tiberio! ¿Dónde, oh bestial Diocleciano? Y tú, ¡oh el más ruin de los hombres y aborrecedor entrañable de la iglesia santa, Juliano!, ¿adónde te precipitó el brazo del Omnipotente? ¿Dónde estás, Enrique el adúltero, y vosotros todos imitadores de su política sin Dios? Venid, os conjuro en el nombre del Dios, que no reverenciasteis, venid y llegaos á nosotros, aunque estéis vestidos de llamas, coronados de serpientes, cargados de cadenas; que nos conviene hoy saber de vuestros labios una enseñanza gravísima. Decidnos pues; vosotros en vida soltasteis la rienda á vuestros apetitos dañados y perversísimos quererés, teniendo por norte aquella máxima: *Sis fortitudo nostra lex justitiæ*<sup>1</sup>; sea nuestra fuerza la ley de la justicia. ¿No es así verdad? Vosotros jamás temisteis á los hombres, ni acatasteis la soberana Majestad de Dios; mas, atentos día y noche á vuestro interés particular, no tuvisteis reparo, en razón de satisfacerlo, en hollar y desollar al pobre, en calumniar al inocente, en hacer traición á los amigos, en derribar á los émulos, en chupar la sangre del pueblo, en trastornar el mundo. ¿Y qué deleite recibís con la memoria de las antiguas glorias y placeres? ¿Os es acaso menos riguroso el frío, ó el fuego menos abrasador? ¿No recordáis, ó habéis olvidado por ventura los enjambres de aduladores y lisonjeros que os adoraban como á dioses en los palacios, la nube de cortesanos que os acompañaban por plazas y calles, los gritos y clamoreo de la regocijada muchedumbre? ¿Cómo dibujaban unos vuestro tallé y figura en primorosos lienzos, lo esculpían otros en duraderos mármoles, lo cincelaban aquéllos en láminas de oro y plata, y á vuestra salud y bienandanza

<sup>1</sup> Sap., II, 11.

sacrificábanse cada día, no sé si más guerreros en los campos de batalla, que luchadores en el circo y víctimas en las aras de los dioses? ¿De qué os sirve ahora tanta pompa y felicidad? Respondecme, os conjuro, ¿de qué os sirve? ¿qué os aprovecha? *Quid prodest homini?* ¿Qué os importa, desventurados, haber tenido la posesión del mundo, si vinisteis á perder el alma? Si os abriese Dios las puertas del infierno, y pudieseis tornar á la tierra de los vivientes, y recobrar vuestros cuerpos, montón ahora de gusanos; si os diesen empezar de nuevo la carrera de la vida, ¿adónde iríais? ¿qué estado escogeríais? ¿Volveríais acaso á vuestros palacios? ¿Subiríais otra vez las gradas de aquel trono?

¡Oh hermanos míos! Blasfemias pareceme que lanzan á mis intimaciones aquellos infelices, aullidos en vez de voces, bramados de rabia en lugar de vocablos articulados. ¿Qué á nosotros con los palacios? gritan horrendamente. ¿Qué á nosotros con los cetros y coronas? Maldita la hora y punto en que ceñimos diadema; maldito el cielo que nos encumbró; malditos los palacios y vil servidumbre que nos obedeció. Selvas apartadas, hondas cavernas, despeñaderos horrorosos, sepulcros y soledades buscaríamos y allí nos sepultaríamos por siempre, si nos fuese dado volver á vuestro mundo.—En semejantes términos responderíanme, sin duda, aquellos eternos desventurados. Y ¡con cuánta razón, cristianos! Real y verdaderamente poseyeron la mentira (exclamare aquí con el profeta Jeremías, y esforzaré la voz para que me oigan los poderosos de la tierra); real y verdaderamente poseyeron la mentira, y se abrazaron con la vanidad, la cual nada les aprovechó: *Verè mendacium possederunt; vanitatem, quæ eis non profuit*<sup>1</sup>.

¡Ay desdichados y perdidos! Mejor les fuera nacer siervos, nacer esclavos y pobrecitos, que nacer grandes. ¿Dónde están los príncipes de las gentes? *Ubi sunt principes gentium?*<sup>2</sup> ¿Dónde esos dominadores sobredichos que llenaron el orbe con la gloria de sus hazañas y el resplandor de su grandeza? ¿Aquellos que, por pasear en soberbias carrozas,

<sup>1</sup> Jer., xvi, 19.

<sup>2</sup> Bar., III, 16.

mantengan caballos sin cuento: *Qui dominantur super bestias, quae sunt super terram*, y para recrearse en cazas y monterías criaban y regalaban jaurias numerosas: *Qui in avibus coeli ludunt?* ¿aquellos que atesoraban plata y oro, en que los hombres ponen su confianza, y jamás decía *basta* su codicia de interés: *Qui argentum thesaurizant et aurum, in quo confidunt homines, et non est finis acquisitionis eorum?* Aquellos que abrumaban las espaldas de los débiles, y hacían gemir las ciudades, y oprimían y tiranizaban el reino, ¿dónde están ahora? ¿dónde están? *Ubi sunt principes gentium? Exterminati sunt*, responde el profeta; han sido arrojados y exterminados. Ya no son, ya no son; desaparecieron todos. Pero ¿ya no son? No sería mucho si no fueran. Se despeñaron en los profundos infiernos, y otros se alzaron en su lugar: *Exterminati sunt, et ad inferos descenderunt, et alii loco eorum surrexerunt*. Dejaron la púrpura y brillante pedrería á sus hijos y descendientes, y ellos se fueron á las cimas de fuego, á las vestiduras de serpientes y llamas inmortales. Éste es el paradero de cuantos no vivieron conforme á razón y ajustadamente á los mandamientos del Señor.

Dichosos nosotros, hermanos míos muy amados, si escarmentamos en cabeza ajena. Mas somos tan ciegos y torpes, que envidiamos tal vez su pasada y caduca prosperidad, y no miramos su desventura presente y sempiterna. ¿De qué sirve, repetiré con nuestro adorable Salvador, de qué sirve la posesión y señorío de todo el mundo, si venimos á perder el alma? *Quid prodest homini, quid prodest, si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?* <sup>1</sup> ¿No es verdad de fe que todos los brocados de oro, todos los cetros y coronas, todas las honras y blasones, toda la plata del mundo, todo eso puesto en montón y contrapesado con la pérdida del alma, no vale siquiera lo que un palmo de tierra baldía comparada con el imperio de César Augusto? Siendo esto así, ¿cómo estimaremos por bienaventurada y dichosa la maldad, que trae consigo tamaños infortunios? No hay granjería ni compensación que valga, os

<sup>1</sup> Math., xvi, 26.

diré animosamente con San Eucherio, si constare que interviene en ella menoscabo de nuestra alma: *Non potest ulla compendii causa consistere, si constet animae intervenire dispendium* <sup>1</sup>.

## X

Ya me parece oír vuestras razones, con que quisierais esquivar la fuerza de las mías, diciendo que he pasado la mañana hablando de príncipes y de reyes, de grandes y señores del mundo; que vosotros, á quien debo aprovechar con mis sermones, no estáis tan levantados, y que así no corréis esos peligros y desastres. Que vuestra política modesta no se extiende á otra cosa que á echar traspies á vuestro émullo en la pretensión, á engañar y dar zancadilla á vuestro socio en el contrato, y á otras industrias semejantes, y por tanto no debéis acaso temer esa desventura temporal y eterna, como aquellos políticos malvados.—¡Católicos y hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, pluguiera al cielo que estuviese bien traída esta conclusión! Pero ved aquí lo peor y digno de llorarse con lágrimas eternas: ¡que por unas nonadas ofendamos á Dios, quebrantemos su ley, pisoteemos su bendita sangre! Porque, si la hollásemos en razón de granjearnos caudales inmensos, y conquistar reinos y provincias dilatadas, hiciéramos, es cierto, mal, perversamente mal; pero ¿cuánto más hollándola por mineras de viento? Esta es la amarga queja del Señor por boca de Ezequiel: *Injuriabam e, dice, por un mendrugo de pan y por un puñado de cebada: Violabam me propter pugillum hordei, et fragmen panis* <sup>2</sup>. Que es como si dijera: Oye, cielo; oye, tierra, y vosotros, abismos, escuchad mi querrela y sentenciad en mi causa. Este mi pueblo tan querido, tan regalado, á quien traje en mis brazos y crié á mis pechos, á quien liberté del yugo y servidumbre egipcia y ensalcé sobre todos los moradores del orbe, este mi pueblo me ha ultrajado, entendedlo bien, me ha ultrajado y lanzado de sí con vilipendio. Y diriais: ¿por qué cosas? ¿Acaso para llevarse

<sup>1</sup> Ep. i Paraen.—<sup>2</sup> Ez. xii, 19.

los despojos enemigos tras glorioso triunfo, como hizo Saúl? No lo tendría á tanta mengua de mi honor, ¿Por ventura, para apoderarse del vacío trono y empuñar un cetro, como Atalia? Menor fuera mi desprecio. ¿Tal vez para hacerse dueño de la hacienda de un inocente ciudadano, como Acab? No lo sintiera tan amargamente. ¿Quizás á fin de hartar su rabiosa sed de oro ajeno, como Giezi? Aun así no fuera tanta mi vergüenza y confusión. Pues ¿por qué cosas me ha ofendido? por un mendrugo de pan y un puñado de cebada? *Propter pugillum hordei et fragmen panis*. Por cosas tan rateras, por intereses tan mezquinos, me han vuelto las espaldas, y allá mienten descaradamente, y se calumnian sin vergüenza, y tejen y destejen traiciones, y se desentranan por subir un palmo más que su vecino, y ¿yo lo tengo de sufrir?

Tan entrañablemente se dolía el Señor en los pasados siglos. Y en el presente ¿queréis saber cómo se duele su divina Majestad? Recorred para ello las plazas y mercados, entrad en los comercios, visitad las tiendas, examinad las oficinas, penetrad en las lonjas y bazares, mirad á las manos de compradores y vendedores y veáis por qué nonadas se vende el alma y se desprecia á Dios con el pecado mortal. ¡Qué de mentiras! ¡qué de pendencias se oyen á cada hora! ¡qué de injusticias y fraudes no se encubren allí con apariencias de justicia y semblantes de extremado candor! Y el Señor que está allí presente, tan grande y poderoso como está en los cielos, ¿ha de verse tan gravemente ofendido por cosillas tan livianas? ¿Cómo, si castiga con tal severidad al que, pongamos ejemplo, jura en falso por ganar un tesoro, no ha de castigar más reciamente á quien perjure por un maravedí? Los mismos gentiles conocieron que un pecado cometido por razón de adquirir una colosal ganancia parece menos grave; por donde no dijo tan mal el que dijo: *Si violandum jus est, regnandi causa violandum est*: Si en algún caso fuere menester violar la justicia, hase de violar para conquistar una corona. Nunca es lícito pecar, jamás puede ofenderse á Dios nuestro Señor; pero cuanto disminuye el celo y aliciente de la voluntad, tanto es mayor, en igualdad de circunstancias, la gravedad de la culpa.

Ya que entonces es pospuesto el Criador á una criatura más baja, á un ser más ruin, á un bien más menguado y despreciable.

Concluyamos, pues, con esta consideración. Si así se despedazarán de coraje los que vean que perdieron á Dios, perdieron el cielo, perdieron la eternidad por una provincia ó reino de la tierra, ¿qué harán los desdichados que hayan perdido otro tanto, por qué cosas?, por una usura miserable, por una granjería vil, por una venta no nada limpia, por otras trampas y manejos en los tratos, que harto mejor que yo sabéis vosotros. ¿No rugirán estos infortunados, y se embravecerán eternamente consigo mismos, más que Esaú que vendió su mayorazgo, y el rey Lisímaco su corona, por bagatelas indignas? A perder la corona del cielo y el mayorazgo de la gloria arrastra sin remedio el maldito interés á todos, sean grandes ó pequeños, sean gobernados ó gobernantes, sean reyes ó vasallos, una vez que se enseñorea del alma esta pasión. Vosotros pensad bien, os suplico, si hay ganancia que compense tan inmensa é irremediable pérdida, y después sentenciad si para ser feliz fué y éplogo. nunca buen camino ser malo y pecador.

Conclusión

por descripción

de los tormentos perdurables,

sentencia

representación

y aceptación de dolor

Aplicación particular

por distribución

confirmada por

verdad humana

por razón natural

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y TRES

La política de Maquiavelo, raíz y fundamento del liberalismo contemporáneo, hacía grandes estragos en Italia y en toda Europa. Hasta en España, tierra bendita de Dios y refractaria á toda razón de Estado que no fuese la exaltación de la fe y la extirpación de las herejías, prendió el maldito germen, que no pudieron matar las bien cortadas plumas del P. Márquez y P. Rivadeneira, aquél en su *Gobernador*, éste en su *Príncipe cristiano*.

SEÑERI, perseguidor de todos los vicios y de todos los errores, no podía callar sobre uno tan funesto, que había de cambiar la faz de los pueblos. Sabía que la elocuencia no es arte de mera ornamentación, ni figura de aparador, sino máquina de guerra, azote del impío, terror de los herejes, martillo del hipócrita y debeladora de todos los enemigos de Dios y de la justicia. ¿Qué es encerrar á la elocuencia dentro de cuatro paredes, por que no se amancille su hermanstra con el polvo de los combates y el humo de la pólvora, sino desnaturalizarla, enervarla, matarla? Y si es tan eficaz y avasalladora, ¿no es un crimen tenerla presa, cuando más fuera menester su brazo? Bien decía el autor **Sobre las causas corruptoras de la elocuencia**: *Plures bonos practitatores bello, quam pax, ferunt: similis eloquentiæ conditio.* «Más buenos soldados hace la guerra que la paz: lo mismo sucede con la elocuencia». ¿Por qué? «Porque cuantas más veces sale al campo, y más golpes da y recibe; cuanto el contrario es más insigne y eslorzado, y más recios encuentros ha de tener con él, más se esfuerza la elocuencia y se levanta, y la fama de estos triunfos corre en boca de los hombres, que son de tal condición, que no gustan de lo quieto y sosegado»<sup>1</sup>. Y antes había dicho: *Crescit enim cum ampli-*

<sup>1</sup> Nam quo saepius steterit tamquam in acie, quoque plures et intulerit letus et exceperit; quo maior adversarius et acrior, quocum pugnas ubi asperas desumpserit; tanto altior et excelior; et illis nobilitatus discriminiibus, in ore hominum agit, quorum ea natura est ut secura moliant. De causis or raptæ eloq. n. XIII.

*tudine verum vis ingenii, nec quisquam claram et illustrem orationem efflicere potest, nisi qui causam parem invenerit.* No creo, añade, que hicieron celebre á Demóstenes los discursos contra sus tutores, ni á Cicerón las defensas de P. Quincio, ó de Licinio Arquias; Catilina, y Milón, y Verres, y Antonio, éstos le hicieron grande orador y le granjearon nombre inmortal<sup>2</sup>.

Por esto la **elocuencia cristiana** aventaja sin comparación á la parlamentaria, á la judicial y á la académica, ya se mire el fin, que es la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, intereses capitalísimos sobre todos los mundanos y terrenales; ya se atienda á la **materia**, que es la verdad inmutable, el Evangelio de Dios vivo, sus promesas y amenazas, que no se frustrarán, aunque pasen los cielos y la tierra; ya por razón de la **forma**, dada en gran parte por el mismo Dios en los libros inspirados, variadísima y tan flexible, que lo mismo se acomoda á los más altos ingenios que á la gente ruda y popular; ya se considere la **causa eficiente**, que no es un hombre como quiera, sino el sacerdote de Cristo, ministro suyo y embajador en la tierra, porque «no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro Padre es el que habla en vosotros»<sup>3</sup>, y «yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo»<sup>4</sup>. Y las aventaja, sobre todo, porque siempre está en **estado de guerra**, como instrumento que es de la Iglesia de Jesucristo, que no puede reconciliarse jamás, ni pactar treguas, ni admitir conciertos de sus enemigos mundo, demonio y carne, por cuya actitud batalladora se llama Iglesia **militante**, ó la que está en campaña. La **triumfante** ó gloriosa no habrá menester de elocuencia; porque, unidos todos los entendimientos en la suma Verdad y todos los corazones en el sumo Bien, y sumidos los apetitos en la suma Bienaventuranza, sojuzgados ya todos los enemigos de Dios, trocaráanse las máquinas de guerra en instrumentos de perdurable deleite, y el don de la palabra sólo servirá para bendecir eternamente al dador de todo bien.

¿Cómo emplea SEÑERI este precioso don? ¿cómo maneja esta máquina terrible? El presente discurso, dechado en el género **histórico**, y de estilo **sublime** y arrebatado, forma

<sup>1</sup> Non opinor, Demosthenem orationes illustrant, quas adversus tutores suos composuit; nec Ciceronem magnam oratorem P. Quintius defensus aut Licinius Archias, factus; Catilina, et Milo, et Verres, et Antonius hanc illi animam circumdederunt.

<sup>2</sup> Non enim vis estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis. Matth., X, 20.

<sup>3</sup> Matth., XXVII, 40.

una antitesis admirable de sentimientos y de lenguaje con el anterior. En aquél toma á un pobre pecador y lo levanta á la santidad más encumbrada; en éste se encara con los perversos políticos y con los reyes más poderosos de la tierra, y los confunde y los sepulta en los infiernos; en aquél excita la **confianza**, en éste el temor y el **terror**; en aquél encañece la **misericordia** de Dios, en éste su **justicia**; en aquél se vale, como de medio de argumentación, de la eficacia de la **gracia**; en éste de la ley de la **Providencia**. El estado de entrambos es el **conjetural**, aunque participa del **legítimo**<sup>1</sup> por la defensa que hace en aquél de la fuerza de la gracia, en éste de la justa Providencia.

**Cuatro** cualidades han de tener los discursos históricos, si han de merecer el dictado de obras de arte: **erudición** copiosa y escogida; **variedad** y artificio en la disposición y formas externas; **progresión** constante, si no en todos los pormenores, en la idea capital; y, finalmente, hablando de elocuencia sagrada, que sean **prácticos** y enderezados al ejercicio de la virtud. Todas resplandecen en el presente razonamiento.

**Erudición** copiosa y escogida. *Dii immortales! quantum rerum varietatem, quantum vim, quantum copiam... complexus es!*, podemos exclamar después de este discurso, como Cato al oír á Craso, ó más bien á Cicerón, en el tercer diálogo *De Oratore*. «Los antiguos hasta Sócrates, decía Marco Tulio por boca de Craso, hermanaron todo linaje de cien-

El estado lo define así nuestro simpático Arias:

*Unum nos igitur formam statuamus agendam,  
Unum quaerenti fundamentum, unde opus nunc  
Procedat; conclusioque sibi compagineat artus:  
Hic status est. (Rhet. lib. II.)*

El **conjetural**, cuando, acerca de lo que se trata, investigamos

*An sit quod petimus, fuerit, aut certa futuri  
Pignora praestiterit.*

El **definitivo**, ó la cuestión quid sit.

*cum viribus arguis  
Describit, cum praesenti dat nominis casus  
Orator, proprio distinguens limite ius.*

El **legítimo**, cuando versa sobre la cualidad (*qualis sit*) de los hechos ó de las cosas:

*Constititior forsam factum, naturaque facti,  
Sed dubium est iniusta nimis, num justa patrantur  
Mens fuerit, omnia dignumne un vindice poena.  
Haec vota solvenda est, dicenti hanc ultima moles.*

cias, toda suerte de conocimientos, ya se refieran á las costumbres, ya á la vida de los hombres, ya á las virtudes, ya al gobierno de los pueblos, con el arte de bien decir: mas vino después el divorcio entre la sabiduría y la elocuencia: *Philosophi eloquentiam despectarunt, oratores sapientiam*, con ruina de la elocuencia, que quedó sin alma ni espíritu, y con menguado de la sabiduría, que pareció, no en hábito de reina, como lo es, sino en traje aviltado y hórrido, y aun como fantasma ó espíritu sin cuerpo ni forma proporcionada: *quum veteres dicendi et intelligendi mirificam societatem esse voluissent*<sup>1</sup>.

Este consorcio íntimo entre la sabiduría y la elocuencia buscó y alcanzó nuestro orador, allegando con avidez cuanto en su tiempo se conocía de sagrado y de profano, de antiguo y de moderno, de historia y de filosofía, de teología escolástica y moral, porque de todas estas armas debe estar apercebida la elocuencia. ¿Y no hay aquí demasia de erudición histórica? No, porque no la trae ad *delectandum*, sed ad *probandum*, por medio de la **inducción**. ¿Y qué es inducción oratoria? *Inductio est oratio, quae rebus non dubiis capit assensionem ejus quicum instituta est; quibus assensionibus facti, ut illi dubia quaedam res, propter similitudinem earum rerum quibus assensus, probetur*. Así la define Marco Tulio<sup>2</sup>. Pues cuántos ejemplos ha de aducir el predicador para que los oyentes se persuadan que nunca el malvado para medrar, ni la política sin Dios fué buen camino para medrar! Y á fe que lo convence á maravilla, y deshace los ejemplos que pudieran traerse en contrario, y fuerza al que le oye á que diga para sí: «Lo reconozco; si sigo así, me pierdo».

**Variedad** de formas. Los discursos históricos adolecen casi siempre de **monotonía**, si el que los pronuncia no es gran artista. Bralo SENERI, y de aquí la multiplicidad de formas con que da novedad y energía á su palabra. Unas veces enlaza los ejemplos con una **propiedad moral**, como en el párrafo III, agrupando por sí á los príncipes y capitanes buenos, y luego aparte los que no lo fueron. Otras, como en el párrafo IV, cotejándolos entre sí por vía de **paralelos**, en que es dechado el que trae de Herodes y Constantino. Otras pasa rápidamente por los que ofrecen menos interés, y se fija en **uno sólo**, arguyendo de la prosperidad ó de la adversidad, la justicia ó sinrazón del príncipe, como de Honorio lo demuestra en el párrafo V. Otras, por vía de **congeries**, congloba á los pueblos y naciones, como en el párrafo VI, ó los pone frente por frente de sí

<sup>1</sup> De Orat., lib. III, cap. 19.—<sup>2</sup> Lib. I de Invent., cap. 31.

mismos por modo de **contraste**, como en el párrafo VIII, al hablar del desastrado fin de los emperadores griegos. ¿Qué diré de las **figuras**, ó moldes, tan naturales, tan variadas, tan enérgicas, en que vacía sus pensamientos? Y aquel interrumpir el discurso por medio de diálogos, al tratar de José, de Constantino y de Honorio, ¡qué modo tan discreto para descubrir toda la ponzoña de los políticos sin Dios! Estos ejemplos, añadidos á los testimonios bíblicos, á la argumentación teológica, á las autoridades profanas, declarado todo y amplificado ya por el método de exposición, ya por el de refutación, ya de ración, dan una idea del artificio que debe prevalecer en los discursos históricos.

**Progresión** en el orden de las ideas y en el orden de los afectos, ley indispensable de la sólida elocuencia. Guárdala SÉNTERI con extremado rigor. ¿Quién no ve que convence más el segundo argumento, sacado de ejemplos bíblicos, que el primero del dicho y autoridad de los gentiles, y que el tercero de Constantino y Herodes es más evidente que el segundo, y así sucesivamente hasta el postrero? El mismo orden cronológico que guarda hasta cierto punto le ayuda á la progresión, por cuanto nos mueven más los ejemplos **cercanos** que los **remotos**, y los de la patria que los de otros países. ¡Oh, si fuera español nuestro orador, qué partido sacaría de nuestra historia! ¡Qué grande fué España con el político Recaredo, que asentó la razón de Estado en la Unidad religiosa, y que desventurada con Witiza y Rodrigo, que antepusieron la ambición, el placer y la venganza á la ley del Evangelio! ¡Cuán prosperada en el siglo XIII con la política de Fernando el Santo y de Jaime el Conquistador, y qué decaída en el siglo XIV por el egoísmo de los reyes y las turbulencias de los grandes! ¡Qué fuerte, qué poderosa, qué rica en la postrera década del siglo XV y todo el siglo XVI, cuando el cetro servía á la cruz y la política á la religión, cuando el ardoroso anhelo de propagar la fe entre los idólatras y defenderla entre los herejes y conservarla incólume entre los católicos absorbía casi todas las fuerzas del Estado! ¿Quién la puso durante el siglo XVIII en la pendiente de su ruina? ¿Quién la ha despenado hoy en un abismo de miseria, en un caos de irremediable pérdida? La política sin Dios, el haber lanzado á Cristo de nuestras instituciones, esto nos ha enemistado con el cielo, que nos azota y castiga por que abramos los ojos y veamos que, para ser grandes y felices, es mal camino ultrajar con leyes perversas al autor de la verdadera grandeza y felicidad... Pero donde campea más esta progresión oratoria es desde el argumento quinto hasta el final de la primera par-

te y en el comienzo de la segunda, en que pasa de los castigos temporales á los eternos y terribilísimos que padecerán los políticos anticristianos.

**Práctico.** El orador que no lo es, ni merece el nombre de elocuente, ni menos de predicador evangélico. SÉNTERI lo entendía así, y le espoleaba á ello el celo de las almas que hervía en su pecho y no le dejaba sosegar. No contento con desarraigar de los entendimientos un error tan pernicioso como el de la política, llamémosla liberal, por el argumento de **inducción** y el afecto del **temor**, extiende su caridad á todo el auditorio y da la mano á todos los pecadores por que no se precipiten en los infiernos, por medio de este **entimema**, de una eficacia grandísima, dado lo que antecede. «Si es desatino por el señorío de todo el mundo perder el alma, ¿cuánto más lo será condenarse y ofender á Dios por un vil interés, por un sucio deleite, por un puntillo de honra? Es abuso intolerable, decía el V. Granada, y digno de gran lástima, ver á algunos predicadores tan olvidados de su obligación, que en nada piensan menos que en lo que más les cumple. Pues siendo el fin del predicador encaminar cuanto dice á la salvación de las almas, á corregir las costumbres, á dar reglas de virtud, á inspirar menosprecio del mundo, amor y temor de Dios y otras cosas semejantes, ellos andan divagando por cosas vanas y superfluas con que los miseros oyentes se vuelvan del sermón tan secos y ayunos como habían ido. ¿Quién sufriera que el médico, á quien se ha confiado la cura de un enfermo, se distraiga en mil cosas y no atienda á su deber? Y pone el ejemplo del diestro balletero que nunca pierde de vista el blanco, y del buen arquitecto ó albañil que no asienta ninguna piedra sin aplicar luego la escuadra y la plomada: de este modo, dice, el fiel y prudente dispensador de la palabra divina, cuanto va á decir ha de medirlo por esta regla. Y así, cuando se dispone á predicar y se le ocurre algún pensamiento, preguntese primero á sí mismo: *Quid hoc ad animorum salutem? Quid ad bonos mores componendos? Quid ad vitam hominum rectis institutis moderandam?* Y si lo que ha pensado no sirve ó sirve poco para esto, por delicado é ingenioso que parezca, quiere que irremisiblemente se rechace<sup>1</sup>. Lo demás podrá ser más fácil, más halagüeño, más á propósito para ganar aplausos y aun dinero, porque agradan más los que lisonjean, que los que dicen las verdades; pero no es, cierto, lo más cristiano ni lo más elocuente. La elocuencia no es arte de mera especulación, sino de

<sup>1</sup> Ecclesiasticæ Rhetoricæ lib. II, cap. 12.

acción; no mira únicamente á lo bello, sino á lo útil; y si es la **reina de las bellas artes**, eso porque se sirve de todas, así de las de la vista como de las del oído, á manera de criadas, para un fin más levantado que el de todas ellas, que es la defensa de la verdad, la paz y la justicia en esta vida, y la consecución de la bienaventuranza en la otra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## DISCURSO TREINTA Y CUATRO

### MANSEDUMBRE DE CRISTO REY

*Dicite filii Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

*Dicid á la hija de Sion: Mira que tu rey viene para ti manso y humilde.*

(MATT., XXI, 5)

#### EXORDIO

*Por terminación  
de contraro.*

Si hay cosa por donde más claramente se descubra la suma vanidad de los mortales, son, á mi ver, los pomposos títulos de que hacen alarde. Sapor, rey de Persia, escribiendo al emperador Constantino, no dudó en llamarse hermano del sol. Sofimán, señor y cabeza de los turcos, blasonaba de vencedor del mundo y domador del orbe; y Salamandro, sultán de Egipto, tomó por sobrenombre y apellido presidente de los infernos y dueño del paraíso. ¿Qué diré de un rey, casi desconocido, de Bismagá, el cual se arroga tan soberbios títulos, que no pueden sin risa oírse, tales como esposo de la buena ventura, dios de inmensas provincias, conquistador de cuanto el sol alumbra, maestro de los idiotas, más fuerte que los fuertes, el caballero sin par, señor del Oriente y del Ocaso, del Septentrión y del Mediodía, dominador de todos los mares, aquél á quien temen las ocho partes del mundo; timbres, por cierto, y sobrenombres insolentísimos, en cuya comparación parecen modestos el que usurpaba Atila, de azote de Dios, y Demetrio Poliercetes, de expugnador de las ciudades, y Cayo Julio César, de padre y señor de los ejércitos?

*Parte 1.ª de la  
vanidad de los re*

*por inducción his-  
torica  
(de mal gusto)*

*con que excita la  
atención:*

*confirmada por  
nuevos ejemplos.*

acción; no mira únicamente á lo bello, sino á lo útil; y si es la **reina de las bellas artes**, eso porque se sirve de todas, así de las de la vista como de las del oído, á manera de criadas, para un fin más levantado que el de todas ellas, que es la defensa de la verdad, la paz y la justicia en esta vida, y la consecución de la bienaventuranza en la otra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## DISCURSO TREINTA Y CUATRO

### MANSEDUMBRE DE CRISTO REY

*Dicite filii Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

*Dicid á la hija de Sion: Mira que tu rey viene para ti manso y humilde.*

(MATT., XXI, 5)

#### EXORDIO

*Por terminación á contraro.*

Si hay cosa por donde más claramente se descubra la suma vanidad de los mortales, son, á mi ver, los pomposos títulos de que hacen alarde. Sapor, rey de Persia, escribiendo al emperador Constantino, no dudó en llamarse hermano del sol. Sofimán, señor y cabeza de los turcos, blasonaba de vencedor del mundo y domador del orbe; y Salamandro, sultán de Egipto, tomó por sobrenombre y apellido presidente de los infernos y dueño del paraíso. ¿Qué diré de un rey, casi desconocido, de Bismagá, el cual se arroga tan soberbios títulos, que no pueden sin risa oírse, tales como esposo de la buena ventura, dios de inmensas provincias, conquistador de cuanto el sol alumbra, maestro de los idiotas, más fuerte que los fuertes, el caballero sin par, señor del Oriente y del Ocaso, del Septentrión y del Mediodía, dominador de todos los mares, aquél á quien temen las ocho partes del mundo; timbres, por cierto, y sobrenombres insolentísimos, en cuya comparación parecen modestos el que usurpaba Atila, de azote de Dios, y Demetrio Poliercetes, de expugnador de las ciudades, y Cayo Julio César, de padre y señor de los ejércitos?

*Parte 1.ª de la vanidad de los reyes.*

*Por inducción histórica de mal gusto.*

*con que excita la atención.*

*confirmada por nuevos ejemplos.*

Pero si reparáis, católicos, en ese engrimiento y altanería de los hombres, observaréis que siempre ambicionan títulos de terror, como si toda su gloria consistiese en sojuzgar las gentes, en abatirlas, en aterrorizarlas. ¿Qué hará, pues, en este día nuestro Señor Jesucristo, el cual, entrando hoy glorioso y triunfante en Jerusalén, quiere también su título, como los demás conquistadores? ¿Qué blasón tomará? ¿qué nombre? ¿qué apellido? ¿Acaso el Terrible, el Grande, el Formidable? ¡Oh cuán errados vamos si tal pensamos de nuestro adorable Redentor! El manso y humilde, veis aquí el título que se arroga su divina Majestad, y de que hace alarde en el día de su triunfo. *Dixit filius Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus*. Decid á la hija de Sion: Mira que tu rey viene para ti manso y humilde. ¿De qué os maravilláis? No quiere Cristo aparecer en triunfo sobre una espléndida carroza, ó tirada de feroces tigres, como el emperador Calígula; ni de leones, como un Marco Antonio; ni de elefantes, como un Pompeyo; ni de ciervos, como un Aureliano; mas, caballero sobre una vil jumenta, ni quiere que vayan delante las pinturas ó retratos de las ciudades conquistadas, ni quiere que sigan detrás catervas de prisioneros y cautivos; y, si sufre palmas en su triunfal carrera, quiere que esas palmas vayan entretrejidas con oliva.

Alegraos, pues, amados oyentes míos; alegraos y regocijaos, porque, si es así, no es nuestro Dios, como algunos se forjan, un Dios cruel, un Dios terrible; mas todo piedad, todo mansedumbre, toda amabilidad y dulzura.

Por donde creo de mi deber, conformándome con su ingenio y condición, demostraros hoy **cuán bien le cuadra este título y sobrenombre de rey manso y humilde: *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus***, lo cual equivale á probar cuánto más inclinado es á sufrir que no á irritarse, cuánto más se deleita en favorecer y premiar que no en dañar y desfavorecer; en suma, cuánto más le lleva su naturaleza á usar de clemencia que no de castigo y de rigor; de donde con imprevista consecuencia, y así más grata á vuestros oídos, sacaré, con el favor divino, una conclusión terrible, pero muy cierta y provechosa.

## PRIMERA PARTE

## II

Y para enderezar convenientemente mi discurso, ¿por dónde creéis que voy á comenzar la demostración de lo que me propuse? Por donde acaso menos esperabais: de la omnipotencia de Dios. ¿No me concedéis vosotros que es un Señor de tan grande majestad, que si se mueve hace temblar los quicios del firmamento? ¿que si mira con ceño al sol, el sol palidece de espanto? ¿que si mira con imperio al mar, el mar se retira reverente? ¿cuyos mensajeros son los vientos, cuya voz es el trueno, cuya espada son los rayos, ejecutores de su voluntad por toda la redondez de la tierra? ¿que tiene á sus órdenes las heladas y pedriscos, los torbellinos y tempestades? Pues alentaos, hermanos míos, que de aquí concluyo con toda certidumbre que el castigar es cosa por extremo ajena de su condición. Ruegos que me escuchéis.

Enseña Aristóteles<sup>1</sup>, y con él concuerdan Séneca<sup>2</sup> y Plutarco, príncipes de la filosofía moral entre los gentiles, que la facilidad de enojarse procede de flaqueza: *Maxime ab imbecillitate nascitur ira*. Puesto que los flacos y débiles más fácilmente recelan que serán despreciados si perdonan, y presumen que el no vengarse se atribuirá antes á cobardía ó pusilanimidad que á clemencia, antes á necesidad que á voluntad y propia elección. De donde veis cuán iracunda y rencorosa es la mujer, que no hay ira como la suya sobre la haz de la tierra: *Non est ira super iram mulieris*;<sup>3</sup> porque la mujer es por su natural flaquísima. Por el mismo caso, los enfermos se enojan más fácilmente que los sanos, los débiles más que los mozos, los desdichados y miserables más que los ricos y bienhadados; y entre los animales es notorio que los más irascibles y propensos á morder son las avispas y

<sup>1</sup> Rhet. lib. II.—<sup>2</sup> Plut., De iracund. cohíb. — Sen., De ira.

<sup>3</sup> Eccli., xxv, 23.

de los fuertes el ser soñados; los áspides, bichos ruines y asquerosos. Pero los fuertes no obran así, y, cuanto más fuerte y poderoso, más fácil de aplacar, según cantó el otro poeta: *Quo quisque est major, magis est placabilis irae* <sup>1</sup>. Porque el fuerte sabe que está en su mano vengarse cuando y como quiera; y así disimula, si conviene: no hace caso, no se precia ni alardea de cebarse en personas flacas e inferiores: que es lo que parece dió á entender el emperador Adriano á la sazón que se encontró una vez con un hombre, de quien antiguamente había recibido cierto agravio, y no tomó más venganza que decirle: *Evasisti*, da gracias á Dios que has escapado. ¿Qué más? Ley es de la naturaleza, así dijo San Ambrosio, no escrita con caracteres, sino impresa en las costumbres de los hombres, que los más blandos en castigar sean precisamente los que gozan de mayor poder: *Sunt leges naturae, non scriptae litteris, sed impressae moribus, ut leniores ad puniendum sint qui maxima potestate potantur* <sup>2</sup>. Un generoso león no se vuelve á los ladridos de un pequeño gozquecillo, y sabe todo el mundo que los cielos más altos son menos revueltos, y los mares más profundos menos tempestuosos.

Vengamos, pues, á nuestro propósito: ¿no me concedisteis ser Dios poderosísimo sobre todo poderío? Luego es consiguiente que sobre toda criatura esté inclinado á misericordia y piedad, y por lo mismo que es muy ajeno de su realza y soberana condición ofender y castigar, y extremadamente conforme á ella perdonar y defender. Pensamiento sublime á la verdad es éste, oyentes míos; mas ¿queréis que os diga llanamente de donde lo tomé? Del autor de la Sabiduría en el undécimo capítulo, donde se lee: *Misereris omnium, Dominus*. Tienes compasión de todos (así dice raziando con el mismo Dios), eres manso, eres dulce y apacible con todos, eres piadosísimo y misericordiosísimo; mas ¿por qué razón? Porque eres omnipotente. *Misereris omnium, Domine, quia omnia potes* <sup>3</sup>. No porque á todos quieres, mas porque todo lo puedes: *Non quia omnia diligis, sed quia omnia potes*. Y, en realidad de verdad, ¿por qué pensáis, hermanos

<sup>1</sup> Ovid. de Trist., lib. III, Eleg. 5, v. 31.

<sup>2</sup> Ezam., lib. V, c. 21.—<sup>3</sup> Sap., 21, 24.

ános, que al rogar á Dios que perdone nuestras culpas no alegamos su bondad, no su piedad, no su misericordia, mas sólo su omnipotencia, *Confiteor Deo omnipotenti*, sino porque queremos recabarlo, trayéndole á la memoria que á un poder tan excelso cuadra poco echar mano del rigor, y que lo contrario fuera, como decía el santo Job, embravecerse contra la hoja arrebatada por el huracán, y perseguir una pajueta liviana, *Contra folium, quod vento rapitur, extendis potentiam tuam, et stipulam siccam persequeris?* <sup>1</sup>.

## III

Queda, pues, bastante demostrado por su razón fundamental, cómo el castigarnos no es cosa conforme al gusto y co-razón de Dios. Pero ¿á qué ponerlo en cuestión, si se halla en Isaías en términos tan expuestos, tan formales y precisos, que no dan lugar á la menor duda? Denunció el profeta que Dios se enojaría por fin contra su pueblo: *Dominus irascetur*; mas, en diciendo estas palabras, luego protesta su Majestad que tal obra es divina sí, pero contra su natural acción extraña, hecho muy ajeno de su generosa condición: *Alienum opus ab eo, peregrinum opus ab eo* <sup>2</sup>. Tan cierto es, añade aquí el bienaventurado San Jerónimo, que no es <sup>3</sup> del Criador destruir la criatura, ni del Salvador castigar á los pecadores: *Non est opus Domini perdere quos creavit. Punire peccantes, peregrinum et alienum ab eo, qui Salvator est*. ¿No es Dios Hacedor? Pues no puede complacerse en deshacer la hechura de sus manos. ¿No es Dios Salvador? Pues ¿cómo ha de querer la perdición de lo que debe salvar?

## IV

Y si á la autoridad del profeta queremos añadir algunos indicios y argumentos de razón, estadme atentos, que por ventura no os desagradarán. ¿De dónde, ó por qué señales,

Arg. 2.<sup>o</sup>  
Conclusión y  
ampliación,

2.<sup>o</sup> por testimo-  
nio gravísimo del  
Espiritu Santo.

3.<sup>o</sup> por el dicho de  
San Jerónimo

y argumento de  
imposibili.

®

Arg. 3.<sup>o</sup>  
De las señales e  
indicios: por ali-  
gún sermón.

<sup>1</sup> Job, xiii, 25.—<sup>2</sup> Isai., xxviii, 21.

se deduce que un capitán mete á cuchillo y asuela una plaza contra su voluntad? Porque vemos que primero requeriré si admitían pactos ó capitulaciones. ¿Cómo, ó por dónde, colegimos que un médico usa, á pesar suyo, del hierro y del cauterio con el pobre doliente? Porque le vemos antes probar otros medicamentos más suaves. ¿De dónde inferimos que un hortelano aplica de mala gana la segur á la raíz de un árbol? Porque primero vimosle que se valió de la podadera para ver de rejuvenecerlo escamondándolo.

En conclusión, quicquiera que probó antes los remedios oportunos, da á entender que muy contra su voluntad se resuelve á castigar.

Pues, decídmelo por vida vuestra, ¿qué muchedumbre y suavidad de medios puede imaginarse para ganar nuestros corazones, que no pruebe Dios nuestro Señor antes de tomar el azote y des cargar la mano? ¿qué beneficios no devoramos? ¿qué regalos no hace? ¿qué inspiraciones no envía? ¿qué ejemplos no presenta á nuestros ojos? ¿de qué impulsos tan vehementes, de qué halagos tan dulces no se vale? *Dulcis et rectus Dominus* <sup>1</sup>. Dulce y recto es el Señor, dice el Salmista; no recto y dulce, mas dulce y justiciero, porque Dios siempre es antes benigno que riguroso.

Gallarda diferencia veo yo, y primero la vió el profeta, entre dos oficios, ordenados por otra parte al mismo fin; conviene á saber: entre la pesca y la caza. Entrambos no tienen más objeto que coger la presa, pero ¡por cuán diferentes caminos! El pescador procura atraer los pececillos con cosas dulces, con cebos apetitosos, con gusanos ó pastas sabrosas á su paladar; y tan lejos está de querer espantarlos, que á fin de encubrirselos va á acecharlos en las tinieblas de la noche, y escondé las redes, y oculta los anzuelos con grandísimo silencio; y así los engaña tan mañosamente, que ellos mismos se le entregan, por manera que muchas veces, ya presos y cautivos, no caen en la cuenta de sus prisiones. Mas no así el cazador. Sale éste á campaña con estrépito y tropel de perros y caballos, toca la bocina, y, como quien declara guerra al bosque todo, provoca

Caricía contra su voluntad, quien antes usa de medios blandos.

por indicación de semejantes:

pero Dios emplea primero medios suavísimos.

por interrogación

y autoridad divina.

por paralelismo bíblico entre el pescador y el cazador.

1.ª parte. La pesca; descripción tranquila.

2.ª parte. La caza; descripción arrebatoada.

<sup>1</sup> Ps. xv, 28.

á los osos que salgan de sus cuevas, y de sus madrigueras los cerdosos jabalíes; empuña el venablo, enristra la lanza, y dispara el arcabuz, y ahuyentando las fieras aguarda que pasen, y entonces da el asalto y las hiere y las traspasa y, atajándolas en su carrera, las maltrata de suerte que, con la sangre de ellas, mancha sus manos y salpica sus vestidos. Si atentamente se considera, nace esta diversidad de trazas entre el pescador y el cazador, de que el uno quiere coger la presa por amor y el otro más por fuerza.

Ahora bien; de entrambas se vale asimismo Dios nuestro Señor para ganar á los hombres. Pero ¿de cuál primero? Del arte y traza del pescador. Porque, en primer lugar, procura traernos á sí con ofrecimientos, con promesas, con el cebo de sus favores y regalos; y cuando esto no aprovecha, entonces y sólo entonces echa mano del oficio de cazador; entonces nos acosa, entonces nos espanta y atemoriza, entonces nos aturde con el trueno de sus amenazas y se entabla aquella reñida lucha entre él y el alma hasta que por fin la rinde. ¿No creéis de mi boca estas maravillas del amor de Dios? Oídsele á él mismo por el profeta Jeremías, cuando dice: Veísme aquí que yo les enviaré pescadores, y ellos los pescarán; y después de esto les enviaré cazadores, y ellos los cazarán: *Ece ego mittam eis piscatores, et piscabuntur eos; et post hæc mittam eis venatores, et venabuntur eos* <sup>1</sup>. ¿Habéis reparado en aquella expresión después de esto? Primero, dice Dios, me valdré de la industria y arte de la pesca, conviene á saber: procederé con blandura, los traeré con halagos y caricias; después, si éstas, por desgracia, se frustraren, airado entonces los acosaré, á fuer de cazador, sin perdonar á sangre ni vida.

Y que esto sea así, tomad las divinas Escrituras y recorred sus páginas. Primero hizo Dios que precediesen en Egipto aquellos siete años de abundancia, y luego dispuso que siguiesen los siete de esterilidad y hambre. Primero dió el Señor á David prosperidad y reino floreciente, y después le afligió con pestilencia. Primero concedió á Ezequías grandes riquezas y tesoros, y después le despojó á fuerza de

graduación.

confirmación por el fin de una y de otra.

amor y temor.

Aplicación especial.

de la 1.ª parte.

de la 2.ª parte.

comprobada por autoridad.

paralelismo.

inducción directa y contraposición.

David.

Ezequías.

<sup>1</sup> Jer., xvi, 16.

Acab, saqueos. Antes dió á la casa de Acab numerosos hijos, y después la derrocó y deshizo con matanzas; y así, desde el principio y creación del mundo, primero tentó el Señor de traer á nuestros padres en el paraíso terrenal con el dulce atractivo de tantos y tan regalados frutos, que les puso delante en aquel deliciosísimo vergel; primero los enriqueció de sus bendiciones; primero los atavió con soberana ciencia; primero los destinó á la inmortalidad y visión bienaventurada, y después, como no los prendiese con este cebo, fué á caza tras ellos, lanzólos del paraíso, y arrojando en su seguimiento dos perpetuos perseguidores que, á manera de canes, los mordiesen y enfrenasen, á saber el trabajo y el dolor, al fin dióles el alcance.

¿Qué más? Todos los pecadores del mundo, si quieren confesar la verdad, han de decir que primero usó con ellos el Señor de benignidad que de aspereza. ¿Quién duda, pues, que usar de aspereza y malos tratamientos con los pecadores no dice con su mansa condición, y que de consiguiente, como afirma el autor del Imperfecto, siempre está Dios más aparejado á hacer mercedes que no á castigar? *Parviter semper est Deus ad benefaciendum, quam ad puniendum.* De aquí nace que cada y cuando en las sagradas letras van juntos y acompañados entre sí estos dos vocablos, misericordia y justicia, siempre á la misericordia se concede el primer lugar. «Envió Dios su misericordia y su verdad; ¿quién la buscará?», dice David: «Yo engrandeceré, Señor, tus misericordias y tus juicios»; y más claramente: «Para predicar á la mañana tu misericordia, y á la noche tu verdad»: <sup>1</sup> para que conste á todos los mortales, que si lueven castigos, será al anochecer; al amanecer, las primeras en salir al camino son las misericordias de Dios y sus regalos.

<sup>1</sup> Misit Deus misericordiam suam, et veritatem suam (Ps. lvi, 5). Misericordiam et veritatem ejus quis requirit? (Ps. lxx, 8). Misericordiam et judicium cantabo tibi, Domine (Ps. cxv, 3). Ad annuntiandum mane misericordiam tuam, et veritatem tuam per noctem (Ps. xci, 3).

## V

Arg. 4.<sup>a</sup>  
De los contenidos  
fuerte.

Pasemos adelante: Quien por inclinación y voluntad hace una cosa, no se arredra por cualquier estorbo; no, cristianos, mas rompe con las dificultades y sobrepuja los obstáculos.

Dios alca el castigo por cualquiera excusa?

Y á Dios nuestro Señor, ¡cuán poco basta para desarmarle el brazo y dejar de castigar! Cualquier pretexto tiene fuerza; cualquiera excusa, que se alegue, lo ablanda; no hay razón en contrario tan liviana á que no se rinda. Veamos, si os place, un ejemplo muy ilustre. Había Dios determinado muchas veces acabar en el desierto con el pueblo de Israel,

Logo se plabodidimo por autor calaza.

que por sus pecados de intemperancia, de rebelión, de infidelidad, de blasfemia, de dureza y desagradecimiento, se había hecho incomportable al mismo Dios; mas otras tantas se le opuso Moisés, ¿sabéis con qué razones?; con representar á su divina Majestad que al saberlo los egipcios murmurarían de él, diciendo que mañosamente había Dios sacado á su pueblo de la ciudad al desierto, de poblado á despoblado, para allí matarlos á su sabor: *Ne, quæso dicant aegyptii: Cullide eduxit eos, ut interficeret in montibus et delectet de terra.* ¡Oh Moisés! Y ¿te parece fundada esta razón,

Ataca por las acciones, en Moises y el pueblo de Dios?

y digna de presentarla á un Dios, á una sabiduría infinita, á un entendimiento sublime? ¡Cómo! Porque otros temerariamente lo murmuren, ¿debe usted descaudar su oficio? Y el magistrado integro ¿dejará por esto de condenar al reo?

arracolla con pasiva;

con espasmo,

¿y el príncipe justiciero de castigar al rebelde? ¿y el capitán bien avisado de ahorcar al traidor ó sedicioso? Hablen cuanto quieran, murmuren á su placer los malos, que éstos son escándalos que llaman pasivos, á los cuales si se mira, no hay hacer cosa buena ni emprender grandes hazañas. Y, eso no obstante, ¿lo creeríais? Una razón tan frívola bastó siempre á desarmar la cólera divina y á embotar los filos de su venganza.

modo 1.<sup>a</sup>

por apóstrofe á intercepción,

dicencia.

Mas ¿de dónde le nace esta blandura? ¿acaso porque le importen gran cosa estas habillitas? Nada de esto. Murmuraron muchos del Salvador porque curaba enfermos el sábado; y ¿dejó por ello de curarlos? Murmuraron porque reci-

Nudo 2.<sup>a</sup> por suscitacion.

bía y trataba con publicanos; y ¿dejó por ello de recibirlos? Murmuraron porque tan cortésmente acogía á la Magdalena; y ¿dejó por ello de acogerla y regalarla? No, de ninguna manera; antes, notad esta dignísima observación, fueron las murmuraciones muy bastante causa para que alzase las manos del castigo, mas no para que las encogiese y dejase de hacer bien. ¿Quién no ve, de consiguiente, que nace esta diferencia de ser nuestro bondadosísimo Señor tan inclinado de su naturaleza á derramar beneficios, como ajeno de fulminar castigos? *Ira in indignatione ejus, et vita in voluntate ejus* <sup>1</sup>. La ira cuando se enoja, mas la vida la tiene arraigada en el corazón.

## VI

Mas ¿qué digo? Poco sería que dejara de castigarnos á la más ligera oposición; lo que espanta es que él mismo va buscando con ansia quien se le ponga y salga al camino. *Quaesivi virum, qui interponeret sepe*, <sup>2</sup> clama por Ezequiel: Busqué un varón que interpusiese un valladar. Y, no hallándolo, ¡oh qué tormento! ¡qué congojas! ¡qué pesadumbre y agonía siente! Vió que no había varón, así lo testifica el profeta *Isaias*, vió que no había varón, y ¿qué hizo el Señor? *Aporiatus est*, quedó sin tino y como desmayado, porque no hay quien le salga al encuentro: *Vidit, quia non est vir, et aporiatus est, quia non est qui occurrat* <sup>3</sup>; que vale á decir, porque no hay quien ore, como traslada Pagnino; porque no hay quien interponga su valimiento, como interpretan los Setenta. *Non est qui oret. — Non est qui intercedat*. Conjeturad de aquí si será de suyo castigar ni usar de aspereza con los hombres.

A una persona muy encendida en ira no se le puede hacer mayor agravio que oponérsele y contrariarle cuando está en el calor de la venganza, y querer entonces desarmar el brazo y detener el golpe, ¿qué es sino exponerse incautamente á recibirlo él en vez de su vecino? Dígalos Jonatás. Era, como todos saben, muy entrañable amigo de David, y

<sup>1</sup> Pero esto arguye un gran exasperación.  
<sup>2</sup> En contrario de las personas iracundas.  
<sup>3</sup> por intercepción

á ley de tal, como viese furioso contra él á su padre Saúl, tuvo-se por obligado á interponer su valimiento y amansar la ira del monarca; y como tan discreto, asentados un día á la mesa, en coyuntura oportunitísima, en ocasión muy favorable, se atrevió á decir estas dos palabras en favor de su amigo: ¿Por qué ha de morir? ¿qué mal ha hecho? *Quare morietur? quid fecit?* <sup>1</sup>. ¿Lo creeríais? A pique estuvo de recibir la muerte por respuesta; y con ser Jonatás el hijo amado, el sucesor del reino, el heredero de la corona, no fueron poderosos estos respetos á impedir que el padre cogiese la lanza para clavársela en el pecho: *Et arripuit Saul lanceam, ut interficeret eum*. Así leo que los visigodos mataron bárbaramente á su rey Ataulfo porque les mandaba deponer las armas contra los romanos, en los cuales deseaban aún ensangrentarse. Así también, que los dinamarqueses dieron alevosamente la muerte á su rey Enrique, porque pretendía mantenerlos en paz con los vándalos, con quien ellos querían guerra y enemistad; y así de otros que sería infinito enumerar.

Ni hay por qué maravillarse. ¿No visteis jamás cómo se despeña del monte un torrente arrebata-do, que con estrépito aterrador amenaza desde lejos estrago, asolamiento y destrucción á los campos, á las mieses, á los ganados? Y ¿qué es el primero en sentir el ímpetu de su furia? ¿sabéis quién? El dique ó valla que pretende detenerlo. ¡Oh, entonces cómo se hincha! ¡cómo brama! ¡cómo se enfurece y espumajea el torrente, hasta que, recogiendo todas sus fuerzas, logra derrocar el terraplén; y siendo así que antes con menor braveza se hubiera derramado por la campiña, adonde trae la devastación, hecho con la resistencia más bravo, más feroz, va como orgulloso vencedor amontonando aguas y multiplicando estragos. Pues lo mismo acaece en nuestro propósito. Quien arde de coraje no puede sufrir á quien pretenda ponerle trabas ó embarazarle la venganza; no admite valedores, no quiere medianeros; y como dice no menos compendiosa que oportunamente aquel filósofo, este achaque tiene la ira, que no sufre quien la riija y enfrene:

Conclusiones co-  
responde.

luego Dios es  
monoteísta.

por comunicación

7 autoridad.

Exposición. En  
las sagradas Es-  
crituras se com-  
para Dios á cosas  
terribilísimas.

por analogía de  
testamentos; de  
la osa y el león.

la lava ardiente.

la tempestad

*Habet iracundia hoc mali, non vult regi.* ¿Qué diremos, pues, de Dios nuestro Señor, constándonos, como nos consta, que, no sólo no lleva á mal que le detengan de descargar el golpe sobre nosotros, pero él mismo va buscando quien haga este oficio de barrera ó valladar? *Quaesivi virum, qui interponeret seipem, et staret oppositus contra me pro terra, ne dissiparem eam, et non inveni* <sup>1</sup>. Busqué un hombre que me sirviese de vallado ó dique é intercediese por la tierra en mi acatamiento para no tener que destruirla, y no le hallé. Y ¿aún recelaremos si gusta de castigar? ¿si se complace en ello? ¿si le lleva su corazón? ¿ó más bien afirmaremos que no sabe castigar sino forzado? ¿Por ventura es mi voluntad que mueran los impíos? Dice Dios: *Nunquid voluntatis meae est mors impij? dicit Dominus Deus* <sup>2</sup>.

## VII

Perfectamente, acaso me diréis; pero, si es así, qué significa entonces que en las divinas Escrituras se nos pinta y figura Dios con imágenes tan portentosas y terribles? ¿Qué cosa más para espantar que la osa, á quien han robado los cachorros? Pues á ella es comparado por Oseas: *Quasi ursa, raptis catulis* <sup>3</sup>. ¿Quién más feroz que el león del desierto cuando ruga soberbio tras la presa? Pues á él es comparado Dios por Isaías: *Quomodo si rugiat leo super praedam* <sup>4</sup>. ¿Hay cosa más horrible y asoladora que los torrentes de fuego y lava que vomitan los volcanes? Pues á éstos compara Nahum la indignación de Dios: *Indignatio ejus effusa ut ignis* <sup>5</sup>. ¿Hay cosa más brava que un torbellino, preñado de tempestad y rayos, amenazando estragos sobre la tierra? Pues ésta es la saña del Señor, dice Jeremías, como tormenta arrebatada, como nube borrascosa al estallar: *Ecce turbo Domini furor egrediens, procella ruens* <sup>6</sup>. ¿Cómo se concibe, pues, que sea Dios tan enemigo de castigar, si siempre se valió

<sup>1</sup> Ezech., xxii, 30.—<sup>2</sup> Ezech., xviii, 23.

<sup>3</sup> Osa, xii, 8.—<sup>4</sup> Is., xxxi, 4.

<sup>5</sup> Nahum., i, 6.—<sup>6</sup> Jer., xxx, 23.

para representárenos de imágenes tan terroríficas? No obstante, me confirmo en ello, y aseguro que precisamente por aquí se comprueba y resplandece más la mansedumbre de Dios. Ruégos, oyentes míos, que me escuchéis con atención.

Figuraos que tenéis dos enemigos. ¿Cuál de ellos pensáis que os aborrece más y os quiere mayor mal, el que acecha calladamente á vuestra vida, con la sonrisa en la boca, con la miel en los labios, con la paz y serenidad en la frente, y os convida, como Caín, á un pasatiempo, *Egrediamur foras*; ó el otro que se os presenta con el rostro airado, y os muestra las armas, y os indica el golpe, y muy desde lejos os previene y amenaza con horroroso estrépito? Ciertamente que el primero: más de temer es el oculto acedador, que el enemigo manifiesto, dijo á este propósito San León: *Plus periculi est in insidiatore occulto, quam in hoste manifesto* <sup>1</sup>. El enemigo que bravea, siempre es ménos temible; bien porque podéis precaverlo y aperebiros, bien porque podéis evitarlo, bien porque podéis, cuando ménos, aplacar oportunamente al adversario. Mas del enemigo oculto: ¿quién se librará? Tan apégado está al fuego de su ira, que lo guarda en el rescoldo de la disimulación, por que se mantenga más vivo y más seguro.

Si así es, como lo es, tome Dios las figuras más terribles y espantosas, y, si no bastan las que arriba dijimos, de osa y de león, de fuego y torbellinos, agréguesele las representadas en los Salmos por David. Suba Dios en un carro de nubes tan negras y tempestuosas, que roben la luz del sol; truene y relampaguee en las alturas, y á su sonido tiembren las montañas; empuñe su arco, apreste las saetas, y, para más espantarnos, póngase todo encolorizado en ademán de dispararlas; cerquen su trono, prontos á una señal de su rey, los ejércitos celestiales, y siganle detrás con horroroso acompañamiento el hambre para asolar los campos, la pobreza para diezmar las familias, la guerra para destruir las ciudades, la pestilencia para yermar los reinos y provincias. ¿Qué hace Dios con aparato tan estrepitoso?

(Incrédulo y  
subjugo)

Luego no es  
tan fácil.

Responde, ad  
Aonisti.

7) por compara-  
ción á part,

los dos enemigos;  
siempre del sol-  
pado,

del descubierta:

conclusiones confir-  
mada por autori-  
dad

7 metáfora.

Consecuencia am-  
pliatá por permitt.  
sion

7 viva hipotipo-  
sis.

2.ª parte. Las  
amenazas,

<sup>1</sup> Serm. 9 de Quadr.

2.ª part. La intención de nuestro Padre.

¿Sabéis qué? *Dat metuentibus se significationem*, os responderá el Salmista <sup>1</sup>. Avisanos que nos pongamos en salvo, que nos apercebamos con tiempo, que embracemos el escudo de la oración, que nos vistamos la cota de maila de los santos sacramentos, que con dos palabras de sumisión y arrepentimiento procuremos aplacarle: *Teret ut corrigat, admonet ut emendet, praevenit ut ignoscat*, como admirablemente lo comenta San Ambrosio <sup>2</sup>. Atemoriza para corregir, advierte para enmendar, previene para perdonar. ¿Que duda hay, por lo tanto, que no es su intención tomar venganza, pues áquel que de verdad quiere vengarse no amenaza? Quien de veras quiere herir, replica San Agustín, no dice: *guárdate: Qui vult enim ferire, non dicit: cave*.

Mirad á ese ejército que de veras resuelve tomar venganza de aquella plaza enemiga y entrarla á sangre y fuego. Se aproximan á ella sigilosamente, escóndense por entre espesos matorrales, minan la fortaleza con excavaciones subterráneas, aguardan para el asalto las tinieblas de la noche, y, no fiando de su obscuridad, envuelven las brillantes armas para que las estrellas, que, como dijo hermosamente el Eclesiástico, jamás desfallecen en sus vigiliass: *Non deficientes in vigiliis suis* <sup>3</sup>, atalayandó desde lo alto, no las descubran con sus reflejos. No así Dios nuestro Señor. Quiere sorprender la plaza de Jericó y destruirla, y ¿qué hace para eso? Ordena que el ejército sitiador se presente á la luz del medio día alrededor de sus murallas, *per diem*; que alcen banderas, que suenen cajas, que hagan mucho estruendo con voces y gritaría: *Clamato et occiderantini* <sup>4</sup>. Y esto ¿por qué, sino porque no quiere coger á ningún pecador de sobresalto é inesperadamente? Propio es de la clemencia de Dios para con los hombres, dice San Basilio, no herirlos con el castigo á escondidas y callando, sino que los previene con pregones y amenazas, convidando en esta forma á los pecadores á dolor y penitencia <sup>5</sup>. Por donde las amena-

<sup>1</sup> Ps. LIX, 6.—<sup>2</sup> In Ps. 37.—<sup>3</sup> Ecdli. XLIII, II.—<sup>4</sup> Josue, 6, 10.

<sup>5</sup> Clementiae Dei erga homines peculiare hoc est, non clam aut silentiter ingerit supplicia, sed ea per combinationes praedicit, sic peccatores invitans ad poenitentiam. In Is., 6.

zas divinas no son indicio de que el Señor castigue por su gusto y natural inclinación, antes con pena y repugnancia de su piadosísima voluntad.

## VIII

Arg. 7.º  
De la circuns-  
tancia del tiempo.

Mas ¿á qué dudar en cosa tan manifiesta? ¿No vemos acaso cuántas largas, cuántas treguas y nuevos plazos va dando la divina clemencia, entreteniendó el castigo aun después de hecha la amenaza? Imaginad de aquí y atreveos á decir que gusta de castigarnos quien tan perezoso es en descargar el golpe. Por demás sabéis, mis amados oyentes, que para levantar un soberbio edificio solemos gastar no poco tiempo. Mucho es menester para trazar su planta, mucho para abrir las zanjas y echar los cimientos, mucho para alzarlo y cubrirlo, mucho para decorarlo y darle, en fin, la debida perfección. Mas si queremos luego destruirlo, ¿cuán presto desaparece! Con poco tiempo, en poquísimas horas damos con él en tierra. Y ¿qué imagináis, mis amados oyentes? ¿que por ventura lo mismo pasa en las obras de Dios? Todo lo contrario: *E converso fit in Deo*, así nota San Crisóstomo <sup>1</sup>. Nosotros edificamos despacio y destruimos aprisa; él edifica aprisa y en corto tiempo, pero destruye muy despacio: *Cum struit, velociter struit; cum destruit, tarde destruit*. Y si deseáis un ejemplo palpable, una prueba manifiesta y contundente, á mano la tenéis.

¿En cuántos días fabricó Dios esta inmensa y maravillosa máquina que llamáis mundo? Nadie lo ignora: en solos seis días. Pues escuchad. Cuando quiso destruir, no un mundo, sino una ciudad, y ciudad no muy grande ni principal, gastó siete días completos. ¿No os acordáis de Jericó, de que arriba oportunamente hemos hablado? Andad, dice Dios á los capitanes y caudillos de Israel, andad y rodeadla, que al fencer del día séptimo prometo derrocar sus muros: *Septimo die, muri funditus corruent* <sup>2</sup>. ¿Al día séptimo? ¿Dónde está aquí ¡oh Señor! vuestra potencia?, exclama el Crisós-

Dios aprisa lo más que puede el castigo. Luego es mansísimo.

Consecración por venir á destruir. Los edificios del hombre.

(por gradación y antitecia)

Y las fábricas de Dios.

por ejemplo á Jericó: ejemplo á Jericó.

especifica: el mundo y Jericó

por prosopopeya

<sup>1</sup> De poen. horn. 5.—<sup>2</sup> Josue, VI, 3.

niño, ser ipse  
trófe

y pintura de la  
creación

desafiarle á con-  
firmarle de la  
terza.

Desafiarlo por des-  
linamiento divino.

y diálogo de la  
Santa caridad.

Coordinación final

tomo. ¿Dónde vuestra pujanza? ¿dónde la fortaleza de vuestro brazo? ¿Conque la redondez del universo mundo la fabricáis en seis días, y destruir una ciudad os cuesta siete? *Mundum universum sex in diebus construisti, et unam urbem septem in diebus solvisti?* ¿No sois Vos aquel mismo que en solos seis días tuvisteis brazo para levantar montes tan empinados, que con su frente parecen amenazar el cielo? ¿para ahondar valles tan profundos que parecen sumirse en los abismos? ¿No sois Vos quien en tan poco espacio pusisteis linderos al mar, derramasteis las aguas por las venas de la tierra, vestisteis los prados de frescor y lozania, poblasteis las selvas, enriquecisteis los aires, tachonasteis de estrellas el firmamento? Si sólo seis días empleasteis en edificar un mundo lleno de tantas maravillas, ¿cómo necesitáis siete en destruir una ciudad? No os espantéis, mis queridos oyentes, porque quiso Dios confirmar lo que decíamos. Nosotros empleamos más tiempo en fabricar que en destruir; Dios, empero, más emplea en destruir que en fabricar: *Cum struit, velociter struit; cum destruit, tarde destruit.*

Es ésta una labor que no la emprende sino por fuerza y á pospelo. De aquí que vaya tan lento, tan perezoso, tan, diríamos, arrastrado; de aquí que tarde en llevarla al cabo tanto más tiempo del que era de esperar de su omnipotente diestra. ¡Ay! ¿Cómo me consolaré? Oid cómo se lamentaba el mismo por Isaías; ¿cómo me consolaré en la perdición de mis enemigos? ¿cómo me vengaré de mis contrarios? *Heu consolaror super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis!* Como si dijera: ¿que tenga yo de llegar á extremo, para mí tan doloroso, de matar á mis enemigos! Y ¿por qué no concederles otro plazo? ¿Quién sabe si entre tanto se compungirán? ¿quién sabe si llorarán? ¿quién sabe si reconocerán sus yerros? ¡Oh clemencia infinita de nuestro Dios! ¿No os parece, cristianos, que es cosa del todo ajena de su realza y blandura de corazón el oficio de castigar? ¿que es todo piedad, todo agrado, todo dulcedumbre y que le cuadra á maravilla el título que hoy toma de rey manso y sufrido? *Eccc rex tuus venit tibi mansuetus.* Nadie, por tanto, salga

1 Is., I., 24.

de este templo hasta haber oído la segunda parte, porque no se me oculta que cuanto llevamos dicho parecerá á algunos, no sólo inútil, mas por ventura perjudicial; y así, ruegos á todos que esperéis unos breves instantes, y os haré ver la consecuencia provechosísima que se colige de éste, á vuestro parecer, dañoso, ó, cuando menos, inútil razonamiento.

## SEGUNDA PARTE

### IX

Henos aquí atentos y deseosos de oír la segunda parte. Pero ¿qué provecho se puede sacar del razonamiento de este día? Dios nuestro Señor es, naturalmente, ajeno de castigar. Convencidos estamos; pero ¿qué se concluye de aquí? Que podemos pecar con mayor seguridad y confianza, que podremos seguir nuestros antojos con mayor osadía. — Falsísima conclusión, oyentes míos. La que yo deduzco, bien distinta por cierto, ¿sabéis cuál es? Cuán horrendo mal sea el pecado. Supuesto que, escuchadme bien, cuando un Dios, enemigo de castigar á nadie; cuando el Señor, rey mansueto y sufridísimo, según hemos demostrado, *Rex mansuetus*, se determina por un pecado, aunque sea venial, á enviar castigos tan rigurosos, tan públicos, tan frecuentes, como vemos, concluyese necesariamente que el pecado es el mal de los males y el más funesto que entendimiento criado puede imaginar.

### X

Y en realidad de verdad, ¿qué demostraciones de ira, qué castigos tan espantosos no ha hecho Dios por culpas tenidas apenas por tales en la estimación de los hombres? Paseba un día el Arca del Testamento por el país de los betsamitas<sup>1</sup>, y, como su fama era grandísima por aquellas

transmitido oportuna.

Arguyan la gravedad del pecado.

Transición por diálogo:

consecuencia falsa.

consecuencia verdadera. Dios es mansueto.

Después el pecado es cosa horrenda.

Arg. 9.º 6.º consecuencia.

Dios castiga al pecado rigurosamente.

<sup>1</sup> 1 Reg., vi.

tierras, ya por los oráculos que pronunciaba, ya por las victorias que con su presencia se conseguían, todos aquellos pueblos se abalanzaban á ver aquella maravilla y admirarla, aunque estaba descubierta, con sus profanos ojos, contraviendo así á la ley que prescribía que no pudiesen los simples legos mirar, sino veladas, las cosas del Santuario <sup>1</sup>. *por enumeración del V. T.*

¿Lo creeríais? Por tan liviana culpa, setenta de los más principales cayeron muertos de repente, y cincuenta mil de la gente popular <sup>2</sup>. Ligeró fué el pecado de Nadab y de Abiú cuando, más por inadvertencia que por temeridad y malicia, osaron poner en los incensarios fuego no sagrado, y, no obstante, fueron arrebatados y consumidos de voraz incendio <sup>3</sup>. Ligeró fué el pecado de Moisés y de Aaron cuando, más por impaciencia que por infidelidad, no osaron pedir que sacase agua de los peñascos, atajados sin duda de su empacho y grandes desmerecimientos; pues eso bastó para cerrarles la puerta de la tierra de promisión <sup>4</sup>. ¿Qué diré de Oza, tan celebrado en la tribu de Levi? No murió de muerte arrebatada, por haber extendido su mano irreverente hacia el arca santa que se caía? <sup>5</sup> Mandó David por medio de Joab que todo el pueblo se empadronase, movido más de cierta jactancia y envanecimiento que de necesidad; pues este envanecimiento bastó para que viese á su pueblo diezmando en breve por general pestilencia <sup>6</sup>. Hizo ostentación el rey Ezequías de sus grandes tesoros en presencia de los babilonios, y eso le acarreó, permitiéndolo así Dios, un horrible saqueo en acabando sus días <sup>7</sup>. Y de tales ejemplos están tan llenos, no solamente los libros sagrados, mas también los anales de la Iglesia, que traer otros á nuestro intento, más puede parecer alarde de erudición que verdadera necesidad.

*Argümentación por dilema:*

Discurro, pues, en la siguiente forma: ¿De donde nace que culpas tan livianas las castigue Dios con tal rigor? ¿Por ventura de su inclinación á castigar y tomar pronta venganza de sus ofensas? No, por cierto, porque hemos visto

<sup>1</sup> Num., iv, 20.—<sup>2</sup> 1 Reg., vi.—<sup>3</sup> Lev., x, 2.

<sup>4</sup> Num., xx.—<sup>5</sup> 2 Reg., vi.

<sup>6</sup> 2 Reg., xlv.—<sup>7</sup> 4 Reg., xx.

claramente todo lo contrario. Resta, pues, que tenga su raíz en la suma fealdad y horribilidad del pecado. Veis, pues, aquí, amadísimos hermanos, el fruto del presente discurso. Hacer del pecado la estima y juicio que de verdad se merece, y no reputarlo por cosa liviana, por donaire y aun acaso por hazaña y valentía. ¿Cómo? Un Dios tan manso y perdonador, *Rex mansuetus*, por aborrecimiento que tiene al pecado, da en tales extremos de furor y saña, que llega casi á destruir las obras primorosas de sus manos, que apaga el sol, y entenebrece la luna, y amortigua la lumbre de las estrellas; que hace llover de lo alto diluvios de fuego, que abrasan el mundo y reducen á cenizas la inmensidad del universo; que estraga los campos, y seca las fuentes, y arrasa las selvas, y desquicia los montes, y consume las riquezas de los hombres, y sepulta ciudades, y disipa las gentes y los reinos, y no perdona á sus templos sacrosantos, ¡y nosotros nos reímos del pecado! ¡y nosotros somos tan ciegos y desalmados que, no contentos con pecar por entretenimiento, tomamos el pecar por gentileza!

## XI

Notó sabiamente el glorioso doctor San Buenaventura que ningún príncipe, por odio á sus enemigos, destruyó jamás sus propias tierras, mas antes las tierras de sus enemigos; contra ellas mueve guerra, por ellas mete fuego, y en ellas derrama todo su coraje: *Reges et potentes, in praejudicium inimicorum, depopulant terras eorum* <sup>1</sup>; pero Dios nuestro Señor no tal; Dios destruye y asuela su tierra propia. *Deus autem, dissipat terram propriam*. Aborrece tanto á los pecadores, que por razón de ellos viene á deshacer su propia hacienda, su casa, su santuario, sus altares, su morada, su mismo cielo. ¿Qué tan grande mal será, pues, el pecado?

<sup>1</sup> Dieta xi.

Arg. 11.<sup>o</sup>  
Amplificac.

## XII

Y no obstante, ¡oh humana perversidad!, no hay cosa que más nos cueste creer; y así no es maravilla que no nos rindamos á un Dios misericordioso, pues no nos mueve un Dios castigador. ¡Oh soberbia intolerable!, exclama aquí justamente irritado Salvián; muchos pagan la pena de sus pecados, y nadie quiere entender las causas de los pecados: *O superbiam non ferendam! plurimi poenas peccatorum suorum perferunt, et intelligere causas peccatorum suorum nemo dignatur*<sup>1</sup>. ¿Y hasta cuándo, hermanos míos, no entraremos dentro de nuestro corazón para ver y llorar nuestra malicia é incomportable ingratitud, pues un Dios tan manso, tan bueno, tan sufrido, ya no puede con nosotros? Clama, y nos hacemos sordos; amenaza, y, estúpidos, reímos; nos azota, y endurecémomos más. ¿En qué pararán vuestras locuras? ¿No vendrá día en que nos demos por vencidos y cedamos á la fuerza, ya que poríamos en no ceder á las dulzuras de su amor?

de santa ira contra los pecadores.

de orgulloso es tratable.

de amor y arrepentimiento.

Arg. 12.<sup>o</sup>  
Comparación por ejemplo de Nabucodonosor.

## XIII

Nunca leo en las Escrituras divinas lo que en ellas se cuenta del rey Nabucodonosor, que no se me represente al vivo la imagen de esta nuestra no sé si diga soberbia ó estúpidez. Suplicoos, pues, que, para remate de mi discurso, escuchéis este suceso tan extraño; y si por ventura os pareciere larga mi segunda parte, tened en cuenta lo que cerceña de la primera. Comparece el profeta Daniel delante de aquel príncipe soberbio y altanero, y con la autoridad que le daban la inocencia de su vida y la fama de su entereza, le interpreta con toda libertad el funestísimo sueño, y hácele saber cómo el mismo Nabucodonosor, monarca á la sazón de tantos pueblos y provincias, sería en breve derrocado del trono y lanzado de su casa, solo, vagabundo y, trocado en bestia salvaje, iría como bestia por los montes, y

Introducción la narración como parte.

2.<sup>a</sup> parte. La continuación del profeta.

por condensación.

<sup>1</sup> De Gubern., l. 1.

como bestia comería, y viviría como bestia hasta tanto que abatiese su hinchazón y humillado reconociese que hay Dios en el cielo, Señor y gobernador del mundo: *Domescias, quod dominetur Excelsus*<sup>1</sup>. «Y así, ¡oh rey!, añadió el profeta, toma con tiempo mi consejo. Rescata con limos y propocopeya.

nas tus pecados, da de comer al hambriento, da de vestir al desnudo, y por este camino quiz Dios se apiadará y perdonará tus culpas»: *Quam ob rem consilium meum placeat tibi, et peccata tua elemosynis redime, et iniquitates tuas misericordiis pauperum, forsitan ignoscat delictis tuis*<sup>2</sup>. Tenía Nabucodonosor las palabras de Daniel por voces y oráculos de la divinidad, porque le había enseñado la experiencia que

2.<sup>a</sup> parte. Los efectos de la amenaza.

veía con gran lumbré las cosas por venir, y en razón de ello y por su respeto había sacrificado víctimas y ofrecídole incienso como á Dios. ¿Qué hizo, pues, á la terrible intimación? ¿Sin duda bajaría apresuradamente de su trono y, los prohibe,

derribándose á los pies del celestial intérprete, le ofreciera con pronta voluntad todas sus riquezas en rescate del castigo que le amenazaba, y, no contento aún, trocaría de súbito la púrpura en cilicio, la corona en ceniza, la pompa de la majestad en la humillación de la penitencia? Os en-

os verdades.

gañáis, responde Teodoro, porque el soberbio príncipe, nada atemorizado ni menos compungido con el trueno de esta voz, continuó viviendo más impía y rotamente que nunca. Un año entero le otorgó el Señor para que volviese, en sí y llorase sus pecados. ¿Y qué? ¿pensáis que se trocó?

por sus castigos.

Habiéndosele concedido tanto plazo para arrepentirse, prosiguió el mismo autor, gastó malamente el tiempo destinado para hacer penitencia: *Cum tantum spatium ei ad resipiscendum datum esset, male definitum tempus poenitentiae consumpsit*<sup>3</sup>.

y autorizó.

Cuando he aquí que mientras un día se paseaba muy orgulloso por los salones de palacio, admirando la magnificencia de su casa y la grandeza de su poderío, *Vox de coelo ruit*, bajó de repente una voz del cielo, que le dijo: Al mon-te, rey Nabucodonosor; rey Nabucodonosor, á las selvas, á vivir como bestia entre las bestias; *Tibi dicitur, Nabuchodo-*

3.<sup>a</sup> parte. El final cumplimiento.

<sup>1</sup> Dan., IV, 29. — <sup>2</sup> Ibid., 24. — <sup>3</sup> In Dan.

a voz del cielo, nosor rex, cum bestis erit habitatio tua <sup>1</sup>. Fábulas son y dulces patrañas las metamorfosis y transformaciones que los poetas gentílicos celebran con sus liras, y, tomadas de la divina historia, trocando la verdad en mentira, y en torpe Parnaso la gloria del Carmelo. Apenas oyó, pues, el perverso príncipe la soberana voz, sintióse de improviso transformárcle la figura, el corazón, los sentimientos, las costumbres. Rasgóse las vestiduras por el pecho, y, lanzando un temeroso rugido, apareció todo cubierto de espesas cerdas, endureciósele y encrespósele la piel, crecieronle las uñas, erizósele el cabello á manera de crines ó guedejas, y, echando el vientre por tierra y rastreando, comenzó como una fiera á huir del trato y compañía de la gente. Arrojado, pues, de palacio por los suyos, encaminóse derechamente hacia los montes y á la espesura de las selvas; aquí se sustentaba el infeliz de la hierba del campo y del agua cenagosa de los charcos, y, sin tener dónde guarecerse contra las inclemencias del tiempo, estaba siempre expuesto á las heladas y escarchas, á las lluvias y granizos, á los hielos rigurosos y á los rayos del sol abrasador.

Ahora bien, si lo recordáis, católicos, había Daniel denunciado al príncipe que le era forzoso durar en este lamentable estado hasta que reconociese en el cielo un monarca más excelso: *Donec scias, quod dominetur Excelsus*. De donde sabiamente, en mi sentir, coligen algunos sagrados intérpretes, como Cornelio y Maldonado, que no perdió enteramente todo sentimiento de humanidad, mas antes que le dejó el Señor tal grado de discurso y discernimiento, que echase de ver la mudanza de su persona, y aprendiese la pena de su delito, y así pudiese humillarse, como en efecto se humilló después, en el acatamiento de la soberana majestad. Y ¿cuánto tiempo creéis que tardó en hacerlo? treinta días? Más. ¿Dos meses? Más. Pues ¿cuánto tiempo estuvo? Oíd y maravillaos. Siete años. ¡Oh contumacia! ¡oh perfidia! ¡oh perversidad! ¿Quién dijera jamás, oyentes míos, que un hombre resistiese tanto y con tanta rebeldía á nuestro Señor? ¿Bajo un azote tan duro, tardar siete

<sup>1</sup> Dan., iv, 28.

años en exclamar: me reconozco y glorifico al Rey del cielo? *Glorifico Regem caeli* <sup>1</sup>. ¿No os parece un prodigio de locura, un portento de ceguedad?

Mas, al fin, ciego era y más que ciego aquel malaventurado rey, á quien se le había amortiguado y casi apagado la lumbré de la razón, y más tenía instinto de bestia irracional que discursos de hombre cuerdo. Mas ¿qué diré de nosotros, miserables pecadores, que nos preciamos de sabios y discretos y, no obstante, tardamos tanto en reconocer nuestras culpas y enderezar los torcimientos de nuestra vida? Y ¿qué otra cosa pretende Dios con tantos azotes y calamidades, como llueve de continuo sobre nuestras cabezas, sino que confesemos que hay Dios en el cielo? *Nisi ut sciamus, quod dominetur Excelsus*? Esto nos dicen esas guerras encarnizadas que han desangrado la Europa de la sangre más ilustre; esto nos predicán los tributos y gabelas con que gimen las ciudades; esto nos amonestan la miseria y hambre de las familias; esto nos avisan los hundimientos de pueblos que, á nuestros ojos y en nuestros mismos días, la tierra como hambrienta se ha tragado; esto nos gritan las sequías irremediables; esto las pestilencias tan frecuentes; esto la mortandad y estrago universal. Y, sin embargo, á tantas voces, á vista de castigos tan horribles, ¿quién de nosotros se ha trocado, y de la gravedad de la pena ha deducido la gravedad de la culpa? Esperé y puse el oído atento, paréceme que puedo decir con Jeremías, y ninguno vi que hiciera penitencia de su pecado, diciendo: ¿qué hice, pecador de mí? *Attendi et auscullavi; Nullus est qui agat poenitentiam super peccato suo, dicens, quid feci* <sup>2</sup>.

Si, sí, hay Dios en el cielo, *Dominatur Excelsus*, pecadores indomables y rebeldes; hay Dios en el cielo; haced y deshaced lo que queráis; mientras no os fináis á esta verdad, no hay remedio para vosotros. Hombre carnal y des-

<sup>1</sup> Dan., ibid., 34.—<sup>2</sup> Jer., viii, 6.

transición.

<sup>2</sup> parte. Aplicación por argumentación a nosotros.

y voluere enumeración de las calamidades públicas.

repetición casual.

y afectos.

de dolor y tristeza.

Arg. 13.º Formación por apóstrofe.

a) de contricción.

honesto, ¿dónde estás? ¿quieres saber hasta cuándo durarán en ti esas dolencias tan prolijas que te van penosamente consumiendo y acabando? *Donec scias, quod dominetur Excelsus*, hasta que confieses que hay Dios en el cielo, y te persuadas que arrearán los dolores, si no te enmiedas. Ambicioso, ¿dónde estás? ¿quieres saber hasta cuándo se cebarán en ti esas lenguas maldicientes, que con tanta ignominia te robaron el honor? *Donec scias, quod dominetur Excelsus*, hasta que confieses que hay Dios en el cielo, y te convenzas plenamente que irás cada día de mal en peor, si no eres más devoto y piadoso con Dios, más compasivo con los pobres, más dadivoso y largo con los religiosos y necesitados. ¿Qué resta, pues, que hagamos?, ¡ah Señor y Dios mío! humillarnos delante de vuestro divino acatamiento; reconocer nuestros yerros, adorar vuestros juicios, y obrar de suerte en adelante que Vos, como rey mansísimo, *Res mansuetus*, podáis tratarnos á todos y á cada uno de nosotros conforme á la natural mansedumbre de vuestro amorosísimo Corazón, no conforme al enojo provocado en él por nuestras culpas.

desengallo.

y amenaza, á los peccadores.

viva complacido.

de arrogamiento.

á Dios nuestro Señor.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y CUATRO

Quítese de él el principio del exordio, que tiene resabios de mal gusto, y queda una obra de elocuencia, muy digna de estudiarse. Nace su mérito del primor y maestría con que ha sabido producir **dos afectos** tan contrarios como la admiración y el horror, la **confianza** y el **temor**, por medio de la alabanza y el vituperio, el **panegirico** y la **inveectiva**, amplificadas en la primera y segunda parte respectivamente, y todo enderezado á **un solo fin**, que es turbar al peccador, y que reconozca su culpa.

¿Cómo? ¿y por medio de afectos de confianza engendra la turbación y el temor? ¿por la ponderación de la mansedumbre de Cristo Rey excita horror y aborrecimiento del peccado? Así es, que por los caminos, al parecer más desviados, se llega á veces antes y con más seguridad al término; y por donde el oyente imagina que sube, baja; y donde piensa hallar argumentos para presumir de la divina misericordia y continuar pecando, se encuentra con la mano y rigor de la justicia, que le atemoriza y detiene. ¿Qué cosa más contra el arte que embestir de frente el corazón del que escucha, y descubrirle desde luego toda la traza y tela del razonamiento? No; tú que peroras, has de saberle bien sabido todo el camino; pero, al que oye, bástale que ponga el pie donde tú pongas y asientes el tuyo:

*At tibi tu certos praescribere discito fines,  
Quos saepe observas dicens, possisq; tueri  
Conficias quantumque vias, quum plurima restent  
Tendenti spolia, et duos spectantia tecum  
Agmina, dum fixis oculis, dumque auribus haerent.*

Esta doctrina de Arias Montano<sup>1</sup> se funda en la misma naturaleza del corazón del hombre, que no sufre que le hagan violencia. La fruta sazónada, con facilidad se deja co-

<sup>1</sup> Rhetor. lib. II.

ger del árbol; no así la verde. De este modo, los afectos y propósitos de la voluntad, si no se maduran y sazonan mediante el calor y artificio de la elocuencia, con dificultad se excitan, ó salen hueros y enfermizos; porque, en conclusión: *Nihil violentum durabile*.

**Constitutio causae.** El estado de la cuestión es legítimo, porque no discute acerca de Cristo *Key an sit*, ni tampoco *quid sit*, sino más bien *qualis sit*, á saber: si es un rey arrogante, terrible y avasallador, ó manso, humilde y clementísimo. El género, si se mira la **forma**, es el **demonstrativo**, porque incluye loa y vituperación; mas en la **realidad** pertenece al **deliberativo**, porque su fin es convencer la enormidad del pecado. Artificiosamente por cierto traslada la cuestión de un género al otro, pues el demostrativo ó panegírico se presta poco á la elocuencia, y aun muchos sabios antiguos lo excluyeron del arte de la Retórica. Esta, decían, es el arte de persuadir ó disuadir; es así que el género demostrativo no persuade ni disuade nada, ¿por qué? Lo dice nuestro poeta laureado:

*Demonstrat quoniam tantum, reprobumque probumque,  
Securus licet, auñtor sis; nam hic tibi nullas  
Astruit insidias orator, nullaque tendit  
Retia, ut ad proprios furtim te transferat usus.*

Luego el género demostrativo no es de la jurisdicción de los retóricos. Sólo en un caso, añade, será obra de elocuencia: cuando el orador se propone hacer amar lo que ensalza, y aborrecer y desechar lo que deprime:

*Ni forsán (sed tutum est id) cogaris amare  
Quos probat, et viva depingat imagine, formas,  
Odisse aut dictis quas insectatur amaris.*

**Laudatio** ó panegírico de Cristo Rey, contenido en la primera parte. He aquí todos los pasos de esta jornada.

**Proposición.** Dios es más inclinado á usar de elocuencia que de rigor.

**Confirmación.** Como *a priori*, por entimema: Dios es todopoderoso. Luego es mansísimo (§ II y III).

Como *a posteriori*, por silogismo. Quien se vale de medios blandos para atraer, muestra que castiga contra su voluntad; pero Dios, antes de castigar, echa mano de mil arbitrios para atraer á los pecadores. Luego Dios castiga contra su voluntad y natural inclinación (§ IV).

De los *concomitantes*, por entimema. Con cualquiera razón

<sup>1</sup> Arias Mont., Rhet. lib. I.—<sup>2</sup> *Ibid.*

ó pretexto desiste Dios del castigo. Luego castiga á más no poder (§ V).

De los *antecedentes*. Dios busca quien le vaya á lá mano y le detenga el brazo. Pero esto arguye gran blandura. Luego (§ VI).

De la *circunstancia del tiempo*. Dios va dilatando el castigo y dando largas lo más que puede. Luego castiga de mala gana (§ VIII).

Pero entre este postrer argumento y el anterior intercala otro de gran efecto, por vía de

**Refutación**, que dice así: Dios se compara en las sagradas Escrituras á cosas terribilísimas. Luego no es tan blando como decís.—Y ¿qué argumento saca de esta, al parecer, insoluble dificultad?—Quien grita: guárdate, guárdate, no tiene muchas ganas de herir. Pero eso hace Dios con esas imágenes aterradoras. Luego (§ VII).

La **invención**, como se ve, es oportunísima, sacada de las fuentes más fecundas de la Retórica; causas, efectos, circunstancias; la **disposición**, de ordinario, es la **natural**; aunque, si se mira el conjunto, prevalece la **artificial**; la **elocución** ni es de la del **teólogo** que razona sobre los atributos divinos, ni la del **poeta** que se entusiasma con las obras de la soberana clemencia, ni la del **historiador** que nos cuenta los efectos maravillosos de la bondad y misericordia de Dios; es toda de un **orador** consumado, que siente lo que dice, y dice lo que siente, con el fin de convencer á los demás.

La elocuencia, en **sentido lato**, es común á todo el que habla ó escribe; y así es elocuente el buen filósofo, y elocuente el buen historiador, y elocuentísimo el buen poeta, porque todos se valen como de instrumento de la palabra hablada ó escrita, y por este medio deleitan y arrebatan los ánimos. Mas, **rigurosamente** hablando, sólo el orador es elocuente, porque sólo él se propone persuadir. Los **filósofos** de la antigüedad, nota Marco Tulio, hablaron elegantísimamente; Teofrasto el divino, Aristóteles, Isócrates, Jenofonte, por cuya boca se expresaron las nueve Musas, y el príncipe de todos los escritores y el más grave y encantador, Platón: *tamen horum oratio neque nervos, neque aculeos oratorios ac forenses habet. Loquuntur cum doctis, quorum sedare animos malunt, quam incitare* <sup>1</sup>. Su estilo es muelle y académico, continuo, desprovisto de sentencias agudas y expresiones populares: su frase corre lánguida, sin número oratorio que la ciña y dé vigor: *nihil iratum habet, nihil in-*

<sup>1</sup> Orat. ix.

*vidum, nihil atrox, nihil mirabile, nihil astutum: casta, verecunda, virgo incorrupta quodam modo.* Esta es la prosa de la buena filosofía, una virgen casta, pudorosa y verecunda. ¿Y el estilo de la **historia**? Algo se parece á la elocuencia del orador: hay en ella narraciones elegantes, descripciones de países y de batallas, intercaláanse á veces arengas y razonamientos; mas siempre con frase sosegada y fluida, no con ésta arrebatada y energética, propia de los discursos oratorios.<sup>1</sup> ¿Y los **poetas**? Fuera del ritmo, tienen más amplia licencia para trasladar y componer palabras; para forjar otras nuevas usan de estilo más figurado; más atienden al placer estético que á la utilidad de los que escuchan. Pues ¿el **orador**? Como su fin es enseñar, deleitar y conmover, cuando **enseña**, se acerca al estilo filosófico; cuando **deleita** con narraciones y descripciones, al histórico; cuando **conmueve** y arrebatá, al poético; pero lo realza y anima todo con una concivción y movimiento, con una tendencia á la práctica y á un fin útil, que lo separan *toto coelo* de las otras formas. Y este como carácter **utilitario** no amengua su belleza artística, antes la perfecciona y sube de quilates aun en razón de arte, porque con esto se armonizan mejor el *utile dulci* del preceptor de los Pisones, y todas las facultades y aspiraciones del hombre hallan más cumplida harura y satisfacción más íntima.

**Vituperatio** ó invectiva sobre la gravedad del pecado, en la segunda parte, y se reduce á este entimema: Dios, con ser mansísimo y tan inclinado á piedad, como se ha visto en la parte primera, castiga terribilísimamente el pecado. Luego el pecado es cosa horrenda y encierra en sí una malicia incomparable. Luce aquí una **invención** ingeniosa y contundente, que tiene sus raíces, por cierto bien hondas, en la primera parte: una **disposición** sagaz y enderezada á mover los afectos de santa ira contra los pecadores, de **vergüenza**, de **desengaño**, de **amenaza** y de **arrepentimiento**: una **elocución** cortada en los afectos (§ XI y XII), viva é interesante en la narración (§ XIII), más incisiva y dominadora en la peroración (§ XIII hacia el fin y § XIV); y lo que maravilla, tan fluida y natural, con estar como empuñada de citas y testimonios. Pero todo es aquí sagrado; las autoridades bíblicas, las comparaciones bíblicas, los ejemplos bíblicos. ¿Y con qué arte los maneja! Si estudiamos este y los demás discursos, aprenderemos las **varias formas** con que los testimonios y pasajes de la escritura pueden exponerse y amplificarse. He aquí las principales:

<sup>1</sup> Sed in his tracta quaedam et fluens expetitur, non haec contorta et accris oratio. *Ibid.*

1.<sup>a</sup> Unas veces por vía de **question** ó duda, desenvolviéndola bastante; porque, al paso que ésta pareciera más difícil de desatar, más gustará la solución.

2.<sup>a</sup> Otras va disponiendo de tal manera el discurso, que el oyente espera lo **contrario** de lo que va á decirles; como de las figuras de terror saca en este sermón la mansedumbre de Dios, y de esta mansedumbre colige, contra toda expectación, la terribilidad del pecado.

3.<sup>a</sup> Otras propone y amplifica **primero** cualquier parábola, comparación ó semejanza, y luego exclama: Esto cabalmente dice Salomón, ó nuestro divino Salvador, etc.

4.<sup>a</sup> Por modo de **interrogación** y entablando un diálogo, ó con los oyentes, ó con el autor de las mismas Escrituras; y á este propósito observa el venerable Granada que este método, no sólo sirve para despertar la atención, mas también para variar la voz y dar hermosura á la pronunciación, y que por esta causa lo usó tanto San Juan Crisóstomo: *tractandorum animorum artifex peritissimus*<sup>1</sup>.

5.<sup>a</sup> Y muy ordinaria en nuestro orador, cuando primero trae la **conclusión**, luego la **prueba** escritural ó ejemplo, y termina de nuevo con la **conclusión**.

6.<sup>a</sup> Cuando confirma el testimonio ó comparación divina por la **práctica** y aplicación á casos particulares, y torna al testimonio, y vuelve á un caso práctico, y repite la autoridad y la confirma otra vez con hechos concretos; si bien esta **accommodatio**, en uno ú otro estilo, es común á todas las formas<sup>2</sup>.

Esta teoría puede aplicarse á todos los generos de elocuencia, así académica como judicial y parlamentaria, cuando la fuerza del argumento estriba en las leyes ó testimonios. Lo que importa es que haya **variedad** en las formas de elocución, y aun en la invención y disposición de cada discurso. Demóstenes siempre es Demóstenes, es decir, siempre conserva su carácter, pero no tiene dos arengas cortadas por el mismo padrón. Lo mismo puede decirse de Marco Tulio, lo mismo del Crisóstomo, de San Cipriano, de todos los grandes oradores. Al revés, el orador que constantemente se vale del mismo plan, de las mismas divisiones, de las mismas figuras y ornamentos, por manera que oído el discurso de hoy se pueden sacar las partes y traza general del de mañana, este tal sirve más para enseñar desde la cátedra que para persuadir y conmover desde el púlpito ó tribuna. Lo hemos dicho; no hay cosa más libre

<sup>1</sup> Eccles. Rhet. lib. IV, cap. 4.

<sup>2</sup> Véase *Arts de predicar bene*, Trat. III, cap. 22, obra del mismo P. Séheni.

que el arte, y se ha de privar de esta libertad á la reina de todas las artes, la elocuencia? Cuantas son las materias de que se ha de hablar, las circunstancias de lugar y tiempo, las pasiones y afectos del corazón, las virtudes, los estados del alma, que son poco menos que infinitos, tantas son las formas, ó llámense moldes ó padrones, que se pueden y deben emplear. Por esta causa todas las preceptivas son deficientes; sirven, no obstante, dice Quintiliano <sup>1</sup>, con tal que enseñen el camino recto, mas no si estrechan dentro de un solo círculo ó esfera: *Sed adiuvantur his quoque* (habla de las preceptivas), *si tamen reclam viam, non unam orbitam monstrant*. Buena es la calzada; mas si no puedo ir por ella, cogere el atajo; bueno el camino más derecho; pero, si los torrentes desbordados han roto los puentes, buscaré un rodeo; bueno es entrar por la puerta; mas, si ésta está ardiendo, penetraré por la ventana. Toda esta sentencia es de nuestro M. Fabio Quintiliano, y la misma repitió quince siglos después el Fabio cristiano Fr. Luis de Granada, asentando este gran principio: *Hoc enim solum in hac disciplina perpetuum est, quod nihil perpetuo fieri debeat; sed pro ratione evangeliorum, temporum et auditorum, omnia dicentis consilio varianda sunt* <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> De Institut. Orat., lib. II, cap. 13, n. 16.

<sup>2</sup> Lib. IV, cap. 4.



## DISCURSO TREINTA Y CINCO

### LA PASIÓN DE N. S. J. C.

*O vos omnes, qui transitis per vitam, attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus.*

¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, contemplad y ved, si hay dolor comparable á mi dolor!

(THOMAS, 1, 12)

### EXORDIO

Por su obrar de acorazar la vida.

ALEGROS y regocijais en este día de amargura y desolación, alegros y regocijais; habéis vencido, pecadores. Entonad vuestros himnos de victoria, alborozaos y engulleceos en vuestro triunfo; ya vuestros malvados propósitos han tenido cumplimiento. Con vuestros pecados y obstinación maldita os empeñasteis en lanzar del mundo al cordero sin mancilla, al unigénito Hijo del eterno Padre; porñasteis en ultrajarle, en hollar su nombre, en que á todo trance muriese. Y murió, y acaba de ser arrancado, tal ha sido la violencia de su apartamiento, y acaba de ser arrancado de la tierra de los vivientes: *Abscissus est de terra viventium* <sup>1</sup>. Y heme aquí que vengo atónito de la cumbre del Calvario á traer os tan regocijada nueva, y á haceros saber por cosa certísima cómo el Salvador del mundo, á vista de muchedumbre innumerable, desnudo, desamparado, horriblemente escarnecido, y después de tres horas de penosísima agonía, ha exhalado el postrer aliento enclavado en una cruz. ¿Estáis ya satisfechos, oh despiadados pecadores?

Y de dolor profundísimo.

Preñase por ensañarse.

<sup>1</sup> Isa., LIII, 8.

que el arte, y se ha de privar de esta libertad á la reina de todas las artes, la elocuencia? Cuantas son las materias de que se ha de hablar, las circunstancias de lugar y tiempo, las pasiones y afectos del corazón, las virtudes, los estados del alma, que son poco menos que infinitos, tantas son las formas, ó llámense moldes ó padrones, que se pueden y deben emplear. Por esta causa todas las preceptivas son deficientes; sirven, no obstante, dice Quintiliano <sup>1</sup>, con tal que enseñen el camino recto, mas no si estrechan dentro de un solo círculo ó esfera: *Sed adiuvantur his quoque* (habla de las preceptivas), *si tamen reclam viam, non unam orbitam monstrant*. Buena es la calzada; mas si no puedo ir por ella, cogere el atajo; bueno el camino más derecho; pero, si los torrentes desbordados han roto los puentes, buscaré un rodeo; bueno es entrar por la puerta; mas, si ésta está ardiendo, penetraré por la ventana. Toda esta sentencia es de nuestro M. Fabio Quintiliano, y la misma repitió quince siglos después el Fabio cristiano Fr. Luis de Granada, asentando este gran principio: *Hoc enim solum in hac disciplina perpetuum est, quod nihil perpetuo fieri debeat; sed pro ratione evangeliorum, temporum et auditorum, omnia dicentis consilio varianda sunt* <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> De Institut. Orat., lib. II, cap. 13, n. 16.

<sup>2</sup> Lib. IV, cap. 4.



## DISCURSO TREINTA Y CINCO

### LA PASIÓN DE N. S. J. C.

*O vos omnes, qui transitis per vitam, attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus.*

¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, contemplad y ved, si hay dolor comparable á mi dolor!

(THOMAS, 1, 12)

### EXORDIO

Por su obrar de acorazar la vida.

ALEGROS y regocijais en este día de amargura y desolación, alegros y regocijais; habéis vencido, pecadores. Entonad vuestros himnos de victoria, alborozos y engulleceos en vuestro triunfo; ya vuestros malvados propósitos han tenido cumplimiento. Con vuestros pecados y obstinación maldita os empeñasteis en lanzar del mundo al cordero sin mancilla, al unigénito Hijo del eterno Padre; porfiasteis en ultrajarle, en hollar su nombre, en que á todo trance muriese. Y murió, y acaba de ser arrancado, tal ha sido la violencia de su apartamiento, y acaba de ser arrancado de la tierra de los vivientes: *Abscissus est de terra viventium* <sup>1</sup>. Y heme aquí que vengo atónito de la cumbre del Calvario á traer os tan regocijada nueva, y á haceros saber por cosa certísima cómo el Salvador del mundo, á vista de muchedumbre innumerable, desnudo, desamparado, horriblemente escarnecido, y después de tres horas de penosísima agonía, ha exhalado el postrer aliento enclavado en una cruz. ¿Estáis ya satisfechos, oh despiadados pecadores?

Y se dolor profundus.

Próbete por ensajada.

<sup>1</sup> Isa., LIII, 8.

y visión lígubre: ¿Estáis contentos, oh crueles? ¿Qué más queréis? ¿Por ventura asistir vosotros mismos al lamentable espectáculo, y contemplar con vuestros ojos aquellas lenguas aberturas que abristeis con ajenas manos, aquella sagrada cabeza espinada con vuestra soberbia, aquellos labios amargados con la hiel de vuestras detracciones y maledicencias? Venid, pues, y subamos al monte del Señor: *Venite, et ascendamus ad montem Domini*<sup>1</sup>, que quiero daros gusto y ser en esta dolorosa jornada vuestro guía; si bien, llegados al Calvario, creo, pecadores, que, por grande que sea vuestra dureza y desalmamiento, no podréis contener las lágrimas.

Del rey Seleuco cuentan las historias que cuando, derribado del trono y expulsado de su reino, yacía náufrago y desnudo en la desierta playa, adonde lo arrojó la tempestad, sus antiguos y rebeldes vasallos fueron allí á cebar su crueldad con vista tan lastimera. Mas, como le viesan tendido sobre la arena, solo, abandonado, marchito, sin un andrajo con qué cubrirse, sin un mendrugo de pan que llevarse á la boca, sin lumbre con qué dar calor á sus miembros ateridos, moviéronse, sin estar en su mano, á tanta compasión del malogrado príncipe, que, trocados los corazones, lo alzaron de la arena, tomáronlo consigo y lo volvieron al trono; de lo cual manifestamente se colige que hay delitos tan atroces que jamás hombre los cometería, si conociese su fealdad ó percibiese de antemano sus amargos deijos. Esto mismo se me figura que haríais vosotros en el presente día respecto de vuestro Rey y soberano dueño, á vivir su Majestad necesitado de socorro.

Mas ¡oh golpe y calamidad incomparable!; vuestro bendito Salvador, no sólo ha sido lanzado al mar amargo y espacioso del padecer, mas hanle sumido las bravas olas y anegádole totalmente; y veisle aquí cadáver, desangrado, sin huelgo ni señal de vida. Por crueles y empedernidos que seáis, es fuerza que sintáis moverseos las entrañas de dolor y sentimiento. ¿Lo creeríais? Los mismos verdugos y atormentadores, que con sus manos rasgaron las de Jesús, y le desgarraron sus inocentes carnes, y le descoyuntaron los

<sup>1</sup> Is., II, 3.

huesos, desviábanse del monte santo, inclinada la cabeza y golpeándose el pecho, confusos y quebrantados de dolor: *Percutientes pectora sua, revelebantur*<sup>1</sup>. Y vosotros, de corazones ni tan fieros ni tan empedernidos, no os lastimaréis y derramaréis una lágrima de compasión? ¡Ah!, ya veo que asoma el llanto en vuestros ojos, indicio manifiesto y precursor de ardientes sollozos y entrañables gemidos; no reprimáis en este día vuestros afectos; llorad, desahogaos, que jamás hubo en el mundo ni habrá en vuestra vida lágrimas más provechosas ni mejor empleadas.

Porque ¿á quién imagináis que habéis dado muerte con vuestras culpas y demasías, oh cruelísimos pecadores? Si os dijese que era el mancebo más hermoso que apareció en el mundo y la misma lindeza y hermosura, *Speciosus forma prae filiis hominum*<sup>2</sup>; aquel en cuya frente residía la majestad sin sombra de ostentación; aquel cuyos labios destilaban miel de suavidad y dulcedumbre, nunca enojosa y siempre deleitable; aquel que atraía á sí con hechizo irresistible los corazones de la gente, y por seguirle dejaban los menestrales sus tiendas, los mercaderes sus negocios, y por etopeya las mujeres, olvidadas de su natural flaqueza, y los niños de sus juegos, y todos del comer y beber, iban tras Él dulcemente embelesados; aquel que nació para salvación de todos y perdimiento de ninguno; aquel que atravesó las villas y ciudades derramando favores y no dañando ni á una avecilla del aire ni á un gusarapillo de la tierra; aquel (para encerrarlo en una palabra) todo deseable y sobre todo encarecimiento amabilísimo, *Totus desiderabilis*<sup>3</sup>; si os dijese que tal ha sido el muerto por vosotros, el crucificado por vosotros, ¿no sentiríais viva lástima y entrañable compasión, aunque no os tocase su persona ni por vínculo de parentesco, ni en ley de amistad, ni por razón de gratitud á beneficios recibidos?

Mas ¿qué digo, si su precio sobrepuja todo precio? ¿si os toca por mil títulos y obligaciones? Miradle bien; Él es vuestro mismo Padre, Él vuestro Criador, Él vuestro conservador y sustentador. Él es, ¡oh misterio incéfable!

Amplificación á mayor.

delloro de los judas.

Confirmación 2) de la persona que muere.

Títulos absolutos.

por etopeya

y repetición énfatica.

antístasis.

Títulos relativos.

por coherencia y viva repetición.

<sup>1</sup> Luc., xxviii, 48.—<sup>2</sup> Ps. xliiv, 3.—<sup>3</sup> Cant., v, 46.

conclusión.

vuestro Dios. Aquel cuyos son todos los bienes que gozan todas las criaturas; este aire que respiráis, este sol que os alumbrá, esta tierra que os sostiene y alimenta, esta alma que os vivifica. Y ¿no es justo que en satisfacción de haber dado muerte á tan dulcísimo, piadosísimo é incomparable bienhechor, lloréis algunas lágrimas de amor y arrepentimiento?

Confirmación de los fermentos que padeció

Si bien no me doliera yo que no os doliera la muerte de Jesús, á ser ella común y ordinaria en el padecer. Pero, ¡oh almas redimidas con dolores infinitos!, que **ella ha sido la más cruel que padecieron hombres en el mundo, la más horrenda, la más afrentosa que imaginarse puede.**

y tránsito á proposición

¿Y no os compadeceréis vosotros? Cuantas llagas miráis en el rasgado y purísimo cuerpo de Jesús, son otras tantas bocas por las cuales el Salvador nos habla y dice estando ya difunto: ¡Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, esperaos y contemplad si hay dolor comparable á mi dolor! *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.* Como si dijera: ¿Por qué, oh cruéles y desapiadados hombres, así pasáis sin dignaros dirigirme á mi una sola mirada de amorosa compasión? Ea, deteneos, y poned los ojos en este retablo de dolores, y si halláis que otro mortal ha padecido tantos como yo, llevaré en paciencia que sigáis vuestro camino sin dejarme en prenda y testimonio de buena voluntad ni una lágrima siquiera, siendo así que tantas y tan vanamente derramáis todos los días, ó al cuello de vuestros falsos amadores ó sobre el sepulcro de vuestros amigos y personas más queridas. Mas si vieréis que mis padecimientos traspasan todo humano padecer y que es grande, como el mar, mi quebranto, ¿será posible que no os quede ni un suspiro para mí?

por prosopopeya

y efectos de vergüenza.

Esto vengo á pedir os en nombre del divino Redentor. Detened, os ruego, por algún espacio las avenidas de lágrimas, hasta averiguar si ha habido jamás entre los moradores de la tierra quien, en punto á padecer, pueda compararse con la persona adorable de nuestro divino Salvador. *Si est dolor sicut dolor meus.* Si la halláremos en buena hora, no nos compadecemos ni lloremos; mas, si no la

Lloremos sin medida.

pues fueron sin medida sus dolores.

halláremos, no me vengáis á consolar ni á decir que llore si, pero con tasa y moderación: *Potum dabis nobis in lacrymis, in mensura*<sup>1</sup>. Exceso tan desmedido pide llanto sin tasa ni medida. Llórese enhorabuena con medida la pérdida del hijo único, de la esposa muy amada, de los amigos queridísimos. La medida del llanto en la muerte del Unigénito del Padre, del esposo amantísimo, del amigo soberano, es llorarla sin medida.

Pero si así conviene sentir y llorar las postrimeras agnias del Hombre Dios, ¿dónde está la prodigiosa vara que, renovando las maravillas del desierto, hiera nuestros pechos de piedra y haga brotar esos raudales del insensible corazón humano? Tú serás, ¡oh madero sacrosanto de la cruz! A ti volvemos los ojos antes de emprender nuestra jornada, á ti nuestros espíritus disipados, á ti nuestras oraciones desmayadas. Tú, más poderoso que la vara del gran legislador, puedes ablandarnos con sola tu presencia. Permíteme, pues, que en nombre de todos mis oyentes invoque tu potencia, pidiéndote agua copiosísima: *Da nobis aquam*<sup>2</sup>. Y ¿qué agua he de pedir, sino la más amarga que pueda brotar de corazón adolorido? De aquella vara que fué de ti figura y representación, recibieron los israelitas agua sabrosísima á par de miel: *De petra melle saturavit eos*<sup>3</sup>. Mas nosotros la deseamos amarguísima y desabrida, semejante á la hiel y vinagre que dieron á gustar á nuestro Dios sediento. Que es hoy día de luto, de tristeza, día de amargura y acerbó llanto. Y ¡ay del alma cristiana que en este día tremendo no se estremezca y llóre!, porque escrito está, donde se figuraban estos sucesos, que la tal alma pecerá para siempre. *Onnis anima, quae afflicta non fuerit die hac, heribit de populo suis*<sup>4</sup>; no, no será contado entre los escogidos de su pueblo. Haz por el contrario, ¡oh poderoso madero y árbol de salud!, que cuantos nos hemos cobijado á tu bendita sombra nos deshagamos en copioso llanto, mientras que yo, adorándote profundamente, me atrevo á decir de ti aquellas palabras de la Iglesia: *Quo temer*

Deposición á la cruz.

por diseminación

y multiplicación

agua de lágrimas

ay del que no llóre!

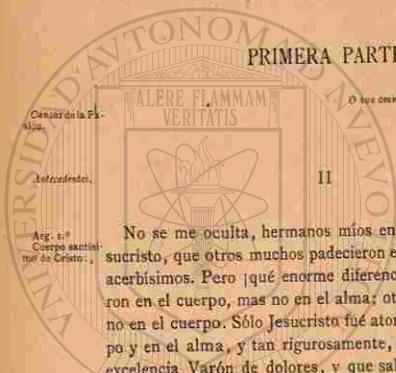
®

aflicción de

<sup>1</sup> Ps. LXXII, 6.—<sup>2</sup> Ex., XVII, 2.<sup>3</sup> Ps. LXXX, 17.—<sup>4</sup> Lev., XXIII, 29.

*fonte manavit nefas, fluent perennes lacrymae, si virga poenitentiae cordis rigorem conerit:* De la fuente misma de donde manaron los pecados brotarán perennes lágrimas, si la Vara de la penitencia llega á quebrantar la dureza del corazón.

Se Colar.



## PRIMERA PARTE

O hoc omnia, qui crucifixo per sium, etc.

Carpas de la Pl.

Ante el templo.

Arg. 1.º  
Cuerpo actual  
del de Cristo.padeció más que  
nada en el alma.

(polisíndeton)

y en el cuerpo,

por autoridad.

y enumeración de  
partes.

No se me oculta, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que otros muchos padecieron en el mundo dolores acerbísimos. Pero ¡qué enorme diferencia! Unos los pasaron en el cuerpo, mas no en el alma; otros en el alma, pero no en el cuerpo. Sólo Jesucristo fué atormentado en el cuerpo y en el alma, y tan rigurosamente, que es llamado por excelencia Varón de dolores, y que sabe de enfermedades: *Vir dolorum, et sciens infirmitatem*. Porque si miramos su alma bendísima, ¡oh, con qué fiereza y ensañamiento embistieron en ella y la despedazaron toda, á manera de rabiosos perros, el miedo, y la congoja, y el hastio, y el sobresalto, y la zozobra, y la desolación, y el ¡ay! agudo y la agonía prolongada! Y si ponemos los ojos en su inocentísimo cuerpo, no hallaremos en él parte sana, ó libre del rigor de los tormentos. Que tal es la fuerza espantosa de aquella profética expresión: *Attritus est propter scelera nostra*. Ha sido como majado y desmenzado por nuestras maldades. Los ojos hundidos á puñadas, las mejillas cárdenas y amortecidas con el golpe de las bofetadas y suciedad de las salivas, la garganta seca, la boca aheleada y todo el rostro feamente maltratado. Para tormento de su sagrada cabeza, hincáronle agudísimas espinas, los pies y manos fueron enclavados y desgarrados con garfios de hierro, los brazos ceñidos y apretados con sogas y cordeles, abrumados los hom-

bros con el peso de la cruz, y aquel cuello de blanquísimo alabastro fué desollado por la violencia con que le arrastraban aquellos sayones del infierno, como si fuera vilísimo jumento. Estiráronsele y pasmáronsele los nervios cuando le tendieron en el leño y no tenía sobre qué estribar; finalmente, con la horrible tempestad de los azotes le despedazaron todo el cuerpo y sembráronlo de llagas de los pies á la cabeza, de suerte que todo él, bañado y arrojado en sangre, parecía una espantosa llaga. *Vidimus eum, et non erat aspectus*: Vimosle, y no tenía aspecto ni figura de hombre.

Mas no creáis que haga mucho hincapié en esta muchedumbre de dolores, porque bien sé que en otros hombres no fueron menores los tormentos, así en número como en rigor y terribilidad. Mas digo que en los otros cuerpos no fueron tan agudos los padecimientos, por ser el de nuestro Señor Jesucristo el mejor compuesto y de complejión delicadísima, y por lo mismo, considerada su natural hechura y la trabazón maravillosa de sus órganos, y la templanza y concierto de los humores, el más sensible y alterable de cuantos se forjaron ni forjarán nunca en las generaciones por venir. Las cosas que hace Dios por vía de milagro son acabadas y muy cumplidas en su especie. Mirad, si no, ¡qué sabroso fué el maná llovido milagrosamente en el desierto! ¡Cuán exquisito el vino con que proveyó Jesús á los convidados de Caná! Y si damos fe á los sagrados intérpretes, fué gustosísimo y el más substancioso del mundo aquel pan con que haró su Majestad á las turbas que le seguían. Ahora bien; si en aquellas obras, de suyo tan terrenas, puso Dios tanto primor y excelencia, porque salían inmediatamente de sus divinas manos, ¡qué primor y delicadeza, qué perfección y cualidades de cielo no daría á aquel cuerpo sacratísimo, que el mismo Señor amasó en las limpias entrañas de la Virgen para ser templo vivo y vestidura purísima del alma más perfecta, noble, hidalga y generosa que produjo su soplo creador? De ninguna manera puede sostenerse, exclama Santo Tomás, que no fuese por todo extremo más cabal y delicado aquel cuerpo, fabricado sobrenatural y maravillosamente, que no los producidos por vía ordinaria de naturaleza: *Quae enim per miracula facta sunt,*

Idea de sentim.  
minuto.Tortoso, por  
corroído, al ar-  
gumento.El cuerpo de  
J. C. fué el más  
sensitivo y deli-  
cado.Luego fueran in-  
compatibles sus  
dolores.Aut. No á can-  
do eficaces.Miró Dios in-  
mediata y mila-  
grosamente las.Categorías a  
part. de otro  
efecto milagro-  
so.P. á causa fer-  
malíy autoridad de  
Santo Tomás.



## III

Arg. 2.<sup>a</sup>  
Duración de la  
Sagrada Pasión.

Comenzóla J. C.  
de a de el primer  
instante de su vi-  
da.

Largo fac.  
incomparable.

Antec. por au-  
eridad.

El porer vito-  
ze sus dolores  
divinamente.

¡por enumeración

y repetición en-  
fática

¡infaliblemente:

Amplificación a  
contrastar.

Mas decidme, cristianos, ¿en quién duraron tanto tiempo los padecimientos? Nadie se imagine que la Pasión del Salvador no tuvo más duración que la que estuvo en poder de las tinieblas y entre las garras de los verdugos y sayones. No, hermanos; entonces más bien se concluyó. El comienzo del padecer fué el comienzo del vivir. Desde el primer instante de su concepción vió aquella alma santísima la horrible escena de sus padecimientos venideros, conforme á aquello del Profeta: *Dolor meus in conspectu meo semper*<sup>1</sup>. Mi pasión estuvo siempre delante de mis ojos. Ni la aprendió confusa y vagamente, como nosotros las cosas por venir; antes bien, así como todo lo pasado y venidero estaba presente á su divino entendimiento, así también lo estaban todos los martirios é instrumentos de la pasión. Allí vió los golpes que habían de descargar en él; allí las bofetadas, los pescozones y malos tratamientos; allí cuantas espinas taladrarian su sagrada cabeza, cuantas inmundas salivas áfearian su rostro, cuantas mofas y baldones, cuantas descortesías y denuestos le dirían; allí la madre piadosa, y la desnudez vergonzosa, y la lanza cruel; allí estaban todos estos cuchillos tan presentes como cuando los vió con sus ojos el mismo viernes de la cruz. Por manera que á este clementísimo Señor, lo mismo fué contemplar este ejercicio de martirios desde lejos, que á nosotros verlos de cerca y sobre nuestras cabezas.

Y todavía más: comoquiera que, si acontece hallarnos en dura cárcel y convictos de delito grave, puede quedarnos alguna esperanza ó de huir improvisamente y de secreto, ó de comprar nuestra libertad á fuerza de dinero, ó de acogernos al valimiento de algún poderoso que interceda por nuestra mala ventura, como el copero por el desdichado José, recludo en obscuro calabozo; y si esto no, aún podemos esperar que por ventura ablandaremos al juez con la

<sup>1</sup> Ps. xxxvii, 18.

mentables súplicas y á los ministros con dádivas ó promesas. Mas Jesucristo sabía punto por punto todo lo que debía sucederle: *Jesus autem sciens omnia, quae ventura erant super eum*<sup>1</sup>, como advirtió el Evangelista San Juan. De aquí, y qué congojas, qué perpetuo sobresalto y pesadumbre agobiaria á aquella alma benditísima día y noche con la presencia é imaginación de tantos males y muerte tan afrentosa, cuando se sabe que, al solo oír de la fatal sentencia, unos súbitamente encanecieron, otros perdieron el sentido, aquellos murieron allí mismo, y otros, con accidentes terribilísimos, dieron á entender cuánto puede la sola aprensión del mal y representación de la muerte. Ya no me maravillo que nadie le viera reír, pues bien podia quejarse con las palabras del Profeta: *Tota die contristatus ingrediebar*<sup>2</sup>; Todo el día y todos los instantes de mi vida andaba triste y congojado; y como se lee en otro pasaje: *Defecit in dolore vita mea, et anni mei in gemitibus*<sup>3</sup>. Deslizóseme y desfalleció mi vida entre dolores y corrieron mis años en gemidos.

Figuraos por un momento qué gozo hubiera nunca disfrutado en vida el infelicitísimo rey Baltasar, que fué cosido impensadamente á puñaladas en su cama, si desde niño hubiese visto siempre contra sí aquel puñal desvenado que le habían de clavar en el cuerpo. ¡Desventurado Sisara, si siempre viera ante los ojos aquel clavo que le había de atravesar las sienes junto al torrente de Císón! ¡Infortunado Abimelec, si hubiese siempre tenido á la vista, sin poderla desviar, aquella maza formidable que le había de aplastar y magullar el cerebro bajo la torre de Tebes! Y ésta fué mi vida, exclama nuestro pacientísimo Salvador: *Dolor meus in conspectu meo semper*. Mi pasión estuvo siempre delante de mis ojos. Siempre, sí, siempre: desde la hora y punto de mi concepción, hasta que derramé por vosotros la última gota de mi sangre. Velando y durmiendo, ya caminando, ya estuviere sentado, y todos los momentos que viví, traje ante los ojos mis martirios y mi muerte. ¡Oh cuántas veces repetiría aquellas dolorosísimas palabras: *Concúleate-*

<sup>1</sup> Joan., xviii, 4. — <sup>2</sup> Ps. xxxvii, 7.

<sup>3</sup> Ps. xxx, 11.

per prosepheya  
y congreso de  
testimoniales:

*rint me inimici mei tota die* \*: Holláronme mis enemigos todo el día. *Circumderunt me tota die* \*: Todo el día embistieron contra mí y me cercarón. *Tota die exprobrabant mihi* \*: Durante todo el día me escarnecían y mofaban. *Tota die verba mea execrabantur* \*: Todo el día estaban escupiendo mis palabras. Y asimismo aquella sentida queja: *Fui flagellatus tota die* \*: Fui azotado por todo el día. Y ¿fue así, por ventura, que duraron todo el día los azotes del Redentor? No, cristianos, que ni de día fueron, sino al rayar el día, como lo testifica el Profeta: *Et castigatio mea in matutinis*. ¿Qué quieren decir, pues, hermanos míos, estas lamentaciones sino que todos los días que vivió padeció por junto las penas y tormentos que más tarde fué pasando uno á uno?

colectiva:

colectiva mo-  
table.

y acción de  
sion.

Por esta razón dicen algunos Padres y doctores que aquellas temblores, aquellos desfallecimientos, aquellas bascás y agonías y luchas desgarradoras que probó el Salvador del mundo en el huerto de las Olivas no eran nuevas ni desusadas, antes muy frecuentes y mortales, y poderosas por su vehemencia á hacerle sudar sudor de sangre; sino que su Majestad, con el señóito que tenía de sus afectos y muestras exteriores, ya para renovarlos, ya para sosegarlos y reprimirlos, ordenaba que fuesen menos violentos para que pudiesen ser más duraderos. Decidme, pues: los treinta y tres años del vivir de nuestro Señor Jesucristo, siempre aguardando los martirios y la muerte, ¿qué fueron sino un linaje de martirio continuado y una muerte prolongada?

Si No séu in-  
mundo la ator-  
menta toda su vi-  
da.

¿Luego su padec-  
er no tiene de-  
mojante.

Mas ¿qué digo? Aunque esta pena no le atormentara, no bastaba para continuo tormento el celo de la honra del Padre y de la salud del mundo, el cual de verdad comía y despedazaba su corazón y le era martirio más cruel que el de la misma muerte? ¿Cómo se abrasaba en fuego de acerba indignación á la vista de las injurias sin cuento contra su Dios y Señor! ¿Qué torrentes de amargura recogeríanse en su pecho por espacio de treinta años con el conocimiento de las miserias de los hombres, sus infelices hermanos,

1 Ps. LV, 3.—2 Ps. LXXXVII, 18.—3 Ps. LV, 9.

4 Ps. LV, 6.—5 Ps. LXXII, 14.

cuya mala ventura le desgarraba las entrañas de pura compasión! Para salvar el linaje humano de las aguas del diluvio, y vadear en frágil leño aquel mar sin ribera que habían formado, no menos que las rotas cataratas de los cielos y los rebasados diques de la tierra, las lágrimas de los naufragos mortales, fué escogido del Señor el piadoso Noé. Mas tuvo cuenta nuestro Señor, como nos lo aseguran las sagradas páginas, de cerrar con su propia mano la ventanilla del arca; y ¿sabéis por qué razón, en sentir del gran Crisóstomo? Para que no se le acreciese la pena con la vista lastimera de tan espantosa mortandad: *Et inclusit eum Dominus de foris* 1, *ut non spectaculi tristis aspectu magis cruciaretur*? 2. Sólo á Jesús abrió de par en par el Padre eterno las puertas todas y ventanas de su alma, á fin de que, ya antes de llegar el riguroso trance, viese y contemplase el estrago y asolamiento de los suyos, y no pudiese mirar á parte alguna sin encontrar aquí lágrimas, allí sangre, allá muertes, acullá trabajos mil veces más intolerables que la misma muerte.

Por imagen y  
exclamación:

Ampliación  
por semejanza  
contraria

de Noé á vista del  
diluvio:

autoridad

y distribución.

Si á la vista de su amigo Lázaro, difunto, dió tales muestras de turbación que no sólo prorrumpió en suspiros y sollozos, sino en ayes y como rugidos de dolor: *Infremuit spiritu* 3, ¿quién es capaz de comprender el quebranto del divino Corazón al representársele, como si presente estuviere, la carnicería y matanza de tantos mártires, de ellos asados en parrillas, de ellos desmembrados, de ellos aradas las carnes con surcos de hierro, de ellos degollados, de ellos atenacados, de ellos ahogados ó despeñados, de ellos asateados, de ellos con otras maneras por su amor atormentados? ¿Qué sentiría aquel pecho misericordiosísimo al ver los trabajos de los apóstoles, las persecuciones de los doctores, las tentaciones de las vírgenes, las tristezas y desconsuelos de los justos? ¡Oh cómo le traspasarían el alma la perdición de algunos reinos de la cristiandad y la pujanza de las infernales herejas! ¡Cómo le entristecerían las tribulaciones que sus miembros habrían de padecer por la enemiga de los malos y perversidad de los impíos! Mas, señaladamente se

Vió los trabajos y martirios de los suyos. Largo.

Por enumeración  
repetitiva.

conduplicación

y similitudencia

Vió la condenación de tantas almas.

1 Gen., vii, 16.—2 Hom. 25 in Gen.—3 Job, xi, 33.

le rompian las entrañas al representársele la condenación de tantos y tantos pecadores, los cuales no habían de querer aprovecharse del beneficio de su sangre, ni reconocer el tiempo de la divina visitación. «En vano he trabajado, se decía: de balde y sin causa he gastado mi fortaleza.» Por donde bien puede su dolor llamarse incomparable: *Non est dolor similis sicut dolor Christi*, porque tomó sobre sí no sólo las tristezas y dolores propios, sino también los ajenos, los cuales, en fuerza de la infinita caridad en que se abrasaba, sentía nuestro amorosísimo Jesús, como si él los padeciera: *Vere languores nostros ipse tulit: vere dolores nostros ipse portavit*<sup>1</sup>. Verdaderamente el Señor tomó vuestras pesadumbres y desmayos; verdaderamente el Señor cargó sobre sus espaldas el peso de nuestros dolores.

Luego en Pasión  
fue la más profun-  
da.

incomparable.

Arg. 2.<sup>a</sup>  
De la pasión  
y sus dolores.

2) Cuales?

¿cómo hombre  
en el mundo  
fue de todo  
tal de hombre

(por enumeración  
y distribución.

inducción bíblica  
de Elias y David

IV

Pero dejando aparte esta Pasión interna que sufrió el dulce Jesús todos los momentos de su vida, y ciñéndonos á la que hoy por nosotros padeció, ¿visteis jamás hombre en el mundo contra quien de consuno se conjurasen todos los estados de la república, diferentes en condición, pero en el aborrecimiento iguales y concordés? Veréis en la historia de las humanas desgracias que, si unos fueron perseguidos por la justicia eclesiástica, salió á su defensa el brazo secular; si éste los persiguió, se acogieron á sagrado y se guarecieron en los templos. Contra unos se enfureció el pueblo, mas los amparó el monarca. Revolvieron contra ellos y arrojáronlos sus mismos naturales, pero los cobijó con su sombra el extranjero. Y tal es la índole de nuestra naturaleza, tan encontrados los intereses, tan arraigado el espíritu de contradicción, que no hay desgraciado ni perseguido que por el mismo caso no encuentre amparadores y abogados. El profeta Elias, perseguido por el furibundo Acab, halló una pobre viuda que luego le ofreció hospedaje y dióle de comer. David, acosado por Saúl, dió con un rey extranjero

<sup>1</sup> Is., LII, 4.

que le escudó contra las iras de su príncipe. Jefe, abandonado de sus crueles hermanos, tuvo la fortuna de hacersele encontradizos ciertos vagabundos, los cuales le ayudaron en la demanda. El profeta Jeremías, maltratado de su pueblo, dió con un etiope compasivo que le socorrió en su necesidad. A la casta Susana, vilmente acusada por dos viejos calumniadores, deparó el Señor un discreto mozo y bien avisado, que saliese por los fueros de la inocencia conculcada; y por el estilo podríamos contar innumerables. Sólo en el dulce Jesús falló la natural costumbre de los hombres é intervinieron en su muerte y maravillosamente se juntaron con lazos de infierno gentiles y judíos, bárbaros y romanos, nobles y plebeyos, sacerdotes y seculares, jueces y ministros, mozos y viejos, cuerdos y simples, sabios é ignorantes; los cuales todos, coaligándose entre sí y acaudillados por Lucifer, formaron aquel escuadrón de toros bravos y rabiosos perros, que embistieron y arremetieron con el Salvador, como él mismo lo lamenta por el Profeta: *Circumderunt me vituli multi: tauri pingues obsederunt me*<sup>1</sup>. ¿Qué cuchillo de dolor verse en el profundo de la abominación y vilipendio, y que su muerte era el desco unánime de aquel pueblo discorde y encontrado!

de Jeremías y Sa-  
nana 1.

Ma contra J. C.  
se armaron de to-  
dos estos:

por enumeración  
y autoridad.

Luego.

Gran maravilla por cierto y monstruosidad enorme, que se hallase en el mundo un solo hombre que desamase al benignísimo Jesús. Porque ¿quien, puesto caso que quisiera, sería capaz de aborrecerle? Con razón podía desahar á las gentes y decirles: *Stemus simul: quis est adversarius meus, accedat ad me*<sup>2</sup>. Pongámonos frente á frente: ¿quién tiene razón para llamarse mi enemigo? ¿Acaso los príncipes y gobernantes? Pero ¡qué reverencia y acatamiento mostróles siempre, ora exhortando á su respeto y obediencia, ora aprobando que se les pagase tributo, ya aconsejando la unión de voluntades y juicios, ya la moderación y concordia, fundamentos de la prosperidad y público sosiego! ¿Tal vez los escribas y sacerdotes? Pero si encarecía de continuo la excelencia de su sagrada potestad. ¿Por ventura los fariseos? Mas ¡con qué ahinco no predicaba la sujeción á sus

¿Quisiera?  
Luz que no po-  
día dramar al  
Salvador:

por ilustrar proso-  
popeya bíblica:

distribución

<sup>1</sup> Ps. xxi, 13. — <sup>2</sup> Is., I, 8.

leyes y mandamientos! ¿Puede que los publicanos? Mas ¿á quién no era manifiesto el cariño singular que siempre les profesó, á costa de su propio crédito y buen nombre? ¿Y el pueblo? ¡Oh!, el pueblo imposible que le quisiese mal, porque el piadoso Señor se desvelaba en provecho de él, y por él se afanaba y enflaquecía; enseñaba á los rudos, fortaleza á los flacos, consolaba á los tristes y afligidos, curaba sus enfermos, daba de comer á sus hambrientos y proveja miseriosamente á su salud y bienestar; y de los nobles y poderosos, no podían malquererle los avaros, porque no estimaba sus riquezas; no los ambiciosos, porque no aspiraba á sus honras y mayorías; no los letrados, porque no los embarazaba en su camino ni se oponía á sus aplausos. Si compareció en su presencia una mujer sorprendida en adulterio, ¿no halló traza su clemencia como librarla de sus acusadores? Si vino á sus pies la pecadora, ¿no la absolvió y engrandeció su virtud?; y en una palabra, ¿no pudiera, mejor que el santo Job, gloriarse justamente de haber sido en todo tiempo pies al cojo, luz al ciego, guía al descaminado, pan á los hambrientos, padre á los huérfanos, vida y resurrección á los muertos? Prodigio insigne, por tanto, y estupenda maravilla que se hallase un solo hombre que descubriéndose aborreciese al Salvador. *Stemus simul: quis est adversarius meus? accedat ad me.*

Pues ¿qué es esto, hermanos míos, qué es esto, que de todos los estados, de todas condiciones, de todo culto, se levantan contra Jesucristo y crecen y se multiplican sus feroces enemigos sobre los cabellos de la cabeza? *Multiplicati sunt super capillos capitis mei, qui oderunt me gratis.*<sup>1</sup> ¡Oh prodigio sin igual! ¡oh pasmo! ¡oh bestial desconocimiento de los hombres! Para ajusticiar á los reos muy criminales apenas se halla verdugo á precio de dinero, mayormente si la ejecución ha de ser pública, á campo abierto y en presencia de la muchedumbre, por el horror que al corazón inspira tan triste ministerio. Mas para dar la muerte al Autor de la vida se ofrecieron tantos de su propia voluntad, que, si creemos á Santa Matilde, llegaron á quinientos los ver-

<sup>1</sup> Pa. LVIII, 5.

dugos y atormentadores; y con tal locura y ensañamiento, que portaban entre sí, como temiendo cada uno no le arrebatase el otro la gloria de haber muerto al Salvador del mundo.

Os horrorizáis de sólo oír que no ha muchos años se hallaron en el reino de Inglaterra vasallos tan ruines é insolentes, que tomaron atrevimiento para degollar en la gran plaza de Londres á su natural señor y príncipe D. Carlos. ¡Justo horror á desmán tan repugnante! Pero, al fin, aquellos desalmados aparecieron con disfraces y encubiertos, ni esperaron jamás justificar tamaña injusticia, ni evanescerse de tan espantosa villanía. No así en la muerte del Hijo de Dios. Desvergonzaron contra Jesucristo, y erguido el cuello, y alzada la frente y á cara descubierta, le atormentaron y clavaron en la cruz: *Extulerunt caput*<sup>1</sup>, y se gloriaban en sus tormentos y agonias, como de triunfo y hazaña singular. A no ser que digamos que jamás así bastardeó y disfrazó sus instintos la humana naturaleza, como en el día tremendo de la Pasión, en que verdaderamente, á mirar los ojos, los semblantes, la furia de los sayones y sus ademanes descompuestos, parecían no hombres de carne, sino fieras ó demonios del infierno: *Deglutiamus eum, sicut infernus viventem*<sup>2</sup>, se decían: Traguémosle vivo, como el infierno á los condenados.

¿Y no os aflige considerar que entre la multitud de atormentadores se encontrarían muchos que habían recibido del Señor señaladísimas mercedes? Derramando su inagotable misericordia curó á unos la mano tullida, y la empleaban en mesarle la barba y arrancarle los cabellos; á otros restituyó el movimiento de los pies paralizados, y se servían de ellos para acocerle; escarnecíanle y mofábanle otros con aquella misma lengua muerta que el Señor había desatado; el que veía por merced de aquel que alumbró el sol y las estrellas, tapábale los ojos é insultaba á su magnífico dador; quien le debía la vida, gritaba muerte contra Cristo y le arrastraba á la montaña para ser allí crucificado, y con fiera inaudita y enorme ingratitud revolían todos con-

<sup>1</sup> Pa. LXXXII, 3.—<sup>2</sup> Prov. 1, 12.

tra Jesucristo las gracias recibidas de Jesucristo. Así lo contemplaban los santos, entendiendo que de este desagradecimiento se quejaba, por ventura, nuestro Señor por aquellas sentidísimas palabras: *Retribuebant mihi mala pro bonis, et odium pro dilectione* <sup>1</sup>. Pagábanme mal por bien y aborrecimiento por amor.

Pero confesóos, amados oyentes míos, que no me arri-  
maría por esto á tan común interpretación, si no viese que uno de los discípulos más regalados, uno de los continuos de su escuela, y de los amigos más entrañables y privados del Salvador: *Homo unanims* <sup>2</sup>, como le llama la Escritura, fué cabalmente el urdidor principal de aquella trama de iniquidad, y el que engrandeció contra su Alteza soberana las asechanzas y la muerte: *Et magnificavit super me supplantationem* <sup>3</sup>. ¡Oh dulce Jesús mío!, ¿quién no se con-  
dolerá de tu miseria?

Porque, en hecho de verdad, hermanos míos, no hubo ni habrá en el mundo traición más espantosa. No ignoro que otros fueron víctimas también de horrible deslealtad; que á César hizo traición Bruto, Arbaces á Sardanápalo, Gíges á Candanes, sus muy allegados y favorecidos; mas no tanto como Judas del Redentor. ¿Quién de aquellos ilustres personajes había encumbrado tan altamente á su perverso amigo, ni admitídole á tanta gracia y valimiento, ni regaládole con tanta predilección? Tomóle Cristo villano, plebeyo, mendigo y miserable, y asentóle entre los doce señadores de su reino, destinados por Dios para establecer con obras maravillosas y gobernar con divino consejo el imperio más grande de la tierra. Aparejábale ya en su mente y en su corazón, como á columna de su Iglesia, adoraciones de mil pueblos, obsequios de sacerdotes, suntuosos templos, magníficos altares. Habíale otorgado amplísimo señorío sobre la naturaleza, sobre las enfermedades y dolencias, sobre la misma muerte. Había sujetado á sus pies las potes-

tades infernales, que se le rendían humildemente, y le obedecían temblando; y, para colmo de estima y confianza, había depositado en sus manos el escaso patrimonio que el Señor, en su voluntaria pobreza, poseía. Habíasele derri-  
bado á sus pies como vil esclavo; habíaseles lavado con pasmosa humildad, y besádoselos con ternura incomparable; y á fuer de buen amigo y amador ardiente y apasionado, llegó con invención divina á incorporárselo consigo y entrañarlo en su corazón, dándole participación íntima de su cuerpo, de su sangre, de su alma, de su misma adorable divinidad. Y ¿qué príncipe de la tierra hizo jamás sombra de estos regalos, ni ensalzó tan soberanamente á su traidor?

Mas proseguid, hermanos míos, y ponderad que, cuantos padecieron alevosías, fué por resultar de ellas notable ganancia á los traidores. Traidor fué Bruto, mas le deslumbra-  
ba la idea de restablecer la antigua libertad. Traidor fué Arbaces, pero contaba con el imperio de los Medos si destronaba á Sardanápalo. Traidor fué Gíges, mas con el blanco de usurpar el señorío de la Lidia. Y tú, apóstata y malaventurado Judas, ¿por qué caudales tan inmensos, por qué imperios tan dilatados, vendiste al Supremo Hacedor? Espantaos, cielos; y vosotros, hermanos míos, cerraos los oídos para no oír lo poco que vale Dios en la estimación del hombre. ¡Por treinta dineros le vendió! ¡por treinta dineros! *Constituerunt ei triginta argenteos* <sup>4</sup>. Pero dije mal; por menos de treinta dineros vendió al Señor de lo criado. Porque ¿no sabéis que le puso como eu almoneda pública, con aquella indeterminada é impla proposición: *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* <sup>5</sup>. ¿Qué queréis darme y os le entregare? Y de aquí provino que se contentase á la primera postura, aunque vilísima, con ser él tan avariento y codicioso; de aquí que no regatease un punto ni altercase en cosa ni dijese palabra de la baja del precio, sino que, rematando con avidez la malhadada venta, mostró á las claras que la hubiera ajustado y concluido á menos costa, y que, contra la costumbre de los vendedores y negociantes,

Conciliato del  
argumento.

transición por  
ficta.

Arg. 2.<sup>a</sup>  
Es la para na  
del traidor.

No hubo en el  
mundo traición  
más infame. Ine-  
gu.

Antec. por con-  
tra el encumbramien-  
to.

a) alogia traidor  
fue tan ensalzado.

como Judas de  
J. C.

por comparación  
de otros traido-  
res.

<sup>1</sup> Ps. cviii, 5.—<sup>2</sup> Ps. lrv, 14.—<sup>3</sup> Ps. xl, 10.

tades infernales, que se le rendían humildemente, y le obedecían temblando; y, para colmo de estima y confianza, había depositado en sus manos el escaso patrimonio que el Señor, en su voluntaria pobreza, poseía. Habíasele derri-  
bado á sus pies como vil esclavo; habíaseles lavado con pasmosa humildad, y besádoselos con ternura incomparable; y á fuer de buen amigo y amador ardiente y apasionado, llegó con invención divina á incorporárselo consigo y entrañarlo en su corazón, dándole participación íntima de su cuerpo, de su sangre, de su alma, de su misma adorable divinidad. Y ¿qué príncipe de la tierra hizo jamás sombra de estos regalos, ni ensalzó tan soberanamente á su traidor?

Mas proseguid, hermanos míos, y ponderad que, cuantos padecieron alevosías, fué por resultar de ellas notable ganancia á los traidores. Traidor fué Bruto, mas le deslumbra-  
ba la idea de restablecer la antigua libertad. Traidor fué Arbaces, pero contaba con el imperio de los Medos si destronaba á Sardanápalo. Traidor fué Gíges, mas con el blanco de usurpar el señorío de la Lidia. Y tú, apóstata y malaventurado Judas, ¿por qué caudales tan inmensos, por qué imperios tan dilatados, vendiste al Supremo Hacedor? Espantaos, cielos; y vosotros, hermanos míos, cerraos los oídos para no oír lo poco que vale Dios en la estimación del hombre. ¡Por treinta dineros le vendió! ¡por treinta dineros! *Constituerunt ei triginta argenteos* <sup>4</sup>. Pero dije mal; por menos de treinta dineros vendió al Señor de lo criado. Porque ¿no sabéis que le puso como eu almoneda pública, con aquella indeterminada é impla proposición: *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* <sup>5</sup>. ¿Qué queréis darme y os le entregare? Y de aquí provino que se contentase á la primera postura, aunque vilísima, con ser él tan avariento y codicioso; de aquí que no regatease un punto ni altercase en cosa ni dijese palabra de la baja del precio, sino que, rematando con avidez la malhadada venta, mostró á las claras que la hubiera ajustado y concluido á menos costa, y que, contra la costumbre de los vendedores y negociantes,

directamente por

emanación e in-  
cremata.

Conclusión.

por comparación.

directo, por apó-  
strofe de indagación.

y también: con-  
duplicación.

Confirmación, á la  
manera de 30 dine-  
ros.

por autoridad y  
consecuencias.

<sup>4</sup> Matth., xxvi, 16.—<sup>5</sup> Ibid., 15.

no tanto le interesaba el dinero, como deshacerse pronto de la enojosa mercancía. ¿Concertóse nunca venta más desgraciada? ¿Qué vil y despreciable jumento no se vende con mayor formalidad? ¿Dónde ó en qué parte del mundo son los vendedores más fáciles en dar que los compradores en ofrecer? Decidme, ¿qué veis por esas plazas y mercados? Porfiase, riñese, crúzanse mil dares y tomares por subir el precio del heno, de la cebada y del comino un solo maravedí. Pongamos á las mercancías precios engañosos, decíanse unos á otros aquellos mercaderes y robadores en Amós: pongamos á nuestras mercancías precios engañosos y pesos falsos, para poder vender hasta las acheduras del trigo: *Supponamus stateras dolosas, ut quisquillus frumenti vendamus*<sup>1</sup>. Tal es el afán de ganar en los que venden. ¡Sólo el Criador de cielo y tierra, el Rey de los ángeles, el Unigénito del eterno Padre, es entregado á la primera oferta de treinta dineros! ¡Ah, bien se descubre que no el interés, sino el odio contra Cristo, negociaron esta venta escandalosa!

## VI

Pero ¿qué dije, Dios mio? Todo en esta venta fué insolente y lo más extraño que se vió jamás... También por odio y enconada rabia vendieron á José sus envidiosos hermanos; mas ¿cuánto va de venta á venta, de traición á traición? Figúraseme ver allá en los campos de Dotain al candoroso mancebo; le conozco: la frente serena, el semblante apacible, el mirar manso y de hombre que tiene en Dios su confianza; mirad cómo le sacan de la famosa cisterna para venderlo á mercaderes ismaelitas. Ved cómo le maniatan con recios cordeles como á vil esclavo, y, sin que valgan lágrimas ni detengan súplicas, cargan al infeliz mancebo y al regocijo de Jacob, sobre veloces dromedarios y lévánselo y desaparece volando hacia la banda donde cae Egipto.

¡Desdichado José!, ¿qué hiciste por donde merecieses de tus hermanos tan bárbaro tratamiento? A bien que puedes

<sup>1</sup> Amós, viii, 5.

consolarte en tu infortunio, porque, si es verdad que te vendieron, mas ¿sabes por qué fin? Para librarte de la muerte. Mejor es, dijoles tu bueno y cariñoso Judas, mejor es que lo vendamos á esos mercaderes que allí pasan: *Melius est ut venundetur*. Si te vendieron, por tu bien te vendieron. Esa hermosa y variada túnica que había de teñirse con tu sangre, será manchada con la sangre de un cordero que en tu lugar desollarán. El lance triste, el caso funesto, la venta inhumana hubiera sido si te vendieran para entregarte á la muerte. Pero alégrate; no es para tí tamaña injuria, tan inhumana crueldad. Reservada está entre el linaje de los hombres al que será llamado por excelencia el Hijo del hombre: *Filius hominis tradetur ut crucifigatur*<sup>1</sup>. Será entregado el Hijo del Hombre para ser muerto y enclavado en una cruz. ¿No es así, hermanos míos? Los que fueron vendidos en sangrientas guerras, fuéronlo con el objeto de rescatar la vida; y las mismas leyes lo confirman, cuando insinúan que se les llama piadosamente *siervos*, de la palabra latina *servare*, guardar ó conservar, comoquiera que conservaban la vida mediante aquella venta ó traslación. De forma que podría decirse en nuestro caso que José fué vendido en calidad de siervo, ya que venderle fué verdaderamente conservarle.

¿Y en Jesucristo? He aquí el hombre, entre todos los hombres caídos en cautiverio ó servidumbre, el únicamente vendido para ser llevado como oveja al matadero. Y ¿no nos quiebra el corazón tal descortesía, tan villano proceder? ¡Ah Judas, ingrato Judas, infame y sacrilego traidor! Ahora no comprendes qué significa vender á Dios por una nonada y con fin tan diabólico. ¿Qué harás, desdichado, cuando abras los ojos y veas tu falsía y la enormidad de tu culpa? ¡Oh cómo te desesperarás! ¡cómo te embriavecerás contigo mismo, y aullarás de despecho y maldecirás la hora y punto de esta venta! ¡Cómo deseearás un verdugo piadoso que, en trueque de ese dinero mal acaudalado, te mate de una vez, antes que muera tu Señor! Pero no le hallarás. Tú mismo, ¡oh, el más miserable de los hombres!, te serás

<sup>1</sup> Matth., xxvi, 2.

Amplificación de vergüenza.

por comparación asustante, esta cisterna.

por autoridad.

Conclusión en fáctica.

Arg. 5.<sup>a</sup> Circunstancia terna. ¿Para qué es vendido?

Los otros para ser salvados.

por ejemplo bíblico: José.

Parte 1.<sup>a</sup> La venta: prosopeo gética.

2.<sup>a</sup> parte. El fin de la venta.

3.<sup>a</sup> parte. Aplicación al Salvador a contrario.

4.<sup>a</sup> parte. Confirmación por el caso común de los siervos.

Amplificación de la y de compra-veza.

consecuencial.

por apóstrofe de blemetr.

prosopeo gética.

atormentador y verdugo. Mas no es razón que te congojes, porque otro más digno no le hallarías en la tierra. Corre, pues, furioso y desesperado á la funesta horca que te tiene aparejada Satanás en premio de tu maldita traición, ve y revienta por medio y derrama las entrañas, ya que no tuviste entrañas de misericordia con tu buen Maestro. Que tal es la sentencia incontestable del Señor por boca del profeta Amós: Esto dice el Señor: Sobre tres maldades de Israel, y sobre cuatro, no le convertiré, porque vendió al Justo por dinero: *Hæc dicit Dominus: super tribus sceleribus Israel, et super quatuor, non convertam eum, pro eo quod vendiderit pro argento Justum* <sup>1</sup>. ¿Qué sentis, hermanos míos, de traición tan nefanda? ¿Cuándo hombre mortal fué vendido tan vil y afrentosamente como el dulcísimo Jesús? ¡Oh injuria! ¡Oh vilipendio infinito! ¡Oh escarnio incomparable del Dios de la majestad!

é hipotética de impresión.

por autoridad.

conclusión de autor.

Ara 6.<sup>a</sup> Circunstancia II.ª. Infamia que resulta á J. C.

Era Judas discípulo y apóstol.

Enigo la infamia de J. C. fué indolente.

por comparación.

Ampliación de efectos.

## VII

Mas no creáis, hermanos míos, que paran aquí la vergüenza y confusión del Salvador por la traición de Judas. Otra hubo y, á mi entender, más amarga y penetrante, aunque menos ponderada. ¿Sabéis cual fué? La nota é infamia grande que, de ser quien era la persona del traidor, resultaba al divino Maestro. Porque ¿no era Judas uno de los doce, que es decir la flor de la escuela y discípulos de Cristo? ¿No acababa de salir entonces de su crianza y disciplina? ¿No había de campear en él la maravillosa eficacia de la educación recibida? Gran consuelo para Vos, ¡oh Jesús mío!, con tres años de continuo enseñar y velar y afanar, haber formado y amestrado un avariento, un traidor, un asesino... Los sobredichos personajes fueron traidoramente vendidos de sus vasallos, ó de sus criados, ó de sus amigos, mas no de sus discípulos, y discípulos en escuela de costumbres, y discípulos por todo extremo amados y participantes de todos sus secretos. ¡Recio golpe en verdad y desventura incomparable! No espere el así derribado ningún

<sup>1</sup> Amos. II, 6.

linaje de compasión, mayormente de la ciega muchedumbre, acostumbrada á juzgar por lo que de fuera se parece. Lo que en el discípulo avieso es refinada malicia, achácase á poca destreza é inhabilidad del maestro, á sus máximas torcidas, á métodos descaminados, á enseñanzas sospechosas; y viene á suceder que el malogramiento de la educación en uno redunde en descrédito de toda la educación y deshonra de toda la escuela. El escándalo, pues, producido, aun en los buenos, del villano comportamiento del traidor, fué, en mi sentir, la herida más honda contra la divina autoridad y fama de Jesucristo. Ésta fué la pesada losa que oprimió su dulcísimo corazón, como dice San Hilario, y le hizo exclamar con pesadumbre infinita: *Tristis est anima mea usque ad mortem* <sup>1</sup>. Triste está mi alma hasta la muerte, por la prevaricación de Judas, por la perfidia de mi discípulo Judas.

en la muchedumbre.

en el Corazón de Jesús.

por testimonio.

Cuando menos es cosa averiguada que, en abriendo los soberanos labios para desahogar con los amigos la congoja de su pecho, turbóse su espíritu. *Turbatus est spiritu* <sup>2</sup>, y se sinceró el Redentor, y se disculpó y protestó vehementemente que no tenía culpa en la ruina, ya irremediable, de aquel malaventurado. Así interpreta Lorino este pasaje: *Et protestatus est, omnia se, quæ corrigendo discipulo apta erant, fecisse* <sup>3</sup>. Este escándalo acabó de desatar las lenguas contra Cristo á placer de la muchedumbre; éste envalentonó y dió la victoria á sus malvados enemigos; éste cortó las alas y desmayó por completo á sus abogados y defensores; éste dispersó como ovejas á los tímidos apóstoles. Y es así que, mostrando tan poca estima del Salvador un discípulo tan familiar, un amigo tan íntimo, *homo unguinis*, un apóstol tan regalado, testigo de las maravillas que obra su Maestro, testigo de su admirable santidad, testigo de su celestial sabiduría, ¿qué habían de hacer los que no tenían en su abono señales tan manifestas? ¿Qué habían de hacer, hermanos míos? Lo que hicieron... Pero no me obliguéis á recordarlo; no me forcéis á trazar de nuevo los horrores y sacrilegios de este día, y traer á vuestros ojos los tormentos

en los enemigos de Cristo.

por sugestión.

cuantificó.

<sup>1</sup> Matth., xxvi, 38.—<sup>2</sup> Job, xiiii, 21.—<sup>3</sup> In Ps. xl, 70.

incomparables del Cordero sin mancilla. Mas si todavía porfiáis, concededme, os ruego, un momento de descanso; porque, si no, desfallecería antes de llegar á la cima del Calvario.

por duplicación  
apoyada.

Historia de la  
Pasión, por las  
circunstancias la  
más escrita.

Arg. 7.<sup>a</sup>  
Prendimiento  
más injusto.

A nadie se pro-  
hibe sin sospecha  
de delito.

por ejemplo del  
inocente José.

Per o al Salva-  
dor prenden cuan-  
do goza de mayor  
estratagemo.

por testimonio  
requiere y conve-  
nió.

## PARTE SEGUNDA

### VIII

Si queréis, pues, saber, amados hermanos míos en el Señor, el concepto que del Salvador hicieron los que no le conocían tanto como Judas, considerad las afrentas y vilipendios con que fué hollado el Dios de la majestad por aquellos tribunales llamados de justicia, y colegid la vileza de su estimación por la ignominia de los malos tratamientos. Y ¿dónde se vió jamás que se apoderase la justicia de una persona de grande autoridad y merecimientos, y reverenciada por el pueblo como santa, sin preceder muy graves sospechas de delito? Contra toda razón, es cierto, prendieron y encarcelaron á José; mas todavía estaba el tanto ó capa en manos de aquella mujer desvergonzada, la cual, como le acusase de frustrado adulterio, luego sacó en probanza la malhadada prenda: *In argumentum fidei, retentum pallium ostendit*<sup>1</sup>. Divulgóse la infamia, multiplicáronse las acusaciones y procedióse, finalmente, al inicuo prendimiento del reo.

Mas, cuando se procedió al de Jesucristo, decidme: ¿qué infamias corrían de su sagrada persona? ¿qué delaciones precedieron? ¿qué indicios, qué sombra de pecado en aquel inocentísimo Cordero? Antes, por el contrario, se hablaba entonces más levantado que nunca en la estimación pública, y dos días antes habíale aclamado la muchedumbre como á profeta de Dios, predicador excelso y el Mesías prometido. Salía innumerable gente á recibirle, y unos echaban sus vestiduras en el suelo para que pasase por ellas, otros cortaban ramas de árboles y olivos, otros ve-

<sup>1</sup> Gen., xxxix 16.

nían de Jerusalén con palmas en las manos en señal de victoria, y todos á grandes voces le decían: Gloria sea al Hijo de David, Hosanna en las alturas: Bendito el que viene en nombre del Señor, bendito sea y prosperado su reino: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. ¿Cómo osaron, pues, prender y encarcelar al Salvador en la cumbre de su gloria y en el apogeo de su reputación, como si fuese señal infalible de criminalidad la universal opinión de tanto que se había granjeado: *Ecce mundus totus post eum abiit*<sup>1</sup>. He aquí que todo el mundo se va tras él? Esta fué, hermanos míos, la causa decisiva del prendimiento de Jesús, éste el gran pecado del Salvador: que todo el mundo iba en su seguimiento.

(la entrada triu-  
fante)

por confusión de  
sus enemigos.  
Luego.

### IX

Y advertid la extraña crueldad con que asieron del Salvador aquellos ministros del demonio. Si hubieran salido al Huerto, no á buscar un delincuente sospechoso, sino á un criminal sentenciado, ¿hubieran podido desplegar más barbarie y fiereza? Ceñase la obligación de ellos, en calidad de ministros de justicia, á llevar á juicio al presunto reo. ¿Por qué, pues, arremeter como manada de lobos hambrientos con el mansísimo Cordero? ¿Por qué arrebatarle con tantas descortesías? ¿Por qué arrastrarle con tanta violencia, como oveja al matadero? *Sicut ovis ad occisionem ductus*<sup>2</sup>. ¿Quién os autorizó para golpearle su divino rostro? ¿Quién para hollarle y acocerle? ¿Por qué atarle tan fuertemente que le desolláis los cueros de los brazos? ¿Por qué le herís con los palos y cueros de las lanzas, entre escarnios y vituperios, con algazara y gritaría de sangrientos vencedores? Esto es arrogarse el ministerio de verdugos, no ejercer el oficio de soldados.

¡Así se atropellan en Jesucristo todos los fueros de humanidad, todas las leyes de justicia! Porque ¿qué mayor injusticia que castigar al reo antes de procesarle? Si bien no merece nombre de proceso el enjuiciamiento del Salva-

Arg. 8.<sup>a</sup>  
Prendimen-  
to cruel y injus-  
tísimo interve-  
lar.

1.<sup>a</sup> parte. Por  
antiguos, a. e. m.  
Jana.

apostrofe de ira,

2.<sup>a</sup> parte. Por  
dolor.

3.<sup>a</sup> parte. Por  
autoridad.

<sup>1</sup> Joan., xii, 19.—<sup>2</sup> Isa., liii, 7.

dor. ¡Ah!, dejadme, hermanos míos, exclamar con el profeta Isaías; aguardé que hiciesen juicio, y veis aquí la iniquidad: espere justicia, y veis ahí alboroto y vorería. *Expectavi ut facerent iudicium, et ecce iniquitas; justitiam, et ecce clamor*<sup>1</sup>. No hubo más ley en juzgar al Redentor divino que el odio, y la perfidia, y la rabia popular. Aquí son unos mismos jueces y partes, fiscales y acusadores, émulos y testigos; aquí, contra la usanza de los tribunales, que no admiten declaración que no venga firmada de puño del testigo y acreditada con juramento público; aquí, digo, se admite como prueba fehaciente todo grito descompasado y toda palabra rencorosa; aquí danse oídos y el más cumplido crédito á la turba soez y al populacho descompuesto y á la gente ruin, perjura, apasionada y sacrilega; en fin, á todos los que la ley excluye por inhábiles para testificar en juicio. *Insurrexerunt in me testes iniqui*<sup>2</sup>: Levantáronse contra mí testigos injustos y malvados.

Y ¿por ventura se le permite á Jesucristo justificar su causa? ¿Danle licencia para que alegue sus descargos y defienda su partido? Injusticia sobre injusticia, hermanos míos. Fuérzanle á que dé razón de sus discípulos y doctrina, y cuando abre la boca para responder cortésmente á la pregunta, uno de aquellos malvados que presentes estaban descarga una terrible bofetada en aquel divino rostro: *Unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu*<sup>3</sup>. ¡Oh mano malaventurada!, ¿qué tal has parado el rostro ante cuyo acatamiento se arrojilla el cielo, ante cuya majestad tiemblan los serafines y toda la naturaleza se estremece? ¡Oh jueces perversísimos! ¡oh tribunal de intolerable iniquidad! Si no se quiere que responda, ¿por qué se le pregunta? Y si se le pregunta, ¿por qué no dar oídos al que responde? ¡Jesús desoído! ¡Dios abofetado! ¡Venganza, cielos; desenvainad, ángeles, vuestras espadas de fuego!, que vuestro Rey y Se-

<sup>1</sup> Isa., v. 7.—<sup>2</sup> Ps. xxvi, 12.—<sup>3</sup> Joan., xvii, 22.

ñor queda hoy sonrojado y vencido, no ya de soberbios magistrados, sino de vilísimos sayones y soldadesca ruin... No pido que libertéis al libertador del mundo; no exijo tanto de vuestra saña y crueldad; sólo pido que, puesto caso que le hayáis de condenar, useis con su persona de aquel respeto y miramiento que no se niega á los adúlteros, ni á los ladrones, ni á los homicidas. Y ¿á qué culpado se le cerró la boca para no hablar ni una sola palabra en su defensa, según vuestra misma confesión? Por ventura, vuestra ley ¿juzga á ninguno sin oírle primero? *Nunquid lex iudicat hominem, nisi prius audierit ab ipso*<sup>1</sup>. Antes á todos les otorga la ley amplia facultad para tomarse tiempo y buscar patrocinadores y abogados. Y á Jesucristo le vedáis, no sólo que hable libremente en su descargo, mas aún os da en rostro que responda á vuestras preguntas.

¿Qué hará, pues, Jesús con magistrados tan perversos? ¿Callará? ¿enmudecerá? Y, aunque le insten y apremien, ¿no responderá ni desplegará sus divinos labios? Sea, hágalo así su divina Majestad: *Sicut homo non habens in ore suo redargutiones*<sup>2</sup>. Como hombre que no tiene qué responder á los cargos que le hacen. Mas ¡oh locura de los hombres! ¡oh paciencia del Hijo de Dios! Si no habla, bécane como á memo, y atribuyéndo siniestramente, ya á estupidez ó menguado entendimiento, ya á dureza y rebeldía de condición; otros á poquedad de ánimo; y no faltan quienes toman este silencio por confesión callada de los delitos que le imputan. ¿Qué tribunal es éste, donde lo mismo se castiga el responder que se vitupera el callar? Decidme, cristianos oyentes, como tan versados en las historias sagradas y profanas, ¿sufrió reo ninguno forma de juicio más despótica?

Sé muy bien que cuando aquellos marineros que llevaban al profeta Jonás, visto por las suertes que sólo él era el causador de la furiosa tempestad que puso la embarcación á pique de perderse, no le arrojaron al mar sin primero oírle sus descargos. Así que, instruyéronle causa, diéronle lugar á la defensa, y como si estuviesen en tranquila calma, formularon contra él un interrogatorio claro y puntual en

<sup>1</sup> Joan., vii, 51.—<sup>2</sup> Ps. xxxvii, 35.

semejantes términos: ¿Quién eres? ¿de dónde vienes? adónde vas? ¿cuál es tu oficio ó menester? ¿quiénes son tus padres? *Quod est opus tuum? quae terra tua, et quo vadis? quae ex populo es tu?*<sup>1</sup> Y no procedieron á la ejecución de la sentencia hasta que confesó el desventurado profeta que por su pecado había sobrevenido la violenta tempestad: *Propter me tempestas haec grandis venit super vos.* ¡Tan grave parecía, aun á pechos bárbaros, repara el Crisóstomo, omitir los trámites y caminos del enjuiciamiento legal, cuando se ponía en tela de juicio la condenación de un hombre, con ser así que sobre sus cabezas retumbaban horrorosamente los truenos, silbaban en derredor los vientos, y de sus pies levantábanse montañas de espuma que por momentos iban á sumirlos en el profundo!<sup>2</sup> Y tú, dulce Jesús mío, ¿qué has hecho, que te reputan indigno de honra parecida? Aquí no se recrece ninguna ventaja del apresuramiento, ningún daño ó perjuicio de la demora, y, á pesar de todo, no se guardan con el Salvador aquellos buenos términos que, aun medio del mar y entre el fragor de espantosos temporales, se guardaron con el desobediente profeta, y no le consienten responder, y le vituperan y culpan el callar. Mejor aún que Job podía lamentarse el Hijo de la Virgen: ¿Acaso no callé? ¿no disimulé? ¿no enmudecí?, y todavía cayó la indignación sobre mi cabeza. *Nonne dissimulaui? nonne silui? nonne quievi? et venit super me indignatio?*<sup>3</sup>

apódois,

por epifonema

é hiperépodo.

Aplicación á cer-  
trano al Salva-  
dor.coartado por  
tempestades.Art. 10.  
L.º de entorpes más  
graves.Otro fueron que  
denados in oce-  
tes.

Pero oid el mayor de los agravios y la sinrazón más enorme en el formular de la sentencia. Bien sé yo que muchos fueron sin culpa condenados á cárceles, á destierros, á cadenas, á perdimiento de bienes, á la horca ó á la hoguera.

<sup>1</sup> Joan., 1, 8.<sup>2</sup> Sed et naucae, quamvis barbari, eum, qui in iudicio optimus est, ordinem imitantur, et id quidem tanto pavore, tot fluctibus, tanta in ipso circumstante procella. Hom. 1 de Poenit.<sup>3</sup> Job, III, 26.

Sé también que á varios los envolvieron en esas penas, no por ignorancia de los jueces ó error de entendimiento, sino por malicia y perversidad de corazón. Sócrates y Aristides entre los atenienses, Camilo y Escipión entre los romanos, Marianna por Herodes, por Nerón Trasea, Mecio por Domitiano, y Boecio por Teodorico, con tal perfidia fueron condenados. Mas, si fueron condenados sin culpa é inocentes, no lo fueron como inocentes y sin culpa. Desvergüenza semejante, avilantes é inhumanidad tan portentosa, tan descomunal, tan inaudita, era rasgo único para significar el desprecio que se tenía de la vida del Redentor, hecho verdaderamente oprobio de los hombres, cuya gloria era en verdad y ornamento de su linaje: *Opprobrium hominum et abjectio plebis.* Dado que, si por sentimiento natural rehuye el hombre quitar la vida á un villísimo animal, que no es dañino, sino manso é inofensivo, y querría en tal caso evitar la nota de cruel, ¿cómo así se trocaron los instintos de la naturaleza, y se estimó en tan poco la vida del Redentor, que decidiendo el juez en presencia del pueblo que en rigor de justicia no podía sentenciarle á muerte, no obstante le sentenciase á muerte? Oid, si no, la autorizada voz del presidente, el cual, sin rebozo ni cortapisa alguna, y sentado *pro tribunali*, como dice el Evangelista, conviene á saber, con toda la pompa y solemnidad de derecho, promulgó y declaró que no hallaba en Jesucristo causa de condenación, ni sombra de delito merecedor de pena: *Nilil inuenio causae in hoc homine*<sup>1</sup>. *Nullam causam mortis inuenio in eo.* ¿Conque es hallado sin mácula de culpa? ¿Conque es inocente? Entonces, viva Jesús Nazareno luengos y bienaventurados años, goce tranquilamente de su inmaculada reputación, desátesele y torne pacífico á su casa. Esto en verdad procedía de tan ilustre confesión. Pero ¡oh juez insolente y dementado! La conclusión fue muy otra por desgracia. Que sea entregado á los sayones, que se le arrastre al monte Calvario, que muera colgado de una cruz. *Et ad iudicauit fieri petitionem eorum*<sup>2</sup>. ¡Oh amabilísimo Señor!, ¿qué remedio os resta en juicio tan desatinado, donde no basta ser inocen-

por inducción his-  
tórica.Solo Jesús co-  
mo inocente.por testimonio  
sobrenatural.del mismo Presi-  
dente.

(antiguas)

Aplicación de  
Jesúspor consecuencia  
natural.<sup>1</sup> Luc., XXIII, 22-24. — <sup>2</sup> Ibid., 24.

por oración ven-  
dida.

¿Mismo, ni ser declarado solemnemente como tal? ¿Doliame antes que no tuviese Cristo nuestro Redentor patrono que le defendiese; pero ¿qué más hubiesen podido recabar los Tulios y Hortensios de Roma, los Demóstenes é Isócrates de Grecia, que poner de manifiesto la inocencia del divino reo? Éste fuera el mayor triunfo de la elocuencia. ¡Mas si esa inocencia la reconocia evidéntisimamente el mismo juez: *Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum!*<sup>1</sup> Porque sabía muy bien que lo habían entregado por envidia, y él mismo lo confesó y declaró y confirmó una y muchas veces: *Nihil inveno causae in hoc homine*: No he averiguado ni sombra de culpa en este hombre. *Nullam inveno causam in homine isto*<sup>2</sup>: En este hombre no hallo ninguna causa. *Quid mali fecit?*<sup>3</sup> exclamó asimismo: Pero ¿qué mal ha hecho este hombre? Y á pesar de tan explícito testimonio, ¡oh contradicción sin ejemplo!, no le absuelve, sino que lo entrega á los verdugos y á la muerte.

por contrarias de  
testimonios.

Ejemplo.

Fig. 17.  
La opión más ar-  
bitraria y cruel!

XII

Y ved aquí por qué se le dieron tan bárbara y cruel. Reparad bien esta ponderación extraña, pero verdadera, que alumbra prodigiosamente el caos profundo de los tormentos de Jesús. A ser ajusticiado el Salvador en calidad de peccador ó criminal, debía corresponder la medida del castigo á la gravedad de la culpa, como prevenia la ley por estas palabras: El número y modo de las llagas será según la medida del pecado: *Pro mensura peccati, erit et plagarum modus*<sup>4</sup>. Debía, ó bien ser apedreado como Nabot, si se le condenaba por blasfemo; ó quebradas las cervices, como Joab, si era reo de homicidio; ó degollado, como Seba, si era convencido de rebelde, y así con otras muertes á proporción de los delitos. Ley inflexible que no era lícito alterar al arbitrio de los súbditos, cuanto más que el soberano Legislador había fijado á determinados crímenes penas fijas y

Fig. y ejemplo del  
V. 7.

<sup>1</sup> Matth., xxvii, 18. — <sup>2</sup> Luc., xxiii, 14.

<sup>3</sup> Luc., xxiii, 22. — <sup>4</sup> Deut., xxv, 2.

determinadas. Jesucristo, empero, como no era condenado por delito alguno particular, ¿qué se colegía, hermanos míos? ¿Qué debía colegirse sino que aquella fiera y descomulgada canalla creyó que podia en aquel caso romper los limites y tasa de la ley, ó más bien que no la quebrantaba aunque multiplicase en su furor sobre los azotes las espinas, sobre las espinas el madero, sobre el madero la hiel y vinagre, sobre la hiel y vinagre las burlas, los escarnios, las befas sangrientas más amargas que la hiel, y, en conclusión, cuantos tormentos y por toda la duración que re-queria su sed de sangre ó su antojo depravado? ¿Habéis oído jamás que se entregase al delincuente á voluntad de los sayones para que lo atormentasen á su gusto? ¿Qué tan nuevo delito se penó con castigo tan desusado? ¿qué leyes lo autorizaron? ¿qué estados? ¿qué naciones? ¿en qué siglos? ¿qué repúblicas? ¿qué gentes? Sólo contra nuestro Señor Jesucristo, Cordero sin mancha, se ejerció esta arbitrariedad escandalosa, este atropellamiento no menos injusto que bárbaro y salvaje. *Jesum vero tradidit voluntati eorum*<sup>1</sup>: Pero á Jesús entrególo á la voluntad de los judíos.

Luego, á deli-  
tos indeterminate-  
dos, pena sin me-  
dida.

por climas.

Para esto en in-  
dita.

por interrogacio-  
nes vehementes.

Luego la pena fue  
incomparable.

XIII

Fig. 18.  
La oración más  
sangrienta.

Mas por ventura hallaría Jesucristo alguna humanidad en los verdugos, que mitigasen con la templanza de la ejecución el rigor de la sentencia. Juzgado por vosotros mismos. Suelen los verdugos, cuando se lo permite el oficio, dar á los reos muestras de compasión, antes que de severidad ó mal término. Acostumbran pedirles perdón del acto á que proceden en cumplimiento de su deber, y jamás veréis que agraven por su cuenta el castigo de que son ejecutores. Añalan, por el contrario, la cuchilla para que dé el golpe con mayor celeridad; untan los cordeles y acomodan los fatales instrumentos á fin de aligerar la pena al miserable. Mas con Jesucristo nuestro Señor ¿qué respetos tuvieron? ¿qué compasión mostraron aquellos ministros sin entrañas?

Transmisión por  
desobediencia.

La flagelación  
policitada por los  
árbitros.

2) del número le-  
gal de los azotes.

<sup>1</sup> Luc., xxiii, 25.

Oíd y horrorizaos. Prevenía la ley que los malhechores fuesen azotados, con tal condición que no pasase de cuarenta el número de los azotes, por que, dice, no caiga tu hermano delante de ti feamente despedazado: *Quadragesimum numerum non excedant*<sup>1</sup>; uno más que recibiesen, quedaban para siempre infames é inhabilitados para todo cargo ó dignidad en la república. Por donde, cuantas veces azotaron á San Pablo los judíos, que fueron á lo menos cinco, tuvieron advertencia de no traspasar y aun de no llegar al número prescrito, con que pretendían ganarlo para sí y darle esperanza de pingües y honoríficos empleos<sup>2</sup>. Pues bien, hermanos míos; los azotes descargados sobre el cuerpo inmaculado de Jesús, no ya pasaron de cuarenta, con que para siempre quedara infame, sino de mil, con que quedó su Majestad atentadísimo y por todo extremo infame ante la ley. Y como quiera que no había determinado el juez la cantidad de los azotes, ni el número de los brazos, ni la duración del tormento, sino que todo lo dejó al arbitrio y voluntad de la soldadesca, *Jesum vero tradidit voluntati eorum*, ¿qué hicieron aquellos ministros de Satanás? Armáronse para la sangrienta carnicería y aprestaron sucesivamente toda suerte de látigos y disciplinas; y ya con fudosas varas, ya con rigurosos nervios, unas veces con cordeles, otras con abrojos, otras con cadenas de hierro, herían y harpaban aquellas delicadísimas carnes; y acardenalado todo el sacratísimo cuerpo, y rasgados los cueros, y reventando la sangre y corriendo á hilo por doquiera, y ellos no hallando parte sana donde descargar los golpes, añadían llagas sobre llagas, heridas sobre heridas, dolores sobre dolores: *Super dolorem vulnerum addiderunt*<sup>3</sup>, hasta enseñar y encruelcerse en las entrañas.

¿Qué raza de hombres es ésta? ¿qué peñascos los engendraron? ¿qué tigres ó hienas los amamantaron? ¿qué infernales espíritus los esforzaban? ¿Cómo no se los cayeron los azotes de las manos al ver el bendito cuerpo desnudo, purísimo, inmaculado de aquel mancebo, el más hermoso

<sup>1</sup> Deut., xxv, 3.—<sup>2</sup> Theoph. lect. in 2 Cor., 11.

<sup>3</sup> Ps. lxxviii, 27.

y vergonzoso de los hijos de los hombres? ¿Cómo no desmayaron al mirar aquella carne concebida del Espíritu Santo, por todas partes abierta y despedazada? ¿Cómo no les reportó siquiera ni ató las manos la mesura y silencio de la víctima? Aunque Jesucristo no fuera Dios, sino puro hombre, por fuerza debía hacer mella y entenercer sus corazones de piedra aquella hermosura tan afeada, aquella flor marchita, aquel cielo luciente convertido en retablo de dolores; mas, lejos de esto, á semejanza de las nubes sobremanera recargadas que lanzan impetuoso granizo ya sobre los floridos prados, ya sobre los amenos huertos, sin que sean parte á detener su furia ni la lindeza de las flores, ni la sazón de los frutos, así no pudo desarmar á aquellas furias infernales la infinita hermosura y hechizo incomparable del Hijo de la Virgen. Y como en tan deshecha tempestad de azotes y arroyos de sangre sólo quedase intacta la sagrada cabeza del Salvador, contra ella le revolviéron su furor, y pasmaos de la arrogancia y crueldad de los sayones! de propia autoridad, por iniciativa propia, con invención nunca vista, sin comunicar con el juez su pensamiento, hincan en ella una guirnalda de punzantes espinas, como si no las hubiese para Cristo de más gloria y ornamento en los verjeles de su cara Palestina; y vendándole los ojos, y echándole á los hombros un andrajo de púrpura como á un rey de burlas, rodeante con fingido acatamiento, y escúpelne unos en el rostro, otros le aboitean las mejillas, golpeándole aquellos con una caña y mézante éstos la sagrada barba que va goteando con la divina sangre. Y siendo así que los ministros más desapiadados suelen encubrir al reo los instrumentos del suplicio, no usaron los de Jesucristo de este linaje de humanidad con su persona adorable. ¿No veis, muy al revés, cómo le fuerzan á llevar sobre las espaldas molidas y despedazadas con los azotes su propio patibulo? ¿No le veis caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas y encorvado el cuerpo, no como Isaac con el haz de leña, por descaminos y sendas excusadas, de noche, silenciosamente, sin más testigos que las estrellas del cielo, sino á la luz resplandeciente del medio día, por las calles de Jerusalén, con pre-

por apostrofe de  
sta.

por hipértesis y  
contrastos lasti-  
mosos.

por víva semejan-  
za.

La coronación:

transición de ma-  
xilla:

en sarcasmo  
por sustitución  
y antitesis.

otras injurias.

®

La cruz á su-  
bra.

por congresos de  
circunstancias to-  
rmentas.

por autoridad

ejemplo de San  
Pablo.

los que dieron  
al Salvador.

de los instru-  
mentos.

por enumeración

y gradación pa-  
te-  
tica.

de la cruz de  
los verdagos.



la vergüenza, dice el Crisóstomo: *Gravissima omnium poenarum, pudor* <sup>1</sup>. De ahí que el Apóstol de las gentes sólo de ella hizo mención escribiendo á los hebreos; que Jesucristo, proponiéndosele el gozo y el deleite, no hizo de ello ninguna estima, antes se abrazó con la cruz, despreciando la confusión: *Propositio sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta* <sup>2</sup>. Mas ¿no tuvo nuestro dulcísimo Redentor otros trabajos que despreciar, otros contratiempos que vencer para abrazarse con la cruz? Ciertamente, y muy recios de contrastar. Despreció temores, despreció congojas, despreció golpes y bofetadas, despreció y puso debajo de los pies atamientos, clavos, hieles, desamparos, agonías. Pero no estaba en esto su mayor victoria. Lo grande, lo ilustre de Jesucristo, lo verdaderamente hazañoso, fué que despreciase y hollase la propia confusión. Por donde, á la manera que, cuando queremos ensalzar á un héroe que desbarató á infinitos enemigos, solemos citar al principal ó principales, y así decimos de David, el vencedor de Goliath, de esta forma, dice el Apóstol, de Jesucristo, que murió en la cruz despreciando y pisando la confusión de ella: *Confusione contempta*. Esta confusión traía siempre el divino Jesús ante los ojos, como el mayor revantón de su camino y la cosa más dificultosa de vencer: *Tota dia verecundia mea contra me est* <sup>3</sup>. Esta representaba á su eterno Padre, como el trago más amargo que bebía por su amor y acatamiento: *Setio, quoniam sustinui propter te opprobrium* <sup>4</sup>. Y en otro lugar: *Operuit confusio faciem meam* <sup>5</sup>. Cubrió la confusión todo mi rostro; y en otro: *Confusio faciei meae cooperuit me* <sup>6</sup>. La confusión de mi rostro todo me cubrió. Esta declaró su Majestad ser tan extremada que sólo Dios era capaz de comprenderla bien: *Tu scis improprium meum, et confusionem meam, et reverentiam meam* <sup>7</sup>. Tú conoces mi afrenta, y mi confusión, y mi empacho y vergüenza. Esta, finalmente, aquel manjar, desabrido como el ajeno, que habia de hartar el hambre infinita del Hijo de Dios, como testifica el profeta Jere-

<sup>1</sup> In Paul. epist. — <sup>2</sup> Hebr., XII, 2.

<sup>3</sup> Ps. XLIII, 16. — <sup>4</sup> Jer., XV, 15. — <sup>5</sup> Ps. LXVIII, 5.

<sup>6</sup> Ps. XLIII, 16. — <sup>7</sup> Ps. LXVIII, 20.

mias: *Saturabitur opprobriis* <sup>1</sup>. No dice que se hartaría de dolores, de azotes, de derramamiento de sangre, de descuyntamiento de huesos; antes de todo esto murió sediento el Salvador, aunque anegado en mares de sangre y de dolores, según interpretan los santos la postrera demanda: *Sitio, sitio*, sino que moriría harto de oprobio y confusión: *Saturabitur opprobriis*. ¡Tan hondo fué su sentimiento!

## XIV

Arg. 13.  
No hay que  
le consuele.

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué hombre se hallará, aunque revolváis las páginas más sangrientas de la historia y los anales de los pueblos más feroces, cuya pasión y muerte no haya sido más verdadera, menos acerba y cruel que la Pasión y muerte de vuestro Padre, de vuestro Redentor, de vuestro Dios? A contar hoy esta tragedia lamentable á las duras rocas, á los ásperos peñascos, no dudó que se ablandaran á mis voces y saltaran en pedazos con oculto sentimiento, ni sería nueva en los elementos insensibles esta muestra de quebranto en la muerte de su Hacedor; y con todo, siendo vosotros sus hijos, sus redimidos, por quien derramó caudalosamente su divina sangre, no aseguraría haberos visto derramar una lágrima. Antes veo que habéis atendido á mis razones con ánimo sosegado, con semblante tranquilo, con ojos enjutos y serenos, indicio claro de cuán poco os han lastimado los tormentos de Jesús. Y á la verdad que no me maravillo, católicos; porque para complemento de la Pasión, para colmo de los dolores inefables, de las injurias no creíbles, de las inauditas ignominias del Hijo de Dios, es menester que no encuentre quien le consuele y compadezca. Aguardé, dice por el profeta, quien se condoliese conmigo, y no le hubo; quien me consolase en mi aflicción, y no le hallé: *Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit; qui consolaretur, et non inveni* <sup>2</sup>.

Al desventurado Job, tendido en asqueroso muladar, no le faltaron tres amigos que, movidos á compasión de su

<sup>1</sup> Thren., III, 30. — <sup>2</sup> Is., LXVIII, 21.

desgracia y desnudez, rasgaron sus vestidos y estuvieron siete días y siete noches quedos y enmudecidos á su lado, llorando, gimiendo y empolvados con ceniza en demostración de inconsolable duelo. Cuando Catón el menor, por mandamiento de César, fué arrancado de la tribuna á la cárcel, salió todo el Senado de Roma acompañándole con semblantes caídos y llorosos, lastimados de su desastre repentino. Cuando Dionisio el Tirano, destronado por Timoleón y lanzado de su tierra, fué á aportar á la ciudad de Corinto, corría á su encuentro la muchedumbre atónita á contemplar, no sin lágrimas, la miseria del regio desterrado. Pero Vos, ¡oh dulcísimo Redentor y Padre mio!, ¿qué pechos habéis movido á compasión de vuestros dolores? ¿quién os ha dirigido una palabra de consuelo, una mirada de misericordia y piedad? ¡Oh bien mio y piadosísimo Jesús! Figúrase me que, volviendo los divinos ojos enturbiados con la sangre, miráis en derredor, y me decís: *Circumspexi, et non erat auxiliator*<sup>1</sup>. Miré con atención á todos lados, y no vi uno que me auxiliase en mi dolor. Hasta de vuestros discípulos más regalados, quién os entregó, quién os negó, aquellos os volvieron las espaldas; vuestro mismo Padre no parece sino que os ha abandonado en poder de las tinieblas y en las uñas de fieros atormentadores; y si vuestra Madre benditísima, con otras piadosas mujeres, os acompañaban en la sangrienta jornada, ¡ay de mí!, ¿qué habían de hacer flacas mujeres y mirando de lejos, *mulieres de longe aspectantes*<sup>2</sup>, entre el confuso tropel de judíos que se encarnigaban en Vos, de verdugos que os martinizaban, de vil soldadesca que os escarnecía; de sacerdotes, de fariseos y de escribas que con silbos, y palmadas, y meneando las cabezas blasfemaban y lanzaban contra Vos su infernal ponzoña? *Ei praetercuntes blasphemabant in eum, moventes capita sua*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Is., LXXIII, 5.—<sup>2</sup> Marc., XV, 40.—<sup>3</sup> Matth., XXVII, 39.

## XV

Fig. 24.  
LA ANEJOS: 22.  
ESCALÓN.

Pero ¿qué maravilla, cristianos, que tan poco se apiadassen aquellos ministros desalmados de Jesucristo vivo, pues tan fieramente le maltrataron muerto? Hubo, oyentes míos, hubo entre aquella chusma del infierno quien se airase y enfureciese contra el sacrosanto cadáver delante de los mismos ojos de la bendita Madre. ¡Oh nefario atrevimiento! ¿quién vió ú oyó más horrible inhumanidad? Lloró Catón al ver los cadáveres de los romanos contra quienes había guerreado<sup>1</sup>. Lloró Tito al contemplar los cuerpos difuntos de los judíos, que él mismo había aislado y destronado<sup>2</sup>. Y Alejandro, el famoso Alejandro, que con tanta porfía, con tanta costa y sudores había trabajado para dar muerte al infelice Darío, todavía, cuando le vió cadáver exánime y yerto, no pudo contener las lágrimas y, desprendiendo de los hombros su manto de púrpura, cubrió y envolvió con él el desnudo tronco, y dióle muy honrosa sepultura. ¡Y contra el cadáver de mi buen Jesús, todo llagado y despedazado, aparájase la lanza, enrístrase por el aire y atravícsanla con gran fuerza por el costado del Salvador! *Unus militum lancea latus eius aperuit*<sup>3</sup>. ¡Oh crueles ministros! ¡oh corazones de hierro que osasteis herir el de Jesucristo mi Señor! ¡qué rabia tan crecida á quien no atajó ni enterneció mirar aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro, aquella amarillez y obscuridad de muerte que sombreaba todos los miembros! Hacer burla y maltratar á un muerto (dice sobre este pasaje San Crisóstomo) es peor que el mismo suplicio de la cruz. *Illudore mortuo, quam ipsius crucis supplicium longe pejus est*<sup>4</sup>.

¿Aquí no revienta el corazón? ¿aquí no se derriten las entrañas? ¿Quién puede contemplar tal estrago sin desfallecer de pena? A mí fáltame aliento para ponderarlo y lágrimas para llorarlo cumplidamente. Lloradlo vosotros,

Tránsito por el crecido:

Inhumanidad extrema.

por comparación de otros que fueron los héroes después de muertos.

¡Sólo Jesús es alcanzado!

Ampliación por hiponiposita del Salvador difunto.

®

Perforación de hecho.

<sup>1</sup> Plot. in Cat.—<sup>2</sup> Jos. De bell. jud. L. 7, c. 24.

<sup>3</sup> Joan., XIX, 34.—<sup>4</sup> In Joan. Hom. 84.

ángeles del Paraíso; llóralo, sol, obscureciéndote; lloradlo, cielos, encapotándoos y desplomándoos con horrosas tempestades; lloradlo, sepulcros, devolviendo vuestros muertos; lloradlo, peñas, despedazándoos; lloradlo, montes, estremeciéndoos; lloradlo mares, rebramando; ríos, deteniendo vuestras corrientes; y vosotras, criaturas las más duras é insensibles del universo, llorad amargamente, removiéndoos de vuestros asientos, desquiciándoos, desconcertándoos con temblores espantosos. Si vosotros no lloráis, no sé por cierto qué lágrimas ofrecer al Salvador del mundo, á mi amor crucificado... Porque ¿á quién demandaré lágrimas para acompañar la muerte y sepultura del Hijo de Dios? ¿A las que perdieron sus maridos? ¡Ay de mí, que me responden haberlas agotado y derramado todas por sus difuntos esposos. ¿A los jóvenes? Las prometieron todas á miserables criaturas á quienes han jurado eterno amor. ¿A las madres? Protéstanme que únicamente saben llorar y deshacerse en llanto junto al sepulcro de sus prendas malogradas. Y así, á vosotros ¡oh ángeles!, que no fuisteis los redimidos por Cristo; á vosotros, peñascos y seres todos de la insensible naturaleza, toca llorar en este día de quebrantamiento y desolación, si no quereis que los funerales del Hijo de Dios se celebren sin los honores de costumbre en las sepulturas de los hombres! Con ser así que, según he demostrado manifiestamente, sobrepujaron sus pasiones todas las pasiones, sus tormentos todos los tormentos, y su muerte en afrenta y acerbidad no tuvo ni tendrá por todos los siglos semejante; porque no hay ni puede haber dolor comparable á los dolores de nuestro Señor Jesucristo: *Non est dolor similis, sicut dolor Christi.*

por agua y amar.  
de pronosticaba.

por descripción y  
comercio usual  
vernal.

por queja didáctica  
á los oyentes.

Conclusión por  
apóstrofe.

y epíteto.

PRUEBA DE LA  
PASIÓN. No más  
parar.

Arg. 15.  
Por la doctrina  
del Apóstol.

## DIRECCIÓN GENERAL DE

### PARTE TERCERA

#### XVI

No quisiera, cristianos, que todo el fruto de la dolorosa historia de la Pasión divina se limitase á sola lágrimas. Puede nacer este sentimiento de compasión de corazones

tiernos y naturales blandos, que se lastiman del trabajo ajeno y de la persecución y atropellos del inocente; y la muerte de un Dios crucificado no ha de llorarse como se lloraría la de un corderillo degollado. Desearía más bien que sacásemos de ella un profundísimo afecto de confusión y arrepentimiento, considerando nuestra enorme ingratitud con aquel Señor amorosísimo que murió por nosotros en la cruz. El apóstol San Pablo dijo, escribiendo á los Romanos, una sentencia misteriosa, que, si bien encierra dificultades, quiérola explicar para vuestro provecho y enseñanza.

Dice, pues, que el eterno Padre ha propuesto al Verbo humanado: *Propitiationem per fidem in sanguine ipsius; ad ostensionem justitiae suae, propter remissionem praecedentium delictorum*<sup>1</sup>; conviene á saber: como propiciación en virtud de la fe que se nos infunde por los merecimientos de su sangre, para manifestación de su justicia y remisión de los pecados precedentes. Que en la muerte de nuestro Señor Jesucristo campeó soberanamente y resplandeció la justicia y misericordia divina, lo comprendo; la justicia en la rigurosa paga que exigió su Majestad para rescate del esclavo; la misericordia en el amor excesivo con que ofreció á su Unigénito á muerte, y muerte de cruz por los rebeldes siervos. Mas ¿por qué dijo el Apóstol que murió el Hijo de Dios en remisión de los delitos pasados, y no de todos pasados, presentes y por venir? *Propter remissionem praecedentium delictorum.* ¿Por ventura no se ofreció este sacrificio en satisfacción de todas las iniquidades de los hombres que fueron y serán en las generaciones de los siglos, y sobradísima para salud de mil mundos que existiesen por toda la eternidad? Ciertamente que sí. ¿Cómo, pues, no empleó el Apóstol una expresión más amplia, que abarcase lo futuro y lo posible, y no ceñirse á lo pasado y existente? No se me esconde la solución literal del insigne intérprete Pereira, á saber: que siendo naturalmente imposible que el efecto preceda á su causa, y el rayo al sol, y las aguas á su fuente, era muy dificultoso de entender cómo los pecados del mundo antes del advenimiento de Jesucristo fueron perdonados

Transición perfecta.

de sentimentalismo

y de obras.

Notable testimonio:

Interpretación del primer miembro,

del segundo miembro.

Por escatológico.

Interpretación primera.

<sup>1</sup> Rom., III, 35.

en virtud de la sangre no derramada todavía, y saldadas las antiguas deudas con satisfacción que estaba por pagarse. Y así, atento el Apóstol á arraigar en los ánimos de los gentiles las verdades más profundas de nuestra fe, hizo particular memoria de los pecados cuya remisión parecía más ardua de creer, ó menos conocida de los fieles, cual es el perdón de las culpas precedentes <sup>1</sup>.

Sobre esta interpretación literal quiéroos proponer otra moral y mística, apoyada por ilustres expositores como Salmerón <sup>2</sup> y Saboto <sup>3</sup>, y otros varones sapientísimos: y digoos que expresamente escribió para remisión de los pecados pasados, y no de los siguientes ó por venir, para darnos á entender el bienaventurado Apóstol que, muerto Jesucristo por el pecado, no había de haber más pecados en el mundo. Estaba su corazón todo abrasado en el amor de Cristo, sentía altamente de su Pasión, hacia imponderable estima del precio de su sangre, del valor de sus merecimientos infinitos: y así no alcanzaba su entendimiento, aunque sublime, cómo sería capaz ningún redimido de pecar después que sangre de Dios había limpiado la tierra, después que tantos y tales tormentos había sufrido el Unigénito del Padre en razón de satisfacer por el pecado. Y así, basta que ponga, se diría el Apóstol, para remisión de las culpas precedentes, porque parece superfluo hablar ya de pecados por venir. Con hacer sólo memoria de los pecados, dice Justiniano, insinúa bastantemente que la vida y estado del pecado pasóse ya y desapareció del mundo: *Dum praeterita peccata solum recenset, indicat quodammodo statum peccati praeteriisse* <sup>4</sup>.

Arg. 16.  
Aunque se no  
vino.

Y con todo, no  
se ven sino peccados.

Y, á la verdad, ¿quién pensara jamás, si la experiencia no dijera lo contrario, que podía haber hombres tan desatinados, tan locos, tan inhumanos y bestiales, que sabien-

<sup>1</sup> In epist. ad Rom. Disp. 15.—<sup>2</sup> Salm. Disp. 28 in Ep. ad Rom.

<sup>2</sup> Adam. Sabbot. in Ep. ad Rom.—<sup>4</sup> V. Cón. Alap.

<sup>3</sup> Bened. Justin. in hunc loc.

do por lumbre de fe cómo el pecado dió muerte al mismo Dios, se atreviesen, no obstante, á franquear al maldito pecado las puertas de su corazón, á albergarlo en él, á acariciarlo y á tratar como amigo al verdugo de aquel piadosísimo Señor, que nos rescató con su sangre? Prodigio es éste tan espantoso, que, á no verlo frecuentemente, parecería mentira y caso imposible en el mundo.

Pero ¡ay de mí! ¡que me estremezco al recordarlo, y me estalla el corazón en el pecho al referirlo! Hállanse casi infinitos que no sólo albergan y se deleitan en el pecado, sino que del pecado se sustentan, y sobre el pecado fundan su renta y patrimonio. Porque, decidme, ¿de qué viven tantos comediantes impúdicos? ¿de qué viven tantos escritores impíos y escribanos fraudulentos? ¿de qué tantos homicidas asalariados? ¿de qué viven tantas meretrices livianas? ¿de qué viven tantos pecadores sensuales y lascivos? Sí, ¿de qué viven, os pregunto, sino de las injurias que en el pueblo cristiano se cometen cada día contra Dios? *Peccata populi mei comedunt* <sup>1</sup>. Comen los pecados de mi pueblo, podemos decir con el profeta Oseas. Porque verdaderamente los pecados son su finca, los pecados su capital, los pecados sus fondos y patrimonio; de suerte que el día que cesasen los hombres de pecar, ni hubiese quien ofendiera á Dios, todos ellos, á breve tiempo, sería forzoso que se declarasen en quiebra.

Más aun; salid, salid por esas calles y plazas, y decidme: ¿qué otro nombre se maldice á cada paso sino el nombre sacrosanto de Dios? Si uno quiere desfogar su corazón embravecido, vomita blasfemias contra Dios; si divertirse, si regocijarse y divertirse y regocijarse á los demás, las risas y carcajadas se encaminan frecuentemente contra Dios, en términos, que se tienen ya por insultos los donaires, por desabridas las gracias, por frías las chocarrerías y diversiones, donde no se despedaza el honor divino y se escupe su nombre venerado. Ya no gustan los chistes y pasatiempos, diré con Salviano, si en ellos no se injuria á su divina Majestad: *Nec putatur gaudium tanti esse, nisi Dei in se habeat*

<sup>1</sup> Os., iv, 8.

Interpretación  
segunda de Sal-  
merón.

no habrá ya más  
pecados:

luego, basta que  
se perdieron los  
pasados.

por talán proce-  
doproya

y testimonio.

Arg. 16.  
Aunque se no  
vino.

Y con todo, no  
se ven sino peccados.

Transición de  
abombrar:

probases por in-  
dolección cotidiana:

interrogaciones

y repeticiones en-  
fáticas.

Confirmación por

los juramentos  
falsos.

y Mademias <sup>tráves contra</sup> <sup>Cristo,</sup> *injurian* <sup>1.</sup> Y la sangre de Cristo, precio sin precio de nuestro rescate y libertad, ¿no es hollada y tenida á par de la inmundicia y basura de las calles? Desde la nobleza y señorío hasta el mozo de espuelas, todos ¡oh nefanda desvergüenza! ¡oh sufrimiento divino!, todos la profanan, la pisan y la escupen. Escúpenla los lacayos en las caballerizas, blasfemala la vil canalla en los presidios y galeras, pisanla los arrieros en los caminos, huéllanla los trajinantes en las posadas, los labradores en el campo, los menestrales en el taller, los comerciantes en las tiendas, los bebedores en la taberna, los vendedores en las plazas y mercados. Por manera que (perdóname ¡oh querida ciudad! si te lo digo), ya no se puede andar por los parajes públicos sin horrorizarse uno y pasmarsele el corazón. ¡Tanta es la irreverencia con que repiten á cada dos palabras la sangre de Cristo, ó, por mejor decir, con tan infernal vilipendio la desacatan y ponen debajo de los pies, como si Cristo nuestro Redentor la hubiera derramado tan caudalosamente por la tierra para hacer de ella inmundo lodo, según la amarga expresión del profeta Isaias: Vertióla, dice, para ser pisada de los transeúntes, como lodo de las plazas: *Ut ponat illum in conculcationem, quasi lutum platearum* <sup>2.</sup>

Arg. 17.  
Afecto de ser-  
quencia.

## XVIII

¡Oh Jesús mío! ¡Y por criaturas tan ingratas os dejáis así crucificar? Perdonad mi atrevimiento, pero me abrasa vuestro celo, y vuestra honra conculcada enciende mi coraje y me fuerza á levantar la voz. *Si filius Dei es, descende de cruce*: Si eres hijo de Dios, bájate de la cruz. Si, bájate de esa cruz, ¡oh Unigénito del Padre y hermosura de los ángeles! ¿Qué hacéis en ella? ¿qué hacéis, Hijo de Dios vivo? Conque ¿derramáis á torrentes vuestra sangre para que sea menos estimada? ¿Qué fruto sacáis de este derramamiento? ¿qué bien? ¿qué utilidad? Ea, descended, descended de esa cruz. Aunque les deis la sangre toda de

y dolorosa con-  
ción.

<sup>1</sup> Lib. 6 de Provid.—<sup>2</sup> Is., x, 6.

vuestro corazón, ¿qué esperaréis de los hombres? Aunque sacrificéis por ellos la preciosa vida, ¿creéis, por ventura, que los hombres os amarán, os respetarán, os obedecerán? Os engañáis, Señor, os engañáis. Seréis pospuesto á un vil interés, á un deleite liviano, á un puntillo de honra. Y si por acaso os pusierais, ¡dulce Jesús mío!, á que escogieran entre Vos y una... no lo diré, Señor, para no empañar públicamente vuestra limpieza eterna y sin mancilla... pero si les diesen á escoger, no os lisonjeéis, Señor; de cierto perderíais. Que si os vendieron un tiempo por treinta monedas de plata, *triginta argenteos*, hoy los cristianos ¡oh ultraje infinito!, hoy los cristianos os venderían por treinta maravéis. Porque tal estimación hacen de Vos los redimidos, que no me atrevería á llevarlos á la plaza ó mercado público y ponerlos en competencia de cualquier mercadería, aun la más pobre y baladí; porque estoy seguro que saldríais vencido y apreciado en menos. Vencido saldríais puesto en balanza con el trigo, con el aceite, hasta con los agraces y verduras. No valdría, no, que, desahogando vuestro oprimido y amante corazón, os quejarais dulce y amargamente con vuestro profeta: Mi pueblo, mi amadísimo pueblo, quiere más el ollejo de la uva exprimida que no á mí: *Diligunt vinacia usarum* <sup>1.</sup> No valdría, digo, porque os dejarían lamentar á vuestro placer, á trueque de salir ellos con sus dañados intentos y saciar sus abominables concupiscencias; no se empacharan de burlarse de Vos (¿entendéislo, Redentor amabilísimo?), de burlarse de Vos, y, tapándose los oídos y vueltas las espaldas, proseguirán impasibles su camino. Y por tales monstruos ¿continuaréis, Dios mío, en esa cruz? Ea, descendad ya, que raya en locura vuestro amor. *Si Filius Dei es, descende de cruce*. Porque por un bueno acaso hay quien ose dar la vida, como dice el Apóstol: *Pro bono forsitan quis audeat mori* <sup>2.</sup>; mas por gente tan desalmada, tan ruin y menospreciadora de sus profundos sacramentos, ¿quién por todos los siglos lo creará?

Pero ¿con quién hablo? ¿á quién encamino estas razo-

por cotejo del  
amor de Dios.

y la ingratitude de  
los hombres;

apologetis

¿lucramento.

Confirmación por  
fección bíblica:

Dios en la ba-  
naza de los hom-  
bres;

afectos de ínti-  
ma

y contrasta su  
pica.

Traducción por  
correción patri-  
ca.

<sup>1</sup> Os., III, 1.—<sup>2</sup> Rom., v, 7.

nes? A un Dios que conoce muy bien tales desacatos, y los sufre y se deja atormentar por los mismos que hacen de su Majestad tan vil estima, y muere con entrañas de inefable misericordia, no sólo en satisfacción de los pecados anteriores á su sagrada Pasión: *Propter remissionem praecedentium delictorum*, sino, lo que sobrepuja todo sentido, en remisión de las culpas venideras. Pues ya que calla este mansísimo Señor, quiero yo tomar á mi cargo su defensa y suplicaros ahincadamente y conjuraros por esta sangre bendita que, cansados de las ofensas cometidas hasta ahora, os abstengáis de pecar en adelante.

á los afectos de experiencia

y compenion.

Arg. 25.  
Afectos de dolor y lágrimas de los pecados;

por hipotipias y alocución de J. C.

Transición imperfecta.

1.ª parte. Comparación de J. C. crucificado.

argumento de su caridad.

2.ª parte. sus palabras de cordísimo amor.

## XIX

Y para lograrlo, ¿qué mejor argumento que ponerlos á la vista aquel fiero espectáculo que hizo horrorizar al cielo, temblar la tierra y trastornarse la naturaleza, sobrecogida de estupor? Ea, pueblo muy amado, si rehusas dar fe á mis palabras cuando, inflamado de amor, encarezco los tormentos de mi Jesús, ruégote que alces los ojos y veas por ti mismo á tu Dios y Salvador en este leño sacrosanto. Mírale devotamente; contempla esta sangrienta y lastimosa figura del Hijo de Dios, y dime si pudo subir á más su abrasada caridad. He aquí tu verdadera vida, no ya como colgada ante tus ojos, según vaticinaron anticipadamente los profetas: *Vita tua quasi pendens ante te*<sup>1</sup>, sino, en realidad de verdad, colgada y pendiente de tres clavos. Dime, pues, ¿qué más quisieras de un Dios crucificado por ti, de un Dios lacerado y descoyuntado por ti, de un Dios agonizando por ti y arrojado en su propia y divinísima sangre? ¿Parécete si podía dar muestras más sobrepujantes de su regaladísimo amor?

Pero, si tú mismo no acertarías á desear mayores testimonios de su inefable cariño y misericordia inagotable, abre tus oídos y está atento á su justa demanda y queja sentidísima: Pueblo mío (así te habla al corazón con las

<sup>1</sup> Deut., xxviii, 66.

palabras del dulcísimo Bernardo); pueblo mío, ¿qué causa puede haber para que gustes más de servir á mi enemigo y tuyo, que no á mí? *Popule meus, quid causae est, quod inimico meo vestroque libet servire, quam mihi?* Ea, respondióme, hijos míos, dice Jesucristo; por ventura él os ha criado, como yo os he criado? ¿Os ha conservado él, como yo os he conservado y os conservo? ¿Os ha alimentado él por tantos años, como yo os he sustentado á los pechos de mi amorosa providencia? Y si tantas mercedes os parecen cortas, podréisme negar que no él, sino yo, os he redimido de la servidumbre perdurable? *Si parva haec videntur ingratis, certe non ille, sed ego redemi vos*. Ruégooos que me digáis: ¿quién ha dado cuanto tenía por vosotros, y empo brecidose para enriqueceros, yo ó el demonio? Responded: ¿quién os ha redimido? Bien sé yo cuán caras me cuestan vuestras almas; sé cuánto he sudado por granjearlas; sé cuánto me he despojado de mí mismo y desentrañado, y como deshecho por vuestro amor. ¿Parécete todavía poco? Siase como decís; he dado poco, heme desvivido poco por vuestro bien. Pero mi enemigo ¿ha hecho otro tanto, por ventura? Si es así, idos enhorabuena, que yo llevaré en paciencia y me contento desde ahora en que me volváis las espaldas y corráis desalados en seguimiento del demonio. Mas si noche y día nunca maquinó otra cosa que vuestra perdición, ¿qué causa puede haber, hijos míos, por que gustéis más de servir á mi enemigo y vuestro que no á mí? *Quid causae est, quod inimico meo vestroque libet servire, quam mihi?* Cuéntenos él, si puede, los caminos andados en vuestro socorro; dígaos las viglias gastadas en adoctrinaros; recuérdenos los sudores derramados por vuestro descanso y alivio; enumere los baldones y escarnios sufridos por vuestra gloria, y muéstrosos, además, la cabeza latadrada, los miembros despedazados, las manos y pies enclavados y el corazón alanceado por vosotros, como lo muestro yo. No, hijos míos; *non ille, sed ego redemi vos*; el demonio, mi enemigo y vuestro enemigo, busca vuestra ruina; sólo yo os he redimido, sólo yo os he prohiado para Dios; sólo yo os hice herederos del cielo en mi bienaventurada compañía. En un punto puede que me aventajen los hombres: que á

Paralelo entre J. C. y el demonio. Dios criador.

conservador

y Redentor.

Transición por correctivo.

á la más de Lucifer.

imagen

y antitesia:

concesión oratoria.

los demás esclavos y prisioneros condenados á muerte preguntantes primero si quieren pasar á condición de siervos, y después los rescatados de la muerte; yo primero pagué el rescate, y luego pidoos si queréis pasaros á mi suave y amorosa servidumbre. Vuélvete á mí, porque te he rescatado: *Revertere ad me, quoniam redemi te* <sup>1</sup>.

1.ª parte, de temor filial

Cristianos, ¿no se os conmueven las entrañas al escuchar tan amarga como tierna convención? Mereceriais, por cierto, que, desdenado el Señor, se alejase de vosotros y os abandonase en poder del enemigo, herederos del infierno, y que os cerrase para siempre las puertas del perdón? Pero he aquí el mayor exceso de la caridad de Cristo, que se alegra y pide y suplica que perdone el Padre todas las ofensas pasadas y actuales, cometidas desde el principio del mundo hasta que se acabe, contra su divina Majestad. Tal es su formal y entrañable deseo, á nadie excluye de la participación de su sangre, á todos abraza en su dilatadísimo oración: *Pater, dimitte illis*.

2.ª parte, de consuelo conluzna.

Arg. 10. Aflicto de confesión y perdón de compañía y remedio.

## XX

Si, perdonados sois y todos perdonados, amadísimos pecadores, de cualesquiera culpas, por muchas y graves que hayan sido. Perdón deseáis, y perdón os otorga el cielo y reconciliación eterna, si os doléis en vuestras almas. Perdonadas os son ¡oh jugadores!, vuestras blasfemias; perdonados, mercaderes y negociantes, vuestros juramentos; perdonadas, licenciosos, vuestras liviandades; y á vosotros, murmuradores, vengativos, y hasta á vosotros, matadores y homicidas, os quedan hoy todos vuestros excesos, todas vuestras prevaricaciones graciosamente perdonadas. Mas ¿qué digo graciosamente perdonadas? No dije bien, ni hablé con rigor y propiedad. Hablé así y con profunda exactitud revelé las misericordias de Dios el profeta Natán; el cual, como vió el arrepentimiento de David y oyó de sus labios la compungida voz de *peccavi, Domine*: Señor, he pe-

1.ª parte, por enumeración y refutación.

Corrección: argumento venialísimo.

<sup>1</sup> Is., XLVI, 22.

cado; luego al punto le dijo: Alegrate y regocijate ¡oh Rey! porque el Señor ha trasladado igualmente tu pecado: *Dominus quoque transtulit peccatum tuum* <sup>1</sup>. ¿Cómo no dijo que el Señor le había remitido, olvidado ó cancelado su deuda y obligación, sino más bien: ha traspasado tu pecado de ti: *Transtulit peccatum tuum*? Porque los pecados que la justicia de Dios descuenta á los mortales los cuenta sobre Cristo, y los crímenes que les quita de las espaldas de ellos los pone sobre las espaldas de su Unigénito. *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum* <sup>2</sup>. El Señor puso sobre él las iniquidades de todos nosotros.

ya pagó J. C. por vuestros pecados.

por testimonio divino parafraseado.

¿Oís, oh amadísimos pecadores? ¿Oyes, oh pueblo venturoso? Alegrate, pues, y regocijate, aunque el día sea de duelo y lamentación: porque te aligeró Dios de la pesadumbre de tus pecados y abrumó con ella los sagrados hombros de Jesús. Suyas son tus maldades, suyos tus yerros, que peso los llamó el prefieta, *onus Domini*, porque su desmedida caridad hizo tomar sobre sí las cargas de sus hijos. Y el buen Jesús gusta de padecer por ti, y morir por ti, y sufrir por ti todo el rigor de la justicia divina. Entrégate, si puedes, en adelante á los mundanos pasatiempos, huelga, risa y torna, si te lo sufre el corazón, al vómito de tus inmundicias, mientras tu Dios y Señor se despedaza de dolor por ti y por matar tus culpas... Mas ¿quién habrá entre mis amadísimos oyentes tan empedernido? ¿quién tan cruel contra el misericordiosísimo Señor y amador nuestro Jesucristo? Antes morir que pecar; sí, antes morir que volver á ofenderle. Por mi parte, alejaos de mí, dejadme con mi Jesús, que quiero llorar amargamente sus tormentos y el desamor de los hombres ingratos; y no porfiéis en atajar mi llanto, que no admitiré consolación por los días de mi vida. *Recedite á me, amare febo; nolite incumbere, ut consolemini me* <sup>3</sup>. Jesús mío, amor mío y todo mi bien, yo rehusó el vivir si no es para amaros ardientemente, constantemente, indefinidamente. *Charitas Christi urget nos*. La caridad de Cristo nos apremia, dice abrasado el gran Apóstol; la caridad de Cristo nos aguija y como nos

2.ª parte. La conmienda.

por concesión

afinanco.

Protestación particular.

de amor y

eterno agradecimiento.

<sup>1</sup> Reg., XI, 13.—<sup>2</sup> Is., LIII, 6.—<sup>3</sup> Is., XXII, 4.

fuerza á que los que viven, ya no vivan á sí, mas á aquel que murió por ellos: *Ut qui vivunt, jam non sibi vivunt, sed ei, qui pro ipsis mortuus est* <sup>1</sup>. Y ¿queréis que viva yo, no ya para mí, sino para mi enemigo? ¿yo vivir al pecado? ¿yo á mis pasiones? No más, Señor, no más. Morir quiero, morir deseo, y, si vivo, viviré para quien murió por mí; viviré para padecer mucho por ti, y trabajar por ti, y deshacerme por ti, y agotar todas mis fuerzas, y consumirme en tu servicio. *Anima mea illi vivet* <sup>2</sup>. Y vosotros, cristianos, ¿no queréis vivir para Jesucristo? Ea, pues, venid, derribaos á los pies de su duro lecho de muerte, y, con atravesado corazón, protestad de vuestro amor y fealdad eterna. Pedidle con lágrimas perdón, demandad misericordia, ó, si no, dejadme que presente en su acatamiento vuestras súplicas.

por euduplicación e incremento.

transición al

Arg. 20.  
Presentación general.

2.ª parte. De dóbre

Y amor entrañable.

(euduplicación)

interrogación:

admiração)

XXI

Eterno Dios y Redentor de nuestras almas, mirad á vuestros pies los reos y verdaderos causadores de vuestra muerte. Lo reconocemos, lo confesamos traspasados los pechos de indecible pena. ¿Qué más queréis? Pero si nosotros tuvimos la culpa de que murieseis, más la tuvo vuestro infinito amor. Amor ha sido, que no manos de hombres, quien os ha enclavado en este leño de ignominia. Que si vuestro amor os sufriera vernos despeñar en los infiernos, como la justicia demandaba, lejos estuvieran de Vos los clavos, lejos los azotes, lejos las espinas, lejos las deshonras y la muerte; porque bien os estabais en el cielo glorioso y bienaventurado. Y ¿tanto valia la salvación de hombres miserables, desamorados y rebeldes, que tuvieseis por bien comprarla á tanta costa, á precio de vuestra misma sangre? ¡Oh caridad inefable! ¡oh espantosa dulcedumbre! ¡oh corazón divino, perdidamente enamorado de los hombres! Si los mismos ángeles entrasen por primera vez en este mundo, y no os conociesen á Vos ni nos conociesen á nosotros, quedaran fuera de sí y como enajenados al considerar

<sup>1</sup> 2 Cor., v. 15.—<sup>2</sup> Ps. xxi, 31.

el sacramento de nuestro rescate. Creyeran, sin duda, que vallamos más que Vos, pues Vos moríais por nosotros... Concedednos siquiera, piadosísimo Redentor, que sepamos corresponder de veras á tan excesiva caridad. ¡Muera el cruel y desnaturalizado que no os ama, ¡oh amador eterno! *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema* <sup>1</sup>. Muera, repito, y perezca el cruel, el inhumano que todavía no os ama. Desterrado sea de la sociedad y trato de los hombres quien os niegue su mezquino corazón. Huya al momento y vaya á vivir entre fieras y riscos, vaya á ser atormentado de las furias infernales. Que entre hombres redimidos con vuestra muerte y rescatados con vuestra sangre, no debe, no puede vivir sino quien tenga resuelto y asentado vivir sólo para Vos.

Confirmación por escrito: consecuencia divina.

2.ª parte. De temor.

Y atenta execración al

que no amara á J. C.

¿Qué esperáis? Resuélvalo sin tardanza quien antes no lo hubiere determinado; confírmelo y tornen á protestar los ya resueltos y entregados al servicio de su Dios. Y Vos, esperanza nuestra y único remediador de nuestras almas, hacéndonos participantes de vuestra gracia y herederos de vuestra gloria inmortal. Yo, en prenda de la nueva vida que empezamos desde este mismo punto, os doy á todos la bendición de lo alto, en nombre del Padre, que nos aliente y fortalezca; en nombre del Hijo, que nos ilumine; en nombre del Espíritu Santo, que nos aflore y abrase á todos en las llamas de la eterna caridad. Así sea.

Conclusión de final

de esperanza

de bendición.

<sup>1</sup> 1 Cor., xvi, 22.

UNIVERSIDAD DE BOMBA DE NUEVO LEÓN

®

DE BIBLIOTECAS

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y CINCO

Lo más soberano, y á la par lo más dificultoso y principal de la elocuencia, es la **moción de los afectos**, en la cual pasa por obra maestra este discurso. Digo lo más alto y **soberano**, porque ¿quién es el hombre de veras elocuente? El que habla de manera que convence, que agrada, que doblega los ánimos. *Erit igitur eloquens... is qui in foro causisque civilibus ita dicit, ut probet, ut delectet, ut flectat*<sup>1</sup>. Y de estas tres partes ú oficios, ¿cuál triunfa en la elocuencia? La postrera, que consiste en subyugar y rendir las voluntades. *Probare necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victoriae; nam id unum ex omnibus ad obtinendas causas potest plurimum*. Necesario es el probar, agradable el cautivar á los oyentes con la importancia del asunto y la magia del estilo; pero el mérito del orador estriba en conmover los corazones y hacer que amen lo que antes aborrecían, y aborrezcan lo que antes desordenadamente amaban. Digo lo más **dificultoso**, porque

*nec in solis rationibus omnis  
vincendi vis semper inest; nam libera mentis  
Portio, quae imperium nostri solet una tenere,  
Concipit interdum, ratione negante, figuras  
Quas amat, atque aliter sequitur, seque affectu illis...*

En la filosofía triunfa la razón, porque sólo se trata de convencer; en la elocuencia, donde se intenta además persuadir y arrastrar los ánimos á cosas arduas y de mucho sacrificio, aquél vence que sabe sujetar la parte más libre, indomable y caprichosa de nuestro ser. La cual á veces se aficiona tan desafortunadamente á un objeto, que ni el dictamen de la razón, ni los remordimientos de la conciencia, ni amenazas, ni afrentas, ni tormentos, ni la misma muerte lo harán volver atrás de lo que aprendió, ni que des-

<sup>1</sup> Orat., xxi, edic. de Lemaire; según otros, xii.

<sup>2</sup> Arias Montano. Rhetor. lib. III.

eche lo que abraza, ni que abraza lo que desecha. Aquí sólo vale la elocuencia con el auxilio divino; sólo ella posee las llaves del corazón para calmarlo ó apasionarlo, para sacar un afecto ó introducir otros, procurando que

*paullatim quos induit ardens  
Exuat affectus, aliamque effingere formam  
Incipiat*<sup>1</sup>.

Pues ésta, que es la parte más excelente y la más dificultosa de adquirir, es también la más **necesaria**, sobre todo al predicador, cuyo principal oficio no tanto consiste en instruir, cuanto en mover los ánimos de los que escuchan; siendo cierto que más pecan los hombres por vicio y depravación de su voluntad mal aficionada, que por ignorancia de lo verdadero; y estos afectos depravados se han de arrancar con los afectos contrarios, como un clavo con otro clavo. Así lo asienta formalmente el V. Granada<sup>2</sup>.

Ahora bien: en esta parte, nervio de la verdadera elocuencia, no tienen rival ni Cicerón entre los antiguos, ni SENECA entre los modernos. Otros los aventajarán en la amplitud de la concepción, en la sublimidad de los pensamientos, en el rigor de la argumentación, en la copia y elegancia del estilo; mas, en el arte de conmover y como trastornar los ánimos, hay que cederles la palma. Esto me impulsó principalmente á verter á nuestra lengua al **Cicerón cristiano**; en esto, sobre todo, le pongo por dechado de elocuencia, y á esto con más especialidad, conviene á saber, á penetrar en los secretos de la moción y persuasión oratoria, se enderezan estos estudios ú **Observaciones críticas**.

Estudiémosle en este discurso, y veamos qué afectos conmueve y cómo los conmueve. He lo aquí por su orden:

**Amor.**

**Compañía.**

**Horror de las culpas.**

**Vergüenza.**

**Dolor y arrepentimiento.**

**Confianza.**

**Amor.**

<sup>1</sup> Arias. *Ibid.*

<sup>2</sup> Quamvis enim rhetor per totius causae corpus adspargi affectus, ubi-cumque rei magnitudo postulerit, praecipiat; hoc autem singulari ratione ad Ecclesiastem pertinet, cuius praecipuum munus potius in moveendis quam docendis animis positum est; quum homines magis peccent affectu corrupto, quam ignorantia veri. Affectus autem pravi, velut clavus clavo, contrariis affectibus pellendi sunt. Rhet. lib. II, cap. 11.

Comienza por el amor y termina por el amor, que es el afecto-rey y la pasión-madre y engendradora de todas las demás. Del amor procede el odio, el deseo y la aversión, la esperanza y la desesperación, la audacia y el temor, el gozo y la tristeza, y, finalmente, la cólera, que son las once pasiones que señalan los escolásticos después de Aristóteles. Este amor de Cristo circula, como la sangre, por todas las venas del discurso. El amor engendra compasión, y la compasión engendra amor, ¡misterio dulcísimo del corazón del hombre!, el cual se inclina por su propio peso hacia el que sufre; y si éste es inocente y padece por causa nuestra, no hay pecho que pueda resistir. Dios conocía este misterio, y á fin de robarnos el amor, quiso ser objeto de la más honda compasión. La misma traza se sigue en este razonamiento, cuyo fin próximo es excitar «dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena intensa de tanta pena que Cristo pasó por mí»<sup>1</sup>. Esto intenta en el exordio, esto en la primera parte, esto por toda la segunda, hasta que, excitado este afecto con una vehemencia y artificio incomparable, mueve los demás en la tercera y postrera, donde sin dificultad confunde, y anonada, y aterroriza, y alienta, y aborrece, y abraza en encendidas llamas de regaladísima caridad y llega al fin último de ofrecerse y dedicarse del todo al servicio y voluntad de Jesucristo, con íntimo agradecimiento de tan inestimable merced, como esclavos comprados á precio de la sangre de Dios, y á decir ya de veras: Si vivimos, para Cristo vivimos; y si morimos, para Cristo morimos; y así, ya sea vivos, ya sea muertos, siempre somos de Cristo, pues para esto murió Jesucristo y resucitó, para ser Señor de los vivos y de los muertos<sup>2</sup>.

Para ello divide el camino en tres jornadas sangrientas, considerando:

En la 1.<sup>a</sup>, las causas de la Pasión (1.<sup>a</sup> parte).

En la 2.<sup>a</sup>, las circunstancias de la Pasión (2.<sup>a</sup> parte).

En la 3.<sup>a</sup>, los frutos de la Pasión (3.<sup>a</sup> parte).

Pero discretamente calla esta división al comenzar el discurso, contentándose con declarar el fin que se propone, que es probar la terribilidad de la Pasión del Hijo de Dios sobre todo cuanto han padecido ni padecerán jamás los hombres. Lo que intenta el orador es sacar lágrimas, y después otros afectos más provechosos; y á este intento, no sólo no ayudan las divisiones áridas y

los raciocinios secos, que mal se compadecen con un ánimo traspasado de dolor.

Mas, antes de emprender la jornada, débese considerar, y es punto principal en la elocuencia, la preparación á ella, así la remota, como la próxima; aquí hallaremos las raíces de tanto fruto y la fuerza secreta que mueve toda esta maravillosa máquina. Para el que no lo pondere con atención, la elocuencia señeriana es un enigma.

**Preparación remota** han sido los treinta y cuatro discursos que preceden, hasta el postrero de la mansedumbre de Cristo-Rey, todos empapados en caridad de Dios y del prójimo, encendidísima; el ayuno cuaresmal de los oyentes, la confesión de sus pecados, las penitencias y procesiones públicas que en aquellos tiempos de fe se acostumbraban, mayormente los días de viernes y Semana Santa, cosas que recogían los ánimos y los disponían á sentir y llorar la dolorosa Pasión del Hijo de Dios; pero lo que más hace al caso, es la preparación del mismo SÉNTERI que había de predicarla. Aquella oración ferviente, aquella contemplación altísima en que gastaba tres, cuatro, siete horas, y á veces las noches enteras; aquellos arroyos de lágrimas en que se bañaban los corporales y manteles del altar cuando celebraba el tremendo sacrificio; aquel rezar las horas canónicas con tanto espacio y sentimiento, y siempre de rodillas; aquellos incendios de divina caridad que del corazón le reverberaban en el rostro, ¿no era todo esto una preparación remota, sí, pero la más apta para abrasar á los oyentes con los rayos de su elocuencia?

¿Qué diré de su mortificación espantosa? ¡Oh cómo le disponían á sentir la Pasión de Jesucristo, y á hablar de ella con entrañables sollozos, aquellas disciplinas de dos mil y tres mil azotes, ya con recios cordeles, ya con cadenas de hierro, ahora dadas por su propia mano, ahora por mano ajena y más robusta, y esto dos y tres veces cada día; el dormir sobre duras tablas ó sobre un áspero cilicio; el caminar descalzo por sendas escabrosas, lastimados siempre los pies, que lavaba á menudo para que la piel no se endureciese; el revolcarse entre espinas ó sobre la nieve en lo más crudo del invierno, como varias veces lo practicó; aquel colgarse de dos clavos por más imitar á su amor crucificado, hasta que la sangre le reventaba por el lugar de las ataduras; aquel crucifijo que continuamente llevaba colgado del cuello, y cuyos agudos clavos, traspasando la cruz de madera, le herían el pecho y se le hincaban en la carne; aquel saco de cerda, aquel horrendo cilicio, á modo de ceñidor de hierro, de treinta y cinco palmos de longitud y guarnecido de tres mil ochocientas púas, que le rodeaba y ator-

<sup>1</sup> Ejer. esp. de S. Ignacio, Tercera Semana, Contemplación 2.<sup>a</sup>

<sup>2</sup> Rom., xiv, 7.

mentaba todo el cuerpo desde la cabeza hasta los pies, y otros linajes de martirios que aquel corazón magnánimo, nunca harto de padecer por Cristo, inventaba sin cesar!

Ved aquí el vigor y nervio de la elocuencia de SENECA, como de la elocuencia del Crisóstomo, como de la elocuencia de Avila y Vieira, de Estrada y de Ramirez. Estudiar á SENECA como orador sin tener esto en cuenta, equivaldría á estudiar el movimiento de la sangre en el cuerpo humano sin fijarse en la fragua de ella, el corazón. Para defender pletitos ó intereses humanos, basta ser hombre; para defender la causa de Dios, es menester ser dioses, por participación de su espíritu y virtudes. Y ¿esto cómo se alcanza? Sólo mediante la mortificación que dispone, y la oración que transforma. Y nosotros, sin haber derramado, no digo la sangre, pero ni una lágrima por Cristo, ¿nos prometemos conmover al auditorio? Los predicadores que predicán á Cristo sin tener su espíritu y sin sentir hondamente lo que dicen, más son farsantes que predicadores: elocuencia contrahecha, postiza, artificial. Sólo el alma hiera las almas; sólo quien es de Cristo sabe lo que él sintió y padeció. Tal fué SENECA. Su sola presencia, vivo retrato de Jesús paciente, compungia y trocaba los corazones. Más que **preparación remota**, es la vida santa un sermón efficacísimo que entienden los más rudos y ablandan á los más obstinados. Pero veamos ya la

**Preparación próxima**, la cual tiene lugar en el exordio. Quien no sienta lo que sentía SENECA, no podrá comenzar como él lo hace. Transportado en Cristo, y viendo en los pecadores á los verdugos del Hijo de Dios, desahoga su dolor intenso y comprimido por medio de una acerbisima **ironía**, con aquella exclamación: «Alegraos y regocijaos; en este día de amargura y desolación, alegraros y regocijaos; habéis vencido, pecadores...» Esta y las siguientes cláusulas, declamadas, no con aire de triunfo, lo cual rayaría en blasfemia, sino del más hondo y entrañable pesar, son un trueno pavoroso que repercute en el corazón del pecador y le hace despertar de su letargo.

Ya despiertos los oyentes y trasladados al lugar de la escena por medio de una **visión oratoria**, conmueve el afecto de **vergüenza y confusión** con dos ejemplos; el de aquellos rebeldes súbditos que se movieron á lástima á la vista de su rey tan maltratado, y el otro de los sayones que, después de crucificado el Salvador y muerto, volvían hiriéndose los pechos. De aquí el afecto de **compasión** y lágrimas que aviva **llorando** él mismo y suponiendo que ya lloran los oyentes. Para que crezcan estos arroyos de lágrimas, ahonda en el manantial de ellas, que es el amor,

lo cual hace por la etopeya de la persona que padece; rasgo bellissimo que ha de ablandar los corazones de piedra, si hay en ellos una centella de fe. De aquí torna á la **compasión**, por la muchedumbre y terribilidad de los tormentos: excita la **atención** por la prosopopeya de Cristo, rogando al auditorio que se detenga un poco á contemplar aquel retablo de dolores, y termina disponiendo al **llanto** por medio de la devotísima **deprecación** á la santa cruz. El **orden afectivo**, por consiguiente, no puede ser más natural ni más á propósito para disponer al concurso y llevarle adondequiera: porque,

- a) Lo despierta con vehementes apóstrofes de amarga ironía.
- b) Lo avergüenza, poniéndole delante otros ejemplos.
- c) Lo provoca á lágrimas por medio de las lágrimas.
- d) Atiza el fuego y la fragua del dolor, que es el amor.
- e) Conmueve la compasión por la persona que padece y lo que padece.
- f) Fija la atención, rogando el mismo Cristo que le miren.
- g) Con la vara de la cruz hiera la peña y brotan las fuentes del llanto.

Basta ya; no me propuse acompañar á SENECA en las tres jornadas, sino solamente desbrozar la senda, considerando la preparación remota y próxima del orador y del oyente, parte no la más fácil que tiene la elocuencia: que por esto dice el refrán que la jornada más difícil es hasta el salir de casa. Vémoslo en las otras artes y en la milicia. Antes de comenzar un edificio, ¡cuántos planos preceden, cuánto apercebimiento de materiales y de obreros! Y antes de romper el fuego en una batalla, ¡qué de preparativos son menester! ¿Y sufrimos que la más difícil y soberana de las artes, cual es la elocuencia, salga al campo poco menos que desnuda, sin estudio, sin meditación, sin oración? ¿Y habrá quienes, por alarde de ingenio, se gloríen de improvisar?

*Sint procul a nostris, procul haec sint, montibus ausa;  
Aligne optem potius tardi crassique tenere  
Ingenit nomen, tantum respondeat ipsam  
Officis factum, Divis populusque probanda  
Dicamus, tanta et pro majestate paventes.*

Por lo demás, ahí están las notas marginales que, á manera de los mojonos, van diciendo al caminante dónde está de su camino. Sólo he de advertir, respecto de la inven-

<sup>1</sup> Arias. Rhet. lib. I.

ción, que está sacada de Santo Tomás, parte 3.<sup>a</sup>, q. 96, artículo 6, donde pregunta si el dolor de la Pasión de Cristo fué el mayor de todos los dolores, y responde como nuestro predicador con las palabras de Jeremías que le sirven de texto: Considerad y ved si hay dolor que pueda compararse á mi dolor; y asienta que, ya se mire la Pasión exterior ó corporal, ya la interior ó del corazón, los dolores de Cristo fueron los más acerbos, por las mismas razones y circunstancias que pondera SÉNERI. Aún saca, si cabe, más partido del artículo anterior, *Utrum Christus omnes passiones sustinuerit*, en que afirma y demuestra que realmente padeció todas las pasiones humanas, *non quantum ad speciem, sed secundum genus*, por las tres razones que allí alega.

En cuanto á la **disposición**, digo que es **naturalísima**, porque recorre los **antecedentes**, los **concomitantes** y los **consecuentes** de la Pasión; y al propio tiempo es **artificial** y muy elocuente, si se mira cada miembro de por sí y con relación al intento del orador.

Respecto de la **elocución**, procuré empaparme en el espíritu y divina elocuencia de nuestros autores místicos, los primeros del mundo y sólo comparables á algunos de los Padres más elocuentes, y guardada la fidelidad de traductor, intenté imitarlos en el tratar de tan suave é incomprensible misterio.

Por lo que hace á la **amplificación**, que es el arma principal para commover, vélese unas veces de la **enumeración** de partes, otras de los **efectos**, otras de los **adjuntos** que anteceden, acompañan ó siguen; otras de las **causas**, otras de los **lugares comunes**, pero con particularidad de las **circunstancias**, así de las personas como de las cosas. Y cuáles son las circunstancias de las **personas**? Once, comprendidas en los siguientes versos:

*Consilium, affectus, natura, oratio, nomen,  
Sors, habitus, virtus, studia, facta, casus*<sup>1</sup>.

¿Y las circunstancias de las **cosas**? Son ocho, como se lee en el verso siguiente:

*Quis, quid, ubi, per quos, quoties, cur, quomodo, quando.*

No hago aplicaciones al presente discurso, por evitar prolijidad, y porque la cosa no es difícil. Pero obsérvese que los afectos excitados por medio de la amplificación son de

<sup>1</sup> La explicación de ellos puede verse en los antiguos Retóricos ó en el mismo SÉNERI, *Artis di predicar bene*, Trat. II, cap. viii.

dos especies: *tristitia*, ó más suaves, que se van desarrollando desde el comienzo de la primera parte hasta el párrafo XIV de la segunda; y *pathos*, ó pasiones vehementes, desde este punto hasta la conclusión. Las figuras de que naturalmente se reviste la amplificación **afectiva**, no la **demostrativa**, son aquí la exclamación ó congerie de exclamaciones, la hipóbole, la prosopopeya, las repeticiones, la admiración, la interrogación, alguna vez la abjuración é imprecación, también la optación, y sobre todo el apóstrofe, que da vida á las demás, como cuando exclama al terminar la segunda parte: «¿Aquí no revienta el corazón? ¿Aquí no se derriten las entrañas? ¿Quién puede contemplar tal estrago sin desfallecer de pena? A mí faltame aliento para ponderarlo y lágrimas para llorarlo cumplidamente. Lloradlo vosotros, ángeles del paraíso; lloralo, sol, obscureciéndote; llorado, cielos, encapotándoos y desplomándoos con horrosas tempestades; llorado, sepulcros, devolviendo vuestros muertos; llorado, peñas, despedazándoos; llorado, montes, estremeceándoos...» (§ XV.) Y no son fingidas estas lágrimas del **Cicerón cristiano**, antes puede decirnos harto mejor que el Cicerón gentil: «*Non mehercule unquam apud iudices, aut dolorem, aut misericordiam, aut invidiam, aut odium exultare dicendo volui, quin ipse in commoventis iudiciis, suis ipsis sensibus, ad quos illos adducere vellem, permoverer*<sup>1</sup>; porque sabia cierto que, *neque ad misericordiam adducetur, nisi ei tu signa doloris tui, verbis, sententiis, voce, vultu, collacrymatione denique ostenderis*<sup>2</sup>. ¿Qué maravilla que arrancase lágrimas quien antes había derramado sangre de puro dolor? Y este dolor y compasión tan honda ¿cómo se engendra? Lo dice nuestro Arias Montano: identificándonos, por decirlo así, con la persona que padece, y tomando su causa por nuestra causa y su vida por nuestra vida:

*fortunam prolium omnem*

*Et miseros casus et mentem ante omnia totam  
Alterius vestire tibi; tua ducito cuncta  
Commota, domina, malum, iacturam, spemque, metumque;  
Et quodcumque potest animo superes clientis,  
Hoc patramus habere.*

Y entonces ¿qué acaece?

*Tunc natura tibi affectus animique parabit  
Ieritamenta et flammam, quibus ipse motere  
Et turbare queas metumque impellere nigno  
Impete.*

<sup>1</sup> De Orat., lib. II, n. XLV.

<sup>2</sup> Cic. Ibid.

Está es la verdadera elocuencia, éstos los verdaderos afectos.

*Fingere quos nequeat, nequeatque ars illa docere* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Rhet., lib. III in fine.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## DISCURSO TREINTA Y SEIS

### LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

*Opportet corruptibile hoc induere incorruptibilem, et mortale hoc induere immortalitatem.*

Conviene que este cuerpo corruptible se vista de incorruptión, y que este cuerpo mortal se vista de inmortalidad.

(1 Cor., 15, 52.)

#### EXORDIO

Por extensión de oratoria.

ENTRE cuantas religiones antiguas y modernas han pasado por el mundo, no se hallará ninguna, fuera de la cristiana, que no haya sido blanda y complaciente con el cuerpo, permitiéndole, no solamente todo linaje de placeres honestos, pero también muchos vituperables y nefandos. Sola nuestra religión mostróse en todo tiempo rigurosa é inexorable con la carne, que no parece nacida sino para perseguirla y maltratarla. No bien apareció en la tierra, que luego al punto alzó bandera, sonó cajas, y, como des-

1.ª parte. La religión cristiana, porseguidora de la carne;

por comparación con otras religiones.

2.ª parte. La religión cristiana, porseguidora de la carne;

por hipótesis y proclamación general.

conduplicación y autoridad.

Proclamación especial.

Guerra, gritó, guerra vengo á traer á los pueblos y naciones; por tanto, quien quiera militar en mis reales, no hable de regalos y bienestar, de holganza y pasatiempos, porque desde ahora y para siempre digoos á todos que no he venido sino á meter guerra, y cuchillo, y división: *Non veni pacem mittere, sed gladium* <sup>1</sup>. Y, declarando más el blanco de su jornada y la empresa de su celestial divisa: «Venid, hombres, dice, y escuchad mi mandamiento. Los que os desposasteis con muchedumbre de mujeres, apartadlas de vosotros, que una sola

<sup>1</sup> Matth., x, 34.

Está es la verdadera elocuencia, éstos los verdaderos afectos.

*Fingere quos nequeat, nequeatque ars illa docere* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Rhet., lib. III in fine.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## DISCURSO TREINTA Y SEIS

### LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

*Operte corruptibile hoc induere incorruptibilem, et mortale hoc induere immortalitatem.*

Conviene que este cuerpo corruptible se vista de incorruptión, y que este cuerpo mortal se vista de immortalidad.

(1 Cor., 15, 52.)

#### EXORDIO

Por extensión de oratoria.

ENTRE cuantas religiones antiguas y modernas han pasado por el mundo, no se hallará ninguna, fuera de la cristiana, que no haya sido blanda y complaciente con el cuerpo, permitiéndole, no solamente todo linaje de placeres honestos, pero también muchos vituperables y nefandos. Sola nuestra religión mostróse en todo tiempo rigurosa é inexorable con la carne, que no parece nacida sino para perseguirla y maltratarla. No bien apareció en la tierra, que luego al punto alzó bandera, sonó cajas, y, como des-

1.ª parte. La religión cristiana, porseguidora de la carne;

por comparación con otras religiones.

2.ª parte. La religión cristiana, porseguidora de la carne;

por hipótesis y proclamación general.

conduplicación y autoridad.

Proclamación especial.

Guerra, gritó, guerra vengo á traer á los pueblos y naciones; por tanto, quien quiera militar en mis reales, no hable de regalos y bienestar, de holganza y pasatiempos, porque desde ahora y para siempre digoos á todos que no he venido sino á meter guerra, y cuchillo, y división: *Non veni pacem mittere, sed gladium* <sup>1</sup>. Y, declarando más el blanco de su jornada y la empresa de su celestial divisa: «Venid, hombres, dice, y escuchad mi mandamiento. Los que os desposasteis con muchedumbre de mujeres, apartadlas de vosotros, que una sola

<sup>1</sup> Matth., x, 34.

os permito en adelante, y no para satisfacción de vuestro indómito apetito, sino en orden al fin del matrimonio. Mas, si quisierais señalaros en mi servicio, renunciad á este fuero de la naturaleza y no os embaracéis con la liga pegajosa de los deleites terrenales; y, si la carne se os rebela, estadme atentos: Quitadle entonces las comodidades con la voluntaria pobreza, sercenedle la comida con ayunos y cortadle el sueño con importunas vigias; y, si no bastare tal rigor á enfrenar sus osadías, castigadla también con toda suerte de asperezas y malos tratamientos. Ahí están las espantosas soledades del Egipto. Corred alegres, y emboscaos en aquellos horrores y espesuras, y aun más gusto recibiré si tomareis por vivienda las quebras de los montes ó las sepulturas de los muertos. Daos priesa, caballeros de la fe, que allí os ofrezco por compañía fieras espantables, por comida raíces amargas, agua por bebida, por vestido ásperas cerdas, la dura tierra por lecho regalado. Y como ya preveno que, no obstante vuestra inocencia, han de guerrearos enemigos poderosísimos, los cuales porfiarán obstinadamente en apartaros de mi culto y devoción, apercibios á la batalla, y no cejéis un punto, ni por ruegos, ni por promesas, ni por espantos y amenazas. A quienquiera que os tratare de rebeldía á mi fe ó deslealtad á mi servicio, ofrezcedle en respuesta vuestra carne á los garfios de hierro, vuestros nervios al caballete, vuestros huesos á las sierras, vuestra boca á la hiel, vuestros costados á las hachas encendidas, y vuestra misma garganta á la cuchilla. Ahora os mostrarán hornos ardiendo; pues arrojaoos en sus llamas; ahora estanques de hielo frigidísimos, pues sepultaos en ellos; y que jamás sean poderosos ni los despeñaderos más profundos, ni las fieras más bravas, ni las ruedas ó navajas más agudas, ni las parrillas más candentes, ni todos los tormentos del mundo, para mellar vuestra constancia y negar un sólo artículo de la soberana fe que profesáis. Éste es el pregón que desde el principio dió á sus seguidores nuestra divina ley: No temáis, dice, á los que matan el cuerpo: *Nolite timere eos, qui occidunt corpus* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Matth., x, 28.

¿Qué decis, católicos, á tal intimación? ¿Os sentís animos y prontos á ejecutarla...? Páreceme que os veo turbados, silenciosos y como sobrecogidos de espanto. Pero no temáis; esfuércese vuestro desaliento, reanímese vuestro apocado espíritu; que el que os hiera y lastima os ofrece el bálsamo, y junto al veneno suele nacer en las praderas el antídoto. La misma ley que nos manda aborrecer este cuerpo dañado, y perseguirlo, y maltratarlo, y colgarlo, si es menester, como el de nuestro Señor Jesucristo, en palo de ignominia, ésta misma se adelanta á devolvérnoslo, como á nuestro adorable Salvador, de roto y despedazado, entero; de enfermo, robusto; de herido y acardenalado, hermosísimo y resplandeciente; de quebradizo, inmortal; de pasible y trabajado, impasible y eternamente bienaventurado. Porque, á semejanza del grano de trigo que sepultado en tierra se pudre y descompono, así es verdad que morirá este cuerpo, mas para levantarse á nueva vida; es cierto que se corromperá, pero luego reverdecerá y florecerá más lindamente; es verdad que lo perderemos, pero para recobrarlo al tiempo de la siega, incomparablemente más hermoso, más pujante y henchido de vigor inmarcesible: *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem*. Es menester que este cuerpo corruptible se vista de incorrupción, y que este cuerpo mortal se vista de inmortalidad.

Propóngome, por tanto, demostraros hoy, siquiera brevemente, **cuán justo sea que participe del premio de la victoria quien tanta parte lleva en los trabajos de la jornada** y en los recios combates de la virtud; conque os afirmareis en esta verdad de fe, que si en el transcurso del sagrado tiempo de Cuaresma habeis grandemente padecido en vuestra carne con ayunos, con maceraciones y asperezas, con esta misma carne, pero ya glorificada, gozaréis por toda la eternidad.

<sup>a.ª</sup> parte. La religión cristiana, glorificada de la carne.

por antitesis

ejemplo del Salvador.

a pari

por semejanza del grano.

que perdido, reverdece.

Proposición particular

®

y fin del razonamiento.

## PRIMERA PARTE

## II

Arg. 4.<sup>o</sup>  
De la causa for-  
mal, y trabazón  
del cuerpo con el  
alma.

Transición por  
al dicho del otro  
capítulo.

Duramente.  
Nada puede el al-  
ma sin el cuerpo  
largo.

Antecedente por  
enumeración de  
los efectos del al-  
ma.

de los deleites es-  
tores.

(repetición en-  
tística, y autorizada).

Conocencia.

Un esclarecido capitán de la antigüedad pagana, como le alabasen extremadamente sus soldados y le comparasen al águila por la rapidez con que embestia contra el enemigo y lo sojuzgaba y desbarataba en un punto:—En verdad, dijoles el valeroso caudillo, que, si yo soy águila, vosotros sois las alas con que vuelo.—En semejantes razones podría hablar el alma á los miembros de su cuerpo, pues en servicio de ella andan en continua acción, en incesante afán y movimiento. Y es así; porque, decidme, ¿qué puede hacer el alma sin el cuerpo? Sin su ayuda, ni proferir una palabra, ni dar un paso, ni forjar un pensamiento. Si triste y apesadumbrada quiere desfogar su dolor, menester es que le preste el cuerpo lágrimas y gemidos. Si alegre y regocijada desea publicar su júbilo, le es fuerza valerse del cuerpo para reír y dar saltos de placer. En vano brillarían en el azulado firmamento esas lumbres resplandecientes, ni se vestiría la tierra de hermosura, si el cuerpo le negara ojos para mirar y embecerse en su contemplación. Al cuerpo debe que pueda saborearse en los manjares; al cuerpo el inefable placer de la armonía; al cuerpo el deleite que de los olores y fragancias se percibe; al cuerpo las alegrías de los juegos y diversiones; al cuerpo el bienestar del no turbado sueño, y en una palabra, para cifrarlo todo en las del gran Tertuliano, ¿qué provecho de esta naturaleza visible, qué fruto del mundo exterior, qué sabor ó contentamiento de las criaturas goza el alma que no sea mediante el cuerpo? *Quem naturæ usum, quem mundi fructum, quem elementorum saporem, non per carnem anima deprecatur*?

Imaginad ahora qué amor tan entrañable no le tendrá el alma viéndose servido de él con tanta prontitud y buena

1 De resurr. carn.

gracia. Viene á hermanarse tanto y á hacerse tan una con él, que no hay cosa de este mundo que así aborrezca como el daño, ni que más ardentemente procure como el bienestar de su dulce compañero. Por donde colegid, católicos, cuán dificultosamente se acomodaría el alma á maltratar á su perpetuo servidor con los rigores que manda, ó enseña, ó aconseja nuestra divina religión, á no esperar asimismo para el proporcionada recompensa.

Poned los ojos en un magnánimo capitán. ¿Contentáse por ventura con el propio galardón por la victoria que acabó de arrancar á sus enemigos? No, católicos, en ninguna manera. Quiere que alcance el premio á los soldados gacatadores que abrieron las trincheras, á los guías y adalides que encaminaron la gente por quebradas y desfiladeros, á los oficiales subalternos que ordenaron los escuadrones, á los infantes que dieron el asalto, y hasta á los bagajeros que se quedaron en las tiendas. Así lo hizo el capitán David. Salió cierto día en persecución de una banda de amalecitas que asolaban la comarca, y saqueaban los pueblos, y robaban los ganados, y cautivaban niños y mujeres; cuando, llegados á un torrente, doscientos de los suyos, quebrantados del camino, se tendieron á la orilla y no lo quisieron vadear. Los cuatrocientos lo atravesaron animosamente, y cayendo de sobresalto en el ejército enemigo, ufano con la reciente victoria, rompiéronlo, desbarataronlo, y, unos muertos y otros heridos, se cobraron la anhelada presa. Ya la repartían entre sí los vencedores con mucha algazara y gritería, cuando: Aguardad, dijoles David; que llevéis vosotros vuestra parte, vengo en ello, que bien merecido lo tenéis; mas ¿dónde está la correspondiente á los compañeros, rezagados, que, rendidos de cansancio, se quedaron junto al río?—¿Quiénes?, replicaron con enojo y desabrimiento; ¿los apocados y cobardes? Y ¿qué han hecho mientras nosotros peleábamos sino descansar á la apacible sombra de los árboles, y junto á las corrientes de las aguas?—No se hable más en ello, repuso David, y fijese como ley inviolable que los despojos enemigos se repartan por igual á los soldados activos y guerreadores y á los detenidos en la guardia del bagaje. *Aequa pars erit descenditis ad præ-*

y amor entre am-  
bas partes.

Confirmase por  
ejemplo. *probabilis*

del capitán y los  
soldados:

por ejemplo. *Má-  
co de David.*

Narración *dis-  
trada.*

1.<sup>a</sup> parte. La  
victoria, por dis-  
tribución y gra-  
dación.

2.<sup>a</sup> parte. El bo-  
llo.

por diálogo.

y actividad.

lum, et remanentis ad sarcinas <sup>1</sup>. Argumento, pues, del siguiente modo: Si es tan puesto en razón que sea premiado quien, al tiempo del pelear, estuvo en los reales cuidando las municiones, ¿no será muy justo que éntre á la parte en los despojos quien recibió los golpes, quien derramó su sangre, quien perdió sus miembros y hasta la propia vida en la demanda? Tal es, pues, la parte principal que toca al cuerpo en los reñidísimos combates que en pro de la justicia y de la fe sostenemos en el campo de este mundo. Que del cuerpo son, del cuerpo y no del alma, las heridas del cuchillo ó del alfanje; del cuerpo la sangre que á borbotones se derrama hasta la tierra; del cuerpo los miembros que despedazan los leones en las arenas del circo; del cuerpo, en fin, la vida que sacrifica el mártir á su Dios: y ¿el cuerpo sólo ha de quedar sin recompensa?

3.ª parte. Aplicación por argumentación á mi-sura.

recompensación

y castigo crecientemente.

Ampliación por comparación con la naturaleza.

conclusión.

por grave testimonio.

A ser así, figurárase me muy desmayadamente exigiría el alma tamaños sacrificios al cuerpo; pocos soldados atraería á sus banderas nuestra augusta religión; pocos, muy pocos la defenderían en los tribunales, la glorificarían en las cárceles y se desvelarían en propagar tan constante y universalmente su ley y su renombre hollando la gloria del siglo y los regalos de la carne. Y así ordenó su Majestad que, á una, cuerpo y alma gozasen del galardón eterno y que fuese compañero del triunfo quien lo fué del sudor y del trabajo. Si, es menester, repetiré con el Apóstol, es menester que este cuerpo corruptible se vista de incorrupción y lozanía, y que esto, mortal y caedizo, se vista de inmortalidad sempiterna: *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem*. Y ¿por qué es menester, en sentir del Nacianceno, sino porque es sobrenaturalmente justo que el alma, ya que se unió á la carne y emparentó con ella, la reciba también en la herencia de la gloria, y comunique sus gustos y bienaventuranzas con quien fué partícipe a de sus duelos y penalidades <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> 1 Reg., xxx, 24.

<sup>2</sup> Cum anima cognatam carnem receperit, eam quoque ad gloriæ coelestis hereditatem secum admittat, et iocunditates suas cum ipsa communit, quæ æternarum particeps fuit. Or. in laud Caec.

## III

Arg. 2.ª  
De la causa final.

De aquí paso á discurrir en esta forma. A ninguno se os esconde que por esta trabazón de cuerpo y alma, más nos mueve lo material y sensible que lo abstracto y espiritual. Fijaos, si no, en la mayor parte de los hombres, y los veréis que apenas alcanzan á comprender que encuentre un sabio tal deleite en el estudio que, por conversar con los muertos en su estancia, renuncie á los pasatiempos, deseche los juegos y diversiones, y no se acuerde siquiera de comer; y si por ventura oyen decir á un Plutarco que, aunque desfalleciese de hambre y le convidaran á un opiparo banquete semejante al de Feacia, el lo dejaría gustoso por leer el descrito tan primorosamente por Homero, riense de ello y lo toman punto menos que á locura y desatino. Siendo, pues, así, ¿cómo pudiera nuestro Señor traer la ruda y grosera muchedumbre á desapropiarse por amor de él de los bienes de la tierra, á cerrar los ojos al brillo deslumbrador del mundo, á detestar las blanduras de la carne, si sólo les prometiera en compensación mercedes magníficas, es cierto, levantadas, imponderables, pero al sentido no comprensibles?

Más nos mueve lo sensible y corpóreo que lo espiritual. Luego.

Antecedente por experiencia cotidiana por sentidos intelectuales.

Conclusión psicológica.

Perdonadme, Dios mío, si raya en atrevimiento mi discurso, y guíadme por este mar dilatadísimo. Harto sé yo que la verdadera bienaventuranza, y la paga cumplida, y la gloria esencial de los santos, consiste en ver esa vuestra cara resplandeciente, esa lumbré inaccesible, esa hermosura en quien resplandecen todas las hermosuras, y en conocer sin sombras vuestros misterios soberanos. ¡Oh, pléguenos ya, bondad inmensa, que os vean mis ojos, y se harte de Vos mi alma, y descanse finalmente mi deseo! Anegarése mi espíritu en el mar océano de vuestra grandeza y majestad, y no hallando playas á do arribar, ni suelo donde hacer asiento, me perderé dichosamente y será mi alegría anegarme más y más, y ahogarme en sempiterno naufragio de gozo y bienaventuranza. Veré pasmado aque-

Confirmación por experiencia presente.

hipótesis de la gloria esencial.

lla beatísima Trinidad, cómo forma número sin multiplicar

visión beatífica

por éstas

esencias. Contemplaré absorto la muchedumbre de maravillosas relaciones, pero sin sombra de subordinación ni dependencia; y tantas oposiciones y contrapuestos términos, pero sin discordia, antes con estupenda consonancia. Veré un primero, fuente y principio de un segundo, y que con todo no le precede; un segundo naciendo de un primero y que no depende de él; contemplaré á un tercero cómo, procediendo del primero con el segundo, ni es hermano del segundo ni tampoco hijo del primero. Entenderé con lumbr celestial cómo es Dios infinitamente fecundo y no puede engendrar más de un Hijo; y perfectísimo su entender, y no puede expresar más de un Verbo; y, discurrendo por las Escrituras, comprenderé cómo se arrepiente sin trocar la voluntad, cómo se entristece sin pesadumbre y se enoja sin afición; como es invisible y todo lo ve, inmutable y todo lo muda, simplicísimo y colmado de perfecciones infinitas; cómo lo cria todo sin necesidad, y lo sustenta sin cansancio, y lo rige sin trabajo; cómo tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, y asienta los montes en su peso, y los collados en su balanza. Cómo provee á todo, y con un acto; enriquece á todos, y sin empobrecer; es libre, mas sin mudanza; comprensor, mas sin especies; presentísimo, pero sin lugar; antiquísimo, mas sin tiempo; nuevo y siempre reciente, pero sin principio ni acabamiento por los siglos de los siglos.

Tal es, lo confieso, el sumo bien y perdurable gozo que espero nos ha de hacer felices mientras Dios fuere Dios. Mas preguntoos: ¿qué idea habéis formado de bien tan sobrecelestial y divino? Distráidos unos, embelesados otros, aquellos cabeceando y soñolientos, éstos murmurando en su interior, me estáis diciendo todos que humane mi estilo y que no me remente á esas alturas. No me espanta, oyentes míos, porque, en verdad, yo mismo que hablo, apenas comprendo lo que digo. Como niño balbuciente, voy juntando términos recónditos, tan maravillosamente encontrados entre sí como incomprensibles por su profundidad. Imaginaos, pues, que ningún otro linaje de bienaventuranza prometiera Dios á sus fieles servidores sino ésta tan sobrepujante que ni ojo vió, ni oído jamás oyó, según expresión del Apóstol:

tol: *Quam oculus non vidit, nec auris audivit* <sup>1</sup>. ¡Oh vágame el cielo! ¡cuántos se me figura que le dirían: Señor, asquean vuestras almas este manjar tan sutil y delicado: *Nauseat anima nostra super cibo isto levissimo* <sup>2</sup>, y, como los israelitas, antepondrían al maná prodigioso los tordos y codornices, esto es, á los bienes soberanos y al mismo entendiemento oscuros, estos terrenales y menguados, pero al fin aseguibles al sentido.

Y ¿qué hizo este Señor, apiadado de nuestra ceguedad? Condescendió con nosotros, abajóse á nuestra condición y hanos aparejado en los palacios de la gloria deleites sensibles y corpóreos, si bien más puros y acendrados; de manera que estas mismas manos, estos mismos oídos, este paladar mismo y estos mismos ojos, tendrán allí su placer proporcionado, y todos los apetitos hartura y satisfacción. Conviene, si, conviene que esto corruptible se vista de incorruptión, y esto mortal de inmortalidad y gloria. *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem*; que es lo que dijo por hermosa manera San Lorenzo Justiniano: que nuestra carne espiritualizada será henchida de deleites, y todos los sentidos bienaventuradamente recreados: *Caro spiritualis effecta, per omnes sensus suos multis modis exuberabit deliciis*.

## IV

Y ved cómo el Señor ha hecho inexcusables á los amadores de este siglo, que no quieren lograr su salvación. Porque, decidme, ¿qué podréis alegar, hermanos míos, cuando en nombre de nuestro Señor Jesucristo os convidó á la mortificación y penitencia, que vale tanto como decir que renunciéis á los gustos de la tierra, á que tan desenfundadamente os entregáis? ¿Cómo osaréis ya negármelo? cómo ó por qué torcer el rostro á las dulces amarguras de la cruz? Podría, en verdad, seros durísimo vedar á vuestros oídos el

<sup>1</sup> 1 Cor., II, 9.

<sup>2</sup> Num., XXI, 5.

por ampliación  
de los deleites de  
la gloria.

deleite del oído:  
ejemplo de San  
Francisco.

(concreción)

deleites del gusto  
(ejemplo)

y de la vista  
(ejemplo)

Conclusión mtr.  
gica.

deleite que experimentan con las voces suavísimas y melodiosos acentos, que resuenan tan á menudo en vuestros sacros y tertulias, en vuestros banquetes y teatros, si jamás hubierais de sentirlo semejante. Pero si os certifico en nombre de Dios que gozaréis de este mismo placer, y aun más fino y aquilatado, y no por unas horas, mas por toda una eternidad, y que á una señal de vuestro albedrío tendréis á punto los músicos celestiales, y las sonoras cítaras, y las argentinas voces, ¿por qué llevaréis con pesadumbre no perder, sino diferir, este contento? ¿Nunca oisteis por ventura aquel suceso maravilloso, cuando al primer sonido del arpa angélica quedó San Francisco arrebatado en éxtasis, y su alma tan engolfada en torrentes de dulzura que, rebosando el placer en todo el cuerpo, lo sanó de la fiebre que lo consumía, y le comunicó nuevo vigor y vida nueva? Este gozo, pues, sentirán vuestros oídos de carne, y no de paso y momentáneamente, sino de asiento y con largueza digna de Dios. Y ¿aun no renunciaréis por ello á esas groseras músicas del mundo, verdaderos chirridos de grajo si con aquellas se comparan? No quiero, ¡oh comedores y bebedores!, que os abstengáis para siempre de vuestras viandas exquisitas; sólo quiero que tengáis espera hasta tanto que se aderezar aquella mesa soberana de la cual, como gustase una vez el bienaventurado Salvi en un arrobamiento, quedó tan sabroso y engolosinado, que andaba mascando todo el día, y sabíanle nuestros manjares á pozoña y hiel. No quiero ¡oh juventud! que os privéis sin término del regalo y esparcimiento que recibirais con derramar vuestra vista y mirar pasajeras hermosuras; sólo quiero treguas con vuestros ojos, hasta ser introducidos en la ciudad eterna y en los salones de la gloria, donde, como asistiese un instante el santo varón Silvano, tapábase después el rostro por no ver los de los hombres y mujeres, que le parecían feísimos y espantables.

¿Qué respondéis, cristianos? ¿Qué más quiero yo sino que ensanchéis vuestro corazón y recibáis gustosamente lo que más codicia vuestro deseo? Éste es el verdadero arte de persuadir, exhortar á lo mismo precisamente que uno quiere: *Vera ratio persuadendi est, cum id possit ut impetre-*

*mus a vobis, quod concupiscitis*<sup>1</sup>, decía el gloriosísimo obispo. Eucherio, y muy sabiamente por cierto. Vosotros querriais hartaros de contentamientos corporales, y de gozos y contentamientos corporales quiero hartaros y henchiros hasta veros anegados en torrentes de placer; con esta diferencia: que vosotros los querriais tal vez de bajísimo metal, y yo os los ofrezco puros y acrisolados; vosotros los buscáis menaguados y pasajeros, y os los doy yo abundantes y eternos. Eso mezquino y baladí que os enamora, quiero que lo améis grande, inmenso, inacabable: *Hoc quod exiguum amatis, insinuamus ut améis aeternum*<sup>2</sup>. Discordamos únicamente en que á vosotros os satisface lo menos, y yo doy lo más. ¿Y os parece ruin ofrecimiento?

por argumentos  
ción á míseri.

y testimonio.

## V

Resurtaón. Pe-  
to hay que aguardar.

Confiésoos que es menester aguardar un poco hasta que se cumpla; pero tened paciencia, hermanos míos, y llevaréis el fruto de vuestra esperanza: *Patientia vobis necessaria est, ut reportetis promissionem*<sup>3</sup>, como advertía el Apóstol; porque Dios no desmiente su palabra. Mas, si el partido es ventajoso, ¿quién repara en aceptarlo, aunque la ganancia no se cobre desde luego? Si vierais á un viador, que, en asomando el mes de Agosto, cuando la viña está atrasada, el grano pequeño, la uva aceda y por madurar, se empeña en vendimiar á toda costa por el ansia de henchir cuanto antes sus bodegas, y que, llevado de su codicia desapoderada, llama la gente, reparte las podaderas, corta los ramos, llena las canastas, hierven los lagares y, haciendo gemir las prensas, exprime ya el desabrido mosto, ¿qué le diríais? ¿Aprobaríais acaso tan torpe apresuramiento, codicia tan desacordada? — Detente, hombre, le diríais: no pases adelante, desperdiciador de tu hacienda. ¿No es mejor cosechar ese vino algo más tarde, pero sazonado, dulce y espirituoso, que no ahora que está en agraz, y es flaco, insípido y así muy dispuesto á avinagrarse? Lo mismo diríais al hortelano que porfiase en coger las manzanas antes que

Resp. Si la ganancia se anticipa.

no hay dilación que se cobre por similar.

del viador, 1.º parto, la temeridad — inquitipetis — increminal.

2.º la cordura, (comunicación y pronocopeya.

<sup>1</sup> Epist. 1. Paracn. — <sup>2</sup> Idem, íbid. — <sup>3</sup> Hebr., x, 36.

del hortelano, del cazador, amarilleasen en los árboles; lo mismo al cazador que saliese á ojear y levantar la caza antes de poblarse el bosque; lo mismo al segador que, hoz en mano, se aprestase á segar los trigos antes de ver doradas las espigas. Y ¿por qué yo no podré daros en rostro con lo mismo, pues queréis disfrutar anticipadamente y con tantas menguas unos deleites que, á esperar un poco, gozaríais ciendoblados y á manos llenas?

Porque, decidme, ¿qué son los regalos y consolaciones de acá abajo, sino cercenaduras y como hurtos sisados á los bienes inmortales? *Obiectamenta praesentis vitae quid sunt, nisi furta delectationum vitae futurae?*<sup>1</sup> Y ahora respondedme, hermanos míos muy amados: ¿no os parece que reservando Dios á nuestra carne propio y perdurable galardón, es decir, un participar de la gloria misma del cuerpo de Jesucristo, le ha cortado de raíz todo pretexto, si no se sujeta al espíritu, si no cede al imperio de la razón, si no se mortifica por amor de su vida y resurrección, Cristo Jesús? Aún digo más: que pues él resucitó y nos resucitará á nosotros de la podredumbre del sepulcro, ningún cristiano tiene en adelante por qué temer, no ya la mortificación, pero ni la misma muerte; ninguno hay que no deba desear ardientemente lo que hasta Jesucristo se llamó la más terrible de las cosas terribles.

Estadme atentos, pero me permitiréis que no me dilate demasiado en día de tanto regocijo, y así presto recogeré las velas de mi discurso, que vuela aceleradamente por el mar de los divinos misterios, llevado del favorable viento de vuestra singular benevolencia.

No hay que temer la muerte.

1.º Por ejemplo á mí mismo, de Catón.

1 Philo. jud.

pública romana á punto de expirar, determinó quitarse la vida para mostrar al orbe esclavizado que ni Catón podía sobrevivir á la ruina de la libertad, ni la libertad á la muerte de Catón. Arrebatado, pues, de este soberbio pensamiento, tomó el puñal y clavóselo en el pecho con aquella mano no mancillada hasta aquel día con sangre humana; y aunque súbitamente acudieron sus fieles siervos y numerosos amigos, y lograron arrancarle el acero y restañar la herida, pero no disminuir un ápice su arrojo y fiera resolución. Y así, en viéndose solo, concentró todas sus fuerzas, y enojado contra sí más que antes contra César, por haber errado el primer golpe, desatóse furiosamente las vendas, y por aquella abertura, no ya dió salida á su indomable espíritu, despreciador del mundo y de sí mismo, sino que lo empujó frenético: *Non emisit, sed eiecit*. Coraje insensato, valentía loca, no puede negarse, ni pretendo presentar como digna de alabanza esta hazaña criminal, como sea no menor impiedad querer morir, que empeñarse en vivir á pesar y despecho de la naturaleza.

Más todavía, si deseáis averiguar cómo armó Catón su pecho de tanta fortaleza y el brazo de tanto esfuerzo, que se atreviese á desafiar la muerte, preguntado á Séneca y os dirá que por haber leído el *Falón* de Platón, hermoso libro sobre la inmortalidad del alma humana. «El hierro hizo que pudiese, Platón que quisiese morir: *Ferrum fecit ut mori posset, Plato ut vellet*. Porque, persuadido que su alma no moría, aunque muriese el cuerpo, tuvo por más acertado desasirse voluntariamente de esta ignoble parte de sí mismo, que no, cayendo en poder del vencedor, dejarla en el tormento, ó deberla al enemigo que tan de corazón aborrecía. Decidme, pues: si tales bríos le infundió este pensamiento, ¿qué hiciera ese gentil á creer, como nosotros creemos, que ni aun de aquella parte se desprendía para siempre, sino que depositándola, no abandonándola, en el regazo de la tierra, la recobraría luego inmensamente más hermosa, más robusta y resplandeciente? ¿No es verdad que acrecentara los alientos de su pecho la persuasión de que gozaría el cuerpo de aquella inmortalidad, de aquella gloria y buena ventura que para su alma el gentil se prometía? Pues esta

Narración ilustrada: primer miembro, si es como estimar!

Segundo miembro, el espíritu indomable.

(resurrección)

tercer miembro: causa, la inmortalidad del alma.

por sentencias

cuarto miembro:

para argumentar con a pari.

y efectos de alienar.

felicidad, este raudal de delicias que vemos hoy en el cuerpo de Cristo resucitado, esperamos firmemente ver también en nuestra carne; y ¿temeremos aún, si no provocar la muerte, porque nos lo vea nuestra ley, aceptarla con alegría cuando Dios la mande? ¡Oh cobardía! ¡oh pusilanidad! ¡oh flaqueza indigna de cristiano!

No dudo que más de una vez habréis contemplado con singular deleite un eclipse de sol. ¡Oh, si supierais la confusión y trastorno que causa este fenómeno en los pueblos rudos y salvajes! No bien se enrojece el sol, rompen las mujeres y niños en un llanto tan deshecho, tan desesperado, tan aterrador y universal, como si el sol desapareciera para siempre. Rásganse las vestiduras, méanse los cabellos, arañanse las mejillas, y, para calmar la cólera del encendido cielo, desángranse las venas, hincando en ellas espigas agudísimas, hasta verla correr en abundancia. Y nosotros nos reímos de su simplicidad, y, por extraño que sea el eclipse, no nos azoramos ni turbamos nada, antes bien, para contemplarlo con más sosiego y comodidad, aparejamos vasijas de agua ó cristales ahumados, y seguimos por ellos los movimientos del cielo, los principios y entradas, los progresos y crecimientos, los remates y salidas de aquella maravillosa obscuridad, y aun llamamos á otros que miren sin reparo al astro brillantísimo cómo palidece y se enturbia su semblante, padeciendo unos como desmayos y agonías de muerte. Y ¿de dónde proviene tanta seguridad y confianza? Porque la ciencia de las revoluciones celestes nos certifica que de ahí á poco espacio tornará al obscurecido planeta la deseada lumbré, la cual, más que perdida, le fué escondida y recatada. Lo mismo nos atestigua la fe acerca de nuestros cuerpos; y ¿temeremos como los gentiles que navegan sin el áncora de la esperanza por el mar tempestuoso de este mundo, ni creen como nosotros la resurrección universal? *Et contristabimur, sicut et caeteri qui spem non habent?* <sup>1</sup>

<sup>1</sup> 1. Thess., IV, 12.

## VII

3.º Por ejemplos de valor cristiano.

¡Oh y cuán sin excusa fuera en nosotros tal poquedad de corazón! Alentados de esta fe divina hemos visto á tierros niños y mujeres delicadas tener por caso de afrenta no arrostrar impávidos y animosos á las muertes más atroces, y unos, puestos ya en el suplicio de la cruz, cantaban cantares de alegría, como Mamés y Vito, niños en extremo candorosos; otros, en medio de las llamas, daban saltos de placer, como las santas Lucía y Apolonia, doncellas inocentes; por no traer la hazaña del glorioso Lorenzo, que en las parrillas mismas se burlaba de sus atormentadores, y ofreciales como plato muy exquisito sus carnes medio asadas. No veis, mis amados hermanos, cómo los justos se rien de la muerte y la escarnecen con aquel lindo escarnecer que aprendieron del Espíritu Santo por Miqueas: *Ne laeteris, inimica mea super me, quia cecidi* <sup>1</sup>. No te alegres, enemiga mía, sobre mí, por haber caído; no te engrías, muerte, en mi vencimiento, ni te ufanes por haberme derrotado, porque sabe de cierto que, después de dormir un poco en las tinieblas del sepulcro, me levantaré, si, me levantaré del polvo y me vestiré la túnica que no se rasgará jamás. *Convergum, cum sedero in tenebris. Dominus lux mea est*; que no yo, sino Cristo mi Señor, será el sol esplendoroso que, invistiéndose en mi cuerpo deleznable, lo vivificará con su vida y lo alumbrará con su lumbré. Ciertamente, como ruin pecador, he de llevar el peso de la soberana indignación deshaciéndome en ceniza, pero ¿hasta cuándo? Hasta el solemne día del juicio, y no más, ni un instante más: *iram Domini portabo, donec causam meam judicet*. Y ¿qué pasará entonces? Que me llevarán á los palacios de la luz: *educet me in lucem*, á la región serena de la patria bienaventurada. ¡Oh gozo inefable! ¡oh cuerpo afortunado! ¡oh victoria esclarecida! De las sombras de la sepultura se alzaré la carne á los resplandores de esos cielos, no flaca, sino vigorosa, (suscitetur) no corruptible, sino inmortal con la inmortalidad de Dios.

Peroración indirecta en boca de los mártires.

Paráfrasis eloquente del profeta.

Actos de captaza.

de júbilo

<sup>1</sup> Mich., vu, 8.

Y allí veré cuán justamente proveyó su Majestad que éntre en el repartimiento de la gloria todo cuanto padeció en este mundo por su amor: *et video justitiam ejus*. ¿A quién no maravilla la suave ordenación de la divina Providencia que dispuso que también goce el cuerpo de la bienaventuranza del alma, y quiso en este alegre día resucitar de entre los muertos á nuestro valiente Capitán, á fin de esforzar nuestra esperanza con la memoria de su triunfo? Pues si es así, como lo es, y tanto se nos promete, pídanos enhorabuena cuanto quieran. Pádezca este cuerpo miserable, sea esta carne mortificada, atrastrada y hecha un estropajo del espíritu, y atormentada con toda suerte de crueldades. Porque bien sabemos todos, hermanos míos, que no es crueldad sacar el grano del sosiego de las trojes al rigor de los vientos y las aguzas, á la obscuridad de la tierra, á la aspereza de los hielos, á los rayos abrasadores del sol y á todas las destemplanzas del cielo, cuando nos consta que ese grano que se corrompe, ese mismo renacerá y dará copioso fruto, y que no podría reñorecer ni fructificar, si antes no se corrompiera y deshiciera.

Epitafio y peritafio  
sin directa

á la mortificación

simulacra por las  
cartas bíblicas del  
arcano.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y SEIS

¡Qué animados salen los oyentes á mortificar su cuerpo y á refrenar sus sentidos! Para convencer á las muchedumbres que suelten la rienda á las pasiones, que se declaren en huelga del trabajo, que griten viva la libertad, mueran los ricos, abajo los tiranos, en una palabra, para empujarlas á los infiernos. ¿qué arte ni qué elocuencia es menester? Para que ruede un peñasco, basta dejarlo caer por la pendiente; la dificultad está en que suba hasta la cumbre. Esto hace SÉNTRI alentando á la mortificación y enfrenamiento de la carne con la esperanza de la resurrección. Aquí desearía oír á esos flamantes oradores de club ó de la tribuna, del ateneo ó de la cátedra: si me persuaden á contrariar los instintos de mi naturaleza y me encienden en deseos de sujetar la carne á la razón, y la razón á Dios, digo que son elocuentes y los reyes del arte divino de la persuasión, porque me alientan á una empresa la más difícil y gloriosa del mundo; mas si me impelen hacia los caminos anchos del vicio ó del error, adonde ya me inclinan y arrastran mis desordenados apetitos, ¿dónde está su elocuencia, pues me persuaden lo que yo sé y quiero y busco desafortunadamente? He aquí por qué en nuestra santa religión, que manda creer y esperar y obrar cosas tan altas y difíciles, ha reinado una elocuencia de nuevo metal y divinísima, que no alcanzaron á vislumbrar siquiera Demóstenes y Marco Tulio. Pero cónámomos á este breve razonamiento.

**Invencción.** Es la más acomodada al fin que se propone. ¿Cuál es éste? No demostrar la resurrección de Jesucristo ni la verdad católica de la resurrección de nuestra carne, sino que, supuesto el fundamento del dogma, asentado firmemente en el corazón de sus oyentes, les persuade que es muy justo participe el cuerpo de la eterna bienaventuranza del alma. Este es el fin **próximo**. ¿Y el fin **último**? Que se abracen animosamente con las asperezas de la cruz y ha-

gan rostro á la muerte. El estado es legítimo, el género suasorio, la cuestión infinita, ó sea, *en tesis*; las fuentes de los argumentos, en general, son de los lugares intrínsecos, principalmente de la causa material, formal y final. Ya sé que estas razones sólo prueban la **conveniencia** de la resurrección de la carne, no la **necesidad** de ella y que ha de ser así infaliblemente, pues sin la fe no lo sabríamos; pero también es cierto que el orador más ha de buscar los argumentos **probables** que los **apodicticos**; los que hacen más fe en el auditorio, no los más sólidos en sí mismos considerados, aunque la materia lo sufriera. ¡Cuánto más aquí donde todo es misterio! Por esta causa trae oportunamente, aunque de paso, los argumentos de Escritura y Santos Padres en que ha de estribar nuestra fe, no en consecuencias de la razón natural.

**Disposición.** Tiene exordio, proposición, confirmación, refutación y peroración. El **exordio**, por insinuación oratoria, es de los más bellos y más elocuentes que presenta SÉNENR, con ser en esto un artista consumado. Puede considerarse como una brillante apología de la religión cristiana, persecuidora de la carne y después su glorificadora inmortal: sello y marca indeleble de la divinidad del cristianismo, pues caído el hombre, y estragado el apetito, sólo aquella religión es verdadera que lo sojuzga para levantarlo, volviéndolo de esta suerte á su primer estado. Esta es la rehabilitación de la carne que predicamos los católicos. En la **proposición** calla el fin último, á saber: que hay que abrazarse con la cruz de Cristo y sufrir por él los tormentos y la muerte, porque estas proposiciones tan crudas desviarían los ánimos, sino que expone sencillamente el fin próximo, que es asunto más apacible. En la **confirmación** vense las tres partes, que llama el insigne Arias Montano *fides, pondus, firmamentum*, y el V. Granada *exposición, confirmación, propiamente dicha, y amplificación*, que son tres asaltos ó embestidas en el corazón del que escucha. La **refutación** era aquí necesaria (§ V), y tiene por blanco deshacer la mayor dificultad y única en este punto: la dilación del premio. Siguese la **peroración** hacia el final de dicho párrafo y por toda la segunda parte, en que exhorta á no temer las asperezas de la carne ni la misma muerte, ya por el hecho de Catón, ya por la semejanza del eclipse, ya por los ejemplos de los mártires.

¡Cómo hace hincapié en las razones de **utilidad**! Sabía el gran orador que

*namo est qui ferre recusat  
Poudera, quae magna captus mercede subivit.*

Y, por el contrario, que

*Pulcher honos raris capit, quos sidera magnos  
Fixere. Ast molles animas vulgusque videmus  
Praemia, mercedis operum, quodque utile credat,  
Virtibus haec summis summoque parare labore.*

Agujado de esta codicia de interés ó de deleite, traspasa el mar y penetra en las entrañas de la tierra, y vence las mayores dificultades. Pues éste es el artificio de SÉNENR, ó, mejor dicho, de Dios nuestro Señor: atraer con deleites y riquezas impercederas los ánimos hambrientos de estos bienes; y aquel moverá más y será más perfecto orador que lo represente con mayor viveza.

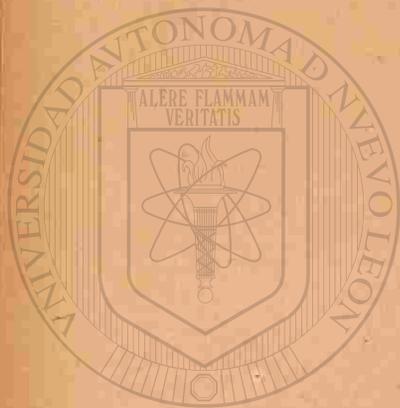
**Elocución.** Es grave, sencilla, energética, iluminada acá y acullá con mil lumbres oratorias. Las principales son: la prosopopeya del exordio, la pintura de la bienaventuranza esencial (§ III), el apóstrofe á los del mundo con la descripción de la bienaventuranza accidental (§ IV), y la paráfrasis de Miqueas que sirve de peroración. Pero es de notar que la elocución y estilo más debe acomodarse al fin del orador que no á la materia del discurso, como se ve en SÉNENR; pues con ser ésta más alta y más sublime en el párrafo tercero, el estilo y la frase son muy templados. El por qué de esta anomalía lo expone admirablemente San Agustín en el lib. IV de la Doctrina cristiana <sup>2</sup>, donde dice que, si bien el predicador del Evangelio siempre ha de hablar de cosas grandes, pues todas se encaminan á la salud eterna de los hombres, pero no siempre debe decir las magníficas y grandiosamente, sino con llaneza cuando algo se enseña, y con moderada pompa y movimiento cuando algo se vitupera ó aplaude; mas, si se trata de ejecutar algo y hablamos con los que deben y no quieren ejecutarlo, entonces el argumento, de suyo grande, ha de amplificarse grandiosa y arrebatadamente y á propósito para inclinar los ánimos. Y á veces, de una misma cosa por su naturaleza magnífica, háblase llanamente si se enseña, templadamente si se alaba ó abate, y magníficamente si queremos doblegar los corazones rebeldes; *De una eademque re magna, et submisse dicitur, si docetur, et temperate, si praedicatur; et granditer, si aversus inde animus, ut concevitur, impellitur.* Y poné este ejemplo que parece lo tuvo presente nuestro SÉNENR al componer su discurso. ¿Qué cosa, dice, hay mayor que Dios? Mas, ¿por ventura no puede enseñarse este misterio? O el que trata de enseñar la unidad de la Trinidad, cuanto es da-

<sup>2</sup> Rhet. lib. II.—<sup>2</sup> Cap. xix.

ble entenderse, ¿ha de usar más que de un estilo llano? ¿Se buscan aquí ornatos, ó más bien doctrina? ¿Se trata de inclinar á los oyentes á que hagan algo, ó de instruirlos en esta verdad? Mas cuando se alaba á Dios, ó por sí mismo, ó por sus obras, ¿qué campo tan dilatado se presenta al orador fecundo para derramar todas las galas del lenguaje, si ha de ensalzar como merece á aquel Señor que no puede dignamente ser alabado de ninguna criatura! Pero si Dios no es venerado, ó los ídolos, ó los demonios, ó otra cosa criada se venera juntamente con él ó más que él, entonces debe ponderarse con vehemencia de estilo la enormidad de este pecado, á fin de espantar y retraer á los hombres.

Sólo me desagrada el ejemplo de Catón, que de buena gana hubiera suprimido. Hablando en cristiano, este filósofo, tipo de entereza mal entendida, fué un cobarde y un orgulloso, pues no tuvo pecho para sufrir una pequeña humillación... Pero ¿quién no repara en la brevedad de este discurso? El anterior es de tres horas, el otro de una, éste de media escasamente. Pues ¿qué regla debe seguirse, así en la duración de los discursos como en las partes que han de tener, orden, disposición y todo lo demás? No atarse á una regla, que esto destruye la elocuencia y causa una monotonía y amaramiento intolerable. Oigamos á nuestro Fabio: «Nadie exija de mí ese linaje de preceptos que algunos maestros dan á sus discípulos como leyes de una invariable necesidad. Por supuesto que haya **exordio**, y de esta forma y no de otra; tras el exordio poned la **narración** sujeta á estas y estas leyes; después la **proposición**, ó, como otros quieren, la **excurción**; luego las **cuestiones**, por este orden y no por otro, y todo lo demás, como si fuera un crimen desviarse de estas reglas. Cosa baladí por cierto, y harto fácil fuera la Retórica si todo cupiese en un solo y compendioso precepto. Hanse de variar muchas cosas por razón de la causa que se discute, de los tiempos, de las circunstancias, de la necesidad. Y por esto la calidad principal del orador es el **consejo** y discreción para saber cambiar según lo pidieren las ocasiones. Y trae esta comparación, que por ser en materia importantísima quiero poner aquí: «Si á un capitán le decís que, cuando haya de entrar en batalla, vaya él á la vanguardia, que ordene á una y otra parte las dos alas del ejército, y enfrente de cada una despliegue la caballería, buen consejo será éste por ventura, siempre que sea posible; mas si lo estorbá la condición del terreno, si se encuentra un monte, si atravesá un río, si se levanta un collado, si se extiende un bosque ó hay otras asperezas, habrá que modificar el plan. Habrá asimismo que modificarlo si se mudan los enemi-

gos, y según los altibajos y trances de la pelea; ya será bien embestir de frente, ya por los flancos; ahora con las legiones, ahora con las tropas auxiliares: conendrá á las veces retroceder y volver las espaldas, simulando la retirada. Del mismo modo, si ha de haber ó no proemio; si ha de ser corto ó largo: si dirigiendo la palabra al juez ó á otra parte valiéndose de alguna figura; si la narración debe ir seguida ó con interrupciones; si por el orden natural de los sucesos ó trastrocándolo con artificio, todo esto depende de la causa... Estos preceptos no son plebiscitos sagrados, ni decretos inviolables; *sed hoc, quidquid est, utilitas excogitavit. Non negabo autem sic utile esse plerumque, alioqui nec scriberem: verum si eadem illa nobis aliud suadet utilitas, hanc, relictis magistrorum auctoritatibus, sequemur. Equidem id maxime precipiam: nec repetitis iterumque iterumque monebo, res duas in omni actu spectet orator: quid deceat, quid expediat.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## DISCURSO TREINTA Y SIETE

### DE LA PERSEVERANCIA

Spechamus quia ipse esset redempturus  
Israel: et nunc tertius dies est hodie, quod  
haec factis sunt.

Esperáhamos que había de redimir á Is-  
rael; y hoy es el tercer día después que aque-  
llas cosas sucedieron...

Loc., xiv, 21.

Por insinua-  
ción.

### EXORDIO

Donde hay amor hay temor. ¿No es así verdad, amados hermanos míos? El que de veras ama teme tanto, que teme en demasía, y recela de cualquier peligro, aunque remoto, y palpita y se sobresalta á cualquiera duda, aunque improbable, que saltee su corazón. *Res est solliciti plena timoris amor.* No quisiera, pues, que llevaseis á mal que yo os descubra en este día, tal vez con excesiva ingenuidad, un temor que se ha apoderado de mi espíritu. Temo que no vengáis, acaso muy en breve, á dejar las prácticas y tener de vida que tan esforzadamente habéis emprendido en este sagrado tiempo de cuaresma. No os ofendáis por ello, amadísimos oyentes, ni os deis por lastimados. Porque estos recelos y temores no nacen en mí de la gravedad de los peligros que ya barrunto, ni de la baja estima que yo tenga de vuestra gran cristiandad, de vuestra sólida virtud, de vuestro juicio y buen entendimiento; nacen, si me es lícito hablar así, del cariño que os profeso.

Aunque, en hecho de verdad, no son tan ligeros ni tan remotos los riesgos de desfallecer, que no convenga muy

1.ª parte. Conci-  
liar la temerari-  
dad.

por novedad de la  
tesis,

por la delicadeza  
de la hipótesis

y elegante pre-  
terición.

2.ª parte. Gran-  
dearse la Acetidad.

mucho apercibirse. ¿No habéis oído en el sagrado Evangelio de este día el suceso de aquellos dos célebres viajeros que andaban camino de Emaús? Notorio es, y no puede negarse, su leal comportamiento desde el principio, y cómo dieron entero crédito á las palabras del Salvador, concibiendo firmísimas esperanzas de la resurrección de Jesucristo.

*Sperabamus quia ipse esset redempturus Israel.* Mas porque ya se termina el plazo de tres días, y se viene la noche, y ellos no lo ven resuscitado, ¿qué hacen los pobrecillos? Comienzan á titubear, y aun á desconfiar, y aun á descreer de tal manera, que se ve obligado nuestro divino Redentor á reprehender su incredulidad y llamarlos de necios y mentecatos: *O stulti et tardi corde ad credendum!*<sup>1</sup> ¿Tan poco basta para derribar un corazón del bien propuesto! ¿Quién me asegura, pues, cristianos oyentes, que antes de pasado mañana por la tarde, es decir, antes de fenecer el tercer día, ya alguno de vosotros no comenzará también á titubear, á mudar de parecer, á trocar los propósitos hechos, á quebrantar, en fin, la fe jurada á Jesucristo? ¿quién me dice que no pensará en tornar á sus antiguos siniestros y malos tratos? ¿quién me promete que no volverá los ojos á los primeros juegos y vanidades? ¿quién me certifica que no pensará en aficionarse ¡ay! demasiado presto á las ya viejas y detestadas costumbres? Por esta razón heme determinado hoy á tomar este arbitrio de **mostrar aparentemente y hacer como quien no se fia de vuestra constancia, para de este modo añanzarla más.** Por tanto, suplicoos que me escuchéis con aquella atención que se merece quien, sólo buscando vuestro provecho, jamás ha pretendido de sus sermones más aplauso ni otra recompensa que alguna satisfacción de haber procurado con todas sus fuerzas vuestro bien, y predicádoos constante y gravemente las verdades más conducentes á la salvación de vuestras almas.

<sup>1</sup> Luc., xxv, 25.

por la escasez de evangelios

de los dos discipulos.

sus conjeturas.

sus vacilaciones.

3.ª parte. Escribe la atención, por la aplicación en el texto.

y temblar de los afectos.

Preposición

y religioza protesta.

## PRIMERA PARTE

### II

Y en primer lugar, no niego yo, mis amados oyentes, que este nuevo y más ajustado método de vida, que habéis entendido, os costará algún trabajo; que os halagarán los antiguos deleites, que os combatirán las mal domadas pasiones, y que tendréis que hacerlos un poco de violencia para resistir y perseverar. Pero ¿por cuánto tiempo, decidme, será menester que os hagáis esa fuerza? Por años y más años, ¿no es así? ¿por una larga carrera y espacioso revolver de días que aún os quedan por andar antes de llegar á la muerte? ¡Oh Dios!, ¿qué sucedería, hermanos míos, si esa muerte que os parece mirar de tan lejos, entre sombras, en los oscuros horizontes de lo porvenir, estuviere ya muy próxima y vecina á vuestra casa, y vosotros, entre tanto, por impaciencia de aguardar unos pocos meses en este tenor de vida más concertada, perdiérais la corona prometida á los perseverantes?

No sé si nunca os vino al pensamiento una observación lastimosísima, que siempre que se me ofrece me arranca lágrimas de pura compasión. Habían los infelices israelitas aguardado con gran longanidad á su Moisés que bajase del monte, sin dar el menor indicio ni de corazones desmandados y rebeldes, ni de espíritu poco religioso; cuando finalmente, fastidiados de esperar, comenzaron á impacientarse, é imaginando que Moisés se había olvidado de su gente, y que así, ó no volvería más, ó se tardaría muchísimo, acordaron elegirse un nuevo capitán; y para disponer de él más á su gusto, no se alientaron de sujetarse y adorar á un buey, aunque de oro: *Mulaverunt gloriam suam in similitudinem vituli, comederunt foenum*<sup>1</sup>. Trocaron su gloria y se hincaron de rodillas ante la estatua de un becerro, que comió heno. Y ya habían regocijadamente trocado la tem-

1.ª parte. De la consecuencia del tiempo.

por vuestra memoria con precisión.

Largo hay que perseverar.

Transición por vía de conclusión y preposición.

Tanto anual. Reunión por intermitencia y herencia.

Confirmación por ejemplo. Gobierno de los israelitas.

3.ª parte. La impaciencia y su castigo.

epositiva.

<sup>1</sup> Ps. cv, 26.

antitesi.

planza en disolución, la piedad en fiestas, la religión en idolatría, cuando de súbito llega Moisés, el cual, abrasado en santo celo é implacable indignación á vista de aquel espectáculo abominable, rompe y hace pedazos las tablas de la ley, riñe á Aarón, desmenuza el ídolo, y, armando á toda la tribu de Leví, recorre como un rayo las tiendas y cuarteles de la atónita y desarmada muchedumbre, y sembrando por doquiera espanto, y derramando sangre, y esparciendo estragos, mata en breve en la sangrienta liza cerca de 23.000 israelitas, con matanza tanto más horrible cuanto más arrebatada.

3.<sup>a</sup> part. La  
causa. Por cinco  
días.

3.<sup>a</sup> parte. Ra-  
ción. Con-  
dición  
diálogo.

por prolepsis,

repetición en-  
ta.

La confesión

Pregúntoos, pues, ahora: ¿cuánto pensáis, mis amados oyentes, que estuvieron aguardando pacientemente á su Moisés? Por treinta y cinco días á lo menos, como demuestra en sus Comentarios el doctísimo Tostado. Por manera que con haber aguardado con la misma paciencia cinco días más, que éstos tardó en aparecer su caudillo, ni se habrían desmandado á excesos tan brutales, ni pasado después por tan sangrienta carnicería. Y ¿no os mueve á lástima la suerte de aquella desventurada muchedumbre? ¡Infelices! ¡por la poca espera de unos días acarrear tanta calamidad! ¡Oh triste caso! ¡oh inaudita miseria! Ahora entiendo aquella famosa sentencia que se lee en los Proverbios: *Impatiens operabitur stultitiam. Impatiens exaliet stultitiam*<sup>1</sup>. El impaciente hará necedades. El impaciente hace campear la necesidad. Y ¿no campea por ventura en este lamentable suceso? Pues ¿qué sería, decidme, si os acaeciese á vosotros una desgracia parecida? Figúraosos ahora que anda la muerte muy lejos de vuestra casa, y así, todo mohinos y hastiados de la nueva vida, os decís interiormente: ¿Y en este tenor he de perseverar yo tantos años? ¿Yo tantos años sin probar el placer de una venganza? ¿Yo tantos años sin permitir un mal deleite á los sentidos? ¿Yo sin decir una palabrilla descompuesta ó liviana en tantos años? ¿Quién puede resistir? — Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, no digáis tal, no hagáis de este modo vuestras cuentas, porque podría suceder que esos largos

<sup>1</sup> Prov., xiv, 17, 29.

años se reduzcan á muy pocos meses, á muy pocas semanas, á unos pocos días. La muerte por ventura ha comenzado ya á bajar del monte; ya llega quizás, ya vibra quizás su mortífera guadaña, ya asesta el golpe, ya os va arrancando la vida; y ¿por tan poco desfallecéis? ¡Ay de los que perdieron la paciencia y abandonaron el sendero recto! así conjura el Eclesiástico á los hombres inconstantes; ¡ay de los que perdieron la paciencia y torcieron hacia los caminos tortuosos! *Vae iis, qui perdidit sustinentiam, et dereliquerunt vias rectas et divorterunt in vias pravas*<sup>1</sup>. ¿Qué sería, pues, de vosotros, cristianos, si llegais á contaros en el número de esos infelices, y os acarreaséis con vuestra impaciencia ese ay y funesta maldición? ¡Oh qué sollozos! ¡oh qué bramidos de dolor se os arrancarían del pecho por toda la eternidad! ¡Oh y cómo exclamaríais á cada instante, acompañando en los infiernos los aullidos y blasfemias de los mal sufridos israelitas: ¡Por cinco días, por solos cinco días de poca paciencia estamos en estos calabozos! y la inconstancia de breves días ¿hase de pagar con los tormentos de siglos infinitos?

por imagen de la  
muerte.

y afectos de con-  
sideración.

Amplificación

de arrepentimien-  
to.

irremediable.

## III

Arg. 2.<sup>a</sup>  
De la consiguien-  
te facilidad en  
obrar bien.

Pero sea así como decís; demos de barato que habéis de vivir todavía largos años, y tantos como os prometen, ó vuestra florida juventud, ó vuestra complexión fuerte y robusta. ¿Sabéis, esto supuesto, por qué os parece tan recio y dificultoso manteneros firmes en el camino comenzado? Porque creéis que siempre habéis de sentir los mismos contrastes y repugnancias que ahora. Mas no es así: disminuirán, sin duda, disminuirán de día en día las presentes dificultades; y como al salir el sol disípanse las nieblas, y, al romper la llama, el humo desaparece; en esta forma, al paso que vayan creciendo en vuestra alma los rayos de la divina gracia, se disiparán de vuestro espíritu esas angustias, esas congojas y desmayos, esos afectos desordenados, que lo tienen ahora malamente revuelto y entenebrecido.

Esas repugnan-  
cias cesarán:

Ⓡ  
Luogo hay que  
perseverar.

Transición por  
coacción.

<sup>1</sup> Ecll., II, 16.

Atendátese por-  
que la gracia há  
crecido.

Por ejemplo de  
Sansón, á esta  
obra ilustrada.

Es aplicación á  
Samsón, por sus  
tímoras plumas.

Asiento de es-  
tante por apar-  
tado.

Es contraposición  
de la antigua for-  
aleza  
y la legitimidad  
precedente.

Desentateo  
por el.

Aplicación de la  
pebitate.

aplicación de la  
apitona

¿Quién de vosotros no se acuerda de Sansón, á tiempo que estaba miserablemente en poder de los filisteos? Era espectáculo sobremanera lastimoso ver á un hombre tan fuerte hecho el ludibrio del vulgo descortés. Encerrado en la cárcel, cargado de prisiones, se vió forzado á dejarse sacar los ojos. De aquí le llevaron como á vil jumento á moler en una atahona, donde una muchedumbre divertida de chiclelos insolentes, de viejos envidiosos, de mujercillas descarradas, le insultaban muy á su sabor: quién le bería y aguijaba como á perezoso, quién le motejaba de ciego, y, en fin, no se partían de allí hasta haber terminado su cruel entretenimiento de puntapiés, de bofetadas y pescozones. ¡Sansón, Sansón!, ¿dónde está aquella fortaleza que te hacía tan temido? ¿aquella fortaleza, digo, con que despedazabas las ataduras de nervios, como si fuesen estopa que se arrima al fuego, y te cargabas sobre las espaldas las puertas de la ciudad, como si fuesen pintadas en un lienzo? ¿No eres tú aquel valiente que desafiabas á los leones á luchar contigo, y con los brazos desnudos los asías, los ahogabas, los destrozabas en un punto, dejando sus carnes para manjar y asiento de las abejas? ¿No eres tú el que ahuyentabas los pueblos enteros? ¿No eres tú el que assolabas los campos? ¿Cómo, pues, hasta los gozquecillos te escarnecen y con sus ladridos te persiguen, y tú no tienes valor para taparles la boca? ¡Ah!, esperad un poco, oyentes míos, esperad un poco y veréis presto quién es Sansón. Ahora miráis al infeliz, cortados los cabellos en que está su fortaleza; mas no siempre será así. Creerán en breve tiempo, crecerán, y Sansón recobrará su pujanza. Y entonces ¡oh, cómo, más robusto que antes, le veréis sacudir dos inmensas columnas con los brazos, y derribar edificios, y amontonar escombros, y, aun muriendo, causar en los despavoridos filisteos más estragos que no hizo jamás en vida! ¿No es así verdad, amados hermanos míos? Pues bien, presuponed de cierto que así cabalmente pasará en vosotros. Teneis ahora los cabellos cortos, es decir, muy cercenada y escasa la virtud del Espíritu confortador. ¿Qué maravilla, pues, si os parece que las pasiones os tratan como esclavos? ¿Qué extraño que los demonios con feas representaciones os turben y desaso-

sieguen, y las tentaciones no os dejen reposar? Pero tened espera, dad lugar á la divina gracia que crezca y se fortifique, y veréis entonces de quién es el vencimiento y la victoria. Recobrará vuestra alma todas aquellas fuerzas que en el bautismo recibisteis, revivirá la fe, reverdecerá la esperanza, inllamaráse con nuevos bríos la caridad: en una palabra, investirá en vuestro espíritu el espíritu del Señor: *Insuper in vos spiritus Domini* <sup>1</sup>, y entonces os sentiréis tan intrépidos, tan fuertes y animosos, que no os pondrá temor la misma muerte.

Fuera de esto, ¿quién no sabe que todos los comienzos son más trabajosos que los progresos y remates? Á los toros cuesta trabajo á los principios atarlos á la coyunda, los caballos rehusan al principio tascar el freno, los camellos á duras penas se inclinan á la carga. Así también los ejercicios de la música, de la danza, del bordar, del esculpir ó cincelar son penosos y difíciles á los principiantes. El soldado bisono espántase y tiembla á las primeras embestidas; el que navega por primera vez, maréase con más facilidad; quien viaja por tierra desconocida, fatigase más pronto que después de trillados los caminos. No os extrañe, pues, si en la vida cristiana pasa otro tanto. Agudamente observa á este propósito Filón Hebreo que las primeras aguas encontradas en el desierto fueron las amargas; las otras fueron tan dulces, tan deliciosas al paladar, que parecían ríos de miel. No reparéis, de consiguiente, en las dificultades y amarguras que ahora se os ponen delante para servir á Dios. Á todos cuesta al principio enfrenar la carne, guardar la lengua, reprimir la ira, abatir la soberbia y alfi-vez. Mas, si tenéis un poco de paciencia, os será con la divina gracia tan ligero, tan deleitable y sabroso, que vengáis á decir, espantados de vosotros mismos, con el glorioso San Agustín: ¡Oh, cuán suave se me hizo al momento carecer de todas las dulzuras y entretenimientos del mundo! ¡Oh quam suave mihi subito factum est, carere suavitatibus nugarum! <sup>2</sup> ¡Oh qué alegría! ¡oh qué paz! ¡oh qué gozo tan entrañable! Jamás creí que fuera tan fácil dejar por Dios los

por incoherente.

<sup>1</sup> Porque todos los comienzos son difíciles.

por inducción natural.

por asilo de las aguas del desierto.

aplicación y confirmación por as-  
tidad.

<sup>1</sup> Reg., x, 6. — <sup>2</sup> Confess., l. 1, c. 9.

desordenados deleites del sentido, que viniera á desechar con placer los placeres que poco ha tenía tanto perder: *Quae modo amittere metus fuerat, jam dimittere gaudium foret.* Demos que sea verdad que os cuesta gran trabajo y violencia no recaer en los vicios á que os lleva la costumbre; mas no debéis desmayar; porque, ya muráis presto, ya viváis algunos años, la jornada es breve y pronto tendrá fin vuestra fatiga. Hasta cierto tiempo (oid la infalible palabra de aquel Dios que no puede mentir), hasta cierto tiempo sufrirá y aguantará el paciente; ¿pero después? Después se le doblarán las alegrías: *Usque in tempus sustinebit patiens, et postea reddidit iucunditatis* <sup>1</sup>.

## IV

Fuera de que ¿no veis, oyentes míos, que esa excusa verdadera ó falsa, que hasta aquí habéis alegado, si alguna fuerza tiene, tiénela para acarrear sobre vosotros sentencia de eterna condenación? Porque, escuchadme, os ruego, y grabado bien en la memoria: si por confesión propia sentís ahora tan gran dificultad en no recaer, ¿cuánta mayor la sentiréis, una vez caídos, para de nuevo levantaros? ¿No os hallaréis entonces más flacos, más débiles, más desmayados y abatidos? ¿no se arraigarán los malos hábitos? ¿no se fortalecerán las perversas inclinaciones? El tornar, por consiguiente, á recaer, equivale á condenarse. Este argumento téngolo yo por tan fuerte, que no admite réplica. Mas todavía, á fin de quedar más convencidos, debéis considerar que, recayendo, no sólo os será más dificultoso volver al estado presente, por lo que mira á vosotros, esto es, porque os encontraréis más postrados y sin fuerzas, pero también por lo que toca al demonio y por lo que hace á Dios nuestro Señor. Y, respecto del demonio, haréoslo ver palpablemente con una semejanza ó parábola muy original, pero no menos verdadera.

<sup>1</sup> Eccli., 1, 26.

## V

Acaece por ventura que un cristiano de noble sangre viene á poder de los moros de Argel, y allí le guarda el turco con gran diligencia, sí, pero más con miramiento y cortesia que con aspereza ó rigor. Logra, pues, una buena coyuntura, y, viendo á los guardas cierto día menos vigilantes y cuidadosos de la presa, ¿qué hace el miserable cautivo? Rompe los grillos y cadenas, fuerza las cerraduras y húyese al mar, donde, encontrando un bajel á punto de partir, recobra su amada libertad. Mas, si es tan necio que se deja de nuevo cautivar y cae segunda vez en las uñas del furibundo bárbaro, ¿en qué mazmorras pensáis que le encerrará? ¿con qué guardas le cercará? El calabozo más horrendo será el suyo; cargarále de hierros en los pies, de hierros en el cuello, de hierros en las manos. Si primero se le concede respirar el aire libre, ahora no verá jamás la luz del sol. Si antes se le permitía pasear por las galerías á menudo, ahora ni aun podrá recostarse. Y para debilitarle y enflaquecerle siempre más, y así quitarle las ganas de nuevas tentativas, no se pasará día en que no le atormenten con hambre, con palos y todo linaje de malos tratamientos.

Ved aquí, mis amados hermanos, lo que hará con vosotros el demonio. Antes erais sus esclavos; mas, sea por su poca vigilancia, sea por vuestra industria y ardimiento, escapasteis dichosamente de sus garras y os librateis de su miserable servidumbre. ¿Qué hará, pues, si tornáis á su poder? Os lo diré con las gravísimas palabras del profeta Jeremías: *Ut non egrediamini, aggravabit compedes vestros* <sup>1</sup>. Para que no escapéis, remachará vuestras prisiones. Si, remachará vuestras prisiones, redoblará vuestros grillos y esposas, apretará los cordeles y ataduras; y mirando atentamente los caminos por donde os escapasteis de sus manos, *circumadificavit adversum vos*, cerrará todas las salidas, obstruirá todos los pasos, y no os dejará siquiera una rendija ó lumbrera para mirar al cielo. Si os convertisteis

<sup>1</sup> Thren., III, 7.

Exilipio por concusión

y divino testimonio.

FE-13<sup>o</sup>  
Constitución del siguiente argumento.

Si recayes, equivale inmediatamente á difinición:

por haberse de conseguir antes ó efectos.

Largo, reinterior, equivale á conclusión:

a) respecto de vosotros.

Proposición y distribución distributiva.

Arg. 4<sup>o</sup>  
Mas eficaz 5) por parte del demonio.

porque, el reacio, redoblará su vigilancia. Largo.

Antecedentes por parábola del cautivo de Argel, 1.ª parte, la fuga.

2.ª la vuelta y más horrible cautiverio.

por comunicación é incremento.

Aplicación de la 1.ª parte.

de la 2.ª, por grave autoridad.

y gradación de ira.

por la lección de libros devotos, vigilará día y noche que no lleguen á vuestras manos otros libros que de romances ó caballerías, de versos y profanidades, de novelas y amoríos; si por oír la palabra de Dios, os distraerá con aficionaros desordenadamente á los negocios; si por medio de cofradías y congregaciones, os arrancará de ellas y os atraerá á vanas reuniones y tertulias; si por los toques y llamamientos interiores, procurará envolveros en tal bullicio y barahunda, en tal estrépito y tropel, en tales bullas y algazaras, donde sea imposible percibir la voz divina, y, en una palabra, se valdrá de toda su astucia, de toda su malignidad para no perderos en adelante. *Circumædificabil adversam vos, ut non egrediamini, aggravabit compedes vestros.* Os rodeará con vallas, romachará vuestros grillos y prisioneros. Andad, pues, muy sobreaviso, ¡oh cristianos!, porque, si volvéis á su poder, allí permaneceréis para siempre: guardaos, vigilad, estad alerta, que no son para despreciados tales riesgos.

## VI

Y esto digo por lo que al demonio pertenece. Mas, si miramos á Dios, ¿quién no sabe que, cayendo y volviéndole de nuevo las espaldas, podréis confiar menos en los socorros abundantes de la gracia, con que os ayudó primero á levantar? Porque, decidme: ¿cómo queréis que su Majestad se fie más de vosotros, si vosotros habéis faltado tantas veces y tan descaradamente á la palabra; si después de haberle asegurado y protestado tan solemnemente no más pecar, volvéis á pecar más que al principio? ¿Dónde está aquí el pundonor? ¿Dónde la lealtad? Judas, hermano de José, á fin de mantener la palabra dada á Jacob de restituirlle de Egipto á su amado Benjamín, se ofreció á quedar él en dura cárcel. Josué, para no quebrar los pactos con los Gabaonitas, arrojó el trance de una batalla muy reñida. Régulo, aunque gentil, á fin de mantener á los cartagineses su celebre promesa de volver á Cartago si no concluía el rescate de los prisioneros, no dudó de arrojarse á una muerte muy atroz, cuando sus enemigos le metieron

desnudo en una cuba aforrada por dentro de puas espantosas. Y á fin de guardar á Dios vuestra palabra, ¿no queréis vosotros pasar algún trabajo? ¿no refrenaréis un apetito sensual? ¿no atajareis un ímpetu de ira? ¿Qué fe es ésta? ¿qué palabra? ¿qué hidalguía de pechos bien nacidos? Burlador es, no penitente, dice el gran Agustino, quien vuelve á hacer aquello que le dolió y, en vez de disminuir, multiplica los pecados: *Irrisor est, non poenitens, qui adhuc agit quod poenituit, et peccata non minuit, sed multiplicat.* Esto es burlarse de Dios, esto es mofar de su Majestad, esto es haberos con él y tratarle todavía peor que á un mozo de cordel, á quien tendríais vergüenza de faltar abiertamente á la palabra.

Añadid que, volviendo á pecar, cometéis la más negra ingratitude y el desconocimiento más enorme que puede haber en hombre mortal, cual es menospreciar la gracia que os restituyó tras el primer pecado, y mostrar á los cielos que vosotros sois aquella tierra maldita de que habla el Apóstol: *terra reproba*, la cual, habiendo recibido copiosas lluvias, y empapada de soberanas influencias, en lugar de producir plantas y frutos, sólo brota cardos, sólo da espinas y maleza, y así no merece otra cosa sino fuego: *sæpe venientem super se hibens imbrem, profert tribulos, cujus consummatio in combustionem* <sup>1.</sup> Añadid que dáis mayor escándalo: añadid que mostráis en esto mayor descaro y desvergüenza; añadid que entráis en el número de los perros que tornan á su vómito, de los cuales se dice que son abominables ante Dios: *canis reversus ad suam vomitum*; así lo testifica el Principe de los Apóstoles; *ó canis, qui revertitur ad suam vomitum*, como leemos en los Proverbios <sup>2.</sup> Y ¿quienes son los tales? Ya lo sabéis, los imprudentes que recaen en su necesidad: *Imprudens qui iterat stultitiam suam* <sup>3.</sup> ¿Párcecos, pues, amadísimos hermanos, que, á lo menos por lo que mira á Dios, podéis pecar de nuevo sin manifiesto peligro de perderos? ¡Ah!, si así fuese, no declararía con tanto énfasis el glorioso San Pedro, que mejor les hubiera sido no conocer la senda de la justicia, que, después de conocida,

<sup>1</sup> Hebr. vi, 7-8. — <sup>2</sup> Ep. II, 22. Prov., xxvi, 11. — <sup>3</sup> Ibid.

Aplicación más  
precisa.

Persección

y consecuencia.

Por parte de  
Dios: porque lo  
os ayudará tan  
copiosamente.

1.<sup>o</sup> por desle-  
les, que faltó á  
su palabra.

confirmación con  
ejemplos á con-  
turio.

seguro.

y puntual.

aplicación de  
verguenza

por autoridad.

1.<sup>o</sup> por menos-  
preciados de su  
gracia.

1.<sup>o</sup> por escanda-  
losos.

1.<sup>o</sup> porque tor-  
nais al vómito.

Conclusión

Ilustrada por autoridad.

Arg. 5.<sup>o</sup>  
De los divinos decretos acerca del número de los pecados.

Exordio.

Tropología.

Confirmación por autoridad divina.

Paráfrasis.

por testimonio humano y testimonio divino.

volver atrás de aquellos santos mandamientos que se les habían confiado: *Melius erat illis non cognoscere viam justitiæ, quam post cognitionem retrorsum converti ab eo, quod illis traditum est, sancto mandato* <sup>1</sup>.

## VII

Mas ¿á qué ir en busca de tantos argumentos, si hay uno que, bien penetrado, suple aventajadamente por todos? Quisiera, pues, que lo escuchaseis con atención; porque, si bien os atemorizará por ventura y espantará vuestra conciencia, mas será por vuestro mayor provecho; que nunca pretendí con mis sermones el deleite y la lisonja, sino la utilidad y salvación de mis oyentes. Es constante que cerca de Dios nuestro Señor todas las cosas están trazadas y dispuestas con número, peso y medida, según dice, hablando con su Majestad, el sagrado autor de la Sabiduría: *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti* <sup>2</sup>. Por manera que, no sólo tiene Dios establecido cuántas almas han de venir de siglo en siglo, y de generación en generación, á la luz de este mundo, pero tiene contados todos sus actos, todas sus palabras, todos sus pasos y pensamientos, ni hay peligro en aquella infinita sabiduría que se altere en lo más mínimo esa cifra de antemano preñada. De aqui se sigue que tiene Dios asimismo determinado cuántos pecados ha de sufrir pacientemente de cada uno de nosotros; por donde, en cumpliéndose el número, fuerza es que al primero que añadamos corte de súbito el hilo de la vida, ó nos trastorne improvisamente la razón y nos abandone así en los despeñaderos del infierno. Oid al bienaventurado San Agustín, por cuya boca os he hablado hasta ahora: Es menester que asentemos bien este principio, dice: que en tanto sufre á alguno la paciencia y longaminidad de Dios, en cuanto no llena aún la medida y término de sus pecados: llena la medida, al punto le hiere, sin reservarle la más leve esperanza de

<sup>1</sup> 2 Pet., II, 22.

<sup>2</sup> Sap., XI, 21.

perdón <sup>1</sup>. Ni faltan, en confirmación de esta verdad, señalados testimonios en las divinas letras, sacadas de lo que dijo el mismo Dios, primero acerca de los Amorreos, después de los moradores de Pentápolis, y más tarde hablando de los Fariseos.

Pero, dejados éstos aparte, quiero traer uno sin duda notabilísimo. Muchas veces ofendieron al Señor los israelitas en su peregrinación por el desierto, ora murmurando, ora desesperando, ya rebelándose, ya idolatrando. Mas todavía, junto con el castigo de algunos, siempre acompañó el perdón de los demás, hasta que llegaron los infelices á vista de la codiciada tierra de promisión. Aquí volvieron á desmandarse poniendo otra vez querrela contra Dios, porque los había sacado de Egipto. Enojado entonces el Señor, dijo á Moisés: ¿Y hasta cuándo he de aguantar las villanías de este pueblo? Quiérolos destruir, quiero acabar con ellos y exterminarlos para siempre con una horrorosa y universal pestilencia: *Usquequo detrahet mihi populus iste? Feriam igitur eos pestilentia, atque consumam* <sup>2</sup>. Esto no obstante, intercediendo fervorosamente Moisés por la salvación de aquellos desdichados, condescendió al fin su divina Majestad, con esta ley: que todos los nacidos después de la salida de Egipto, ó poco antes, fueran perdonados; pero, todos los demás salidos de allí ya de alguna edad, por ninguna manera, ni admitió en su favor ningún linaje de intercesión. ¿Sabríaisme ahora decir, oyentes míos, por qué hizo Dios esta diferencia? Escuchad: porque estos postreros le habían ya irritado por diez veces: *Tentaverunt me jam per decem veces*. Por diez veces, por diez veces me han provocado á ira: por esto, mueran todos sin remisión. ¡Cómel, ¿tan por menor y con tanta puntualidad tenía Dios contadas las veces que determinaba sufrirlos? ¡Oh!, si aquellos infelices, llegado que hubieron al noveno pecado, término y remate del per-

por ejemplo bíblico.

Los israelitas ante la tierra prometida.

probaba á la ven-ganza de Dios.

aplicaba á el primer decreto.

decreto inmuta-ble.

amplificado

por acción gratuita.

<sup>1</sup> Illud sentire nos convenit; tamdiu unumquemque a Dei patientia sustineri, quamdiu nondum suorum peccatorum terminum finemque compleverit; quo consummato, eum illico percussit, nec ullam illi veniam jam reservat. De vita Christi., c. 3.

<sup>2</sup> Num., XIV, 21.

(En diez pecados)

dón, hubiesen dado por fortuna con un amigo cuerdo y amigoso, que á tiempo les advirtiera y dijera á voces: «No paséis adelante; basta ya, basta ya de pecados; que, tras éste, en vano esperaréis misericordia»: ¡qué obra tan grande y qué servicio les hubiera hecho! Mas ¿quién podía averiguarlo? Incierto es y muy vario ese número fatal, ni se guarda con todos la misma ley; á unos se perdona más, á otros se perdona menos. Ved ahí por qué, si Dios nuestro

Confirmación por el castigo de los cuatro ciudades.

Señor tenía establecido en su santísima voluntad sufrir á los israelitas hasta el décimo pecado, más riguroso fué su juicio con los moradores de Damasco y de Tiro, de Gaza y de Edóm; y así, oíd la sentencia que les hizo intimar por boca de su profeta: Sobre tres maldades de Damasco y sobre cuatro, no le convertiré. Sobre tres maldades de Gaza y sobre cuatro, no le convertiré. Sobre tres maldades de Tiro y sobre cuatro, no le convertiré. Sobre tres maldades de Edóm

(el cuarto pecado)

y sobre cuatro, no le convertiré: *Super tribus sceleribus Damasci, et super quatuor non convertam eum. Super tribus sceleribus Gaza, et super quatuor non convertam eum. Super tribus sceleribus Tyri, et super quatuor non convertam eum. Super tribus sceleribus Edóm, et super quatuor non convertam eum*<sup>1</sup>; que en buen romance fué decirles que al cuarto pecado los abandonarían su divina Majestad; y así al pie de la letra lo declaran á mi favor Teodoro, Remigio, Haimón, Dionisio, Lira y otros muchos, siguiendo en esto al intérprete máximo el glorioso San Jerónimo<sup>2</sup>.

(convertir la retórica)

Aplicación por argumentación y metáfora.

Presupuesta, pues, y asentada una doctrina tan sólida y segura, venid acá y decidme, cristianos, por vida vuestra: ¿Qué sabéis vosotros si ese pecado, del cual últimamente habéis salido por la misericordia de Dios, es el postrero de los que en sus profundos y secretísimos juicios tiene resuelto perdonaros? ¿Tenéis acaso certidumbre de lo contrario?

(comunicación corecebia)

¿Qué digo certidumbre? ¿Tenéis por ventura algún barrunto, algún indicio ligerísimo? Mas antes, pues Dios os ha sufrido, no ya diez veces como á los israelitas, no veinte, no treinta, pero quizás más de cien veces, es mucho más verosímil que seáis en adelante de los castigados, que no de

los sufridos ó perdonados. Y vosotros ¿aún pensáis en volver á pecar? ¡Ay miserable de mí!, creedme que tiemblan mis carnes y se estremece mi corazón á vista de vuestro riesgo. Ese pecado que maquináis ahora en vuestro pecho, ése ha de ser por ventura para quien no habrá ningún linaje de misericordia. No porque al pecador, notado bien, no porque al pecador, mientras le dura la vida y el uso del libre albedrío, no le sea posible levantarse con el arrepentimiento de cualquier pecado, por horrible que sea; que esto no puede decirse en buena teología; mas porque, llena la medida y cumplida la tasa del perdón, conviene que al primero que haga sea herido repentinamente, *illico percussatur*; es decir, ó que muera desastrada muerte, ó que pierda el uso de la razón, ó cuando menos que sea privado de aquellos socorros y ayudas eficaces sin los cuales nadie de hecho se salva. ¿Á qué, pues, tanta irresolución?

ampliación por afectos de dolor.

(precaución teológica)

Consecuencia hipotética.

Católicos y hermanos míos, basta ya; es menester afianzar los clavos; es menester hincar profundamente en nuestro corazón propósitos de hierro: *Clavos tuos consolida*<sup>1</sup>. ¿Acaso no nos lo advierte Dios por boca de Isaías? No, no es negocio éste para tenerlo en balanzas, ni se ha de arriesgar la eterna salvación por un deleite momentáneo del sentido, por el sabor de una venganza, por un vil interés, por una vanísima vanidad. Conviene á todo trance que os hagáis alguna fuerza; y puesto que por la divina misericordia habéis salido dichosamente del cautiverio del pecado, conviene que os determinéis de veras de no recaer por nada de éste mundo, cueste lo que costare y aventúrese lo que fuere: aventúrese la hacienda, aventúrese la reputación, aventúrese los amigos, aventúrese, si fuese menester, la misma vida. Antes morir que volver á pecar; antes morir, morir mil muertes antes que pecar. *Agonizare pro anima tua*, batalla y agoniza por tu alma: oíd cómo os lo dice divinamente el Eclesiástico: Batalla y agoniza por tu alma, y pelea por la justicia hasta morir. *Agonizare pro anima tua, et usque ad mortem certa pro justitia*<sup>2</sup>.

Fraseología práctica y ferviente.

por conduplicación.

repetición.

determinación.

gratificación.

<sup>1</sup> Amos, 1, 3 et seq.—<sup>2</sup> Vid. ap. Sanctum in Amos.<sup>1</sup> Eccl., lxxv, 2.—<sup>2</sup> Eccl., iv, 33.

## VIII

Arg. 2.<sup>a</sup>  
Amplificación  
de afectos 2) de  
ternura,

por contraste

de la alegría de  
los ángeles en  
vuestra conver-  
sion.

(exclamación é in-  
cremento)

y la tristeza de  
nuestra desleal-  
dad,

(por testimonio)

licencia,

antítesis.

y apóstrofe

¡Oh qué alegría tan grande la del cielo cuando, movidos á vista de las festividades y misterios de nuestra Redención, y ya resueltos á volver al redil de aquel Señor de donde malamente andabais descarriados, salisteis con gran determinación de vuestra casa, vinisteis al templo, os acercasteis al sagrado tribunal de la penitencia, y allí, derribados á los pies del confesor, que hacia las veces de nuestro Señor Jesucristo, lanzasteis primero un profundo suspiro de lo íntimo del corazón, y luego, hiriéndoos los pechos y bajando los ojos con amargura entrañable, le dijisteis: Padre, pequé. ¡Oh, cómo entonces todos los ángeles hicieron fiesta! ¡oh qué júbilo! ¡oh qué triunfos tan regocijados en toda la celestial Jerusalén! ¡Qué plácemes de todos los espíritus bienaventurados á la gloriosa Virgen María, vuestra protectora; á Jesucristo, vuestro Redentor; á Dios misericordioso, vuestro Padre! Básteos saber, que toda la compañía de los justos no causaban en el cielo tanto gozo en aquellos momentos como uno solo de vosotros. Y ahora, después de dar al cielo tan gran contentamiento, ¡ya empezáis á trazar cómo quitárselo, no de otra manera que el que hoy os regalase un gran presente, y mañana, arrepentido, os lo tornase á pedir! ¡Oh descomedimiento! ¡oh insolencia! ¿Qué es esto, dice el Sabio, sino hacerse odioso y por extremo aborrecible? *Hodie foeneratur quis, et cras ex-petit, odibilis est* <sup>1</sup>. Detestable es quien hoy presta y mañana lo exige y reclama. Atrévome á decir que mejor fuera, acaso, que nunca lisonjearais á los cortesanos celestiales con la esperanza de haberos ya ganada para eternos vecinos y compañeros de su gloria, si tan presto queríais volver á contristarlos y convertir sus fiestas en mayor afrenta y des-acato. ¡Ay de los hijos desertores!, exclamaría yo, si así fuese, indignado contra vosotros; ¡ay de los hijos deserto-

<sup>1</sup> Eccl., xx, 16.

res! ¿Así quebrantáis los asientos y contratos con Dios capitulados, añadiendo delitos á delitos? *Vae filii desertores, dicit Dominus, ut adderetis peccatum super peccatum* <sup>1</sup>.

Mirad, os ruego, y reflexionadlo bien; vosotros habéis ya <sup>2</sup> de ira y ver-güenza, probado dos amos ó señores: Jesucristo y el demonio. A entrambos habéis servido por tiempos, ya al uno, ya al otro; bien se puede creer, de consiguiente, que conocéis la índole y condición de cada uno. Luego, si vosotros, después de haber dejado al demonio y vuelto á Cristo, dejáis á Cristo y volvéis al demonio, ¿qué significará vuestra mudanza? ¿No significará que declaráis y sentenciáis abiertamente que la servidumbre del demonio os parece más llevadera, más dulce, más provechosa que el servicio de Cristo? En realidad de verdad, pondera aquí terriblemente Tertuliano, quien conoció á entrambos, parece que hizo comparación, y que pronuncia y estima por mejor á aquél á quien la segunda vez quiere servir: *Comparationem videtur egisse, qui utrumque cognoverit, et iudicat eum meliorem, cuius se rursus esse maluerit* <sup>2</sup>. Y á un Dios tan bueno; haréis tan horrible afrenta? ¡Ah, no, cristianos! Por aquella sangre tan copiosa-mente derramada por vosotros, por aquella sangre para vosotros tan saludable y divina, os suplico que no lo hagáis. Antes morir, antes morir que cometer tal bastardía. De lo <sup>3</sup> contrario, ¡ay de vosotros!, ¡ay de los hijos desertores! *Vae filii desertores*, tornaré á exclamar con Isaías: ¿qué alevosía es la vuestra? ¿Dejar á Dios por el demonio! ¡dejar á Cristo por Satanás! ¡Oh trueque horrendo! ¡oh execrable injusticia! ¿Qué sacáis de esa miserable servidumbre sino males sobre males? ¿Qué buscáis, diré con Jeremías, por esos caminos de Egipto tras el hilo de aguas cenagosas? ¿qué á ti con las sendas de la Asiria para beber agua de su río? *Quid tibi vis in via Aegypti, ut bibas aquam turbidam? Quid tibi cum via Assyriorum, ut bibas aquam fluminis?* <sup>3</sup> Por lo tanto, manteneos firmes, clama el vaso de elección, y no volváis á envileceros sujetándoos bajamente al yugo del antiguo cautiverio: *Stare, et nolite iterum iugo servitutis con-* <sup>2</sup> de suplica, por consplicacion; <sup>3</sup> de indignacion y maravilla, <sup>4</sup> exclamacion é interrogacion;

<sup>1</sup> Is., xxx, 1. — <sup>2</sup> De poenit., l. 9, c. 2.

<sup>3</sup> Jerem., ii, 18.

*inieri* <sup>1</sup>, alentaos, esforzaos. Todo el cielo está pronto á socorremos, con tanto que queráis ser fieles. No lo dudéis; con su ayuda y patrocinio podréis más de lo que vosotros acertáis á imaginar. ¡Cuántos hay allí que sufrieron más recias batallas y vencieron! Quién fué aserrado, quién apedreado, quién quemado vivo, quién desollado; quién vivió en una columna, quién dentro de una caverna; y unos atormentaron sus cuerpos con ayunos casi milagrosos, otros con cilicios asperísimos, otros con cadenas y planchas de hierro; otros se destrozaron las carnes con todo linaje de mortificaciones, hechos verdugos de sí mismos. ¡Y todo lo pudieron con el favor divino! ¿Y por qué con éste no podréis vosotros tanto menos como es no pecar mortalmente en adelante? Quede, pues, asentado para siempre que así será, y decidle á Dios con su siervo fidelísimo el santo Job: Vuestro, Señor, quiero ser; vuestro soy, vuestro seré. El camino de vuestros mandamientos, que con vuestra gracia he comenzado, no lo dejaré jamás: *Justificationem meam, quam coepi tenere, non deseram* <sup>2</sup>; sacadme de este mundo, si por desgracia veis que algún día no he de ser vuestro.

por ejemplo con gladios

y estáda distribuido.

Concluido

y propósitos.

Méto práctico para no recaer!

## PARTE SEGUNDA

### IX

No me cabe la menor duda, mis amados hermanos, que todos comprendéis perfectamente la necesidad grande que tenemos de nunca recaer. Y si los pececillos escapados del anzuelo, y los ciervos desenredados de los lazos, son más cautos y advertidos para no dejarse prender en adelante, ¿por qué no haremos lo mismo nosotros, tanto más inteligentes y previsores? Resta, pues, sólo que alguien nos indique una práctica y ejercicio fácil para cumplir esos propósitos. Mas no os embaracéis. El bienaventurado San Crisóstomo nos lo muestra; y á mi ver no puede darse medio

Huir todas las ocasiones.

sin las más remotas.

Transición perfecta.

<sup>1</sup> Gal., v, 1. — <sup>2</sup> Job., xxvii, 6.

más acertado ni traza más poderosa: ésta es, huir lejos y atajar las ocasiones de pecar. No solamente las próximas y graves, notadlo bien, porque ya sobre este punto, si mal no recuerdo, llevamos dicha una oración entera, pero aun de las más ligeras y remotas, de las más pequeñas y menudas, de aquellas que de lejos podrían inducirnos á pecado: por manera que, si estáis malamente acostumbrados á vivir deshonestos, os abstengáis aun de ciertas libertades no del todo lascivas; si estáis habituados á pláticas licenciosas, os abstengáis aun de burlas y donaires no del todo provocativos; si fuisteis comedores y destemplados, os abstengáis aun de regalos y golosinas no del todo vedadas; y así, discurrid por otros vicios en que soliais recaer. Oid ahora las palabras del mismo Santo: Gran motivo de seguridad en adelante, dice, será no sólo huir del pecado, pero de todo aquello que, al parecer indiferente, nos lleva como embucados al pecado. ¿Quieres ser casto? Huye aun de la vista desmandada. ¿Quieres huir de las palabras torpes? Huye aun de la risa desenvuelta. ¿Quieres apartarte de la embriaguez? Huye de las mesas regaladas y de los manjares exquisitos y quita de raíz el uso del vino <sup>1</sup>.

Exposición de esta doctrina

por distribuidos.

y subjección oratoria.

condemna por el Crisóstomo.

X

Reputación fuera demandada rigor casto.

Pero oigo que me decís que á los amigos que de veras estimamos, sólo hay que pedir cosas hacederas; mientras, si yo exijo de vosotros tales privaciones, ¿qué hago, en realidad de verdad, sino condenaros á una vida no sólo fastidiosa, pero incomfortable? Que harto fuera precaveros de culpas manifiestas; por lo demás, quera yo que os abstengáis de placeres inocentes, de pasatiempos no vedados, no tor-

®

Resp. 1.º No gardo.

<sup>1</sup> Hoc maxime securitatis erit occasio, non tantum peccata fugere, verum etiam quae videntur indifferentis quidem esse seu media, ad peccata vero nos supplantant. Via pacificus esse? Via etiam petulantem adspiciat. Via a verbis turpibus abesse? Fuge etiam risum solum. Via ab ebrietate separari? Fuge delicias, et lautas mensas, et vinum radicitus extirpa. Hom. 16 ad pop.

pes, sino indiferentes, os parece demasiado rigor... ¿Demasiado rigor? ¡Ay de mí, ¿qué estoy oyendo? Callad, hermanos míos, que bien se ve por vuestras palabras que no entendéis á cuánto os obliga la deuda contraída con Dios y vuestro estado de penitentes. Y ¿qué diríais si os hubiera exigido, como tantos hacen, ayunos rigurosísimos, sangrientas disciplinas, ásperos cilicios, absoluto silencio, largas y continuas vigiliias? ¿Diríaisme que era demasiado? Pues ¿qué rigor ó demasia hay en pedirnos solamente que os privéis de algunas golosinas y gustillos no vedados, ya que tantas veces alargasteis la rienda de vuestro apetito á deleites prohibidos, por ventura sucios, por no añadir escandalosos?

por comparación de lo que pudiera exigir.

por los pecados pasados.

Confirmación por ejemplo de David.

1.ª parte. El sacrificio del agua.

por hipotiposis.

2.ª parte. El recuerdo de su culpa.

3.ª parte. Aplicación al auditorio.

Respuesta 2.ª. Porque no basta al penitente lo que al inocente ó al perfecto,

No así cierto pensaba el rey David cuando, abrasado un día de ardiente sed, deseó el agua fresquísimas de la cisterna de Belén. ¡Oh con cuánto gusto y deleite la miró, cuando se la presentaron! ¡cómo la tomó y accedió á sus labios con ansia de probarla! Mas luego de repente se paró, y mudó de resolución, y no quiso gustar una sola gota, antes la vertió en el suelo, sacrificándola al Señor: *Noluit bibere, sed libavit eam Domino*<sup>1</sup>. ¿Y de dónde esta mudanza? ¿Sabéis de dónde? Contesta el Pontífice San Gregorio. Viniéronle en aquel punto al pensamiento los pasados deleites y el adulterio con Betsabé, y, horrorizado de sí mismo, tuvo por enorme desvergüenza y sinrazón tomar placeres lícitos quien se había derramado en los ilícitos. *Et quia se illicita perpetrasse memineral, contra semetipsum jam rigidus, voluit etiam a licitis abstinere*<sup>2</sup>. ¿Parécenos, pues, gran sacrificio que, acordándoos de los gustos que os tomasteis contra la voluntad y honra del Señor, os privéis ahora por amor de él de algunos gustos ó entrepimientos, lícitos en verdad, pero no por esto libres de peligros, como sería de asistir á un banquete, á un baile, á una comedia, de la lectura de un libro ocasionado, de una chanza liviana ú ociosa?

<sup>1</sup> 2 Reg. xxiii, 16.—<sup>2</sup> Hom. 34 in Evang.

Las divinas Escrituras que los israelitas, vueltos á Jerusalén después de su triste y llorosa cautividad, fueron mucho más puntuales en las cosas del culto de vino, como anota el Venerable Beda; y los Macabeos, vueltos al fuego del combate tras vergonzosa huida, pelearon con mayor denuedo y menosprecio de la vida, como pondera Bachiario, y á este tenor pudiera traer innumerables ejemplos si el tiempo lo consintiera. No me digáis por tanto que os pido demasiado con rogaros que os apartéis de esas cosillas y parajes, aunque remotamente ocasionados, porque os es más indispensable al presente esta cautela y cuidado de la perfección.

por imitación bíblica.

Conclusión.

Respuesta 3.ª. Porque es más fácil cerrar la puerta

## XI

Mas, fuera de esto, mirad otra respuesta que de seguro os sorprenderá. Quiero que atajéis esas ocasiones más remotas y ligeras, no empero para vuestra mayor mortificación, no, hermanos míos, no, mas antes para vuestra mayor comodidad y regalo; como quiera que es más difícil conceder poco y negarle mucho á una pasión mal enfreñada, que no llanamente negárselo todo. San Juan Crisóstomo mueve una cuestión, que á muchos de vosotros, de vista harto curiosa y derramada, por ventura no desagrada. Pregunta el Santo: ¿por qué nuestro adorable Redentor, cuando confirmaba los mandamientos de la vieja Ley con los preceptos de la nueva, condenó con tan severos términos una mirada deshonestas? ¿No bastara condenar los adulterios, los estupros, todo linaje de fornicación? ¿Por qué mostrarse tan cuidadoso hasta de una simple mirada, que de suyo no redunde en daño de nuestro prójimo? Da el Santo una respuesta divina, digna al fin de su levantado ingenio; y dice que Jesucristo hizolo así para facilitarnos el camino de la virtud. Porque fingid por un momento que sea lícita la mirada desvuelta, como decíamos ahora. ¿Cuánto más costará, tras aquella mirada, no retener en la fantasía la imagen peligrosa, no aficionar-se vanamente, no sentir encendimientos apasionados, no ceder á los asaltos importunos que la concupiscencia re-

que resistir al enemigo dentro.

Transmite la novela.

Prueba por

Indolección de la Ley nueva.

un mirar ó no mirar.

por sustentación y climax.

belde moverá sin duda, para que pasemos á las fornicaciones, á los estupros, á los adulterios, que no abstenerse de todo del primer derramamiento de la vista? El no mirar, fácilmente se logra, y cualquiera lo puede hacer con sólo un volver la cabeza, un bajar los ojos, un ligero distraerse á cualquier cosa; mas no así el resistir y contrastar aquellos acometimientos que después de haber mirado sobrevienen. Esto exige un esfuerzo sobrehumano, una virtud muy robusta, cual ni los mismos santos pueden prométersela; y por esta razón, bien concluye San Crisóstomo, que justamente condenó el Salvador hasta las vistas desonestas, para librarnos de mayor trabajo: *Propterea et Christus cum supplicio mulctavit, qui mulierem impudico aspectu fuerit contutus, ut a majore labore nos liberaret*<sup>1</sup>, siendo cosa manifiesta que es menos dificultoso no dejar que prenda el fuego en los rastrojos, que no apagarlo cuando ya prendió, cuando ya sube la llama, cuando ya se propaga impetuosamente por los campos como un incendio devorador. Volvamos, pues, á nuestro intento: si queréis con facilidad refrenar vuestros sentidos de aquellas demasías á que os han arrastrado otras veces vuestras pasiones, ¿cuál es el medio más sencillo y eficaz? No comenzar á condescender con ellas ni aun en cosas menudas, entendedlo bien, ni aun en cosas menudas; porque si las contentáis en lo poco, creedme, hermanos míos, os veréis forzados á satisfacerlas en lo mucho.

## XII

Y ¿á qué extrañarse y lamentarse tanto algunos de vosotros de la suma dificultad que experimentáis en no recaer después de levantados? Yo no me maravillo, antes maravilla fuera lo contrario: Si tenéis en casa los incendios de toda liviandad; si adondequiera que volváis los ojos no encuentran sino pinturas nada castas, vergonzosos trofeos del espíritu de lujuria; si á vuestros sentidos jamás negáis ningún deleite, mas antes para dormir ó descansar queréis

<sup>1</sup> Hom. 12 in Epist. ad Rom.

las plumas más blandas, para comer los manjares más exquisitos, para beber los vinos más generosos; si andáis sumidos en el lujo, que no parecéis hombres en el afán de ataviaros; si conversáis de continuo con personas tan poco recatadas, que no tienen ni vergüenza en la frente ni peso en el corazón; si no abris la boca sino para soltar la lengua en pláticas, ó licenciosas por los cuentos que traéis, ó descaradas por los dichos y refranes con que las sazónáis, ó maliciosas por las codicias malas que suben como vaho inundo del cenagal de vuestro pecho; si todos vuestros pensamientos, palabras y obras; si todo lo de dentro, si todo lo de fuera son espuelas y aguijones que os incitan á pecar, ¿cómo queréis luego resistir sin probar horribles repugnancias y agonías de muerte?

Y lo que dije, por ejemplo, del vicio sensual, haced cuenta que sucede en su manera respecto de los demás, á que os inclina vuestra mal acostumbrada naturaleza. ¿Eres acaso vengativo? Imponte la severa ley de ahogar en tu pecho los primeros movimientos de ira. Disimular á los principios la palabrilla picante y mortificativa, seráte molesto, no lo dudo, pero al fin es lance tolerable: mas si por razón de ella se arma una quimera, ¡cuán dificultosa de atajar! Si te arrastra la afección del juego y en el fácilmente te desmandas, resuélvete á no acercarte allí, mas que te provoquen tus amigos. Rechazar la invitación del mal compañero, puede que te cueste alguna violencia, mas al fin es cosa llevadera; pero, enfrascado en el juego y caído en el lazo, ¡cuán penoso te será desenredarte! La naturaleza dió alas á las avecillas, es mucha verdad, católicos; mas ¿para qué fin? ¿para que se desembaracen de la liga ó de los lazos, después de enlazadas ó prendidas? No, mas antes para que huyan de ellos. Desviarse de allí, nada les cuesta; mas, para desasirse ó desembarañarse, ¡qué esfuerzo han menester! ¡qué violentas sacudidas! ¡qué desesperados movimientos! y gracias si con esto se desprenden. Así puntualmente pasa con nosotros, si creemos al Crisóstomo. Las buenas máximas, los dictámenes rectos, los firmes propósitos de nuestra determinada voluntad, alas son para huir de los lazos que Satanás tiene armados por la redondez del mundo, no

para meternos voluntariamente en ellos. Si nos metemos, recia cosa será dar tan valiente sacudida que logremos des-  
 Cooculatin embarazarnos y escapar libres. *Sed quantumcumque resili-*  
 rimus, capiti sumus<sup>1</sup>. Adelante, pues, hermanos míos. Este  
 sea el medio práctico para no recaer, medio verdaderamen-  
 de aliento te divino, que atajemos las ocasiones más ligeras de pecar;  
 que huyamos de los lazos, sean grandes, sean pequeños; que sólo quien los huye está seguro. *Qui cavet laqueos, secu-*  
 rus erit<sup>2</sup>. Y en cumpliendo de nuestra parte lo que nos to-  
 ca, confíemos en Dios nuestro Señor. Porque, dado caso que la perseverancia final sea dádiva del todo graciosa y en-  
 teramente gratuita, no dejará de otorgárnosla misericordiosamente un Dios tan bueno, y de llevarnos también á nos-  
 otros al último y felicísimo fin de su eterna bienaventuranza.

<sup>1</sup> Hom., 13 ad pop. — <sup>2</sup> Prov., 10, 15.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y SIETE

Este discurso puede compararse á una pirámide, cuya base es el exordio; va subiendo la eficacia persuasiva por toda la confirmación, llega al vértice en el párrafo octavo, y torna á descender rápidamente hasta la conclusión, donde se renuevan y añazan los sentimientos del exordio. Coloquémonos en el vértice, para desde allí contemplar mejor cuanto hay de artificio á una y otra parte.

**Vértice** ó meta del discurso. Llegado á él al terminar el argumento séptimo, [cómo respira el orador y exclama triunfante en nombre de sus oyentes: «Vuestro, Señor, quiero ser; vuestro soy, vuestro seré. El camino de vuestros mandamientos, que con vuestra gracia he comenzado, no lo dejaré jamás...; sacadme de este mundo, si por desgracia veis que algún día no he de ser vuestro.» (§ VIII.) Por donde se ve que el fin ó blanco del orador es persuadir á su auditorio que persevere firme en el camino comenzado; el estado es conjetural, la cuestión finita ó hipotética, aunque hace largas excursiones á la tesis; el género deliberativo y disuasorio, porque desea convencerles que no recaigan en pecado. Para ganar esta postrera cumbre, y arrancar de sus oyentes esta irrevocable determinación, ¡qué esfuerzos no hace el orador! Es lo más digno de estudiarse en SÉNTRI. Comienza por los afectos de entrañable

**Dolor y compasión.** «Y vosotros, ¿aún pensáis en volver á pecar? ¡Ay miserable de mí! Creedme que tiemblan mis carnes y se estremece mi corazón á vista de vuestro riesgo. Ese pecado que maquináis ahora en vuestro pecho, ese ha de ser...» (§ VII.) Después de enternecidos y atemorizados con la vista del peligro, saca los

**Propósitos prácticos**, que es un empujar á los oyentes, ó tomarles de la mano para que suban, mal que les pese, á la cima de la persuasión. «¿A qué, pues, tanta irresolución?, exclama. Católicos y hermanos míos, basta ya; es menester añadir los clavos; es menester hincar profundamente

en nuestro corazón propósitos de hierro... Conviene á todo trance que os hagáis alguna fuerza...; aventúrese la hacienda..., la reputación..., los amigos..., la misma vida...; morir mil muertes antes que pecar...» Pasa á los afectos de

**Alegría** por su conversión. «¡Oh qué alegría tan grande la del cielo, cuando... á los pies del confesor... dijisteis: Padre, peque! ¡Oh cómo, entonces, todos los ángeles hicieron fiesta! ¡Oh qué júbilo! ¡oh qué triunfo!... Básteos saber que toda la compañía de los justos no causaban tanto gozo en aquellos momentos como uno solo de vosotros.» (§ VIII.) Siguen los de

**Pesar y tristeza** por su deslealtad presente. «¿Y ahora, después de dar al cielo tan gran contentamiento, ya empezáis á trazar cómo quitárselo? ¡Oh descomedimiento! ¡oh insolencia!... convertir su fiesta en luto, sus cánticos en lágrimas.» De

**Justo enojo.** «Ay de los hijos desertores!, exclamaría yo... ¡ay de los hijos desertores! Así quebrantáis los asientos y contratos con Dios capitulados, añadiendo delitos á delitos? Este afecto de ira es transición á otro más eficaz y vehemente, el de

**Vergüenza.** «Mirad, os ruego, y reflexionadlo bien: vosotros habéis probado ya dos años ó señores, Jesucristo y el demonio... si después de haber dejado al demonio y vuelto á Cristo, dejáis á Cristo y os volvéis al demonio... ¿No significará... que la servidumbre del demonio os parece más llevadera, más dulce... que el servicio de Cristo?» ¡Con qué naturalidad pasa de aquí á los de

**Súplica** ternísima! «¿Y á un Dios tan bueno haréis tan terrible ofrenda? ¡Ah! no, cristianos; por aquella sangre tan copiosamente derramada por vosotros, os suplico que no lo hagáis. Antes morir, antes morir que cometer tal bastardía.» Torna con mayor ímpetu al afecto de

**Indignación y maravilla.** De lo contrario, ¡ay de vosotros! ¡ay de los hijos desertores!... ¡Qué alevosía es la vuestra! ¡Dejar á Dios por el demonio!, ¡dejar á Cristo por Satanás! ¡Oh trueque horrendo!, ¡oh execrable injusticia! ¡Qué sacáis de esta miserable servidumbre?... ¿Qué buscas, diré con Jeremías, por esos caminos de Egipto?...» Y llega por fin á la deseada meta con los afectos, primero de

**Exhortación.** «Lentaaos, esforzaos; todo el cielo está pronto á socorrosos, con tanto que queráis ser fieles. No lo dudéis, con su ayuda y patrocinio podréis más de lo que vosotros acertáis á imaginar.» Luego de

**Emulación.** «Cuántos hay allí que sufrieron más recias batallas que vosotros, y vencieron! Quién fué aserrado, quién apedreado, quién quemado vivo, quién desollado... unos

atormentaron sus cuerpos con ayunos... otros con cilicios... ¡Y todo lo pudieron con el favor divino!» Y, últimamente, de

**Determinación** invariable. «Quede, pues, asentado para siempre que así será... donde descansa el orador, como en la cumbre más elevada y término de su viaje. ¡Cuánto movimiento y elocuencia! Pero veamos cómo ha preparado este triunfo y moción extraordinaria, que es contemplar desde la cima las sendas escabrosas por donde ha subido á sus oyentes.

**Ascenso** continuo desde el comienzo del exordio, que está sacado, no tanto *ex visceribus causae*, según dicen los retóricos, como *ex visceribus charitatis*, de las entrañas de la más ardiente caridad. ¿No respiran caridad aquellas frases sentenciosas: «Donde hay amor, hay temor? ¿No es así verdad, amados hermanos míos? El que de veras ama, teme tanto, que teme en demasía y recela de cualquier peligro... y palpita y se sobresalta... Temo que no vengáis, acaso muy en breve, á dejar las prácticas y tenor de vida que tan esforzadamente habéis emprendido... Y aquellas otras: «¿Quién me asegura que... antes de pasado mañana... ya alguno de vosotros no comenzará también á titubear?... ¿Quién me dice que no pensará en tornar á sus antiguos siniestros... á quebrantar, en fin, la fe jurada á Jesucristo?... ¿Quién me promete que no volverá?... Con estas cláusulas, no dichas por ceremonia, sino de todo corazón, atrae y gana para sí á sus oyentes, que es el blanco de estas introducciones. Así cumple lo que dice Marco Tulio: *Principia verecunda, non elatis intensa verbis, sed acuta sententis, vel ad offensionem adversarij, vel ad commendationem sui*.<sup>1</sup>

Ya ganado el auditorio, emprende con ellos la subida, y en pocas jornadas los levanta á la más profunda convicción.

**Jornada primera.** *Ab adiunctis temporis.* Ellos dicen: ¡Y por tantos años he de resistir y hacerme violencia! La respuesta no es dificultosa de dar, pero sí de exponer elocuentemente de manera que el auditorio se rinda. Estúdiense los pasos por donde llega SENERI á aquellos afectos de **temor**, término de la primera jornada: «¿Qué sería, pues, de vosotros si... os acartearéis con vuestra impaciencia ese ay y funesta maldición? ¡Oh qué sollozos! ¡oh qué bramidos de dolor se os arrancarán del pecho por toda la eternidad!...» (§ II.)

**Jornada segunda.** *A facili.* El término de ella se declara en aquella exclamación de San Agustín: «Oh, cuán

<sup>1</sup> Orat., cap. xxxvii.

suave se me hizo al momento caer de todas las dulzuras y entretenimientos del mundo!... ¡Oh qué alegría! ¡oh qué paz! ¡oh qué gozo tan entrañable! ¿Y cómo llega á un afecto tan delicado? Por una gradación casi imperceptible, ponderando la suma eficacia de la gracia, para lo cual le sirve á maravilla el ejemplo de Sansón. Y antes de pasar adelante los confirma en el argumento anterior y torna á remachar el clavo: «Demos que os cuesta gran trabajo y violencia no recaer en los vicios á que os lleva la costumbre, mas no debéis desmayar, porque, ya muráis presto, ya viváis algunos años, la jornada es breve, y pronto tendrá fin vuestra fatiga». (§ III.)

**Jornada tercera.** *A difficili.* Si recaéis, os será más difícil tornar á levantaros, porque el demonio, escarmentado una vez, os tendrá más sujetos. ¡Con qué artificio calla al principio la razón, para desenvolverla después del ejemplo del cautivo! Pues este mismo ejemplo ¡cuán creíble es, y con qué sencillez y naturalidad está contado! Son las propiedades que exige Cicerón á las narraciones oratorias: *Narrationes credibiles, nec historice, sed prope quotidiano sermone explicatae delucide*.<sup>1</sup> (§ V.)

**Jornada cuarta.** *A difficili* por parte de Dios, quien nos ayudará con tan copiosas gracias. El argumento lo saca de la nueva ingratitud y deslealtad del que recae, y el afecto que intenta mover es la vergüenza por medio de ejemplos a contrario y una amplificación sucinta, pero enérgica. Obsérvese cómo va apretando á su auditorio, cómo facilita el perseverar, y cuán dificultoso hace el levantarse después de recaído. Así acaece que el orador, lo mismo que el poeta,

*Semper ad eventum festinat<sup>2</sup>;*

y como el argumento da poco de suyo, luego lo deja y pasa á otro:

*et quae  
Desperat tractata nitescere posse, relinquit<sup>3</sup>.* (§ VI.)

**Jornada quinta.** *Ab impossibili.* Va aumentando la dificultad de salvarse después, hasta hacerlo imposible en ciertos casos. Es el reventón más fatigoso de este camino, y tiene por objeto preparar los afectos de temor. Dios, dice, tiene prefijado el número de veces ó de pecados que os ha de perdonar. Es así que los ya perdonados hasta hoy llenan por ventura ese número terrible. Luego no volváis á

<sup>1</sup> Orat., XXXVI.—<sup>2</sup> Hor. Ad Pis., v. 148.

<sup>3</sup> *Ibid.*, v. 150.

pecar, porque, si no, os condenaréis. De este modo guarda SÉNENI el consejo de Cicerón respecto del disponer los argumentos: *De firmisimis alia prima ponet, alia postrema, inculcabitque leviora*.<sup>1</sup> (§ VII.)

Con esto han subido los oyentes á la más alta cumbre de la **convicción** oratoria; ya los entendimientos están rendidos, pero no las voluntades. Para doblegarlas perfectamente, y conseguir el triunfo de la **persuasión**, se vale en la postrera jornada, que es á la vez meta y término del camino, de la **amplificación** de afectos que hemos declarado en la primera parte de este estudio. Pasemos á la tercera.

**Descenso** oratorio á la práctica. Sin él quedaría el auditorio muy sabroso, pero poco aprovechado. «Es cosa fácil, dice un notable escritor<sup>2</sup>, dar á entender á los fieles que lo que enseña el Evangelio es cierto y bueno (créenlo todos y se ajusta á nuestro entendimiento); mas, hacer que lo que tienen por honesto y cierto lo ejecuten, es muy dificultoso. Mostrar la fealdad de los vicios, se hace con pocas razones; mas que tuerzan de un camino muy cursado y se eche por otro diferente y muy contrario, ha de costar muchas: lo primero es de todos, lo segundo de raros ó ninguno. Y si esto no se consigue, ¿qué se ha hecho?». ¿Qué dijera el buen licenciado Muñoz, á vivir en nuestros días, él que apenas hallaba en su tiempo quien cumplierse con el fin de la elocuencia? Cúmplelo SÉNENI por medio de dos artificios que aprendió en la lectura del Crisóstomo.

Es el primero la **moción de los afectos**, de que hemos hablado, deteniéndose en ella hasta ablandar los corazones, y esto consigue discurriendo con gran peso de razones, autoridades de Escritura y Santos; acumulando sentencias, valiéndose de argumentos, ruegos, amenazas, ejemplos; instando, porfiando, dando voces, tal vez gimiendo y derramando lágrimas.

«Una represión, apenas tocada cuando dejada, y tan presto olvidada del que la oye, ¿qué efecto puede tener? No basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua, que no hace más que matar el polvo y mojarla por defuera, sino es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje toda empapada en ella»<sup>3</sup>.

El segundo artificio consiste en suministrar **medios prácticos** y fáciles para el cumplimiento de los buenos propósitos que se hubieren concebido. Esto es descender al te-

<sup>1</sup> Orat., xv.

<sup>2</sup> Vida del V. M. Fr. Luis de Granada, por el Licenciado Luis Muñoz, lib. I, c. 16.

<sup>3</sup> Autor cit., *ibid.*

rreno de la realidad, esto es llevar á perfecta sazón el fruto de la elocuencia. El medio que da aquí para alcanzar la perseverancia final es que huyan de las ocasiones de pecar, no sólo de las próximas y graves, mas aun de las remotas y ligeras. Tiene su exordio, su confirmación y su peroración. ¡Qué bien se distinguen en la confirmación las tres partes que requiere el orador poeta, Arias Montano.

*Tresigitur sunt hae, quas confirmatio partes  
Versat agens; ad una fides, est altera pondus,  
Est firmamentum, quod semper percussit hostem<sup>1</sup>.*

**Fides;** declara en qué consiste este huir de las ocasiones remotas, ya por medio de una **distribución**, ya por la autoridad de San Juan Crisóstomo. (§ XI.)

**Pondus;** pondera y encarece la necesidad de este medio: a) por razón de los pecados; b) porque no basta al penitente lo que al varón ya perfecto (§ X); c), porque es más fácil de resistir al enemigo que no éntre, que echarlo de casa. (§ XI.)

**Firmamentum;** en que se revuelve contra los oyentes que, no sólo no huyen de las ocasiones remotas, sino que viven entre mil peligros y ocasiones próximas. (§ XII.) Siempre que se pueda, hemos de valerlos de esta arma poderosísima.

*Quae nostrum non fulcít opus, sed concussit hostes  
Crebro collidens fundamenta impetu, necnon  
Ictibus assiduis, inimicique tela retardit<sup>2</sup>.*

<sup>1</sup> Rhet. lib. II. —<sup>2</sup> Ibid.



## DISCURSO TREINTA Y OCHO

### CONSOLACIONES DIVINAS

Par vobis: ego sum, nolite timere.  
Par sea con vobis; yo soy, no queráis  
temer.

LUC., XXIV, 34.

### EXORDIO

Por inminación  
realista.

**N**ADIE más fácil de engañarse que quien se gobierna en sus juicios por solas apariencias. Levanta los ojos al cielo en una noche serena aquel simple pastorcillo que nunca midió por instrumentos astronómicos ni la grandeza, ni la distancia, ni el concertado movimiento de las estrellas; y, cotejándolas con la luna, las desprecia á todas con desdén, como lumbreras menores que acompañan y hacen la corte á la mayor. Y, ello no obstante, es falsedad, porque no hay estrella en el firmamento, por pequeña que sea, que no aventaje incomparablemente la magnitud de la luna.

Y si dijerais al rústico pastor que aquellas lumbrerillas tan menudas son tanto mayores que la redondez de la tierra, que podrían contenerla, unas centenares de veces, y otras millares de millares, ¿con qué dificultad lo creería? Imaginará además, y tendrá por cierto, que las que se mueven con movimiento velocísimo están fijas, y las que giran á distancias inmensurables voltean muy cerca de su ejido. Y á esta traza y compás, regulándose por las apariencias exteriores, tendrá por dibujado el cielo con los colores hermosísimos del arco-iris, y por verdaderamente pintado de azul el aire límpidísimo en los días más serenos, y en los del abrasado estío creerá que se abrasan las nubes

Proposición re-  
mota.

que es peligroso  
juzgar por los  
sentidos.

Declárase X) por  
inducción natural

del cielo y de la  
tierra.

hipótesis.

antitesi

y dialógico taci-  
to.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

rreno de la realidad, esto es llevar á perfecta sazón el fruto de la elocuencia. El medio que da aquí para alcanzar la perseverancia final es que huyan de las ocasiones de pecar, no sólo de las próximas y graves, mas aun de las remotas y ligeras. Tiene su exordio, su confirmación y su peroración. ¡Qué bien se distinguen en la confirmación las tres partes que requiere el orador poeta, Arias Montano.

*Tresigitur sunt hae, quas confirmatio partes  
Versat agens; ad una fides, est altera pondus,  
Est firmamentum, quod semper percudit hostem<sup>1</sup>.*

**Fides;** declara en qué consiste este huir de las ocasiones remotas, ya por medio de una **distribución**, ya por la autoridad de San Juan Crisóstomo. (§ XI.)

**Pondus;** pondera y encarece la necesidad de este medio: a) por razón de los pecados; b) porque no basta al penitente lo que al varón ya perfecto (§ X); c), porque es más fácil de resistir al enemigo que no éntre, que echarlo de casa. (§ XI.)

**Firmamentum;** en que se revuelve contra los oyentes que, no sólo no huyen de las ocasiones remotas, sino que viven entre mil peligros y ocasiones próximas. (§ XII.) Siempre que se pueda, hemos de valerlos de esta arma poderosísima.

*Quae nostrum non fulcít opus, sed concutit hostes  
Crebro collidens fundamenta impetu, necnon  
ictibus assiduis, inimicique tela retardit<sup>2</sup>.*

<sup>1</sup> Rhet. lib. II. —<sup>2</sup> Ibid.



## DISCURSO TREINTA Y OCHO

### CONSOLACIONES DIVINAS

Par vobis: ego sum, nolite timere.  
Par sea con vosotro; yo soy, no queráis  
temer.

LUC., XXIV, 34.

### EXORDIO

Por inminación  
realista.

**N**ADIE más fácil de engañarse que quien se gobierna en sus juicios por solas apariencias. Levanta los ojos al cielo en una noche serena aquel simple pastorcillo que nunca midió por instrumentos astronómicos ni la grandeza, ni la distancia, ni el concertado movimiento de las estrellas; y, cotejándolas con la luna, las desprecia á todas con desdén, como lumbreras menores que acompañan y hacen la corte á la mayor. Y, ello no obstante, es falsedad, porque no hay estrella en el firmamento, por pequeña que sea, que no aventaje incomparablemente la magnitud de la luna.

Y si dijerais al rústico pastor que aquellas lumbrerillas tan menudas son tanto mayores que la redondez de la tierra, que podrían contenerla, unas centenares de veces, y otras millares de millares, ¿con qué dificultad lo creería? Imaginará además, y tendrá por cierto, que las que se mueven con movimiento velocísimo están fijas, y las que giran á distancias inmensurables voltean muy cerca de su ejido. Y á esta traza y compás, regulándose por las apariencias exteriores, tendrá por dibujado el cielo con los colores hermosísimos del arco-iris, y por verdaderamente pintado de azul el aire límpidísimo en los días más serenos, y en los del abrasado estío creerá que se abrasan las nubes

Proposición re-  
mota.

que es peligroso  
jugar por los  
ocasion.

Declárase X) por  
intelectos natural

del cielo y de la  
tierra.

hipotiposis.

antitesis

y dialoqismo tácito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

con encendidos fuegos y arreboles; y, si quiere dar fe á las imágenes que en el agua se representan, jurará que los remos metidos dentro se quiebran ó se tuercen; y si navega el mar en una nave, afirmará sin duda que vuelan las riberas y corren verdaderamente las montañas. ¡Tan expuestos á equivocarse están los que juzgan por solas apariencias, y, como dice el bienaventurado San Agustín, no siguen más regla en sus dictámenes que la costumbre de mirar! *Tota regula intelligenti est consuetudo cernenti.*

Mas, ¿á qué traer argumentos extraños? Cuando los apóstoles vieron en la mañana de este dichoso día entrar al Salvador en el cenáculo á puertas cerradas, y que les mostraba llagas en los pies, llagas en las manos, llaga en el costado, sobresaltáronse á tal vista de manera que, turbados y despavoridos, iban á huir precipitadamente, como de un duende ó fantasma, que se les hubiera entrado para intimidarles, no paz y bienandanza, sino sangre y desolación. *Conturbati et contreriti existimabant se spiritum videre*<sup>1</sup>. Mas cuando, recobrados del susto, se alentaron y probaron de acercarse á él, y examinar qué era, halláronlo tan diferente de lo que al principio imaginaban, que no cabían de contento y maravilla. *Mirabantur prae gaudii*<sup>2</sup>, y no se hartaban de contemplar, como prendas de salud, aquellas mismas llagas que miraban antes como presagios y mensajeros de desgracias.

Pues bien; figuraos que tal es el engaño de muchos cristianos, los cuales, queriendo juzgar de la vida espiritual solamente por el semblante de fuera, la imaginan tan hermosa, tan odiosa y espantable, que es lo mismo, á su parecer, acercarse á Cristo, que ponerse en el trance de la muerte. Creen que jamás prueban los tales qué cosa es deleite, qué alegría, qué risa y contentamiento, y así huyen como despavoridos del trato y conversación de Dios, que, bajo formas y apariencias de terror, esconde prendas inestimables de paz y de felicidad. *Pax vobis; ego sum, nolite timere.* Desengañaos, pues, los que por ventura padecéis semejante engaño, y á este fin prestadme por última vez

<sup>1</sup> Luc., XXV, 37.—<sup>2</sup> Ibid., 41.

vuestra benévola atención, mientras os demuestro, con el favor divino, cómo la vida espiritual no es, como á vos otros parece, enojosa y desabrida, mas antes muy sabrosa y deleitable.

Proposición pesimista.

## PARTE PRIMERA

### II

Y, en primer lugar, no sé ciertamente cómo no acabáis de comprender algunos de vosotros que no es desdichado y miserable el hombre espiritual, por verse privado de todos los pasatiempos que se tienen por inocentes en el mundo, y sujeto más bien á mil trabajos y extrañas penalidades.—Pues ¿qué es, me decís, vida espiritual y devota?

—Hablar poco, llorar mucho, verse burlados y escarnecidos, hoy en esto, mañana en aquello; sufrir gran mengua de cosas temporales; padecer dolencias en el cuerpo, manillas en el honor, agravios en los intereses; y esa vida ¿puede dejar de ser infelicitísima?—En realidad de verdad, que me oponéis con vuestro argumento un fortísimo escollo, á fin de que, espantado, vuelva atrás, recién salido del puerto mi discurso. Pero mirad lo que me aredra esa objeción, que oso decir, por el contrario, que las personas de espíritu, no sólo están hechas á padecer esos males que habéis encarecido más de lo justo, pero también que los quieren y gustan de pasar por ellos; de suerte que, donde no los hallan á la mano, ellos mismos se los buscan. Vosotros decís que padecen injurias y menosprecios; y yo añado que se los procuran, como un Simeón que se fingió loco para hartarse de oprobios y baldones. Vosotros decís que padecen gran pobreza y falta de lo necesario; y yo añado que la buscan con ansia, como un San Francisco, que vino á andar desnudo para sentir más los rigores de la miseria. Vosotros decís que padecen enfermedades; y yo añado sobre esto que, en cuanto les es lícito, las fomentan en sus cuerpos, como un San Bernardo, que, para vivir más doliente y achacoso,

moraba en los yermos de cielo más insalubre y destempla-

Arg. 1.<sup>o</sup>  
Aun así, ó si hay deleites en la vida espiritual.

Parece que no.

<sup>2</sup> porque es muy trabajosa.

<sup>3</sup> porque el premio es para después.

Responde á lo que se dice en el texto, exagerando.

Las penalidades de los justos.

por dialogismo.

Y si felicidad de la vida espiritual.

(enumeración y  
gratificación ob-  
scurece)

do. ¿Y no veis cómo los varones espirituales se enflaquecen de continuo con ayunos, se lastiman con cilicios, se despedazan á azotes, se consumen con vigilijs prolongadas, sin que nadie les fuerce á tales asperezas? ¿Y qué? ¿decís que son por ello desdichados? No; por ninguna manera, responde el gran obispo Salviano: Nadie es desdichado por juicio ajeno, sino por el propio sentimiento; por donde no pueden ser infelices, por la falsa apreciación del extraño, los que realmente por su conciencia son dichosos. *Nemo aliorum sensu miser est, sed suo; et ideo non possunt cuiusquam falso iudicio esse miseri, qui sunt vere sua conscientia beati* <sup>1</sup>. Y pues los justos con tanta ansia van buscando esas miserias y padecimientos, y compran á tanta costa una tierra al parecer tan yerma, tan quebrada, tan silvestre y pedregosa, fuerza es concluir que algún rico tesoro han descubierto en ella que á nosotros se nos esconde. ¿Qué tesoro es éste? Son las alegrías del espíritu; son las interiores consolaciones; son aquellas hablas amorosas y regaladísimo tratamiento que da Dios, aun en este destierro, en recompensa de los trabajos que de vez en cuando se pasan por su amor.

¿y así que no son dichosos?

porque en su an-  
tir lo son,

por tradición y  
definición.

Respuesta á  
lo 2.<sup>o</sup>

que es conveniente  
que Dios antici-  
pe el galardón,

por indicación  
del

de los soldados

y jornaleros.

Porque ¿qué imagináis, oyentes míos? ¿Que Dios maltrata en esta vida á sus siervos, ya que ha de galardonarlos en la otra? ¡Oh qué errados andáis! Que quiera nuestro Señor premiarlos liberalmente en la otra vida, podrá moverle, como notó San Bernardo, á no darnos acá abajo remuneración terrena de riquezas, de honores, de aplausos, de deleites mundanales y vanísimos, mas no será parte á que no anticipe el premio celestial del gozo íntimo y verdadero. A los combatientes ¿no se les promete por ventura magnífico galardón para después de conseguida la victoria? Mas todavía vemos que, entre tanto que dura la guerra, se les reparte el sueldo conveniente. A los segadores y jornaleros ¿no se les promete copiosa paga para después de la siega? Mas, durante ellas, se les provee también de algún mantenimiento y solaz. Con efecto, dice el Santo, á los obreros y trabajadores de este siglo suele dárseles la comida en el trabajo, y la paga después de la faena. *Nimirum, et ope-*

<sup>1</sup> Lib. de Prov.

*rariis hujus sæculi, solet cibis in opere, et merces in fine dari.* Así justamente creed que lo hace Dios nuestro Señor. Tiéenos aparejado en la vida por venir un magnífico galardón, mas no por esto nos defrauda aquí de nuestro salario.

Largo

Había prometido su Majestad á los israelitas una tierra tan afortunada, que manase leche, y fluyese miel y abundase de mil regalos y riquezas. Con todo esto, ¿con cuánta largueza les anduvo proveyendo mientras caminaban por el desierto? Parece que pudiera decirles Dios con harta razón: Hijos míos, por ahora pasado como podáis, Echad mano de las hierbas y raíces, comed los agrazones y frutas silvestres que encontréis por el camino; día vendrá en que nadaréis en la abundancia y comeréis frutas regaladas y carnes sabrosísimas. Tendréis entonces las viñas siempre lozanas, los trigos siempre espigados, los olivos siempre cargados de aceitunas, y las dehesas y pastos siempre verdes. Os cercarán en torno bosques de abundante caza, y mares de regaladísima pesca. Así, que no os pese ahora ni llevéis á mal que no podáis satisfacer cumplidamente vuestra hambre.—Así pudiera decirles nuestro Señor, y no se lo dijo: mas antes tratóles con tal liberalidad y esplendor en el yermo, como no gozan muchos en medio de las ciudades. *Pluviam voluntariam segregavit Deus hereditati suæ* <sup>1</sup>. Formó para su mantenimiento un nuevo manjar, no conocido en la mesa de Paraón, y á fin de proveer, no sólo á la necesidad, mas aun á la exigencia de sus prostrados paladares, encerró y templó con arte maravilloso en un bocado de maná la muchedumbre de todos los sabores. Retráctese, pues, quien sin fundamento se persuada que, por tener nuestro gran Dios preparados en el paraíso aquellos torrentes de ambrosia para hartura y deleite de sus siervos, los ha de mantener aquí con brebajes amargos y con el jugo del ajeno. Muy al revés, os digo y aseguro que, aun en esta miserable peregrinación, les da en abundantísima copia las bendiciones de su dulcedumbre, pero tan secretas y escondidas, que sólo el que las percibe las entiende: *Manna absconditum, quod nemo scit nisi qui accipit* <sup>2</sup>.

Confirmación por  
ejemplo ilustrado

de Israel en el de-  
sierto.

Espondido

auto y descripcio-  
nes de la tierra  
prometida,

por profecía  
conjetural.

desdices.

Continúa

por aplicación del  
ejemplo bíblico.

<sup>1</sup> Ps. LVII, 10.—<sup>2</sup> Apoc. II, 17.

## III

Resta sólo que averigüemos si estas consolaciones y dulzuras son realmente tales y tan sabrosas que hagan venta. ja á las del mundo, como los manjares de los israelitas en el desierto eran sin duda más gustosos que los ajos y co-hombros de Egipto. Pero fácilmente os convenceréis de ello con sólo ponderar la diferencia y distinto metal de los deleites que son propios de las personas de espíritu, y los que gozan los hombres de mundo. Porque, como sabéis, los deleites de los unos son deleites del cuerpo, los deleites de los otros son gozos del espíritu; y no hay duda que los deleites del espíritu son de más subidos quilates que los del cuerpo. Si éste fuese un dicho solamente de algún santo, codicioso parcial de la virtud, podría por ventura engendrar sospecha de falsedad, ó al menos de ambicioso encarecimiento. Mas es proposición asentada por los mismos gentiles, por un Plutarco, por un Séneca, por un Platón, por un Aristóteles, los cuales pusieron la bienaventuranza del hombre, no en las operaciones toscas y animales del sentido, sino en las nobles y levantadas del espíritu. No quiero ahora convencer esta verdad con razones, aunque son innumerables y evidéntisimas; contentóme con argüir solamente por experiencia. ¿Quién de vosotros no ha oído mil veces el extraño júbilo que mostró un día aquel insigne filósofo Arquimedes, á la sazón que, estando bañándose, de presto encontró, cuando menos lo esperaba, una demostración mecánica que en vano hacía tiempo iba buscando? Fué tanto y tan arrebatado el gozo de su alma, que, saltando repentinamente del baño, salió hacia su casa corriendo como loco y fuera de sí, y voceando por las calles: Eureka, eureka, ¡ya lo hallé! ¡ya lo hallé!, tan absorto y embebecido en el deleite de su hallazgo, tan enajenado de los sentidos, que ni le vino al pensamiento envolverse con un pedazo de lienzo. Venid, pues, acá, añade Plutarco, después de haber referido este suceso tan extraño; venid acá y traedme algún Apicio, uno de los hombres más glotonos y regalados del mundo, que, después de haber henchido el vientre de las viandas más

Arg. 1.º  
Quis sit, ó quis  
deleites son ma-  
jores.

Los que vocan  
los justos.

¿Per qué?

porque los delei-  
tes del espíritu  
avanzan á los del  
cuerpo.

Demostración por  
autoridades pro-  
fanas, y ejemplo  
de Arquimedes.

procurar, á el ex-  
llazgo.

realizado ab. ad.  
justicia.

apódois

ó encarecimiento  
de Plutarco.

ricas, de perdices y faisanes bien cebados, se alzaba tan alegre de la mesa, que por el exceso del júbilo y satisfac- ción, anduviese á voces gritando: *voravi, voravi*, me he hartado, me he hartado. Traedme algún Polieno, uno de los hombres más lujuriosos de que hay mención en las his- torias, que, después de haber desfogado su liviandad en obscenas saturnales ó en luperales lúbricos y desenfrena- dos, saliese de allí tan regocijado y radiante de gozo, que anduviese gritando por las calles, extático de alegría: *amavi, amavi*. He desfogado mi pasión, he desahogado mi li- viandad. Esto de ninguno se lee, dice el profundo filósofo: *Neque vero audivimus, vel gustosissimum quemquam clamare, voravi, voravi; vel lascivissimum, amavi: cum quidem et sint, et fuerint innumeri intemperantes.* ¿Quién no ve, de consi- guiente, cuánto sobrepujan los deleites del espíritu á los deleites pozoñosos de la carne?

¡Vivísima consideración, por cierto! Mas si tal y tan ve- hemente es el deleite del espíritu, sólo al contemplar ver- dades naturales de cosas menguadas y caducas, que excede incomparablemente á todos los regalos del sentido, ¿qué de- leites sentirá en la contemplación de verdades divinas y eternas? ¡Oh quién pudiese rastrear el gozo inenarrable de un corazón limpio y devoto sólo al pensar en su Dios, sólo con volver los ojos hacia él! ¡Oh!, ¿quién lo podrá explicar? ¡Bienaventurado el pueblo que sabe por experiencia qué cosa es jubilación!, dice el real profeta: *Beatus populus, qui scit jubilatiorem* <sup>1</sup>. Yo no lo sé, ni puedo, como tan ruin y pecador, hablar por experiencia. Pero, verdaderamente, oigo que me testifica un San Bernardo, verdaderamente aquél es solo, puro y macizo deleite que se percibe, no de la criatura, sino del Criador, y que nadie te puede quitar, si lo poseyeres; en su comparación, cualquier alegría es tristeza, toda suavidad es dolor, toda la miel del mundo es amargura, toda belleza es fealdad; finalmente, todo lo que puede deleitar es enfado y pesadumbre <sup>2</sup>.

por comparado  
á animales.

y pronopeya  
diestre.

Luogo.

Argumentación  
á minor.

y aplicación á las  
verdades eternas.

por exclamación.

Confirmación por  
autoridad divina

y humana.

y por razón á  
priori.

<sup>1</sup> Ps. LXXXVIII, 18.

<sup>2</sup> *Revera illud solum et verum est gaudium, quod non de creatura sed de Creatore percipitur, et quod cum possederis, nemo tollit a te: cui con-*

Y ¿no encierra Dios con eminencia las perfecciones de todas las criaturas? Ciertamente que sí; de otra manera, ¿cómo podría dar á los colores la hermosura que cautiva nuestros ojos? ¿á los sonidos la melodía con que nuestros oídos se arrebatan? ¿á los cuerpos la blandura que tanto codicia nuestro tacto? ¿á las flores la fragancia que tanto busca nuestro olfato? ¿á los manjares el sabor que tanto apetece nuestro paladar? ¿Quién no ve, por lo mismo, que gozando el alma de su Dios goza de lleno en una pieza de todos los bienes y objetos deleitables que fuera de Dios gozaría imperfectamente y derramados en varias criaturas; y que, por consiguiente, tanto más vivo y acendrado será el deleite que recibirá cuanto más juntos, más unidos, más apretados goza todos los bienes deleitables, que es por ventura lo que quiso agudamente significar el santo rey David cuando decía que codiciaba la vena de las aguas? Como desea el ciervo, exclamaba, los manantiales de las fuentes, así codicia mi alma á ti, Dios mío: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus*<sup>1</sup>. ¿Qué? ¿no podía, acaso, si no era más que ciervo sediento, contentarse con las corrientes de las aguas, con los puros arroyuelos? ¡Ah! no, hermanos míos; no está aquí el deleite; el deleite está en beber en la misma vena del manantial.

De aquí nacia en los santos que, siempre que salían de contemplar las grandezas de Dios, era con un asco, con un disgusto y desabrimiento, y aun con tal abominación de todos los contentos, no ya sensuales, pero también sensibles, que ningún deleite corpóreo ni temporal los recreaba; y así unos cerraban los ojos para no ver las hermosuras terrenales y pasajeras, como aquel monje Silvano, de quien habla Casiano; otros se tapaban las orejas para no oír voz ni palabra de mortal, como el santo abad Serapión, á quien menciona Paladio; otros no podían acabar consigo de probar un bocado de los manjares de este mundo, aunque más

parati omnis aliunde iucunditas moeror est, omne postremo quodcumque aliud delectare possit, molestum est. Epist. 110.

<sup>1</sup> Ps. xli., 2.

hambrientos y desfallecidos, como es notorio en la bienaventurada virgen Santa Catalina de Sena; y otros andaban tan engolfados en su Dios y tan insensibles, que no les despertaban de su dulce embelesamiento las punzadas más agudas, como sucedía á Santo Domingo Loricato, ni el hedor de carnes podrecidas, como le pasaba á Jacobo el penitente. Bien veo que por nuestra imperfección no podemos aspirar á tanto: mas eso no quita que, allegándonos también nosotros á una tan rica y bienhechora fuente, no podamos, conforme á la capacidad del vaso, participar de la abundancia de los divinos deleites. *Dilata os tuum, et implebo illud*<sup>1</sup>. Ensancha los senos de tu corazón, y yo los henchiré de mi soberana dulcedumbre.

## IV

Y cuando no alcanzáremos otra cosa, ¿no podremos conseguir al menos aquel deleite que nace del corazón verdaderamente espiritual, aquella paz y gozo de conciencia, que sobrepuja todo entendimiento? *Pax Dei, quae exsuperat omnem sensum*<sup>2</sup>. Y ¿á quién ha de envidiar quien goza de esta paz? Ténganse los mundanos cuanto quieran de placeres engañosos, mas no sentirán lo más subido del deleite hasta que no posean la paz y descanso del corazón. Pero este descanso ¿cómo puede reinar en el pecho tempestuoso del impío? Vemos en la naturaleza que ninguna cosa, mientras anda lejos de su fin, goza de tranquilidad; sólo descansa cuando ha llegado al fin del movimiento. ¿Veis aquella roca que se despeña? Solamente se sosiega cuando acaba de caer. ¿Veis la aguja de marear? Sólo descansa cuando mira al Norte. Y en las cosas morales ¿no veis, por ejemplo, que no descansa aquel médico hasta haber devuelto la salud al doliente, que es el fin de su arte, y consiguientemente, el término de su movimiento? Mientras el doliente no está restablecido, anda en incansante agitación y solicitud; viene, torna, estudia, manda, receta; ya le

<sup>1</sup> Ps. lxxx., 11. — <sup>2</sup> Phil., iv, 7.

Silvano, Serapio, etc.

Conclusión por autoridad.

Arg. 3.<sup>o</sup>  
Quede él, ó el deleite de la buena conciencia.

por analogía ó oratorio.

No hay deleite como la paz del corazón.

pero no le tienen

ni pueden tener los impíos.

porque nada descansan sino en el fin.

toma el pulso, ya le mira la lengua, ya observa los ojos: ordena hoy una medicina, mañana otra; infórmase con diligencia de cómo pasó la noche, si reposó de día, si comió con apetito, si bebió con gusto ó con hastío. Mas recobrada la salud, gracias á Dios, dice, ya puedo ahora descansar; y no vuelve más á aquella casa, ni pregunta, ni averigua, porque ya consiguió todo su fin.

Esto supuesto, prestadme vuestra atención, y decidme: ¿cuál es el fin del hombre, oyentes míos? ¿No es la bienaventuranza? Luego no se seguirá jamás hasta alcanzar la bienaventuranza, y, por el mismo caso, hasta que se abraze con su fin. Pero los mundanos, ¿cuán lejos caminan de esa bienaventuranza! Todos van errantes y descarriados por las sendas de sus apetitos, dice el Profeta: *Unusquisque in via sua erraverunt*<sup>1</sup>. La única y verdadera felicidad, de común consentimiento de todos los sabios, no puede hallarse sino en Dios. Y los mundanos y pecadores ¿adónde se encaminan? Ya se mueven hacia las riquezas, y las riquezas les dicen: nosotras no somos la bienaventuranza, porque la bienaventuranza es un bien amable por sí mismo, y nosotras sólo somos apetecibles en razón de medio; buscadla en otra parte, si queréis ser felices.—Y ellos, no hallando hartura ni descanso en las riquezas, muévense hacia los honores del mundo, y las honras les dicen: no somos nosotras la bienaventuranza, porque la bienaventuranza es un bien libre de mudanzas y vaivenes, y nosotras estamos sujetas á variaciones y trueques infinitos: buscadla en otra parte, si queréis ser felices.—Y ellos, más inquietos y desasegados en sus honras, muévense hacia los manjares y banquetes; y los manjares les dicen: nosotros no somos la bienaventuranza, porque la bienaventuranza es bien propio del hombre, y nosotros somos comunes á las bestias; pasad más adelante, si queréis ser verdaderamente felices.—Y ellos, hambrientos de felicidad entre la hartura de los banquetes, muévense hacia los juegos, muévense hacia las músicas, muévense hacia las representaciones y espectáculos, búscanla en los corcos, en las carreras, en los devaneos del

por inducción la naturaleza y el arte

(hipótesis)

y el fin ó bienaventuranza del hombre es Dios.

del cual andan los justos y los impíos.

por una descripción y pronóstico.

voz de las riquezas.

voz de las honras.

voz de los placeres.

voz de todas las criaturas.

<sup>1</sup> Is., XLVII, 15.

amor, y de todas las criaturas reciben la misma respuesta; porque la bienaventuranza no se puede hallar sino en un bien perfecto, en un bien sumo, estable, universal, lo cual no cabe más que en Dios. Y ¿qué viene á suceder? Que los miserables pecadores vivan en perpetua inquietud, porque están en perpetuo movimiento, á causa que, en lugar de moverse derechamente hacia Dios, fin último y bienaventuranza del hombre, vanse por sendas contrarias y muévense tumultuosamente, ora hacia una criatura, ora hacia otra, en una rueda de infinitos deseos: *Impii in circuitu ambulanti*<sup>1</sup>, como dijo de los impíos el real profeta.

Mas ¿cuán de otra manera acaece, oyentes míos, á los justos! Éstos enderezan sus pasos hacia Dios sin torcimientos ni desvíos, conforme á la sentencia de Isaías: *Semita justí recta est, rectus callis justí*<sup>2</sup>. Derecha es la senda del justo, y rectos sus caminos; de donde sólo ellos hallan reposo y quietud: porque sólo ellos se abrazan con su fin. Y puesto caso que nunca en esta vida pueda el alma abrazarse total y perfectamente con su fin, y así no pueda ser cumplidamente bienaventurada, pero todavía, si alguien en este destierro participa de la verdadera felicidad: si hay hombre que de veras se alegre, y se goce, y se regocije, es el justo; comoquiera que se avvicina más á Dios, según la voz que sonó en los oídos del profeta: Himno de júbilo á todos los santos y bienaventurados del cielo; y ¿á quiénes más? Al pueblo que se llega á él: *Hymnus omnibus sanctis ejus, populo appropinquanti sibi*<sup>3</sup>.

V

No hay, pues, por qué cansarse en porfiar que es triste y austero, y por extremo hórrido y desabrido, el camino de la virtud; porque, dado que así parezca, en realidad no es tal, y vuestros sentidos no son testigos tan fieles y abonados como acaso imagináis. Mas antes, ¿sabéis lo que en esto acaece? Lo que al gran libertador Moisés. Nadie de vosotros ignora cómo se le apareció la majestad de Dios en la

Luego es imposible que vayan gusten.

por similitudine de la rueda.

Alrevés, los justos van derechos al fin.

Luego han de vivir contentos.

por polindetos.

Art. 4.<sup>o</sup> Consecración a síndi.

Transición por corrección.

Moisés en el Sinaí, figura del pueblo en la penitencia.

<sup>1</sup> Ps. XI, 9.—<sup>2</sup> Is., XXVI, 7.—<sup>3</sup> Ps. CXLVIII, 14.

cumbre del monte Sinaí, para darle de su boca la ley que debía promulgar á su pueblo. Pero ¡con qué tremendo y pavoroso aparato! Parecía que todas las tempestades del cielo y del abismo venían á mover guerra contra Moisés en aquel monte. El campo de batalla era la región del aire, el cual, para acrecentar el horror, había encubierto el sol y tendido á la redonda las tinieblas más espesas; sólo de cuando en cuando relampagueaban algunas como hachas encendidas, que daban luz á aquella noche, pero luz tan tétrica y espantosa, que hacía más deseables las tinieblas. Respondía entre tanto á entrambas vertientes con formidable estrépito, el retumbar de los truenos al sonido de las trompetas, y el sonido de las trompetas al retumbar de los truenos. Imposible conocer si era aquella la señal de combate, ó término de él; ello es que, para mayor tumulto y confusión, en el mismo instante que aparecía el relámpago estallaba el trueno, y en el mismo que estallaba el trueno caían con el trueno las centellas. Humeaba el monte por las grietas y hendiduras que hacía el rayo en sus entrañas, y vomitando fuego y esparciendo llamas, creyérase que por momentos iba á arder y desaparecer el monte á la fuerza del incendio.

Imaginad ahora, oyentes míos, qué haría, qué diría á vista de estos horrores, aquel miserable pueblo. Estaba acampado en derredor, á la distancia que les había Dios señalado, y oían aquel estruendo, y veían aquellos reencuentros y batallas, y sabían que en medio de ellos se encontraba su caudillo: ¿Qué habían de pensar? Hallábanse confundidos hombres y mujeres, niños y ancianos, y los hombres mismos, como de rudo entendimiento, probablemente creerían que cada instante era el postrero para Moisés. «¡Ay!, exclamarían espantados unos, al ver desatarse un rayo: ¡ése va derecho á herirle!» — «¡Ay!, exclamarían otros, al ver salir de la tierra la llamarada de fuego, que va sin duda á tragarle.» — «¡Pobre Moisés! ¿Cómo es posible, dirían otros, que tanto humo no le ahogue la garganta? Harto osado fué en adelantarse y subir tan alto. ¿No podía quedarse con los demás á la falda del monte, y excusarse con Dios nuestro Señor, que no podía seguirle hasta la cumbre?» — Así es de creer que murmuraría desavorido el pueblo y aterrorizado. Y tanto

Narración literal.

1.ª parte. Los horrores del Sinaí.

por hipotiposis de terror.

simplificada por diálogo y conjetura.

de los arrebatos espantados.

confirmado a consecuencia.

es así que, como tardase Moisés, todos le tuvieron por muerto, y de común acuerdo suplicaron á Aarón que les buscase otros dioses más blandos y amorosos, ya que el que tenían era tan terrible que les había muerto á su caudillo: *Putantes Moysen esse mortuum, ad Aaron accesserunt, petentes sibi Deos fieri*; así dice sobre este pasaje el Abulense<sup>1</sup>.

Mas ¡cuán engañados iban, mis amadísimos oyentes! Ni en los verjeles más floridos de los príncipes, ni entre las sombras más frescas de los ríos, gozó mortal ninguno de las delicias que embargaban á Moisés entre el fragor de las deshechas tempestades y el estrago de los volcanes encendidos. Gozaba en medio de aquel estruendo de suavísima conversación con Dios, y, sin necesidad de comer ni de dormir, pasaba los días y las noches dulcísimamente embebecido en contemplar la hermosura del divino rostro; ni fueron parte los truenos á turbar su quietud, ni los relámpagos á deslumbrar su vista, ni los rayos á tocar siquiera la orla de su vestido; antes bien, si creemos al mismo autor, todo aquel alarde pavoroso no fué batalla, sino mera justa ó simulacro, donde ni era verdadero aquel fuego, ni verdaderos aquellos rayos, ni verdadera aquella catástrofe.

Veis, pues, aquí, ¡oh cristianos!, el retrato más vivo de lo que vamos diciendo esta mañana. Es la vida de los justos otro monte Sinaí; monte, para quien mora en lo alto, apacible y sobremanera deleitoso; para los que de lejos lo miran, espantable. La gente plebeya y el grosero vulgo, que no juzgan sino lo que parece por de fuera, compadecen á los pobrecillos que quieren subir arriba, y mejor fuera, dicen ellos, quedarse á la raíz del monte que no empeñarse en aspirar á la cumbre de la perfección. Porque ¿qué puede haber allí sino recias batallas de la sensualidad contra la razón, de la carne contra el espíritu? Y entre tantas batallas y reencuentros, ¿cómo es posible no estragar la salud y perder la misma vida? Temen que cualquiera mortificación ó penitencia ha de ser un golpe fatal que va á cortarles, ó á lo menos consumirles, las fuerzas; y así como decían los israelitas: No nos hable el Señor, no sea que muramos: *Non*

2.ª parte. El pasaje de Moisés.

por descripción ardua.

y viva contraposición.

Aplicación de la 1.ª parte.

ó opinión de los musulmanes.

que la vida es preciosa.

por diálogo.

<sup>1</sup> In c. 32, Ex. q. 2.

y afectos de la mor.

*loquatur nobis Dominus, ne forte moriamur*<sup>1</sup>, así dicen ellos: «Dejemos para quien lo quiera tanto trato y familiaridad con Dios; si queremos vivir en paz, si no queremos desfallecer de puro quebranto, quedémonos en la falda, lejos, lejos de esa cumbre. No nos hable el Señor; no queremos esas altas comunicaciones, no sea que muramos. *Non loquatur nobis*

Aplicación de la 2.ª parte.

*Dominus, ne forte moriamur*». ¡Oh locos y desvariados pensamientos! No sólo no mueren los Moisés, conversando con su Majestad en esas cumbres altísimas; no sólo no se apenan, pero son banqueteados y embriagados con un néctar tan divino, que no cuidan de comer, ni piensan en dormir, y, pasándose los días y las noches en sabrosos coloquios con su Dios, se ríen en su corazón de esos miedos y terrores que tanto atemorizan al ignorante vulgo. Grande paz tiene el Señor guardada para los amadores de su ley, ni encuentran tropiezos, ni sienten pesadumbre, como los flacos imaginan: *Pax multa diligentibus legem tuam, et non est illis scandalum*<sup>2</sup>. Y nosotros, hermanos míos, ¿no nos atreveremos á escalar ese feliz y glorioso monte, sino que nos quedaremos lejos con los cobardes y ruines que, heridos de espanto, se quedaron al pie de la montaña? *Pavore concussi steterunt precul*<sup>3</sup>. Y ¿no corregiremos este error de nuestra imaginación espantadiza? y ¿no venceremos esas sombras: y ¿no esforcaremos nuestro espíritu? y ¿nos dejaremos acobardar de una vana apariencia de batallas y tempestades? ¡Oh flaqueza! ¡oh locura! ¡oh ruindad!

Conclusión afectuosa.

¿no nos atreveremos á escalar ese feliz y glorioso monte, sino que nos quedaremos lejos con los cobardes y ruines que, heridos de espanto, se quedaron al pie de la montaña? *Pavore concussi steterunt precul*<sup>3</sup>. Y ¿no corregiremos este error de nuestra imaginación espantadiza? y ¿no venceremos esas sombras: y ¿no esforcaremos nuestro espíritu? y ¿nos dejaremos acobardar de una vana apariencia de batallas y tempestades? ¡Oh flaqueza! ¡oh locura! ¡oh ruindad!

y práctica.

AMPLIFICACION AL EJEMPLO.

## VI

Narración libre.

Púsose Séneca cierto día á esforzar su corazón para hacer rostro á la muerte, ¿y de qué razón mayormente se valió? De la que vamos tratando. Representóse ante sus ojos á la muerte en su aspecto más fiero y espantable, y, encarándose con ella, «no vengas, decía, á atemorizarme con este vano alarde y horroroso acompañamiento. ¿A qué fin me muestras las espadas desvainadas y los desnudos ace-

Exposición del filósofo y la muerte.

ros? ¿á qué los ecúleos y los azotes? En vano te rodeas de bárbaros sayones, armados unos de dogales, otros de cadenas, otros de garfios, otros de tenazas, otros de mazas y cuchillas. En vano me amenazas aquí con hornos encendidos donde quieres reducir mis carnes á ceniza, allí con horribles precipicios donde pretendes despeñarme. Fuera ese aparato, quita esa máscara, te conozco: *Tolle istam pompam, sub qua lates, et stultus territas: mors es, quam nuper servus meus, quam ancilla contempsit*<sup>1</sup>. ¿Eres otra cosa por ventura que esa misma muerte á cuyo encuentro salió ha poco un esclavo mio, con la cual acaba de luchar una esclava de mi casa? Aparta, aparta pues esas máquinas é instrumentos de terror, y callen y enmudezcan tantos gritos, tantos ayes, tantas lamentaciones. ¿Qué puedes acarrearle más que dolor? y con el dolor ¿yo luchar á aquel gotoso, y lo vence; con el dolor pelea el otro herido, y no lo teme; con el dolor combate aquel calenturiento, y lo sobrelleva. Y ¿por qué yo he de acobardarme y desmayar por un dolor, que si acaso es más recio, será también el último?—Con estas razones se animaba, oyentes míos, un gentil á despreciar la cosa más terrible de este mundo, á despreciar y desafiar la muerte. Y, en verdad, que pudo fortalecer de manera su espíritu con estas reflexiones: que cuando, por mandamiento de su ingrato discípulo Nerón, se le notificó la pena de muerte, ni palideció su semblante, ni se turbó su pecho, mas él mismo esforzaba á sus amigos, á sus criados y domésticos, á su desconsolada mujer: y en los postreros instantes, mientras la sangre á borboliones brotaba de las abiertas venas, iba dictando, no sin fatiga, desde el baño, á varios escribientes en torno suyo reunidos, nobilísimas enseñanzas, á fin de expirar en los brazos de la sabiduría moral, en los cuales se había criado.

¿Por qué, pues, no aprendemos de este varón tan señalado una lección provechosísima? Que poco importa que sea ó no gentil el maestro, si es útil y excelente su doctrina. Nosotros también sentímonos desavoridos y como amilanados, ¿no es verdad, hermanos míos?, á la vista y semblan-

Nuevo á el com-laz postero.

por viva pronunci-peya y apobrotot

refutación y afectos de valor y de vergüenza.

Dizaloace.

ó la muerte de un estolito.

por hipotiposis de paz.

Aplicación á la vida espiritual.

1.ª parte. Temores del corazón.

<sup>1</sup> Ex., xx, 19.—<sup>2</sup> Ps. cxviii, 165.—<sup>3</sup> Ex., xx, 18:

<sup>1</sup> Lib. 3, epist. 24.

te de la vida espiritual, que se nos presenta fiera y espantable, con el cortejo hórrido de mortificaciones, de asperezas, de padecimientos y trabajos. Pues bien, acordémonos ante todo, os dire con el ilustre filósofo, de quitar á las cosas su corteza y tumultuoso acompañamiento, y de escudriñar lo que son en la realidad de la substancia, y veremos sin duda que lo único que hay en ellas de temible es el temor mismo. *Nulli ante omnia meminimus, demere rebus tumultum, et videre quid in re quaque sit. Sciamus nihil esse in istis terribile, nisi ipsam timorem.* Y ¿qué os espanta, hermanos míos, en la vida espiritual, qué cosa os espanta? ¿Por ventura aquel retiro y apartamiento, que os convendría guardar, desviados de las diversiones públicas y general licencia? Pero este y mayor encerramiento observan tantos religiosos en sus celdas, tantas vírgenes en los monasterios, tantos ermitaños en los yermos y soledades. Y ¿no oísteis referir que los Romualdos guardaron completo silencio por siete años, y los Radulfos con el mismo rigor por diez y seis? Y si ellos pudieron tanto más, ¿por qué no podréis vosotros tanto menos? No se os exige que deis de mano á todo trato y pláticas de hombres, mas solamente á las vanas, sólo á las dañosas y perjudiciales. ¿Qué os espanta, pues? ¿La asiduidad en la oración? Pero este ejercicio tenía tan soberanamente ocupados á los Antonios y á los Arsenios, que, puestos en oración al transmontar el sol, en oración los encontraba al rayar de nuevo en el oriente. ¿Qué os espanta, decidme? ¿El uso de la limosna? Pues ésta ejercitaron con tanta liberalidad San Pedro el mercader, y el obispo Pablo, que, vendidos todos sus bienes y no teniendo que dar, se vendieron á sí mismos. ¿Pero sin duda os deben asustar las penitencias tan usadas en la vida espiritual, como si fuéis de complexión tan débil y de carnes tan blandas y delicadas, que no tenéis corazón para maltratarlos? Pero ¿quién más flaco y delicado que Santa Genoveva de París, que Santa Adela romana, Santa Eduvigie, Santa Teresa, Santa Isabel, que martirizaron sus cuerpos con sangrientas asperezas? No hay, de consiguiente, por qué temer la vida devota del espíritu, aunque se os presente, ya vestida de punzantes cilicios, ya cercada de abrojos y

a.º parte. Refe-  
cción.

por ejemplo

y afectos de em-  
ulación.

el silencio.

la oración.

la limosna.

la penitencia

(por comunica-  
ción y subjeción  
toratoria)

cadenas, ya sustentada con regocijos de pan mohoso y agua desabrada. Despójese de ese aparato funerario de ceniza, de hambre, de espinas, de lágrimas, de sogas y cadenas, de tristeza y desnudez, de deshonras y enfermedades. Fuera, fuera ese alarde aterrador en que se esconde, y con que espanta á los apocados. *Tollat, tollat istam pompam, sub qua latet, et viles territat.*

Ésta es, en substancia, la vida que tantos y tantos han constantemente practicado. Llenos están de tales ejemplos los anales, derramadas en las historias tales hazañas. No hay edad, no hay sexo ni condición, no hay suerte ni pueblo del mundo cristiano, que no cuente con gloria infinitos ejemplos de espantosa penitencia, y encumbrada santidad. Y nosotros ¿no podremos pertenecer á tan dichoso número? ¿Qué tenían, que nosotros no tengamos? ¿No estaban, por ventura, formados de la misma masa? ¿No eran compuestos del mismo barro? Pues si quereiros, como quisieron ellos, aparejados nos están también las mismas consolaciones con que se fortalecieron y animaron ellos á padecer muchísimo por Dios. ¿Acaso le cuesta al Señor consolarte y robustecerte? Oigo que me dice el santo Job: *Numquid grande est, ut consoletur te Deus.*<sup>1</sup> También nosotros podemos gozar de los mismos deleites; también nosotros podemos esperar las mismas misericordias y regalos; también nosotros podemos obrar con aquella misma caridad que hace tan fácil y suave á un corazón enamorado lo que á otro frío y nada apasionado es incomportable. ¿Quién puede menos ahora de exclamar: Adiós mundo; adiós diversiones y pasatiempos; adiós deleites y vanidades; quedaos, enhorabuena, para los que no conozcan otros deleites más íntimos y verdaderos. Nosotros renunciarnos desde ahora para siempre á los halagos de la carne mentirosa, que, so color de amistad, nos guerra con porfiada malicia. Guerra, guerra quereiros contra nosotros mismos, y contra la carne y el mundo; pero guerra provechosa, guerra justa, guerra suavísima y dulcísima. Harto necio es y muy loco quien tiene por deleite militar en las banderas de Lucifer, mortal ene-

3.ª parte, y por-  
ción.

por afectos de ver-  
güenza.

de esperanzas

(repetición)

de aborrecimien-  
to del mundo,

de la carne

y del demonio.

<sup>1</sup> Job, xv, 11.

migo de nuestras almas, y por pesado y trabajoso servir al sueldo y debajo de la bandera de nuestro Capitán Jesucristo, siempre ansioso de nuestra felicidad.

## SEGUNDA PARTE

## VII

Por lo demás, henos ya, católicos, llegados con la gracia del Señor al término, yo de mis fatigas en predicar, vosotros de vuestra molestia y fastidio en escucharme. ¿Qué resta, pues, sino que yo os pida humildemente perdón de lo mal que desde este sagrado lugar os he servido, y que vosotros me lo otorguéis con vuestro acostumbrada benignidad? Verdad es que sólo aquellos yerros son propiamente capaces de perdón que nacen de voluntad delibada, no los que proceden de mengua y natural insuficiencia. Sabe Dios cuánto hubiera deseado servirlos cumplidamente, como era acreedor un auditorio tan ilustrado, un ministerio tan divino, y no menos la benevolencia tan singular que á mi indigna persona siempre habéis mostrado. Pero ¿qué? Raras veces las fuerzas corresponden á los deseos, y á los propósitos la ejecución; y en mí se ha allegado otra razón, á saber: que, siendo un religioso tan ruin é imperfecto, no he sabido de un corazón que es todo frialdad, todo hielo, sacar fervor con que inflamar los corazones de mis hermanos. Mas, dado que mis sermones hayan sido fríos, desaliñados, estériles y en mil partes defectuosos, eso no estorba que la divina palabra haya debido por sí misma obrar maravillosos efectos en vuestra alma. La palabra de Dios, tanto más poderosa cuanto más desnuda, ha debido entrañar fuerza bastante para corregir los vicios en los pecadores y avivar la devoción en los justos.

¿Qué decís, pues, cristianos oyentes? ¿Qué fruto habéis sacado de tantas y tan divinas enseñanzas que nuestro Señor Jesucristo os ha predicado por boca de su indigno siervo? ¿qué provecho? ¿qué utilidad? Bien veo que la mayo-

parte de vosotros no habréis aprovechado poco, si perseveráis en lo porvenir en el tenor de la vida concertada y reforma de costumbres que emprendisteis desde el principio. Ahora, pues, ¿qué puedo añadir para confirmaros en vuestra santa determinación? ¿Que consideréis á menudo la brevedad de la vida, la incertidumbre de la muerte, la grandeza del galardón que os está aparejado en el cielo por vuestras buenas obras? ¡Ah, sí, amadisimos hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo! grabad en vuestro corazón para consuelo vuestro esta manda ó recuerdo, prenda última, aunque pobre, del entrañable afecto que os profeso; conviene á saber, que siempre llevéis esculpida en vuestra alma la bondad infinita del Señor á quien servís: *Quam bonus Deus is, qui recto sunt corde!*<sup>1</sup> ¿Cuán bueno es Dios para los rectos de corazón! Amador tan fino y amoroso, que lleva puntual y minuciosa cuenta de todos los pasos que dais por su amor, de todas las lágrimas que derramáis, de todos los suspiros y oraciones que le enderezáis, de todas las penitencias que hacéis, de todas las limosnas que con sus pobres repartís; y por cualquier victoria, por pequeña que sea, que de vuestras pasiones y sentidos alcanzáis, daros á gozar su misma gloria, y que os sentéis en su mismo trono y majestad: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo*<sup>2</sup>. ¡Oh qué inefable consuelo el vuestro cuando, tras un breve padecer en esta vida, vendrá él mismo á la hora de la muerte á recibirlos, y con semblante risueño y con amorosos ojos os pondrá delante las buenas obras que hubieréis hecho, aunque no advertidas acaso, ó ya olvidadas de vosotros mismos, mostrando la solicitud con que seguía y notaba vuestros pasos, y acompañándoos al paraíso celestial entre las músicas de los ángeles, y los aplausos y parabienes de los bienaventurados. El mismo con sus manos enjugará vuestras lágrimas, y desde aquella hora no más dolor, no más gemidos, no más tristezas por los siglos de los siglos: *Neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra*<sup>3</sup>; sino júbilo eterno, deleites eternos, vida eterna, salud eterna, hermosura eterna, sabiduría eterna, riquezas eternas, bienaventuranza

<sup>1</sup> Ps. LXXII, 1.—<sup>2</sup> Apoc. III, 21.—<sup>3</sup> Apoc. XXI, 4.

<sup>2</sup> De los justos encaminados á la perseverancia.

por vía de espiago de toda la cruces ma.

y encarecimiento de la bondad de Dios.

manífico y exacto calificador.

por hipotipias,

los retrato,

conduplicacion

eterna. ¡Oh caridad infinita! ¡oh amor inefable! ¿Quién no se animará á perseverar gustoso en el servicio de un Dios tan bueno y magnífico, que quiere galardonar copiosamente como actos de liberalidad las que son en puridad obligaciones de justicia? ¡Oh justos!, ponderad, os ruego, esta largueza del corazón de Dios.

y afectos de inextinguible caridad.

De los pecadores.

Transición.

por similes y delectación.

Percepción indirecta, á penitencia.

por afectos de ternura cruciada.

y de compasión apostólica.

amplificada por ilustre narración.

## VIII

Que si en este piadosísimo auditorio se encontrase por ventura algún pecador rebelde, como víbora entre palomas, como venenosa adelfa entre las flores, como dañosa cizaña entre las espigas... ¿qué he de decirles por última vez á estos desdichados? ¿Acaso gritaré contra ellos, los avergonzaré, los confundiré por su terquedad y obstinación? ¡Ah, no! Sólo les quiero suplicar, por el corazón de Cristo, que no estimen tan poco su propia alma que por una golosina momentánea, por un interés caduco, por un deleite bestial, vivan en continuo riesgo de perpetua condenación. Piensen, les suplico, y ponderen en su corazón cuán acerbas les serán después aquellas hogueras sin luz, aquellas noches sin alborada, aquellos ayes sin intermisión, aquellas lágrimas sin consuelo, aquellas mazmorras sin salida, aquellos tormentos sin fin, aquellos atormentadores sin entrañas. Y si tan poco les importa que se salve ó condene su alma, les rogaré que al menos tengan compasión de aquella sangre preciosísima derramada por su amor, de aquellas carnes laceradas por su amor, de aquel cuerpo benditísimo despedazado por su amor. ¡Ah, pecadores de mi alma!, dejadme que desahogue por fin un afecto vehemente que me bulle y comprimo há tiempo en mi afligido corazón. Mas antes oíd por vez postrera una historia breve, pero extraña por demás.

Una joven honrada, como se viese tenazmente perseguida por un mozo desenvuelto, probó todos los medios para deshacerse de sus lascivas importunaciones. Empleó ruegos, echó mano de la reprensión, apeló á las amenazas. Viendo que le salían frustrados todos sus ardenes, tomó una

determinación tanto más atrevida, cuanto menos esperada. Porque, presentándosele un día en su casa el temerario mozo, se horrorizó la casta doncella como si viese una fca serpiente, y no acertando en aquel asombro de su espíritu y en aquella confusión de pensamientos cómo defenderse, agarró de improviso un crucifijo de madera muy devoto que tenía en su estancia y, corriendo precipitadamente hacia la puerta, púsole atravesado en el umbral. Entonces, con rostro ceñudo, con ojos de fuego, con voz más que de mujer:— Ven, exclamó, ven y desahógate á mí; por encima de ese crucifijo. Si tienes alma para pisar sus divinales miembros, tendré yo paciencia para que profanes después los míos.— Paró de repente á estas voces y á tal actitud el desalmado joven, no sé si más atónito con la novedad que corrido de vergüenza. Mudó mil colores en un punto, y, postrándose ante el santo crucifijo, habló más con los ojos que con la lengua; deshízose en llanto, se arrepintió de su osadía, pidió castigo, propuso la enmienda.

Pecadores míos muy amados, á fin de apartaros de pecar heme valido, según mis fuerzas, en cerca de cuarenta sermones, de cuantos arbitrios me ha sugerido mi corazón, inspirado por la caridad. Ya os he persuadido con razones, ya aconsejado con autoridades; ya fortalecido con ejemplos, ya espantado con amenazas; ya os he atraído con promesas, y hasta me arrojé suplicante á vuestros pies, conjurándoos que no tornaseis á pecar. Pero si todavía me persuadiese yo que, aun después de agotados todos los recursos, hay en este auditorio quien, menospreciando todo esto, piensa en volver á pecar como antes, no bien haya salido de este templo, paréceme el caso de apelar, como se acostumbra en los males extremos, á cualquier extremo remedio. Y así, no dudaría ni me podría contener que no imitase el arrojó y ardimiento de aquella casta doncella, y, tomando este santísimo crucifijo, pondriarlo reverente en el umbral de aquella puerta. Y, cerrando todos los pasos y salidas, gritaría desde allí con todas mis fuerzas, arrasados en lágrimas los ojos y encendido en justa indignación: Ea, ¿qué esperáis? Salid ¡oh miserables!, salid, que os están aguardando.

Exposición á un mozo temerario.

Visto, ó la fortaleza de su virtud.

por hipotiposis y apostrofe.

Resistencia ó el crucifijo santo.

Aplicación á pecadores.

De los arbitrios del orador por toda la conversación.

Persecución, y acción patética.

por fiereza y apostrofe.

por amarga ironía.

contraposición.

y acción de vergüenza

y de dolor profundo.

Peroración de tracia

por acerbamientos de horror cruciante.

y enorme ingratitud.

dando con ansia vuestros amigos; salid, que os llaman á concluir el juego vuestros compañeros; salid, que os esperan vuestras cortesanías; salid, que os buscan para cerrar aquellos injustos tratos vuestros socios; pero, si queréis pasar, éste es el camino. ¿Veis estos miembros tan despedazados? ¿Veis estas llagas tan profundas? Aquí habéis de sentar el pie; estos miembros y estas llagas habéis de pisar. ¿Qué dudáis? Éste es aquel Cristo cuyo santísimo nombre os complacéis de ordinario en ultrajar. Delante le tenéis: ultrajadle ahora á vuestro sabor, holladle, escupidle, pisoteadle. Enclavadas tiene las manos, no temáis que os castigue; mudos tiene sus benditos labios, no temáis que se queje. Id, pues, y ser felices, que él se quedará en la cruz pagando con sus tormentos vuestros placeres. Vosotros iréis á descansar acaso en blandas plumas; él se quedará desangrándose en un duro madero. Vosotros iréis á ceñir vuestras sienes con guirnaldas de suavísimas flores; él se quedará agonizando aquí, ceñidas las suyas de punzantes espinas. Vosotros iréis á pasar las horas entre abrazos y deleites; él se quedará aquí contándolas entre mortales agonías. Podéis hacer cuanto os plazca de este mísero y lastimado cuerpo, porque, según confiesa él mismo, ha venido á ser la bafa de todas las gentes, el blanco de todas las lenguas, el desecho y basura de todos los pies. Pisoteáronme mis enemigos todo el día: *Conculcaverunt me inimici mei tota die* 1. Cristianos: si yo en este último día hiciera tan extraña novedad, y hablase en tan desusados términos, ¿creéis que se hallaría alguien tan osado que accediese y pasase animosamente sobre la imagen del crucificado? ¿Alguien que no temiese, para ir á pecar, hollar desacatadamente el crucifijo? Y, sin embargo, ¿Dios mío, qué horror!, y, sin embargo, sabed que tal es el ultraje que cometéis vosotros, ¡oh cruces pecadores!, siempre que pecáis, ya que, según la sentencia del Apóstol, vosotros sois los que holláis al mismo Hijo de Dios: *Filium Dei conculcatis*; vosotros los que tenéis por inmunda la sangre del testamento: *Sanguinem testamenti pollutum ducitis*; vosotros los que afrontáis el es-

1 Ps. LV, 3.

piritu de la gracia: *Spiritus gratiae contumeliam facitis*; porque vosotros sois los que advertidamente y de propósito, notadlo bien, advertidamente y de propósito, seguis pecando, después de recibida tanta luz, tanta verdad: *Voluntarie peccantibus post acceptam notitiam veritatis* 1.

## IX

Act. 8.<sup>o</sup>  
Expretación.

Mas ¿adónde, adónde me dejo llevar, arrebatado de mi celo y olvidado del lugar en que predico? Persuádome, y me complazco en creerlo así, que no hay en este religiosísimo auditorio tal linaje de pecadores, y que, si por ventura los hay, son de los penitentes, no de los obstinados. Y así, á Vos toca, ¡oh amantísimo Redentor de nuestras almas!, extender sobre su cuello los brazos de vuestra misericordia, y como padre amorosísimo acoger benignamente á vuestros hijos arrepentidos, estrecharlos á vuestro corazón y acercar á su rostro vuestro rostro y dar á su frente el ósculo de paz. Y si por ventura os pareciere ésta demasiada fineza, ea, Señor, no les neguéis al menos vuestra rica bendición: *Super populum tuum benedictio tua* 2. Tiempo ha que la esperan humildes, no sin harta incomodidad. No los alijáis más dilatándoles el cumplimiento de sus deseos, que os certifico, Señor, que no son indignos de ella. Éstos son los que han acudido con tanta asiduidad á este templo á escuchar vuestra palabra, y posponiendo los negocios y quehaceres domésticos, y dando de mano á las diversiones del mundo, han venido con maravillosa constancia, los días de fiesta y los de labor, á recibir vuestras divinas enseñanzas, sin que les arredrara de ello ni la tosquedad de mi decir, ni la ruindad y pobreza de mi ingenio; demostrando bien á las claras la estima grande que hacían de vuestra preciosa doctrina, pues no desdeñaron recibirla de labios de un hombre tan vil, de un orador tan desaliñado, y, lo que más es, de un pecador tan miserable como Vos sabéis. Llueva, pues, sobre todos y cada uno de mis oyentes vuestra copiosísima bendi-

Tránsito por corrección.

Súplica de extrañable caridad.

por los marcionistas del auditorio.

¿Indignidad del orador.

1 Ad Heb., x, 26.—2 Ps. v, 9.



rios! ¡qué encendimientos de amor! ¡qué llamaradas, qué dulces abrazos y qué unión tan estrecha con su amado! Indicios son aquellos profundos sollozos, aquellos dilatados suspiros, aquel don de profecía y conocimiento de los espíritus, aquel andar por los caminos como arrobado y extático, y predicar con el rostro inflamado que parecía un serafín. Esta, á saber, la **propia experiencia**, es la primera fuente de la invención oratoria, de la cual no hablan los autores antiguos, ni menos las estéticas modernas, donde, cuanto más se habla de **belleza artística** y de sus constitutivos, menos dan en la vena verdadera, porque, entretenidos en los arroyuelos, no cavan en el manantial, que es aquella infinita hermosura y amabilidad en que hablaba SÉNeca su abrasada sed.

La segunda fuente es el **estudio**. De todo se vale para declarar la noción de deleite y de la bienaventuranza, á fin de hacerla apetitosa. De la historia sagrada, de la profana, de la filosofía natural, de la sacra teología, de los santos Padres, de las vidas de los santos, y mayormente de las Escrituras divinas. ¡Son tantos los gustos de los oyentes á que hay que satisfacer! ¡Y son tan varias las necesidades á que hay que acudir por fuerza! Y el orador que no habla á todos los oyentes, ni da su pan ni mantenimiento propio á cada una de las facultades del hombre, no lo atraerá hacia sí, ni arrebatará al fin que pretendiere. Con el estudio se allegan los manjares; mas sin el fuego de la **meditación**, que es la tercera parte de la invención, se quedarían crudos y tan desahitados, que los convidados á la mesa no los podrían digerir. La lección y el estudio ponen lo que se ha de predicar en la boca del alma, que es la memoria; pero la atenta consideración rumia y digiere toda la substancia, y planta primero en el corazón propio los afectos que desean plantar en los ajenos.

**Disposición.** Tras la **experiencia**, el estudio y la **meditación**, que son las tres partes que la invención abraza, siguese la disposición de la materia; la cual ayuda a) al **entendimiento** y clara percepción de las cosas, la cual no se compadece con el desorden; b) á la **memoria**, que olvida con facilidad las especies inconexas; c) á la **voluntad**, porque la confusión es causa de sequedad; d) al **fruto y deleite** de los oyentes que, si oyen cosas destrabadas, ó no entienden lo que se les dice, ó no les queda rastro de ello en la memoria. Esta labor de la disposición, en que entra la **selección** ó discernimiento, es muy trabajosa y delicada, harto más que la misma invención. En un solo día crió Dios el mundo, y empleó cinco en su disposición y ornato, hasta la formación del hombre.

Y este ejemplo de la **creación** es maravilloso á nuestro intento. Allí trazó el Señor un palacio donde morase el hombre; y el predicador ha de procurar que, mediante su elocuencia, habite el Espíritu Santo en las almas. Primero crió Dios la materia informe; la tierra estaba vana y vacía, y las tinieblas cubríanla sobre la haz del abismo, y el Espíritu del Señor se movía sobre las aguas: primero concibe el orador el **plan ó idea** del discurso; es un abismo cubierto de tinieblas; pero no temáis; el espíritu divino flota sobre las aguas tenebrosas, é imprimiéndolas el ímpetu de su santa inspiración, las vivificará con su calor y perfeccionará esta obra tan imperfecta. Allí dijo Dios que hubiese luz y hubo luz, y dividióla de las tinieblas, y á la luz llamó día y á las tinieblas noche; aquí, ante todas las cosas se hace luz, como quien enciende una lámpara en una estancia muy oscura, que es determinar el **fin** y vislumbrar los **principales medios** para llegar á él, separando los útiles de los inútiles ó nocivos, esto es, la luz de las tinieblas. Allí se hizo el firmamento en medio de las aguas, dividiendo las unas de las otras; aquí se fija y asienta el **estado**, y el **género**, y la **tesis** ó la hipótesis, y los límites de la cuestión más ó menos dilatados conforme al intento del orador. Allí se juntaron las aguas en un lugar, y apareció la tierra con sus montes y llanuras, con sus puertos y concavidades, y la tierra brotó luego hierba verde y árboles fructíferos; aquí, deputado su lugar propio á los afectos blandos, se descubre lo seco y árido del **raciocinio**, que debe hermosearse con gran abundancia y riqueza de **sentencias, autoridades, razones, metáforas, figuras de las sagradas letras, ejemplos, comparaciones é historias**. Y como Dios de tal manera recogió las aguas en el mar, que juntamente dejó en la tierra muchedumbre de fuentes y de ríos que la regasen y fertilizasen; así, el orador, aunque tiene su lugar para la moción de los afectos, pero la **unción divina** va destilando de los montes á los valles por las entrañas mismas del raciocinio, hasta entrar en el mar espacioso de la persuasión. Aquí, como allí, hay lumbreras resplandecientes, las mayores y las menores, y el ejército de las estrellas, que son aquellas figuras que los retóricos llaman por esta razón **lumbres oratorias**, porque iluminan y esmaltan el discurso, y presiden al día y á la noche, á la primera y á la segunda parte, al raciocinio y á la pasión oratoria. Mas ¡qué fuera todo el mundo sin los vivientes? ¡y qué el discurso sin la **vida secreta**, que circula por todos sus miembros y late en cada vocablo, por indiferente que parezca? De este modo se va disponiendo y hermoseando la oración, aposentadora de Dios en las almas de los hombres.

¡Cuán fácil me fuera patentizarlo en ésta de las consolaciones divinas, si no saltara á la vista por las notas que van al margen, y si no lo hubiera ya particularizado en otras varias! Omíto, pues, para pasar á la

**Elocución.** Sencilla en la introducción, **exornada** en la confirmación, **vehemente** en la peroración, se parece á la luz del sol que va creciendo hasta el perfecto día. Por donde se ve que los tres linajes de estilo, **llano, templado y sublime**, caben y se armonizan en un mismo discurso. El mérito de **SENARI** consiste en dar á cada figura y á cada palabra su propio y natural asiento, por manera que no se pueden trocar por otras, sin desencajar toda la armazón de las ideas ó desvirtuar la fuerza de la pasión. En los movimientos tranquilos no es tan grave el inconveniente que resulta de no acertar con las figuras ó estilo propio, pero es gravísimo en la que podemos llamar grandilocuencia.

Lo **primero** que debemos considerar es si la cuestión lo pide: *Equidem primum considerare soleo; postuletne causa. Nam neque parvis in rebus adhibendae sunt hae dicendi faeces...*<sup>1</sup> En este discurso, por ejemplo, fuera ridícula esa grandilocuencia al principio ó al medio, pero está en su lugar en ambas peroraciones. Lo **segundo**, la disposición de los oyentes: *Neque ita animatis hominibus, ut nihil ad eorum mentes oratione flectendis proficere possunt; ne aut irrisione aut odio digni pretemur, si aut iragoedias agamus in nugis, aut convellere adoriamur ea, quae non possint commoveri.* Por lo cual hay que practicar lo que hacía el gran maestro de la romana elocuencia: *Equidem cum aggredior ancipitem causam et graevam, ad animos iudicum pertractandos, omni mente in ea cogitatione curaque versor, ut odoror quam sagacissime possim, quid sentiant, quid existiment, quid expectent, quid velint, quod deducti oratione facillime posse videantur*<sup>2</sup>. Lo **tercero**, hemos de estudiar nuestra naturaleza, carácter, virtudes, edad, pasiones, autoridad, y sobre todo la actual disposición de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu: *Aliter enim juniores, aliter senes; aliter principes civi, aliter humiles, atque privati; aliter inferioris ordinis ministri, aliter episcopi et superiores praedati dicere debent*<sup>3</sup>. Y trae Granada la sentencia de Quintiliano, que la retórica es prudencia dicenda<sup>4</sup>, y á la prudencia toca ver y regular lo que conviene y está bien á cada uno. El orador Lisias leyó á Sócrates un excelente discurso que había compuesto en su defensa; y «Magnífica oración, respondió este, y muy elegante por cierto, mas no cae bien á Só-

crates: *Praeclara, inquit, et elegans oratio est, sed non convenit Socrati*, por no ser digna de tan gran filósofo.—Pues ¿cómo?, replicó Lisias, ¿no decís que el discurso es excelente?—Respondió Sócrates: ¿No puede acaecer que un vestido ó calzado ajuste perfectamente y dé hermosura á uno, y venga mal á otro?—¿Y cómo ha de pelear ni moverse el pastorcito David con las lucidas armas del corpulento Saúl?

Dos cualidades, sobre todo, distinguen la elocución **senariana**: su extremada popularidad, y un carácter sagrado y soberanamente divino. Nace la **popularidad** de que las palabras son propias, claras y cortantes; la frase castiza corre por su cauce natural; la construcción se redondea ó corta por sí misma; las figuras y ornamentos, los más populares que emplean Demóstenes y Tulio, San Cipriano y el Crisóstomo; y esto nace á su vez de que siempre habla al corazón del pueblo, siempre le trae una cuestión de vida ó muerte, siempre va á la práctica y acomete una empresa dificultosa, y como mantiene suspenso á su auditorio y como atrebatado por el río de oro de su sencilla elocuencia. No hay cosa más contraria á esta popularidad, y aun á la elocuencia general, que lo que podríamos llamar **academicismo**, ó sea la manía exageradamente académica y purista de aquellos que, según dice Quintiliano, *omissa rerum, qui nervi sunt in causis, diligentia, quodam inani circa voces studio senescunt*<sup>5</sup>. La belleza y lustre del estilo es una cualidad hermosísima, dice, *sed quum sequitur, non cum affectatur*. A los cuerpos sanos, de robusta complexión y fortalecidos con el ejercicio, lo mismo que les da fuerzas les comunica hermosura. El lujo ateminado en el vestir, sin adornar el cuerpo descubre la vanidad del alma. A este modo, la elocución rebuscada, y como pintada con lujo de colores, atemina las mismas cosas que vienen ataviadas con aquel traje. Lo que debe procurarse con todo ahinco es que el cuerpo de la elocuencia esté bien complexionado y robusto: ¿á qué gastar tanto tiempo en limar las uñas y peinar la cabellera? *Majore animo aggredienda eloquentia est; quae, si toto corpore valet, unguis poltra et capillum reponere non existimabit ad curam suam pertinere*.

Lo que da **carácter sagrado** á la elocución de **SENARI** es el uso frecuente y casi continuado de la Escritura y Santos Padres, cuyas palabras, imágenes y sentencias brotan espontáneamente de sus labios, como de pecho lleno de Dios.

<sup>1</sup> De Orat., lib. II, cap. 51.—<sup>2</sup> Ibid., n. XLIV.

<sup>3</sup> Grand. Rhet., lib. V, cap. 17.

<sup>4</sup> Inst. Orat., lib. II, cap. 20.

<sup>5</sup> Quint. Lib. XI, cap. 1; Val. Max. Lib. VI, tit. 19; Cic. De Orat., lib. I, cap. 34.

<sup>6</sup> Inst. Orat., lib. VIII.

Sabía que la conversión de las almas está vinculada no á la palabra del hombre, sino á la palabra que, como espada de dos filos, sale de la boca del Señor; sabía que sólo la «voz del Señor enfrena el ímpetu de las aguas: Tronó el Dios de la majestad: el Señor sobre muchas aguas: Tronó el Dios de la majestad: el Señor sobre muchas aguas: voz del Señor con poder, voz del Señor con magnificencia»<sup>1</sup>. Con esta convicción procura, en cuanto le es posible, que desaparezca el hombre y que hable Dios, ya por sí, ya por los profetas, ya por los varones particularmente alumbrados del cielo para salud del mundo. SÉÑERI casi nunca los traduce al romance, porque el pueblo entendería entonces el latín: yo siempre los traslado, con esta diferencia: que si el latín es corto ó de especial fuerza en la declamación, lo intercalo en el contexto; si es largo ó parece que embaraza, déjolo al pie. Por este mismo respecto de guardar á nuestra elocuencia su carácter sagrado, he suprimido constantemente la palabra **señores**, y adopto las fórmulas harto más sinceras y cristianas que nos enseñaron los padres y varones apostólicos. El **Avemaría** antes de entrar en la Confirmación, no conviene que se omita en general, y es costumbre española introducida por San Vicente Ferrer. Vician también la elocuencia sagrada los **neologismos** y **voces técnicas** que van adulterando la majestad, hidalgua y robustez del habla castellana. Con más horror aún se ha de huir de los **barbarismos** sin cuento, que, si Dios no lo remedia, acabarán con la lengua de Granada y del divino Avila, y la extranjerizarán totalmente, como han extranjerizado ya las ideas y las costumbres. Resistamos á la corriente invasora, y retardemos de nuestra parte la ruina de la elocuencia. La verdad revelada tiene su lengua propia en nuestra España. Respetémosla y guardémosla como los vasos sagrados. Las cosas de Dios han de tratarse con lengua de Dios; y ninguna como la nuestra, manejada por nuestros áureos escritores. ¿Se ha progresado en las ciencias físicas y naturales? Válganse, pues, de vocablos nuevos para los nuevos descubrimientos. Pero ¿qué progresos hemos hecho en el orden moral y sobrenatural? Luego reténgase el antiguo lenguaje, y con él la antigua fe y religión. *Depositum custodi, devitans profanas vocum novitates*<sup>2</sup>, nos avisa el Apóstol. La herejía de los tiempos modernos, lo ha dicho el Concilio Vaticano<sup>3</sup>, es el **naturalismo**, que niega el orden sobrenatural, y en su consecuencia confunde y baraja todos los vocablos, **naturalizándolos**, si así puede decirse, y arrancándoles el

<sup>1</sup> Ps. XVIII.—<sup>2</sup> 1 Tim. vi, 20.

<sup>3</sup> Const. prima de Fide, Proemio.

sello de divinidad que los siglos cristianos les impusieron. De aquí tanta **fe política**, tanto **credo político**, tanto **saecrodoctio** de la prensa, tanta **misión** de la mujer, tantos **mártires** de la libertad, tanto **bautismo** y tanta **comunidad** de los pueblos. Más valdría divinizar, como hicieron nuestros místicos del siglo XVI, el lenguaje humano, que humanar y profanar tan sacrilegamente el lenguaje divino. Atajemos estas herejías de palabras, que llevan poco á poco á las herejías de pensamiento.

**Memoria.** No hemos hablado en estos estudios de la **memoria**, cuarta parte de la Retórica, según los antiguos. Hoy se ha desterrado de las preceptivas, ignoramos por qué causa. Cuando todas las artes, aun la de abonar la tierra, tienen su lugar en la moderna enseñanza, no lo tiene la de cultivar, acrecentar y robustecer una potencia tan noble, tan necesaria, y, por decirlo así, tan disciplinable como la memoria. SÉÑERI, siguiendo las huellas de los maestros clásicos, habla de ella en el tratado V de su *Arte de predicar bien*, donde nos da la clave de una retentiva tan potente como la suya. Allí explica los ejercicios con que se ayuda la memoria; desenvuelve su teoría, no falta de originalidad, acerca de la memoria local é imágenes de que se sirve, y trata finalmente del arte de no olvidar las cosas. Con mayor erudición y más amplio criterio trata de la memoria nuestro Arias Montano en el libro IV de sus libros retóricos, al cual y á Quintiliano y á la Retórica ad Herennium remitimos al curioso lector. En dos cosas convienen todos: la primera, que la elocuencia, sobre todas las demás ciencias y disciplinas, necesita la ayuda de la memoria. ¿Por qué? Porque

*Frustra quis nostra velit praecepta subire,  
Frustra omnis labor, et studium profunditur omne.  
Ni memori valeat mentis componere cuncta  
Conceptu; et retinere simul res verbaque cuncta*<sup>1</sup>.

La segunda, que la memoria ha menester de continuo y bien ordenado ejercicio más que todas las facultades del hombre:

*Namque illa refertur  
Pars animi capitur nostri magis omnibus una,  
Et torpet non culta diu, viresque remittit,  
Angustatque locos, et sedes contrahit omnes.*

Y ¿cómo asentaremos en la memoria un discurso entero

<sup>1</sup> Arias, Rhet. lib. IV.

después de escrito? Lindamente lo resume nuestro Arias en estos otros versos:

*Haec ergo memorem mentem certamque parabunt;*

1) *Naturae constans ordo,* 2) *vesumque figura*  
*ápia ípsis rebus,* 3) *prohibitumque haec scribita per artem,*  
 4) *Quam poteris pulcris formis,* 5) *et saepe relecta.*

Mas alguien preguntará: ¿y declamaba SÉNTERI estos discursos al pie de la letra? ¿era ó no partidario de la recitación literal? Creemos que el Cicerón cristiano, como todos los grandes oradores, meditaba mucho, escribía mucho, aprendía mucho de memoria, pero sabía acomodarse á las circunstancias, y con su facultad en hablar y flexibilidad de sentimiento llenaba los huecos de sus discursos y se arrojaba confiadamente á una discreta y bien pensada improvisación. ¿Dónde se hallará, ni en Aristóteles, ni en Cicerón, ni en Quintiliano, ni en los Padres más elocuentes de la Iglesia, que el orador haya de recitar de memoria, tan esclavo de la letra, que no se ose desviar un ápice de ella? La escuela española, por lo menos, no enseñó jamás semejante teoría. Hablen por todos el Cicerón español, y aquel santo duque, dechado de príncipes y de predicadores, que con la fuerza de su ejemplo y palabras arrancó infinitas almas de la vanidad del mundo. «Al principio, dice el Venerable Granada, cuando aun no se ha formado el estilo, convendrá sin duda escribir en romance todo el sermón palabra por palabra. Pero, si no se atiende con cuidado á las reglas de la declamación, se corre el riesgo de que se pronuncie todo en un mismo tono de voz, como suelen hacerlo los que recitan algo de memoria. Mas luego que el estilo se hubiese con el ejercicio ya formado y cobrado fuerzas, convendrá que se disminuya el trabajo de escribir. ¿Cómo? Lo declara el mismo autor. «Las cosas llanas y fáciles deberán escribirse con brevedad, y el predicador podrá desarrollarlás de repente; mas los lugares difíciles, tales como los miembros y partes de mayor artificio y elegancia, convendrá que se escriban del mismo modo que han de predicarse»<sup>1</sup>.

¿Y qué dice el panegrista de Carlos V, San Francisco de Borja? Escribir los sermones es prudencia y seguridad, y provisión para otros años; pero esta escritura unos la hacen compendiosa por solos puntos, otros la extienden á dos ó tres pliegos de papel, que casi no se osan soltar á decir en el púlpito palabra que no la hayan escrito y decorado,

<sup>1</sup> Rhet., lib. VI, cap. 13.

lo cual es trabajoso, y más de principiantes tímidos que no de oficiales ejercitados. Y este atamiento quita gran parte de la libertad al predicador, y aun del espíritu, que no querría verse tan atraillado á las palabras estudiadas. ¿Y cuál es, en tanta variedad de pareceres, el del duque de Gandía? «Otros hay que van por medio de estos dos extremos, y de tal manera escriben en su medio pliego de papel su sermón, que van las cosas y aun las palabras bien trabadas, y con esto les queda mucho tiempo y libertad para dilatar y enriquecer con elocuencia y afectos temporáneos su razonamiento. Y este medio es, á mi juicio, el que basta y conviene más»<sup>1</sup>. ¿Y qué lugar se da aquí á la memoria? «Escrito el sermón, se repite algunas veces, no solamente para que se asiente bien en la memoria, pero aun para que la expresión de las palabras y menos decentes se componga antes de subir al púlpito, especialmente cuando no hay caudal de gran talento de púlpito ó de ejercicio en el ministerio». He aquí su dictamen acerca de la memoria local: «Algunos se aprovechan de la memoria local y artificiosa que han enseñado los oradores, y otros he visto que con ella se atan y confunden más. También esto puede tener su punto en el medio, que es señalar por la margen de lo que se escribe, en seis ó ocho lugares principales del sermón, con unas cruces ó letras ó números, y con acordarse de esas pocas señales se podrá fiar de la memoria en lo demás; y si se olvidase ó se perdiese en el sermón, es fácil cosa recurrir á sus letras ó números. La mejor hora para repetir el sermón y tomarlo en la memoria es la noche antes de él, cuando se va á tomar el sueño necesario, porque en despertando se hallan las especies más impresas... Examine las palabras de las materias graves, de manera que ninguna salga de su boca que no se sufra en todo el rigor de las escuelas... Lo que dicen estos dos varones elocuentes, sentían los demás en la España del siglo XVI. He aquí por qué se conservan tan pocos discursos de aquella edad de oro de la elocuencia española.

**Pronunciación** ó declamación, parte quinta y última de la Retórica. En ella practicaba SÉNTERI lo que el mismo enseña en su *Arte de predicar bien*, tratado V. Comienza el capítulo V sobre los medios de que puede valerse el predicador para conservar y robustecer la voz, con esta sentencia: «La voz es el instrumento del predicador, como las armas lo son del soldado, el caballo del jinete y la pluma del escritor: por esto ha de procurarse con gran cuidado ayudarla

<sup>1</sup> Tratado breve del modo de predicar el Santo Evangelio, esp. 4.

y conservarla. ¿Por qué medios? Evitando cuanto puede irritar el órgano de la voz, que es sumamente delicado. Habla allí de la comida, bebida, sueño, hasta del aire que se ha de respirar, por que no se exaspere la garganta. Para las afecciones catarrales recuerda aquel verso de la escuela Salernitana:

*Esuriant, sistant, vigilent, qui rheumata purgant.*

Recomienda luego, con el autor de las Instituciones <sup>1</sup>, estas cuatro cualidades que ha de tener la buena pronunciación, y se corresponden á las cuatro que se han dicho de la elocución; esto es, que sea *emendata, dilucida, ornata, apta*. Será *correcta* la pronunciación que no fuere disonante, bronca, desapacible, clamorosa, áspera, punzante, afeminada, muelle en demasia, etc.; y sobre todo debe guardarse el predicador de cierto tonillo, acento ó modo vicioso de pronunciar propio de algunas provincias, alargando ó acortando algunas voces, ó hablando de garganta, ó quebrando la voz entre los dientes.

— Será *clara* si todos los vocablos se profieren con la debida pausa y distinción. Esto se alcanza: a) articulando bien todas las consonantes, como lo entendía Demóstenes, que empleó un cuidado singular en pronunciar bien la erre, que tanto le costaba, b) acabando distintamente las cláusulas y períodos, no comiéndose las postreras sílabas de las palabras, ni las postreras palabras del período; c) no hablando muy de prisa y arrebatadamente, porque *volubilitate nimia non sunt confundenda quae dicimus*, como enseña Quintiliano; y Séneca: *Quemadmodum sapientis viro incessus moderatio conuenit, ita oratio pressa, non audax*.

Entonces la pronunciación es *adornada* cuando la voz sale flexible, dulce, limpia, clara, entera, robusta, que corta el aire y se asienta blandamente en los oídos. Entonces es *adornada* cuando la voz ni es muy alta ni muy baja, sino templada; cuando sale sin esfuerzo, antes brota por sí misma suavemente, no afeminada, sino grave y varonil. Cicéron decía escribiendo á M. Bruto: *Ergo illi princeps variabit et modulabit; amnes sonorum, tum intus, tum remittens, persequetur gradus*.

— Será finalmente *apta* la pronunciación que se acomoda á las cosas de que hablamos. Por esta causa: a) debe huírse de cierta cantilena, procurando hablar naturalmente, como si platicáramos con los amigos fuera del púlpito; b) ha de

<sup>1</sup> Lib. XI, cap. 3.

variarse la voz con diversidad de tonos; ni hay que decir las cosas á gritos, porque, como dice Quintiliano, esto sabe á locura, y de Tulio cuenta Plutarco que se burlaba de los oradores que gritaban en la tribuna. Muy bien dijo Demóstenes, reprendiendo á un orador que voceaba descompasadamente: *Non quod magnum est, bene est; sed quod bene est, magnum est*. La voz, por lo tanto, ha de conformarse á las cosas que se dicen. *Voluit igitur ille, qui eloquentia principatum tenet, et contenta voce atrociter dicit; et summissa, leniter; et inclinala, videri grauis: et inflexa, miserabilis*. Mira est enim quaedam natura vocis... Y antes había dicho al mismo Marco Bruto: *Vocis mutationes totidem sunt quot animorum, qui maxime voce commouentur* <sup>1</sup>. ¿Con qué donaire se fie Arias Montano de los oradores que recitan sus discursos como los muchachos de la escuela! No exclama, este tal no despertará la atención del auditorio, ni conseguirá lo que quiere.

*Nonque alius tristi est sonitus, aliusque dolenti  
Incensus animos ira ferientia vocum  
Fulmina truxque decet proferato spiritus ore;  
Non eademque rogans pronuntiat atque rogatus,  
Non admiranti est eadem, risidentibus atque  
Vox eadem; sua quemque decet faciesque modusque... <sup>2</sup>.*

c) No sea el orador demasiado tarde en la pronunciación; y si esta tardanza va acompañada con el respirar ó toser á cada palabra, es cosa insoportable.

d) Considere bien la calidad, metal y fuerza de su voz; si fuere tan feliz que valga para todo, acomódele á lo que dice; si fuere naturalmente áspera, dese más á las reprensiones que al género patético; si blanda y pastosa, á éste más que á aquél; si de poco cuerpo, ejercitese en el estilo sencillo y familiar; si llena y robusta, al magnífico y sublime. Este es el secreto del arte; perfeccionar la naturaleza, no contrariarla y destruirla. ¡Cuántas veces, y con qué primor y elegancia, lo dice nuestro Arias! Pláceme repetir sus versos:

*Jam sequere et vires ipsas, qua docere gaudet  
Natura, et proprio nunquam de limite vocem  
Depellat; nec enim facie in longinqua vocatur  
Aut aliena sus fert muneris vitibus; et si  
Cogatur, ferit infelix discrimine in ipso,  
Turpiter et cedens fructum disperdit agendi.  
Quam veri natura dedit seu tempora vocem,  
Hanc sequere, et prudens exerce...*

<sup>1</sup> Or., cap. 17.—<sup>2</sup> Rhet. lib. IV.

Basta al discreto orador esta regla general. Pero SÉNERI, á quien vamos siguiendo, descendiendo á cada parte del discurso, y nos dice el tono con que ha de declamarse. Debe **comenzar** con voz moderada, y antes baja que alta, y que muestre más bien cierto temor y vergüenza que osadía y desparpajo. Note lo que trae el autor *ad Herennium: Quid insanius quam clamor in exordio causae?* y Quintiliano: *Exordium frequentissime lenis contenti pronuntiatio; nihil enim est ad conciliandum gratius verecundia*. La **narración** pide una voz llana, distinta, repósada y semejante á la que empleamos en la conversación, pero no excluye la variedad de tonos, según las cosas que se cuentan. En la **confirmación** ha de atenderse á la materia de que se razona y á la firmeza de los argumentos; siempre con voz entera, como de quien defiende la verdad. En la **amplificación** cobra la voz más cuerpo, y, conforme á lo que se engrandece y amplifica, es ya alegre, ya triste, vehementemente ó menos arrebatada. Lo mismo se diga del **epilogo** cuando en él se perora, donde á veces se precipita la pronunciación, y se habla por incisos y miembros cortados. Hase de procurar que la voz sola hable por sí y exprese, aun sin la palabra, los conceptos y pasiones del ánimo. ¿No lo vemos en los brutos animales?

illis

*Pro sermone dedit vocem natura, dolorem  
Laetitiamque, iras, saevos cupidinis ignes,  
Et pietatis aduic speciem affectusque parentum,  
Et quaecumque animae turbamina funderentur.*

La ley fundamental, por consiguiente, es en la materia que la voz concuerde con el pensamiento y el pensamiento con la voz. La ficción ó poca naturalidad es el mayor enemigo de la elocuencia. Esta misma armonía y concordancia ha de haber entre el **accionado** y la pronunciación. *Est enim actio quaedam quasi corporis eloquentia* <sup>1</sup>. La acción ha sido siempre reputada como un medio eficazísimo para mover los ánimos y declarar nuestros pensamientos. El primer consejo que daba SÉNERI era que se huyese de la **afectación**, porque, según enseña Quintiliano, *nihil est odiosius affectatione*; y es preferible un orador sin gracia en el declamar que un orador afectado. Para evitar este vicio tan detestable, procure no mostrar que se escucha á sí mismo y se saborea en lo que dice, antes accione de manera que los gestos y meneos se atribuyan á la fuerza de las cosas, no al artificio del orador. *Causa potius laudatur, quam patronus,*

<sup>1</sup> Arias, Rhet. lib. IV. — <sup>2</sup> Or., cap. 17.

como quiere Quintiliano. En segundo lugar, guárdese mucho de no accionar como farsante de teatro: *abesse enim, enseña el mismo Fabio, plurimum a saltatore debet orator*. Y nuestro Borja: «Los gestos y meneos del cuerpo sean de manera que digan con el decoro de su persona y oficio, y que representen lo que él está hablando; y en ellos no sea demasiado, como representante, ni tampoco se esté quieto, como estatua; y no olvide que la acción y pronunciación es tenida por la principal parte para mover el orador» <sup>1</sup>.

¿qué diferencia hay entre el declamar de un orador y el de un comediante? Dos pone nuestro SÉNERI: la primera en el fin, la segunda en el modo. En el fin, porque el orador acciona para expresar los afectos que embargan su ánimo, tales como el dolor, la maravilla, etc.; y para dar á entender más fácilmente lo que quiere decir. Mas el fin del actor ó cómico es imitar las acciones ajenas, y con esta imitación causar deleite en los espectadores. Y trae este ejemplo: si yo hiciese el cojo, para expresar que Jacob cojeaba, haría un gesto, no de orador, sino de comediante; mas, si yo abriese los ojos y enarcase las cejas en señal de asombro, este sería gesto digno de un orador. En el modo, porque el representante se esmera por extremo en remediar y prevenir con el gesto todo lo que dice; de donde, para significar alegría, salta, rie, palmotea; mas el orador huye estos extremos, y con sola la apacibilidad del semblante muestra todo el júbilo de su alma:

non tamen omnes

*Exerce motus, non omnia verba sequatur  
Officiumve manus, vel corporis impetus ardens?*

antes deben usarse los movimientos del cuerpo con mucha circunspección, considerando la condición del auditorio, su propio carácter, el tiempo, el lugar y las otras circunstancias. Y hay tantos gestos cuanta es la variedad de los hombres y de las cosas, y, lo que cuadra á unos, en otros parece mal. De todas maneras, no se ha de prodigar el gesto, porque pierde aquella novedad y maravilla que tanto ayuda á conmover los ánimos. Quiere SÉNERI, además, que el orador estudie el gesto con la misma naturalidad de las personas cuando están conversando ó movidas de algún afecto, y que escoja las maneras más graciosas y menos afectadas. Ayuda, asimismo, ver cuadros de pintores excelentes, ó estatuas de consumados escultores, y ejercitarse privadamente en el accionado de cada parte del discurso, á fin de no

<sup>1</sup> Tratado breve, cap. 7. — Arias, lib. IV.

tener que pensar en ello cuando ya decla me. Por donde se convence que

*Arte opus est et iudicio, quod temperet ipsam  
Naturam, quod compositos ferat undique motus;  
Nec studiosa nimis, nimis aut neglecta decebat<sup>1</sup>.*

Pero más que el arte, es menester sentir profundamente lo que se dice, y desear con todas veras persuadirlo. Entonces,

*ipsa oculos formabit agentis  
Natura, atque equi mentemque habitusque subebit  
Internus, et convenient cum vocibus ipsa  
Lumina, conceptas motus educere prompta<sup>2</sup>.*

Baja SÉNÉRI á decirnos en particular qué gesto conviene guardar cuando afirmamos ó aprobarnos, cuando rehusamos ó negamos alguna cosa, cuando distinguimos diversos miembros, cuando se cita un Padre ó algún texto, cuando se pregunta á los oyentes, cuando se engrandecen ó disminuyen y apocan las cosas; asimismo, qué semblante y qué meneos hemos de hacer en la expresión de los afectos de pasmo, de dolor, de arrepentimiento, de ira, de tristeza ó pesadumbre; cómo se ha de mover la cabeza, la frente, los ojos, el cuello, los brazos, la mano derecha, la izquierda... Mas ¿á qué detenernos en estos pormenores? Véalos quien quisiere en la Retórica *ad Herennium*<sup>3</sup>, cuyo autor se gloria de ser el primero que trató la materia con extensión y de propósito; en nuestro Fabio Quintiliano<sup>4</sup>, en el Venerable Granada<sup>5</sup>, en Benito Arias Montano<sup>6</sup>, y en todos los tratados de declamación modernos. Dos cosas hemos de asentar por indubitables; la primera, que para ganar la mente y el corazón hay que ganar primero las puertas de los sentidos:

*nec invitis tu sensibus, nunquam  
Pertinges hominum mentes.*

La segunda, que

*finis agenda  
Persuadere fuit, non ludere et acta referre<sup>7</sup>.*

<sup>1</sup> Arias, loc. cit.—<sup>2</sup> Loc. cit.—<sup>3</sup> Lib. III, cap. xi.

<sup>4</sup> Inst. Orat., lib. XI.—<sup>5</sup> Rhet., lib. VI.

<sup>6</sup> Rhet., lib. IV.—<sup>7</sup> Arias, loc. cit.

INDICES GENERALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



tener que pensar en ello cuando ya decla me. Por donde se convence que

*Arte opus est et iudicio, quod temperet ipsam  
Naturam, quod compositos ferat undique motus;  
Nec studiosa nimis, nimis aut neglecta decebat<sup>1</sup>.*

Pero más que el arte, es menester sentir profundamente lo que se dice, y desear con todas veras persuadirlo. Entonces,

*ipsa oculos formabit agentis  
Natura, atque equi mentemque habitusque subebit  
Internus, et convenient cum vocibus ipsa  
Lumina, conceptas motus educere prompta<sup>2</sup>.*

Baja SÉNÉRI á decirnos en particular qué gesto conviene guardar cuando afirmamos ó aprobarnos, cuando rehusamos ó negamos alguna cosa, cuando distinguimos diversos miembros, cuando se cita un Padre ó algún texto, cuando se pregunta á los oyentes, cuando se engrandecen ó disminuyen y apocan las cosas; asimismo, qué semblante y qué meneos hemos de hacer en la expresión de los afectos de pasmo, de dolor, de arrepentimiento, de ira, de tristeza ó pesadumbre; cómo se ha de mover la cabeza, la frente, los ojos, el cuello, los brazos, la mano derecha, la izquierda... Mas ¿á qué detenernos en estos pormenores? Véalos quien quisiere en la Retórica *ad Herennium*<sup>3</sup>, cuyo autor se gloria de ser el primero que trató la materia con extensión y de propósito; en nuestro Fabio Quintiliano<sup>4</sup>, en el Venerable Granada<sup>5</sup>, en Benito Arias Montano<sup>6</sup>, y en todos los tratados de declamación modernos. Dos cosas hemos de asentar por indubitables; la primera, que para ganar la mente y el corazón hay que ganar primero las puertas de los sentidos:

*nec invitis tu sensibus, nunquam  
Pertinges hominum mentes.*

La segunda, que

*finis agenda  
Persuadere fuit, non ludere et acta referre<sup>7</sup>.*

<sup>1</sup> Arias, loc. cit.—<sup>2</sup> Loc. cit.—<sup>3</sup> Lib. III, cap. xi.

<sup>4</sup> Inst. Orat., lib. XI.—<sup>5</sup> Rhet., lib. VI.

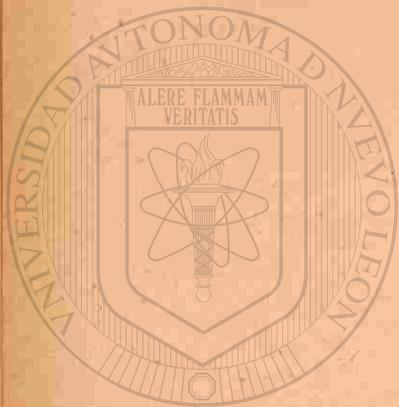
<sup>6</sup> Rhet., lib. IV.—<sup>7</sup> Arias, loc. cit.

INDICES GENERALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

I

ÍNDICE ANALÍTICO

TOMO PRIMERO

DISCURSO PRIMERO

La muerte.

	Pág.
Exordio: Circunstancias de la muerte; circunstancias del auditorio; circunstancias del orador.....	1
Proposición: Es locura vivir en pecado, pudiendo morir á cada instante.....	3

CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Quien vive en pecado se pone á cada momento en peligro de condenarse.....	4
Arg. II.— Nada ni nadie puede prometer al pecador un instante de vida.....	5
Arg. III.— El pecado acelera la muerte.....	8
Arg. IV.— Los pecadores están muy á riesgo de morir arrebatadamente.....	10
Arg. V.— La hora de la muerte es incierta.....	13
Arg. VI.— Precio del alma; su pérdida es eterna é irreparable.....	15
Arg. VII.— En negocios de tierra tantas seguridades; ¿en el negocio del alma tanto descuido?.....	16
Arg. VIII-IX.— ¿ Por qué se exponen los hombres á perder el alma?.....	17

SEGUNDA PARTE.

Contra los pecadores habitados.

La mayor parte de éstos se condenan. Peroración de celo y amor ardiente.....	20
--	----

## DISCURSO II

## El mejor amigo.

	Págs.
Exordio: Maravillase Cristo de la fe del Centurión.....	37
Proposición: Sólo Dios es leal y verdadero amigo.....	38

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—La verdadera amistad más consiste en obras que en palabras.—Los amigos del mundo son largos en prometer, cortos en dar; Dios, al revés, más espléndido y magnífico en dar que en prometer.....	39
Arg. II.—La verdadera amistad mira al provecho del amigo.—Los amigos del mundo buscan vuestro bolsillo y su ganancia; sólo Dios os busca para enriqueceros y dárosos a sí mismo.....	40
Arg. III.—Los amigos del mundo vuelven la espalda al pobre y al desgraciado: sólo Dios se complace en favorecer al desvalido.....	41
Arg. IV.—Los amigos del mundo dan poco y ponderan mucho lo que dan: Dios da mucho, pondera poco y aun gusta de hacernos bien calladamente.....	44
Arg. V.—La amistad del mundo os puede faltar sin culpa vuestra; la de Dios jamás, si primero no faltáis de vuestra parte.....	47
Arg. VI-IX.—Los amigos del mundo se desdienten de reconocerse por deudores de sus amigos: Dios se precia y como hace alarde de su obligación para con ellos.....	50

## SEGUNDA PARTE.

(Más práctica y vehemente que la primera.)

Arg. I.—Es desdado enorme, por ser fieles con el amigo infiel, ser desleales con Dios. ( <i>Ab honesto</i> ).....	54
Arg. II.—No os valdrán los amigos del mundo en vuestra mayor necesidad, antes se levantarán contra vosotros: sólo Dios podrá valerlos. ( <i>Ab utili</i> ).....	55
Peroración enérgica y de grande efecto: En la hora de la muerte, Jesús no os abandonará.....	57

## DISCURSO III

## El perdón de las injurias.

Exordio: Recompensa del orador: de dónde nace.....	69
Proposición: El vengativo se precipita en un abismo de males.....	70

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

	Págs.
Arg. I.—Mal éxito de las venganzas.....	71
Arg. II.—Por anticipación ó refutación. Hay que temer á Dios.....	73
Arg. III.—La venganza corre á cuenta de Dios: si os vengáis, tenéis á Dios por enemigo.....	74
Refutación: «Si perdono quedaré deshonrado».....	78
R. I.—(Por cesación.) Y ¿qué?—Cuando tantas deshonras admiten para perderse, ¿es gran cosa sufrir una para salvarse?.....	81
R. II.—(Por negación.) No hay tal deshonra. Pruébase.....	81
a) por autoridad de la Escritura. (Prov. xx, 3.).....	81
b) por inducción de ejemplos de varones santísimos del estado eclesiástico. R. III.—Refúzase esta respuesta con una suposición contraria. Supóngase que no hubiesen perdonado á sus enemigos, sino que se hubiesen vengado, ¿quedarán por eso más honrados?.....	79
R. IV-V.—Por inducción de ejemplos de príncipes y caballeros seculares.—Confírmase por suposición contraria.....	81
R. VI.—Por lumbré de razón.....	80
R. VII.—No es infamia ser deshonrado con hombres tan célebres y tan ilustres como éstos que perdonaron: infamia sería ser honrado con los infames y vengativos.—Confírmase: 1.º con el testimonio del mismo Dios, que tiene por abominación esa menguada gloria; 2.º con el juicio de todos los hombres sensatos.—Y ¿quién no desprecia el juicio de los necios?.....	82
R. VIII.—Demos que con perdonar se pierde la honra, y que sea cosa recia el no vengarse: Dios lo manda, y no hay otro camino para ir al cielo. Ejemplos de santos que para salvarse anduvieron por caminos ásperos.....	82
R. IX.—Por último, ó el vengativo ha de perder su honra, ó Dios la suya. ¿Cuál es razón que se pierda?—Admirable apóstrofe del orador á Jesús crucificado por amor á los hombres.....	84

## SEGUNDA PARTE.

Contra las enemigas ocultas.

No menos desagradan éstas á Dios que las públicas y manifiestas.—Queja de Dios por el profeta Oseas.....	86
Peroración por comunicación é interrogación vehemente.—Obligación de perdonar; si se mira al tiempo pasado, la muchedumbre de beneficios recibidos; si se mira al tiempo futuro, la necesidad que tenemos de que Dios nos perdone. Quien no perdona no será perdonado.—Fórmula solemne para los ya convertidos y fruto del sermón: imprecación tremenda contra los rebeldes y duros de corazón.....	87

## DISCURSO IV

## La palabra de Dios.

	Págs.
Exordio: la palabra de Dios es manjar del alma.....	103
Proposición: No hay hambre de la divina palabra.....	104

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Quien tiene hambre busca solicito el manjar; vosotros no buscáis oír la divina palabra: Luego no tenéis hambre de ella.....	105
Arg. II.— Por refutación: mejor es oír la palabra de Dios que el recogimiento.....	106
Arg. III.— Quien siente hambre se da prisa; vosotros venís con languidez: Luego.....	108
Arg. IV.— Quien siente hambre no repara en delicadezas; vosotros exigís grandes propores de elocuencia: Luego.....	109
Arg. V.— Quien siente hambre sólo atiende á sí; vosotros repartís largamente á los demás: Luego.....	111
Arg. VI.— Dejáis que los demonios os roben la palabra divina: Luego no tenéis hambre de ella.....	112
Arg. VII.— Tener hambre de la palabra divina es señal de predestinación; no tenerla, de reprobación.....	115

## SEGUNDA PARTE.

## Eficacia de la divina palabra.

Refutación.....	119
Ejemplos.....	121
Peroración.....	123

## DISCURSO V

## El juicio final.

Exordio: Exasbrupto contra el pecador endurecido.....	147
Proposición: Terrible castigo del pecador al verse avergonzado delante de todo el mundo.....	129

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Vergüenza del pecador en su presentación al juicio.— Quién.— Delante de quiénes.....	7
Arg. II.— Vergüenza del pecador al publicarse sus maldades.....	131

Págs.

Arg. III.— Vergüenza del pecador al reconocerse autor del pecado, el mayor monstruo del mundo.....	135
Arg. IV.— Vergüenza del pecador al oír la reprehensión de Jesucristo nuestro Señor.....	136
Arg. V.— Vergüenza del pecador al verse comparado y pospuesto á muchos gentiles.....	139
Arg. VI.— Vergüenza de los pecadores en la sentencia final.....	141
Arg. VII.— La vergüenza é ignominia del pecador será eterna.....	145

## SEGUNDA PARTE.

## De la existencia y verdad del juicio.

a) ¿Creen verdaderamente los cristianos en el juicio universal?.....	146
R. I.— Si creyeran, trabajarían para alcanzar una sentencia favorable.— Testimonio de Salviano.....	148
R. II.— Si creyeran, no irritarían al juez supremo.....	149
b) Hay que creer en la verdad del juicio final.....	149
Próbese por autoridad divina: nadie tiene privilegio de exención: nadie puede escapar de la ira del Señor.....	150
Deprecación y peroración: afectos de desconfianza y humildad.— Petición ardiente al Señor.....	151

## DISCURSO VI

## Del poder de Dios.

Exordio: Desventura de los pueblos idolátras en la elección de sus dioses.....	155
Proposición: Inconcebible frenesí del hombre que osa desafiar á Dios Todopoderoso.....	157

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Grandeza del poder divino, ob instrumento.....	158
Arg. II.— Dios puede en un punto despojar al hombre de todo: de la riqueza, en campos y heredades, en la industria y el comercio, en el mar, en edificios, en ganados, en trigos, en dineros encerrados en las arcas.....	158
Arg. III.— De nada sirven las riquezas y bonras sin la salud: Dios puede facilisimamente quitarla.....	162
Arg. IV.— Dios puede matar al hombre en la ocasión más impertunna y que más le duela.....	167
Refutación de la dificultad: «no tememos, porque nunca vimos el castigo».....	168

	Págs.
1.º Indirectamente, por vehementes afectos.....	169
2.º Directamente, por dilema: O Dios os perdonó la pena, y entonces temed más, porque la paciencia ya enconada revienta en ira; ó aplazó la pena, y entonces estremeceos, porque tomará por junto la venganza.....	170

## SEGUNDA PARTE.

Arg. V.—¿Cuándo tomará venganza? Muy probablemente cuando menos se piense.—Ruina de Jericó.....	172
Arg. VI.—Aplicación y demostración del anterior.—Confirmase por inducción patética de pecadores arrebatados cuando se creían más seguros: Baltasar, Nabucodonosor, Antioco, Sennaquerib, Jezabel.	174
Epilogo.....	177

## DISCURSO VII

## De la salvación.

Exordio (Por insinuación). La destreza y valentía que mostramos respecto de las fieras, hemos de emplear con el demonio, <i>fera ferissima</i> .....	181
Proposición: «Que viven muchos cristianos olvidados de su alma y de su eterna salvación, es, por desgracia, cosa manifiesta».....	182

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—Cuando se quiere una cosa, se habla y trata de ella: Vosotros no tratáis de la propia salvación ni os congoja este cuidado...? Luego.....	183
Arg. II.—Al alma daís siempre el postrer lugar: Luego poco os importa el alma.—Eliezer, criado de Abraham.....	185
Arg. III.—Aplazáis el cuidado del alma para la vejez: Luego no os importa el alma.....	187
Objeción: «Para salvar el alma basta un instante».....	188
Resp. 1.ª Con indignación. Eas son palabras indignas de un cristiano. 2.ª Por razón teológica y autoridad de Escoto: 3.ª Ejemplo desemejante de Jacob. Narración compuesta.....	189
Arg. IV.—Exponéis el alma á voluntarios peligros: Luego no la estimáis.....	190
Arg. V.—Ni á un ángel debierais dar vuestra alma, ¡y la ponéis en manos del demonio! Luego... Tobias y su madre.....	191
Peroración de esta primera parte. Sentimiento del orador.....	194
a) por el cielo que se pierde.....	195
b) por el infierno que se acarrea; ¡eternidad!.....	196

	Págs.
c) si vosotros no cuidáis de vuestra alma, nadie cuidará de ella.....	195
d) si vosotros os condenáis, nadie os sacará del infierno.....	196
e) al hablaros así, yo no busco mi interés, sino que os améis á vosotros.....	196
f) si esto no os mueve, mudéaos la estima que de vuestra alma hace el demonio.....	197

## SEGUNDA PARTE.

Dificultad de salvar el alma.....	197
I.—Pruébase por ejemplos de los mayores santos. ¿Qué no hicieron para salvarse?.....	198
II.—Por la espantosa vida de los solitarios.....	200
III.—Por su muerte, á veces llena de jactitudumbre y congoja.....	201
Peroración: Luego huid del mundo y mirad por vuestra alma.....	201

## DISCURSO VIII

## Respetos humanos.

Exordio: La Cananea dechado de fortaleza varonil.....	207
Proposición: Es preciso vencer el vano temor del mundo.....	208

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— <i>A necessario</i> . No está en vuestra mano evitar el que dirán: Luego hay que vencer los respetos humanos con santa desvergüenza.....	209
Arg. II.— <i>A comparatione</i> . Todos los santos pasaron por ello: Luego, ganáis con que los hombres os injurien y desalaben. Porque.....	210
Arg. III.— <i>Ad utilit et honesto</i> . Ganáis con que los hombres os injurien y desalaben. Porque.....	214
a) os hacéis acreedores de todo un Dios.....	217
b) glorificáis á su divina Majestad.....	217
c) sós bienaventurados.....	218
Arg. IV.—Pronto se trocarán los burladores en burlados y viceversa: Luego hollad ahora los respetos humanos.....	218
Los burladores de Noé.....	219
Arg. V.—Conclusión de esta parte por afectos de osadía santa y noble desvergüenza.....	222

## SEGUNDA PARTE.

## Contra los burladores.

Cometen un gravísimo pecado y se ponen en riesgo de condenación.....	225
a) porque no queda por ellos que desaparezca del mundo la virtud.....	226

	Págs.
b) Si esos de quienes os burláis se condenan por vuestras burlas, ¡ay de vosotros! clamarán venganza en los infernos; no podréis acallar sus gritos, y Dios se verá tal vez forzado á escucharlos.....	226
Deprecación y práctica eficaces.....	229

## DISCURSO IX

## El purgatorio.

Exordio: Desficha del paralítico del Evangelio.— Aplicación á las almas del purgatorio.....	233
Proposición (táctica): Es preciso socorrer á las almas que padecen en las cárceles del purgatorio.....	235

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Padecen espantosamente pena de sentido: Luego.....	237
Circunstancias de lugar.— Pena ( <i>in genere</i> ).....	237
Arg. II.— Padecen fuego atrocísimo ( <i>in specie</i> ).....	237
a) criado para purificar.....	237
b) es suma de todos los dolores.....	237
Arg. III.— Pena de daño.— Están privados del paraíso y de la vista de Dios: Luego.....	239
Arg. IV.— Es cosa facilísima el rescatarlos: Luego sois inhumanos si no lo hacéis.....	243
Arg. V.— Confirmación del consiguiente anterior: seréis unos crueles. Inducción de ejemplos bíblicos.....	243
Arg. VI.— Por parte vuestra os obliga la justicia: Luego tened el castigo de Dios si no los socorréis. El emperador Mauricio.....	244
Arg. VII.— Estáis obligados por ley de humanidad.....	246
Arg. VIII.— Provecho y honra que granjearéis.....	248
Peroración.....	249

## SEGUNDA PARTE.

Medios para evitar el purgatorio: la penitencia corporal.....	250
La castigación de la carne es medio para borrar las culpas pasadas y prevenir las venideras. La penitencia no es sólo para los religiosos. Quien más se regale en este mundo, más sentirá el purgatorio.....	253

## DISCURSO X

## El cielo.

Exordio: Deseos de la gloria, huyendo de las miserias del mundo y de sus menguados bienes.....	261
--	-----

	Págs.
Proposición: Feliz de mi si logró representaros la entrada de un alma justa en los tabernáculos de Dios, en la gloria.....	262

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Júbilos del alma desde el punto de la muerte hasta llegar al sol. Fenómenos del aire: causas de los vientos y tempestades.....	263
Arg. II.— Júbilos del alma desde el sol hasta llegar á las puertas del paraíso. El cielo estrellado: mirada á la tierra.....	265
Arg. III.— Júbilos del alma á la primera vista de la ciudad eterna.....	267
Arg. IV.— Júbilos del alma al abrirse las puertas celestiales.....	268
Arg. V.— Júbilos del alma por la bienaventuranza accidental.....	269
Arg. VI.— Júbilos del alma por la bienaventuranza esencial.....	273
Arg. VII.— Júbilos del alma en el seno de Dios.....	275

## SEGUNDA PARTE.—CONCLUSIÓN PRÁCTICA.

*Estima que hemos de hacer del cielo.*

El cielo es dignísimo de granjearse á toda costa.....	278
Sin embargo, á todo se postpone.....	279
Peroración: desamor del mundo: dulce deprecación al cielo.....	281

## DISCURSO XI

## De la pronta conversión.

Exordio: Entre los hombres, el ofendido suele pedir perdón al ofensor: entre nosotros y Dios, sucede lo contrario: él nos brinda con su paz.....	287
Proposición: Si no aceptáis las paces que ahora os ofrece y demanda Jesucristo, no las aceptará él (de vía ordinaria) cuando vosotros se las ofrecéis y demandéis.....	288

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Es necesidad no huir pronto de los males que nos aquejan: luego es necesidad dilatar la conversión.— Paradoja y Moisés.....	289
Arg. II.— Si dilatáis la conversión moriréis ( <i>ex causâ seguro</i> ) impenitentes. <i>A causâ</i> , por parte del hombre.....	292
Arg. III.— Refutando la objeción: «Basta un golpe de pecho».....	293
a) por indignación vehementemente.....	294
b) por ironía: ¡Qué no hicieron los varones santos para alcanzar perdón!.....	295
c) por razón teológica.....	295
d) por razón natural.....	295
e) por autoridad de SS. PP.— Contrición falsa.....	295

	Págs.
Arg. IV.— <i>A casus</i> , por parte de los demonios que harán el último esfuerzo.....	297
Arg. V.— <i>A casus</i> , por parte de Dios.— Historia de Sansón.....	299
Arg. VI.— A la misericordia de Dios cumple mirar por el bien universal: éste exige que muera mal quien mal vivió: Luego.....	303
Objeción: «Algunos vivieron mal y murieron bien».....	»
R. I.— Los casos raros no deben servir de regla.....	304
II.— <i>Ese me convertirá después</i> es un insulto á nuestro Señor: Luego malamente podéis de ahí tomar pie para esperar.....	»

## SEGUNDA PARTE.

Arg. VII.— Dais á Dios lo peor: Luego él sólo os dará los auxilios ordinarios, y con ellos moriréis en vuestro pecado.....	305
Arg. VIII.— Confírmase con la muerte horrosa de un pecador incontinente.....	307
Peroración de temor: de aliento.....	310

## DISCURSO XII

## Pecados públicos.

Exordio: <i>A contrario</i> . La peor raza de los pecadores parece ser la de los hipócritas; con todo, la de los escandalosos les lleva ventaja.....	315
Proposición: Preténdese recabar de los pecadores que, ya que lo están, no se precien ni hagan profesión de ello, sino que encubran su malicia.....	316

## CONFIRMACIÓN.— PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Nadie se gloria de haber errado en su arte ó profesión. ¡Sólo el cristiano hace gala de pecar!.....	317
Arg. II.— Quien peca sin vergüenza está ya desahuciado, y difícilmente se salvará.....	318
Arg. III.— Confírmase con el fratricidio de Cain.....	319
Arg. IV.— Quien se gloria de haber pecado, desprecia todos los remedios. Luego no se convertirá.....	322
Confirmación 1. <sup>a</sup> — Por parte del hombre <i>a contrario</i> .....	323
Confirmación 2. <sup>a</sup> — Por parte de Dios.....	324
Arg. V.— Los pecados públicos hieren más á Dios.....	325
Y difícilmente se perdonan.....	»
Moisés en el desierto desconfía y es castigado.....	327
Arg. VI.— Los pecados públicos son los que más infaman nuestra religión.....	330
Arg. VII.— Confirmación del anterior.— Peroración <i>ad terrandum</i> .....	332

## SEGUNDA PARTE.

## Exposición práctica.

	Págs.
I.— Qué hay que hacer para resarcir los pecados públicos en orden á lo pasado.....	333
II.— Respecto de lo porvenir.....	334
a) qué cumple hacer á los superiores. Dificultades.....	»
b) á los súbditos.....	337
Peroración de temor y vergüenza.....	»

## DISCURSO XIII

## Riquezas mal adquiridas.

Exordio: Los hijos del Zebedeo y su madre: petición que ésta dirige á Cristo.....	343
Respuesta del Salvador.....	344
Proposición: El amar y buscar desordenadamente el engrandecimiento de los suyos no es verdadero amor, sino un amor cruel y sin entrañas.....	345

## CONFIRMACIÓN.— PRIMERA PARTE

Arg. I.— Es amor cruel á vuestras casas.....	»
Si obran cristianamente, tendrán que restituir vuestros herederos: si no restituyen, vincúlais en vuestra casa la enemistad de Dios.....	»
Arg. II.— Por inducción bíblica.— Los herederos de posesiones injustas heredaron con ellas la ira de Dios: Luego.....	347
Arg. III.— Por semejanza.— Si levantáis un edificio no lo hacéis en invierno, porque se arruinaña presto. Esto hace quien engrandece su casa á costa ajena.....	348
Arg. IV.— Es amor cruel á vosotros mismos.— Con enriquecer á vuestros hijos os condenáis sin remedio.....	350
Arg. V.— De los efectos; por anticipaciones tácitas.....	351
a) «Me consolaré en los infiernos con la gloria de mis hijos.—R. Esto será vuestro mayor tormento.....	»
b) «Pero ¡si los amo tanto!».—R. Ese amor se trocará en odio cruel. La madre de Nerón.....	352
Arg. VI.— Amplificación del anterior por otros efectos.— Píccion oratoria.....	355
Arg. VII.— Es amor cruel contra vuestros hijos.— Los exponéis á la eterna condenación.— Las riquezas, aun las justas, son peligrosas; luego mucho más peligrosas son las mal adquiridas.....	356

## SEGUNDA PARTE.

## Conclusión práctica: ¿qué hay que hacer?

	Págs.
I. — Pensad más en vuestra alma. El día de la cuenta está cerca. . . . .	360
Objeción: ¿Y mis hijos? — R. Dios cuidará de ellos. — Inducción: Rut, Ester. . . . .	361
II. — Confíad en Dios que no faltará á vuestros hijos, si le teméis. — Tobías. . . . .	362
III. — Restituid lo mal adquirido. . . . .	364

## DISCURSO XIV

## El infierno.

Exordio: Ex-abrupto. Ó infierno ó penitencia. . . . .	369
Proposición: Quien peca escoge un mal sin mezcla de ningún bien, un puro padecer: esto es el infierno. . . . .	370

## CONFIRMACIÓN.— PRIMERA PARTE.

Arg. I. — Dios no es menos grande en las obras de justicia que en las de misericordia. Siendo éstas tan estupendas, lo ha de ser también el infierno, invención de Dios para castigar el pecado. . . . .	371
Confírmase: a) por las obras de algunos hombres; ¿qué no han inventado éstos para atormentar á otros? . . . . .	371
b) por la gravedad del pecado en cuyo castigo no cabe exceso. . . . .	372
Arg. II. — Los condenados carecen de todo alivio; ni siquiera tienen el consuelo de poder matarse. . . . .	375
Padecerán sin fin. . . . .	375
Arg. III. — Los deleites demasíadamente prolongados llegan á cansar: ¿qué serán los tormentos eternos? . . . . .	377
Arg. IV. — El único consuelo podría ser la compañía de tantos. . . . ., mas esto, lejos de aliviar las penas, las aumenta. . . . .	378
Arg. V. — Confírmase el anterior: compañía de los demonios. . . . .	379
Arg. VI. — Los réprobos sentirán suma envidia de los bienaventurados del cielo. . . . .	380
Grandexa de este tormento por lo que sufrieron acá los hermanos de José, Saúl, el rico Epulón y otros envidiosos. . . . .	383
Arg. VII. — Dios se reirá y mofará eternamente de los condenados. . . . .	383

## SEGUNDA PARTE.

## Diríjese á mover afectos.

I. — De terror y penitencia, á vista de la muchedumbre de los que se condenan. . . . .	387
--	-----

Págs.

II. — De compasión y dolor íntimo del alma, resuelta á todo trance á escapar del infierno. . . . .	389
Ferocidad de terror, de misericordia. . . . .	391

## DISCURSO XV

## Divinas amenazas.

Exordio: Ex-abrupto. De las circunstancias de la ciudad donde predica el orador: Jerusalén, antes amada del Señor, es hoy objeto de su ira. . . . .	403
Proposición: Dios castiga á los que desoyen sus amenazas. . . . .	405

## CONFIRMACIÓN.— PRIMERA PARTE.

Arg. I. — Por inducción de ejemplos antiguos.— Dios amenaza para no castigar, pero castiga si menospreciar sus amenazas. . . . .	406
Arg. II. — Por inducción de castigos recientes. — Guerras, sediciones, hambres, muertes, pestilencias, hundimientos. . . . .	407
Arg. III. — Por refutación de la dificultad: «No vienen de Dios». — Exposición de ella: nace de falta de fe. . . . .	413
Arg. IV. — Deslicese la dificultad: las criaturas todas son instrumentos de la divina Providencia. . . . .	416
Pero nosotros no queremos reconocerlo por no confesar nuestras culpas, causa de los castigos. . . . .	417
Arg. V. — Con los castigos crecen los pecados. — Luego no creemos que Dios nos castiga; temamos desastres mayores. . . . .	417
Arg. VI. — <i>A contrariis</i> . Aflijense los inocentes y duermen los culpados. — Mas el azote no cesará hasta que éstos se arrepientan. . . . .	420
Jonás. . . . .	422
Arg. VII. — Aplícase el orador á sí mismo el ejemplo bíblico de Jonás. . . . .	422

## SEGUNDA PARTE.

## De los castigos eternos.

I. — Si no os emendáis, os condenaréis sin excusa. . . . .	423
II. — Tráigelo en el emperador Valente. . . . .	425
Ferocidad de tener. . . . .	426

## DISCURSO XVI

## De huir las ocasiones.

Exordio: Parábola del naufrago que, llegado á su casa, cerró las ventanas que daban al mar. . . . .	433
SÉÑALES ESPAÑOL.—T. II. . . . .	36*

	Págs.
Proposición: es gran arrogancia y temeridad confiar que os mantendréis sin pecado entre las ocasiones de pecar.....	434

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—El objeto delectable, <i>presente</i> , ejerce gran fuerza y casi rinde el corazón: en las ocasiones tenéis presente el objeto delectable: Luego difícilmente resistiréis.....	435
Arg. II.—De la fragilidad humana, en forma de refutación.....	437
«Podré resistir» Resp. O confiáis en la propia virtud ó en la gracia.—1.ª parte del dilema. No en la virtud propia: por comparación: los mayores santos temieron y huyeron las ocasiones: vosotros no sois tan fuertes como ellos.....	»
Arg. III.—2.ª parte del dilema. Os faltará gracia extraordinaria.....	441
Dios no hace milagros sin necesidad: vosotros, arrojándoos á peligros voluntarios, forzáis á Dios á obrar milagros sin necesidad.....	»
Paralelo entre Judá y Dina.....	444
Arg. IV.—Sigue la segunda parte del dilema.—Dios no sólo puede no socorrer extraordinariamente, mas no quiere.....	446
Pruébase por los efectos. Testimonios del A. y N. Testamento.—Indicaciones y semejanzas.—Peroración de abominación.....	»

## SEGUNDA PARTE.

*De las causas por qué no se huyen las ocasiones próximas en materia de deshonestidad.*

1.ª causa. El corazón corrompido y lujurioso.....	451
2.ª causa. Juntarse personas de ambos sexos.....	452
3.ª causa. No hacer caso de este vicio abominable.....	453
Peroración de exhortación y temor.....	453

## DISCURSO XVII

## Contra los ingratos.

Exordio: Denúnciase el mayor crimen de la tierra, la ingratitud de los hombres con el divino Redentor.....	461
Proposición: Enorme ingratitud de los cristianos que pagan mal por bien á su magnífico Bienhechor.....	463

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I. Por comparación. Las bestias no pagan mal por bien: vosotros recibís de Dios mil beneficios, y le ofendéis: Luego.....	»
--	---

	Págs.
Arg. II.—Los hombres empeoran al tiempo mismo de la prosperidad: pero esto es horrenda ingratitud: Luego.....	466
Arg. III.—Aplicación del anterior (circunstancia de modo). Valémosnos de los beneficios de Dios, como de armas contra Dios.....	467
Arg. IV.—Amplificación del anterior.—Es enorme ingratitud maquinár la muerte al bienhechor: Esto hacéis pecando: Luego.....	470
El emperador Basilio.....	471
Arg. V.—De los efectos. Ya que no matéis á Dios, le hacéis todo el mal posible: Esto es enorme ingratitud: Luego.....	473
Arg. VI.— <i>A facillori</i> . Es más fácil ser agradecidos á Dios que á los hombres: Luego es enorme ingratitud volvedle mal por bien.....	475
Arg. VII.— <i>A comparatione</i> . Más agradecidos nos mostramos á los irracionales que á Dios: Luego.....	477

## SEGUNDA PARTE.

*Causas de la ingratitud de los hombres con Dios.*

El temor de perder los bienes que poseemos.....	479
Exhortación á deschar este temor: a) por los estragos que causa.—Jerohoán.....	481
b) Por el amor que Dios os muestra, haciéndoos mil bienes.....	483
Peroración de vergüenza y reconocimiento.....	»

## DISCURSO XVIII

## Celo de las almas.

Exordio: Corrección fraterna: ¿por qué hay tan pocos que emprendan esta obra de caridad, siendo tan natural la propensión á corregir?.....	491
Proposición: Avícase el celo de las almas.....	»

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—Por la hermosura de las almas. Judit.....	»
Arg. II.—Por la gratitud que debemos á Jesucristo, que nos llama á esta conquista.....	495
Arg. III.—Por los males que se previenen y evitan convirtiéndo á un pecador.....	497
Arg. IV.—Por los bienes que de su conversión resultan y el grande mérito de esta obra.....	500
Arg. V.—Por la obligación en que estamos de restituir almas por almas.....	503
Arg. VI.—Por la facilidad con que podemos salvarlas si queremos.....	505
Peroración práctica por distribución de medios.....	506

## SEGUNDA PARTE

	Págs.
A los que tienen cura de almas: «respecto de vosotros, descuidar las almas de los prójimos, es lo mismo que condenar la vuestra».....	510
Prueba: El fador hace las veces del deudor: vosotros sois fadores de vuestros hermanos: Luego, Confírmase por autoridad de la Escritura y Santos Padres.....	511
Item, por la parábola del fador y del acreedor.....	512
Item, por ejemplos de varones santos.....	512
Peroración por perfidia de celo.....	513

## DISCURSO XIX

## De la murmuración.

Exordio: Los Apóstoles murmurados por no lavarse las manos.....	521
Universalidad de la murmuración.....	522
Proposición: Es preciso á todo trance evitar la murmuración.....	523

## CONFIRMACIÓN.— PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Por el agravio que inferis á la persona de quien murmuráis. Es vilísima grande lastimar á quien no puede defenderse: Esto hacéis murmurando del ausente. Luego.....	523
a) sois, además de injustos, unos traidores, que heris por la espalda.....	524
b) sois aduladores viles en su presencia.....	524
c) difícilmente restituiréis la fama.....	525
Arg. II.— Por el daño que causáis á los que escuchan.....	526
Si son malos coharán alienos.....	527
Arg. III.— Los buenos a) aprenderán lo malo.....	528
b) concebirán vanagloria.....	528
c) menospreciarán á las personas que censuráis.....	528
d) formarán malos juicios.— Testimonios ilustres.....	528
Arg. IV.— Por el daño que recibe el mismo murmurador.....	530
a) Os hacéis odiosos á todo el mundo.....	531
Arg. V.— Os hacéis odiosos á Dios.....	532
Confirmación á consecuencia. Dios alzará su mano, y caeréis en mayores crímenes.....	533

## SEGUNDA PARTE.

## Castigos de los murmuradores.

I.— Moriréis pronto y desastrosamente.....	537
II.— Moriréis impenitentes.....	539
Ejemplos.....	541
Peroración de santo temor.....	541

## DISCURSO XX

## Divinidad de Jesucristo.

	Págs.
Exordio: Una sola es la religión verdadera, la religión de N. S. Jesucristo, Él es el Mesías prometido.....	549
Proposición: Jesucristo es Dios.....	550

## CONFIRMACIÓN.— PRIMERA PARTE.

Arg. I.— Jesucristo no fué el hombre más perverso del mundo: Luego es Dios.....	551
Pruébase la consecuencia: En Jesucristo no hay medio entre ser Dios, ó ser el hombre más malo. Porque procuró que todos le tuviesen por Dios, y por Dios único. Luego, si no lo fuese, sería el hombre más malo.....	557
Arg. II.— Por la santidad de su persona.....	554
Arg. III.— Por la santidad de su doctrina.....	556
Arg. IV.— Por el examen de su ley.....	558
Arg. V.— Por el celo de propagar su fe y religión, que ha inspirado siempre Jesús á los que le siguen.....	560
Arg. VI.— Por el valor que ha comunicado á sus mártires.— Pondérase <i>ab adjunctis</i> la grandeza de sus testimonios.....	561
Arg. VII.— Por refutación de las dificultades que se ponen contra el testimonio de los mártires.....	565
Arg. VIII.— Victoria de la cruz, considerada a) en la grandeza del triunfo.....	567
b) en los medios de conquista.....	567
Arg. IX.— Por los milagros.....	568
Virtud del nombre de Jesús.....	569

## SEGUNDA PARTE.

## Consecuencias prácticas.

Objeción: «Esta apología mejor cuadraría en otras partes».....	571
R. I, indirecta: ya me justificó el principio.....	571
II, directa: también cuadra aquí, pues no se ve que vuestras creencias sean muy firmes.....	571
1.º Porque vivis como los que no creen.....	571
2.º Si de verdad creeréis, no os correréis de ser ni parecer católicos.....	571
3.º Ni estorbariais que otros profesasen abiertamente la religión con toda libertad.....	572
4.º Hacéis alarde de quebrantar sus leyes.....	573
Peroración por solemne protesta.....	574

## DISCURSO XXI

## De las inspiraciones.

	Págs.
Exordio: Conversión de la samaritana.....	581
Proposición: La salvación del alma pende á veces de cosas muy pequeñas.....	582

## CONFIRMACIÓN. — PRIMERA PARTE.

Arg. I. — En el orden físico y moral suelen de causas pequeñas producirse grandes efectos.....	583
Item en el orden político y científico.....	584
Arg. II. — Lo mismo sucede en el orden de la gracia.....	585
Arg. III. — Confirmación del anterior.....	590
Inducción de grandes santos. — Paralelo entre San Antonio y San Ignacio.....	591
Naamán leproso.....	593
Arg. IV. — De las circunstancias del tiempo.....	594
Hay un momento crítico del cual pende la eternidad.....	595
Perdición de Saúl.....	595

## SEGUNDA PARTE.

## Consecuencia práctica

¿ Luego hay que velar continuamente?.....	601
R. Así es: se demuestra: 1.º, por testimonio de San Pedro.....	602
2.º, de nuestro Señor Jesucristo.....	603
3.º, por ejemplos de los santos.....	604
Narración de Eusebio monje.....	604
Ni digáis que sentís fuerzas para absteneros de lo más, aun cuando gustéis lo menos.....	605
Porque a) esto provoca á indignación.....	606
b) da motivos para que los buenos se querrellen de Dios.....	606
c) es absurdo.....	606
d) respóndese directamente emplazando al tribunal de Dios á los mundanos presumidos.....	606
Peroración y efectos de zozobra.....	606

## TOMO SEGUNDO

## DISCURSO XXII

## De la limosna.

Págs.

Exordio: Todo nos enseña á no retener lo superfluo: a) el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo; b) la naturaleza universal.....	1
Proposición: Dese á los pobres lo que es suyo.....	2

## CONFIRMACIÓN. — PRIMERA PARTE.

Arg. I. — No sois dueños absolutos de las riquezas: Luego debéis repartir lo superfluo.....	3
Prochase: a) por autoridades.....	4
b) por razón congruente de la Providencia.....	4
Arg. II. — Si no repartis lo superfluo, os condenaréis. — El rico Epulón.....	6
Arg. III. — Por refutación de la dificultad: « nada tengo superfluo ».....	9
R. a) La regla para juzgarlo no es el mundo, sino el Evangelio.....	9
Arg. IV. — R. b) ¿ Por qué no tenéis superfluo? Por el afán de medrar.....	10
Arg. V. — <i>Ab honesto</i> . ¿ Queréis gloria? Pues sed limosneros.....	11
Arg. VI. — <i>Ab utili</i> . ¿ Queréis medrar? Pues sed grandes limosneros.....	13
Arg. VII. — Confirmación del anterior.....	14
Arg. VIII. — Aun de lo conveniente y <i>occasio</i> es razón que hagáis limosna.....	15
Luego mucho más de lo superfluo. — Obligación de caridad. Sentencia de San Agustín.....	16
Arg. IX. — <i>A comparatione</i> con los que poseen bienes eclesiásticos. Peroración de esta 1.ª parte.....	17
Prerogativas de la limosna.....	19
a) paga las deudas de los pecados.....	19
b) perdona las culpas.....	19
c) será honrada sobre todas las virtudes en el Juicio final.....	19
Arg. X. — Glorificación del limosnero, y reprobación del avariento.....	20

## SEGUNDA PARTE.

## Contra las opresores del pobre.

Primer género: los que, no pudiendo pagar, maltratan al pobre.....	22
Segundo género: los que defraudan al jornalero.....	23

	Págs.
Peroración por vía de refutación: «no puedo pagar ahora».....	27
R. a) No puedes porque no quieres.....	*
b) Por afectos de aversión.....	28
c) Por comparación y trueque de acreedores en deudores.....	*

## DISCURSO XXIII

## Irreverencia en los templos.

Ejercicio: Inimiciable oratoria. Arroja Cristo Jesús por sí mismo del templo á los profanadores.....	37
Proposición: Injuria grande que contra Dios cometen los profanadores de las iglesias.....	38

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— <i>De los adjuvatos</i> .....	39
En todas partes fuera justo reverenciar á Dios: Luego mucho más en los templos, que él ha escogido por su especial morada y ha enriquecido con privilegios.....	*
Arg. II.— <i>Por comparación</i> .....	41
Dios se ve postpuesto á los demones: Luego fuerza es que se enoje grandemente.....	*
Anteced.—Reverencia á los ídolos en Roma; entre los germanos, sarracenos, griegos.....	42
Arg. III.— <i>De los contingentes</i> .....	43
Quien peca en las iglesias, más pecará fuera: Luego Dios se enojará grandemente.....	*
Arg. IV.— <i>De la causa final de los templos</i> .....	45
Dios no los quiere para su provecho, sino para nuestro bien: Luego si aquí le ofendemos también ¿dónde hallaremos piedad?.....	46
Arg. V.— <i>Por cotejo de los antiguos cristianos</i> .....	49
Narraciones históricas.—Respeto que tenían á los templos varones insignes.....	*
Arg. VI.— <i>Irreverencias que cometen los cristianos de nuestros días</i> .....	51
Irreverencias exteriores.....	53
Amplificación por el azco que dan á Dios.....	53
Arg. VII.— <i>Confirmación del anterior</i> .....	54
Fines escandalosos.....	*
Arg. VIII.— <i>Declamación a minori</i> contra este escándalo.....	55
Arg. IX.— <i>Peroración por inyectiva, especialmente contra la juventud</i> .....	57

## SEGUNDA PARTE.

	Págs.
Refutación de la dificultad: «Si procedemos con tanto rigor, van á quedar desiertos, á poco menos, los templos».....	60
Respóndese 1.º—Con el ejemplo del Salvador.....	*
Respóndese 2.º—He hablado con libertad porque conozco á mis oyentes, y sé sus buenas disposiciones.....	*
Respóndese 3.º—Porque, en efecto, mejor es no venir á la iglesia que venir con mal fin. (Ibid.) Castigo deastroso.....	61
En las iglesias han de reposar vuestros huesos: Luego debéis respetarlas.....	64

## DISCURSO XXIV

## La mala conciencia.

Ejercicio: Por inasunción, Simil del carador, aplicación.....	73
Proposición: El corazón de todo pecador vive mal y acongojado.....	74

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—Al pecado sigue la congoja.....	75
Arg. II.—Tormento de la mala conciencia. Pruébase por autoridades y ejemplos.....	76
Arg. III.—Consecuencia del orador: Luego es locura pecar.....	79
Objcción: «Nosotros sentimos grande paz».....	80
R. a) por dubitación y corrección patética.....	*
b) por encarecimiento de esta insensibilidad.....	*
c) por negación comprobada.....	81
d) por concesión y constitución de la causa: ¿Cuánto durará esta paz?.....	*
Arg. IV.—Remordimientos en la hora de la muerte: causas y efectos del pecado, por ejemplos bíblicos.....	82
a) el rey Antioco.....	*
b) el rey Saúl. Aplicación.....	85
Arg. V.—Peroración efecacísima.....	89
Ejemplo de Abigail.—Exhortación á no pecar más.....	*
a) porque el placer es breve y los remordimientos incomparables.....	*
b) porque en la muerte no os arrepentiréis de haber sido buenos.....	90

## SEGUNDA PARTE.

Arg. VI.—Por refutación: «Esos mismos remordimientos serán causa de mi conversión postrera».....	91
--	----

	Págs.
R. a) Por negación.—Ejemplo a <i>pari</i> de Antioco y Saúl. Instancia: «Tengo hábito contraído de confiar en Dios».....	91
R. b) Por negación y proposición paradójica: «¿a más confianza en vida, menos confianza en la muerte».....	92
c) por razón natural: ahora no veis la gravedad de la culpa.....	93
Arg. VII.—R. d) en la hora de la muerte los demonios os desesperarán.....	94
Y el mismo Jesucristo os echará en cara esa perfidia.....	95
Arg. VIII.—Petición sucinta por artificioso resumen.....	95

## DISCURSO XXV

## Crianza de los hijos.

Exordio: El ciego del Evangelio: su curación maravillosa, y conducta de sus padres.....	103
Proposición: Obligación grande que tienen los padres de la crianza de sus hijos.....	104

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—Gravedad de esta obligación, por fundarse en la misma naturaleza, <i>a necessitate</i> .....	108
Arg. II.—Gravedad de esta obligación <i>a faculti</i> , por comparación.....	112
Arg. III.—En qué consiste la buena crianza.—Abuso negativo que cometen muchos padres: no impiden el mal.....	113
Arg. IV.—Abuso positivo. Procuráis la condenación de vuestros hijos: les enseñáis malas máximas, malos ejemplos.—El sacerdote Helí.....	115

## SEGUNDA PARTE.

I.—Castigo de los padres en los hijos. El profeta Eliseo y los muchachos.....	120
II.—Castigo de los padres en los mismos padres.....	121
El patriarca Jacob y Dina su hija.....	124
Epílogo y peroración de temor y vergüenza.....	124

## DISCURSO XXVI

## Horror a la muerte.

Exordio: Efectos del excesivo temor de la muerte.....	133
Proposición: Hay que desterrar de los ánimos este excesivo y desprovechado horror a la muerte.....	134

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

	Págs.
Arg. I.— <i>A necessitate</i> . En fuerza morir; Luego no habéis de temer la muerte.....	135
Arg. II.— <i>De los adjuntos de esta vida</i> . Esta vida es trabajosa, áspera, desahogada, llena de congojas: Luego no es tan gran mal el dejarla.....	136
Arg. III.— <i>A consequentibus</i> . Si moris más tarde, por ventura os condenaréis: Luego no debéis temer la muerte.....	138
Arg. IV.—Confirmación del anterior. Mientras vivimos corremos riesgo de condenarnos; Luego.....	140
Arg. V.—Por refutación. «¿Quién sabe lo que me aguarda en muriendo?».....	141
R. 1. Los que viven en pecado, bien hacen en temer.....	142
2. Los que tienen cuidado de su alma deben confiar en Dios.....	143
3. Hagan frecuentes y heroicos actos de resignación.....	144
Arg. VI.—La muerte nos asegura que somos gratos a Dios: Luego es deseable.....	144
Arg. VII.—Por la muerte llegaremos al conocimiento de todas las criaturas.....	146
Arg. VIII.—Por la muerte llegaremos al goce de la visión beatífica.....	148
Petición: deseos de ver a Dios.....	150

## SEGUNDA PARTE.

## Medios prácticos para alcanzar una buena muerte.

1.º Los ejercicios de la buena muerte.....	152
2.º Tomar a la muerte por consejera en todo.....	153
Luis VI el Craso, rey de Francia.....	154
Petición por aplicación a las costumbres.....	157

## DISCURSO XXVII

## De la tribulación.

Exordio: Por instrucción. Dificultad de encubrir los afectos del alma, sobre todos el amor. Marta y María avisan a Jesús la muerte de Lázaro.....	163
Proposición: La tribulación es prenda del amor que Dios nos tiene.....	164

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—Dios es quien os atribula: Luego la tribulación es obra de amor.....	165
Arg. II.—Dios os atribula por vuestro bien: Luego.....	166

	Pág.
Arg. III.—Confirmación del anterior, por inducción.—Sólo la tribulación nos hace recurrir á su divina Majestad: Luego.....	167
Arg. IV.—Nueva confirmación del anterior por ejemplos bíblicos.....	169
Arg. V.—De los efectos. La tribulación nos humilla: Luego es prueba de amor.....	170
Arg. VI.—De los efectos. La tribulación es nuestro maestro.....	173
Arg. VII.—Amplificación y conclusión: Luego debéis dar gracias á Dios cuando os atribula.....	175
Arg. VIII.—Seguridad del camino de la cruz.....	176
Arg. IX.—La tribulación es la señal y marca de los hijos de Dios: Luego.....	178

## SEGUNDA PARTE.

*De la falsa prosperidad de los malos.*

¿Por qué Dios prospera á los malos?.....	181
R. a) Por preterición, concediéndolo; es que no los ama.....	1
b) negándoles esa felicidad; porque la mayor tribulación en esta vida es la mala conciencia.....	1

## DISCURSO XXVIII

## Del pecado mortal.

Exortio: <i>Ad exortio.</i> Carlos VII, rey de Francia, y un prudente capitán suyo.....	193
Proposición: Es cosa sobrenatural extraña que ose reír un hombre con conciencia de pecado mortal.....	195

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

A). Bienes que se pierden por el pecado mortal:	
Arg. I.—La filiación divina.....	196
Arg. II.—Amparo de Dios, que mora por gracia en el justo.....	196
Arg. III.—Los méritos ganados con las buenas obras.....	198
Arg. IV.—Amplificación 1.ª por semejanzas a) del vendaval, b) de jabalíes feroces, c) de ladrones, d) del ejército exterminador.....	200
Arg. V.—Amplificación 2.ª por comparación de menos á más.....	201
B). Males que acarrea el pecado mortal.....	205
Arg. VI.—Enemistad divina.....	206
Arg. VII.—Enojo y aversión de todas las criaturas.....	206
Arg. VIII.—Por refutación de dificultades: a) «Valdráme los santos ángeles.»—R. A los justos les sirven muy regaladamente, no á los pecadores.....	208

Arg. IX.—Dificultad b) «acudire á la oración.»—R. Será en vano: no serán oídos.....	209
«Haré buenas obras.»—R. Es por demás, mientras sigáis en pecado.....	211
Arg. X.—Peroración por afectos de temor.....	212

## SEGUNDA PARTE.

¿Por qué no lloran los pecadores tantos males?—Precisamente porque son males que están en el alma.....	213
Deben, no obstante, moverles esos estragos, por el amor y gratitud que han de tener á Dios.....	214
Notable respuesta de San Policarpo.....	215
Beneficios que Dios nos ha hecho.....	215
Súplica del orador.....	218

## DISCURSO XXIX

## Contra el escándalo.

Exortio: En el mundo no han de faltar contradicciones.....	225
Inducción de ejemplos; todos los justos las han tenido.....	225
Proposición: Inyectiva contra aquellos que, no haciendo ellos bien, no pueden sufrir que otros lo hagan.....	226

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— <i>A castis.</i> Los malos ¿por qué contradicen y haldonan á los buenos?—Por envidia que les tienen.....	227
Arg. II.—La envidia <i>spiritual</i> es el vicio más nula é intame.....	228
Arg. III.—Los malos motejan á los buenos, porque quisieran que estos fuesen compañeros de sus maldades.....	232
Arg. IV.— <i>A consuetudinibus.</i> Los que así proceden, difícilmente se salvarán.....	236
Arg. V.—Hacen oficio de demonios, mejor que los mismos demonios.....	238
Arg. VI.—Roban las almas á Jesucristo y se las dan á Satanás.....	241

## SEGUNDA PARTE.

La cuestión <i>an sit.</i> Este gran pecado es común entre vosotros. Por grave autoridad de San Bernardo.....	242
Confirmación 1.ª Esto es desautorizar la predicación.....	245
Confirmación 2.ª Esto es desacreditar la virtud.....	245
Peroración de llanto y apostólica entereza.....	246

## DISCURSO XXX

## Menosprecio del mundo.

	Fig.
Exordio: Por insinuación oratoria. Los que descubren á un traidor son recompensados.....	235
Proposición: No hay que amar y favorecer el mundo.....	236

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— <i>De los adjuvantes.</i> El mundo es lisonjero: Luego traidor....	237
Arg. II.—El mundo ofrece bienes falsos.....	238
Arg. III.—El mundo da poco y por poco tiempo.....	260
Arg. IV.—El mundo os despoja en el mejor lance.....	261
Arg. V.—El mundo encubre su perfidia.....	266
Arg. VI.—El mundo honra á los que le desprecian y desprecia á los que le honran.....	267
Arg. VII.—El mundo os impone un yugo de hierro.....	269

## SEGUNDA PARTE.

*Consecuencia práctica*

Ó huid del mundo, ó tratad con él con gran cautela, porque es traidor.....	272
Ejemplo: B. Enrique Susón.....	274
Penetración de odio y desencanto.....	276

## DISCURSO XXXI

## Eterna predestinación.

Exordio: Por ejemplo de encontrados afectos.....	285
Proposición: Dios de su parte está dispuesto á salvar á todos y á cada uno de los hombres.....	286

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—Dios afirma que de nosotros pende nuestra perdición: Dios no miente: Luego.....	287
Y Dios afirma que quiere salvar á todos los hombres.....	288
Arg. II.— <i>A priori.</i> Dios es nuestro Padre.....	290
Arg. III.— <i>A posteriori.</i> Medios que Dios ha empleado para que el hombre se salve.....	291
Arg. IV.— <i>A fine et ab imperio.</i> .....	293
Arg. V.—Por refutación.—Dios da gracia suficiente.....	296

Fig.

Arg. VI.—Confirmación: De menos virtud no se collige menor gracia, sino menor correspondencia.....	299
Arg. VII.—Continuación.—Queréis salvaros sin costa ni trabajo.....	303

## SEGUNDA PARTE.

*Dificultad más práctica.*

« Dios nos pide cosas muy arduas; luego no es extraño que nos condenemos.....	305
R. Más sufrís por el infierno.....	307
Instancia y peroración enérgica, por epílogo de vergüenza profunda.....	307

## DISCURSO XXXII

## Poder de la gracia.

Exordio: Conversión de la Magdalena.....	315
Proposición: No es menos fácil á los pecadores llegar á muy alta santidad, que á otros más justos y bien inclinados.....	317

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—Las fuerzas de la gracia son omnipotentes: Luego.....	320
Arg. II.—Lo natural y de costumbre es fácil y gustoso; las fuerzas de la gracia sobrepasan á las de la naturaleza: Luego.....	320
Arg. III y IV.—Por refutación de dificultades.....	322
Arg. V.—De la causa final: ¿Por qué os guarda el Señor la vida?—Para haceros grandes santos.....	328
Arg. VI.— <i>De los adjuvantes.</i> —Dios os recibirá muy amorosamente.....	329
Arg. VII.— <i>De los conjuvantes.</i> —Más favorecidos fueron los pecadores que los inocentes.....	332

## SEGUNDA PARTE.

*Requisitos prácticos.*

1.º No presumir de la divina misericordia.....	333
2.º No comensar lentamente.....	334
3.º No temer si perseveraréis.....	336
Peroración de confianza.....	337

## DISCURSO XXXIII

## La política sin Dios.

	Page.
Exordio: a <i>visceribus carnis</i> : sublime y arrebatado	347
Proposición: Jamás es útil lo que no es justo y honesto: no sirve el ser impío para ser feliz	349

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—A <i>testimonio</i> : autoridades de autores gentiles	351
Arg. II.—A <i>ejemplo</i> : inducción de hechos del Antiguo Testamento	351
Arg. III.—Ejemplos del Nuevo Testamento	356
Arg. IV.—Inducción y argumento teológico	357
El pecado causa de todos los males	360
Arg. V.—Por refutación. En el mundo han abundado los impíos y felices	361
Arg. VI.—Continuación del anterior	363
Arg. VII.—Nueva confirmación	364
Peroración por exhortación y paráfrasis	367

## SEGUNDA PARTE.

Males eternos de la política sin Dios	369
Invectiva general contra los que pecan por nonadas	373
Epilogo de amor y vergüenza	375

## DISCURSO XXXIV

## Mansedumbre de Cristo Rey.

Exordio por insinuación, a <i>contrario</i>	383
Proposición: Cuán bien cuadra a Cristo el título y sobrenombre de rey manso y humilde	384

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—De las <i>causas</i> : Es propio de la omnipotencia de Dios el no airarse	385
Arg. II.—Conclusión del anterior	387
Arg. III.—De los <i>efectos</i> ó señales: Dios, cuando castiga, castiga contra su voluntad	391
Arg. IV.—De los <i>concomitantes</i> : Dios alza el castigo por cualquier razón	391

## Page.

Arg. V.—De los <i>antecedentes</i> : Dios busca quien le aplaque	392
Arg. VI.—Por refutación	394
Arg. VII.—De la <i>circunstancia de tiempo</i> : Dios aplaza cuanto puede el castigo	397

## SEGUNDA PARTE.

Argúyese la gravedad del pecado por los castigos que Dios, aun siendo tan manso, ha enviado al mundo, á causa del pecado	399
Peroración de contrición, desengaño y amonara	405

## DISCURSO XXXV

## La Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Exordio: Por exabrupto de amarga ironía y dolor profundo	413
Proposición: La muerte de Cristo ha sido la más cruel que padecieron hombres en el mundo, la más horrenda y más afrentosa	416

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—Causas de la Pasión: antecedentes	418
Arg. II.—Duración de la sagrada Pasión	422
Arg. III.—De la persona de los atormentadores	426
Arg. IV.—De la persona del traidor	430
Arg. V.—Desarrollo del anterior: fin para que fué vendido J. C.	434
Arg. VI.—Infamia que resultó de esta venta	434

## SEGUNDA PARTE.

Historia de la Pasión, por las circunstancias la más acerba	436
Prendimiento el más injusto	437
Prendimiento cruel y enjuiciamiento irregular	437
Juicio el más despótico	438
Sentencia la más injusta	440
Peña arbitraria y cruel	442
Ejecución sangrienta	443
No hay quien le consuele	449
La lanzada: Peroración de llanto	451

## TERCERA PARTE.

Fruto de la Pasión. No más pecar. Por la doctrina del Apóstol	452
Afectos de horror. No se ven sino pecados	454
de vergüenza. Por cotejo	456

	Págs.
Afectos de dolor y lágrimas.....	438
» de confianza y perdón, de compasión y enmienda.....	460
Protestación de dolor y de temor.....	462

## DISCURSO XXXVI

## La resurrección de la carne.

Exordio: La Religión cristiana perseguidora y glorificadora de la carne.....	473
Proposición: Qué justo es que nuestro cuerpo resucite.....	475

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—De la causa formal, ó trabazón del cuerpo y alma.....	476
Arg. II.—De la causa final: que nos mueve más lo corpóreo.....	479
Arg. III.—Consecuencia práctica: luego somos inexcusables.....	481
Refutación: Pero hay que aguardar á la otra vida.....	483
R. ¿Qué importa si es tan grande la ganancia?.....	»

## SEGUNDA PARTE.

No hay que temer la muerte.....	484
a) por ejemplo de Catón.....	»
β) por semejanza de un eclipse.....	485
γ) por ejemplos de valor cristiano.....	487
Peroración de esperanza y júbilo.....	»

## DISCURSO XXXVII

## De la perseverancia.

Exordio: Por insinuación, de temor que no perseverarán.....	495
Proposición: Que hay que perseverar hasta el fin.....	496

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.—De la circunstancia del tiempo. Por ventura muy presto moriría.....	497
Arg. II.—De la consiguiente facilidad en obrar bien.....	499
Arg. III.—Si recaídas, crecerá inmensamente la dificultad, así por parte del demonio.....	502
Como por parte de Dios.....	504

	Págs.
Arg. IV.—De los divinos decretos acerca del número de pecados que Dios ha de perdonar.....	406
Amplificación de vergüenza, ira y emulación.....	510

## SEGUNDA PARTE.

Medio práctico para no recaer, huir todas las ocasiones.....	511
Refutación: Fuera demasiado rigor.....	513
R. α) negando.....	»
β) no basta al penitente recién convertido lo que al perfecto.....	514
γ) es más fácil privarse de todo, que ceder en algo.....	515
Invectiva contra las ocasiones próximas.....	516
Peroración de aliento y confianza.....	518

## DISCURSO XXXVIII

## Consolaciones divinas.

Exordio: Por insinuación, que es peligroso juzgar por las apariencias.....	525
Proposición: La vida espiritual está llena de deleites.....	527

## CONFIRMACIÓN.—PRIMERA PARTE.

Arg. I.— <i>Au sit</i> , ó si hay deleites en la vida espiritual.....	»
Arg. II.— <i>Quid sit</i> , ó qué deleites son mayores, los del mundo ó los de Dios.....	530
Arg. III.— <i>Quale sit</i> , ó el deleite de la buena conciencia.....	533
Confirmación <i>in similitudine</i> : Moisés en el Sinaí.....	535
Amplificación <i>ad exemplum</i> , de Séneca.....	538
Peroración de vergüenza y esperanza.....	541

## SEGUNDA PARTE.

## La despedida.

a) en general.....	542
β) En particular. 1.º De los justos.....	543
De los pecadores por ejemplo.....	544
Peroración de confusión y profundo dolor.....	445
Deprecación de entrañable caridad.....	547

II

INDICE RETÓRICO

PARTE PRIMERA

De la elocuencia en general.

	Tom. Pág.
Que la elocuencia es arte y reina de las artes. Contéjase con cada una de ellas. . . . .	I X
Necesidad que todos en general tienen de elocuencia. . . . .	I VIII
Que la elocuencia tiene principios fijos y universales, y cuáles sean éstos. . . . .	I X
En qué consiste el arte de la retórica, según Aristóteles y Cicerón. . . . .	I XI
Que el primer de la elocuencia consiste en la armonía entre el fondo y la forma. . . . .	I 126
Puntos de semejanza y disemejanza entre la poesía y la elocuencia. . . . .	I 283
Comparación entre la filosofía y la elocuencia en orden á persuadir. . . . .	II 464
Por qué ni el historiador, ni el filósofo, ni el poeta son propiamente elocuentes, más sólo el orador. . . . .	II 409
Necesidad de la dialéctica en la elocuencia: cómo ha de hermanarse con la retórica. . . . .	I 576
Tienen el mismo fin, y se valen de los mismos medios, pero se diferencian en la materia, en los oyentes, en la forma. . . . .	I 577
Que se ha de juntar lo útil con lo dulce en la elocuencia, y cómo. . . . .	I 458
Que el fin de la elocuencia no es el deleite estético ni la pura contemplación de la belleza, sino la persuasión. <i>Delectare</i> , que es en sentir de Luis Vives. . . . .	II 342
Que en las grandes calamidades es más necesaria la elocuencia. . . . .	I 428
Los tres fines del orador cómo se alcanzan: <i>Ut veritas pateat, delectet, flectat</i> . . . . .	I 576
Cuál es el fin, cuál el oficio del orador. . . . .	I 456
Cómo se mueve enseñando, y se enseña moviendo. . . . .	I 577
Que en subyugar y rendir las voluntades está lo más alto y necesario de la elocuencia. . . . .	II 464
Tres fuentes de placer estético en la elocuencia. . . . .	I 578

Tom. Pág.

De tres recursos de que se vale Séneca para interesar á los oyentes. Sobriedad en las galas, formas populares, secreta simpatía. . . . .	I 611
Frutos de la sólida elocuencia; qué son y de dónde proceden. . . . .	II 353
Carácter esencialmente práctico de la elocuencia. . . . .	II 376
Término afectivo y término efectivo de un discurso. . . . .	II 161
Cuán necesario es no sólo alumbrar los entendimientos y mover los corazones, mas también descender á la práctica. . . . .	II 162
Que lo más subido del arte es que el arte no se vea. . . . .	II 100
Por qué en la Religión cristiana ha habido los mayores oradores del mundo. . . . .	II 489
Ventajas que hace la elocuencia cristiana á la parlamentaria, á la judicial y á la académica, por razón del fin, de la materia, de la forma y de su condición particular. . . . .	II 377
Juicio de Luis Vives sobre la mejor edad para estudiar elocuencia. . . . .	II 141
Dictamen de la buena escuela. . . . .	II 3
En la elocuencia profana bastan <i>naturalitas, oris y exercitio</i> : en la sagrada se requiere además la <i>virtus</i> . . . . .	II 468
De dos artificios para conseguir el triunfo de la persuasión: la moción de los afectos, y el suministrar medios prácticos á los oyentes. . . . .	II 523
Medios para convencer, industrias para interesar, afectos para conmover, mostrados prácticamente. . . . .	I 64
Tres armas de que se vale el orador por su orden: de razones que convencen, de afectos que ablandan, de pasiones que doblegan y rinden. . . . .	II 32
Principios literarios de la elocuencia cristiana. . . . .	I XVI
Probar una verdad, y probarla de veras, y siempre y en todas las discusiones. . . . .	I 3
Cualidades del perfecto orador, representadas en Séneca. . . . .	I XII
Cómo se han de perfeccionar con el estudio y el ejercicio. . . . .	I XII
Ha además necesaria al predicador una virtud más que ordinaria. . . . .	I XIII
Ciencia necesaria al orador. . . . .	II 340
Que es necesario al orador el estudio de los grandes modelos. . . . .	I XX
Cómo debe el orador sacar el partido que pueda de las disposiciones del auditorio. . . . .	II 127
Es difícil que exista verdadera elocuencia cristiana sin mucha fe en los oyentes. . . . .	I 204
Cuatro cualidades que ha de tener el orador agrado. . . . .	II 249
Armadura espiritual con que ha de salir al campo. . . . .	* *
Raíz y nervio de la elocuencia señeriana. El predicador es el ángel de Dios que cura las almas, y cómo. . . . .	II 187
Que el deseo ardiente del bien del prójimo ha de regular las cinco partes de la elocuencia, invención, disposición, elocución, memoria y pronunciación, y cómo. . . . .	I 515
Las cuestiones <i>an sit, quid sit, cur sit</i> , cómo deben tratarse. . . . .	I 486

	Tom. Pág.
Que los dos fines del predicador han de ser enseñar á bien vivir, é inclinár al deseo de bien vivir.....	I 394
Teoría del ascenso y descenso en la elocuencia; qué es y cómo se logra.....	II 521
La variedad en el fondo y en la forma, ley esencial de la elocuencia.....	II 471
Que hay que conocer bien el enemigo, antes de combatirlo con la espada de la elocuencia.....	I 543
Estudio de los caracteres; cuán necesario. Los ricos, según Aristóteles.....	I 489
Que el género <i>demonstrativo</i> (alabanza y vituperio) no es en rigor género de elocuencia.....	II 404
Cómo pueden hermanarse en un mismo discurso el panegírico y la invectiva.....	II 407
Dos extremos que deben evitarse en el reprender; el de los que callan la verdad, y el de los que la dicen fuera de sazón y con mal modo.....	II 131
De qué manera los evita Séneca.....	I 573
Los discursos apologeticos en qué consisten, y de tres escollos que debe evitar el orador.....	I 543
Sustosivos y disuasivos, en qué consisten, y cómo se pueden juntar en uno.....	II 66
Disuasivo y <i>dehastatio</i> , como armas para engendrar horror.....	II 68
Con qué arte las maneja Séneca.....	II 67
Fuentes de una y otra.....	II 249
<i>Vituperatio</i> ; condiciones que debe tener.....	II 251
De dónde procede que escuzca y no exaspera: amor y arte.....	II 515
Modelo de <i>invectiva</i> .....	II 378
Cuatro cualidades que han de tener los discursos históricos.....	II 493
Que la ley suprema de la elocuencia es el <i>quid dicat, quid exprimat</i> .....	II 70
DE LA IMITACIÓN. — Cómo se puede conservar la forma, variada la materia de un discurso. Muéstrase prácticamente.....	II 345
Cualidades que ha de tener la buena imitación, según Luis Vives.....	II 310
Teoría de Rivadeneyra acerca de la verdadera imitación de Cicerón.....	II 35
Sistema seneciano en orden á la imitación.....	II 345
Idem.....	I 310
De qué manera Séneca imita á Fray Luis de Granada.....	I XVIII
Cómo imita á Cicerón, y éste á Demóstenes.....	
Cómo se han de traducir las obras de arte, y más las de elocuencia.....	

## PARTE SEGUNDA

## De la invención.

	Tom. Pág.
Que la invención no tanto consiste en inventar cosas nuevas, como en convertir las antiguas en substancia propia.....	I 486
Que la materia debe ser proporcionada á nuestras fuerzas.....	I 31
Tres cualidades que exige Tulio en la invención: agudeza, arte, diligencia.....	I 97
Invención de los argumentos: cuál es propio del filósofo, cuál del orador.....	II 490
Que el orador no tanto ha de buscar los argumentos más <i>apodicticos</i> , cuanto los más <i>probables</i> .....	I 549
Las tres fuentes de la invención oratoria son: a) La propia experiencia del orador.....	I 550
b) El estudio.....	I 381
c) La meditación.....	I 219
Regla general para la invención y elección de los argumentos.....	I 158
Arte de invención ó concepción de un discurso.....	I 516
Tres cosas que deben considerarse para la invención: de dónde parte el orador y los oyentes, adónde quiere llevarlos y el camino entre los dos términos.....	II 470
Que este camino no se anda sino con el entendimiento y la voluntad, razones y asensos.....	I 219
Qué argumentos mueven á los doctos, y cuales á los indoctos.....	I 378
Que las circunstancias de las personas pueden reducirse á once, y á ocho las de las cosas.....	I 485
Cómo se concibe y ordena el plan de un discurso.....	I 518
Cómo define Arias Montano los cuatro <i>estados</i> retóricos.....	I 478
Que pueden mezclarse los tres estados oratorios, el conjetural, el de definición y el de cualidad, en un mismo discurso.....	I 485
La elección de los argumentos, como parte de la invención.....	I 518
Cuánto importa facilitar la práctica.....	

## TÓPICOS Ó LUGARES ORATORIOS

No presentamos el catálogo ó lista de los argumentos que Séneca saca de estas fuentes retóricas, por ser tarea demasiado larga y haberse indicado ya aquéllas en las notas marginales y observaciones críticas que acompañan á los discursos. Allí podrán estudiarse con provecho.

Como muestra, indicaremos aquí algunos de estos tópicos ó lugares oratorios.

## Definición.

	Tom.	Págs.
De la amistad.....	I	41
Del hambre.....		105
Del castigo.....		170
De la lujuria.....		434
De la belleza.....		494
De la vida humana.....	II	140
De la tribulación, por los efectos.....		173
Del mundo.....		237
De la vida espiritual.....		527

## Género y especie.

Tom. I. Págs. 20, 129, 162, 237, 293, 356, 357.

## Enumeración de partes.

Tom. I. Págs. 5, 6, 57, 72, 161, 218.

## Causas.

Tom. I. Págs. 5, 8, 47, 49, 71, 137, 170, 183, 186, 200, 207, 299, 302, 316.

## Efectos.

Tom. I. Págs. 39, 103, 105, 113, 121, 130, 158, 274, 303, 315, 351, 353, 356.

## Antecedentes, concomitantes y consiguientes.

Tom. I. Págs. 18, 52, 74, 115, 167, 218, 318, 330, 345, 350.

## Circunstanciada.

Tom. I. Págs. 41, 44, 108, 109, 130, 133, 187, 208, 235, 239, 289, 290.

## Semejanza y desemejanza.

Tom. I. Págs. 17, 18, 115, 289, 305, 337, 348.

## Contrarias.

Tom. I. Págs. 16, 46, 132, 147, 185, 218, 303, 323, 333.

## Por comparación.

Tom. I. Págs. 88, 89, 123, 129, 130, 136, 145, 164, 166, 195, 210, 241, 268, 272, 279, 296, 317, 354.

## Por ejemplo.

Tom. I. Págs. 52, 109, 116, 119, 135, 163, 183, 184, 191, 198, 247, 253, 294, 296, 307, 319, 327, 346, 347, 349, 353, 358.

## Similes y parábolas.

	Tom.	Págs.
Semejase el pecador á las ovejas hambrientas que, engolosinadas con el pasto, no temen la tempestad que se echa encima.....	I	3
El hierro engendra herrumbre, polilla el paño, carcoma la madera, el cuerpo corrupción.....		6
A las fieras bravas y confiadas.....		8
Al árbol cortado.....		13
Al árbol que cae.....		21
Promesas de los hombres, son nubes de verano; mucho aparato y poca realidad.....		39
Falsos amigos á quiénes se parecen.....		41
Del hombre airado.....		72
Parábola.....		74
Otros similes.....		20, 44, 184, 210, 276, 280, 293, 349.

## PARTE TERCERA

## De la disposición.

Disposición, su importancia, y cómo ayuda al entendimiento, á la memoria, á la voluntad y al justo deleite de los oyentes.....	II	550
Puede compararse á la creación del mundo en seis días.....		551
Que el discurso es un cuerpo donde hay huesos (argumento), miscéneos (formas de argumentación), articulaciones ó juntas (transiciones), sangre (los afectos). Tiene su cabeza (exordio), su tronco (confirmación), sus pies y manos (epilogo y medios prácticos).....		279
Exordio: que es propio de los grandes oradores comenzar humilde y llanamente.....		95
Compárase el exordio á la semilla ó raíces de la planta.....		128
Que ha de ser propio, bien trabajado, modesto y breve.....		1
Exordio modelo.....		473
Exordio de mal gusto.....	I	339
Y cómo puede corregirse.....		1
Los exordios exabruptos deben usarse muy rara vez.....	II	311
En la elocuencia sagrada pueden ser más frecuentes.....		1
Que la proposición ha de ser simple, natural y fecunda.....	I	31

Que en la proposición conviene á veces expresar sólo el fin inmediato, callando el fin último del orador.....	II	490
Las muchas divisiones cuándo perjudican al fin de la elocuencia.....	»	469
Que la CONFIRMACIÓN tiene tres partes: <i>fides, potius firmamentum</i> .....	»	324
Cuál es el orden natural de un discurso, y cómo lo sigue Sénieri.....	I	312
Disposición lógica y artificiosa de los argumentos: en qué consisten.....	»	231
Cómo pueden entre sí trabarse.....	»	1
Dechado de disposición natural por antecedentes, concomitantes y consiguientes.....	II	470
Orden ascendente de los argumentos.....	I	544
La doble gradación, lógica y patética, practicada por Sénieri.....	I	98
Que el lazo de unión de los argumentos es el fin del orador.....	»	33
Que el triunfo del orador sagrado en la confirmación consiste en unir dos fuerzas, la voluntad de Dios con la del hombre.....	II	312
Que los argumentos de utilidad son más eficaces para el vulgo.....	»	490
Silogismo, por qué lo aborrecen tanto los herejes y los oradores adocenados, y cómo debe emplearse.....	»	271
Que el silogismo oratorio diferénciase del dialéctico.....	»	280
Ejemplo de Sénieri.....	»	280
En qué consisten la <i>raciocinatio</i> , el <i>axioma</i> , el <i>epíquetema</i> , como formas de argumentación.....	»	1
La <i>colectio</i> , forma predilecta de Sénieri, consta de cinco o partes: proposición, prueba, confirmación, ilustración y compleción.....	»	1
Inducción, qué es y cómo la emplea Sénieri.....	»	270
La <i>autoritas</i> , la <i>analogía</i> y el <i>ejemplo</i> , como medios de persuasión.....	»	89
Que el ejemplo en la elocuencia puede emplearse para cinco fines distintos, y en tres formas. Muéstrase prácticamente en Sénieri.....	»	100
AMPLIFICACIÓN <i>Passiones</i> . — En qué se diferencia la argumentación de la amplificación, y cómo se pasa de una á otra.....	I	545
Que en el mover las pasiones está el espíritu y alma de la elocuencia.....	II	220
Orden natural cómo se engendran los afectos. Señálanse seis grados ó escalones.....	»	280
Cómo se excitan los afectos buenos y se calman y arrancan los viciosos, por medio de la amplificación y de la descripción.....	»	221
Temor y esperanza, son los quicios de la elocuencia, y cómo pueden excitarse.....	I	311
Que no hay que embestir los corazones de frente, sino de soslayo.....	II	407
A ejemplo de la naturaleza, la gracia y el arte.....	I	672
Arte de quitar los malos afectos del corazón, no contrariándolos, sino dirigiéndolos.....	»	365
Cómo se deben graduar con gran artificio los afectos: muéstrase prácticamente. Observaciones críticas.....	II	465

Que hay que preparar los grandes afectos, así en el ánimo del orador como en el de los oyentes.....	II	467
Que debe ocultarse la intención principal, que es la moción.....	I	179
La afectación perjudica por extremo á la moción.....	II	471
Y cómo se evita prácticamente.....	»	468
Cuánto importa explotar los dos amores que hay en el corazón humano, á sí y á los demás.....	I	545
Visiones oratorias, cuán eficaces para mover los afectos, y cómo las emplea Sénieri.....	»	397
Variedad de tonos, cuán necesaria es en la elocuencia, y regla para acertar. Lo que más impide es la dureza de corazón.....	II	339
La <i>moción interna</i> sobrenatural, cuán necesaria, y cómo se adquiere esta lengua de Dios.....	I	611
PERORACIONES: por qué Sénieri hace dos muchas veces.....	»	206

## EJEMPLOS DE EXORDIO.

Por *instiguación*.

Disc. III. Sermón del perdón de las injurias.....	I	69
Disc. VII. De la salvación.....	»	121
Disc. VIII. Respetos humanos.....	»	207
Disc. XI. De la pronta conversión.....	»	287
Disc. XVII. Contra los ingratos.....	»	461
Disc. XIX. De la murruración.....	»	311
Disc. XXI. De las inspiraciones.....	»	381
Disc. XXII. De la limosna.....	II	1
Disc. XXIII. Irreverencia en los templos.....	»	37
Disc. XXIV. Mala conciencia.....	»	73
Disc. XXVII. De la tribulación.....	»	163
Disc. XXVIII. Del pecado mortal.....	»	193
Disc. XXX. Menosprecio del mundo.....	»	255
Disc. XXXIV. Mansedumbre de Cristo Rey.....	»	383
Disc. XXXV. — La resurrección de la carne.....	»	473
Disc. XXXVII. De la perseverancia.....	»	495
Disc. XXXVIII. Consolaciones divinas.....	»	525

Exordio *legítimo*.

Disc. I. La muerte.....	I	1
Disc. II. <i>A principio</i> : sermón del mejor amigo.....	»	37
Disc. IV. <i>A visceribus carnis</i> : sermón de la palabra de Dios.....	»	103
Disc. VI. ( <i>Templado</i> ). El poder de Dios.....	»	155
Disc. IX. <i>A visceribus rei</i> : El Purgatorio.....	»	233
Disc. XII. <i>A contrario</i> : Pecados públicos.....	»	315
Disc. XIII. Riquezas mal adquiridas.....	»	343

## Tom. Págs.

Disc. XVI. Huir las ocasiones.....	I	433
Disc. XVIII. Celo de las almas: <i>A visceribus causae</i> .....		491
Disc. XX. <i>A visceribus causae</i> : Divinidad de J. C.....		549
Disc. XXV. <i>Ex visceribus rei</i> : Crianza de los hijos.....	II	103
Disc. XXVI. <i>A visceribus causae</i> : Horror á la muerte.....		133
Disc. XXVIII. Por ilustración: Del pecado mortal.....		193
Disc. XXIX. <i>A visceribus causae</i> : Contra el escándalo.....		225

*Exordio ex-abrupto.*

Disc. V. Sermon del juicio final.....	I	127
Disc. X. El cielo.....		261
Disc. XIV. El infierno.....		369
Disc. XV. Divinas amenazas.....		493
Disc. XXXI. Eterna predestinación.....	II	285
Disc. XXXII. Poder de la gracia.....		313
Disc. XXXIII. Política sin Dios.....		347
Disc. XXXV. La Pasión.....		443

## CONFIRMACIÓN DEL DISCURSO.—FORMAS DE ARGUMENTACIÓN.

Sírvan como muestra de las formas empleadas por Señorín las indicadas en los números siguientes:

*Silogismo oratorio.*

Tom. I. Págs. 17, 39-44, 54, 71, 86, 88, 89, 105, 108, 109, 117, 146, 157, 158, 162, 183, 231, 303, 317.
--

*Entimema.*

Tom. I. Págs. 4, 8, 11, 13, 21, 44, 47, 54, 74, 87, 112, 115, 185, 187, 190, 209, 210, 213, 218, 235, 237, 239, 242, 244, 246, 278, 289, 297, 299, 304, 305, 319, 323, 324, 347, 348 <sup>8</sup> , 356.
--

*Inducción.*

Tom. I. Págs. 6, 11, 42, 45, 150, 176, 210, 212, 216, 289, 298, 304, 362.
---

*Dilema.*

Tom. I. Págs. 18, 73, 77, 84, 170, 289, 344, 345, 357.
--

## ESTUDIO DE LAS PASIONES.

*Amor y odio.*

Tom. I. Págs. 19, 51, 85, 182, 191, 196, 217, 221, 229, 249, 276, 281.
Tom. II. Págs. 465, 549.

*Gozo y alegría.*

Tom. I. Págs. 2, 106, 123, 271, 276.
--------------------------------------

*Deseo.*

Tom. I. Págs. 183, 190, 196, 202.
-----------------------------------

*Temor.*

Tom. I. Págs. 34 y siguientes: Qué es según Aristóteles, y de qué manera se despierta: cuáles son sus grados y cómo lo excita Señorín.
--

*Ira e indignación.*

Tom. I. Pág. 93: Qué es según Aristóteles, y dificultad de apaciguarla: cuán magistralmente lo hace Señorín.
--

*Lástima y compasión.*

Tom. I. Pág. 256: Definición que de ella da Aristóteles, y por qué medios la excita Señorín.—Misericordia, qué es, y cómo se despierta.
---

N. B. Acerca del estudio de las pasiones, véanse las Observaciones críticas al final de cada discurso.

*Amplificación e incremento.*

Tom. I. Págs. 7, 18, 37, 44, 46, 48, 54, 57, 89, 91, 105, 107, 108, 118, 120, 130, 132, 133.
--

*Figura ó exposiciones oratorias.*

Tom. I. Págs. 79, 131, 133, 162, 220, 230, 238, 240, 276, 307, 353, 355- <sup>R</sup>
---

*Costumbres oratorias y precauciones del orador.*

Tom. I. Págs. 12, 42, 70, 148, 250, 255, 288, 317.
--

## REFUTACIONES MÁS DIGNAS DE ESTUDIO.

## Tom. Págs.

«Si perdono á mis enemigos, quedará deshonrado».....	I	78
«Pretendía atraer mucho auditorio».....		119
«Soy robusto».....		165
«No tememos, porque nunca vimos el castigo».....		168

	Tom. Pág.
«Para salvar el alma basta un instante».....	I 168
«Basta un golpe de pecho».....	» 293
«Algunos vivieron mal y murieron bien».....	» 303
«Eas calamidades no son castigos de Dios».....	» 413
«Las otras religiones tienen sus mártires».....	» 563
«Fueron tantos los perseguidores!».....	» 565
«Mejor cuadraría esta apología en otras partes».....	» 571
«Séntome con fuerzas para resistir».....	» 605
«No hay tal superfluo».....	II 9
«Si echáis el auditorio de la iglesia, ¿quién vendrá á oiros?».....	» 59
«Nosotros sentimos grande paz».....	» 80
«¿Quién sabe si en muriendo iremos á la gloria?».....	» 141
«Me valdrán los santos ángeles».....	» 208
«Acudid á la oración».....	» 209
«Haced buenas obras».....	» 311
«Dios no nos da tanta gracia como á otros».....	» 326
«Dios nos pide cosas muy arduas».....	» 305
«Dios no me dará tanta gracia».....	» 322
«Dios no hace caso de los bienes terrenos».....	» 351
«En el mundo han abundado tanto los ímpios felices!».....	» 361
«Muchos medraron por medios ruines».....	» 363

DEPECACIONES Y PERORACIONES NOTABLES.

Tom. I. Pág. 3, 18, 23, 57, 90, 150, 201, 222, 369, 513, 606.
Tom. II. Pág. 27, 57, 89, 96, 124, 150, 157, 179, 337, 451, 456, 487, 544.

PARTE CUARTA

De la elocución.

	Tom. Pág.
Das cualidades que ha de tener la elocución: claridad y variedad.....	I 66
Que el estilo: más debe conformarse con el fin del orador que no con la materia del discurso.....	II 491
Del estilo amplio y sublime: su eficacia según Cicerón.....	I 101
De qué figuras se vale.....	» »
Y cómo ha de templarse con otros géneros.....	» 102
Carácter sagrado de la elocución seheriana: nace del fondo y de la forma.....	II 553
Opónesele, entre otros vicios, el neologismo, el barbarismo, el tecnicismo y el naturalismo.....	» 554
Los tres estilos, llano, templado y sublime, cómo se armonizan.....	» 552
La grandilocuencia exige tres condiciones: que la materia lo pida;	

	Tom. Pág.
que el auditorio esté preparado; que se acomode á las condiciones del orador.....	II 552
Popularidad del estilo seheriano, de dónde procede.....	» 553
Cuánto dista el estilo vehemente del hinchado y declamatorio, según Longino.....	I 101
De la locución directa, cuánto contribuye al interés.....	» 313
Importancia de las figuras en la elocuencia.....	II 102
De tres maneras como se usa del diálogo en la oratoria.....	» 313
Seis formas con que pueden exponerse y ampliarse los testimonios y pasajes bíblicos, según Sèneri.....	» 411
Variedad de colorido cuán necesario sea, y de qué depende, según Cicerón y Séneca.....	» 314
Cuatro modos con que pueden emplearse las semejanzas, según cuatro fines: ó por contrario, ó por negación, ó por brevedad, ó por cotejo.....	» 189
Contra los predicadores demasiado elegantes.....	I 367
Que en el patético perjudica la elegancia.....	» 401
Ejemplos <i>ad attestandum</i> y <i>ad probandum</i> .....	» 457
Paralelo entre Sèneri y los españoles Granada, Rivadeneira y Malón de Chaide.....	» 286

ESTUDIO DE FIGURAS.

Quisimos la enumeración de las figuras retóricas empleadas por Sèneri, porque sería tarea interminable, ya que apenas hay página que no contenga algunas.

Véanse las notas marginales donde van notadas.

NARRACIONES ORATORIAS.

Del emperador Anastasio.....	I 9
De los Niniuitas.....	» 14
De Arnolfo.....	» 22
De Job.....	» 43
El sacerdote de Micas.....	» »
Del soldado de Job.....	» 56
De Venceslao.....	» 79
Boleslao.....	» 141
Bibulo senador.....	» 168
Sitio de Jericó.....	» 172
Eliezer.....	» 186
Jacob.....	» 189
Tobías.....	» 191
Magdalena.....	» 211
Noé.....	» 218

	Tom. Pág.
Mauricio emperador.....	I 244
Moisés y Farao.....	* 389
Samsón.....	* 299
Tobías.....	* 362
El canciller de Paria.....	* 388
Vajente.....	* 423
Judit y Dina.....	* 444
Basilio.....	* 471
Jeroboán.....	* 481
Abisalm.....	* 534
Moisés y María.....	* 539
La Samaritana.....	* 381
Conversión de dos cortesanos.....	* 587
Antonio é Ignacio.....	* 591
Naamán.....	* 593
Saúl.....	* 595
Eusebio monje.....	* 604
El río Egipto.....	II 6
Suena.....	* 50
La dama de Crotona.....	* 61
Antoco.....	* 82
Saúl.....	* 85
Abigail.....	* 89
Eitico.....	* 120
Dina.....	* 121
Los israelitas en Egipto.....	* 136
Luz VI el Crato.....	* 154
El día del llanto.....	* 201
El rey Ladislao.....	* 264
La estatua de Nabucodonosor.....	* 268
Enrique Susón.....	* 273
El hijo prodigo.....	* 389
Moisés en el Sinaí.....	* 333
Séneca ante la muerte.....	* 538
Fortaleza de una joven.....	* 544
Moisés y el pueblo de Dios.....	* 391
Transformación de Nabucodonosor.....	* 402
Jonás en el mar: narración sencilla.....	* 439
Los israelitas en el desierto.....	* 497
Samsón, narración ilustrada.....	* 500

*Dechado de los tres géneros de estilo.*

Para el estilo sencilla, ó *ad descendum*, pueden estudiarse los discursos IV, XX, XXII y XXV.

Para el *medio*, ó *ad conciliandum*, II, III, VIII, IX, X, XVI, XXI, XXIV, XXVI, XXVII, XXX, XXXI, XXXII, XXXIV, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII.

Para el *levantado*, ó *ad ascendum*, I, III, V, VI, VII, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVII, XIX, XXIII, XXVIII, XXXIII, XXXIV, XXXV.

PARTE QUINTA

De la memoria y de la declamación.

	Tom. Pág.
Necesidad de la memoria en la elocuencia.....	II 555
Que ha menester de continuo y bien ordenado ejercicio.....	* *
Que cosas ayudan á la memoria, según Arias Montano.....	* 556
Si Séneca recitaba de memoria y al pie de la letra sus discursos.....	* *
Sentir de la escuela española sobre el recitar de memoria.....	* *
De la memoria local.....	* 557
Importancia de la <i>delectación</i> .....	* 560
Que la declamación tiene dos partes: voz y accionado. Transcendencia de la voz.....	* 557
Cuatro cualidades que ha de tener la voz, según Séneca: correcta, clara, adornada y apta.....	* 558
Monotonía de la voz, censurada por Arias Montano.....	* 559
Hace de acomodar al objeto y al sujeto.....	* *
Voz que debe dominar en el exordio, en la narración, en la confirmación y en la amplificación.....	* 560
Algunos medios para conservar la voz, según Séneca.....	* 557
Accionado: su eficacia en la oratoria.....	* 560
Que el gesto debe ser acomodado y sobrio. Qué medios ayudan para accionar correctamente, según Séneca y Arias Montano.....	* *
Reglas particulares para accionar bien.....	* 561
Dos reglas generales y certísimas.....	* 562
Que la declamación del orador es muy distinta de la del actor ó representante, ya en el fin, ya en el modo.....	* 561
Que la duración de cada discurso en particular no está sujeta á ninguna regla.....	* 492
Con qué eficacia y primor declamaba Séneca.....	I 205

## III

## INDICE ALFABÉTICO

**Abigail**, con qué razones aplacó á David, enfurecido contra Nabal, II, 89.

**Abraham**, gran despreciador de los dichos del mundo, I, 214.—Su fervor en el sacrificio, II, 321.—Su blandura en responder al rico Epulón, II, 23.

**Absalón**, cuánto más gravemente pecó que su hermano, de quien tan poco se había compadecido, I, 534.

**Academicismo**, como vicio de la dición oratoria, II, 553.

**Accionado**, sus reglas en la elocuencia, II, 560.—Medios prácticos para bien accionar, II, 561.

**Actitudes de Dios** respecto de los condenados, I, 399.

**Adriano** quiso castigar las injurias hechas contra él, II, 386.

**Afectos**, cómo se conmueven y apaciguan, II, 220.

**Agripina**, emperatriz, cuán loca en el amor á su hijo Nerón, y cuán arrepentida, I, 352.

**Agustín** (San), cómo define la misericordia, I, 258.

**Alegria** de la buena conciencia, cuán grande sea, II, 183, 533.—Y la de la mala conciencia cuán mentirosa, II, 75, 182.

**Alejandro Magno**, por qué fue colocado por los romanos en el número de los dioses, I, 568.—Cuán amado era de los suyos, II, 496.

**Alfonso**, rey de Nápoles, cómo le mostró San Francisco de Paula las violencias contra sus vasallos, II, 24.

**Alma**, cuánto ama naturalmente al cuerpo, II, 476.

**Alma propia**, nunca debe arriesgarse, I, 15.—Cuán poco la aprecian muchos, I, 183.—Debe guardarse con mucho cuidado, I, 187.—De cuán poco depende su salvación ó su perdición, I, 580.—Su perdición sólo á nosotros se nos puede atribuir, II, 287.

**Almas ajenas**, cuánto haríamos por salvarlas si conociéramos su hermosura, I, 493.—Cuán grato sea á Cristo, cuán justo y cuán provechoso emplearse en bien de ellas, I, 497.—Cada cual en su estado puede hacerlo, I, 506.—Más obligados están á ello los pastores de almas, I, 510.—Cuán grande pecado sea llevarlas al mal, I, 225; II, 238.

**Ambrosio** (San), de cuántas trazas se valió para huir la prelación, II, 512.

**Amenas** divinas son indicio de la divina misericordia, I, 405.—Cuán poco caso hacen de ellas los pecadores, I, 405.—El castigo que por ello se acarrea, I, 405. Dios castiga cuando menos se piensa, I, 172.

**Amigos** mundanos, cuán infieles, I, 39.—Cuán indignamente se se ofende á Dios por ellos, I, 54.

**Amistad**, en qué consiste, según Aristóteles y SEÑEN, I, 64.

**Amistad** divina, cuánto vale más que no la humana, I, 41.

**Amor** es el afecto más difícil de ocultarse, II, 169.

**Amor de Dios** con los hombres, cuán empleado está siempre en hacernos bien, I, 463.—Cuán mal correspondido de los hombres, I, 467.—Entonces es mayor cuando se encubre con máscara de odio, II, 178.

**Amor de los hombres** á Dios, qué género de temor lanza del alma, I, 439.

**Amor carnal**, cuán abominable sea, I, 455.—Del amor proceden todas las demás pasiones, II, 490.

**Amplificar**, cuatro modos de hacerlo, según Quintiliano y SEÑEN, I, 459.

**Anastasio**, emperador, muerto antes de tiempo por su impiedad, I, 8.

**Ángeles**, cuánto se humillan por amor de los justos, I, 425; II, 208.—Cuán abominan de los pecadores, I, 121; II, 208.—Cómo se indignan por las irreverencias que ven en las iglesias, II, 57.

**Angellini** (P. Antonio), su dictamen sobre SEÑEN como orador. (Introducción), I, xii.

**Animales**, cuán bien ordenados por la naturaleza, en orden á la crianza de sus hijos, II, 105. Cuán agradecidos á sus bienhechores, I, 463.—Cuán rendidos al hombre antes del pecado, II, 206.—Cuán extrañamente venerados de los pueblos idólatras, I, 156, 463.

**Antico**, rey, sus crímenes y falso arrepentimiento, I, 82, 91.

**Antonio Abad** (San), semejante en muchas cosas á San Ignacio de Loyola, I, 591.

**Apariencia**, cuán mala regla para juzgar, I, 194.—Ya de la alegría de los malos, I, 181.—Ya de la tristeza de los buenos, II, 527, 535, 537.

**Apológicos** (discursos) qué son; tres escollos en que es fácil incurrir, I, 575.

**Argumentos** probables más á propósito que los apodicticos, II, 490.

**Argumentación** y ampliación. Su diferencia, I, 546.

**Aristóteles**, su doctrina acerca del afecto de comunseración, I, 256.—Su teoría sobre el atrevimiento, I, 310.

**Armas** con que ha de salir á pelear el predicador de Cristo, II, 249.

**Arte**, por qué la elocuencia es arte y reina de las artes. (Introducción), I, ix.

**Ascenso** y descenso oratorio, en qué consisten, II, 521.

**Aséticos** españoles, su elogio. (Introducción), I, xix.

**Avros**, cuán fácilmente se condenan, II, 6.—Cuán rabiosos estarán el día del juicio, II, 21. Cuán falsamente se excusan de dar limosna, II, 9.—Y de pagar los jornales, II, 23.

*Avila* (Besto Maestro Juan de), qué entendia por predicar, I, 204.

## B

*Baltasar* de Céspedes, su teoría sobre las partes *homogéneas* y *heterogéneas*, II, 278.

*Barradas* (P. Sebastián, S. J.), cómo predicaba de la eternidad, I, 308.

*Basilin*, emperador, ingratisimo á quien le libró de la muerte, I, 471.

*Beneficencia* es la virtud más acepta á todos los hombres, II, 12.

*Beneficios* que nos hace Dios, mucho mayores que los que nos hacen los hombres, I, 468. Y sin alarde ni ostentación, I, 45.—Qué pecado tan grave es corresponder con ofensas, I, 474.

*Bienaventuranza* no se puede hallar sino en Dios, II, 534.

*Bienes*, los tres géneros de bienes que persuaden ó disuaden, II, 67.

*Blandura*, ha de templar las invecctivas oratorias y cómo, II, 248.

*Boria* (S. Francisco de), su dictamen sobre la memoria en la elocuencia, II, 556.

*Brígida* (Santa). Es enseñanza acerca de la hermosura espiritual del alma santa, I, 517.

## C

*Cain*, castigado más por las ofensas contra su prójimo que por las que hecían directamente á Dios, I, 76.—Con cuánta timidez cometió el primer pecado,

I, 519.—Fué reo de envidia, II, 229.

*Calumnias* sufridas por Dios generosamente, de cuánto mérito son, I, 213.

*Campany* (D. Antonio), qué sentia de Sénieri, I, 339.

*Carácter* sagrado de la elocución señeriana, de qué cosas depende, II, 553.

*Cárcel* de penitentes descrita por San Juan Climaco, I, 198.

*Castigo* y galardón, necesidad de predicar de ellos continuamente, I, 394.

*Castigos* con que amenaza Dios, por el deseo que tiene de no ejecutarlos, I, 405; II, 394.—Cuán graves fueron en el siglo XVII, I, 407.—Atribuyen los pecadores á otras causas, y no á sus propias culpas, I, 415.—Entonces vienen cuando menos se esperan, I, 172.—No bastan para que nos enmendemos, I, 417; II, 402.—Antes nos hacen peores, I, 419.

*Catalina* de Sena (Santa), sus sentimientos acerca de la hermosura de un alma, I, 517.

*Catón*, con qué consideración se animaba á arrostrar la muerte, II, 484.

*Causas* del infierno, I, 395.

*Cielo* de las almas, cuán justo y provechoso, I, 495.—Deben todos tenerle, I, 103.—Y más los que tienen cuidado de ellas, I, 510.—Es propio de la religión cristiana, I, 560.—Qué es en la elocuencia, I, 515.

*Cicerón*, qué siente de la necesidad de estar conmovido para mover á otros, I, 257.

*Ciceroniano*, en qué consiste la dificultad de serlo, II, 510.

*Cielos*, cuánto alegrarán al alma

del justo en su paso para la gloria, I, 263.

*Circunstancias* de las personas y de las cosas que sirven al orador, II, 470.

*Colección*, de cuántas partes consta, II, 280.

*Comediante* y orador, diferencia entre uno y otro en el declamar, II, 561.

*Comparación* entre Cain y Rómulo, II, 229.—Entre Dina y Judit, I, 444.—Entre San Antonio Abad y San Ignacio de Loyola, I, 591.—Entre Herodes y Constantino Magno, II, 356.—Entre Jesucristo y los demás hombres, en el exceso de padecer, II, 240.—Entre el pescador y el cazador, II, 388.

Entre una casa ó familia, en tiempo de bodas y en tiempo de funerales, II, 173.—Entre la prosperidad, representada en el camino por mar, y la tribulación, en el camino por tierra, II, 176.—Entre los mártires de Cristo y los de las sectas, I, 503.—Entre las leyes que impone Cristo y las que impone el mundo, II, 269.

*Compañeros* malos á cuánto riesgo se pouden de condenarse, I, 295; II, 256.—Que es grande imprudencia pecar por darles á ellos gusto, I, 55.—La multitud de ellos no amengua la gravedad de la culpa, II, 231.—Ni de la pena en los infernos, I, 378.

*Compasión* de los defectos ajenos cuán necesaria sea, I, 532, 539.—Cuán poca se usó con Cristo en su pasión, II, 449.—Nace del amor, II, 460.—Se engendra identificándonos con el que padece, II, 471.

*Conciencia* buena, cuánto consuelo trae, II, 183, 533.—La mala cuánto atormenta, II, 182. Principalmente á la hora de la muerte, II, 82.

*Concepción* de un discurso, qué es y cómo se realiza, II, 219.

*Condenados*, sin alivio en sus penas, I, 372.—Morirán eternamente sin acabar de morir, I, 374.—Se aborrecen unos á otros, I, 378.—Cuánto los atormenta la rabia contra los demonios, I, 379.—Y la envidia que tienen á los bienaventurados, I, 380.—Y más al verse de éstos burlados y escarnecidos, I, 383.—En qué número caen en los infernos, I, 387.—No sienten menos sus penas por ser tantos, I, 378.

*Condenación* nuestra, sólo á nosotros mismos se puede atribuir, II, 287.—Trabajos con que la compran los malos, II, 306.—Cuánto se ha de temer la propia condenación, I, 187; II, 138.—Y mucho más quien la causa en otros, I, 225; II, 237.—De cuán poco depende á veces, I, 586.

*Confesión* en la hora de la muerte, hecha por señas, da escasa confianza de salvación, I, 203.

*Confesores*, débense elegir con mucha advertencia, I, 193.

*Confusión*, pena propia de los hombres, no de los brutos, I, 128.—Parce la mayor de las penas de Cristo en su pasión, II, 447.—Cuán grande será la de los réprobos el día del juicio, I, 131.

*Contrarios* afectos, cómo se excitan, y cuánto embellecen el discurso, II, 497.

*Conversaciones* libres entre per,

sonas de diferente sexo, cuán peligrosas, I, 451.

*Conversión*, no debe dilatarse á lo último de la vida, I, 165.— Debe hacerse cuanto antes, I, 135; II, 334.— El medio ordinario es la palabra divina, I, 117.

*Cooperación* necesaria para salvarse, I, 441; II, 303.

*Corrección* enérgica hecha á grandes príncipes por sus excesos, II, 24, 49.— Corrección fraterna parece el precepto más fácil de cumplir y es el que menos se cumple, I, 492.— No debe descuidarse, aunque no haya estricta obligación, I, 492.— Corrección blanda ha de preceder ordinariamente á la rigurosa, II, 227.

*Creación* del mundo, en que se parece á la invención y disposición de un discurso, II, 551.

*Criaturas* nocivas, tienen más poder sobre los malos que sobre los justos, I, 206.— Siempre prontas á vengar las injurias de su Hacedor, II, 234.— Todas están proveídas de ayudas proporcionadas á su fin, II, 294.

*Cristianos*, se avergüenzan de profesar á cara descubierta su ley, I, 571.— Cuánto más excusables que los gentiles, si no se salvan, II, 297.— Serán acusados por muchos de ellos en el día del juicio, I, 139.

*Cristo*, cuán buen amigo se nos mostró, I, 41.— Cuán modesto en sus beneficios, I, 45.— Cuán justo en galardonar, I, 52.— Cuán amable en sí mismo, II, 415.— Cuán amoroso, II, 428.— Cuán delicado de complexión, II, 419.— Padeció más que cualquier hombre, II, 420.— Llevó

sobre sí las penas de todos, II, 422.— Cuán poco compadecido en sus dolores, II, 449.— Cuán mal correspondido, II, 455.— Murió igualmente por todos, así predestinados como réprobos, II, 293.— Por qué se dice que murió por los pecados precedentes á su pasión, II, 453.— Cuán ansioso está de salvar almas, I, 495.— Por cuán poco es vilipendiado de los hombres, II, 373.— Cuánto espanto causará á los malos en el día del Juicio, I, 136.— Cuán amorosamente mirará á los limosneros, I, 53; II, 16.— Conviénese que Cristo es Dios, I, 531.

*Cruz*, reputada por el suplicio más infame y cruel, II, 447.

*Cuatro fines* de las semejanzas en los discursos, II, 189.

*Cuerpo*, cuán amado del alma, II, 476.— Cuán justamente será premiado en el cielo en compañía del alma, II, 475.

*Cuerpo de Cristo*, cuánto más perfecto que cualquiera otro, II, 418.— Sólo él fue criado expresamente para padecer, II, 420.— Cuerpo de la mujer vana llevánselo los Jemonios, II, 61.

## D

*Declamación*, su importancia, II, 357.

*Defraudación* del jornal, cuán grave sea en sí, II, 23.— Y cuán dañosa, II, 25.

*Deleite oratorio*, de dónde nace y cómo se alcanza, II, 131.

*Deleites carnales*, cuán abominables, I, 453.— Los del cuerpo son más sensibles al común de los hombres que no los del es-

píritu, II, 479.— No faltarán en el cielo, antes se perfeccionarán, II, 482.— Los espirituales se aventajan sin comparación á los corporales, II, 539.

*Demonio*, nos enseña á estimar nuestra alma, I, 196.— Cuánto trabaja por impedir el fruto de la divina palabra, I, 112.— Y por hacernos caer, especialmente en la hora postrera, I, 297.— Con qué artificio atrae á los hombres, II, 74.— Con qué cuidado guarda á los reincidentes, II, 503.— Tormento que causa á los condenados con su presencia, I, 379.— Y á los que se perdieron para enriquecer á sus hijos, I, 351.— Por qué tomó forma de serpiente en el paraíso, II, 207.

*Demóstenes* y Cicerón cotejados con SENECA, II, 310.— Por qué fueron grandes oradores, II, 345.

*Demostrativo* (género), en qué consiste, y si pertenece á la elocuencia, II, 408.

*Desconfianza* en Dios, causa de graves excesos, I, 481.

*Descripción* y ampliación, oficio de cada una en la elocuencia, II, 221.

*Devoción* santa, cuán laudable, I, 207.— La mala cuán detestable sea, I, 316.— Y cuán perjudicial, I, 325.

*Dialéctica*, relaciones de ella con la retórica, I, 576.

*Dialogo*, por qué y de cuántas maneras se usa en la elocuencia, II, 313.

*Dina*, cuán cara le costó su curiosidad, I, 444.

*Dios* es nuestro Padre, más que cualquiera otro, II, 288.— Cuántos medios nos da para salvar-

nos, II, 206.— Cuán dispuesto siempre á perdonarnos, II, 322.— Y más inclinado á perdonar que á castigar, II, 384.— Ofendido, es el primero en procurar las paces, I, 288.— Es amigo más fiel que no los hombres, I, 50.— Es más fácil en perdonar las injurias propias, que las hechas contra nosotros, I, 70, 539.— Es muy mirado en no descubrir nuestros defectos ocultos, I, 532.— Nadie perdona con mayor facilidad, I, 475.— El don que más le agrada es que ganemos almas, I, 300.— No puede mentir, II, 287.— Ni mandar cosas imposibles, II, 295.— Es más ultrajado de los que reciben de él más beneficios, I, 463.— Con su presencia trae todos los bienes, II, 196.— Atribula á los que ama, II, 178.— Cuán sin razón le ofenden los pecadores, II, 213; I, 461; II, 452.— Cuán injustamente le dan la culpa de su perdición, II, 286.— Cuán justo es desechar verle y gozarle, II, 148.— Con su brazo y poder llega á todas partes, I, 150.— Con qué facilidad puede derribar nuestra soberbia, I, 159.— Cuánto aborrece el pecado, II, 399.— Dios, visto en el cielo, cuánto nos consolará, I, 275.— Dios, en el infierno, mostrará su justicia, I, 370.— No se compadeció de los condenados, antes se burla de ellos, I, 383.

*Dioses* de los gentiles, por qué eran elegidos más bien apocados que valientes, I, 156.

*Disposición* oratoria, ayuda para cuatro fines, II, 550.

*Divinidad*, cuánto la desean los hombres, I, 553.

*Domingo* (Santo), cuán bajamente sentía de sí mismo, I, 422.  
*Don ostentoso* del rey Itausará al rey Darío, I, 150. — *Don afrentoso* de Boleslao I a un cortesano cobarde, I, 141.  
*Doncella* honesta, con qué acción tan heroica echó de su aposento a un joven lascivo, II, 544.  
*Duración* de los discursos, cómo se ha de medir, II, 492.  
*Dureza* de corazón, muy contraria a la elocuencia, II, 340.

## E

*Eclesiásticos*, más obligados que los seglares a la limosna, II, 17. — Cuán prudentes han de ser en tomar sobre sí la cura de almas, I, 511.  
*Ejád* más conveniente para el estudio de la elocuencia, II, 340. — Dos extremos que deben evitarse, II, 341.  
*Educación* de los hijos es de estricta obligación, II, 103. — Y cuán olvidada está, II, 112.  
*Ejemplo* bueno, cuán poderoso es, I, 508. — Con el se ha de reparar el malo, I, 333. — De amistad falsa, I, 43, 48, 233. — De amor desordenado a los hijos (Agripina), I, 352. — De amor ordenado (Agrícola), I, 345. — De amor santo (Blanca de Castilla), II, 725. — De ángeles que han servido a los justos, II, 208; I, 425. — De valor en desechar las tentaciones, II, 544, 214. — De avarientos, castigados por Dios, I, 347; II, 15. — De audacia en los peligros, I, 4, 209. — De catástrofes lamentables, II, 262; I, 168; II, 364; I, 244. — De compasión

con los miserables, II, 414, 449. — De vergüenza pública, I, 130. — De conversiones obradas por la palabra divina, I, 116, 121; II, 335. — Por la lección de libros sagrados, I, 587, 592. — Por otras causas, I, 599; II, 331. — De cooperación a la gracia, I, 441. — De corrección enérgica, I, 423; II, 24. — De crueldad ingeniosa, I, 374. — De descortesía abominable, I, 244. — De disimulación en los desastres, I, 346. — De divinidad afectada, I, 533; II, 171. — De educación esmerada, II, 125. — De familias castigadas por culpa de sus antepasados en enriquecerlas, I, 347. — De fidelidad con sus capitanes, I, 496. — De fidelidad en cumplir las promesas, II, 504. — De gentiles que avergonzaron a muchos cristianos, I, 140, 346. — De gratitud en la fieras, I, 463. — Y en los hombres, I, 473. — Y aun para con los mismos animales, I, 477. — De hambre extrema, I, 109. — De justos perseguidos, I, 210, 212, II, 225. — De justos que se perdieron en las ocasiones, I, 440. — Y en la prosperidad, I, 466; II, 170. — De justos favorecidos de Dios por su bondad, I, 362, 442, II, 357. — De justos que temieron en la muerte, I, 198. — De justos vencedores de los respetos humanos, 207, 210, 212, 217. — De impenitencia final, I, 358, 307, 541; II, 61. — De incrédulos castigados por Dios, I, 404, 407, 423. — De leyes necias dictadas por los sabios antiguos, 556. — De mártires constantísimos, I, 561; II, 214, 487. — De muerte origina-

da de leves causas, I, 166. — De muertes malas, I, 5, 133, 358, 307, 388, 541; II, 61. — De muertes inesperadas, I, 8, 168, 423, 538; II, 258, 262. — De muerte santa, II, 264. — De muerte trágica, I, 244; II, 263. — De murmuradores castigados por Dios, I, 538, 540. — De odio entre hijo y padre, condenados, I, 359. — De pecadores agitados de remordimientos, II, 78. — De pecadores castigados por Dios cuando menos se lo pensaban, II, 174. — De penitencia falsa, I, 294. — De penitencia pública (Potamio), I, 294. — (Teodosio, Suenón, etcétera), II, 49. — De penitencia severa por faltas leves, I, 603. — De perdón magnánimo, I, 79, 88. — De piedad con los muertos, I, 247. — De predicadores molestados por demonios, I, 113. — De prelacos hoidos por humildad, I, 512. — De prosperidades que han provenido de casos adversos, I, 304. — Y de accidentes ligeros, I, 584. — De reverencia a los templos, II, 49. — De soberbia en la prosperidad, II, 171. — De soberbia en los títulos, II, 383. — De soberbios castigados por Dios, I, 325; II, 402. — De tentadores desechados, I, 56; II, 214, 544. — De temor en los peligros, I, 16; II, 133. (Enrique Susón), II, 274. — De traiciones, II, 257. — Y por los más amados (Judá), II, 430. — En la prosperidad mundana, II, 261. — De tribulaciones sufridas con gran serenidad, II, 183. — De vicios mezclados con virtudes, II, 484.

*Ejemplos* y semejanzas, necesi-

dad de ellos en la elocuencia, y de cuántas maneras pueden usarse, II, 99.

*Elección* de los argumentos, según Quintiliano, I, 485.

*Elocución*, importancia de ella en la elocuencia, según Quintiliano, I, 35. — Cualidades que debe tener, I, 66.

*Elocución*, cómo acomodarse a la materia, al orador y a los oyentes, II, 552.

*Elocuencia* cristiana, en qué hace ventaja a la política, a la judicial y a la académica, II, 377.

*Elocuencia*, su necesidad hoy día (Introducción), I, VIII. — En qué consiste su mérito, II, 489.

*Enemistades*, de cuánto daño a quien las guarda, I, 71. — En muchos no están extinguidas, sino adormecidas, I, 86.

*Enrique Susón* (Beato), nos enseña cómo hemos de vivir y tratar con el mundo, II, 274.

*Envidia*, qué especie es la peor y más abominable, II, 228. — Cuanto atormenta a los condenados, I, 380.

*Erudición* propia de la elocuencia sobre todo de los discursos históricos, II, 378.

*Escándalos*, cuanto desagradan a Dios, I, 346; II, 238. — Cómo se han de reparar, I, 333, 503. — El escandaloso es peor que el mismo demonio, II, 238.

*Escarnecer* a los buenos es gravísimo pecado, I, 225; II, 243.

*Estado* y condición social, cuánto se apetece el alcanzarlo, II, 10. — Por qué caminos se debe procurar honradamente, II, 11. — Cuanto más contribuyen los medios honestos que los malos, II, 349.

*Estilos*, deben acomodarse más al fin que á la materia del discurso, II, 491.

*Estudio*, segunda fuente de la invención oratoria, II, 550.

*Eternidad*, cuán inconsolables hace las penas de los condenados, I, 373.

*Ethicon y pathéticon*, en la elocuencia. Cómo se usan, I, 66; II, 33-35.

*Eusebio*, monje, cuán secretamente se castigó por una mirada curiosa, I, 604.

*Experiencia*, primera fuente de la invención oratoria, II, 549.

*Exordios* ex-abruptos, cuándo y de qué manera han de emplearse, II, 311.

## F

*Familias* enriquecidas por malos medios, cuán poco duran, I, 345. Son la condenación de quien las engrandece, I, 350. — De qué manera se han de aliviar en su pobreza, I, 362; II, 13.

*Faraón*, cuán incrédulo á las divinas amenazas, I, 414. — Cuán insensible en los castigos, I, 289. — Castigado por oprimir á los jornaleros, II, 26. — Fué figura del mundo en el tratamiento que hace á quien le sirve, II, 271.

*Fe* cristiana, es la sola verdadera, I, 549.

*Fervor* de espíritu, cuánto más necesario en los penitentes que en los inocentes, II, 314.

*Fidelidad*, cuán rara es en los hombres, I, 47. — Cuán grande en Dios, I, 50.

*Fides, pondus, firmamentum*, tres partes de que consta la confirmación, II, 524.

*Figuras* más propias de la amplificación afectiva, II, 471.

*Fin* de la elocuencia, distinto del oficio, I, 456.

*Francisco* de Paula (San), cómo amonestó á Don Alfonso, rey de Nápoles, II, 24.

*Frutos* de la verdadera elocuencia, II, 282.

## G

*Gentiles*, por qué adoraban divinidades estúpidas, I, 156. — Cuánto honraron á los muertos, I, 247. — Cuánto reconocimiento guardaban algunos en sus templos, II, 42. — Muchos de ellos confundirán á los cristianos el día del Juicio, I, 439. Condenarán acusando, no juzgando, I, 140.

*Gloria*, cuánta sea, y júbilo del alma al entrar en ella, I, 267. Cuán neciamente la arriesgan los hombres por los bienes de la tierra, I, 278, 279. — No se puede alcanzar sin fatiga, I, 83, 603.

*Gracia* divina, más poderosa que la naturaleza, II, 320. — Obra grandes mudanzas, II, 318, I, 421. — Nunca se niega la suficiente á ninguno, II, 293, 322. Tiene la muy copiosa los cristianos, II, 328. — No siempre el más virtuoso la tiene mayor, II, 499. — Si no es tan eficaz, procede de nosotros, II, 301.

*Graduación* lógica y patética, su teoría, I, 98. — Su práctica, I, 71.

*Granada* (Ven. M. Fray Luis), su teoría acerca del aprender de memoria los discursos, II, 556. Comparado con Rivadeneira, Malon de Chaide y SENECA, I,

286. — Si hay que predicar de la dificultad de valerse, I, 313. — Cómo le imita SENECA, II, 345.

*Grandilocuencia*, cuándo es más necesaria, I, 429.

*Gratitud*, aun en las fieras, I, 463. — Mayor para con los hombres que para con Dios, I, 473. Con ser Dios más fácil de contentar, I, 475.

## H

*Hábito* de presumir de la divina misericordia, II, 91. — Cuánto dificulta la confianza en la hora de la muerte, II, 94.

*Hambre*, á qué extremos obliga, I, 105. — La de la divina palabra cuán importante, I, 115. — Y, con todo, cuán rara es, I, 104.

*Hebraos*, por qué los tuvo Dios en Egipto tan afligidos, II, 136. Con qué título despojaron á los egipcios, II, 26. — Cuán regaladamente los trató Dios por el desierto, II, 529. — Cuán cara les costó su poca paciencia en aguardar á Moisés, II, 497. — Que juicios tan errados formaron de él, entre las tempestades del Sinai, II, 535. — Por qué fueron castigados junto á la tierra de promisión, II, 498. — Cómo se malearon con la prosperidad, I, 466. — Fueron dichos mientras fueron buenos, infelices cuando malos, II, 351. — Con qué llanto celebraban el aniversario de la ruina de Jerusalén, II, 201.

*Hijo pródigo*, cuán amorosamente le acogió su padre, aunque volvía por interés, II, 329. — Primero le cubrieron su desnudez que repararon su hambre, I, 532.

*Hijos*, qué mal se los educa, II, 112. — Salen comúnmente como quieren sus padres, II, 124. — No deben confiarse al cuidado de cualquiera, I, 191.

*Hipocresía*, no puede durar mucho tiempo, I, 336. — Es hoy día más raro este vicio que el opuesto, I, 316.

*Históricos* (discursos), cuatro cualidades que han de tener, II, 378.

*Honesto* y útil, suelen ir juntos, II, 349.

*Honor*, no se mantiene con vengarse, I, 78. — Débese posponer en todo caso al honor divino, I, 84.

## I

*Idea* del orador perfecto según San Jerónimo, I, 668.

*Ignacio de Loyola* (San), semejante en muchas cosas á San Antonio Abad, I, 591. — Cómo se convirtió, I, 592.

*Impenitencia* final de un variente, I, 358. — De un amancebado, I, 397. — De una mujer vana, II, 61. — De un público murmurador, I, 541. — De quien dilata la penitencia, I, 8. — A qué riesgo se expone, según Escoto, I, 188.

*Impíos*, por qué son á veces prosperados de Dios, II, 181, 361. Pero nunca viven alegres, II, 182. — Mueren antes de su tiempo, I, 8.

*Inconstancia*, males que acarrea, I, 504. — Deben los temer todos mientras dura la vida, II, 140.

*Inducción*, qué es y cómo se usa, II, 279. — En qué estriba su fuerza, II, 379.

*Inferno*, cuán horrible por ser

logar de puro parecer, I, 369.  
*Ingratitud*, aborrecida aun de los brutos, I, 463. — Y, con todo, innumerables hombres son ingratos con Dios, I, 466.  
*Injusticias* de los hombres con Jesucristo en su Pasión, II, 436.  
*Interés*, rompe las más estrechas amistades, I, 47.  
*Invectiva* contra los que se niegan á perdonar á sus enemigos, I, 91. — Contra los pecadores obstinados, I, 389. — Contra los profanadores de los templos, II, 57. — Contra los que roban almas á Cristo, II, 238. — Contra los rebeldes á la gracia, después de tantos sermones, II, 544.  
*Invención*, tres cualidades que ha de tener, según Cicerón, I, 25.  
*Ira*, propiedades de esta pasión, y cómo se ha de combatir en la elocuencia, I, 93. — Es pasión que ciega, I, 71. — Iracundos que se revuelven contra los que quieren reportarlos, II, 392.  
*Isaico*, monje, cuán animoso en corregir al impío Valente, I, 424.

## J

*Jacob*, cómo procedió en las asechanzas y asalto de Esau, I, 189. — Cuán cara le costó su indulgencia con Dina, II, 121.  
*Jericó* cercada tan extrañamente por Josué, qué significa, II, 396. — Vino á tierra cuando menos pensaban sus moradores, I, 172. — Por qué en siete días y no antes, II, 397.  
*Jeroboán*, á qué extremos le arrastró su política malvada, I, 481.  
*Jerónimo* (San), cuánto confunde con su ejemplo aun á los

más fervorosos, I, 198, 438. — Su idea del orador perfecto, I, 608.

*Jesús*, virtud maravillosa de tan divino nombre, I, 569.

*Jonás*, que era el culpable, dormía en medio de la tempestad, I, 420. — No fue arrojado al mar sin preceder auto, II, 439.

*Juclas*, traidor, acrecentó la vergüenza de Jesús en su Pasión, II, 434.

*Juicio universal*, de cuánta confusión á los pecadores, I, 127. Y cuánta gloria á los justos, I, 141, 222. — Muchos parece que lo tienen por fábula, I, 146. — Nadie podrá escapar de él, I, 129.

*Juicios temporarios*, más frecuentes en los más desalmados, I, 532.

*Juicia* divina, cuánto más tarda, más temible, I, 170. — En el infierno hará muestra de sí, I, 370. También se manifiesta en este mundo, I, 403; II, 399.

*Justos*, mientras viven jamás deben presumir de sí, I, 533; II, 149. — Siempre han de huir las ocasiones, I, 433; II, 516. Cómo se han de animar á perseverar, II, 495. — Cuán regaladamente los trata Dios aun en este mundo, II, 527. — Y cuánto más felices que los pecadores, II, 530. — Llegan á tal estado, que se les hace más difícil el vicio que la virtud, II, 320. — Y á no vivir contentos, si no padecen algo, II, 527. — Con ser los que menos ofenden á Dios, procuran más que nadie aplacarlos, I, 421. — Por ellos sufre Dios á los pecadores, II, 235. — Cuán perseguidos andan de los malos, I, 209

No deben por eso desalentarse, I, 210. — Con qué júbilo verán á los malos debajo de sus pies, en el día del Juicio, I, 141.  
*Juventud*, con qué esmero debe educarse, II, 103. — Y cuán mal está hoy día, II, 112. — Qué pecado tan grave escandalizará, II, 115.

## L

*Ladislao*, rey de Bohemia, experimenta lo engañoso de la mundana prosperidad, II, 264.

*León* (Fray Luis de) cotejado con SÉNARI, I, 284.

*Ley agraria*, comparación entre el discurso de Cicerón acerca de esta ley, y el de SÉNARI *De huir las ocasiones*, I, 459.

*Ley evangélica*, cuán sabia y santa, I, 556. — Está ordenada para facilitar el cumplimiento de la ley natural, I, 446.

*Leyes* necias de los sabios antiguos, I, 556. — Leyes mundanas, cuán opuestas á las de Dios, I, 78. — Y cuánto más pesadas, II, 269. — Libertad en el trato, cuán peligrosa, I, 452.  
*Libre albedrío* es el que frustra la eficacia de la gracia que el Señor nos da, II, 301.

*Libros* buenos, fueron ocasión de muchas conversiones, I, 587. Con leer á Platón, se animó Catón á despreciar la muerte, II, 485.

*Limosna*, es de precepto y hasta qué grado, II, 3. — Cuán provechosa para lo temporal, II, 14. Y para lo espiritual, II, 10. — Por qué la premia Dios tanto, II, 19. — La que se hace al alma aventaja mucho á la del cuerpo, I, 500.

*Limosneros*, tienen el arte de enriquecerse, II, 15. — Cuán honrados serán el día del juicio, I, 53; II, 20.

*Liviandad*, qué pecado tan enorme y tan poco ponderado, I, 453. — Por ella vino el diluvio, I, 453. — Cómo comienza á enseñorearse, I, 454.

*Ludovico* el Craso, rey de Francia, mostró en la hora de su muerte cómo se han de menospreciar las honras, II, 154.

*Llanto* de los judíos en el aniversario de la ruina de Jerusalén, II, 201.

## M

*Magdalena*, cuán cortésmente fué acogida de Cristo, II, 315.

*Malón de Chalde*, comparado con SÉNARI, Granada y Rivedeña, 286.

*Maquiavelo*, su malvada política refutada por SÉNARI, II, 376.

*Mártires* cristianos, cuánto comprueban la verdad de nuestra ley, I, 561. — Cuán animosamente despreciaron la muerte, I, 563; II, 487.

*Materia y forma*, cómo se pueden imitar, II, 70.

*Matrimonio*, cómo se demuestra ser indisoluble por su naturaleza, II, 104.

*Mauricio* emperador, cómo pagó su dureza con los cautivos, I, 244. — Eligió antes ser castigado en la vida presente que en la venidera, I, 245.

*Meditación* de los argumentos como parte de la invención, I, 485; II, 550.

*Memoria*, cuán necesaria al orador y cómo se acrecienta y robustece, II, 555.

*Milagros*, no deben pretenderse sin necesidad, ni en el orden de la naturaleza ni en el de la gracia, I, 441.

*Miradas curiosas*, cuánto costaron á Dina, I, 444; II, 121.—Cómo se castigó por una mirada ociosa el monje Eusebio, I, 604.—Miradas lascivas, por qué se prohiben tan severamente, II, 515.—Cuánto las temía un San Jerónimo I, 438.

*Misericordia divina*, cómo recibe á los pecadores, II, 315.—Dios es más inclinado á ella que á la justicia, II, 290; 387. Mas no por eso nos socorre siempre de la misma manera, I, 299.—Ha de permitir que quien mal vive muera mal, I, 303.—De ella proceden las amenazas tan espantosas, I, 495; II, 394.

*Moción de los afectos*, parte la más difícil y principal de la elocuencia, II, 464.—Cómo hay que disponerla, II, 467.

*Moción interna ó lengua de Dios*, cuán necesaria en la predicación y cómo se adquiere, I, 612.

*Moisés*, cuán diferente se hallaba en el monte Sináí de lo que creía la muchedumbre, II, 537.—Cuán rigurosamente vengó un pecado, aunque ligero, pero público, I, 327.

*Monotonía en las formas oratorias*, cómo debe evitarse, II, 379; 411.

*Mortificación*, no nos quita los deleites corporales, antes los aplaza por el cielo con crecida usura, II, 481.—Cuán propia de la religión cristiana, II, 473.

*Muerte*, cuán cerca está, I, 13,

167.—Debémosla tener por continua consejera, II, 142.—Cuán supersticiosamente la temen algunos, II, 133.—Debénla temer los pecadores, no los justos, II, 138. En la muerte se piensa y siente mejor de la vanidad del mundo, II, 153.—Por qué razones la desprecian algunos gentiles, II, 538, 485.—Corresponde á la vida, I, 21.—Cuántos bienes trae á los justos, II, 138.—Para aprovechar en la virtud, hemos de considerarla inminente, II, 497.—Que es á veces beneficio de Dios morir prematuramente, II, 139.—Después de resucitado J. C. es más fácil despreciarla, II, 486.—A los pecadores se les acelera por sus culpas, I, 8.—Fuera el mayor alivio de los condenados, I, 373.—La muerte repentina es más frecuente en los ímpios que en los justos, I, 8.

*Muertos*, cuánto respeto guardaban los antiguos á su memoria, I, 247.

*Mundo*, convencido de traidor, II, 255.—Honra más á los que más lo despreciaron, II, 267.—Impone cargas más pesadas que J. C., II, 269.—Qué reglas deben guardar los que no pueden huir de él, II, 272.—Solo puede dar gustos muy menguados, I, 261.

*Murmuradores*, cuán perjudiciales á aquellos de quien murmuran, I, 523.—A los que escuchan, I, 526.—Y mucho más á sí mismos, I, 530.—Artificio que emplean para acreditarse, I, 531.—Ordinariamente mueren mal, I, 537.

## N

*Nabucodonosor* honró á los tres mancebos que rehusaron adorarle, II, 268.—Trocado en bestia, cuánto tardó en reconocerse, II, 402.

*Naturaleza*, gracia y arte, compañeras entre sí, en orden á conseguir un fin, I, 612.

*Naturalismo* en la elocuencia sagrada debe desterrarse, II, 554.

*Necesidad* de los oyentes, ha de regular los afectos y toda la economía del discurso, II, 339.

*Neologismos y barbarismos*, cómo los evita Séneca y cuánto corrompen la elocuencia, II, 554.

*Néron* contemplando el incendio de Roma y burlándose de las víctimas, I, 383.

*Noé*, triunfante de los burladores, debe animar á los justos, burlados y encarnecidos de los malos, I, 218.

## O

*Ocasión mala*, cuánta fuerza tiene para inducir á pecado, I, 435.—Sin que valga ni virtud propia ni la gracia divina, I, 437.—Con qué severidad las prohíbe Dios, I, 446.—Y, con todo, los más las buscan de propósito, I, 451.—Es menester guardarse aun de las más ligeras y remotas, II, 512.

*Ocasiones*, cuánto importa huir de ellas para no caer, I, 433.

*Odio*, nos induce á hacernos daño á nosotros mismos, por hacerlo á nuestro enemigo, I, 73.—Es peor el odio oculto que el manifiesto, II, 395.

*Oficiales no pagados*, no se los debe exasperar con malas palabras, II, 22.—Cuánto pueden con sus lamentos para provocar la ira de Dios contra sus opresores, II, 25.—Cuán justo es que se les pague, II, 27.

*Origen de la sólida elocuencia*, II, 187.

## P

*Pablo el Simple (San)* vió á un pecador salir de la iglesia muy diferente de como había entrado en ella, I, 121.

*Padres*, cuán obligados están á criar bien á sus hijos, II, 103.—Los que no lo cumplen son castigados gravísimamente, II, 120.

*Paga defraudada* á los jornaleros, es gravísimo pecado, II, 21.—Y muy perjudicial, II, 25.

*Palabra divina*, cuán desoída de los cristianos, I, 103.—Y cuán perseguida de los demonios, I, 112.—Cuán necesaria para salvarse, I, 115.—Cuán eficaz, I, 121.—Despreciada de los pecadores, I, 174.

*Pasión de Cristo*, no ha tenido igual: cómo debe ser correspondida, II, 416.

*Pasiones*, qué son y orden natural con que se excitan ó sosiegan, II, 210.

*Pastores de almas*, cuán severamente obligados á procurar su salvación y la de los prójimos, I, 510.

*Paq*, no la tienen los pecadores, sino los justos, II, 533.

*Pecado*, cuántos daños acarrea al pecador, II, 193.—Por qué se hace tan poco caso de él, II, 213.—Por qué es tan aborreci-

do de Dios, II, 399. — Es la causa de tantos desastres como padecemos, I, 407. — Es la ruina de los príncipes y de los pueblos, II, 360. — Acorta la vida, I, 8. — Atormenta la conciencia, II, 73. — Despreciado en vida, aterrará más en la muerte, II, 82. — Parece imposible después de la muerte de Cristo, II, 452. — Y, con todo, no hay cosa más común, II, 455. — Los pecados públicos difícilmente los tolera Dios, I, 326. — ¡Ay de los que hacen alarde de cometerle!, I, 315. — Perdonado, ya no nos puede dañar, II, 322. — Cuántas más veces se nos perdonó, menos se nos perdonará en adelante, I, 170. — Hay un número determinado en orden al perdón, II, 506. — Cuánta confusión causará el día del juicio, I, 131. — Por qué ahora no avergüenza al pecador, I, 135. — Que es más fácil prevenirse que salir de él, II, 515.

**Pecados veniales**, cómo llevan poco a poco a la perdición, I, 424. — Cuán severamente los castiga Dios, II, 399. — Cuánto se ha de lutar para no caer en los mortales, II, 512.

**Pecadores**, cuán poco aprecian su alma, I, 17. — Cuán temerarios en presumir de sí, estando en pecador mortal, I, 20. — Ordinariamente mueren como vivieron, I, 21. — Cuán presumidos en tomárselas con Dios, I, 158. — Tanto más han de temer en lo futuro, cuanto más los sufrió Dios en el pasado, I, 167. — Se exponen a grandes riesgos dilatando su conversión, I, 187; II, 91. — Suelen

tratar a Dios como si fuese un perro, I, 305. — Están perdidos los que ya pecan descaradamente, I, 315. — Los que más presumen en vida, más desesperan en la muerte, II, 91, 94. — En la muerte conocen su engaño, II, 93. — Pero muchas veces sin provecho, II, 96. — Se condenan porque quieren, II, 287. — Sufren más para condenarse que lo que sufrirían para salvarse, II, 269. — Búrlanse de los predicadores por las amenazas, I, 174. — Cuán duros a los castigos, I, 404. — Cuánto tardan en reconocerse, II, 403. — Y aun empujan con los castigos, I, 420. — Gran prodigio verlos reír estando en pecado, II, 195. — Las criaturas se arman contra ellos, II, 206, 360. — Mueren desastrosamente, I, 10. — Son menos amparados de los ángeles, II, 208. — Y menos oídos de Dios, II, 196. — No pueden, estando en pecado, hacer obra meritoria, II, 198. — Cuánto se perjudican a sí mismos en tener compañeros en el vicio, I, 225; II, 232. — Por qué a veces los prospera Dios, II, 302. — No son felices, aunque lo parezcan, II, 73, 181. — No pueden tener descanso, II, 533. — Remordimientos de su conciencia, II, 184, 182. — Principalmente en la muerte, II, 82. — Gran confusión el día del juicio, I, 127. — Uno solo provoca la ira de Dios sobre todo el mundo, I, 498. — Pueden, si quieren, llegar a ser grandes santos, II, 317.

**Peligros de pecar**, se han de evitar cuidadosamente, II, 512. — Son muy continuos mientras

dura la vida, II, 138; I, 16, 433, II, 140.

**Penitencia**, nos puede levantar a la más alta perfección, II, 317. — Es evidéntísimo riesgo dilatarla hasta la muerte, I, 187; II, 287. — Hay que comenzarla desde luego, I, 13; II, 333.

**Penitencia corporal**, por qué fines ha sido instituida por la Iglesia, I, 250. — Cuán conveniente a los seglares, aun más que a los religiosos, I, 251. — Cuán espantosa en algunos, I, 198. — Cuán severa aun por culpas leves, I, 603. — Ella sola puede sosegar el corazón, II, 96.

**Penitentes**, tan favorecidos de Dios como los inocentes, II, 325. — Obras que han de hacer después de convertidos, II, 513.

**Pequeñas cosas**, son principio de grandisimos efectos, I, 563.

**Perdición de nuestras almas**, pende sólo de nosotros, II, 287. — Con qué afán se la procuran algunos hombres, II, 305.

**Perdón de los enemigos**, más útil a quien lo otorga que a quien se concede, I, 71. — Cuánto importa el concederlo y cómo no menoscaba la honra, I, 78. — El que Dios da es muy diverso del que dan los hombres, II, 323. — Conceder el perdón es propio de ánimos generosos, II, 385.

**Perseguidos es de Cristo**, son argumento de la virtud y fe cristiana, I, 565. — Los de los justos han de temer su condenación, I, 225, II, 225.

**Perseverancia en el bien**, cuán necesaria, II, 506. — Ninguno puede prometérsela, II, 140. — Se puede esperar, si se hace lo que conviene, II, 336. —

Con qué medios se consigue, II, 512; I, 435.

**Persuadir**, en qué sentido es propio del poeta, del filósofo, del historiador y del orador, II, 409.

**Piedad**, cuán provechosa para conseguir bienes celestiales y aun terrenos, II, 347. — Ella sola puede sosegar el corazón, II, 96.

**Pinturas lascivas**, de cuánto peligro en las casas cristianas, I, 450.

**Pobres** tienen su renta fundada en lo superfluo de los ricos, II, 4. — Son desamparados de los ricos, y aun vejados inhumanamente, II, 22.

**Política sin Dios**, cuán execrable, II, 347. — A qué excesos conduce, I, 481. — La provechosa a todos los estados es la política de Cristo, II, 351.

**Popularidad**, carácter de la elocuencia señeriana, II, 553.

**Práctica**, ha de serlo la elocuencia, II, 381. — Reglas para que lo sea, II, 381.

**Precauciones oratorias**. En qué consisten, I, 578.

**Predestinación**, pende a veces de cosas muy pequeñas, I, 586. — No debe escudriñarse con curiosidad, II, 285. — En qué principios hemos de estribar para no desesperarnos, II, 285.

**Prelacias**, cómo buyeron de ellas los varones más santos, I, 512.

**Prelados**, han de favorecer a los virtuosos, I, 334.

**Preparación** a los grandes afectos; cómo y de cuántas maneras se hace, II, 129.

**Preparación remota y próxima** de un discurso, cuán necesari-

rias y en qué consisten, II, 497.  
**Presencia** del objeto, cuánta fuerza tiene para avivar el apetito, I, 435.  
**Príncipes**, cómo han de gobernar sus estados para hacerlos felices, II, 308.—Cuán obligados están á favorecer á los hábiles y á los virtuosos, I, 334.  
**Principios** de las cosas, son comúnmente más difíciles que sus progresos, II, 501.—Aunque sean en sí pequeños, pueden producir grandes efectos, I, 583.  
**Progresión** en el orden de las ideas y de los afectos, necesaria en la elocuencia, II, 380.  
**Promesas**, cuán diferentemente las cumplen Dios y los hombres, I, 39.—Cuán fieles en ellas han sido algunos, II, 504. Más fieles hemos de ser nosotros, II, 511.  
**Pronunciación** oratoria, cuatro cualidades que debe tener, II, 558.—Reglas particulares, II, 558.  
**Prosperidad**, trastorna el juicio á los hombres, II, 171.—Aun á los buenos los malicia, I, 466.—Lleva á los incantados á su perdición, II, 176, 363.—La de los impíos es aparente, II, 181.—Por qué la da nuestro Señor á los impíos, II, 361, 363.—Para conseguirla, mejor es la virtud que no el vicio, II, 351, 357.—No es más común en los malos, sino más notada y advertida, II, 361.  
**Purgatorio**, figurado en la Probática Piscina, I, 233.—Es atrocísimo por sus penas de daño y de sentido, I, 235.—Castigo que merece el que no socorre á las almas, I, 243.—Y más sien-

do cosa tan fácil, I, 241.—Justísima, I, 244.—Y provechosísima, I, 248.—Qué hemos de hacer para no penar en él, I, 251.

## R

**Razón** de estado, á qué excesos conduce, II, 347.—Sobre qué se ha de fundar para que sea provechosa, II, 349.  
**Recaída**, de gran peligro, II, 502. De gravísima injuria á Dios, II, 510.—Cómo se evita, II, 512; I, 433.  
**Reglas**, necesidad de ellas en la elocuencia, y en qué se fundan, (Introducción), I, x.—Regla suprema de la elocuencia, II, 489.  
**Religión** cristiana, única verdadera, I, 549.—Fué la primera en perseguir al cuerpo, II, 473. Y la primera en promover la resurrección, II, 475.  
**Remordimientos** de conciencia, pena terrible para el pecador, II, 76.—Sobre todo atormentan en la muerte, II, 82.—Es la mayor tribulación, II, 182.  
**Reproñión** de Cristo á un pecador moribundo, II, 94.—De Cristo juez al hombre reo, I, 136.—De Cristo en la cruz al mal cristiano, II, 458.  
**Reprobos**, sólo si mismos pueden atribuir su condenación, II, 487.  
**Reputación**, es pretexto frívolo para colorear la venganza, I, 78.—Exponerla por Dios, muy meritorio, I, 78.—Es más difícil restituirla que no la hacienda, I, 525.  
**Respetos** humanos, como se han de atropellar por Dios, I, 208. En esto consiste la sólida vir-

tud, I, 224.—Cuántos males acarrea, I, 222.—Quién está más obligado á vencerlos, I, 333.

**Respuesta** de un soldado á Job, que le reprende de no haber muerto á Absalón, I, 56.—De un bárbaro á un capitán, que le creía rebelde, I, 166.—De un predicador á un príncipe, que le habia mostrado sus riquezas y sus jardines, I, 253.—De Eusebio, monje, á quien se escandalizaba de sus ásperas penitencias, I, 604.—Del rey Luis el Craso, á los que lloraban de verle morir tan pobremente, II, 154.—De un capitán á un rey, que se daba más á los pasatiempos que al gobierno, II, 193.—De San Policarpo al proconsul, que le tentaba á que blasfemase de Jesucristo, II, 214.

**Restitución**, de la fama cuán difícil, I, 525.—De la hacienda, conserva las casas y familias, I, 347.—De almas quitadas á Cristo, cuán necesaria, I, 503. Cómo esto se puede practicar, I, 506.

**Resurrección** de los cuerpos, cuánto nos ha de animar á mortificarlos, II, 481.—Y á despreciar la muerte, II, 484.

**Retórica**, su definición según Aristóteles y Cicerón, (Introducción), I, xi.—Según Luis Vives, II, 343.

**Ricos**, están obligados á repartir lo superfluo entre los pobres, II, 2.—Cuánto provecho pueden sacar de la limosna en este y en el otro mundo, II, 11.—Cuán necios son en amar más á los suyos que á sí mismos, I, 350.—De su lujo antes sacian

ignominia que honra, II, 11. **Riquezas**, siempre son peligrosas para el alma, I, 356.—Mucho más las habidas por malos medios, I, 357.

**Risa**, es incomprendible en quien está en pecado mortal, II, 195. **Rivadeneira** comparado con Séneca, Granada y Malon de Chalde, I, 286.

**Robar** almas á Cristo, es el hurto más sacrilego, II, 238.—Obliga á la restitución, I, 503. **Robles** (Juan de), su criterio acerca del estilo de los predicadores, I, 367.

**Rodolfo**, su sentir acerca de la elocuencia doctrinal y patética, I, 575.

## S

**Sacrificios** de la ley antigua, por qué menos costosos que los de los gentiles, I, 475.

**Salud** corporal, es el más estimado de los bienes terrenos, I, 102.—Cuán fácilmente nos la puede Dios quitar, I, 164.

**Salvación** eterna, es negocio muy arriesgado, I, 497.—De cuán poco depende, I, 582.—Por Dios no queda, si no la conseguimos, II, 289.—Importa asegurarla bien, I, 15, 194.—No se ha de tener en poco, I, 83.

**Sansón**, presume de sí por sus pasadas victorias, I, 291.—Fuerzas que recobró con volverle á nacer los cabellos, II, 500.

**Saul**, de un mal pequeño vino á su total ruina, I, 595.—Sus angustias en la muerte, II, 85.—Más no de su salvación, II, 91. **Séneca**, con qué consideración se

animó a despreciar la muerte, II, 538.

**Sentidos**, cuán fáciles de engañarse, II, 526. — No nos han de guiar en nuestros juicios sobre la vida espiritual, II, 527.

**SÉRBI**, su vida como orador, su formación literaria, triunfos oratorios, principios literarios de su cuarema. (Introducción.) I, xii.

**Serpiente**, por qué la castigó Dios no temesle ella culpa, II, 237.

**Silogismo**, su importancia en la elocuencia, en qué se distingue el dialéctico del oratorio, II, 279.

**Soberbios**, castigados por Dios en diversos géneros, I, 324.

**Soltería**, por qué señales se muestra, I, 183. — Es mayor en los negocios temporales que en los eternos, I, 16, 185; II, 395. Debe ser mayor en los eternos, I, 18, 194.

**Susurrios y disuasorios** (discursos), su teoría, I, 543.

**Suénen**, rey de Dinamarca, dió raro ejemplo de pública penitencia, II, 50.

**Superfluo** (lo), en las riquezas débese á los pobres, II, 2. — Cuál sea éste, II, 9.

**Superiores** han de trabajar en el bien de los súbditos, I, 510. — Cuán obligados á favorecer más á los más virtuosos, I, 334.

## T

**Temeridad** de los pecadores en tomárselas con Dios, I, 157. — En estar un momento en pecado mortal, I, 3; II, 204, 207. Mayor la de los que viven habitualmente en él, I, 20. — De

los que dilatan su conversión, I, 292, 187.

**Temor**, si es más común que no la audacia, I, 4. — Temor de no pecar, débelen tener aun los perfectos, I, 438. — Temor de condenarse, se ve aun en los santos, I, 197.

**Templos**, cuánto se han de respetar, II, 37. — Para qué los quiere Dios, II, 45. — Cuán reverenciados de los antiguos cristianos, II, 49. — Aun los bárbaros los respetaron, II, 55. Diferencia entre ellos y el arca de Noé, I, 122.

**Temporal** (lo) más apreciado comúnmente que lo eterno, I, 16, 147, 187, 279, 337; II, 305.

**Tentaciones** de parte de los hombres, más peligrosas que las diabólicas, II, 238.

**Tentadores** desechados con timidez (Pericles), I, 54. — Animosamente, I, 56, 222; II, 214, 544.

**Término** afectivo y término efectivo del discurso; qué son y cómo se alcanza cada uno, II, 161.

**Tesis** é hipótesis en determinada materia, I, 457.

**Títulos** fastuosos que usan los hombres, II, 383. — Cuáles pretenden principalmente, II, 384.

**Tobías** el viejo, dechado de padres, I, 362. — A su hijo, ni aun en manos de un ángel le tenía por asegurado, I, 191.

**Tomás** (Santo), suministra á SÉRBI el argumento de la Pasión, II, 470.

**Traducir**, dos modos ó sistemas. Cuál se ha seguido en el SÉRBI ESPAÑOL, I, XVIII.

**Traidor**, se manifiesta cómo lo es el mundo, II, 455.

**Tres cosas** que se deben considerar en todo razonamiento: de dónde, adónde, por dónde, II, 158.

**Tribulación**, es merced de Dios, II, 164. — Aunque no lo huese la deberíamos aceptar, II, 165. Enviála según las fuerzas, II, 178. — La mayor de todas es el remordimiento, II, 184, 91.

**Triunfo** del orador, que depende de la moción y de los medios prácticos, II, 523.

## U

**Utilidad**, mueve más al pueblo que lo honesto, II, 490.

## V

**Valente**, emperador, cómo pagó su obstinación, I, 423.

**Varietad** de colorido, cuán necesaria en la elocuencia, II, 314. Señorío que exige de sí mismo, II, 338.

**Venganza**, más perjudica á quien la toma que á quien la padece, I, 71. — No se justifica con el título de salvar el honor, I, 78. Cuán injuriosa á Dios, I, 74. — Venganza que tomaron de Cristo, cuán contraria y sacrilega, II, 426.

**Verdugos**, cuán inhumanos fueron con Cristo, II, 444.

**Vicio**, no es medio para ser feliz,

ni aun en este mundo, II, 347. Avergüenza generalmente al que lo practica, I, 319. — Gran pecado vanagloriarse del vicio, I, 317.

**Vida espiritual**, no es tan penosa como por de fuera parece, II, 527. — Eslo más á los principios, II, 320.

**Vida**, no hay en ella gozo cumplido, I, 261. — Por qué la hizo Dios tan miserable, II, 137. — Cuán flaca y quebradiza, I, 5, 162. — A cuántos peligros de pecar está expuesta, II, 140. — Dios la albrevia á veces por nuestros pecados, I, 8. — A veces para preservarnos de ellos, II, 139.

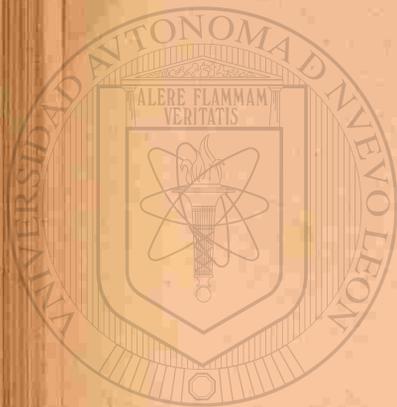
**Virtud**, nunca la deja Dios sin galardón, II, 361. — Buena olor para los buenos y malo para los malos, II, 228. — Se hace fácil con el ejercicio, II, 320. Debémola profesar animosamente, I, 207. — Gran delito perseguirla, I, 225, II, 225.

**Visiones** oratorias, qué son, según Quintiliano, su fuerza y uso en la elocuencia sagrada, I, 397.

**Vituperación** y alabanza, cómo se armonizan, II, 249.

**Voz**, virtudes de ella en la elocuencia según los maestros de retórica, II, 558.

**Venceslao**, cuán benigno con su hermano Boleslao, I, 80.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B

## ÍNDICE GENERAL DE ESTE TOMO

	Págs.
Discurso XXII. — <i>De la limosna</i> .....	1
Observaciones críticas.....	30
Discurso XXIII. — <i>Irreverencia en los templos</i> .....	37
Observaciones críticas.....	96
Discurso XXIV. — <i>La mala conciencia</i> .....	73
Observaciones críticas.....	95
Discurso XXV. — <i>Sobre la educación</i> .....	103
Observaciones críticas.....	127
Discurso XXVI. — <i>Horror a la muerte</i> .....	133
Observaciones críticas.....	158
Discurso XXVII. — <i>De la tribulación</i> .....	163
Observaciones críticas.....	187
Discurso XXVIII. — <i>Del pecado mortal</i> .....	193
Observaciones críticas.....	217
Discurso XXIX. — <i>Contra el escándalo</i> .....	225
Observaciones críticas.....	249
Discurso XXX. — <i>Menosprecio del mundo</i> .....	255
Observaciones críticas.....	278
Discurso XXXI. — <i>De la eterna perditionación</i> .....	285
Observaciones críticas.....	310
Discurso XXXII. — <i>Poder de la gracia</i> .....	315
Observaciones críticas.....	339
Discurso XXXIII. — <i>La política sin Dios</i> .....	347
Observaciones críticas.....	376
Discurso XXXIV. — <i>Mansuetudine de Cristo Rey</i> .....	383
Observaciones críticas.....	407
Discurso XXXV. — <i>La Pasión de N. S. J. C.</i> .....	413
Observaciones críticas.....	461
Discurso XXXVI. — <i>La resurrección de la carne</i> .....	473
Observaciones críticas.....	489
Discurso XXXVII. — <i>De la perseverancia</i> .....	495
Observaciones críticas.....	519
Discurso XXXVIII. — <i>Consolaciones divinas</i> .....	525
Observaciones críticas.....	549
Índice analítico.....	560
Índice retórico.....	596
Índice alfabético.....	610
Índice general.....	631



